



GUSTAVE FLAUBERT

Bouvard y Pécuchet

Introducción de JORDI LLOVET

Lectulandia

Los mejores libros jamás escritos. Verdadera enciclopedia de la estupidez humana y retrato sangrante y bilioso de la burguesía en estado puro, Bouvard y Pécuchet inaugura de algún modo la literatura del siglo xx. La más entretenida e hilarante farsa filosófica de la historia, novela póstuma (1881) y quijotesco testamento de Gustave Flaubert, nos cuenta las andanzas de Bouvard y Pécuchet, dos almas gemelas reunidas por el azar. Una herencia y el sueño de un retiro contemplativo donde cultivar la sabiduría harán que se abismen en todas las áreas del conocimiento humano de la jardinería al teatro, de la medicina a la religión, para encontrar en todas ellas solo escepticismo y desazón.

Firma la espléndida introducción Jordi Llovet, sutil conocedor de todo lo que rodea al ermitaño de Croisset, y también reúne aquí, dándole a su edición un carácter único, los materiales que preparó el propio Flaubert para la segunda parte (inacabada) de la novela: el «Estupidiario», el «Diccionario de ideas corrientes» o la imposible colección de citas, entre otros textos.

«¡Pensándolo bien, es una buena idea! ¡Dios mío, pues sí! ¿Por qué no?»

Lectulandia

Gustave Flaubert

Bouvard y Pécuchet

Penguin Clásicos

ePub r1.0

Titivillus 12.02.16

Título original: *Bouvard et Pécuchet*

Gustave Flaubert, 1881

Traducción: José Ramón Monreal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Bouvard et Pécuchet, última novela de Gustave Flaubert (Ruán, 1821-Croisset, 1880), publicada en 1881 a título póstumo por su sobrina, Caroline Commanville, es sin lugar a dudas uno de los intentos literarios —no puede decirse solo «novelescos»— más extravagantes, complejos, atrevidos y sorprendentes de toda la literatura europea del siglo XIX, en especial de la tradición que solemos denominar «realismo». Solo un título como *Sartor Resartus* (1836), de Thomas Carlyle, y poca cosa más en su siglo, puede competir con esta novela de Flaubert en lo que se refiere a su carácter bizarro, por no decir insólito y desquiciado. Luego, ya en el siglo XX, algunas obras como el *Ulises* de Joyce, *En busca del tiempo perdido* de Proust, o *El hombre sin atributos* de Robert Musil, poseen características geniales que las hermanan con esa obra fabulosa de Flaubert; pero ésta, posiblemente, las supera a todas por su concepción, por su proceso de elaboración y por su extraordinaria originalidad.

En el mes de mayo de 1880, Flaubert moría en su casa solariega de Croisset, cerca de Ruán, en la Normandía donde pasó casi toda su vida, dejando inacabada esta novela. Había trabajado en ella desde 1872, según se lee en su correspondencia. Pero el autor había manifestado su interés en escribir una novela de tan rara factura desde muchos años atrás, como explicaremos más adelante. Baste anticipar que, en una de sus primeras cartas, la que le escribió a los nueve años a su compañero de colegio Ernest Chevalier, Flaubert ya había dicho: «... como hay una señora de París que viene a casa de papá y siempre está contándonos estupideces, las pondré por escrito». Esta información resulta más que reveladora en el momento de analizar la evolución de la obra entera de Flaubert, que, en realidad, consta solo de otras tres novelas (*Madame Bovary*, *Salambó* y *La educación sentimental*), una pseudonovela en forma de drama (*Las tentaciones de san Antonio*) y los famosos *Tres cuentos*, que nuestro autor escribió precisamente a modo de distracción y de alivio ante la ardua tarea que le estaba suponiendo la redacción de *Bouvard y Pécuchet*. Algunas obras de teatro — ni un solo poema—, que se estrenaron sin éxito alguno en vida del autor, completan el exiguo catálogo de la obra de Flaubert, que, a pesar de su brevedad, es considerada uno de los puntos álgidos de la novelística moderna y contemporánea, comparable a la obra de Cervantes, a la de Kafka, a la de los autores del siglo XX ya citados y a pocos más.

Bouvard y Pécuchet es la obra cumbre de Flaubert, o la culminación de una idea de la novela y de un propósito estético-literario muy determinados, pues resume y sintetiza una vida entera de escritor, depura hasta extremos casi patológicos la manía del autor por la máxima objetividad estilística, y lleva a sus últimas consecuencias

una verdadera teoría del arte literario en el contexto de la sociedad y de la literatura francesas del siglo XIX, de las que Flaubert fue espectador privilegiado, enormemente crítico e inteligentísimo. En esta obra rara se encuentra, pues, lo más acerado del estilo flaubertiano, pero también el acero más cortante de la furiosa e irreprimible tendencia del autor a masacrar los pequeños ideales burgueses de su tiempo, ya fueran estos los de la ciudad —como sucede en el caso de *La educación sentimental*, pero también, en cierto modo, de la presente obra—, o los del campo: tal es el caso de *Madame Bovary*, que lleva, como subtítulo original, «Costumbres de provincias».

Según Maxime du Camp —amigo de Flaubert desde la infancia y autor, con este, del libro juvenil *Par les champs et par les grèves*, escrito durante viaje por tierras normandas en 1847—, nuestro autor pensaba ya en el año 1843, es decir, cuando contaba solo veintidós años, escribir un libro —en principio, quizá solo una narración— sobre el tema que denominó de *Les deux commis*, es decir, dos empleados u oficinistas de origen metropolitano. La crítica francesa de los últimos decenios acepta que esta idea procede de una narración de Barthélémy Maurice, titulada *Les deux greffiers*, en la que dos escribientes de París, cansados del trabajo monótono de oficinistas que llevan treinta y ocho años practicando, deciden un día retirarse al campo, lugar en el que se dedican, básicamente, a la agricultura, sin éxito alguno, para acabar, al cabo de un tiempo, volviendo al oficio de copistas al que se habían dedicado antes de su retiro campestre. La más superficial de las lecturas de esta narración de Maurice —editada a menudo como complemento a la novela de Flaubert—, demuestra que esta obra no le ofreció a nuestro autor más que el esquema argumental central de su obra. Discutir ahora el grado de influencia de este relato en el escritor normando resultaría ocioso, entre otras razones porque la mencionada narración de Maurice se publicó en 1841, y Flaubert había sentido, ya en 1837, una gran atracción por la figura, el motivo o el tópico del «oficinista» —emblema de una civilización burocrática que todavía despertaría el interés de Franz Kafka en pleno siglo XX— y se había propuesto escribir, a modo de redacción escolar, como ya se ha dicho, un cuento o una narración al estilo de las «fisiologías» tan abundantes por aquel tiempo, cuyo título habría sido *Une leçon d'histoire naturelle, genre «commis»*. En 1863, por lo que se lee tanto en sus apuntes y esbozos como en su correspondencia, Flaubert manifestó por fin, explícitamente, el propósito de redactar la novela que, diez años más tarde, empezaría a escribir de un modo sistemático y obsesivo. De todos estos datos se deduce que *Bouvard y Pécuchet* es el proyecto literario más constante de Flaubert, y, posiblemente, el que más le inquietó durante casi toda su vida. Se diría incluso, por lo menos en relación con los casos de *Madame Bovary* (véase el personaje del boticario Homais) y de *Las tentaciones de san Antonio*, que algunas obras de Flaubert no hacen más que preparar el terreno a algunas de las más relevantes características del libro que el lector tiene en sus manos.

Para entonces (1863), Flaubert ya había escrito la primera versión de *La*

educación sentimental, había redactado diversas versiones de *Las tentaciones de san Antonio* (el anacoreta paleocristiano), había publicado la historia de la señora Bovary (1857) y acababa de escribir *Salambó*, novela «histórica» que recrea un episodio menor de la historia de Cartago, acaecido en el siglo III a. C.: la llamada «guerra de los mercenarios». Completado este último *tour-de-force* (pues Flaubert tuvo que recurrir al estudio de las fuentes latinas que narran este anodino episodio), el novelista dudó entre meterse de lleno en la redacción de *Bouvard y Pécuchet* o reescribir *La educación sentimental*, movido siempre por este perfeccionismo que animó la totalidad de su producción. Se inclinó por esta segunda opción, pero no se ahorró, en esta fecha citada, el pequeño esfuerzo de redactar el *scénario*, o esbozo más antiguo que poseemos relativo a la novela presente. Publicada ya, en 1869, la segunda versión de *La educación sentimental*, retomó todavía la redacción de *Las tentaciones de san Antonio*, y después de todo ello, en 1872, como ya se ha dicho, trabajó frenéticamente en la preparación y redacción exclusivas de *Bouvard y Pécuchet*, hasta su muerte, con la excepción de los *Tres cuentos* y de algunas obras teatrales.

Sin embargo, para que el lector entienda el carácter permanente de la obsesión de Flaubert, hay que recordar todavía que el escritor, desde 1850, y de un modo continuado, recogió y redactó buena parte del material que, según nos dice él mismo, tenía que acabar configurando el segundo volumen de la obra, en especial lo que acabó llamándose *Diccionario de ideas corrientes* (*Dictionnaire des idées reçues*), que es el texto que con mayor frecuencia se publica, como apéndice, en toda edición solvente de nuestro libro. Son solamente unas decenas de páginas, y a ellas se sumarían, con los años, todo lo que añade la presente edición —aunque no sea, ni mucho menos, todo el material manuscrito del que se dispone— bajo el título de *La copia*, o segundo volumen de la obra.

En resumidas cuentas, y para que el lector tenga una idea cabal del fabuloso proyecto de Flaubert, lo que aquí aparece como primer volumen de *Bouvard y Pécuchet*, habría sido considerado, por el propio autor, solo una especie de «prólogo narrativo» a un libro de mayor envergadura, cuya segunda parte, o *La copia*, serían el *Diccionario de ideas corrientes*, el *Catálogo de las ideas chic*, *El álbum de la Marquesa* y los centenares o miles de apuntes, referencias, citas y extractos de las lecturas del autor, concebido todo ello por Flaubert como un ejercicio obcecado a cargo de los dos protagonistas del libro, con el propósito de poner de manifiesto las barbaridades, los errores vulgares, las arbitrariedades y, sobre todo, las estupideces, que proliferaban en Francia en los años de vida de Flaubert, que solo en parte se corresponden con los años en que transcurren las aventuras de los copistas en la parte narrativa de la novela (1838-1861; véase, al final de este volumen, la «Cronología»).

El argumento del primer volumen del libro prepara y confirma con absoluta

claridad el proyecto flaubertiano que acabamos de exponer: dos oficinistas de París, dedicados —como Bartleby, por cierto— a elaborar copias de documentos oficiales, uno alto y delgado, llamado Pécuchet, el otro gordinflón, llamado Bouvard, se encuentran por azar, un día de verano de 1838 —con un calor de treinta y tres grados centígrados, precisa el autor en la primera frase del libro— en el boulevard Bourdon, de París. En un gesto de simetría que se repetirá hasta la saciedad a lo largo de la novela, se sientan en el mismo banco y en el mismo momento, de modo que ambos leen en el sombrero o la gorra del otro el nombre que han inscrito en ella. Así traban amistad los dos *bonhommes*, como los llamaba siempre Flaubert, amistad que perdura hasta el final de la novela. De acuerdo con la cronología establecida por René Dumesnil, ya citada, y si tenemos en cuenta que el texto informa de que los dos personajes tienen cuarenta y siete años cuando se conocen, alcanzarían, al final del primer volumen, la edad de setenta años. No tardan luego en saber que los dos son copistas —uno en el Ministerio de Marina, el otro en una sucursal de una hilatura alsaciana— y que comparten no solo muchas aficiones, sino también una melancólica querencia por el campo, muy en la línea de la «alabanza de aldea», propia, en el caso de Flaubert, de la tradición romántica, roussoniana en especial. Una herencia inesperada y oportuna, sumada a algunos ahorros, permiten que este sueño se haga pronto realidad. En el segundo capítulo del libro, Bouvard y Pécuchet son ya los dueños de una alquería situada entre los valles del Orne y del Auge, entre Caen y Falaise, «sur un plateau stupide», en palabras del autor que se leen en su correspondencia y en los esbozos preliminares de la obra.

Comienza entonces, propiamente, la aventura técnica, científica y humanística de los dos personajes, algo que justifica uno de los subtítulos que Flaubert había pensado para su libro: «Sobre la falta de método en el estudio de la ciencia». Movidos por un afán de conocimiento desorbitado —y, sin duda, muy superior a sus respectivas capacidades y habilidades—, los dos personajes recorren, entre el segundo y el último capítulo del primer volumen del libro, con fortuna diversa, pero casi siempre adversa, una muestra significativa y casi exhaustiva de los saberes, las disciplinas, las técnicas y las ciencias de su tiempo, que no equivocadamente es llamado el tiempo del Progreso. En este orden, a pesar de algunas reiteraciones o «reincidencias» que presenta el argumento, Bouvard y Pécuchet estudian primero en los libros, y practican luego, la arboricultura, la agricultura, la jardinería y la horticultura, la arquitectura de jardines o paisajismo, la técnica de la destilación de licores, la química, la anatomía y la fisiología humanas, la higiene, la hidroterapia, la agronomía, la veterinaria y la reproducción animal, la geología, la paleontología, la arqueología, el coleccionismo, la historia —y los métodos afines a esta de la cronología, la mnemotecnia y la biografía—, la literatura en todos sus géneros y la teoría literaria, la estética, la gramática, las ciencias políticas, la gimnasia, el espiritismo, el magnetismo, el esoterismo y la magia, la filosofía (en sus apartados clásicos de lógica, metafísica y moral), el estudio de las religiones según los métodos

histórico y filológico, la frenología, la pedagogía, y, finalmente, el urbanismo y la predicción del futuro. Para convertir en algo ameno este recorrido por ciencias, técnicas y humanidades, el autor no deja de incluir algunos episodios «puramente» narrativos, especialmente las aventuras amorosas de los dos personajes, núcleo del capítulo 7, y todos los excursos descriptivos de los que Flaubert no prescindió jamás, siempre al servicio de la acción novelesca: en especial el cielo (casi siempre azul en toda la obra de Flaubert, a pesar del clima de Normandía), el paisaje, diversos vientos (la región es ciertamente ventosa) y la vegetación.

Los hechos políticos de los años en que transcurre la parte narrativa del libro aparecen siempre en el momento adecuado, de modo especial la Revolución de 1848, la Segunda República y el advenimiento del Segundo Imperio, regímenes muy opuestos entre sí, algo que Flaubert utiliza, como no podía ser de otro modo, para relativizar no solo la idea de Progreso en el terreno de la ciencia y de la técnica, sino también el de la Historia en el sentido más amplio del término. Las referencias a la democracia, la monarquía, la república o el sufragio universal aparecen en el libro como temas subsidiarios que le permiten al autor exponer sus ideas —solo con prisa consideradas reaccionarias— acerca del gobierno de los asuntos públicos, de la sociología o de la psicología vinculados a la política.

Bouvard y Pécuchet fracasan en casi todas las tareas que emprenden, desde la agricultura hasta la pedagogía —pretenden educar a dos niños que son como una réplica del tópico del *enfant sauvage*, tan comentada durante la Ilustración— o, cuanto menos, no llegan a ver las cosas claras en ninguno de los terrenos científicos o humanísticos que abordan. Al final del libro, decepcionados por las ciencias y las técnicas, escépticos ante la idea del progreso histórico, desencantados de la política y, en general, de las posibilidades de la inteligencia del género humano, habiendo superado una crisis que les lleva al borde del suicidio, deciden, tras veintitrés años de estudios, proyectos, tentativas, fracasos, catástrofes y decepciones, dedicarse otra vez a copiar, como hicieron en su día en la capital. Un carpintero construye expresamente para ellos un pupitre doble, y Bouvard y Pécuchet empiezan entonces lo que habría constituido el segundo volumen de la obra: la mera transcripción de pasajes leídos —estupideces y tópicos casi siempre— en las más diversas obras que habían pasado, o pasan a partir de entonces, por sus manos: este segundo volumen, del que solo nos quedan esbozos, habría sido una fenomenal enciclopedia de la estupidez humana, una confirmación apocalíptica, y puesta al día, de lo que el Eclesiastés había ya resumido con la conocida expresión *vanitas vanitatis et omnia vanitas* o el versículo *stultorum infinitus numerus est*. No queda claro si Flaubert le habría dado, a esta segunda parte del libro, una factura más o menos narrativa, pero cuesta pensar que tal abundancia de pasajes y de citas, a veces ordenados alfabéticamente —como es el caso del *Diccionario de ideas corrientes*—, la mayor parte de las veces sencillamente amontonados, sin orden de ningún tipo, metidos «a saco» en esta parte del libro con la misma anarquía y desbarajuste que corresponden a la esencia de la estupidez,

cuesta pensar, decíamos, que el segundo volumen de *Bouvard y Pécuchet* pudiera haberse organizado jamás según una arquitectura propiamente narrativa. Más bien hay que pensar que el primer volumen es un *prólogo* narrativo, como se ha dicho — sin que lo sea estrictamente hablando— a un segundo volumen que, por consiguiente, habría sido la parte substancial del libro, es decir, su *logos*.

Así se llega a la verdadera cuestión de fondo planteada en este libro portentoso. *Bouvard y Pécuchet* no es ninguna novela de aventuras rurales —de las que el Romanticismo, por otra parte, había ofrecido una empalagosa cantidad—, y sí en cambio, por lo que respecta a la relación campo-ciudad, la anticipación de una crítica contra las formas más beatas del ecologismo. No es una novela, como podría parecer, que tenga que ver, pongamos por caso, con un *Robinson Crusoe*, una *Nueva Eloísa* o un *Obermann*, de Senancour, ejemplos de novelas en las que héroes urbanos viven o subsisten en un medio rural gracias a los conocimientos adquiridos en el seno de la metrópoli. Esta novela más bien tiene que ver con la tradición de la novela filosófica del XVIII, que Flaubert admiraba y en cuyo siglo probablemente habría deseado nacer, vivir y morir; en cualquier caso, con anterioridad a 1792, antes de las tropelías cometidas por Danton y Robespierre. En este sentido, *Bouvard y Pécuchet* podría hacernos pensar en *Los viajes de Gulliver*, de Swift —entre otras razones, por el juego de perspectivas entre enanos y gigantes, algo que desdibuja, en Swift, toda idea de «normalidad», o por los episodios narrados en la sección «El viaje a Laputa»—, y, más todavía, como el propio autor reconoce en su correspondencia, con *Cándido*, de Voltaire, en cuyo caso una figura inversa a la de Fausto acaba prefiriendo al final del libro, sin asomo de tragedia, la mediocridad de la jardinería o el cuidado de un huerto a cualquier destino sabio o sublime: como Cándido, nuestros dos *bonhommes*, cansados de tantos fracasos, de topar con la estupidez humana y, sobre todo, de dar ellos mismos muestras fehacientes de la necedad, deciden volver a un oficio absolutamente anodino y falto de toda originalidad: «copiar», aunque esta copia lo sea de pasajes en los que se supone que los personajes han sido capaces de discernir cierto grado de diferencia entre la inteligencia y la estupidez. Pero si, en *Cándido*, Pangloss actúa como preceptor y trasfondo «sabio» de las experiencias del personaje principal a lo largo y a lo ancho de una geografía variable, en *Bouvard y Pécuchet* se produce una inversión de estos términos: los dos personajes se ilustran prácticamente solos, casi siempre con la ayuda de la bibliografía especializada que les envían de París —que equivale a la bibliografía que Flaubert consultó en Ruán y en otras bibliotecas para documentarse acerca de los asuntos más inverosímiles, luego presentes en su libro— y apenas recorren espacio natural alguno —su excursión más lejana es a la costa de Normandía—, aparte de los límites de su propiedad campestre, una alquería situada en las afueras del pueblo de Chavignolles: un pueblo imaginario, pero que no tiene nada de ideal, desprovisto de toda grandeza, con una población

absolutamente común, en casi todos los casos vulgar, adocenada y despreciable. Este aspecto del libro constituye, pues, otra prueba de la intención básicamente intelectual, o filosófica, que Flaubert tenía en la mente mientras proyectaba, preparaba y escribía el libro más estrambótico de cuantos concibió. Tampoco hay recorridos por la capital (salvo en el primer capítulo) o por ciudades importantes de provincias —como sí fue el caso de *Madame Bovary*—, no hay proyección metafórica alguna hacia un escenario histórico pretérito o exótico —como en los casos de *Salambó* o de *Las tentaciones de san Antonio*—, ni hay, de hecho, ninguna verdadera evolución espiritual de los personajes —como sucede en *La educación sentimental*—, sino, muy al contrario, una reiterada «intensificación» de su estulticia y una repetición *ad nauseam* de un mismo esquema narrativo, es decir, el ciclo, sin duda irritante para el lector, que puede resumirse así: afán de saber, búsqueda de documentación, estudio, aplicación del conocimiento en el terreno de la práctica y de la vida cotidiana, fracaso y renuncia, y, finalmente, deseo de entrar en una nueva órbita del saber. Esto se parece, sin duda, a la experiencia fáustica, según la conocemos por toda su tradición moderna y contemporánea, especialmente en Goethe, cuyo *Fausto*, después de los prólogos, empieza con estos versos: «Filosofía, ¡ay Dios!, Jurisprudencia, / Medicina además, y Teología, / por desgracia también, lo estudié todo, / todo lo escudriñé con ansia viva, / y hoy, ¡pobre loco!, tras afanes tantos, / ¿qué es lo que sé? Lo mismo que sabía». En un sentido casi inverso, Bouvard y Pécuchet no venden su alma al diablo con el propósito de alcanzar la sabiduría o el saber universal, sino que recorren tales conocimientos, de manera muy pormenorizada, para acabar rindiéndose ante un progreso, una ciencia y una historia que les superan, y que resultan para ellos tan diabólicos como demonizados: los ideales ilustrados habían quedado ya, en el último tercio del siglo XIX, absolutamente ridiculizados por las contradicciones que engendró el desarrollo de la ciencia, de la técnica e incluso de la política de la post-Revolución.

Como ya hemos insinuado, Flaubert fue perfectamente consciente, por lo que se lee en la parte de su correspondencia comprendida entre 1872 y 1880, de que una estructura narrativa tan simple, y, sobre todo, tan reiterativa, podía provocar tedio, disgusto, también desdén entre los lectores, incluso los más acostumbrados al género *philosophe*. Pero en esto estriba la grandeza incomparable de este libro: tan aburrido fue para Flaubert escribirlo como esforzado le resultará leerlo al lector: en esta especie de multiplicación o vértigo del aburrimiento —*l'ennui*, otro de los grandes tópicos de la intelectualidad francesa más avispada; véase el caso de Baudelaire— se consagra el propósito de la obra y su destino: *Bouvard y Pécuchet* también es, en este sentido, la justa representación literaria de un retorno continuo de la memez y de los lugares comunes de una burguesía crédula, ramplona e ilusionada, que, cuando Flaubert empezó por fin a redactar el libro, ya podía darse por agotada, por lo menos si se comparan sus trabajos, actitudes y frivolidades con los ideales fundacionales de

dicha clase, emergente en los siglos XVII y XVIII.

Tras dos años de lecturas y de estudio, Flaubert acuñó la primera frase de su libro —así se lo cuenta a Ernest Commanville en carta del primero de agosto de 1874—, uno de los inicios de novela más singulares que se conocen, de una precisión propia de meteorólogo: «Como hacía un calor de treinta y tres grados, el boulevard Bourdon estaba completamente desierto^{[0] [1]}». Pocos días después, le escribe a su amigo, el escritor ruso Turguéniev: «Me parece que me he embarcado en un viaje muy largo que me llevará a regiones desconocidas, y del que nunca volveré». Cuando interrumpió la redacción de la novela, en 1875, para dedicarse a los *Tres cuentos*, dice haberlo hecho porque encuentra *Bouvard y Pécuchet* «demasiado difícil»; y cuando, en el mes de noviembre de 1877, acaba la redacción del capítulo 3, escribe: «Acabo de terminar el abominable capítulo dedicado a las ciencias». Todavía, hacia el final de la redacción de la novela, el 31 de diciembre de 1879, le escribe a su sobrina Caroline: «¡Que 1880 te sea propicio, querida hija! ¡Salud, triunfo en el Salon^[2] y éxito en los negocios! Para mí, en particular, debo añadir: ¡Que acabe *Bouvard y Pécuchet*!, porque, francamente, ya no puedo más. Hay días, como hoy, que lloro de cansancio y apenas me quedan fuerzas para sostener la pluma... Dos semanas más, y espero haber acabado el capítulo [9], cosa que me reanimará, o eso espero. Y en tres o cuatro meses, cuando haya terminado el último capítulo, todavía me quedará el segundo volumen, o sea, ¡¡¡seis o siete meses más!!! Esta perspectiva me produce escalofríos en las horas de abatimiento. Pero ¿es que nunca se había hecho un libro como este? ¡Me parece que no!».

Las dificultades y los tropiezos no cesaron en ningún momento, toda vez que Flaubert no escribió en el libro ni una sola referencia culta sin haber leído, incluso estudiado, todos los volúmenes que le parecieron imprescindibles para alcanzar un conocimiento cabal de lo que debía poner en boca de sus personajes o en sus disparatadas actividades; un censo de estas lecturas preliminares, como el que elaboró el editor de la única edición crítica del libro hasta el momento, Alberto Cento^[3], ofrece algunos centenares de volúmenes consultados, la mayoría de ellos tomados en préstamo de la Biblioteca Municipal de Ruán, a escasos kilómetros de la casa del escritor, en Croisset. El propio Flaubert, en una carta de enero de 1880, escribía: «¿Sabéis cuantos libros he tenido que tragarme a causa de mis dos buenos hombres? ¡Más de mil quinientos!». La crítica francesa de nuestros días tiene pocas dudas acerca de la verosimilitud de esta cifra.

No debe extrañarnos, pues, que tanto Flaubert como sus amigos más próximos previeran un éxito discreto del libro, por no decir un fracaso tan glorioso como irónico de un proyecto que significa, entre otras cosas, la «destilación narrativa» de buena parte de los saberes de todo tipo en la Francia de mediados del siglo XIX. Hyppolite Taine, en una carta que René Dumesnil^[4] fecha poco antes de 1877, es decir, cuando el primer volumen del libro no había alcanzado todavía la mitad de su extensión, ya escribió a Turguéniev: «Mi impresión es que el libro, por muy trabajado

que esté, no llegará a ser bueno; el elemento cómico que [Flaubert] cree poner en él, quedará forzosamente abortado... Como esos dos *bonhommes* son limitados y tontos..., sus decepciones y desventuras resultarán necesariamente aburridas; se ven venir, y por eso dejan de interesar... Con el estilo vivaz o la simpatía llamativa de Sterne, el lector quizá podría interesarse en esa historia de dos tontinas maniáticos; con el estilo impasible y el método puramente objetivo de Flaubert, eso será imposible. Sincera y honestamente, después de haber pensado mucho en el asunto, me parece que [Flaubert] se equivoca desde hace tiempo, desde *La educación sentimental*, por culpa de un espíritu demasiado sistemático, una concentración ensimismada, un estudio demasiado prolongado en las bibliotecas. Con tales costumbres, Flaubert debería desembocar en la historia, en la crítica biográfica, en las aportaciones eruditas; pero no en la novela». Como se ha indicado unas líneas más arriba, lo cierto es que Flaubert elaboró, en realidad, quizá el último modelo posible de novela realista y burguesa —último, por ferozmente antiburguesa—, y sin duda una de las cimas de la novela filosófica; porque, para contradecir a Taine, es un hecho que en el mundo de la novela todo cabe, como luego se demostraría, o como ya había demostrado Cervantes respecto a la tradición novelística medieval y renacentista.

Esta pretensión de exhaustividad en la documentación representa otro de los significados importantes, si no el que más, que encierra este libro. En *Bouvard y Pécuchet*, Flaubert intentó demostrar a sus contemporáneos la falacia de todo optimismo histórico, el carácter infundado de las ilusiones de la clase burguesa ascendente en la Francia de su tiempo —en especial durante el Segundo Imperio, que es la época en que el autor escribió el libro, aunque su cronología narrativa solo alcance en parte este punto— y, por último, el carácter absurdo de la propia idea de progreso^[5].

De tal modo, la novela de Flaubert vuelve a significar el cenit de una idea que había alimentado durante varios decenios, es decir, el carácter banal (y venal) de la burguesía de la segunda mitad del siglo. El odio de Flaubert hacia las mezquindades de esta clase, hacia sus tópicos, su fariseísmo y sus pequeños ideales^[6], explota y ruge en esta novela del mismo modo que el autor rugía, en general, y más aún cuando recitaba en voz alta todas y cada una de las frases que escribió. Como un corolario suficiente, este odio a la clase burguesa —repitémoslo: la de las grandes ciudades, pero también la de provincias— ilustra y explica la irritación permanente de Flaubert ante cualquier muestra de estupidez humana. Aunque esta es una característica universal y de todos los tiempos, pues ya se lee en la Biblia y se había leído, en la literatura francesa moderna, en Rabelais, en Montaigne o en Voltaire, la particular estupidez burguesa llegaba a tales extremos, que provocaba en Flaubert, ante ciertas, fantásticas muestras de tontería, su tan reiterada expresión: «c'est hénaurme» [*sic*] o «ça fait rêver»: pues la estulticia, en general, fue para Flaubert motivo no solo de asombro, sino de la más arrebolada admiración.

Aunque solo cabe situar la acción de la novela entre 1838 y 1861, Flaubert dio,

para empezar, rienda suelta a su furibundia contra la burguesía en todo lo que respecta a la relación entre esta y las distintas formas de gobierno que vio sucederse en vida: la Restauración, con las monarquías de Luis XVIII y Carlos X, la Revolución de 1830, el reinado de Luis Felipe de Orleans —«el rey burgués»—, la Revolución de 1848, la Segunda República, el Segundo Imperio, con Napoleón III, la última guerra franco-prusiana y la campaña de Italia, la Comuna de París, y, por fin, el advenimiento de la Tercera República: demasiados cambios de piel para un «rebaño social» substancial o esencialmente invariable. No cabe duda de que las opiniones políticas de Flaubert incluidas tanto en el *Diccionario de ideas corrientes* como en el primer volumen del libro son las propias de un observador de las paradojas y sacudidas políticas que se corresponden con sus años de vida, y quizá en particular, por lo que se refiere a la psicología y a la *fenomenografía* del espíritu burgués, aquellas que se hicieron patentes a raíz del deleznable espectáculo ofrecido por el Segundo Imperio. En estos hechos histórico-políticos y en esta sociedad concreta pensaba Flaubert cuando hacía suya la frase de san Policarpo, obispo de Esmirna, y mártir, del siglo I: «¡Dios mío, en qué siglo me habéis hecho nacer!».

Que Flaubert tenía intención de escribir un libro contra la clase burguesa como emblema de la estupidez contemporánea —aunque lo cierto es que él mismo pertenecía a esta clase por todo tipo de razones: nacimiento, posición, estudios, e incluso el oficio de escritor, todavía reservado a ella— lo demuestra, por lo menos, su correspondencia con Caroline, su sobrina, y con George Sand, entre otros. A George Sand, por ejemplo, le escribe, en una carta del 12 de julio de 1872: «La visión de los burgueses que me rodean me resulta insoportable». A madame Roger des Genettes le escribe el 5 de octubre de ese mismo año: «Estoy incubando un proyecto en el que sacaré toda la cólera que llevo dentro. Sí, voy a desembarazarme, por fin, de todo lo que me está ahogando. Vomitaré encima de mis contemporáneos la repugnancia que me inspiran, aunque en ello tenga que dejarme la piel; va a ser algo largo y violento». A Ernest Feydeau, a finales del mismo año, le escribe: «Nada nuevo en mi vida, *mon cher vieux*. Voy tirando de una manera monótona entre mis libros y en compañía de mi perro. Me trago muchas páginas impresas [referencia a las lecturas preliminares a la redacción de la novela] y tomo notas para un libro en el que voy a vomitar mi bilis encima de mis contemporáneos». Por fin, leemos en dos cartas a su sobrina, de junio de 1877 y marzo de 1880 respectivamente: «En los dos últimos días he trabajado bien. En ciertos momentos, este libro me deslumbra por su inmenso vuelo. ¿Dónde irá a parar todo esto? ¡Mientras no me equivoque de medio a medio y, en vez de desembocar en una cosa sublime, sea una tontería! Pero me parece que no. Algo me dice que ando bien encaminado. Pero será irremediablemente o lo uno o lo otro. Repito lo que ya te dije: conozco los tormentos de la literatura», y: «No tengo ninguna duda acerca de los altos vuelos filosóficos de estas páginas». Como veremos más adelante, la crítica coetánea de la primera edición, póstuma, del libro (tan solo del primer volumen, es decir, la parte narrativa), más bien se decantó por la idea de

que *Bouvard y Pécuchet* era una insensatez y una obra literaria completamente frustrada, como Taine había predicho; por el contrario, la historia de la recepción ulterior de esta novela de Flaubert no ha hecho más que profundizar en esos «altos vuelos filosóficos» que el autor suponía que había conseguido imprimir en las páginas de su obra^[7]. Esta dimensión filosófica de *Bouvard y Pécuchet* lo es en distintos aspectos, relacionados entre sí.

En primer lugar, Flaubert, como se ha dicho, se propuso escribir un libro que diagnosticara el estado espiritual de una Francia dominada por un espíritu aburguesado cada vez más universal, pero, en suma, con ribetes de *parvenu*, pues la Revolución de 1789 no caía tan lejos todavía. No quiso, en este sentido, afiliarse a una estética trágica, ni siquiera épica, propias del *pathos* romántico del que sin duda Flaubert participó en cierta medida —como su contemporáneo Baudelaire— o heroico, como el que inspiró buena parte de la obra de Victor Hugo, por ejemplo, pero que a él ya no le pareció útil en la medida que pensaba, como es propio de lo mejor de la tradición realista, que se trataba de un episodio estético que debía y podía darse por liquidado.

En segundo lugar, y a modo de extensión de esta misma idea, parece como si Flaubert se hubiera atrevido a levantar todo el complejo aparato teórico y científico que contiene *Bouvard y Pécuchet* pensando en aquella cita del moralista del siglo XVIII, Chamfort, que reza: «Se convendrá en que toda idea pública, toda convención aceptada, es una tontería, puesto que goza del acuerdo de la mayoría». En efecto, nuestro autor, que gustaba de calificarse a sí mismo de solitario «como un oso», feroz «como un tigre» y mudo «como un pez», opinaba que todo lo que conviene a la mayoría —es decir, la masa, fenómeno social emergente también hacia esta época —^[8] tiene que ser por fuerza una estupidez, y que es responsabilidad inexcusable de todo escritor crear una literatura que, al mismo tiempo que reproduce con exactitud, verosimilitud y fiabilidad una circunstancia histórica determinada, tiene el «deber artístico» de abordar, en la propia presentación objetiva y realista de los hechos, todo cuanto, por así decir, constituye su «negativo mitológico», o sea, en el caso que nos ocupa, la vulgaridad y la tontería de la clase protagonista de la historia. Al ideal fáustico del que ya hemos hablado, que, como «en negativo», recorre la novela de cabo a cabo, hay que sobreponerle, en cada una de las páginas del libro, una realidad que es exactamente lo contrario: la irredimible condición estúpida de la humanidad.

Se han escrito miles de páginas acerca de esta estupidez ingenua —siempre lo es, claro está, y en esto consiste su perfecta excusa—, cargada de buenas intenciones, pero necia al fin y al cabo, de los dos personajes de la novela. Hay críticos que consideran que Bouvard y Pécuchet superan poco o mucho su escasa inteligencia inicial y su capacidad de entender el mundo de la ciencia y de las técnicas, así como su facultad de asimilar las ideas filosóficas o de cualquier otro orden que aparecen en el libro. Los hay que opinan que los dos *bonhommes* acaban, en la novela, tan necios como al principio, como si quisieran dar cumplimiento al proverbio francés que reza:

«Lorsqu'on est bête, c'est pour longtemps» («Cuando uno es estúpido, lo es para siempre»). Otros sugieren que los dos copistas empiezan dando muestras de una estupidez que es la réplica exacta de la necedad de sus vecinos de Chavignolles, pero que, gracias a un esfuerzo intelectual sin duda modélico, algo que ellos practican, pero no así sus vecinos, se desmarcan poco o mucho de la «opinión común» y de la estupidez de la «mayoría». Otros, por último, consideran que Flaubert acabó sintiendo lástima —quizá debido a un dickensiano sentido de la caridad— por sus dos grotescos personajes —algo que sucedió también en el caso de Cervantes y el *Quijote*—, y sintió por ellos una piedad y una condescendencia que son de cariz prácticamente religioso: así parece que hay que entender la famosa frase del capítulo 8 del primer volumen, cuando, después de un enorme cúmulo de experiencias científicas e intelectuales frustradas, los dos personajes adquieren un claro discernimiento de la tontería ajena: «Entonces se desarrolló en su espíritu una facultad molesta, como era la de reconocer la estupidez y no poder ya soportarla».

Pero esta frase parece solo un gesto de simpatía —o una trampa tendida a un lector posiblemente fatigado a estas alturas del libro— hacia sus personajes, porque ambos siguen exhibiendo, en los episodios posteriores del libro, la misma estulticia de siempre, o casi, como demuestran los episodios de la peregrinación a Notre-Dame de La Délivrande (cap. 9), o de la educación de los niños adoptados (cap. 10). Este es un punto oscuro del libro que quizá haya que entender del siguiente modo. Flaubert, de hecho, difunde con gran precisión, a lo largo de toda la novela, la idea de que sus dos personajes se perfeccionan intelectualmente, mejoran en su agudeza, en la interpretación de los fenómenos que se les echan literalmente encima, y en la comprensión de algunas teorías ciertamente complejas. Si es así, ¿no podríamos suponer que estas referencias al progreso de la inteligencia de Bouvard y Pécuchet —y en especial la frase citada del capítulo 8— están puestas, en el texto, como una previsión de carácter puramente narrativo ante la perspectiva de la labor que les espera después del primer volumen, es decir, detectar y transcribir las estupideces de los demás? Es evidente que, si Flaubert quería dar algún viso de verosimilitud al hecho de que sus dos personajes fueran un día capaces de una labor como la que tenía que ocupar al segundo volumen de la obra, entonces tenía que situar a ambos, poco o mucho, al nivel de su propia inteligencia como autor: algo paradójico, sin duda, pero inevitable desde el punto de vista de la coherencia narrativa. Lo que resulta claro es que, en el segundo volumen de la obra, *La copia*, Flaubert se despacha con una vehemencia furiosa y despiadada contra todos los autores —la mayoría contemporáneos suyos, otros de la tradición literaria francesa—, y contra todos los lugares comunes de la burguesía de su tiempo. No habría tenido sentido añadir al primer volumen una antología de citas estúpidas —que Flaubert llevaba decenios coleccionando— como si fuesen obra del autor, y no de los personajes. Aparentemente, es decir, por imperativo narrativo, *La copia* tenía que ser una transcripción elaborada por los propios personajes, y no por el autor: esto es lo que

justificaría, a nuestro entender, la famosa frase citada del capítulo 8.

Quizá otra clave de esta cuestión, que es asunto central en nuestro libro, haya que buscarla en la tesis de Jean-Paul Sartre, quien, en el estudio monumental que dedicó a Flaubert^[9], postula que, en el fondo, ser *muy* inteligente, para el novelista, era una forma más —seguramente la más refinada, la que supone mayor esfuerzo— de la estupidez. Es posible que Flaubert se diera cuenta de que, en su tiempo, o en el seno de la civilización burguesa del siglo XIX —a diferencia de lo que había sucedido en su admirado Siglo de las Luces—, no servía de mucho ser más inteligente que los demás y que, en cualquier caso, ello determinaba solo una rara variación del heroísmo antiguo, un heroísmo que, en definitiva, se encuentra, en Flaubert, en la estela de los grandes escritores y personajes románticos, amigos melancólicos del genio y a un tiempo entusiastas defensores de la soberanía intelectual del individuo.

En tercer y último lugar, esa crítica feroz de la estulticia que recorre este libro puede entenderse en relación con la teoría que el autor siempre había sostenido —en especial después de los hechos de la Comuna— acerca de las implicaciones y relaciones entre el individuo, la masa y la política. Por no hablar de manifestaciones más antiguas, es preciso recordar que Flaubert dedicó buena parte de su correspondencia con George Sand a precisar su opinión sobre el fenómeno de las nuevas democracias y los riesgos del flamante «sufragio universal» —que en su tiempo no llegó a ser tal, por otra parte—, siempre desde un punto de vista que parece tan «aristocratizante» como resulta, analizado fríamente, de una lógica desgraciadamente irrefutable. En efecto, a George Sand le dice en carta del 30 de abril de 1871: «Lo único razonable es un gobierno de mandarines, a condición de que estos mandarines sepan algo, y si es posible muchas cosas. El pueblo es un eterno menor de edad y siempre estará al nivel más bajo, porque equivale al número, a la Masa, a lo ilimitado... Nuestra salvación solo se encuentra, en el momento presente, en una *aristocracia legítima*, y entiendo por tal una mayoría compuesta por algo más que por cifras». Retoma este argumento en una carta del 8 de septiembre del mismo año: «Me parece que la masa, la cantidad, el ganado, siempre serán despreciables. Lo único que importa es un grupo reducido de espíritus, que siempre son los mismos, y que se pasan la antorcha unos a otros... La idea de igualdad (que es lo que significa la democracia moderna) es una idea esencialmente cristiana, que se opone a la idea de Justicia... Estoy convencido de que vamos a parecerle, a la posteridad, personas extraordinariamente simples. Las palabras República y Monarquía les darán risa, como nosotros nos reímos, hoy, del “realismo” y del “nominalismo” [refiriéndose a la disputa de los universales en el siglo XIII]... El primer remedio será la abolición del sufragio universal, que es la vergüenza de la civilización humana». Por último, en carta del 7 de octubre de 1871 a la misma Sand, escribe: «Si Francia no adopta cuanto antes una actitud crítica, entonces la veo irremisiblemente perdida. La instrucción gratuita y obligatoria no va a hacer otra cosa que aumentar el número de imbéciles... Lo que necesitamos, ante todo, es una *aristocracia natural*, es decir, legítima. Nada

puede hacerse sin cabeza. Y el sufragio universal, tal como está ahora concebido, es algo más estúpido que el derecho divino... La masa, la cantidad, siempre es *idiota*. No es que yo tenga muchas convicciones, pero esta la tengo profundamente arraigada. Con todo, Flaubert acababa esta declaración de principios dejando un resquicio, el mismo que, de hecho, deja abierto en las páginas de *Bouvard y Pécuchet*: «De todos modos, hay que respetar a la masa, por inepta que sea, porque contiene el germen de una fecundidad incalculable. Dadle la libertad, pero no el poder... El sueño de la democracia consiste en querer elevar al proletariado al nivel de la tontería del burgués». El lector advertirá que Flaubert, de acuerdo con el Plan que escribió, y que reproducimos en esta edición, para el final de la parte narrativa de *Bouvard y Pécuchet*, considera, en boca de uno de sus personajes, que el mundo avanzaba, en aquel momento, hacia el paletismo universal», y que iba a convertirse, sin remisión posible, en algo así como «una gran francachela de obreros».

Posiblemente, los dos discursos antagónicos de Bouvard y de Pécuchet, al final del capítulo 10 del primer volumen de la obra —siguiendo, como en toda esta parte, el juego especular que caracteriza al libro hasta la caricatura—, ofrezcan la clave para entender otro de los propósitos oscuros del libro: puestas una vez encima de la mesa todas las ciencias, toda la inteligencia posible —la de Flaubert—, y con ella el antónimo de la estupidez —la de los dos personajes, y la de sus vecinos—, no es posible llegar a otro final que al que proponen estos discursos, que oscilan entre la utopía (discurso de Bouvard) y el nihilismo (Pécuchet). Flaubert deja la cuestión relativamente abierta, del mismo modo que queda por aclarar si los dos *bonhommes* han progresado en juicio y sentido común a lo largo de la novela. La redacción del segundo volumen, *La copia*, tampoco parece que hubiese llegado a resolver ni esos enigmas ni el «laberinto epistemológico», incluso político y moral, en que el autor hace entrar a sus personajes desde las primeras páginas del libro, y, con ellos, al propio lector.

La historia del esteticismo y del «singularismo» intelectual de la literatura llamada «maldita» de la segunda mitad del siglo XIX francés, e incluso de buena parte de la producción novelística de la primera mitad del siglo XX en toda Europa es, en gran medida, a sabiendas o no de los autores, deudora de este libro y de la extraña mezcla de escepticismo trágico y cómico que se desprende de él, algo que, en realidad, también puede ser llamado «ironía», elemento fundamental en toda la historia de la novela europea. No hay más que recordar que Unamuno apreció este libro desde su atalaya trágico-nihilista, que nuestro libro lo fue de cabecera para un autor tan significativamente «contemporáneo» como Franz Kafka, y que Walter Benjamin, el crítico más perspicaz del siglo XX, lo consideraba una de las grandes novelas de la historia, cuyo propósito resultaba equiparable, *mutatis mutandis*, al trasfondo del *Quijote* cervantino. *Bouvard y Pécuchet* es, en este sentido, no solo un fabuloso diagnóstico de un momento en la historia de la civilización de Occidente, sino también una profecía de todo lo que estaba por llegar. Así considerado, ninguna

novela ha podido superarla, tal vez por el mero hecho de que, de acuerdo con los cánones del propio género «realista», era de todo punto imposible imaginar el dar un paso más allá.

Cuando apareció el primer volumen del libro —en forma de folletón, del 25 de diciembre de 1880 al 1 de marzo de 1881; luego en volumen en este mismo año—, y con la excepción de los notables casos de Henry Céard o de Zola, la crítica lo recibió con enorme desagrado, por no decir con una virulencia inusitada^[10]. La extensa crónica que Barbey d’Aurevilly publicó el 20 de mayo de 1881 en el periódico *Le Constitutionnel* fue la más feroz de todas.

Decía en ella, entre otras cosas: «Gustave Flaubert trabajó toda su vida con un vigor y una dedicación que, moralmente, le honran, pero no llegó a producir nada a la altura de esta dedicación, y, lo que es más deplorable, todo cuanto produjo fue convirtiéndose cada vez en algo más flojo. Comenzó con *Madame Bovary* para descender a *Salambó*; salió de *La educación sentimental* para caer en *Las tentaciones de san Antonio*, y luego siguió adelante hasta *Bouvard y Pécuchet*, brutalmente interrumpida por la muerte... Tuvo, para con los burgueses, el odio y el desprecio propio de un colegial... En su obra encontramos, por todas partes, esta obsesión por lo burgués. En *Madame Bovary*, su mejor libro, la señora Bovary, que no es más que una burguesa corrompida que solo tiene amantes pertenecientes a la burguesía, su marido es un burgués, sus amigos son burgueses, todo es burgués, incluida la muerte de la señora Bovary, que se envenena con las drogas de su marido y muere como lo haría una boticaria... En *La educación sentimental* vuelve a hablarse de la burguesía. Pero *Bouvard y Pécuchet* es el sùmmum, es el estallido del odio y del desprecio elevado a la máxima potencia, cosas de las que parece que tenga que morir la burguesía del siglo XIX... Eso es lo que Flaubert debió de pensar, pero no llegó a acabar con ella. ¿Quién acabará con ella, entonces?... Flaubert, después de Henri Monnier, de Balzac y de Préault, que no lo consiguieron, y después de todos los talleres de pintura de París, que tampoco van a conseguirlo, no poseyó el suficiente talento para llevar a cabo esta ejecución inapelable de los burgueses... y erró miserablemente el golpe de gracia, el golpe que tenía que ser definitivo y supremo. Su libro *Bouvard y Pécuchet*, exasperado, enrabiado contra los burgueses, último vómito de su odio y de su desprecio, no va a significar más que una contramina irónica... Incluso tomado por pasajes, el libro resulta repugnante y detestable. Por ejemplo, la escena en la que Pécuchet contrae, en la bodega, una enfermedad venérea; porque el odio al burgués llega, en Flaubert, hasta este lodazal, que el autor remueve como un naturalista, sin indignación alguna, sin miramientos, sin que le entren náuseas, con la imposibilidad del hombre que ha perdido el decoro que debe caracterizar a todo artista. Y es que, en efecto, aquí el artista ya no se encuentra presente en absoluto, ha desaparecido totalmente en la inefable bajeza de una novela

tan ruin como los mismos burgueses que Flaubert inventó... ¿Por qué procedimientos degradantes del autor de *Madame Bovary*, en la que el autor fue capaz de pintar a los burgueses con verosimilitud, llegó hasta el punto de calumniarlos, obligándonos así a tomar partido por ellos? ¿Hay, realmente, burgueses de una absurdidad tan completa, violenta y continua?... ¿Los hay, de esta imposible perfección, tan llenos de estupidez humana y del mismo tedio que el libro produce en los lectores, este libro sin gracia, sin talento, sin ninguna observación original, hecho con personajes gastados, exhaustos, agotados?... Este libro, en fin, ilegible e insoportable que el autor no supo cómo concluir, quién sabe si paralizado y estrangulado por el aburrimiento que le causaba a él mismo, un libro que el lector tampoco podrá acabar, sin duda, sino que abandonará, con toda seguridad, mucho antes de haber llegado a la escalofriante cantidad de cuatrocientas páginas^[11] a que llega el autor... Fue precisamente este terrible *Bouvard y Pécuchet*, cuyo propósito era acabar con la burguesía, el libro que, de hecho, se vengó del propio autor. Este implacable e indómito Flaubert, este maníaco que tuvo siempre a un burgués a horcajadas en la punta de la nariz del mismo modo que Michelet tenía a un jesuita, este hombre de temperamento sanguíneo y romántico, que llevaba incubando la guerra contra el burgués desde 1830, murió porque el burgués se le bajó de la nariz a la barriga. Consideraba al burgués como una lepra imparable... y esta cólera contra el burgués ha acabado liquidándolo. Es una lástima que, de paso, no haya liquidado también a *Bouvard y Pécuchet*, su libro, que ha quedado ahí y que deberíamos clavar encima de su tumba, como una cruz^[12]».

No todas las opiniones de los críticos en torno a este libro de Flaubert coinciden con las de Barbey d'Aurevilly, por lo que remitimos al lector a estudios más equilibrados, algunos incluso entusiastas —crecientes con el paso del tiempo—, como los de Raymond Quenau, Lionel Trilling, Jean-Paul Sartre, Jorge Luis Borges, Roland Barthes o Geneviève Bollème, por no citar más que algunos entre los más importantes.

Como se indicó en páginas anteriores, el nihilista Unamuno, que demostró poseer por ciertos sectores de la humanidad un desprecio parecido al de Nietzsche, escribió en el libro *Contra esto y aquello* lo siguiente: «Ese libro de las simplezas y las decepciones de Bouvard y Pécuchet es un libro doloroso. Hasta su manera de estar escrito, seca, cortada, a saltos, con feroces sarcasmos de vez en cuando, es dolorosa. Y hay en estos dos pobres mentecatos —no tan mentecatos, sin embargo, como a primera vista parece— algo de Don Quijote, que era uno de los héroes y de las admiraciones de Flaubert, algo de Flaubert mismo. Y como Don Quijote y Sancho, Bouvard y Pécuchet —inspirados en parte, no me cabe duda, por aquéllos—, no son cómicos sino a primera vista, y sobre todo a los ojos de los tontos, cuyo número es, según Salomón, infinito, siendo en el fondo trágicos, profundamente trágicos^[13]».

También Emilio Alarcos Llorach mostró un enorme interés por la novela de Flaubert, en especial por lo que respecta a las relaciones entre esta y nuestro *Quijote*:

«Cervantes, junto con Rabelais, Shakespeare y Goethe, fue una admiración constante de Flaubert desde los años de su infancia, cuando su vecino “le père Mignot” le contaba la historia y las aventuras de Don Quijote. Testimonio de ello son las frases que en su correspondencia dedica a menudo a la novela cervantina. Varios pasajes demuestran que el libro español fue esencial en la formación literaria, y tal vez vital, del novelista francés. Escribiendo a su madre, decía: “Les premières impressions ne s’effacent pas, tu le sais. Nous portons en nous notre passé; pendant toute notre vie, nous sentons de la nourrice. Quand je m’analyse, je trouve en moi encore fraîches et avec toutes leurs influences (modifiées, il est vrai, par les combinaisons de leur rencontre) la place du père Langlois, celle du père Mignot, celle de Don Quichotte... Je retrouve toutes mes origines dans le livre que je savais par coeur avant de savoir lire, Don Quichotte”. Llegó, además, Flaubert a penetrar el sentido profundo de la historia del caballero de la Mancha; sus observaciones en este sentido son significativas: relejendo el *Quijote*, dice, “j’en suis ébloui, j’ai la maladie de l’Espagne. Quel livre! Quel livre! Comme cette poésie-là est gaiement mélancolique!”. Y hablando de Rabelais y del *Quijote*, exclama: “Quels écrasants livres! Ils grandissent à mesure qu’on les contemple, comme les pyramides, et on finit presque par avoir peur... Ce qu’il y a de prodigieux chez Don Quichotte, c’est l’absence d’art et la perpétuelle fusion de l’illusion et de la réalité, qui fait de lui un livre si comique et si poétique. Qu’ils sont nains tous les autres à côté de lui! Comme on se sent petit, mon Dieu! Comme on se sent petit!” [carta de Flaubert a Louise Colet, 1852]. Y, finalmente: “Ce qui distingue les grands génies, c’est la généralisation et la création; ils résument un type de personnalités éparses et apportent à la conscience du genre humain des personnages nouveaux; est-ce qu’on ne croit pas à l’existence de Don Quichotte comme à celle de César?”. Sobre todo, hay que retener la afirmación de Flaubert de que en el *Quijote* “encuentra todos sus orígenes”. ¿Quiere esto decir que toda su obra literaria se halla como en germen en la novela de Cervantes? ¿O más bien que sus procedimientos literarios y su manera de concebir la novela y la vida proceden del *Quijote*? Nos inclinamos hacia esta última hipótesis. En primer lugar, lo que admira Flaubert en el libro español es la “alegría melancólica” y aquella “fusión perpetua de la ilusión y la realidad”. En efecto, el realismo de la obra de Cervantes, tan sumergido en idealismo como estos dos elementos están fundidos en la vida, se compadecía bien con el carácter de Flaubert, con su temperamento, en el que los críticos han señalado repetidamente una combinación, más que una mezcla, una corriente alterna de naturalismo y romanticismo... La intención satírica de los dos autores es patente. Aunque luego señalemos el sentido subterráneo de las dos tragicomedias, conviene ahora notar la identidad del procedimiento utilizado por ambos para su crítica, el procedimiento “homoterápico”: Cervantes se propone desterrar las caballerías, y contra ellas nos envía un caballero; Flaubert intenta satirizar a la burguesía [en *Bouvard y Pécuchet*], y para ello lanza al mundo dos burgueses^[14]».

En su «Vindicación de *Bouvard et Pécuchet*», Jorge Luis Borges, por su parte, escribió en 1932: «Seis años de su vida, los últimos, dedicó Flaubert a la consideración y a la ejecución de ese libro, que al fin quedó inconcluso, y que Gosse, tan devoto de *Madame Bovary*, juzgaría una aberración, y Remy de Gourmont la obra capital de la literatura francesa, y casi de la literatura... Flaubert declaró que uno de sus propósitos era la revisión de todas las ideas modernas; sus detractores argumentan que el hecho de que la revisión esté a cargo de dos imbéciles basta, en buena ley, para invalidarla. Inferir de los percances de estos payasos la vanidad de las religiones, de las ciencias y de las artes, no es otra cosa que un sofisma insolente o que una falacia grosera... Una justificación más profunda cabe entrever. Flaubert era devoto de Spencer; en los *First Principles* del maestro se lee que el universo es inconocible, por la suficiente y clara razón de que explicar un hecho es referirlo a otro más general y de que ese proceso no tiene fin y nos conduce a una verdad ya tan general que no podemos referirla a otra alguna; es decir, explicarla. La ciencia es una esfera finita que crece en el espacio infinito; cada nueva expansión le hace comprender una zona mayor de lo desconocido, pero lo desconocido es inagotable. Escribe Flaubert: “Aún no sabemos casi nada y querríamos adivinar esa última palabra que no nos será revelada nunca. El frenesí de llegar a una conclusión es la más funesta y estéril de las manías”. El arte opera necesariamente con símbolos; la mayor esfera es un punto en el infinito; dos absurdos copistas pueden representar a Flaubert y también a Schopenhauer o a Newton... Las negligencias o desdenes o libertades del último Flaubert han desconcertado a los críticos; yo creo ver en ellas un símbolo. El hombre que con *Madame Bovary* forjó la novela realista fue también el primero en romperla. Chesterton, apenas ayer, escribía: “La novela bien puede morir con nosotros”. El instinto de Flaubert presintió esa muerte, que ya está aconteciendo —¿no es el *Ulises*, con sus planos y horarios y precisiones, la espléndida agonía de un género?—, y en el quinto capítulo de la obra condenó las novelas “estadísticas o etnográficas” de Balzac, y, por extensión, las de Zola. Por eso, el tiempo de *Bouvard et Pécuchet* se inclina a la eternidad; por eso, los protagonistas no mueren y seguirán copiando, cerca de Caen, su anacrónico *Sottisier* [aquí, *Estupidario*, parte del segundo volumen], tan ignorantes de 1914 [primera guerra mundial] como de 1870 [guerra franco-prusiana]; por eso, la obra mira, hacia atrás, a las parábolas de Voltaire y de Swift y de los orientales y, hacia delante, a las de Kafka^[15]».

Podemos estar o no de acuerdo con Borges y con muchos otros críticos acerca de si *Bouvard et Pécuchet* es la última de las novelas «realistas» posibles o su liquidación; se pondrán unos del lado de la crítica indignada de Barbey d’Aureville, otros del lado de Remy de Gourmont, que consideró este libro como el más grande que había dado la novela europea^[16]; pero, por el momento, ante las circunstancias históricas de los primeros años del siglo XXI, sigue siendo cierto que mientras haya burguesía en el mundo, estulticia, o ambas cosas juntas, habrá lectores que sacarán provecho y enseñanzas de este libro, que, como pocos más en la historia de la

literatura, no solo se presenta como un libro interminable, sino también como tierra abonada para una exégesis literaria que, posiblemente, jamás alcanzará un punto final.

JORDI LLOVET

CRONOLOGÍA

- 1821** 12 de diciembre. Nacimiento de Gustave Flaubert en Ruán, donde su padre, cirujano, dirige el Hôtel-Dieu.
- 1824** Nacimiento de su hermana Caroline.
- 1832** En febrero comienza octavo en el Colegio Real de Ruán, donde proseguirá estudios.
- 1834/1837** Trabajos de redacción escolares y extraescolares en los que más tarde, y retrospectivamente, se verán unos inicios literarios precoces.
- 1836** Verano. Conoce en Trouville a la señora Schlésinger, que no será nunca, según parece, su amante, pero sí el gran amor de su vida.
- 1837** Primeras publicaciones en una revista literaria de Ruán.
- 1838/1839** Escribe *Memorias de un loco*, *Smarh*, etc.
- 1840** Verano. Obtiene el título de bachiller. Viaja a los Pirineos y a Córcega.
- 1841/1843** Vive en Ruán y en París, donde estudia Derecho con escaso gusto y asiduidad. Escribe *Noviembre*, acabado el 25 de octubre de 1842, momento en que comienza la primera *Educación sentimental* (febrero de 1843). Se va a vivir con los Schlésinger. Conoce a Maxime Du Camp.
- 1844** Enero. Cerca del Pont-l'Évêque sufre una crisis nerviosa, médicamente mal diagnosticada, que pone fin a sus estudios, así como a su vida parisina, y le lleva a retirarse a la propiedad que su padre compra en Croisset, a orillas del Sena, en la periferia de Ruán, lo que le predispone o le reafirma en su carácter de solitario. Croisset seguirá siendo para él el punto fijo de una existencia que, por otra parte, no estará falta de vagabundeos, largos viajes y prolongadas estancias en París.
- 1845** 7 de enero. Acaba la primera *Educación sentimental*, que no aparecerá hasta treinta años después de su muerte. Abril-junio. Viaja a

Provenza, al norte de Italia y a Suiza.

- 1846** Muerte del padre de Flaubert. Su hermana fallece poco después de haber dado a luz una niña, a la que pondrán también el nombre de Caroline y que será siempre para él la niña de sus ojos. Esta se casará con Ernest Commanville en 1864 y, tras enviudar, con el doctor Franklin-Grout. La ruina de los Commanville será una pesada carga en los últimos años de Flaubert; y la dispersión de sus papeles guardados por Caroline, tras su muerte, provocará molestos comentarios. Primavera. Excursión con Maxime Du Camp a Caudebecen-Caux, donde ven, en la iglesia, una estatuilla de san Julián. Julio. Comienzo de su relación con Louise Colet, a la que había conocido el mes antes. Interrumpida en 1848, esta relación se reanuda tres años más tarde para romperse en 1854; será sensual y decepcionante, calurosa y tormentosa.
- 1847** Mayo-agosto. Viaje con Maxime Du Camp a Anjou, Bretaña y Normandía: los dos compañeros lo relatarán en su obra *Por los campos y por las playas*, que quedará inédita.
- 1848** Febrero. Flaubert es testigo en París de la revolución. 24 de mayo. Comienza *La tentación de san Antonio* (primera versión), que acabará el 12 de septiembre de 1849.
- 1849/1851** Viaje a Oriente con Maxime Du Camp. Salida de París el 29 de octubre de 1849: Egipto, Palestina, Siria, Líbano, Asia Menor, Constantinopla, Grecia, Italia. El encuentro en Esneh con Kuchouk-Hanem data del 6 de marzo de 1850. Flaubert volverá deslumbrado y guardará unos recuerdos muy vivos. Regreso en junio de 1851; reconciliación con Louise Colet.
- 1851** 19 de septiembre. Comienza *Madame Bovary*. Viaje a Londres. Está en París con ocasión del golpe de Estado del 2 de diciembre.
- 1852** Enfriamiento de su amistad con Maxime Du Camp, demasiado preocupado por la brillante carrera que tiene por delante y que se mostrará en lo sucesivo con él un poco tonto y celoso.
- 1854** Ruptura, esta vez definitiva, con Louise Colet. Mantiene otras varias relaciones que tuvieron menos peso en su vida.

- 30 de abril. Termina *Madame Bovary*, que aparecerá desde el 1 de octubre hasta el 15 de diciembre en la *Revue de Paris*, que dirige Maxime Du Camp, quien realiza unos cortes que serán mal tolerados por el novelista. Mayo-octubre. Redacción de *La tentación de san Antonio* (segunda versión), algunos de cuyos fragmentos aparecerán en *L'Artiste* en diciembre, enero y febrero. A comienzos de este período, y simultáneamente, empieza a tomar notas para un *San Julián* que no tarda en abandonar y que solo retomará dieciocho o diecinueve años después.
- 1856
- Enero-febrero. Proceso contra Flaubert a causa de *Madame Bovary* por ultraje a la moral pública y religiosa, así como a las buenas costumbres, pese a los prudentes cortes. Tras la absolución, la novela aparece en librerías en el mes de abril. 1 de septiembre. Flaubert, que ha renunciado a publicar su segunda versión de *San Antonio*, comienza *Salambó*.
- 1857
- Abril-junio. Viaje a Túnez y a Argelia para documentarse sobre la novela en curso.
- 1858
- Abril. Termina *Salambó*, que aparecerá el 24 de noviembre de 1862. Aunque discutida, la novela alcanza rápidamente celebridad, y Flaubert desiste de llevar una vida apartada: en adelante se le verá a menudo en París, siendo recibido en casa de la princesa Matilde, participa en las «cenas Magny», iniciativa de Gavarni, los Goncourt, Sainte-Beuve, etc. Mientras piensa ya en *La educación sentimental* y en *Bouvard y Pécuchet*, emprende en colaboración el *Castillo de los corazones*: este «cuento de hadas», acabado en diciembre de 1863, no será nunca representado, pese a sus repetidas intentos hasta el final de su vida.
- 1862/1863
- 1 de septiembre. Comienza a escribir *La educación sentimental*, para la que ha acumulado previamente la documentación y preparado el plan. Noviembre. Es invitado a Compiègne para hacer una visita al emperador.
- 1864
- Julio. Viaje a Baden-Baden.
- 1865
- Julio. Viaje a Inglaterra. 15 de agosto. Es nombrado caballero de la Legión de Honor.
- 1866

- 1869** 16 de mayo. Concluye *La educación sentimental*, que aparecerá en librerías el 17 de noviembre; el éxito es escaso. Mientras, Bouilhet y luego Sainte-Beuve han muerto; en los años siguientes, Flaubert se agotará tratando de salvar del olvido la memoria y la obra de Bouilhet.
- 1870** Muerte de Jules Duplan y de Jules de Goncourt. Flaubert trabaja en la tercera versión de *La tentación de san Antonio*. La guerra: es enfermero, teniente de la Guardia Nacional; los prusianos ocupan Croisset.
- 1871** Marzo. Visita a la princesa Matilde en Bruselas, luego viaja a Inglaterra.
- 1872** 6 de abril. Muerte de su madre. 20 de junio. Acaba la tercera versión de *La tentación de san Antonio*. Agosto. Comienza *Bouvard y Pécuchet*; llevaba pensando en ella desde hacía por lo menos veinte años. Octubre. Muerte de Théophile Gautier.
- 1873** Muerte de Ernest Feydeau. Julio-noviembre. Escribe *El candidato*, comedia en cuatro actos, de la que solo se harán unas pocas representaciones en el Vaudeville en marzo de 1874, y será publicada en libro inmediatamente después.
- 1874** Abril. Aparición en librerías de *La tentación de san Antonio*. Julio. Viaje de salud a Suiza, a Kaltbad, al pie del Righi. Como se aburre, se documenta con miras a *San Julián*, en el que sigue pensando.
- 1875** Enero-septiembre. La situación económica de Ernest Commanville, marido de Caroline, se vuelve alarmante. Con la venta de unos bienes raíces, reduciendo su tren de vida, recurriendo a sus propios amigos e interviniendo ante diversas personas, Flaubert consigue salvarle de la quiebra. Evitan por los pelos vender también la casa de Croisset, de la que no tiene, por otra parte, más que el usufructo, al pertenecer la nuda propiedad a Caroline; semejante operación habría acabado, si no con el hombre, al menos con el escritor. Sale del atolladero muy deprimido, y con sus recursos considerablemente mermados. Septiembre-noviembre. Para recuperarse, va a pasar varias semanas a Concarneau con su amigo el naturalista Pouchet. Retomando sus notas, comienza a escribir *La*

leyenda de san Julián el Hospitalario. Intervienen varios amigos para conseguirle un «puesto» retribuido; pero él no quiere enajenar lo más mínimo su independencia, y no será hasta 1879 cuando se resigne a tal solución.

1876 Enero-febrero. Termina *San Julián* y comienza *Un alma de Dios*. Marzo. Muerte de Louise Colet. Abril. Comienza a concebir *Herodías* y, para documentarse sobre *Un alma de Dios*, visita de nuevo Pont-l'Évêque, Trouville, Honfleur. Junio. Muerte de George Sand, con la que le unía una amistad muy estrecha. Agosto. Termina *Un alma de Dios*. Se pone enseguida a preparar *Herodías*, que comenzará a escribir en noviembre.

1877 Febrero. Termina *Herodías*. Abril. Los tres relatos son publicados en periódicos, luego, con el título de *Tres cuentos*, reunidos en un volumen que se pone a la venta el 24 de abril. Junio. Retoma *Bouvard y Pécuchet*, abandonado desde la crisis de 1875, y prosigue con sus ensoñaciones, para más tarde, sobre otros proyectos, como la batalla de las Termópilas o el Segundo Imperio; siempre la alternancia de temas antiguos y contemporáneos.

1879 Mala salud. Una fractura del peroné le obliga a guardar cama durante tres meses. Problemas de dinero crecientes: se ocupa de mala gana de conseguir un puesto, es decir, una sinecura, que haga las veces de pensión: la idea de encontrarse bajo la autoridad teórica de un jefe le horripila. Se le encuentra un empleo de tres mil francos anuales en la Bibliothèque Mazarine.

1880 8 de mayo. Muere en Croisset de una hemorragia cerebral. Es enterrado el día 11 de mayo en Ruán. 15 de diciembre. Comienzo de la publicación de *Bouvard y Pécuchet* en la *Nouvelle Revue*.

1881 Marzo. Aparece en librerías *Bouvard y Pécuchet*

NOTA A ESTA EDICIÓN

Para el texto del primer volumen, *La novela*, de *Bouvard y Pécuchet*, la presente edición ha partido, en primera instancia, del libro: Gustave Flaubert, *Bouvard et Pécuchet*, edición de Claudine Gothot-Mersch, París, Gallimard, 1979. Como esta edición no presenta ningún aparato crítico, una larga serie de dudas han sido resueltas gracias a la edición crítica de la novela póstuma de Flaubert, más solvente, a cargo de Alberto Cento, Nápoles, Istituto Universitario Orientale y París, Librairie A.-G. Nizet, 1964.

Para el *Estupidario* (según el manuscrito de Flaubert, *Sottisier*), hemos partido de la siguiente selección, relativamente extensa y muy bien concebida en sus distintos apartados: Gustave Flaubert, *Le Second volume de Bouvard et Pécuchet*, editado y presentado por Geneviève Bollème, París, Denoël, 1966. La edición de dicho *Sottisier* a cargo de Bruno de Cessole, París, NIL, 1995, con prefacio de Julian Barnes, también es más extensa que la utilizada por nosotros, pero presenta ciertas arbitrariedades de orden ecdótico y de crítica textual, aunque ha resultado de cierta utilidad. La más exhaustiva hasta la fecha, la de Lea Caminiti Pennarola, colega de Alberto Cento, tiene el inconveniente de ser una edición en traducción italiana: *Sciocchezzaio. Dizionario dei luoghi comuni. Catalogo delle idee chic*, Milán, Rizzoli, 1992. Es, por cierto, la mejor de las ediciones publicadas, hasta la fecha, de todo el material recogido por Flaubert para la redacción del segundo volumen de *Bouvard y Pécuchet*, y es también una edición filológica, algo que ha resultado de enorme ayuda para la supervisión de todos los pasajes recogidos aquí relativos a dicho segundo volumen del libro, o *La copia*.

Para el texto del *Diccionario de ideas corrientes*, el *Catálogo de las ideas chic* y *El álbum de la Marquesa*, hemos partido también de la edición citada de Gothot-Mersch que, en este caso, es sin duda la más solvente hasta el momento en lengua francesa.

Por lo que respecta a los apéndices, los «Esbozos y planes» preliminares para la redacción del conjunto de la obra, en especial del primer volumen, proceden también de la edición citada de Geneviève Bollème. Por último, la «Cronología» que presenta nuestra edición es una traducción de la que aparece en el segundo volumen de *Bouvard et Pécuchet*, edición a cargo de René Dumesnil, en 2 vols., París, Société Les Belles Lettres, 1945.

Las fuentes para la redacción de las «Notas» al primer volumen de la obra —a cargo del editor— y al *Diccionario de ideas corrientes* —a cargo del traductor— se citan en el apartado correspondiente, al final del volumen.

El uso de tres puntos suspensivos despegados del texto, tanto en este prólogo como en las notas, indican un pasaje omitido de la cita en cuestión.

Bouvard y Pécuchet

**PRIMER VOLUMEN
LA NOVELA**

1

Como hacía un calor de treinta y tres grados, el boulevard Bourdon^[17] estaba completamente desierto.

Más abajo, el canal Saint-Martin, encerrado entre las dos esclusas, expandía en línea recta su agua de color de tinta. En medio había un barco cargado de madera, y en la orilla dos hileras de barricas.

Más allá del canal, entre las casas que separan unas obras, el gran cielo diáfano se recortaba en franjas de un azul ultramar, y, bajo la reverberación del sol, las fachadas blancas, los tejados de pizarra, los muelles de granito, deslumbraban. Un ruido confuso subía a lo lejos en el aire tibio; y todo parecía entorpecido por la inactividad del domingo y por la tristeza de los días de verano.

Aparecieron dos hombres.

Uno venía de la Bastilla, el otro del Jardin des Plantes. El más alto, vestido de lino, caminaba con el sombrero echado hacia atrás, el chaleco desabrochado y la corbata en la mano. El más bajo, cuyo cuerpo desaparecía en una levita marrón, agachaba la cabeza cubierta con una gorra con la visera en punta.

Una vez que hubieron llegado al centro del boulevard se sentaron en el mismo instante en el mismo banco.

Para secarse la frente, se quitaron los sombreros, que cada uno dejó junto a sí; y el hombrecillo vio escrito en el sombrero de su vecino: Bouvard^[18], mientras que el otro distinguía fácilmente en la gorra del individuo enlevitado la palabra: Pécuchet.

—Vaya —dijo—, hemos tenido la misma idea, escribir nuestro nombre en los sombreros.

—¡Dios mío, sí, me lo podrían coger en la oficina!

—Igual que a mí, pues soy empleado.

Entonces se miraron con atención.

El aspecto amable de Bouvard encantó de inmediato a Pécuchet.

Sus ojos azulados, siempre entrecerrados, sonreían en su rostro colorado. Unos pantalones con alzapón, que se abolsaban en la parte inferior sobre unos zapatos de castor, modelaban su vientre, le hinchaban la camisa a la altura de la cintura; y su cabello rubio, rizado de forma natural en ligeros bucles, le daban un no sé qué de infantil.

Emitía de dientes afuera una especie de silbido continuo.

El aspecto serio de Pécuchet sorprendió a Bouvard.

Se hubiera dicho que llevaba una peluca, a tal punto sus guedejas aplastadas y negras adornaban su alto cráneo. Su cara parecía siempre de perfil, debido a una nariz que descendía demasiado. Sus piernas, embutidas en unos tubos de lana ligera, eran

desproporcionadas en relación con la largura del busto, y tenía una voz fuerte, cavernosa.

Se le escapó esta exclamación:

—¡Qué bien se estaría en el campo!

Pero los arrabales, según Bouvard, eran insoportables a causa del ruido de los merenderos. Lo mismo pensaba Pécuchet. Comenzaba, no obstante, a sentirse cansado de la capital. También Bouvard.

Y sus miradas vagaban por los montones de piedras para la construcción, por el agua nauseabunda en la que flotaba un montón de paja, por la chimenea de una fábrica que se alzaba en el horizonte; se percibía la exhalación de miasmas de albañal. Se volvieron hacia el otro lado. Entonces tuvieron ante sí los muros del Silo de Reserva^[19].

Decididamente (cosa que no dejaba de sorprender a Pécuchet) hacía más calor aún en la calle que en casa.

Bouvard le incitó a quitarse la levita. ¡A él le traía sin cuidado el qué dirán!

De pronto un borracho atravesó la acera haciendo eses; y ellos entablaron, a propósito de los obreros, una conversación sobre política. Tenían las mismas ideas, pese a que Bouvard era quizá más liberal.

Un ruido de chatarra resonó en el empedrado en medio de una polvareda: eran tres calesas de alquiler que se dirigían hacia Bercy, paseando a una recién casada con su ramo de novia, a unos burgueses con corbata blanca, a unas señoras sepultadas bajo unas enaguas hasta las axilas, a dos o tres chiquillas, a un colegial. La vista de este cortejo nupcial indujo a Bouvard y Pécuchet a hablar de mujeres, a las que calificaron de frívolas, biliosas y testarudas. Pese a ello, eran a menudo mejores que los hombres, otras veces eran peores. En pocas palabras, mejor vivir sin ellas; por eso Pécuchet se había quedado soltero.

—¡Yo soy viudo —dijo Bouvard— y sin hijos!

—Tal vez sea una suerte para usted. Pero a la larga la soledad es muy triste.

Luego, por la orilla del muelle, apareció una joven de vida alegre con un soldado. Muy pálida, con el pelo negro y picada de viruelas, se apoyaba en el brazo del militar, arrastrando las chanclas y contoneando las caderas.

Cuando se hubo alejado, Bouvard se permitió una reflexión obscena. Pécuchet se puso colorado como un pavo y, sin duda para evitar una respuesta, le indicó con la mirada a un sacerdote que se acercaba.

El eclesiástico se fue lentamente avenida abajo, una avenida de olmos desmedrados, que bordeaban la acera, y Bouvard, apenas perdió de vista el birrete, se declaró aliviado, porque detestaba a los jesuitas. Pécuchet, aun sin justificarlos, mostró cierta deferencia por la religión.

Mientras tanto caía el crepúsculo, y se habían alzado algunas persianas enfrente. Los paseantes se volvieron más numerosos. Dieron las siete.

Sus palabras fluían inagotablemente, las observaciones seguían a las anécdotas,

las digresiones filosóficas a las consideraciones subjetivas. Denigraron al Cuerpo de Caminos, Canales y Puertos, al monopolio de tabacos, al comercio, a los teatros, a nuestra Marina y a todo el género humano, como personas que hubieran sufrido grandes desilusiones; y aunque habían superado la edad de las cándidas emociones, sentían un placer nuevo, una especie de expansividad, el encanto del cariño naciente.

Veinte veces se habían levantado y vuelto a sentar y recorrido a todo lo largo el bulevar, desde la exclusiva de aguas arriba hasta la exclusiva de aguas abajo, queriendo marcharse cada vez y siendo incapaces de hacerlo, retenidos por un encantamiento.

Estaban, sin embargo, a punto de despedirse, estrechándose ya la mano, cuando Bouvard dijo de sopetón:

—¿Qué le parece si cenamos juntos?

—¡También yo lo había pensado —repuso Pécuchet—, pero no me atrevía a proponérselo!

Y se dejó llevar ante el Ayuntamiento a un pequeño restaurante donde estarían bien.

Bouvard pidió el menú.

Pécuchet les temía a las especies porque le parecía que podían encenderle el cuerpo. Ello fue objeto de una discusión médica. Luego glorificaron los avances de las ciencias^[20]. ¡Cuántas cosas que conocer! ¡Cuántas investigaciones... si uno tuviera tiempo! Por desgracia, tener que ganarse el sustento les absorbía por entero; y levantaron los brazos del asombro y estuvieron a punto de abrazarse por encima de la mesa al descubrir que ambos eran copistas: Bouvard en una empresa comercial, Pécuchet en el Ministerio de Marina, cosa que no le impedía consagrar, cada tarde, algunos momentos al estudio. Había notado errores en la obra de Thiers^[21] y habló con el mayor respeto de un tal Dumouchel, que era profesor.

Bouvard destacaba en otros campos. La cadena de su reloj, entrelazada con cabellos, y la manera que tenía de batir la salsa mayonesa con mostaza delataban al viejo ridículo cargado de experiencia, y comía, con el pico de la servilleta bajo la axila, soltando cosas que hacían reír a Pécuchet. Era una carcajada especial, una única nota muy baja, siempre la misma, emitida a largos intervalos. La de Bouvard era sostenida, sonora, le descubría los dientes, le sacudía los hombros, y los parroquianos se volvían desde la puerta al oírla.

Terminada la cena, fueron a tomar café a otro local. Contemplando los mecheros de gas, Pécuchet despotricó contra los excesos del lujo, luego con gesto desdeñoso apartó de sí los periódicos. Bouvard era más indulgente para con ellos. ¡Le gustaban todos los escritores en general y en su juventud había demostrado un cierto talento para la interpretación!

Quiso hacer juegos malabares con un taco de billar y dos bolas de marfil, tal como los ejecutaba Barberou, un amigo suyo. Invariablemente, las bolas caían y, rodando por el suelo por entre las piernas de la gente, iban a perderse a lo lejos. El mozo, que se levantaba cada vez para buscarlas a cuatro patas por debajo de los

asientos, acabó por quejarse. Pécuchet tuvo una disputa con él; se presentó el cafetero, pero él no escuchó sus disculpas e incluso discutió el importe de la cuenta.

A continuación propuso terminar la velada apaciblemente en su domicilio que estaba allí cerca, en la rue Saint-Martin.

Apenas hubo entrado, se puso una especie de almilla de indiana e hizo los honores de su piso.

Un escritorio de abeto, situado justo en medio, molestaba con sus esquinas, y a todo alrededor, en unos anaqueles, en las tres sillas, en la vieja butaca y en los rincones, había apilados varios tomos de la *Enciclopedia Roret*^[22], el *Manual del magnetizador*, un Fénelon, otros viejos tomos, con un montón de cartapacios, dos nueces de coco, distintas medallas, un gorrito turco y unas conchas traídas de Le Havre por Dumouchel. Una capa de polvo aterciopelaba las recias paredes pintadas en otro tiempo de amarillo. El cepillo de los zapatos estaba abandonado al lado de la cama, de la que colgaban las sábanas. Veíase en el techo una mancha negra producida por el humo de la lámpara.

Bouvard, a causa sin duda del olor, pidió permiso para abrir la ventana.

—¡Volarán los papeles! —exclamó Pécuchet, que, por encima de todo, temía las corrientes de aire.

Sin embargo, jadeaba en aquel cuartito, recalentado desde la mañana por el tejado de pizarra.

Bouvard le dijo:

—¡Yo, que usted, me quitaría el chaleco!

—Pero ¡cómo! —Y Pécuchet inclinó la cabeza, espantado ante la idea de no tener ya su cota salvadora.

—Acompañeme —prosiguió Bouvard—, el aire del exterior le refrescará.

Al final, Pécuchet se volvió a poner sus botas, rezongando:

—¡Me ha embrujado usted, palabra de honor!

Y, a pesar de la distancia, le acompañó hasta su casa, en la esquina de la rue de Béthune, enfrente del puente de La Tournelle.

La habitación de Bouvard, encerada, con unas cortinas de percal y unos muebles de caoba, disfrutaba de un balcón con vista al río. Los dos adornos principales eran una licorera en medio de la cómoda y, a lo largo del espejo, unos daguerrotipos que representaban a unos amigos; una pintura al óleo colgaba en la alcoba.

—¡Mi tío! —dijo Bouvard.

Y el candelero que sostenía iluminó a un señor.

Unas patillas rojizas alargaban su rostro rematado de un tupé rizado en la punta. La corbata alta, con el triple cuello de la camisa del chaleco de terciopelo y del traje negro, lo fajaban. Le habían pintado unos diamantes en la chorrera. Sus ojos se almendraban hacia los pómulos, y sonreía con aire guasón.

Pécuchet no pudo dejar de decir:

—¡Se diría más bien su padre!

—Es mi padrino —repuso Bouvard distraídamente, y añadió que sus nombres de pila eran François-Denys-Bartholomé.

Los de Pécuchet eran Juste-Romain-Cyrille, y tenían la misma edad: cuarenta y siete años. Esta coincidencia fue de su agrado, pero les sorprendió, tras haber creído cada uno al otro mucho menos joven. Luego admiraron a la Providencia, cuyos designios son a veces maravillosos.

—Porque, en fin, si hace un rato no hubiésemos salido a dar una vuelta, ¡habríamos podido morir sin conocernos!

Y, tras haberse intercambiado las direcciones de sus patronos, se desearon muy buenas noches.

—¡No me ande con mujeres! —gritó Bouvard desde la escalera.

Pécuchet bajó los escalones sin responder a la gracia.

Al día siguiente, en el patio de Descambos Hnos. —tejidos alsacianos, en el número 92 de la rue Hautefeuille—, una voz llamó:

—¡Bouvard! ¡Señor Bouvard!

Este asomó la cabeza entre los cristales y reconoció a Pécuchet, que articuló más fuerte:

—¡No estoy enfermo! ¡Me lo quité!

—¿El qué?

—¡Eso! —dijo Pécuchet señalando su pecho.

Toda la charla de la jornada, con la temperatura del piso y la laboriosa digestión, le habían impedido pegar ojo, tanto es así que, no pudiendo más, había mandado a paseo su chaleco. Por la mañana se había acordado de ese gesto, afortunadamente sin consecuencias, y venía a informar de ello a Bouvard, que, por dicho motivo, había ganado muchos enteros en su estima.

Era hijo de un pequeño comerciante y no había conocido a su madre, muerta muy joven. A los quince años lo había sacado del colegio para ponerle a trabajar con un leguleyo. Se presentaron los gendarmes; y el patrón fue mandado a galeras, historia cruel que aún le espantaba. A continuación, había probado varios oficios, como mancebo de botica, celador de estudios, contable en uno de los paquebotés^[23] del alto Sena. Hasta que, por fin, un jefe de división, encantado de su bonita letra, le contrató como expedicionario; pero la conciencia de una instrucción llena de lagunas, con las exigencias de cultivar su espíritu que ello le provocaba, agriaba su humor; y vivía completamente solo, sin parientes, sin una amante. Su única distracción, los domingos, era inspeccionar las obras públicas.

Los más viejos recuerdos de Bouvard se remontaban a las orillas del Loira, al patio de una alquería. Un hombre, que era su tío, le había llevado a París para encaminarle hacia el comercio. Al alcanzar la mayoría de edad, le entregaron unos miles de francos. Entonces se casó y abrió una confitería. Seis meses después, su mujer se había largado llevándose la caja. Los amigos, la buena mesa y sobre todo la indolencia, habían completado rápidamente el desastre. Pero tuvo la inspiración de

aprovechar sus dotes de calígrafo, y, desde hacía doce años, estaba en el mismo puesto, en la empresa Descambos Hnos., especializada en telas, en el número 92 de la rue Hautefeuille. En cuanto a su tío, que le había enviado en otro tiempo como recuerdo el famoso retrato, Bouvard ignoraba hasta su lugar de residencia y no esperaba ya nada de él. Quinientos francos de renta y su sueldo de copista le permitían ir todas las noches a descabezar un sueño en un cafetín.

Así su encuentro había tenido la importancia de una aventura. Se habían sentido enseguida ligados por unas secretas afinidades. Por otra parte, ¿cómo explicar las simpatías? ¿Por qué una determinada característica, una determinada imperfección, indiferente o detestable en uno, nos encanta en otro? Lo que llamamos flechazo vale para todas las pasiones. Antes de terminar la semana ya se tuteaban.

A menudo iban a buscarse a la oficina. En cuanto aparecía uno, el otro cerraba su pupitre, y se iban juntos por las calles. Bouvard caminaba a grandes pasos, mientras que Pécuchet, multiplicando los suyos, con la levita que le golpeaba los talones, parecía deslizarse sobre unas ruedecillas. Del mismo modo, sus gustos particulares se compensaban. Bouvard fumaba en pipa, le gustaba el queso, se tomaba regularmente su copita. Pécuchet tomaba rapé, no comía de postre más que compota de frutas y ponía un terrón de azúcar en el café. El uno era confiado, atolondrado, generoso; el otro reservado, meditabundo, ahorrador.

Para congraciarse con él, Bouvard quiso que Pécuchet conociera a Barberou. Era este un ex viajante de comercio, bolsista en la actualidad, muy campechano, patriota, faldero, y que hacía ostentación de un lenguaje arrabalero. Pécuchet lo encontró desagradable, y llevó a Bouvard a casa de Dumouchel. Este autor (pues había publicado un pequeño manual de mnemotécnica) daba clases de literatura en un colegio para jóvenes, era de opiniones conformistas y tenía un aspecto serio. Aburrió a Bouvard.

Ninguno de los dos había ocultado al otro su opinión. Cada uno reconoció lo justo de la misma. Sus costumbres cambiaron y, tras dejar sus casas de huéspedes, acabaron por comer juntos a diario.

Intercambiaban comentarios sobre las obras teatrales de las que se hablaba, sobre el Gobierno, la carestía de la vida, los fraudes comerciales. De vez en cuando reaparecían en sus charlas el caso del Collar^[24] o el proceso de Fualdès^[25]; y luego se preguntaban sobre las causas de la Revolución.

Daban vueltas por las tiendas de baratillo. Visitaron el Conservatorio de Artes y Oficios, Saint-Denis, los Gobelinos, Les Invalides y todas las colecciones públicas.

Cuando se les pedía el pase, ponían cara de haberlo perdido, haciéndose pasar por dos extranjeros, dos ingleses.

En las galerías del museo, pasaron con aire estupefacto por delante de los cuadrúpedos disecados, con placer por delante de las mariposas, con indiferencia por delante de los metales; los fósiles les hicieron soñar, se aburrieron con las conchas. Pasaron revista a los invernaderos a través de los cristales, y se estremecieron

pensando que todo aquel follaje destilaba veneno. Lo que admiraron del cedro fue que lo hubiesen traído hasta allí metido en un sombrero.

En el Louvre se esforzaron en sentir entusiasmo por Rafael. En la gran biblioteca les hubiera gustado saber el número exacto de volúmenes.

En cierta ocasión asistieron a un curso de árabe en el Collège de France; y el profesor se asombró de ver a aquellos dos desconocidos afanándose en tomar apuntes. Gracias a Barberou, pudieron tener acceso a los entre bastidores de un teatrillo. Dumouchel les consiguió entradas para una sesión de la Academia. Se informaban sobre los descubrimientos, leían los programas y, movidos por esta curiosidad, se les desarrolló la inteligencia. Al fondo de un horizonte cada día más lejano descubrían cosas confusas y maravillosas a un tiempo.

Admirando un viejo mueble, lamentaban no haber vivido en los tiempos en que estaba en uso, por más que lo ignorasen todo de aquella época. Por ciertos nombres, se imaginaban países tanto más bellos cuanto menos sabían de ellos. Las obras que tenían un título incomprensible les parecía que encerraban un misterio.

Y a medida que tenían más ideas, mayores eran sus sufrimientos. Cuando se cruzaban con un coche correo por las calles, sentían la necesidad de partir con él. El mercado de las flores, junto al Sena, les hacía suspirar por el campo.

Un domingo se pusieron en camino de buena mañana y, al pasar por Meudon, Bellevue, Suresnes, Auteuil, vagabundearon durante todo el día por entre los viñedos, arrancaron amapolas en las márgenes de los campos, durmieron en la hierba, tomaron leche, comieron a la sombra de las acacias de los merenderos y regresaron muy tarde, polvorientos, extenuados, embelesados. Repitieron con frecuencia estos paseos. Al día siguiente estaban tan tristes que acabaron por prescindir de ellos.

La monotonía de la oficina se volvía insoportable. ¡Siempre el cortaplumas y la sandraca, la misma tinta, las mismas plumas y los mismos colegas! Considerándolos estúpidos, hablaban cada vez menos con ellos; lo cual les valió unas cuantas pullas. Llegaban todos los días tarde y se ganaron alguna reprimenda.

En otros tiempos se habían creído casi felices; pero desde que se estimaban en más aquel trabajo les resultaba humillante, y se reafirmaban en su desagrado, se exaltaban mutuamente, se contagiaban. Pécuchet contrajo la aspereza de Bouvard, y Bouvard adquirió algo de la taciturnidad de Pécuchet.

—¡Me gustaría hacer de saltimbanqui en las plazas públicas! —decía uno.

—¡Tanto da ser traperero! —exclamaba el otro.

¡Qué aborrecible situación! ¡Y sin escapatoria posible! ¡Ni esperanza!

Una tarde (era el 20 de enero de 1839), Bouvard estaba en su oficina cuando llegó una carta, traída por el cartero.

Sus brazos se alzaron, la cabeza se le venció poco a poco hacia atrás y cayó desvanecido en el suelo.

Los empleados llegaron precipitadamente, le desanudaron la corbata; mandaron a buscar un médico. Él volvió a abrir los ojos; luego respondió a las preguntas que le

hacían:

—¡Ah!... Es que... es que... un poco de aire me aliviará. ¡No! ¡Déjenme!
¡Permítanme!

Y, pese a su corpulencia, corrió de un tirón hasta el Ministerio de Marina, pasándose la mano por la frente, creyendo volverse loco, tratando de calmarse.

Mandó llamar a Pécuchet.

Pécuchet compareció.

—¡Mi tío ha muerto! ¡Heredo!

—¡No es posible!

Bouvard le mostró estas pocas líneas:

BUFETE DEL SR. TARDIVEL

Notario

Savigny-en-Septaine, 14 de enero de 1839

Distinguido señor:

Le ruego se pase por mi despacho para poner en conocimiento de usted el testamento de su padre natural, el señor François-Denys-Bartholomé Bouvard, ex comerciante de la ciudad de Nantes, que falleció en este distrito el día 10 del presente. Dicho testamento incluye una disposición muy importante en su favor.

Le saluda cordialmente,

TARDIVEL, notario

Pécuchet tuvo que sentarse en un recantón del patio. Luego devolvió el papel diciendo parsimoniosamente:

—¡Con tal de que no sea una broma!

—¿Tú crees que es una broma? —repuso Bouvard con voz estrangulada, parecida a un estertor de moribundo.

Pero el timbre postal, el nombre del bufete en letras de molde, la firma del notario, todo probaba la autenticidad de la noticia; y se miraron con las bocas temblorosas, y una lágrima rodando de sus ojos fijos.

Sentían que les faltaba el aire. Fueron hasta el Arco de Triunfo, regresaron por la orilla del agua, dejaron atrás Notre-Dame. Bouvard estaba rojo como un tomate. Propinó a Pécuchet unos golpes en la espalda y, por espacio de cinco minutos, desvarió completamente.

Sonreían sarcásticamente a su pesar. Seguro que esa herencia debía ascender a...

—¡Ah! ¡Sería demasiado bonito! No se hable más de ello.

Pero volvían a hacerlo.

Nada impedía pedir inmediatamente explicaciones. Bouvard le escribió al notario para tenerlas.

El notario mandó copia del testamento, que terminaba así:

«Por todo lo cual, lego a François-Denys-Bartholomé Bouvard, hijo natural mío reconocido, la parte de mis bienes prevista por la ley».

El buen hombre había tenido a aquel hijo en su juventud, pero lo había mantenido cuidadosamente apartado, haciéndole pasar por sobrino suyo, y el sobrino lo había llamado siempre tío, pese a estar al corriente de los hechos. Hacia los cuarenta años, el señor Bouvard se había casado, para luego enviudar. Como sus dos hijos legítimos habían seguido unos derroteros contrarios a sus expectativas, había sentido remorderle la conciencia por el abandono en que había tenido a ese otro hijo durante tantos años. Lo hubiese hecho incluso venir a su casa de no haber sido por las presiones de la cocinera. Ella lo dejó, debido a los manejos de la familia, y, en su aislamiento, en puertas de la muerte, quiso reparar sus yerros legando al fruto de sus primeros amores cuanto podía de su fortuna. Esta ascendía a medio millón, lo que suponía para el copista doscientos cincuenta mil francos. El mayor de los hermanos, el señor Étienne, anunció que respetaría el testamento.

Bouvard cayó en una especie de embotamiento. Repetía en voz baja, sonriendo con la apacible sonrisa de los borrachos:

—¡Quince mil francos de renta!

Y Pécuchet, que tenía sin embargo un carácter más fuerte, no podía hacerse a la idea.

Se vieron bruscamente sacudidos por una carta de Tardivel. El otro hijo, el señor Alexandre, declaraba su intención de acudir a los tribunales, ¡y hasta de impugnar el legado si era posible, exigiendo para empezar el precinto judicial, un inventario, una orden de embargo cautelar, etcétera! Bouvard tuvo un ataque de bilis. Apenas convaleciente, se fue para Savigny, de donde volvió sin haber concluido nada, y lamentándose por los gastos del viaje.

Luego vinieron los insomnios, el alternarse de la rabia y de la esperanza, la exaltación y el abatimiento. Finalmente, al cabo de seis meses, tras haberse tranquilizado Alexandre, Bouvard entró en posesión de su herencia.

Su primer grito había sido: «¡Nos retiraremos al campo!», y aquellas palabras que ligaban a su amigo a su felicidad, Pécuchet las encontró totalmente naturales. Porque el entendimiento entre ambos hombres era absoluto y profundo.

Pero como no quería vivir a expensas de Bouvard, no se iría antes de su jubilación. ¡Otros dos años más, paciencia! Permaneció inamovible, y así se zanjó la cuestión.

Para saber dónde establecerse, pasaron revista a todas las provincias. El norte era fértil, pero demasiado frío, el sur encantador por el clima, pero incómodo por los mosquitos, y el centro, francamente, no tenía nada de curioso. Bretaña les habría ido bien de no ser por el espíritu mojigato de sus habitantes. En cuanto a las regiones del este, a causa de los dialectos alemanes, ni pensarlos. Pero había otras regiones. ¿No estaban, por ejemplo, Forez, Bugey, Roumois? Los mapas no decían nada de ellas.

Por lo demás, lo importante no era que su casa estuviera en un sitio o en otro, sino que tuviesen una.

Ya se veían en mangas de camisa, al borde de un arriate, podando rosales y cavando con azadón, dando segunda reja a la tierra, trabajándola, trasplantando tulipanes. Se despertarían al canto de la alondra para seguir al arado, irían con una cesta a coger manzanas, a ver cómo hacían la manteca, trillaban el grano, esquilaban los corderos, cuidaban las colmenas, y se deleitarían con los mugidos de las vacas y el olor del heno segado. ¡Se acabaría el copiar! ¡Y los jefes! ¡Y el pago de los alquileres! ¡Porque serían ellos los amos en su propia casa! ¡Y comerían gallinas de su corral, verduras de su huerto, y se sentarían a la mesa sin quitarse siquiera los zuecos!

—¡Haremos nuestra real gana! ¡Nos dejaremos crecer la barba!

Compraron los útiles de horticultura, luego un montón de cosas «que quizá podrían ser de utilidad», tales como una caja de herramientas (siempre necesaria en una casa), a continuación unas balanzas, una cinta métrica, una bañera por si enfermaban, un termómetro y hasta un barómetro «sistema Gay-Lussac» para experimentos de física, si les daba la vena. Tampoco estaría de más (porque no siempre se puede trabajar al aire libre) tener algunos buenos libros de literatura, y se pusieron a buscarlos, viéndose a veces en un buen aprieto cuando se trataba de valorar si dicho libro era verdaderamente un «libro de biblioteca». Bouvard zanjó la cuestión.

—Bah, no tendremos necesidad de biblioteca.

—Por otra parte, yo tengo la mía —dijo Pécuchet.

Se organizaron por adelantado. Bouvard traería sus muebles, Pécuchet su gran mesa negra; reutilizarían las cortinas y con unas pocas piezas de batería de cocina bastaría.

Aunque se habían jurado guardar silencio sobre todo esto, les resplandecía el semblante. También sus colegas les encontraban extraños. Bouvard, que escribía volcado sobre su pupitre y con los codos hacia fuera para redondear mejor su bastardilla, emitía su especie de silbido frunciendo con aire malicioso sus gruesos párpados. Pécuchet, encaramado en un gran taburete de asiento de paja, seguía cuidando los trazos verticales de su letra alargada, pero, hinchando las ventanillas de la nariz, apretaba los labios, como si temiera dejar escapar su secreto.

Al cabo de dieciocho meses de búsqueda, no habían encontrado nada. Hicieron viajes a todos los alrededores de París, desde Amiens hasta Évreux, y desde Fontainebleau hasta Le Havre. Querían una campiña que fuese precisamente eso, una campiña, sin pretender que fuera un paraje pintoresco, pero un horizonte limitado les deprimía.

Rehuían la vecindad de otras casas, aunque temían la soledad.

A veces se decidían; luego, temiendo arrepentirse más tarde, cambiaban de parecer, al considerar que el lugar era malsano, o expuesto a la brisa marina, o

demasiado cercano a una fábrica, o de acceso difícil.

Barberou fue su salvación.

Como conocía su sueño, un buen día fue a decirles que le habían hablado de una propiedad, en Chavignolles^[26], entre Caen y Falaise. Esta consistía en una hacienda de treinta y ocho hectáreas, con una especie de quinta y un huerto en pleno rendimiento.

Se trasladaron a Calvados y se sintieron entusiasmados. El único problema era que, por la hacienda más la casa (una no sería vendida sin la otra), les pedían ciento cuarenta y tres mil francos, y Bouvard no ofrecía más que ciento veinte mil.

Pécuchet luchó contra su empecinamiento, le rogó que cediera, y finalmente declaró que él pondría la diferencia. Era todo cuanto tenía, proveniente del patrimonio de su madre y de sus ahorros. Nunca había dicho palabra de ello, reservándose aquel capital para una buena oportunidad.

Se hizo el pago de todo hacia finales de 1840, seis meses antes de su jubilación.

Bouvard no era ya copista. En un primer momento había continuado desempeñando sus funciones por desconfianza ante el futuro, pero había pedido la baja una vez seguro de la herencia. Sin embargo, volvía gustosamente a Descambos Hnos., y la víspera de su marcha ofreció un *punch* a toda la oficina.

En cambio, Pécuchet se mostró desabrido con sus colegas, y salió, el último día, dando un violento portazo.

Tenía todavía que vigilar los embalajes, hacer un montón de encargos y compras, y despedirse de Dumouchel.

El profesor le propuso mantener una relación epistolar, en la que le tendría al corriente en literatura; y, tras haberse congratulado de nuevo, le deseó que todo le fuera bien. Barberou se mostró más sensible al recibir el adiós de Bouvard. Abandonó expresamente una partida de dominó, prometió ir a verle allí, pidió dos anisetes y le dio un abrazo.

Tras regresar a su casa, aspiró en su balcón una larga bocanada de aire diciéndose: «¡Por fin!». Las luces de los muelles rielaban en el agua, el rodar de los ómnibus se perdía en la lejanía. Recordó los días felices pasados en aquella gran ciudad, las comidas campestres en un restaurante, las veladas de teatro, los cotilleos de su portera, todas sus costumbres; y sintió vacilar su corazón, una tristeza que no se atrevía a confesarse a sí mismo.

Pécuchet paseó hasta las dos de la noche, adelante y atrás, por su habitación. No volvería más allí; ¡tanto mejor!, pero, sin embargo, para dejar allí algo suyo, grabó su nombre en el yeso de la chimenea.

El grueso del equipaje había salido la víspera. Los útiles de jardinería, las camas, los colchones, las mesas, las sillas, una cocina económica, la bañera y tres toneles de borgoña viajarían por el Sena, hasta Le Havre, desde donde serían expedidos a Caen, donde Bouvard, que los estaría esperando, los haría llegar a Chavignolles. Pero el retrato de su padre, los sillones, la licorera, los libros, el reloj de pared, todos los

objetos de precio fueron metidos en un carro de mudanzas que se encaminaría por Nonancourt, Verneuil y Falaise. Pécuchet quiso acompañarlo.

Se instaló al lado del conductor, en el asiento, y, protegido por su levita más vieja, una bufanda, unos mitones y su folgo de oficina, el domingo 20 de marzo, al despuntar el día, salió de la capital.

El movimiento y la novedad del viaje le tuvieron ocupado las primeras horas. Luego los caballos demoraron el paso, lo que provocó disputas con el conductor y el carretero. Estos elegían unas posadas infames, y, aunque salían fiadores de todo, Pécuchet, por un exceso de prudencia, dormía en los mismos sitios. Al día siguiente se volvía a partir al alba; y la carretera, siempre la misma, se prolongaba en pendiente hasta la línea del horizonte. Se sucedían los trechos pedregosos, las cunetas estaban llenas de agua, la campiña se extendía en grandes superficies de un verde monótono y frío, las nubes navegaban por el cielo y, de cuando en cuando, llovía. Al tercer día se alzaron ráfagas atemporaladas de viento. El toldo del carro, mal fijado, chasqueaba al viento como la vela de un barco. Pécuchet bajaba la cara bajo su gorra, y cada vez que abría su tabaquera, tenía, para salvaguardar sus ojos, que darse por completo la vuelta. En los tumbos, oía oscilar detrás de él todo su bagaje y prodigaba recomendaciones. Viendo que estas no servían de nada, cambió de táctica; se hizo el campechano, intentó ser complaciente; en las subidas más duras, bajaba para empujar las ruedas junto con los otros hombres; llegó hasta a pagarles la copa de después de la comida. A partir de aquel momento, marcharon más ligeros, pese a que en los alrededores de Gauburge se rompió el eje y el carro quedó inclinado. Pécuchet inspeccionó inmediatamente el interior; las tazas de porcelana se habían hecho trizas. Alzó los brazos al cielo, le rechinaron los dientes, maldijo a aquellos dos imbéciles; y el día siguiente fue un día perdido porque el carretero cogió una curda; pero, colmada la copa de la amargura, no tuvo el valor de quejarse.

Bouvard había dejado París solo dos días después para poder comer de nuevo con Barberou. Llegó al patio de las Mensajerías en el último minuto, luego se despertó delante de la catedral de Ruán; se había equivocado de diligencia.

Por la noche, todas las plazas para Caen estaban tomadas; no sabiendo qué hacer, se fue al Théâtre des Arts, y sonreía a sus vecinos, diciendo que se había retirado del mundo de los negocios y comprado recientemente una propiedad en los alrededores. Cuando llegó el viernes a Caen, sus bultos no estaban allí. Los recibió el domingo y los expidió con una carreta, tras haber avisado al granjero de que les seguiría unas horas después.

En Falaise, al noveno día de su viaje, Pécuchet tomó un caballo de refuerzo, y viajaron bien hasta la puesta del sol. Pasado Bretteville, tras haber dejado la carretera general, tomaron por un atajo, creyendo ver cada cinco minutos la casa con piñón de Chavignolles. Sin embargo, las roderas se borraban; estas desaparecieron, y se encontraron en medio de unas tierras de labor. Caía la noche. ¿Qué podían hacer? Finalmente, Pécuchet se decidió a abandonar el carro y, chapoteando en el fango, se

fue de avanzadilla. Cuando se acercaba a las alquerías, los perros ladraban. Él gritaba con todas sus fuerzas preguntando dónde estaba la carretera. Nadie le respondía. Le entraba miedo y volvía a ponerse en camino. De pronto brillaron dos faroles. Descubrió una calesa, se lanzó para alcanzarla. Dentro iba Bouvard.

Pero ¿dónde podía estar el carro de las mudanzas? Durante una hora se desgañitaron en la oscuridad. Al final dieron con él, y llegaron a Chavignolles.

Una fogata de broza y piñas ardía en la sala. La mesa estaba puesta para dos. Los muebles llegados con el carro atestaban la entrada. No faltaba nada. Se sentaron a la mesa.

Les habían preparado una sopa de cebolla, un pollo, tocino y huevos duros. La vieja encargada de la cocina venía de vez en cuando a informarse sobre sus gustos. Ellos respondían: «¡Oh, está muy bueno!, ¡muy bueno!», y la hogaza difícil de cortar, las natillas, las nueces, ¡lo encontraron todo delicioso! Había algún vacío en el embaldosado, las paredes rezumaban humedad. Sin embargo, dirigían a su alrededor miradas de satisfacción, mientras comían en la mesita donde ardía una candela. El aire libre había coloreado sus rostros. Sacaban barriga; se apoyaban en el respaldo de la silla, que crujía, y se repetían:

—¡Ya estamos aquí! ¡Qué felicidad! ¡Me parece estar soñando!

Aunque era medianoche, a Pécuchet se le ocurrió ir a dar una vuelta por el huerto. Bouvard no se negó a ello. Cogieron la candela y, protegiéndola con un viejo periódico, fueron a pasear a lo largo de los parterres. Disfrutaban llamando por su nombre a las hortalizas:

—¡Mira, zanahorias! ¡Ah, pero si hay coles!

A continuación pasaron a inspeccionar las espalderas. Pécuchet trató de descubrir los botones. De vez en cuando, una araña emprendía de improviso la huida por el muro, en el que se dibujaban agrandadas las sombras de sus cuerpos, repitiéndose sus gestos. Las puntas de las hierbas goteaban de rocío. La noche era totalmente negra; y todo estaba inmóvil en un gran silencio, una gran dulzura. Lejos, cantó un gallo.

Sus dos habitaciones estaban separadas por una portezuela disimulada por el papel pintado. Al golpearla con una cómoda, habían saltado los clavos. La encontraron abierta de par en par. Fue toda una sorpresa.

Desvestidos y ya en sus camas, charlaron un poco, luego se durmieron, Bouvard tumbado de espaldas, con la boca abierta, destocado; Pécuchet, sobre el costado derecho, con las rodillas contra el vientre, tocado con un gorro de algodón; y los dos roncaban al claro de luna que entraba por las ventanas.

¡Qué alegría, al día siguiente, al despertar! Bouvard se fumó una pipa, y Pécuchet inhaló una pulgarada de rapé, declarando ambos que era la mejor de su vida. Luego se pusieron a mirar por la ventana para contemplar el paisaje.

Tenían enfrente los campos, un granero a la derecha, con el campanario de la iglesia; y a la izquierda, una cortina de chopos.

Dos ringleras de árboles principales, en cruz, dividían el huerto en cuatro partes. Las hortalizas estaban plantadas en cuadros, de los que se alzaban, a trechos, cipreses enanos y árboles podados en forma de huso. Por un lado, un cenador moría en un cerrillo; por el otro, un muro sostenía las espalderas; y una cancela, al fondo, daba al campo. Más allá del muro, había un plantío de frutales y, tras la alameda, un bosquecillo; detrás de la empalizada, un sendero.

Estaban contemplando aquel conjunto cuando un hombre de cabellera entrecana y vestido con un abrigo negro bordeó el sendero, raspando con su junco todos los barrotes de la empalizada. La vieja sirvienta les informó de que era el señor Vaucorbeil, un afamado médico del distrito.

Los otros notables eran: el conde de Faverges, ex diputado, cuyas vaquerías se consideraban modélicas; el alcalde, el señor Foureau, que vendía madera, yeso y todo género de cosas; el notario señor Marescot; el padre Jeufroy, y la señora viuda Bordin, que vivía de rentas. En cuanto a ella, era conocida como la Germaine, por el nombre de pila de su difunto marido. Hacía trabajos domésticos «al jornal», pero le habría gustado entrar a servir en casa de aquellos señores. Ellos la aceptaron y se fueron para su hacienda, que estaba a un kilómetro de distancia.

Cuando entraron en el patio, el granjero, el tío Gouy, estaba vociferando contra un mozo, y la granjera, en un taburete, apretaba entre las piernas una pava a la que cebaba con pelotillas de harina. El hombre tenía la frente estrecha, fina la nariz, la mirada huidiza y los hombros robustos. La mujer era muy rubia, con las mejillas pecosas, y ese aire de simpleza que tienen los villanos en las vidrieras de las iglesias.

En la cocina pendían del techo unos haces de cáñamo. Tres viejas escopetas se escalonaban en la alta chimenea. Un aparador lleno de lozas decoradas con flores ocupaba el centro de la pared, y las ventanas con cristales verde botella arrojaban sobre los utensilios de hojalata y de cobre rojizo una luz macilenta.

Los dos parisienses deseaban hacer una inspección, pues habían visto la propiedad solo una vez, y someramente. Gouy y su esposa les acompañaron; y comenzó el rosario de quejas.

Todos los edificios, desde la cochera hasta la destilería, necesitaban algún arreglo. Habría que construir un anexo para los quesos, poner cerraduras nuevas en las cancelas, realzar los taludes, dragar el estanque y replantar un considerable número

de manzanos en los tres patios.

A continuación visitaron los cultivos. Gouy los despreció. Requerían demasiado estiércol, los acarreos eran un dispendio; imposible sacar las piedras, la mala hierba emponzoñaba los prados; y esta denigración de su tierra atenuó el placer que Bouvard sentía de caminar por ella.

Volvieron por la trocha, por una avenida de hayas. La casa mostraba, de aquel lado, el patio principal y la fachada.

Esta estaba enlucida de blanco, con el fondo de los lados pintados de amarillo. El cobertizo y la bodega, el horno y la leñera la ceñían con dos alas más bajas. La cocina comunicaba con una salita. A continuación venían el vestíbulo, una segunda sala más grande, y el salón. Las cuatro habitaciones del primer piso daban a un pasillo que miraba al patio. Pécuchet se reservó una para sus colecciones; la última fue destinada a biblioteca; y al abrir los armarios encontraron otros libros, pero no se les pasó por las mientes leer los títulos. Lo más urgente era el huerto.

Al pasar cerca de la alameda, Bouvard descubrió bajo las ramas una dama de escayola. Con dos dedos se levantaba la falda, las rodillas dobladas, la cabeza recostada sobre un hombro, como temiendo verse sorprendida.

—¡Oh, perdón, siga usted con lo suyo!

Tanto les divirtió la broma que, veinte veces al día, durante más de tres semanas, la repitieron.

No obstante, los burgueses de Chavignolles deseaban conocerles; venían a observarles por la empalizada. Ellos taparon las aberturas con unas tablas. La población se molestó.

Para protegerse del sol Bouvard llevaba en la cabeza un pañuelo enrollado a modo de turbante, Pécuchet su gorra, y tenía un gran delantal con un bolsillo delantero dentro del cual bailaban una podadera, su bufanda y su tabaquera. En mangas de camisa, uno al lado del otro, trabajaban, escardaban, podaban, se imponían tareas, comían lo más deprisa posible; pero iban a tomar el café al cerrillo, para disfrutar de la vista.

Si encontraban un caracol, se acercaban a él y lo aplastaban haciendo con la comisura de la boca una mueca, como para romper una nuez. No salían sin su laya, y partían en dos las larvas de abejorro con tal fuerza que el hierro del útil se hundía unos ocho centímetros.

Para liberarse de las orugas vareaban con furia los árboles.

Bouvard plantó una peonía en medio del césped y tomates que tenían que caer como globos de lámpara bajo el arco del cenador.

Pécuchet hizo abrir delante de la cocina un ancho hoyo que dividió en tres compartimientos, en los que pensaba elaborar abonos que harían crecer un montón de cosas cuyos detritos producirían otras cosechas que proporcionarían a su vez otros abonos, y así sucesivamente hasta el infinito, y fantaseaba al borde de la zanja, viendo en el porvenir montañas de fruta, un desbordamiento de flores, avalanchas de

hortalizas. Pero le faltaba el estiércol de caballo, tan útil para la siembra. Los labradores no lo vendían: los posaderos se lo negaron. Finalmente, tras mucho buscar, pese a las insistencias de Bouvard y abjurando de todo pudor, decidió «ir en persona a por estiércol».

Fue en medio de esta ocupación cuando, un día, la señora Bordin le abordó en la carretera general. Tras los cumplidos de rigor, le preguntó por su amigo. Los ojos negros de esta persona, pequeños pero muy brillantes, sus subidos colores, su aplomo (tenía incluso un poco de bigotillo) intimidaron a Pécuchet. Él respondió brevemente y le volvió la espalda. Descortesía que Bouvard censuró.

Luego llegaron los días de mal tiempo, la nieve, los grandes fríos. Se recogieron en la cocina, donde hacían espaldares; o bien recorrían las habitaciones, charlaban al amor del fuego y miraban caer la lluvia.

A partir de mediados de Cuaresma, se pusieron a acechar la primavera, y repetían cada mañana: «¡Todo brota!». Pero la estación llevaba retraso; y trataban de aplacar su impaciencia, diciéndose: «¡Dentro de poco todo brotará!».

Por fin vieron despuntar los guisantes. Los espárragos dieron buen rendimiento. La viña prometía.

Como entendidos que eran en jardinería, no podían dejar de tener éxito en la agricultura; y les dominó la ambición de llevar ellos su hacienda. Con buen sentido y aplicación, qué duda cabía que saldrían adelante.

En primer lugar, había que ver cómo lo hacían los demás; y escribieron una carta en la que le pedían al señor de Faverges el honor de visitar sus cultivos. El conde les dio inmediatamente una cita.

Al cabo de una hora de camino llegaron a la ladera de un collado que domina el valle del Orne. El río corría al fondo, formando meandros. Bloques de gres rojo se alzaban a trechos, y unas rocas más grandes formaban en la lejanía una especie de acantilado cortado a pico sobre la campiña, cubierta de trigos maduros. Enfrente, en la otra colina, la vegetación era tan abundante que ocultaba las casas. Unos árboles la dividían en cuadros desiguales, delimitados en medio de la hierba por unas líneas más oscuras.

De pronto apareció el conjunto de la finca. Unos tejados de teja indicaban la alquería. La quinta, de fachada blanca, se encontraba a la derecha con un bosque más allá, y un césped descendía hasta el río, en el que unos plátanos alineados reflejaban su sombra.

Los dos amigos entraron en un campo de alfalfa que estaban segando. Mujeres con sombreros de paja, pañoletas de indiana o viseras de papel, levantaban con un rastrillo el heno dejado en el suelo; y en el otro extremo del llano, junto a los almiarés, arrojaban enérgicamente los haces dentro de una larga carreta, con un tiro de tres caballos. El señor conde se adelantó, seguido de su administrador.

Lucía un traje de bombasí, el porte tieso y las patillas en forma de pata de conejo, un aire de magistrado y de dandy a un tiempo. Sus rasgos permanecían impasibles

incluso cuando hablaba.

Tras un primer intercambio de corteses saludos, expuso sus métodos de trabajo con el forraje; se daba la vuelta a las hozadas sin desparramarlas; los almiarres debían ser cónicos y los haces hacerse inmediatamente en el sitio, y luego amontonarlos por decenas. En cuanto al rastrillo inglés, el prado era demasiado desigual para semejante instrumento.

Una niña, con los pies desnudos en sus chanclas, y cuyo cuerpo se entreveía por los rotos del vestido, ofrecía de beber a las mujeres vertiendo sidra de un pichel que sostenía apoyado en su anca. El conde preguntó de dónde había salido aquella niña; nadie sabía nada. Las henificadoras la habían recogido para que las sirviera durante la siega. Él se encogió de hombros y, alejándose, profirió algunas quejas sobre la inmoralidad de nuestro campo.

Bouvard hizo el elogio de su alfalfa. Era bastante buena, en efecto, pese a los estragos de la cuscuta; los futuros agrónomos abrieron los ojos a la palabra «cuscuta». Visto el número de cabezas de ganado que tenía, el conde se estaba concentrando en los prados artificiales; era, por otra parte, un buen precedente para las otras cosechas, lo que no siempre ocurre con las raíces forrajeras.

—Esto al menos me parece indiscutible.

Bouvard y Pécuchet contestaron al unísono:

—¡Oh!, indiscutible.

Estaban en la linde de un campo totalmente llano, cuidadosamente mullido: un caballo que llevaban de las bridas tiraba de un cajón montado sobre tres ruedas. Siete cuchillas, situadas en la parte inferior, abrían unos finos entresurcos paralelos, en los que caía el grano por medio de unos tubos que descendían hasta el suelo.

—Aquí —dijo el conde— siembro nabos. El nabo es la base de mi cultivo cuatrienal.

Y comenzó a explicar cómo funcionaba la sembradora. Pero un criado vino a buscarle. Le necesitaban en la quinta.

Le reemplazó su administrador, un hombre de rostro taimado y maneras obsequiosas.

Este condujo a «aquellos señores» hacia otro campo, en el que catorce segadores, con el pecho desnudo y las piernas abiertas, guadañaban centeno. Las hojas silbaban en la paja que se volcaba a la derecha. Cada uno describía delante de sí un amplio semicírculo y, todos en línea, avanzaban al mismo tiempo. Los dos parisienses admiraron sus brazos, presas de una veneración casi religiosa por la opulencia de la tierra.

A continuación bordearon otros trozos cultivados. Caía el crepúsculo, unas cornejas se abatían sobre los surcos.

Luego se encontraron con un rebaño. Los corderos pastaban aquí y allá, y se oía su incesante ramoneo. El pastor, sentado en un tronco de árbol, tejía una media de lana, con su perro al lado.

El administrador ayudó a Bouvard y a Pécuchet a salvar un vallado, y atravesaron dos eras circundadas de casas de labor, donde rumiaban unas vacas bajo los manzanos.

Todos los edificios de la alquería estaban contiguos y ocupaban los tres lados del patio. El trabajo se hacía allí mecánicamente, mediante una turbina, sirviéndose de un arroyuelo cuyo curso había sido desviado expresamente. Unas cinchas de cuero iban de un tejado a otro, y en medio del estercolero giraba una bomba de hierro.

El administrador hizo observar en los apriscos unas pequeñas aberturas a ras de suelo y, en las pocilgas, unas puertas ingeniosas, que podían cerrarse por sí solas.

La alquería estaba abovedada como una catedral con unos arcos de ladrillo que descansaban sobre unos muros de piedra.

Para divertir a los señores, una sirvienta arrojó delante de las gallinas unos puñados de avena. El eje de la prensa les pareció gigantesco, y subieron al palomar. Les maravilló en particular la lechería. Unos grifos en los ángulos proporcionaban agua suficiente para inundar las baldosas del pavimento, y al entrar sorprendía el frescor allí reinante. Unas vasijas pardas, alineadas sobre unas rejillas, estaban llenas de leche hasta los bordes. Unos jarros menos profundos contenían nata. Las barras de mantequilla se sucedían, semejantes a troncos de una columna de cobre, y la espuma desbordaba de los cubos de hojalata, que acababan de ser colocados en el suelo. Pero la joya de la granja era la boyeriza. Unos barrotes de madera empotrados perpendicularmente a todo lo largo la dividían en dos sectores: el primero para el ganado, el segundo para los servicios. Apenas si se veía ahí dentro, pues todas las aberturas estaban cerradas. Los bueyes comían, atados a unas cadenas, y sus cuerpos exhalaban un calor que el techo bajo devolvía hacia abajo. Pero alguien encendió una luz, y un hilo de agua corrió de pronto por el canalillo que bordeaba los comederos. Se alzaron unos mugidos; los cuernos hacían un ruido como de entrechocar de bastones. Todos los bueyes avanzaron sus morros por entre los barrotes, y bebían despacio.

Las grandes yuntas entraron en el patio y unos potros relincharon. En la planta baja se encendieron dos o tres faroles, luego desaparecieron. Los braceros pasaban arrastrando sus zuecos sobre los cantos rodados, y sonó la campanilla de la cena.

Los dos visitantes se fueron.

Todo cuanto habían visto les encantaba, y tomaron una decisión. Esa misma noche sacaron de la biblioteca los cuatro tomos de *La casa rústica*; pidieron el curso de Gasparin^[27] y se suscribieron a una revista de agricultura.

Para dirigirse más cómodamente a las ferias compraron un carricoche que guiaba Bouvard.

Vestidos con blusón azul, sombrero de alas anchas, polainas hasta las rodillas y un cayado de chalán en la mano, daban vueltas en torno al ganado, preguntaban a los trabajadores y no perdían ocasión de frecuentar todos los círculos de labradores.

No tardaron en cansar al tío Gouy con sus consejos, deplorando sobre todo sus

métodos con los barbechos. Pero el granjero estaba apegado a su rutina. Pidió que le fuera aplazado un vencimiento con la excusa del granizo. En cuanto a los cánones, no pagó ninguno. Ante las muy justas reclamaciones, su mujer lanzaba gritos. Finalmente, Bouvard declaró su intención de no renovar el arriendo.

A partir de entonces, Gouy escatimó en abonos, dejó crecer las malas hierbas, arruinó la heredad, y se fue con un aire hosco que delataba una intención vengativa.

Bouvard había pensado que veinte mil francos, es decir, más de cuatro veces el precio del arriendo rústico, bastarían para empezar. Su notario de París se los mandó.

Su explotación comprendía quince hectáreas entre patios y prados, veintitrés en tierras cultivables y cinco de yermas situadas en un montículo cubierto de gujarros y conocido como la Loma.

Se procuraron todos los aperos indispensables, cuatro caballos, doce vacas, seis cerdos, ciento sesenta corderos y, como personal, dos carreteros, dos mujeres, un mozo y un pastor, además de un perrazo.

Para tener liquidez de inmediato, vendieron sus forrajes: vinieron a pagárselos a casa; el oro de los napoleones contados sobre el arcón de la avena les pareció más reluciente que cualquier otro, extraordinario y mejor.

En noviembre, fabricaron sidra. Era Bouvard quien fustigaba al caballo y Pécuchet, subido a la pila, removía el poso con una paleta. Jadeaban al apretar el husillo de la prensa, la probaban con un cazo en la cuba, vigilaban los canilleros, llevaban pesados zuecos, se lo pasaban en grande.

Partiendo del principio según el cual el trigo nunca está de sobra, suprimieron casi la mitad de sus prados artificiales; y, como no tenían fertilizante, se sirvieron de residuos amazotados de simientes que enterraron sin triturarlos, por lo que el rendimiento fue miserable.

Al año siguiente, sembraron demasiado tupidamente. Llegaron unas tormentas. Las espigas se doblaron hasta el suelo.

Pese a ello, se empeñaron con el trigo candeal y se pusieron a quitar las piedras de la Loma. Un chirrión se las llevaba. Durante todo el año, desde la mañana hasta la noche, lloviera o hiciera sol, se veía al eterno chirrión, con el mismo hombre y el mismo caballo, subir, bajar y remontar el pequeño cerro. A veces Bouvard caminaba detrás, deteniéndose a mitad de la cuesta para secarse la frente.

Como no se fiaban de nadie, cuidaban ellos mismos de sus animales, les administraban purgas y lavativas.

Se produjeron graves desórdenes. La moza encargada del corral quedó en estado. Contrataron a gente casada; empezaron a pulular los niños, los primos, las primas, los tíos, las cuñadas; toda una horda vivía a expensas suyas, y decidieron dormir por turnos en la alquería.

Pero por la noche se sentían tristes. Les desagradaba la suciedad de la habitación, y Germaine, que les llevaba la comida, refunfuñaba a cada viaje. La gente les enredaba de todas las formas posibles. Los trilladores escondían el grano dentro de

los cántaros de beber. Pécuchet sorprendió a uno y se puso a gritarle, mandándole fuera de un empujón en los hombros:

—¡Miserable, eres la vergüenza del pueblo que te vio nacer!

Su persona no infundía ningún respeto. Por otra parte, le remordía la conciencia respecto al huerto. No habría bastado con todo su tiempo para mantenerlo en buen estado. Bouvard se ocuparía de la hacienda. Deliberaron, y llegaron a este acuerdo.

Ante todo había que contar con unos buenos semilleros. Pécuchet hizo construir uno de ladrillo. Él mismo pintó los contramarcos y, temiendo el solazo, embadurnó de yeso todas las campanas de vidrio.

Con los esquejes tuvo la precaución de quitar las cabezas con las hojas. A continuación se aplicó a las acodaduras. Probó varias clases de injertos, injertos en flauta, en corona, en escudete, injerto herbáceo, injerto inglés. ¡Con qué cuidado ajustaba los dos líderes! ¡Cómo apretaba las ligaduras! ¡Qué cantidad de pega para recubrirlas!

Dos veces al día cogía la regadera y la balanceaba sobre las plantas, como si las incensara. A medida que reverdecían, bajo el agua que caía como una fina lluvia, le parecía saciar su propia sed y renacer con ellas. Luego, cediendo a una ebriedad, sacaba la alcachofa de la regadera y derramaba a chorro, copiosamente.

En el extremo del cenador, cerca de la dama de escayola, se alzaba una especie de caseta hecha de maderos. Pécuchet guardaba en ella sus herramientas, y pasaba allí horas deliciosas espulgando los cereales, escribiendo etiquetas, poniendo en orden sus tarros. Para descansar, se sentaba delante de la puerta, sobre una caja, y entonces proyectaba mejoras.

Había puesto al pie de la escalinata dos tiestos de geráneos y, entre los cipreses y los árboles frutales cortados en forma de huso, plantó unos girasoles; y como los parterres estaban cubiertos de botones de oro, y todas las calles de arena nueva, el huerto deslumbraba por su profusión de colores amarillos.

Pero el semillero hormigueó de larvas; y pese a la protección de las hojas muertas, bajo los contramarcos pintados y las campanas de vidrio embadurnadas, no creció más que una vegetación raquíca. Los esquejes no arraigaron; los injertos se despegaron, la savia de los acodos quedó bloqueada, los árboles tenían el mal blanco de las raíces; la sembradura era una desolación. El viento se divertía derribando los rodrigones de las judías. La abundancia de estiércol estropeó los fresales, y la falta de desmoche de los botones, los tomates.

Fallaron los brécoles, las berenjenas, los nabos, los berros de agua, que había querido cultivar en una tina. Tras el deshielo, todas las alcachofas se habían perdido. Las coles le sirvieron de consuelo. Sobre todo una le dio esperanzas. Se fue abriendo, haciendo más y más alta hasta acabar por ser un prodigio y absolutamente incomedible. ¡No importa! Pécuchet quedó contento de poseer un monstruo.

Entonces intentó lo que parecía ser el sùmmum del arte: el cultivo del melón.

Sembró pepitas de varias clases en unos platos llenos de mantillo, que soterró en

un semillero. Luego preparó uno nuevo; y cuando aquél hubo echado brotes, trasplantó las plantitas más bonitas, con una campana de vidrio encima. Hizo todas las podaduras siguiendo los preceptos del buen horticultor, respetó las flores, dejó que los frutos cuajasen, eligió uno por cada rama, eliminó los otros, y cuando tuvieron el grosor de una nuez, introdujo bajo su corteza una tablilla para impedir que se pudiesen en contacto con el estiércol. Los regaba, los aireaba, quitaba con su pañuelo el vaho de las campanas, y si aparecían nubes en el cielo, traía rápidamente unas esteras. Por la noche no pegaba ojo. Varias veces incluso se levantó; y calzado con sus botas con los pies desnudos, en camisa, temblando, atravesaba todo el huerto para ir a poner sobre las estufas la manta de su cama.

Los cantalupos llegaron a la maduración.

Al primero, Bouvard hizo una mueca. El segundo no fue mejor, tampoco el tercero. Pécuchet encontraba para cada uno una nueva excusa, hasta el último, que tiró por la ventana, declarando que no entendía nada.

En efecto, como había cultivado clases distintas unas cerca de otras, los melones dulces como la miel se confundieron con los del huerto, el grueso Portugal con el gran Mogol, y la proximidad de los tomates había completado la anarquía, saliéndole unos híbridos horribles con sabor a calabaza.

Entonces Pécuchet se decantó por las flores. Escribió a Dumouchel para que le mandara arbustos con semillas, compró una provisión de tierra de brezal, y se puso manos a la obra resueltamente.

Pero plantó pasionarias a la sombra, pensamientos al sol, cubrió los jacintos de estiércol, regó los lirios tras su floración, echó a perder los rododendros por exceso de poda, estimuló las fucsias con cola fuerte, y abrasó un granado exponiéndolo al fuego de la cocina.

Al acercarse el frío, puso los escaramujos al abrigo de unas cúpulas de papel grueso encerado; parecían unos panes de azúcar sostenidos en el aire con unos palos.

Los tutores de las dalias eran gigantescos; y entre aquellas líneas rectas se percibían las ramas tortuosas de una *Sophora japonica* que permanecía inmutable, sin marchitarse ni crecer.

Sin embargo, como los árboles más raros prosperan en los jardines de la capital, no podían dejar de desarrollarse también en Chavignolles; y Pécuchet consiguió las lilas de las Indias, la rosa de China y el eucalipto, entonces en los comienzos de su reputación. Todas sus experiencias fracasaron. Y siempre estaba muy asombrado por ello.

Al igual que él, Bouvard encontraba dificultades. Se consultaban mutuamente, abrían un libro, pasaban a otro, luego no sabían qué decidir ante la diferencia de opiniones.

Así, en lo que hace a la marga, Puviv^[12] la recomendaba; el manual de Roret la desaconsejaba.

En cuanto al yeso, pese a los experimentos de Franklin, a Rieffel y a Rigaud^[13]

no parecía que les entusiasmara.

Según Bouvard, los barbechos eran un prejuicio medieval. Sin embargo, Leclerc habla de casos en los que son poco menos que indispensables. Gasparin cita a un lionés que, durante medio siglo, cultivó cereales en el mismo campo; lo cual rebate la teoría de las rotaciones. Tull exalta la labranza en perjuicio de los abonos; ¡y he aquí que el mayor Beatson^[14] rechaza abonos y labranzas!

Para entender algo de la previsión del tiempo, estudiaron las nubes según la clasificación de Luke-Howard^[15]. Contemplaban las que se alargan como crines, las que se agrupan como islas, las que se confunden con montañas de nieve, tratando de distinguir los nimbos de los cirros, los estratos de los cúmulos; las formas cambiaban antes de que hubiesen dado con los nombres.

El barómetro les engañó, el termómetro no enseñaba nada; y recurrieron al expediente imaginado en el reinado de Luis XV por un cura de Turena. Una sanguijuela en un tarro debía sufrir en caso de lluvia, mantenerse en el fondo con un buen tiempo estable, agitarse ante la amenaza de borrasca. Pero la atmósfera casi siempre contradujo a la sanguijuela. Pusieron otras tres con ella. Las cuatro se comportaron de forma diferente.

Tras mucho cavilar, Bouvard reconoció que estaba en un error. Su finca exigía un cultivo a gran escala, un sistema intensivo, y arriesgó todo el capital del que aún disponía: treinta mil francos.

Instigado por Pécuchet, le entró el delirio de abonar. En el hoyo de los abonos compuestos fueron amontonados ramaje, sangre, vísceras, plumas, todo cuanto podía encontrar. Utilizó el licor belga, el *lizier* suizo, lejía Da-Olmi, arenques ahumados, algas, trapos, hizo traer guano, trató de fabricarlo por sí mismo, y, llevando hasta sus últimas consecuencias sus principios, no toleraba que se perdiera la orina; suprimió los retretes. Traían a su patio cadáveres de animales, con los que abonaba sus tierras. Sus carroñas despiezadas salpicaban el campo. Bouvard se sonreía en medio de esta infección. Una bomba instalada sobre una carreta rociaba de jugo de estiércol las cosechas. A quien ponía cara de desagrado, le decía: «¡Pero si esto es oro!, ¡oro!». Y lamentaba no tener aún más estiércol. ¡Dichosos los países con grutas naturales llenas de excrementos de pájaro!

La colza fue escasa, la avena mediocre y el trigo se vendió muy mal, debido a su olor. Cosa extraña, la Loma, por fin limpia de piedras, producía menos que antes.

Creyó conveniente renovar su material. Compró una escarificadora Guillaume, un extirpador Valcourt, una sembradora inglesa y un gran arado de Mathieu de Dombasle, pero el carretero la denigró.

—¡Aprende a servirte de ella!

—Está bien, enséñeme usted.

Y él trataba de enseñarle, se equivocaba y los campesinos se choteaban.

Nunca consiguió que se sujetaran a las órdenes de la campanilla. Gritaba detrás de ellos sin descanso, corría de un lugar a otro, tomaba nota de sus observaciones en

una libreta de apuntes, daba citas, que luego olvidaba, y su cabeza hervía de ideas industriales. Y se prometía cultivar la adormidera, para extraer el opio, y sobre todo el astrágalo, que vendería con el nombre de «el café de las familias».

A fin de engordar más rápidamente a sus bueyes, los sangraba cada quince días.

No sacrificó ninguno de sus cerdos y los atiborraba de avena salada. La porqueriza no tardó en quedarle demasiado pequeña. Los cerdos atestaban el patio, derribaban los cercados, mordían a todo el mundo.

Durante los grandes calores, veinticinco corderos se pusieron a dar vueltas y al poco murieron.

La misma semana expiraron tres bueyes, como consecuencia de las flebotomías de Bouvard.

A fin de acabar con las larvas del abejorro, pensó en encerrar las gallinas en una jaula con ruedecillas, que dos hombres arrastraban detrás del arado, sin otro resultado que romperles las patas.

Fabricó cerveza con hojas de germandría y se la dio de beber a los segadores como si fuera sidra. Les dio dolor de barriga. Los niños lloraban, las mujeres gimoteaban, los hombres estaban hechos una furia. Amenazaban todos con irse, y Bouvard tuvo que dar su brazo a torcer.

Sin embargo, para convencerles de lo inocuo de su brebaje, Bouvard se tomó delante de ellos varias botellas, se sintió indispuerto, pero disimuló sus dolores con aire jovial. Hizo incluso trasladar la mixtura a su casa. Por la noche se puso a beber de ella con Pécuchet, y los dos se esforzaban por encontrarla buena. Por otra parte, no era cuestión de desperdiciarla.

Los cólicos de Bouvard se volvieron tan fuertes que Germaine fue a llamar al médico.

Era este un hombre serio, de frente prominente, que comenzó por espantar al enfermo. La colerina del señor debía de tener por causa esa cerveza de la que se hablaba en el lugar. Quiso conocer su composición, y la criticó en términos científicos, con encogimientos de hombros. Pécuchet, que era el autor de la receta, se sintió mortificado.

A despecho de las encaladuras perniciosas, de las binas reducidas y de las escardas intempestivas, Bouvard tenía ante sí, al año siguiente, una buena cosecha de trigo candeal. Se le ocurrió secarlo por medio de la fermentación, método holandés, sistema Clap-Mayer; es decir, lo hizo segar de una sola vez y amontonar en almiarés, que serían abiertos en cuanto el gas saliese, y luego expuestos al aire libre; tras lo cual, Bouvard se retiró sin la menor inquietud.

Al día siguiente, mientras comían, oyeron en el hayedo el redoble de un tambor. Germaine salió para ver qué pasaba, pero el hombre estaba ya lejos. Casi de inmediato, la campana de la iglesia tocó a rebato.

Una angustia se apoderó de Bouvard y de Pécuchet. Se levantaron e, impacientes por ser informados, se fueron con la cabeza descubierta hacia la parte de

Chavignolles.

Pasó una anciana. No sabía nada. Pararon a un chaval, que respondió: «Creo que es un incendio». Y el tambor continuaba batiendo, la campana tañía más fuerte. Por fin llegaron a las primeras casas del pueblo. El tendero les gritó de lejos:

—¡El fuego es en su hacienda!

Pécuchet adoptó un paso gimnástico; y le decía a Bouvard, que corría a su lado a igual ritmo:

—¡Un, dos! ¡Un, dos, manteniendo el paso! ¡Como los cazadores de Vincennes!

La carretera que seguían era una subida continua; el terreno, en pendiente, les impedía ver el horizonte. Llegaron a lo alto, cerca de la Loma; y, de una sola mirada, pudieron ver el desastre.

Todos los almiarés, aquí y allá, llameaban cual volcanes, en medio del llano desnudo, en la quietud de la tarde.

Había, alrededor del más grande, unas trescientas personas quizá; y a las órdenes del señor Foureau, el alcalde, con banda tricolor, unos zagales con varas y ganchos tiraban de la paja de la parte superior para salvar el resto.

En su apresuramiento, Bouvard estuvo en un tris de mandar al suelo a la señora Bordin, que se encontraba allí. Luego, al ver a uno de sus mozos, le cubrió de insultos por no haberle avisado. El mozo, por el contrario, por un exceso de celo, había ido corriendo primero a la alcaldía, a la iglesia y luego a casa del señor, y había vuelto por la otra carretera.

Bouvard perdía la cabeza. Le rodeaban sus criados, hablando a la vez, y él prohibía que se derribaran los almiarés, suplicaba que le prestaran socorro, exigía agua, reclamaba a los bomberos.

—¡Es que no tenemos! —exclamó el alcalde.

—¡Pues es culpa suya! —prosiguió Bouvard.

Estaba furioso, decía inconveniencias, y todos admiraron la paciencia del señor Foureau, que, sin embargo, era brutal como indicaban sus gruesos labios y su mandíbula de bulldog.

El calor de los almiarés se volvió tan intenso que era imposible acercarse ya a ellos. Bajo las llamas devoradoras la paja se retorció crepitando, los granos de trigo salían disparados contra los rostros como si fueran de plomo. Luego el almiar se colapsó en un ancho brasero, de donde volaban las chispas; y unos reflejos cambiantes ondulaban sobre esa masa roja, que ofrecía en la alternancia de color partes rojas como bermellón y otras pardas como sangre coagulada. Había anochecido y soplaba el viento; unos torbellinos de humo envolvían a la multitud. De vez en cuando, cruzaba el cielo una pavesa.

Bouvard contemplaba el incendio llorando quedamente. Sus ojos desaparecían bajo sus párpados hinchados, y tenía todo el rostro como abotargado por el dolor. La señora Bordin, jugando con los flecos de su chal verde, le llamaba: «Pobre señor» y trataba de consolarle. Como no se podía hacer nada, tenía que resignarse.

Pécuchet no lloraba. Muy pálido, o más bien lívido, la boca abierta y el pelo pegoteado por el sudor frío, se mantenía aparte, enfrascado en sus pensamientos. Pero el cura, que acababa de presentarse, murmuró con voz mimosa: «¡Ah!, ¡qué desgracia, de veras; es muy de lamentar! ¡Sepa que comparto su pesar!...».

Los otros no afectaban tristeza alguna. Charlaban sonriendo, la mano extendida delante de las llamas. Un viejo recogió unas briznas que ardían para encender su pipa. Unos niños se pusieron a bailar. Un bribonzuelo exclamó incluso que aquello era muy divertido.

—¡Sí, bonita diversión! —empalmó Pécuchet, que acababa de oírle.

El fuego disminuyó, se rebajaron los montones y, una hora después, ya no quedaban más que cenizas, que formaron en el llano unas marcas redondas y negras. Entonces se retiraron.

La señora Bordin y el padre Juefroy volvieron a llevar a los señores Bouvard y Pécuchet hasta su domicilio.

De camino, la viuda dirigió a su vecino reproches con tono muy amable por su insociabilidad, y el eclesiástico expresó toda su sorpresa de no haber podido conocer hasta ahora a uno de sus parroquianos tan distinguido.

Tras quedarse a solas, Bouvard y Pécuchet buscaron la causa del incendio, y, en vez de reconocer con todo el mundo que la paja húmeda se había inflamado de forma espontánea, sospecharon una venganza. Ello era obra sin duda del tío Gouy o quizá del cazador de topos. Seis meses antes, Bouvard había rehusado sus servicios, e incluso sostenido en una reunión pública que el Gobierno debería prohibir su práctica, al ser funesta. Desde entonces el hombre merodeaba por los alrededores. Llevaba la barba larga, y les parecía aterrador, sobre todo por la noche, cuando aparecía al borde de los patios, sacudiendo su larga vara guarnecida de topos colgando.

El daño era considerable, y, para hacerse una composición de lugar, Pécuchet, durante ocho días, se afanó revisando los registros de Bouvard, que le parecieron «un verdadero laberinto». Tras haber compulsado el diario, la correspondencia y el libro mayor lleno de anotaciones a lápiz y de remisiones, no pudo dejar de reconocer la verdad: nada de mercancías que vender, nada que cobrar y, en la caja, cero. El capital arrojaba un déficit de treinta y tres mil francos.

Bouvard no quiso creerlo, y más de veinte veces volvieron a empezar los cálculos. Siempre llegaban a la misma conclusión. ¡Dos años más de una agronomía semejante y adiós fortuna!

El único remedio era vender.

Había que consultar al menos a un notario. Pero la gestión se hacía muy cuesta arriba; se encargó de ella Pécuchet.

En opinión del señor Marescot, era mejor no poner ningún anuncio. Ya hablaría él de la hacienda a unos cuantos clientes serios y esperarían sus ofertas.

—Muy bien —dijo Bouvard—, tenemos un poco de tiempo por delante. —Iba a

buscar un arrendatario, luego ya se vería—. ¡No lo pasaremos peor que antes! ¡Solo que estamos obligados a ahorrar!

Ello contrarió a Pécuchet a causa de su huerto, y algunos días después dijo:

—¡Deberíamos dedicarnos exclusivamente a la fruticultura, no por simple diversión, sino para hacer dinero! ¡Una pera que te cuesta cuatro cuartos a veces se vende en la capital a cinco o seis francos! ¡Hay hortelanos que con los albaricoques se sacan veinticinco mil francos al año! ¡En San Petersburgo, en invierno, pagan la uva a un napoleón el racimo! ¡Estarás de acuerdo conmigo en que es un buen negocio! ¿Y qué te cuesta? ¡Unos pocos cuidados, estiércol y amolar la podadera!

Consiguió inflamar la fantasía de Bouvard a tal punto que corrieron a buscar en sus libros los nombres de las plantas que era preciso comprar; y, tras haber elegido unos nombres que a ellos les parecían maravillosos, fueron a ver al encargado de un vivero de Falaise, que se apresuró a proporcionarles cien metros de planta que no conseguía colocar.

Habían hecho venir a un cerrajero para los rodrigones, a un ferretero para los tensores, a un carpintero para los soportes. Para las formas de los árboles habían hecho primero unos diseños. Unos listoncillos en el muro figuraban candelabros. Dos postes en cada extremo de las platabandas tendían horizontalmente unos alambres; y en el plantío de frutales, unos aros indicaban la forma de los que había que podar en forma de vaso, unas varillas en forma de cono, los que tenían que ser piramidales, a tal punto que al llegar a su casa se creía ver las piezas de alguna máquina desconocida o los castillos de los fuegos artificiales.

Preparados los hoyos, cortaron los extremos de todas las raíces, buenas o malas, y las enterraron en un abono compuesto. Seis meses después las plantas estaban muertas. Nuevos encargos al arbolista, y plantaciones nuevas en unos hoyos más profundos aún. Pero la lluvia, al empapar el terreno, hizo que los injertos acabaran bajo tierra, y los árboles se asilvestraran.

Al llegar la primavera, Pécuchet se dedicó a podar los perales. No tocó las ramas maestras, dejó estar los dardos y, obstinándose en querer doblar en escuadra las peras de agua que debían formar filas de un solo lado, las rompía o las arrancaba cada vez. En cuanto a los melocotoneros, se hizo un lío con las ramas primarias, las secundarias y las terciarias. Los vacíos y los llenos se presentaban siempre donde no se quería; y era imposible obtener en las espalderas un rectángulo perfecto, con seis ramas a la derecha y seis a la izquierda, sin incluir las dos principales, formando todo ello una bonita espinapez.

Bouvard trató de guiar a los albaricoqueros, pero estos se rebelaron. Cortó sus troncos a ras de suelo; ninguno rebrotó. Los cerezos, en los que había practicado unas incisiones, produjeron goma.

Primero podaron demasiado, arruinando las yemas en su base, luego demasiado poco, favoreciendo los chupones; y a menudo dudaban, sin saber distinguir entre botones foliares y botones florales. Se habían puesto contentos de tener flores; pero,

tras reconocer el error, arrancaban tres cuartas partes de las mismas para fortalecer el resto.

Hablaban sin descanso de savia y de cambio, de cultivo en espaldera, de roturación, de desyemadura. Tenían, en medio del comedor, enmarcada, la lista de sus plantitas, con un número que se repetía en el huerto, en un pedacito de madera, al pie del árbol.

Tras levantarse al amanecer, trabajaban de sol a sol, con el manojito de portainjertos al cinto. En las frías mañanas de primavera, Bouvard llevaba su chaqueta de punto bajo su blusón, Pécuchet su vieja levita debajo de su basto delantal, y la gente que pasaba a lo largo de la empalizada les oía toser en medio de la neblina.

A veces Pécuchet se sacaba del bolsillo su manual; y estudiaba un párrafo, de pie, con su laya al lado, en la pose del hortelano que adornaba el frontispicio del libro. Esta similitud llegó a halagarle incluso mucho. Su estima por el autor aumentó.

Bouvard estaba continuamente encaramado en una alta escalera delante de los árboles cortados en forma piramidal. Un día sufrió un mareo y, no atreviéndose a bajar, gritó para que Pécuchet acudiera en su auxilio.

Finalmente aparecieron las peras; y el plantío de frutales tenía ciruelas. Entonces utilizaron contra los pájaros todos los recursos recomendados. Pero los trozos de espejo relumbraban hasta confundir la vista, la cítola del molino de viento los despertaba durante la noche y los gorriones se posaban sobre el espantapájaros. Hicieron otro, y hasta un tercero, variando su vestimenta, pero fue en vano.

Sin embargo, podían esperar algunos frutos. Pécuchet acababa de entregarle una relación de ellos a Bouvard, cuando de pronto resonó el trueno y se puso a llover: una lluvia pesada y recia. El viento sacudía, a intervalos, toda la superficie de la espaldera. Los rodrigones se abatían unos tras otros, y los pobres perales en forma de huso oscilaban entrechocando sus peras.

Sorprendido por el chaparrón, Pécuchet se había refugiado en la caseta. Bouvard estaba en la cocina. Veían remolinear delante de ellos pedazos de madera, ramas, pizarras; y las mujeres de marinero que, en la costa, a cuarenta kilómetros de allí, observaban el mar no tenían la mirada más turbada y el corazón más encogido. Luego de golpe, los soportes y las barras de las contraespaldas, con el encañado, se abatieron sobre los parterres.

¡Qué espectáculo cuando salieron de inspección! Cerezas y ciruelas recubrían la hierba entre el pedrisco que se fundía. Se habían perdido las peras *passe-colmar*, y también las *bési-des-vétérans* y las *triomphe-de-Jodoigne*. Apenas si quedaban entre las manzanas algunas *bons-papas* y doce *tétons-de-vénus*, toda la cosecha de melocotones rodaba por los charcos de agua, al borde de los bojotes desarraigados.

Tras la comida —comieron poquísimo—, Pécuchet dijo despacito:

—Haríamos bien yendo a ver la alquería por si ha pasado algo.

—¡Bah, para descubrir otros motivos de pesar!

—Tal vez. ¡Pues no nos sonrío la suerte! —Y se quejaron de la Providencia y de la Naturaleza.

Bouvard, de codos sobre la mesa, emitía su acostumbrado silbido y, como un dolor tira de otro, les volvieron a la memoria los viejos proyectos agrícolas, en particular la fabricación de fécula y una nueva variedad de quesos.

Pécuchet respiraba ruidosamente; y mientras continuaba llenándose los conductos nasales de rapé, pensaba que con solo que el destino lo hubiese querido a esas horas formaría parte de un círculo agrícola, le habrían premiado en las exposiciones y citado en la prensa.

Bouvard dirigió alrededor una mirada llena de tristeza.

—¡De veras! ¡Ganas tengo de desembarazarme de todo esto para establecernos en otra parte!

—Como quieras —dijo Pécuchet.

Y un momento después agregó:

—Los manuales recomiendan suprimir todo canal directo. Así, la savia no encuentra salida, y el árbol por fuerza sufre por ello. Para que creciera bien, sería preciso que no diese fruto. Pero los que no podas ni abonas jamás los producen menos gruesos, es cierto, pero más sabrosos. ¡Exijo que se me explique la razón! ¡Y no solo cada especie requiere unos cuidados especiales, sino hasta cada ejemplar, según el clima, la temperatura y un montón de cosas! ¿Dónde está la regla, pues? ¿Y qué esperanza tenemos de éxito o de beneficio?

Bouvard le respondió:

—En Gasparin verás que el beneficio no puede superar el diez por ciento del capital. Por lo que sería mejor colocar el capital en un banco; a la vuelta de quince años, gracias a la acumulación de los intereses, tendríamos el doble sin habernos amargado la existencia.

Pécuchet agachó la cabeza.

—¡La fruticultura bien podría ser una broma!

—¡Igual que la agronomía! —replicó Bouvard.

Se acusaron seguidamente de haber sido demasiado ambiciosos, y decidieron que a partir de ese momento ahorrarían esfuerzos y dinero. En el huerto bastaría con una poda de vez en cuando. Las contraespaldas fueron proscritas y reemplazadas por árboles muertos; pero quedarían intervalos muy feos, a menos que destruyeran todas las otras que quedaban en pie. ¿Cómo resolver el problema?

Pécuchet hizo varios planos, sirviéndose de regla y cartabón. Bouvard le daba consejos. No llegaron a nada satisfactorio. Por suerte encontraron en la biblioteca la obra de Boitard^[16] titulada *El arquitecto de los jardines*.

Este autor los divide en infinidad de tipos. Para empezar, está el tipo melancólico y romántico, que se distingue por las siemprevivas, ruinas, tumbas, y un «ex voto a la Virgen, que indica el lugar donde un noble cayó muerto por una mano asesina». El tipo horrible se hace con rocas suspendidas, árboles quebrados, cabañas incendiadas;

el tipo exótico, plantando cirios del Perú «para despertar recuerdos a los colonos o a los viajeros». En el tipo austero debe haber, como en Ermenonville, un templo a la filosofía. Obeliscos y arcos de triunfo caracterizan el tipo majestuoso; musgo y grutas, el tipo misterioso; un lago, el de los soñadores. Hay incluso el tipo fantástico, cuyo más bello ejemplo podía verse antaño en un jardín wurtemburgués, pues se encontraban allí, uno tras otro, un jabalí, un ermitaño, tumbas varias y una barca que se alejaba por sí sola de la orilla para llevaros a un *boudoir* en el que unos surtidores inundaban de agua a quien se sentaba en el sofá.

Ante este panorama de maravillas, Bouvard y Pécuchet quedaron deslumbrados. El tipo fantástico les pareció reservado a los príncipes. El templo a la filosofía habría resultado embarazoso. El ex voto a la Virgen no habría tenido sentido, a falta de asesinos, y, sintiéndolo por los colonos y los viajeros, las plantas americanas costaban demasiado caras. Pero las rocas eran factibles, así como los árboles quebrados, las siemprevivas y el musgo; y, dominados por un entusiasmo progresivo, tras varias tentativas, con la única ayuda de un mozo y unos pocos gastos, se construyeron una residencia que no tenía igual en toda la comarca.

Por las aberturas del cenador se entreveía el bosquecillo, surcado de senderos sinuosos a modo de laberinto. En el muro de la espaldera habían decidido abrir un arco que permitiera contemplar la perspectiva. Pero, como la albardilla no podía sostenerse sin unos apoyos, el resultado era una brecha enorme, con escombros por el suelo.

Habían sacrificado los espárragos para levantar en su lugar una tumba etrusca, es decir, un cuadrilátero de yeso negro, de casi dos metros de altura y aspecto de perrera. En los ángulos, cuatro abetos del Canadá flanqueaban el monumento, que remataría una urna y embellecería una inscripción.

Del otro lado del huerto, una especie de puente de Rialto salvaba una charca, cuyas orillas estaban incrustadas de conchas de mejillón. ¡Qué importaba que la tierra se embebiera el agua! Se formaría un fondo arcilloso, que la retendría.

La caseta había sido transformada en cabaña rústica, gracias a unos cristales de colores.

En lo alto de la loma, seis árboles escuadrados sostenían un sombrero de hojalata de alas vueltas hacia arriba, y el conjunto evocaba una pagoda china.

Habían estado en las riberas del Orne para elegir los bloques de granito, los habían roto, numerado, traído ellos mismos con una carreta, para juntar luego los fragmentos con cemento, amontonándolos unos sobre otros; y en medio del césped se alzaba una roca, semejante a una patata gigantesca.

Pero faltaba aún algo para completar la armonía. Talaron el tilo más grueso del seto (ya casi muerto, por lo demás), y lo tumbaron a lo largo de todo el jardín, de modo que hiciera creer que había sido arrastrado por un torrente o derribado por un rayo.

Terminado el trabajo, Bouvard, que estaba en la escalinata, exclamó de lejos:

—¡Ven aquí! ¡Se ve mejor!

—Se ve mejor —se oyó repetir en el aire.

Pécuchet respondió:

—¡Ya voy!

—¡Voy!

—¡Vaya, hay eco!

—¡Eco!

El tilo, hasta ese momento, había impedido que el eco se produjese, y ahora se veía favorecido por la pagoda, que estaba frente por frente de la alquería, cuyo piñón descollaba por encima del seto.

Para probar el eco, se divertían diciendo bufonadas; Bouvard gritó alguna grosería.

Había ido varias veces a Falaise, con la excusa de retirar dinero, y siempre volvía con paquetitos que guardaba en su cómoda. Pécuchet partió una mañana para dirigirse a Bretteville, y volvió muy tarde, con un cesto que escondió debajo de su cama.

Al día siguiente, al despertar, Bouvard se quedó sorprendido. Los dos primeros tejos de la calle grande que, la misma víspera, eran esféricos, tenían ahora la forma de unos pavos reales, y un cono con dos botones de porcelana representaba el pico y los ojos. Pécuchet se había levantado al amanecer; y, temiendo ser descubierto, había podado los dos árboles siguiendo las instrucciones de los suplementos mandados por Dumouchel.

Desde hacía seis meses, los otros tejos alineados detrás de estos dos imitaban vagamente pirámides, cubos, cilindros, ciervos o sillones, pero nada igualaba a los pavos reales. Bouvard no pudo dejar de reconocerlo con grandes elogios.

Con la excusa de haber olvidado la laya, se llevó a su compañero al laberinto, pues había aprovechado la ausencia de Pécuchet para hacer también él algo sublime.

La puerta que daba a los campos estaba recubierta de una capa de yeso, sobre la que había alineadas en perfecto orden unas quinientas cazoletas de pipa que representaban Abd-el-Kaders^[17], negros, tiradores argelinos, mujeres desnudas, ostiones y calaveras.

—¿Comprendes ahora mi impaciencia?

—¡Claro que sí!

Y, en su emoción, se abrazaron.

Como todos los artistas, sintieron la necesidad de aplausos, y Bouvard pensó en ofrecer una gran cena.

—¡Ten cuidado! —dijo Pécuchet—, pues vas a lanzarte a las fiestas. ¡Es un pozo sin fondo!

No obstante, se decidió que se haría.

Desde que vivían en aquel lugar habían llevado una vida retirada. Todos aceptaron la invitación por las ganas de conocerles, a excepción del conde de

Favergeres, al que reclamaban en la capital unos asuntos. Se conformaron con el señor Hurel, su factótum.

Beljambe, el posadero, que había sido chef en Lisieux, debía cocinar determinados platos. Proporcionaba un mozo. Germaine había pedido la ayuda de la moza del corral. También vendría Marianne, la criada de la señora Bordin. Desde las cuatro, la cancela estaba abierta de par en par y los dos propietarios, temblando de impaciencia, esperaban a sus invitados.

Hurel se detuvo en el hayedo para ponerse de nuevo la levita. Luego se presentó el párroco, con una sotana nueva, y poco después el señor Foureau con un chaleco de terciopelo. El médico daba el brazo a su mujer, que caminaba no sin esfuerzo al amparo de una sombrilla. Una cascada de cintas rosas se agitó detrás de ellos; era la toca de la señora Bordin, ataviada con un bonito vestido de seda tornasolada. La cadena de oro de su reloj le golpeaba en el pecho, y en sus dos manos calzadas con unos mitones negros brillaban las sortijas. Finalmente apareció el notario, tocado con un panamá, y con monóculo, pues el oficial ministerial convivía en él con el hombre de mundo.

El salón estaba encerado hasta el punto de no poder sostenerse uno de pie. Los ocho sillones de Utrecht estaban adosados a lo largo de la pared; una mesa redonda, en el centro, sostenía la licorera, y encima de la chimenea se veía el retrato de Bouvard padre. Las tonalidades mate de la tela, que destacaban a contraluz, dibujaban muecas en la boca, volvían estrábicos los ojos, y un velo de moho en los pómulos subrayaba el efecto de las patillas. Los invitados encontraron que se parecía mucho a su hijo, y la señora Bordin añadió, mirando con fijeza a Bouvard, que debía de haber sido un hombre muy apuesto.

Tras una hora de espera, Pécuchet anunció que se podía pasar a la sala.

Las cortinas de calicó blanco con una cenefa roja estaban, al igual que las del salón, completamente corridas delante de las ventanas, y el sol, a través de la tela, difundía una luz dorada sobre el revestimiento de las paredes, que tenía por todo adorno un barómetro.

Bouvard colocó a las dos señoras a su lado; Pécuchet al alcalde a su izquierda, al párroco a su derecha, y comenzaron con las ostras. Sabían a barro. Bouvard se sintió consternado, se deshizo en excusas, y Pécuchet se levantó para ir a la cocina a montarle una escena a Beljambe.

Mientras duraron los primeros, una barbada entre un *vol-au-vent* y pichones estofados, la conversación recayó sobre los métodos para fabricar la sidra.

Tras lo cual se pasó a hablar de comidas digeribles y de comidas indigestas. Naturalmente, se pidió el parecer del médico. Este juzgaba las cosas con escepticismo, como un hombre que ha conocido los límites de la ciencia, y sin embargo no tolera la menor objeción.

Al mismo tiempo que el solomillo, sirvieron el borgoña. Estaba turbio. Bouvard, atribuyendo este accidente al aclarado de la botella, hizo probar otras tres sin éxito,

luego mandó abrir un saint-julien, a todas luces demasiado joven, y todos los comensales guardaron silencio. Hurel sonreía sin cesar; los pasos pesados del mozo resonaban en las baldosas.

La señora Vaucorbeil, rechoncha y con aire gruñón (estaba, por otra parte, en la recta final de su embarazo), había guardado un mutismo total. Bouvard, sin saber a qué santo encomendarse, le habló del teatro de Caen.

—Mi mujer no va nunca a ver espectáculos —prosiguió el doctor.

El señor Marescot, cuando vivía en París, no frecuentaba más que Les Italiens.

—¡Yo —dijo Bouvard— me permitía a veces un asiento de platea en el Vaudeville para ver alguna farsa!

Foureau preguntó a la señora Bordin si le gustaban las farsas.

—Depende del tipo que sean —respondió ella.

El alcalde le tomaba el pelo. Ella replicaba a las bromas. A continuación explicó una receta para preparar pepinillos en vinagre. Por lo demás, sus virtudes como ama de casa eran conocidas, y tenía una pequeña hacienda que llevaba con admirable esmero.

Foureau interpeló a Bouvard:

—¿Tienen ustedes intención de vender la suya?

—Dios mío, hasta ahora, no sé muy bien...

—Pero ¡cómo! ¿Ni siquiera la parcela de Les Écalles? —prosiguió el notario—; ésa le convendría a usted, señora Bordin.

La viuda replicó, tras mil melindres:

—Las pretensiones del señor Bouvard serían excesivas para mí.

—Quizá se le podría ablandar.

—¡Yo no lo intentaría!

—¡Bah! ¿Y darle un beso?

—Probémoslo igualmente —dijo Bouvard.

Y la besó en las dos mejillas, entre los aplausos de los presentes.

Justo después descorcharon el champán, cuyas detonaciones llevaron a un redoblamiento de la alegría. Tras hacer Pécuchet una seña, las cortinas se abrieron y apareció el huerto.

Había, en el crepúsculo, algo espantoso. La roca ocupaba, como una montaña, el prado, la tumba formaba un cubo en medio de las espinacas, el puente veneciano un acento circunflejo por encima de las judías verdes, y la cabaña, más allá, una gran mancha negra, pues habían prendido fuego a su tejado para hacerla más poética. Los tejos, en forma de ciervo o de sillones, se sucedían hasta el árbol fulminado, que se extendía transversalmente desde la calle arbolada hasta el cenador, donde los tomates pendían como estalactitas. Un girasol, aquí y allá, exhibía su disco amarillo. La pagoda china, pintada de rojo, parecía un faro sobre la loma. Los picos de los pavos reales, heridos por la luz del sol, se remitían fulgores, y detrás de la empalizada, aligerada de sus tablas, el campo totalmente llano iba a morir en el horizonte.

Ante el asombro de sus invitados, Bouvard y Pécuchet sintieron un verdadero contento.

La señora Bordin, en particular, admiró los pavos reales; pero la tumba no fue comprendida, ni tampoco la cabaña incendiada, ni el muro en ruinas. Luego cada uno, por turno, pasó el puente. Para llenar la charca, Bouvard y Pécuchet habían traído agua durante toda la mañana. Pero esta se había perdido entre las piedras del fondo, mal juntas, dejando un recubrimiento de fango.

Mientras paseaban, los invitados se permitieron algunas críticas:

—Yo en su lugar lo habría hecho de otro modo.

—Los guisantes van atrasados.

—Ese rincón, francamente, no está limpio.

—Podando así, no conseguirán que den nunca fruto.

Bouvard se vio obligado a responder que le traía sin cuidado el fruto.

Mientras bordeaban el cenador, dijo con aire picarón:

—¡Ah, estamos molestando a alguien! ¡Mil perdones!

La ocurrencia pasó inadvertida. ¡Todo el mundo conocía a la dama de escayola!

Finalmente, tras varias vueltas por el laberinto, llegaron delante de la puerta de las pipas. Se intercambiaron unas miradas de estupefacción. Bouvard observaba el rostro de sus invitados, y estaba impaciente por conocer su opinión:

—¿Qué me dicen?

La señora Bordin estalló a reír. Todos la imitaron. El párroco soltaba una especie de cloqueo, Hurel tosía, el médico lloraba de risa, su mujer fue presa de un espasmo nervioso, y Foureau, que no tenía inhibiciones, arrancó un Abd-el-Kader que se metió en el bolsillo, como recuerdo.

Tras salir de la enramada, Bouvard, para asombrar a su público con el eco, exclamó a pleno pulmón:

—¡Servidor de ustedes, señoras!

¡Nada! Ningún eco. Ello era debido a las reparaciones hechas en el henil, cuyo piñón y cuya techumbre habían sido demolidos.

El café fue servido en el cerrillo y estaban los señores a punto de dar comienzo a una partida de bochas, cuando vieron delante de sí, detrás de la empalizada, a un hombre que les miraba fijamente.

Era flaco y atezado, con un pantalón rojo hecho jirones, una chaqueta azul, sin camisa, la barba negra cortada a cepillo; y articuló con voz ronca:

—¡Invítenme a un vaso de vino!

El alcalde y el padre Jeufroy le habían reconocido de inmediato. Era un ex ebanista de Chavignolles.

—¡Vamos, Gorgu, lárguese! —dijo el señor Foureau—. No se pide limosna.

—¿Yo? ¡Limosna! —gritó el hombre, exasperado—. Hice siete años la guerra en África. Salgo del hospital. ¡No tengo trabajo! ¿Es que he de matar a alguien? ¡Canastos!

Su rabia se apagó por sí sola, y, con los puños en jarras, escrutaba a los burgueses con un aire entre melancólico y burlón. El cansancio de los vivaques, el ajeno y las fiebres, toda una existencia de ser mísero y crápula a floraba en sus ojos turbios. Sus labios pálidos temblaban descubriéndole las encías. El gran cielo color púrpura le envolvía de un resplandor sanguinolento, y su obstinación en quedarse allí causaba una cierta inquietud.

Bouvard, para acabar con aquello, fue a buscar el culito de una botella. El vagabundo se lo mandó al colete de un trago, luego desapareció en medio de la avena, gesticulando.

Después criticaron a Bouvard. Condescendencias de aquel tipo no hacían sino fomentar el desorden. Pero Bouvard, irritado por la falta de éxito de su jardín, salió en defensa del pueblo; todos se pusieron a hablar a la vez.

Foureau ensalzaba al Gobierno, Hurel no veía nada más en el mundo que la propiedad de bienes raíces. El padre Jeufroy se lamentaba de que no se protegiera la religión. Pécuchet atacó los impuestos.

La señora Bordin exclamaba a intervalos:

—Yo, para empezar, detesto la República.

Y el médico se declaró a favor del progreso:

—Porque, en resumen, querido señor, necesitamos reformas.

—¡Es posible! —respondió Foureau—, pero todas estas ideas no hacen sino perjudicar los negocios.

—¡Me importan un bledo los negocios! —exclamó Pécuchet.

Vaucorbeil continuó:

—¡Pero que al menos se amplíe el derecho de voto^[18]!

Bouvard no llegaba a tanto.

—¿Es eso lo que piensa? —le replicó el médico—. ¡Pues ya sé a qué atenerme con usted! ¡Buenas tardes! ¡Y le deseo que caiga un diluvio, pues así podrá navegar en su charca!

—También yo me voy —dijo poco después Foureau; y señalando el bolsillo en el que tenía el Abd-el-Kader, agregó—: Si necesito otro, volveré.

El párroco, antes de despedirse, confió tímidamente a Pécuchet que le parecía inconveniente aquel simulacro de tumba en medio de las hortalizas. Hurel, retirándose, se deshizo en inclinaciones. Marescot había desaparecido ya después de los postres.

La señora Bordin volvió a la receta de sus pepinillos, prometió otra para las ciruelas en aguardiente y dio aún tres vueltas por la alameda principal, pero al pasar por junto al tilo se le enganchó el bajo del vestido, y la oyeron murmurar:

—¡Dios mío! ¡Qué estupidez de árbol!

Los dos anfitriones, en el cenador, dieron rienda suelta a su resentimiento hasta medianoche.

Había habido, sin duda, dos o tres cosillas aisladas en la comida que hubieran

podido salir mejor; pero los invitados habían comido como limas, prueba de que después de todo no estaba tan malo. Pero en cuanto al jardín, tanto denigrar era fruto de la más negra envidia; y, calentándose los dos, dijeron:

—¡Ah! ¡Falta agua en la charca! ¡Paciencia, pues se verán hasta un cisne y pececillos!

—¡Casi ni se han fijado en la pagoda!

—¡Sostener que las ruinas no son limpias es algo propio de imbéciles!

—¡Y decir que la tumba resulta inconveniente! ¿Por qué inconveniente? ¿Es que no está uno en su derecho de construirse una en su propia casa? ¡Es más, quiero que me entierren en ella!

—¡No hables de estas cosas! —dijo Pécuchet.

Luego pasaron revista a los invitados.

—¡Me da a mí que el médico es un postinero que presume de guapeza!

—¿Te fijaste en la risita burlona de Marescot ante el retrato?

—¡Qué patán de alcalde! Cuando se come en casa ajena, ¡qué diablos!, hay que tener un poco de respeto por las curiosidades.

—¿Y qué me dices de la señora Bordin? —preguntó Bouvard.

—¡Ah, ésa es una lianta! Pero dejémoslo estar.

Asqueados del mundo, decidieron no ver a nadie más, vivir exclusivamente en su casa, solos.

Y pasaban días enteros en la bodega quitándole el tártaro a las botellas, barnizaron de nuevo todos los muebles, encalaron las habitaciones; cada tarde, contemplando el fuego del hogar, disertaban sobre el mejor sistema de calefacción.

Para ahorrar un poco trataron de ahumar por su cuenta los jamones, de preparar ellos mismos la lejía. Germaine, a la que enredaban en sus trabajos, se encogía de hombros. En la temporada de las mermeladas, se molestó, y ellos se instalaron en el cuarto del horno.

Era este una antigua lavandería donde había, bajo los haces de leña, una gran cuba de mampostería, excelente para sus proyectos, pues les había dominado la ambición de fabricar conservas.

Llenaron catorce botes de tomates y de guisantes, zulacaron los tapones con cal viva y queso, aplicaron en los bordes unas tirillas de tela, luego los sumergieron en agua hirviendo. El agua se evaporaba; echaron más de fría; la diferencia de temperatura hizo estallar los botes. Se salvaron únicamente tres.

Luego se hicieron con unas viejas latas usadas de sardinas, en las que metieron costillas de ternera y las pusieron al baño maría. Salieron redondas como balones; pensaron que, al enfriarse, se achatarían. Para continuar con el experimento, ¡metieron en otras latas huevos, achicoria, bogavante, guiso de pescado, sopa! Y se felicitaron, como Appert, «de haber detenido las estaciones»: semejantes descubrimientos, según Pécuchet, eran más importantes que las hazañas de los conquistadores.

Perfeccionaron los aliños de la señora Bordin, aromatizando el vinagre con pimienta; ¡y sus ciruelas en aguardiente eran decididamente superiores! Mediante la maceración, obtuvieron ratafías de frambuesa y de ajeno. Poniendo miel y angélica en un tonel de vino de Bagnols, quisieron conseguir un Málaga; ¡y hasta se embarcaron en la producción de un champán! Las botellas de chablis, rebajadas con mosto, estallaron por sí solas. Entonces ya no dudaron de su éxito.

Con el progreso de sus estudios, llegaron a sospechar fraudes en todos los productos alimenticios.

Discutían con el panadero sobre el color de su pan. Se ganaron un enemigo en la persona del tendero, defendiendo ante él que adulteraba sus chocolates. Se trasladaron a Falaise para comprar pastillas de azufaifa y, ante los mismos ojos del boticario, sometieron su pasta a la prueba del agua. Esta tomó el aspecto de una corteza de tocino, lo que revelaba la presencia de gelatina.

Tras este triunfo, su orgullo se exaltó. Compraron el material de un destilador en quiebra, y no tardaron en llegar a la casa tamices, barriles, embudos, espumaderas, mangas y balanzas, por no hablar de un mortero de madera y un alambique pardo oscuro, que requirió un hornillo reflector, con una campana de chimenea.

Aprendieron a refinar el azúcar, y los varios tipos de cocción, el azúcar blanco granulado y el pilé, el mascabado, la cachaza, la melaza y el caramelo. Pero no veían llegar la hora de utilizar el alambique; y abordaron los licores finos, comenzando por el anisete. El líquido arrastraba casi siempre con él sustancias, o bien estas se pegaban al fondo; otras veces, se equivocaron en las dosis. En torno a ellos relucían los grandes recipientes de cobre, los matraces adelantaban sus picos puntiagudos, los cazos pendían de la pared. A menudo uno seleccionaba las hierbas en la mesa, mientras que el otro hacía oscilar la bala de cañón en el platillo suspendido; removían con cucharas, degustaban las mezclas.

Bouvard, siempre sudoroso, llevaba nada más que una camisa y un pantalón subido hasta más arriba del estómago por medio de unos tirantes cortos; pero, aturdido como un pájaro, se olvidaba del diafragma de la cucúrbita o subía excesivamente el fuego.

Pécuchet mascullaba cálculos, inmóvil dentro de su larga bata, especie de delantal de niño con mangas; y se consideraban gente muy seria, ocupada en cosas útiles.

Finalmente soñaron con lograr *un licor cremoso* que mandase al olvido a todos los demás. Pondrían en él coriandro como en el kummel, kirsch como en el marrasquino, hisopo como en el chartreuse, ambarilla como en el *vespétro*, *Calamus aromaticus* como en el krambambuly; y le darían un color rojo con madera de sándalo. Pero ¿con qué nombre comercializarlo? Porque hacía falta un nombre fácil de recordar, pero también original. Tras mucho buscarlo, decidieron que lo llamarían «Bouvarine».

Hacia finales de otoño, aparecieron unas manchas en los tres botes de conservas. Los tomates y los guisantes se habían podrido. Ello podía deberse al cierre. Entonces

les atormentaron los problemas del taponamiento. Para probar métodos nuevos, les faltaba el dinero. La finca los desangraba.

Aunque habían recibido varias veces ofertas de arrendatarios, Bouvard no había querido saber nada. Pero su primer mozo cultivaba de acuerdo con sus órdenes, con un sentido del ahorro peligroso, de manera que las cosechas disminuían, todo periclitaba, y estaban charlando de sus dificultades cuando entró Gouy en el laboratorio, acompañado por su mujer que se mantenía detrás, tímidamente.

Gracias a todos los tratamientos recibidos, la tierra había mejorado, y él venía con el propósito de retomar la hacienda. Dijo que valía poco, que pese a todos sus trabajos, sus beneficios seguían siendo inciertos; en pocas palabras, si quería volver a ella era porque le gustaba el lugar y porque echaba de menos a unos amos tan buenos. Fue despedido con frialdad. Pero volvió esa misma tarde.

Pécuchet le había echado un sermón a Bouvard; estaban a punto de ceder. Gouy pidió una reducción del canon; y ante las protestas de los otros, se puso a bramar más que a hablar, poniendo a Dios por testigo, enumerando sus esfuerzos, presumiendo de sus méritos. Pero cuando le requerían para que dijese el precio que quería, él inclinaba la cabeza por toda respuesta. Entonces su mujer, que estaba sentada cerca de la puerta, con un gran cesto sobre las rodillas, reanudaba las mismas recriminaciones, chillando con una voz aguda de gallina a la que despluman.

Finalmente, se fijó el arriendo en treinta mil francos anuales, un tercio menos que la vez anterior.

Acto seguido, Gouy propuso comprar el material; y se reanudaron los tratos.

La estimación del precio de los objetos llevó quince días. Bouvard estaba muerto de cansancio. Lo cedió todo por una suma tan irrisoria que Gouy, en un primer momento, puso unos ojos como platos, y exclamando: «Conformes», le chocó la mano.

Tras lo cual, los propietarios, siguiendo la costumbre, les invitaron a comer algo; y Pécuchet descorchó una botella de su Málaga, no tanto por generosidad como por la esperanza de ganarse unos elogios.

Pero el Labrador torció el gesto:

—Sabe a jarabe de regaliz.

Y su mujer, «para quitarse el regusto», pidió una copita de aguardiente.

¡Tenían algo más serio en que pensar! Todos los ingredientes del Bouvarine estaban por fin listos.

Los apilaron en la cucúrbita con alcohol, encendieron el fuego y esperaron. Mientras tanto Pécuchet, amargado por la desventura del Málaga, cogió del armario las cajas de hojalata, hizo saltar la tapa de la primera, luego de la segunda y de la tercera. Las tiraba con rabia y llamó a Bouvard.

Bouvard cerró la llave del serpentín y se precipitó sobre las conservas. La desilusión fue total. Las tajadas de ternera parecían suelas hervidas; un líquido fangoso había sustituido al bogavante. El pescado a la marinera estaba irreconocible.

En la sopa habían despuntado unos champiñones, y un olor espantoso apestaba el laboratorio.

De pronto, con un ruido de obús, el alambique estalló en veinte pedazos que dieron hasta en el techo, reventando las ollas, mellando las espumaderas, rompiendo los cristales; el carbón se esparció, el hornillo quedó destruido; Germaine encontró una espátula en el patio.

La fuerza del vapor había hecho añicos el instrumento, tanto más cuanto que la cucúrbita estaba fuertemente sujeta con pernos a la montera.

Pécuchet se había acurrucado de inmediato detrás de la tina, y Bouvard había caído, como derrumbado, en un taburete. Durante diez minutos permanecieron en aquella posición, sin atreverse a hacer movimiento alguno, pálidos de terror, en medio de los añicos. Cuando lograron recuperar el habla, se preguntaron acerca de las causas de tantos infortunios, sobre todo del último. Y no comprendían nada, salvo que habían estado a punto de jugarse la vida. Pécuchet concluyó con estas palabras:

—¡Tal vez sea porque no sabemos de química!

3

Para saber de química se consiguieron el curso de Regnault^[19], y lo primero que aprendieron fue que «los cuerpos simples son tal vez compuestos».

Se distinguen en metaloides y en metales, diferencia que no tiene «nada de absoluto», dice el autor. Lo mismo es aplicable a los ácidos que a las bases, «porque un cuerpo puede comportarse como un ácido o como una base, según las circunstancias».

Esta observación les pareció extravagante. Las proporciones múltiples inquietaron a Pécuchet.

—Me parece a mí que, dado que una molécula A, supongamos, se combina con varias partes de B, esta molécula debe dividirse en otras tantas partes; pero si se divide, deja de ser la unidad, la molécula primordial. En resumen, no lo entiendo.

—¡Tampoco yo! —decía Bouvard.

Y recurrieron a una obra menos difícil, la de Girardin^[20], merced a la cual adquirieron la certeza de que diez litros de aire pesan cien gramos, que no hay plomo en la mina de los lápices, que el diamante no es más que carbono.

Pero lo que sobre todo los dejó estupefactos fue que la tierra, como elemento, no existe.

Comprendieron el manejo del soplete, cómo actúan el oro, la plata, la lejía, el estañado de las cacerolas; luego, sin el menor reparo, Bouvard y Pécuchet se lanzaron a la química orgánica.

¡Qué maravilla encontrar en los seres vivos las mismas sustancias que componen los minerales! Sintieron, sin embargo, una especie de humillación ante la idea de que sus cuerpos contenían fósforo como las cerillas, albúmina como la clara de huevo, hidrógeno como los mecheros de gas.

Tras los colores y los cuerpos grasos, le llegó el turno a la fermentación.

Esta les llevó a los ácidos, y la ley de los equivalentes les puso en aprietos una vez más. Trataron de aclararla con la teoría de los átomos, lo cual les hizo perderse definitivamente.

Para comprender todas estas cosas, según Bouvard, se requerían unos instrumentos.

El gasto era considerable; y habían hecho ya demasiados.

Pero seguro que el doctor Vaucorbeil podía ilustrarles.

Se presentaron en su consulta dentro del horario de atención médica.

—¡Señores, soy todo oídos! ¿Qué mal tienen?

Pécuchet respondió que no estaban enfermos y, tras haber explicado la razón de su visita, añadió:

—Quisiéramos hacernos una idea en primer lugar de la atomicidad superior.

El médico se puso rojo como la grana, luego les censuró el que quisieran saber de química.

—¡No niego su importancia, por supuesto! ¡Pero actualmente se la encuentra uno hasta en la sopa! Ejerce sobre la medicina una influencia nefasta.

Y la autoridad de sus palabras se veía reforzada por el espectáculo de las cosas que le rodeaban.

Había diaquilón y vendas abandonados sobre la repisa de la chimenea. El maletín quirúrgico descansaba en medio del escritorio, había una palangana llena de sondas en un rincón y, colgada de la pared, la imagen de un desollado.

Pécuchet hizo un cumplido al médico.

—¡Debe de ser bonito estudiar anatomía!

Vaucorbeil se extendió sobre la fascinación que ejercían sobre él en otro tiempo las disecciones; y Bouvard preguntó sobre las diferencias que existen entre los órganos internos de la mujer y los del hombre.

Para complacerle, el médico sacó de la biblioteca una colección de láminas anatómicas.

—¡Pueden llevárselas! ¡En casa podrán mirarlas con más calma!

El esqueleto les asombró por lo prominente de la mandíbula, las cavidades de los ojos, la espantosa largura de las manos. Echaban de menos un texto explicativo; volvieron a la consulta de Vaucorbeil y gracias al manual de Alexandre Lauth^[21] aprendieron las subdivisiones de la osamenta, quedando asombrados ante la espina dorsal, dieciséis veces más fuerte, dicen, que si el Creador la hubiera hecho recta. Pero ¿por qué dieciséis veces?

Los metacarpos dejaron con los ánimos por los suelos a Bouvard; Pécuchet, que estudiaba con ahínco el cráneo, se desalentó ante el esfenoideas, aunque se pareciera a una «silla turca o turquesa».

En cuanto a las articulaciones, había demasiados ligamentos que las ocultaban; y pasaron a los músculos.

Pero las inserciones no eran fáciles de descubrir, y, al llegar a las apófisis articulares, renunciaron por completo.

Pécuchet dijo entonces:

—¿Y si volviéramos a la química, aunque solo sea para aprovechar el laboratorio?

Bouvard protestó; y le pareció recordar que existían falsos cadáveres, fabricados para uso de los países cálidos.

Barberou, a quien escribió, le proporcionó información al respecto: por diez francos al mes se podía contar con uno de los muñecos de Auzoux^[22], y a la semana siguiente el correo de Falaise depositaba delante de la cancela una caja oblonga.

La trasladaron al cuarto del horno, muy emocionados. Una vez desclavadas las tablas, retirada la paja, quitado el papel de seda, apareció el maniquí.

Era de color ladrillo, sin cabellos, sin piel, con innumerables venillas azules, rojas y blancas. No se parecía en absoluto a un cadáver, sino a una especie de juguete, desagradable de ver, relimpio, que olía a barniz.

Después le quitaron el tórax, y descubrieron los pulmones, semejantes a dos esponjas; el corazón era como un gran huevo, un tanto ladeado por detrás, el diafragma, los riñones, todo el paquete intestinal.

—¡A la tarea! —dijo Pécuchet.

Así se les pasaron volando el día y la noche.

Se habían puesto sus batas, como hacen los estudiantes de medicina en los anfiteatros anatómicos, y estaban trabajando, a la luz de tres velas, con sus pedazos de cartón cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Era Foureau, seguido del guarda rural.

Los amos, entusiasmados, habían mostrado el maniquí a Germaine. Esta había corrido inmediatamente a contárselo al tendero, y ahora todo el pueblo creía que escondían en su casa un verdadero cadáver. Foureau, cediendo a la voz pública, venía a cerciorarse del hecho; en el patio no faltaban los curiosos.

El muñeco, cuando entró el alcalde, yacía de costado; y tenía los músculos de la cara descolgados, el ojo asomaba monstruoso, tenía algo de espantable.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Pécuchet.

Foureau balbució:

—¡Nada! ¡Absolutamente nada!

Y, levantando una de las piezas que había sobre la mesa, preguntó:

—¿Y esto qué es?

—El bucinador —contestó Bouvard.

Foureau guardó silencio, pero sonreía sardónicamente, celoso de que ellos tuvieran una diversión que superaba sus competencias.

Los dos anatomistas fingían proseguir sus investigaciones. La gente, que se aburría en la puerta, había entrado en el cuarto del horno y, como se empujaban un poco, la mesa se tambaleó.

—¡Ah!, ¡esto es demasiado! —se puso a chillar Pécuchet—; ¡mande que se largue el público!

El guarda rural hizo salir a los curiosos.

—¡Muy bien! —dijo Bouvard—, ¡no necesitamos a nadie!

Foureau captó la alusión, y les preguntó si tenían derecho, no siendo médicos, a poseer un objeto como aquél. En cualquier caso, le escribiría al prefecto.

¡Qué país! No lo había más inepto, salvaje y retrógrado. La comparación que establecieron ellos mismos con los otros les consoló; y ambicionaban sufrir por la ciencia.

Vino a verles también el médico. Este se mostró muy severo en su crítica del maniquí por su escaso parecido con el natural, pero aprovechó la circunstancia para

impartir una lección.

Bouvard y Pécuchet quedaron encantados, y, a petición suya, Vaucorbeil les prestó varios libros de su biblioteca, no sin comentar que, en cualquier caso, no conseguirían llegar hasta el fondo.

Ellos tomaron nota del *Diccionario de ciencias médicas* de los casos excepcionales de parto, longevidad, obesidad y estreñimiento. ¡Ay si hubiesen podido conocer al famoso canadiense de Beaumont, a los polípagos Tarare y Bijou, a la mujer hidrópica del departamento del Eure, al piemontés que iba al retrete cada veinte días, a Simon de Mirepoix, que murió osificado, y a aquel viejo alcalde de Angulema cuya nariz pesaba casi un kilo y medio!

El cerebro les inspiró reflexiones filosóficas. En su interior distinguían perfectamente el *septum lucidum*, compuesto de dos laminillas, y la glándula pineal, parecida a un guisante rojo; pero había también pedúnculos y ventrículos, arcos, pilares, pisos, ganglios y fibras de toda especie, y el foramen de Pacchioni y los cuerpos de Pacini^[23], en suma, un amasijo inextricable, con el que pasarse toda una vida.

A veces, en un arrebato, desmontaban completamente el cadáver, y luego eran ya incapaces de volver a colocar las piezas en su sitio.

Era una tarea ardua, sobre todo después de comer, y no tardaban en dormirse, Bouvard con el mentón bajado y sacando tripa, Pécuchet con la cabeza entre las manos y los codos sobre la mesa.

A menudo, en ese momento, Vaucorbeil, de vuelta de sus primeras visitas, entreabría la puerta.

—Bien, colegas, ¿cómo va la anatomía?

—¡Muy bien! —respondían ellos.

Entonces él les hacía preguntas por el simple placer de ponerles en un aprieto.

Cuando estaban hartos de un órgano, pasaban a otro, abordando y abandonando por turno el corazón, el estómago, los oídos, los intestinos, porque el muñeco de cartón les aburría mortalmente a pesar de sus esfuerzos por interesarse por él. Finalmente el doctor les sorprendió cuando lo volvían a meter en la caja.

—¡Bravo! Me lo esperaba.

No eran estudios para emprenderlos a su edad, y la sonrisa que acompañaba aquellas palabras les hirió en lo más vivo.

¿Con qué derecho los consideraba unos ineptos? ¿Acaso la ciencia era propiedad privada de aquel señor? ¡Como si él fuese un personaje tan superior!

Así pues, aceptando el desafío, fueron hasta Bayeux para comprar unos libros.

Era la fisiología lo que les faltaba, y un librero les consiguió los tratados de Richerand y de Adelon^[24], famosos en la época.

Todos los lugares comunes sobre las edades, el sexo y el temperamento les parecieron de la mayor importancia. Se alegraron de saber que en el sarro de los dientes anidaban tres especies de microbios, que la sede del gusto está en la lengua y

la sensación de hambre nace en el estómago.

Para comprender mejor su funcionamiento, lamentaban no tener la capacidad de rumiar, tal como la habían tenido Montègre, Gosse y el hermano de Bérard^[25], y masticaban despacio, trituraban, salivaban, acompañando con el pensamiento el bolo alimenticio hasta sus vísceras, siguiéndolo incluso hasta sus últimas consecuencias, llenos de un escrúpulo metódico, de una atención casi religiosa.

Para producir artificialmente las fases de la digestión, comprimieron carne en una ampollita que contenía jugo gástrico de pato, y la llevaron debajo del sobaco durante quince días, sin otro resultado que contraer una infección.

Les vieron correr a lo largo de la carretera general, vestidos con unas ropas mojadas y expuestos al sol abrasador. Era para verificar si la sed se aplaca mediante la aplicación de agua en la epidermis. Regresaron jadeando, ambos con un resfriado.

El oído, la fonación, la vista fueron despachados rápidamente; pero Bouvard quiso profundizar en la generación.

Las reservas que Pécuchet tenía sobre la materia siempre le habían sorprendido. Su ignorancia le pareció tan absoluta que le presionó para que se explicara, y Pécuchet, enrojeciendo, acabó por confesar.

Unos bromistas, en cierta ocasión, le habían llevado a una casa de citas, casa de la que había salido a escape, reservándose para la mujer que amase un día. Esta feliz ocasión no se había presentado nunca, tanto es así que por falso pudor, estrecheces económicas, miedo a las enfermedades, obstinación, costumbre, a los cincuenta años, pese a haber vivido en la capital, era todavía virgen.

A Bouvard le costó creerlo; luego se retorció de risa, pero dejó de hacerlo al darse cuenta de que los ojos de Pécuchet se inundaban de lágrimas; porque no le habían faltado las pasiones; se había enamorado sucesivamente de una volatinera, de la cuñada de un arquitecto, de una dependienta y, por último, de una pequeña lavandera y estaba incluso a punto de casarse cuando descubrió que ella estaba embarazada de otro.

Bouvard le dijo:

—Siempre hay manera de recuperar el tiempo perdido. ¡No hay que ponerse triste, vamos! Ya me ocuparé yo, si quieres...

Pécuchet replicó, suspirando, que ni pensarlo; y continuaron con su fisiología.

¿Es cierto que la superficie de nuestro cuerpo desprende de forma permanente un sutil vapor? Prueba de ello es que el peso de un hombre disminuye a cada minuto. Si cada día se consigue hacer cuadrar la suma de lo que falta y la resta de lo que sobra, la salud se mantendrá en perfecto equilibrio. Santorio^[26], el inventor de esta ley, se pasó medio siglo pesando a diario sus comidas con sus respectivas excreciones, y se pesaba a sí mismo, sin concederse más tregua que el tiempo empleado para anotar sus cálculos.

Trataron de imitar a Santorio. Pero, como su balanza no podía aguantar a ambos, le tocó empezar a Pécuchet.

Este se quitó la ropa para no impedir la transpiración, y permanecía sobre la plataforma, completamente desnudo, dejando ver, pese a su pudor, su torso muy alargado, semejante a un cilindro, con unas piernas cortas, los pies planos y la piel morena. A su lado, en una silla, su amigo procedía a la lectura.

Algunos sabios pretenden que el calor animal se desarrolla por medio de las contracciones musculares, y que es posible, moviendo los músculos del tórax y de la zona pélvica, elevar la temperatura de un baño tibio.

Bouvard fue a buscar su bañera y, cuando todo estuvo listo, se sumergió en ella, provisto de un termómetro.

Los añicos de la destilería, amontonados al fondo del local, dibujaban en la sombra una especie de montículo. De vez en cuando se oía el roer de los ratones; emanaba un olor rancio a plantas aromáticas y, encontrándose a sus anchas, charlaban tan tranquilos.

Pero Bouvard sentía un cierto fresquito.

—¡Mueve los miembros! —dijo Pécuchet.

Él los agitó, pero el termómetro no se movió.

—Sigue estando fría.

—Tampoco yo tengo calor —repuso Pécuchet, presa también de un estremecimiento—, ¡pero mueve la zona pélvica! ¡Muévela!

Bouvard abría los muslos, hacía torsiones con los costados, hacía oscilar el vientre, resoplaba como un cachalote, luego miraba el termómetro, que no paraba de bajar:

—¡No entiendo nada! ¡Y, sin embargo, me muevo!

—¡No lo bastante!

Y reanudaba su gimnasia.

Llevaba así tres horas cuando empuñó el tubo por enésima vez.

—Pero ¡cómo! ¡Doce grados! ¡Ah, se acabó, lo dejo!

Entró un perro, medio dogo, medio braco, con el pelaje rubio, sarnoso, y la lengua colgando.

¿Qué hacer? No había campanilla, y la sirvienta era sorda. Les castañeteaban los dientes, pero no se atrevían a moverse, por miedo a que les mordiera.

Pécuchet consideró oportuno lanzar unas amenazas, revolviendo los ojos.

Entonces el perro se puso a ladrar, y comenzó a saltar en torno a la balanza en la que Pécuchet, agarrándose a las cuerdas y doblando las rodillas, trataba de elevarse lo más posible.

—Eso no se hace así —dijo Bouvard; y se puso a dirigirle sonrisitas al perro, diciéndole palabras cariñosas.

El perro adivinó, sin duda, sus intenciones. Trataba de acariciarle, le ponía las patas sobre los hombros, le arañaba con las uñas.

—¡Pero vamos! ¡Ahora se ha llevado mi pantalón!

El animal se echó sobre él y permaneció tranquilo.

Finalmente, no sin grandes precauciones, se atrevieron el uno a bajar de la plataforma y el otro a salir de la bañera; y una vez vestido, a Pécuchet se le escapó esta exclamación:

—Tú, guapo, nos servirás para nuestros experimentos.

¿Qué experimentos?

Se le podía inyectar fósforo y luego encerrarlo en la bodega para ver si echaba fuego por el hocico. Pero ¿cómo inyectárselo? Y, en cualquier caso, no les venderían fósforo.

Pensaron en encerrarle debajo de una campana neumática, hacerle respirar gas, darle a beber venenos. Pero quizá esto no fuera divertido. Finalmente se decidieron por la magnetización del acero por medio del contacto con la médula espinal.

Dominando la emoción, Bouvard le iba dando las agujas que tenía en un plato a Pécuchet, quien se las iba clavando en las vértebras. Las agujas se rompían, se le resbalaban, caían al suelo; él cogía otras y se las hundía con fuerza, a troche y moche. El perro, tras romper las ataduras, atravesó como una bala de cañón los cristales de la ventana, cruzó el patio, la entrada y se presentó en la cocina.

Germaine se puso a dar alaridos al verle totalmente ensangrentado y con unas cuerdas enrolladas en las patas.

Los amos, que le perseguían, entraron justo en aquel momento. El perro desapareció de un salto.

La vieja criada les reconvino:

—¡Una estupidez más de las tuyas, no me cabe la menor duda! ¡Y mi cocina, miren en qué estado ha quedado! ¡Ahora quizá le entre la rabia! ¡Por menos meten a la gente en la cárcel!

Volvieron al laboratorio para comprobar las agujas. Ni una atrajo ni pizca de limadura.

Luego, la hipótesis de Germaine les inquietó. Podía tener la rabia, volver de improviso y atacarles.

Al día siguiente pidieron información por todas partes, y, durante muchos años se alejaban corriendo, en el campo, apenas aparecía un perro parecido a aquél.

Los otros experimentos fueron un fracaso. Contrariamente a lo que sostenían los autores, las palomas que desangraron, ya tuvieran el buche lleno o vacío, perecieron en el mismo lapso. Unos gatitos mantenidos bajo el agua murieron al cabo de cinco minutos, y una oca, a la que habían atiborrado de rubia, dio unos periostos completamente blancos.

La alimentación era su cruz.

¿Cómo era posible que el mismo jugo produjera huesos, sangre, linfa y excrementos? Era imposible seguir las metamorfosis de un alimento. El hombre que toma uno solo es químicamente semejante al que toma varios. Vauquelin, que había calculado toda la cal que contiene la avena de una gallina, encontró cantidades mayores en la cáscara de sus huevos.

Por consiguiente, se verifica una producción de sustancia. ¿De qué modo? No se sabe nada al respecto.

Tampoco se sabe cuál es la fuerza del corazón. Borelli^[27] la identifica con la que se requiere para levantar un peso de ochenta y una toneladas, y Kiell la evalúa en unos doscientos veinticinco gramos, por lo que concluyeron que la fisiología es (según un viejo dicho) la novela de la medicina. Al no haber conseguido comprenderla, dejaron de creer en ella.

Pasó un mes de inactividad. Luego pensaron en su huerto.

El árbol muerto, tendido allí en medio, les molestaba. Lo escuadraron. Resultó un ejercicio fatigoso. Bouvard tenía muy a menudo que mandar arreglar sus útiles en una herrería.

Un día en que iba para allí se le acercó un hombre que cargaba sobre la espalda un saco de tela, y le ofreció almanaques, devocionarios, medallas bendecidas y, por último, el *Manual de la salud*, de François Raspail^[28].

El opúsculo le gustó tanto que le escribió a Barberou para que le mandara la obra completa. Barberou se la remitió, indicándole en la carta la botica donde encontrar las medicinas.

Les encantó la claridad expositiva. Cada enfermedad es originada por unas lombrices. Estas estropean los dientes, minan los pulmones, hinchan el hígado, destruyen el intestino y provocan ventosidades. Lo ideal para liberarse de ellas es el alcanfor. Bouvard y Pécuchet lo adoptaron. Lo aspiraban por la nariz, lo mascaban y lo distribuían en cigarrillos, frascos de agua sedativa y píldoras de áloe. Se propusieron incluso enderezar a un jorobado.

Era un niño que habían conocido un día en una feria. La madre, una mendiga, se lo traía a su casa cada mañana. Ellos le hicieron fricciones en la giba con grasa alcanforada, le aplicaron durante veinte minutos una cataplasma a base de mostaza, luego la recubrían con diaquilón y, para asegurarse de que volviera, le daban de comer.

Sin otra cosa en la cabeza que los helmintos, Pécuchet descubrió en una mejilla de la señora Bordin una mancha sospechosa. El médico se la trataba desde hacía bastante tiempo con amargos; redonda al principio como una moneda de veinte céntimos, la mancha había crecido y formaba ya un círculo rosáceo. Querían curársela. Ella aceptó; pero exigió que fuera Bouvard quien le aplicara el ungüento. Se ponía ante la ventana, se desabrochaba la parte alta del corsé y se estaba allí presentándole la mejilla, mirándole con unos ojos que hubieran sido peligrosos de no haber estado presente Pécuchet. Sin excederse en las dosis prescritas, y pese al temor al mercurio, le suministraron calomel. Un mes después, la señora Bordin estaba curada.

Ella les hizo propaganda, y el recaudador de impuestos, el secretario del Ayuntamiento, el alcalde mismo, todos en Chavignolles chupaban boquillas.

Pero el jorobado no se enderezaba. El recaudador dejó de fumar los cigarrillos

alcanforados, pues le agravaban sus crisis de asma. Foureau les acusó de que las píldoras de áloe le provocaban hemorroides. Bouvard tuvo dolores de estómago y Pécuchet terribles jaquecas. Perdieron su confianza en Raspail, pero procuraron no decir palabra de ello, temiendo que se resintiera la consideración de que gozaban.

Y mostraron un gran entusiasmo por la vacuna, aprendieron a hacer sangrías en unas hojas de col y hasta compraron un par de lancetas.

Acompañaban al médico a visitar a los pobres, luego consultaban sus libros.

Los síntomas expuestos por los autores no eran los que acababan de ver. En cuanto a los nombres de las enfermedades, entre el latín, el griego y el francés, aquello era un galimatías de lenguas.

Se cuentan por millares, y la clasificación de Linneo es sumamente cómoda, con sus géneros y especies; pero ¿cómo establecer las especies? Entonces se perdieron en la filosofía de la medicina.

Soñaban con el *archeus* de Van Helmont, el vitalismo, el brownismo^[29], el organicismo; preguntaban al médico de dónde venía el germen de la escrófula, hacia qué punto se dirige el miasma contagioso, y la manera de distinguir causa y efectos en todos los fenómenos morbosos.

—Causa y efecto se confunden —respondía Vaucorbeil.

Su falta de lógica les irritó; y visitaron ellos solos a los enfermos, entrando en las casas so pretexto de la filantropía.

Al fondo de las habitaciones, en unos sucios colchones, yacía gente con la cara caída de un lado; otros la tenían hinchada o de un rojo escarlata, de color limón, o bien morado, con las ventanillas de la nariz contraídas, la boca hecha un temblor, y percibían estertores, sollozos, sudores, olores a cuero o a queso rancio.

Leían las prescripciones médicas, y se sorprendían sobremanera de que los calmantes fueran a veces excitantes, los eméticos purgantes, que un mismo remedio sirviera para enfermedades distintas, y que una enfermedad se curara con tratamientos opuestos.

Ello no obstante, daban consejos, levantaban la moral, tenían la osadía de auscultar.

Su imaginación no paraba. Le escribieron al rey para que fundase en Calvados un instituto de enfermeros, ofreciéndose ellos como profesores.

Hasta fueron a ver al boticario de Bayeux (pues el de Falaise la tenía tomada con ellos por el asunto de la azufaifa), y le animaron para que preparara, como los antiguos, unas *pila purgatoria*, es decir, esas bolitas de sustancias medicamentosas que el individuo puede absorber simplemente a fuerza de manosearlas.

Partiendo del razonamiento de que disminuyendo el calor se evitan las flegmasías, colgaron de las vigas del techo el sillón en el que había una mujer con meningitis, y la estaban columpiando con toda su fuerza cuando se presentó el marido y los echó a cajas destempladas.

Finalmente, con gran escándalo del párroco, habían adoptado la nueva moda de

introducir el termómetro por el recto.

Se propagó una fiebre tifoidea por los contornos: Bouvard declaró que no se ocuparía de ella. Pero la mujer de Gouy, el arrendatario, fue a llorarle a su casa. Tenía a su marido enfermo desde hacía quince días, y Vaucorbeil lo desatendía.

Pécuchet se sacrificó.

Las manchas lenticulares en el pecho, los dolores en las articulaciones, el vientre hinchado, la lengua roja, eran todos ellos síntomas de dotienentería. Recordando lo que decía Raspail de que prescindiendo de la dieta se elimina la fiebre, prescribió caldos y un poco de carne. De pronto se presentó el médico.

El enfermo estaba comiendo, recostado sobre dos almohadas, entre su mujer y Pécuchet, que le empapuzaban a la fuerza.

Se acercó a la cama, lanzó volando el plato por la ventana y se puso a gritar:

—¡Esto es un verdadero crimen!

—¿Por qué?

—Así se le perfora el intestino, porque la fiebre tifoidea es una alteración de la membrana folicular.

—¡No siempre!

Entonces estalló una discusión sobre la naturaleza de las fiebres. Pécuchet creía en su esencia. Vaucorbeil la hacía depender de los órganos:

—¡Por eso evito todo cuanto pueda ser sobreexcitante!

—¡Pero la dieta debilita el principio vital!

—¡Qué me cuenta usted del principio vital! ¿Qué es eso? ¿Quién lo ha visto?

Pécuchet se hizo un lío.

—Por lo demás —decía el médico—, Gouy no quiere comer.

El enfermo hizo un signo de asentimiento debajo de su gorro de dormir.

—¡No importa! ¡Lo necesita!

—¡En modo alguno! Tiene noventa y ocho de pulso.

—¿Y qué importa el pulso?

Y Pécuchet citó las fuentes autorizadas.

—¡Dejémonos de teorías! —dijo el médico.

Pécuchet se cruzó de brazos.

—Así pues, ¿usted es un empírico?

—¡En absoluto! Pero por medio de la observación...

—¿Y si uno observa mal?

Vaucorbeil creyó que se trataba de una alusión al herpes de la señora Bordin, historia propagada a voces por la viuda, y cuyo recuerdo le irritaba.

—En primer lugar, hay que haber hecho prácticas.

—¡Los que revolucionaron la ciencia no las hacían! Van Helmont, Boerhaave, el mismo Broussais^[30].

Sin responderle, Vaucorbeil se inclinó sobre Gouy y levantó la voz:

—¿A quién de nosotros dos quiere usted como médico?

El enfermo, medio adormilado, entrevió unos rostros rabiosos y rompió a llorar.

Tampoco su mujer sabía qué responder, pues el uno era hábil, pero el otro quizá poseía un secreto.

—¡Muy bien! —dijo Vaucorbeil—, puesto que duda ante un hombre con título...

Pécuchet reía sardónicamente.

—¿De qué se ríe?

—Es que un título no siempre es un argumento.

El médico se sentía atacado en el trabajo que le daba de comer, en sus prerrogativas, en su prestigio social. Dio rienda suelta a su ira:

—¡Eso ya lo veremos cuando comparezca usted ante los tribunales por ejercicio ilegal de la medicina! —Acto seguido, volviéndose hacia la mujer del arrendatario, añadió—: ¡Hágale matar por este señor con toda tranquilidad, y que me aspen si pongo más los pies en esta casa!

Y se adentró por entre las filas de las habas, gesticulando con su junco.

Bouvard, cuando regresó Pécuchet, estaba también muy alterado.

Acababa de recibir a Foureau, exasperado por sus hemorroides. En vano había sostenido que aquéllas preservan de cualquier otra enfermedad. Foureau, no queriendo entrar en razón, amenazaba con pedir daños y perjuicios. Estaba fuera de sí.

Pécuchet le contó la otra historia, que consideraba más grave, y se quedó un poco afectado por la indiferencia del otro.

Gouy, al día siguiente, sintió dolores de estómago. Ello podía deberse a la ingestión de alimento. ¿Era posible que Vaucorbeil no se hubiera equivocado? ¡Un médico, después de todo, debe saber lo que se hace! Y los remordimientos asaltaron a Pécuchet. Temía ser un homicida.

Por prudencia, mandaron a su casa al jorobado. Pero la madre, debido a que veía esfumarse la comida, montó una escena. ¡No había valido la pena haberles hecho venir todos los días de Barneval a Chavignolles!

Foureau se calmó y Gouy recuperó fuerzas. Llegados a ese punto, la curación era segura; un éxito como aquél envalentonó a Pécuchet.

—¿Y si estudiásemos el parto con uno de esos maniqués?...

—¡Basta ya de maniqués!

—Son medios cuerpos con piel, inventados para estudiantes de obstetricia. ¡Creo que sería capaz de darle la vuelta al feto!

Pero Bouvard estaba cansado de la medicina.

—Los mecanismos de la vida nos son desconocidos, las afecciones son demasiado numerosas, los remedios problemáticos, ¡y en los libros no se encuentra una sola definición razonable de la salud, la enfermedad, la diátesis, ni siquiera del pus!

Pero todas aquellas lecturas les habían desbarajustado el cerebro.

Al primer resfriado, Bouvard pensó que tenía una congestión pulmonar. Como las

sangrías no habían atenuado las punzadas en el costado, recurrió a un vejigatorio, y se resintió de los riñones. Entonces se convenció de que tenía cálculos renales.

Pécuchet sintió dolor de espalda por haber podado el cenador, y vomitó después de comer, cosa que le espantó muchísimo; luego, observando que su tez estaba un poco amarillenta, sospechó que tenía una hepatitis, y empezó a preguntarse: «¿Siento dolor?», y acabó por sentirlo.

Contagiándose mutuamente la tristeza, se escrutaban la lengua, se tomaban el pulso, cambiaban de agua mineral, se purgaban y le temían al frío, al calor, al viento, a la lluvia, a las moscas y, principalmente, a las corrientes de aire.

Pécuchet se convenció de que tomar rapé era una práctica funesta. Por otra parte, puede ocurrir que un estornudo provoque a veces un aneurisma, y abandonó su tabaquera. Por costumbre, metía los dedos dentro de ella; luego, de repente, recordaba que era una imprudencia.

Dado que el café negro nos pone nerviosos, Bouvard quiso renunciar a su tacita; pero se dormía después de las comidas, y al despertar se asustaba porque un sueño prolongado puede causar una apoplejía.

Su ideal era Cornaro^[31], ese caballero veneciano que gracias a la dieta llegó a muy viejo. Sin imitarle en todo, pueden tenerse las mismas precauciones, y Pécuchet sacó de la biblioteca el manual de higiene del doctor Morin^[32].

¿Cómo se las había arreglado para sobrevivir hasta ese momento? Los platos que más les gustaban, el manual de Morin los prohibía. Germaine, perpleja, no sabía ya qué llevarles a la mesa.

Todas las carnes presentan inconvenientes. La morcilla y los embutidos, el arenque, el bogavante y la caza son «refractarios». Cuanto mayor es un pez, más gelatina contiene y, por consiguiente, resulta pesado. Las legumbres provocan acidez, los macarrones dan somnolencia, los quesos «considerados en general son difícilmente digeribles». Un vaso de agua por la mañana es «peligroso», toda bebida o comestible iba acompañado de admoniciones de este tipo, o de palabras como: «¡Perjudicial! ¡Hay que evitar los excesos! ¡No es adecuado para todos!». ¿Por qué perjudicial? ¿Dónde estaba el exceso? ¿Cómo saber si tal cosa puede sentarle bien a uno?

¡Qué problema el desayuno! Dejaron de tomar café con leche, debido a su pésima reputación, y a continuación chocolate, porque «es un montón de sustancias indigestas». Quedaba, pues, el té. Pero «es absolutamente desaconsejable para las personas nerviosas». Sin embargo, en el siglo XVII, Decker prescribía veinte decilitros al día, a fin de limpiar el páncreas de los malos humores.

Esta información les hizo perder su estima por Morin, tanto más cuanto que este condena todo cubrecabeza, sombrero, gorro y gorra: pretensión que indignó a Pécuchet. Entonces compraron el tratado de Becquerel^[33], en el que leyeron que el cerdo es de por sí «un buen alimento», el tabaco absolutamente inocuo, y el café «indispensable para los militares».

Hasta entonces habían creído que los lugares húmedos eran insalubres. ¡En absoluto! Casper^[34] afirma que son menos letales que los otros. No hay que meterse en el mar sin antes haberse mojado la piel. Bégin^[35] sostiene que se puede zambullir uno incluso estando totalmente sudado. Se dice que el vino después de la sopa sienta bien al estómago. Lévy^[36] le achacaba el estropear los dientes. Y, por último, el chaleco de franela, esa salvaguarda, el dueño y señor de nuestra salud, ese bastión predilecto de Bouvard e intrínseco a Pécuchet, sin ambigüedades ni temores por parte de la opinión pública, hay autores que lo desaconsejan a los hombres pletóricos y sanguíneos.

¿Qué decir, entonces, de la higiene?

«Lo que es verdad aquende los Pirineos, es mentira allende de ellos», afirma Lévy, y Becquerel añade que no se trata de una ciencia.

Entonces pidieron ostras, un pato, cerdo con coles, natillas, un queso Pont-l'Évêque y una botella de borgoña para cenar. Fue una liberación, casi un desquite; ¡y se mofaban de Cornaro! ¡Muy estúpido se tenía que ser para tiranizarse como él! ¡Qué bajeza pensar permanentemente en prolongar la propia existencia! La vida solo es hermosa si uno la disfruta.

—¿Un poco más?

—Pues sí.

—¡Yo también!

—¡A tu salud!

—¡A la tuya!

—¡Y todo lo demás que se vaya al diablo!

Se exaltaban.

Bouvard anunció que quería tres tazas de café, aunque no fuera militar. Pécuchet, con la gorra sobre las orejas, tomaba rapé una vez tras otra, estornudando sin temor, y, sintiendo que no habría estado nada mal un poco de champán, le pidieron a Germaine que se llegara enseguida a la posada para comprar una botella. El pueblo estaba demasiado lejos. Ella se negó. Pécuchet se indignó por ello.

—¡Se lo ordeno!, ¿entendido?, le mando que vaya a todo correr.

La mujer obedeció, pero no sin rezongar, decidida a dejar lo antes posible a sus amos por lo incomprensibles y estrambóticos que eran.

Luego, como en los buenos tiempos, se fueron a tomar la copita de después del café al cerrillo.

La cosecha acababa de terminar, y unos almiarés, en medio de los campos, alzaban sus negras moles contra el color azulado y suave de la noche. Las alquerías estaban silenciosas. No se oía siquiera a los grillos. Toda la campiña estaba sumida en el sueño. Los dos digerían aspirando la brisa que refrescaba sus mejillas.

Allá en lo alto, el cielo estaba tachonado de estrellas, algunas brillaban en grupos, otras en fila o aisladas. Una zona de polvillo luminoso, que iba de norte a sur, se bifurcaba por encima de sus cabezas. Había en aquella claridad unos grandes espacios

vacíos, y el firmamento se hubiera dicho un mar azulado, con archipiélagos e islotes.

—¡Cuántas hay! —exclamó Bouvard.

—¡Y eso que no las vemos todas! —le hizo de eco Pécuchet—. Detrás de la Vía Láctea hay nebulosas, detrás de las nebulosas, más estrellas: ¡de la más próxima nos separan trescientos billones de miriámetros! —Había mirado con frecuencia en el telescopio de la place Vendôme y recordaba las cifras—. El Sol es un millón de veces más grande que la Tierra. Sirio tiene doce veces el tamaño del Sol, ¡y hay cometas de una largura de ciento treinta y cinco millones de kilómetros!

—Es para volverse loco —dijo Bouvard.

Deploró su propia ignorancia, y hasta lamentó no haber frecuentado de joven la Escuela Politécnica.

Entonces Pécuchet, haciéndole volverse hacia la Osa Mayor, le mostró la Estrella Polar, luego Casiopea, cuya constelación forma una Y, Vega en Lira, toda refulgente, y, baja en el horizonte, la roja Aldebarán.

A Bouvard, con la cabeza echada hacia atrás, le costaba seguir los triángulos, los cuadriláteros y los pentágonos que hay que imaginar para orientarse en el cielo.

Pécuchet continuó:

—La velocidad de la luz es de trescientos mil kilómetros por segundo. Un rayo de la Vía Láctea emplea seis siglos en llegar hasta nosotros. De modo que una estrella, cuando nosotros la observamos, puede haber desaparecido ya. Algunas son intermitentes, otras no asoman nunca más; y cambian de posición; todo se mueve, todo pasa.

—¡Pero el Sol está inmóvil!

—Eso se creía en otros tiempos. ¡Pero ahora los científicos declaran que se precipita hacia la constelación de Hércules!

Esto confundía las ideas de Bouvard y, tras un minuto de reflexión, añadió:

—La ciencia se basa en los datos que nos proporciona la observación desde un ángulo restringido. Tal vez no es aplicable a todo lo demás que ignoramos, que es mucho más vasto e imposible de descubrir.

Así hablaban, de pie sobre el cerrillo, al resplandor de los astros, y sus palabras se veían interrumpidas por largos silencios.

Finalmente se preguntaron si había vida humana en las estrellas. ¿Por qué no? Y, puesto que todo es armonía en lo creado, los habitantes de Sirio debían de ser desmesurados, los de Marte de estatura media, y los venusianos pequeños. A menos que fuesen iguales en todas partes. ¡También allí arriba hay comerciantes y gendarmes; se trafica, se combate, se destrona a los reyes!...

De pronto surcaron el cielo unas estrellas fugaces trazando en él como la parábola de un cohete monstruoso.

—Mira —dijo Bouvard—, ahí tienes mundos enteros que desaparecen.

Pécuchet prosiguió:

—Si el nuestro se fuera a su vez al traste, los habitantes de los otros astros no se

preocuparían por ello más de lo que lo hacemos ahora nosotros. Si uno piensa en estas cosas, depone todo su orgullo.

—¿Qué fin tiene todo esto?

—Tal vez no tiene ningún fin.

—¡Y sin embargo!... —Y Pécuchet repitió dos o tres veces «y sin embargo» sin encontrar nada que añadir—. ¡No importa, me encantaría saber cómo se formó el Universo!

—Esto debe de estar en Buffon —repuso Bouvard con los ojos que ya se le cerraban—. ¡No puedo más! ¡Me voy a la cama!

Por la lectura de *Las edades de la Naturaleza* se enteraron de que un cometa, al colisionar con el Sol, había hecho desprenderse una porción de este, la cual se convirtió en la Tierra. Primero se habían enfriado los polos. Todas las aguas habían envuelto el globo. Se habían retirado a las cavidades, luego se dividieron los continentes y aparecieron los animales y el hombre.

Lo majestuoso de la Creación, infinita como era, les causó un deslumbramiento no menos infinito. Los horizontes de su pensamiento se ensanchaban. Estaban orgullosos de reflexionar sobre temas de tanta grandeza.

Los minerales no tardaron en cansarles, y, como distracción, recurrieron a las *Armonías* de Bernardin de Saint-Pierre.

Armonías vegetales y terrestres, aéreas, acuáticas, humanas, fraternales e incluso conyugales, se empaparon de todo, sin omitir las invocaciones a Venus, a los Céfiros y a los Amores. Se asombraban de que los peces tuvieran aletas, alas las aves, las semillas una envoltura, imbuidos de esa filosofía que descubre en la Naturaleza unas intenciones virtuosas y la considera como una especie de san Vicente de Paúl eternamente ocupado en hacer obras pías.

Seguidamente admiraron sus prodigios, los ciclones, los volcanes, las selvas vírgenes, y compraron la obra de Depping^[37] sobre las *Maravillas y bellezas de la Naturaleza en Francia*. Cantal posee tres de ellas, Hérault cinco, Borgoña dos, no más, mientras que el Delfinado cuenta él solo con hasta quince de estas maravillas. Pero no tardaron en encontrar otras nuevas. Las cuevas con estalactitas acaban quedando obstruidas, los volcanes ardientes se apagan, los glaciares naturales se recalientan, y los viejos árboles en los que se decía la misa caen bajo el hacha de los niveladores o se están muriendo.

Luego su curiosidad se dirigió hacia las bestias.

Volvieron a abrir su Buffon y se extasiaron ante los gustos extravagantes de determinados animales.

Pero como una observación personal vale más que mil libros, entraban en los patios y preguntaban a los labradores si habían visto unirse a toros con yeguas, a cerdos buscar vacas, y a perdices macho solazarse entre sí.

—Jamás de los jamases.

Consideraban incluso que estas eran preguntas un tanto chuscas para unos señores

de su edad.

Quisieron intentar apareamientos anormales.

El menos difícil es el del macho cabrío con la oveja. Su arrendatario no tenía macho cabrío, una vecina les prestó el suyo, y al llegar la época de celo encerraron a ambos animales en el lagar, escondiéndose ellos detrás de unos toneles para que el acontecimiento pudiera producirse en paz.

Cada uno de los animales se comió su montoncito de heno. Luego rumiaron, la oveja se echó, y balaba sin cesar, mientras que el macho cabrío, derecho sobre sus patas torcidas, con su gran barba y sus orejas colgantes, clavaba en ellos sus pupilas, que relucían en la sombra.

Finalmente, la noche del tercer día, juzgaron conveniente echarle una mano a la Madre Naturaleza; pero el macho cabrío, volviéndose contra Pécuchet, le asestó un testarazo en el bajo vientre. La oveja, presa del miedo, se puso a dar vueltas por el lagar, como en un picadero. Bouvard corrió detrás de ella, se le abalanzó encima para retenerla y rodó por los suelos con unos puñados de lana en ambas manos.

Repitieron sus tentativas con unas gallinas y un pato, con un dogo y una cerda, con la esperanza de que dieran a luz unos monstruos y sin comprender nada respecto a la especie.

Esta palabra designa a un grupo de individuos cuyos descendientes se reproducen; pero unos animales clasificados como de especies diferentes pueden reproducirse, y otros, incluidos en la misma especie, han perdido dicha facultad.

Presumieron de hacerse ideas precisas sobre la materia estudiando el desarrollo de los gérmenes; y Pécuchet le escribió a Dumouchel para que le consiguiera un microscopio.

Pusieron sucesivamente sobre la platina pelos, briznas de tabaco, uñas, una pata de mosca; pero habían olvidado la gota de agua indispensable; otras veces era la laminilla, y empujándose, hacían tambalearse el instrumento; luego, al no conseguir ver más que borrosamente, le echaban la culpa al óptico. Llegaron a dudar del microscopio. Los descubrimientos que se le atribuyen acaso no son tan positivos.

Dumouchel, al mandarles la factura, les rogó que recogieran para él unos amonites y unos erizos de mar, curiosidades que siempre le habían interesado y que abundaban en su región. A fin de estimularles al estudio de la geología, les envió las *Cartas*, de Bertrand, con el *Discurso sobre las revoluciones del globo*, de Cuvier^[38].

Tras estas dos lecturas, se figuraron las cosas siguientes:

En primer lugar, una inmensa capa de agua, de la que emergían unos promontorios salpicados de líquenes, y ni un ser vivo, ni un grito. Era un mundo silencioso, inmóvil y desnudo; luego unas largas plantas se mecían en una niebla semejante al vaho de un baño de vapor. Un sol completamente rojo recalentaba la húmeda atmósfera. Entonces estallaban unos volcanes, las montañas vomitaban rocas ígneas, y la lava líquida de los pórfidos y de los basaltos que fluía, se solidificaba. Tercer cuadro: en unos mares pocos profundos, habían surgido unas islas de

madréporas; a trechos, las domina un palmeral. Hay conchas parecidas a ruedas de carro, tortugas de tres metros, lagartos de veinte metros; hay anfibios que alargan entre las cañas su cuello de avestruz con una mandíbula de cocodrilo; unas serpientes aladas alzan el vuelo. Por último, aparecen, sobre los inmensos continentes, unos grandes mamíferos de miembros deformes cual trozos de madera mal escuadrados, la piel de un grosor mayor que unas placas de bronce, o bien peludos, hocicones, con crines y colmillos retorcidos. Rebaños de mamuts pacían en las llanuras donde habría estado el Atlántico; el paleoterio, mitad caballo, mitad tapir, hociqueaba en los hormigueros de Montmartre, y el *Cervus giganteus* temblaba bajo los castaños al bramido del oso de las cavernas, que hacía gañir en su guarida al perro de Beaugency^[39], tres veces más alto que un lobo.

Todas estas eras habían sido separadas entre sí por unos cataclismos, el último de los cuales es nuestro Diluvio. Era como una *féerie* en varios actos, que tiene al hombre por apoteosis.

Se quedaron patidifusos al enterarse de que existían en unas piedras huellas de libélulas, patas de pájaros; y, tras haber hojeado uno de los manuales Roret, se pusieron a buscar fósiles.

Una tarde, mientras estaban manoseando unos sílex en medio de la carretera general, pasó el párroco, quien les abordó con voz zalamera:

—¿Así que los señores se dedican a la geología? ¡Muy bien!

Pues apreciaba esta ciencia. Confirma la autoridad de las Escrituras al probar la veracidad del Diluvio.

Bouvard habló de los coprolitos, que son excrementos de animales petrificados.

El padre Jeufroy pareció sorprendido por el hecho; pero, al fin y al cabo, si ello se producía, era una razón más para admirar a la Providencia.

Pécuchet confesó que por el momento sus investigaciones no habían resultado fructíferas; pero que los alrededores de Falaise, como todos los terrenos jurásicos, debían de abundar en restos animales.

—He oído decir —replicó el padre Jeufroy—, que encontraron tiempo atrás en Villers una mandíbula de elefante.

Por lo demás, uno de sus amigos, el señor Larsonneur, letrado, miembro del Colegio de Abogados de Lisieux y arqueólogo, quizá pudiera proporcionarles información. Había escrito una historia de Port-en-Bessin, en la que se hacía referencia al descubrimiento de un cocodrilo.

Bouvard y Pécuchet intercambiaron una mirada de inteligencia; pues también ellos habían tenido la misma esperanza; y, a pesar del calor, permanecieron de pie durante un largo rato preguntando al eclesiástico, que se protegía con un paraguas de algodón azul. Lucía una papada un poco pesada, y tenía la nariz puntiaguda, sonreía sin cesar, o inclinaba la cabeza cerrando los párpados.

La campana de la iglesia llamó al Ángelus.

—¡Les deseo muy buenos días, señores! Con su permiso.

Recomendados por él, esperaron durante tres semanas la respuesta de Larssonneur. Por fin, esta llegó.

El hombre de Villers que había desterrado el diente de mastodonte se llamaba Louis Bloche; ningún otro detalle. En cuanto a su historia, ocupaba uno de los volúmenes de la Académie Lexovienne, pero él no prestaba su ejemplar, por temor a desperejar su colección. En cuanto al cocodrilo, había sido descubierto en el mes de noviembre de 1825, al pie del acantilado de las Hachettes, en Sainte-Honorine, cerca de Port-en-Bessin, distrito de Bayeux. Seguían las frases de cumplido de rigor.

El misterio que rodeaba al mastodonte exacerbó el deseo de Pécuchet. Habría querido dirigirse de inmediato a Villers.

Bouvard objetó que, para ahorrarse un desplazamiento quizá inútil, y a buen seguro dispendioso, era mejor informarse, por lo que le escribieron al alcalde del lugar una carta en la que preguntaban qué había sido de un tal Louis Bloche. En el caso de que hubiera fallecido, ¿podían sus descendientes o colaterales proporcionarles alguna información sobre su inapreciable descubrimiento? ¿Cuándo lo había hecho, y en qué lugar del término municipal se encontraba ese testimonio de épocas primitivas? ¿Cuál era, por día, el precio de un hombre y de una carreta?

Pero por más que se dirigieron al teniente de alcalde y luego al primer edil municipal, no recibieron de Villers noticia alguna. ¿Se debía a que los vecinos estaban celosos de sus fósiles? A menos que se los vendieran a los ingleses. Decidieron hacer el viaje a Les Hachettes.

Bouvard y Pécuchet tomaron la diligencia de Falaise para Caen. A continuación, un carricoche los llevó de Caen a Bayeux; y de Bayeux fueron a pie hasta Port-en-Bessin.

No les habían engañado. La costa de Les Hachettes presentaba extraños guijarros, y, siguiendo las indicaciones del posadero, llegaron a la playa.

Al haber bajamar, se veían todos los cantos rodados, con una extensión de algas hasta las primeras olas.

Unas hondonadas herbosas interrumpían el acantilado, hecho de tierra blanda y parda y que, al endurecerse, se convertía en las capas inferiores en una muralla de piedra gris. Caían sin cesar unos hilillos de agua, mientras el mar rugía a lo lejos. Parecía a veces suspender su batir; y no se oía más que el leve murmullo de los manantiales.

Andaban con paso titubeante sobre unas hierbas viscosas, o tenían que saltar hoyos. Bouvard se sentó cerca de la orilla, y contempló las olas, sin pensar en nada, fascinado, inerte. Pécuchet se lo volvió a llevar hacia la pendiente para enseñarle un amonites incrustado en la roca, como un diamante en su ganga. Se les rompieron las uñas, habría hecho falta unas herramientas, pero, por otra parte, caía la noche. El cielo era de un rojo encendido en la parte occidental y las sombras cubrían la playa entera. En medio de las algas casi negras, se extendían los charcos de agua. El mar subía hacia ellos; era hora de volver.

Desde el amanecer del día siguiente, con un pico y una piqueta, atacaron su fósil cuya envoltura saltó a pedazos. Era un *Ammonites nodosus*, erosionado en los extremos, pero que pesaría unos siete kilos; y Pécuchet, en su entusiasmo, exclamó:

—¡No podemos por menos que regalárselo a Dumouchet!

Luego encontraron unas esponjas de mar, terebrátulas, orcas, pero ¡ni rastro de cocodrilos! A falta de estos, confiaban en dar con alguna vértebra de hipopótamo o de ictiosaurio, cualquier osamenta coetánea del Diluvio, cuando distinguieron en el acantilado, a la altura de un hombre, unos contornos que dibujaban la forma de un pez gigantesco.

Discutieron sobre la manera de extraerlo.

Bouvard era partidario de desprenderlo empezando por arriba, mientras que Pécuchet por abajo, demoliendo la roca para hacerlo descender con suavidad, sin dañarlo.

Mientras recuperaban el aliento, vieron por encima de su cabeza, en la campiña, a un guarda del contrabando con capote que hacía aspavientos con aires de mando.

—¡Bueno, y qué! ¡Déjenos en paz!

Y continuaron con su tarea; Bouvard, de puntillas, golpeando con su piqueta; Pécuchet, doblado en dos, cavando con su pico.

Pero el guarda reapareció más abajo, en un valle, multiplicando las señales; ¡pero a ellos les importaba un rábano! Un cuerpo ovalado adquiría forma bajo la tierra removida, y pendía, a punto de deslizarse.

De pronto apareció otro individuo con un sable.

—Sus permisos.

Era el guarda rural que estaba haciendo la ronda, y justo en aquel momento se presentó también el otro, que había acudido por una barranca.

—¡Deténgalos, compadre Morin! ¡O el acantilado se vendrá abajo!

—¡Nuestro fin es científico! —replicó Pécuchet.

Entonces se desprendió una masa rocosa, que les pasó rozando tan cerca, a los cuatro, que estuvieron a punto de acabar muertos.

Una vez que se hubo disipado el polvo, reconocieron un mástil de barco que quedó echó trizas bajo la bota del guarda de contrabando.

Bouvard dijo entre suspiros:

—¡No hacíamos nada malo!

—¡No se puede hacer nada que sea competencia de la Escuela de Ingeniería Naval! —prosiguió el guarda—. Para empezar, identifíquense, para que pueda presentar cargos contra ustedes.

Pécuchet se rebeló, gritando contra semejante injusticia.

—¡No hay razón que valga! ¡Sígueme!

Cuando llegaron al puerto, una multitud de golfillos les escoltó. Bouvard, rojo como una amapola, afectaba aires de dignidad; Pécuchet, muy pálido, lanzaba miradas furiosas; y aquellos dos forasteros, que llevaban unos guijarros en sus

pañuelos, no ponían muy buena cara. Los acomodaron, provisionalmente, en una posada, cuyo hospedero, firme en el umbral, impedía el paso. Luego el albañil quiso que le fueran devueltos sus útiles de trabajo; se los pagaron; ¡nuevos gastos! ¡Y el guarda rural que no volvía! ¿Cómo era posible? Por fin, un individuo con la cruz de la Legión de Honor los dejó en libertad, y se fueron, tras haber dado sus nombres, apellidos y dirección, y haberse comprometido a ser más circunspectos en el futuro.

Aparte del permiso, carecían de otras muchas cosas, y, antes de emprender nuevas exploraciones, consultaron la *Guía del viajero geólogo*, de Boné.

En primer lugar, había que contar con una buena mochila de soldado, luego con un buen equipo de agrimensor, una lima, unas pinzas, una brújula, y tres martillos metidos en un cinto que se disimula debajo de la levita y «preserva así de tener una apariencia extravagante que conviene evitar cuando se viaja». Como bastón, Pécuchet adoptó sin dudarlo el de turista, de casi dos metros de alto, y con una larga contera de hierro. Bouvard prefería un paraguas bastón o un paraguas de varillas, con el mango retráctil, para abrochar la seda, embutida dentro de una funda independiente. No olvidaron unos recios zapatos con polainas, «dos pares de tirantes para cada uno, a causa de la transpiración», y, aunque uno no puede «presentarse por todas partes con gorra», se batieron en retirada ante el gasto que suponía «uno de esos sombreros que se pliegan, y que reciben el nombre de su inventor, el sombrerero Gibus». La misma obra prescribe también la actitud que conviene adoptar: «saber la lengua del país que se visita», y ellos la sabían. «Exhibir una manera de vestir modesta», era su costumbre. «No llevar dinero encima», nada más simple. Por último, para evitar todo tipo de situaciones embarazosas, es oportuno adoptar «el título de ingeniero».

—¡Pues bien, lo adoptaremos!

Así preparados comenzaron sus excursiones; estaban fuera en ocasiones hasta ocho días; se pasaban la vida al aire libre.

A veces, en las orillas del Orne, descubrían en una hendidura unos plegamientos rocosos que asomaban sus láminas oblicuas por entre unos álamos y brezos, o bien se entristecían de no encontrar a lo largo del camino más que unas capas de arcilla. Frente a un paisaje, no admiraban ni el sucederse de planos, ni la profundidad de las lejanías, ni tampoco las ondulaciones de la vegetación, sino lo que no era visible, lo que estaba debajo, la tierra, y todas las colinas eran para ellos «una prueba más del Diluvio».

A la manía del Diluvio le siguió la de las masas erráticas. Las gruesas piedras aisladas en los campos debían de provenir de glaciares desaparecidos, y así buscaban morrenas y margas calizas.

Varias veces les tomaron por unos buhoneros, a causa de su ridícula vestimenta, y cuando respondían que eran «ingenieros», les entraba un temor: la usurpación de un título semejante podía acarrearles problemas.

Al final del día, jadeaban bajo el peso de sus muestras, pero, intrépidos como eran, se las llevaban a casa. Las había a lo largo de los peldaños de la escalera, en las

habitaciones, en el salón, en la cocina, y Germaine se quejaba debido al mucho polvo.

No era tarea de poca monta saber, antes de pegar las etiquetas, los nombres de las rocas; la variedad de los colores y de grano les hacía confundir la arcilla con la marga, el granito con el gneis, el cuarzo con la caliza.

Además, la nomenclatura les irritaba. ¿Por qué devoniano, cámbrico y jurásico, como si las tierras designadas por dichas palabras no estuvieran, por otra parte, más que en Devonshire, cerca de Cambridge, y en el Jura? Imposible orientarse; lo que es un sistema para uno, es para el otro un estadio, para un tercero un simple conjunto de depósitos. Las hojas de las capas se entremezclan, se confunden; pero Omalius d'Halloy^[40] previene de que no hay que creer en las divisiones geológicas.

Esta declaración supuso para ellos un alivio, y cuando hubieron visto unas calizas con poliperos en la llanura de Caen, unos filados en Balleroy, caolines en Saint-Blaise, oolitos por doquier, y hubieron buscado hulla en Cartigny y mercurio en la Chapelle-en-Juger, cerca de Saint-Lô, decidieron hacer una excursión más lejos, un viaje a Le Havre, para estudiar el cuarzo piromaco y la arcilla de Kimmeridge.

Tan pronto como hubieron bajado del paquebote, preguntaron por el camino que llevaba a los faros; unos derrumbamientos lo obstruían, era peligroso aventurarse por allí.

Un alquilador de coches les abordó y les ofreció dar unos paseos por los alrededores: Ingouville, Octeville, Fécamp, Lillebonne, «Roma si hacía falta».

Aunque sus precios eran exorbitantes, el nombre de Fécamp les había impactado; con un pequeño desvío podían visitar Étretat, y tomaron la góndola de Fécamp para dirigirse, en primer lugar, lo más lejos posible.

En la góndola, Bouvard y Pécuchet entablaron conversación con tres campesinos, dos buenas mujeres, un seminarista, y no dudaron en autotitularse como ingenieros.

Se detuvieron delante de la dársena. Ganaron el acantilado, y cinco minutos después tuvieron que pasar casi rozándola para evitar un gran charco de agua que se extendía como un golfo en medio de la playa. Luego vieron una arcada que se abría sobre una profunda gruta; era resonante, luminosa, parecida a una iglesia, con columnas de arriba abajo y una alfombra de algas marinas a todo lo largo de las losas del suelo.

Esta obra de la Naturaleza les llenó de asombro; y se entregaron a elevadas consideraciones sobre los orígenes del mundo.

Bouvard propendía hacia el neptunismo. Pécuchet, por el contrario, era plutoniano. El fuego central había roto la corteza del globo, levantado los terrenos, abierto grietas. Era como un mar interior que tenía su flujo y reflujo, sus tempestades. Una fina película nos separa de él. No dormiríamos si pensáramos en todo cuanto tenemos bajo nuestros pies. Sin embargo, el fuego central disminuye y el Sol se debilita, de tal modo que un día la Tierra perecerá debido al enfriamiento. Se tornará estéril; toda la madera y toda la hulla se habrán convertido en ácido carbónico, y ningún ser podrá subsistir.

—Aún no hemos llegado a ese momento —dijo Bouvard.

—Eso espero —prosiguió Pécuchet.

En cualquier caso, ese final del mundo, por más lejano que estuviese, les ensombreció, y caminaron, lado a lado, silenciosamente por sobre los cantos rodados.

El acantilado, perpendicular, totalmente blanco y estriado de negro, aquí y allá, por las vetas de sílex, corría hasta el horizonte, como la curva de un bastión que se extiende a lo largo de veinte kilómetros. Soplaban un viento del este, punzante y frío. El cielo estaba gris, el mar verdusco y como henchido. Unas aves alzaban el vuelo desde la cima de las rocas, revoloteaban, volvían rápido a sus agujeros. A veces una piedra, al desprenderse, rebotaba de peña en peña hasta donde ellos estaban.

Pécuchet proseguía en voz alta sus pensamientos:

—¡A menos que la Tierra sea aniquilada por un cataclismo! No sabemos lo que durará nuestro período. Basta con que el fuego central se desborde.

—Pero ¿no disminuye?

—Lo cual no impide que sus explosiones hayan producido la isla Julia, el Monte Nuovo^[41] y tantos otros más.

Bouvard se acordaba de haber leído estos detalles en Bertrand.

—Pero en Europa no ocurren cataclismos de este tipo.

—¿Cómo que no? La prueba está en el caso de Lisboa. En cuanto a nuestros países, las minas de hulla y de pirita marcial son numerosas y pueden perfectamente, al descomponerse, formar bocas volcánicas. Los volcanes surgen, por otra parte, siempre cerca del mar.

Bouvard paseó la mirada por las olas, y creyó distinguir a lo lejos una humareda que ascendía hacia el cielo.

—Dado que la isla Julia —prosiguió Pécuchet— ha desaparecido, ¿quién sabe qué otras tierras, formadas del mismo modo, podrían tener el mismo destino? Un islote del Archipiélago es tan importante como Normandía o la misma Europa.

Bouvard se figuró Europa tragada por un abismo.

—Supongamos —dijo Pécuchet— que se produce un temblor de tierra debajo del canal de la Mancha; las aguas se precipitan al Atlántico; las costas de Francia y de Inglaterra, vacilando en su base, se inclinan, se juntan y, ¡zas!, aplastan todo cuanto encuentran por medio.

En lugar de responder, Bouvard echó a andar tan deprisa que no tardó en encontrarse a cien pasos de Pécuchet. Al estar solo, la idea de un cataclismo le perturbó. No había comido nada desde la mañana: le latían las sienas. De pronto le pareció que el suelo se estremecía y el acantilado, encima de su cabeza, se vencía sobre él. Una lluvia de guijas cayó en ese momento de lo alto.

Pécuchet le vio salir a la desesperada, comprendió su espanto, le gritó de lejos:

—¡Detente!, ¡detente! ¡El período no ha terminado aún!

Y, para alcanzarle, caminaba a grandes trancos, con su bastón de turista, mientras vociferaba:

—¡El período no ha terminado! ¡No ha terminado!

Bouvard, enloquecido, seguía corriendo. El paraguas de varillas se le cayó, los faldones de su levita ondeaban, la mochila le bailaba en la espalda. Era como una tortuga con alas que galopara por entre las rocas; una más grande que las demás le ocultó de la vista.

Pécuchet llegó hasta allí sin aliento, no vio a nadie, luego volvió sobre sus pasos para ganar los campos por una «cañada» que Bouvard había tomado, sin duda.

Era un angosto repecho, reluciente como alabastro pulimentado, del ancho de dos hombres, hecho de amplios escalones cortados en el acantilado. A quince metros de altura, Pécuchet quiso descender. El mar batía de lleno. Reanudó la subida.

En el segundo recodo, cuando vio el vacío, se quedó helado del espanto. A medida que se acercaba al tercero, le flaqueaban las piernas. Las capas de aire vibraban en torno a él, un calambre le pinzaba el epigastrio; se sentó en el suelo, con los ojos cerrados, sin tener más conciencia que de los latidos de su corazón que le ahogaban; luego tiró su bastón de turista y reanudó la ascensión con las rodillas y las manos. Pero los tres martillos que le colgaban del cinto se le clavaban en el vientre; los guijarros de que estaban llenos sus bolsillos le golpeaban en los costados; la visera de su gorra le cegaba; el viento redoblaba su fuerza; finalmente, alcanzó la meseta y encontró allí a Bouvard, que había subido más lejos, por una cañada menos difícil.

Una carreta los recogió. Se olvidaron de Étretat.

Al día siguiente por la noche, en Le Havre, mientras esperaban el paquebote, vieron en apéndice a un periódico un suelto titulado *De la enseñanza de la geología*.

Este artículo, repleto de hechos, exponía la cuestión tal como se la conocía en la época.

Aunque nunca se había producido un cataclismo completo del globo, la misma especie no siempre tiene la misma duración, y puede extinguirse más deprisa en un lugar determinado que en otro. Terrenos de la misma edad contienen fósiles diferentes, así como depósitos muy distantes en el tiempo guardan algunas semejanzas. Los helechos de otro tiempo son idénticos a los helechos del presente. Muchos zoófitos contemporáneos se encuentran en las capas más antiguas. En resumen, las modificaciones actuales explican los trastornos anteriores. Siempre actúan las mismas causas, la Naturaleza no da sino saltos, y los períodos, afirma Brongniart^[42], no son después de todo más que abstracciones.

Hasta ese momento Cuvier les había parecido siempre rodeado de una aureola, en el culmen de una ciencia indiscutible. Ahora su confianza se había visto socavada. La Creación ya no tenía la misma disciplina, y su respeto por aquel gran hombre disminuyó.

Gracias a biografías y extractos, aprendieron algo de las doctrinas de Lamarck y de Geoffroy Saint-Hilaire^[43].

Todas esas cosas iban en contra de las ideas corrientes, la autoridad de la Iglesia.

Bouvard sintió como el alivio de un yugo que se hubiera sacudido.

—¡Me gustaría ver ahora qué me responde sobre el Diluvio el ciudadano Jeufroy!
Le encontraron en su jardincillo, donde esperaba a los fabriqueros, que tenían que reunirse al cabo de un rato para la compra de una casulla.

—¿Qué desean los señores?...

—Una aclaración, por favor.

Y Bouvard comenzó.

¿Qué significaban, en el Génesis, «rompieron todas las fuentes del abismo» y «se abrieron las cataratas del cielo»? ¡Pues un abismo no puede romperse y el cielo no tiene cataratas!

El reverendo, tras cerrar los párpados, respondió que había que distinguir siempre entre el espíritu y la letra. Que cosas que en un principio nos chocan se vuelven legítimas cuando profundizamos en ellas.

—¡Muy bien! Pero ¿cómo explicar una lluvia que superaba a las más altas montañas, que miden ocho mil metros? ¡Imagínese, ocho mil metros! ¡Una profundidad de agua de ocho mil metros!

Y el alcalde, que llegaba en ese momento, añadió:

—¡Menuda, qué remojón!

—Convendrá usted —dijo Bouvard— en que Moisés exagera terriblemente.

El párroco, que había leído a Bonald, replicó:

—¡Ignoro los motivos que tendría; pero, sin duda, era para infundir un terror saludable a los pueblos que tenía bajo su mando!

—Y, además, ¿de dónde provenía esa masa de agua?

—¡Qué sé yo! El aire debió de transformarse en lluvia, como ocurre todos los días.

Vieron entrar por la puerta del jardín al señor Girbal, recaudador de impuestos, con el capitán Heurtaux, propietario; y el posadero Beljambe daba el brazo al tendero Langlois, que caminaba con dificultad debido a su catarro.

Pécuchet, sin preocuparse de ellos, tomó la palabra:

—Perdone usted, padre Jeufroy. El peso de la atmósfera, como nos demuestra la ciencia, es igual al de una masa de agua que envolviera el globo con una capa de diez metros. En consecuencia, si todo el aire se condensase y cayese en estado líquido, aumentaría muy poco la masa de las aguas existentes.

Y los fabriqueros ponían unos ojos como platos; escuchaban.

El párroco perdió la paciencia.

—¿No negará que encontraron unas conchas en lo alto de las montañas? ¿Quién las puso allí, sino el Diluvio? ¡No suelen, digo yo, brotar por sí solas de dentro de la tierra, como si fueran zanahorias! —Y habiendo hecho reír a los circunstantes con esta frase, añadió frunciendo los labios—: A menos que no sea otro de los descubrimientos de la ciencia.

Bouvard quiso replicar con el alzamiento de las montañas, la teoría de Élie de

Beaumont^[44].

—Nunca lo he oído nombrar —repuso el reverendo.

Foureau se apresuró a decir:

—¡Es de Caen! ¡Yo le vi en una ocasión en la prefectura!

—Pero si su Diluvio —prosiguió Bouvard— hubiese traído unas conchas hasta allí, las encontraríamos rotas en la superficie, y no a una profundidad a veces de trescientos metros.

El cura se atrincheró en la veracidad de las Sagradas Escrituras, la tradición del género humano, y los animales descubiertos en el hielo, en Siberia.

¡Lo cual no prueba que el hombre viviera en la misma época que ellos! La Tierra, según Pécuchet, era considerablemente más antigua.

—El delta del Mississippi se remonta a decenas de miles de años. La época actual tiene por lo menos cien mil. Las listas de Manéthon^[45]...

Apareció el conde de Faverges.

Todos guardaron silencio a su llegada.

—¡Continúen, por favor! ¿Qué decían ustedes?

—Estos señores me replicaban —contestó el reverendo.

—¿A propósito de qué?

—¡De las Sagradas Escrituras, señor conde!

Bouvard alegó al punto que, como geólogos, estaban en su derecho de poner en tela de juicio la religión.

—Ándese con cuidado —dijo el conde—, pues ya conoce usted el dicho, querido señor: un poco de ciencia nos aleja de Dios, mucha nos lleva a Él. —Y con un tono a la vez altanero y paternal añadió—: ¡Créame!, ¡volverá usted a Él! ¡Volverá!

—¡Quizá! Pero ¡qué pensar de un libro en el que se afirma que la luz fue creada antes que el sol, como si el sol no fuera la única fuente de luz!

—Olvida usted la que se conoce como boreal —dijo el eclesiástico.

Bouvard, sin responder a la objeción, negó rotundamente que pudiera existir la luz por un lado y las tinieblas por el otro, que hubiera una mañana y una noche cuando los astros no existían, y que los animales hubieran aparecido de repente, en lugar de formarse por cristalización.

Como los viales eran demasiado estrechos, caminaban por las platabandas, gesticulando. A Langlois le entró un ataque de tos. El capitán gritaba:

—¡Ustedes son unos revolucionarios!

Y Girbal:

—¡Haya paz! ¡Haya paz!

—¡Qué materialismo! —exclamaba el cura.

Y Foureau:

—¡Ocupémonos más bien de nuestra casulla!

—¡No! ¡Déjenme hablar!

Y, acalorándose, Bouvard llegó hasta el punto de decir ¡que el hombre descendía

del mono!

Todos los fabriqueros se miraron, con cara de gran pasmo, y como para asegurarse de que no eran unos simios.

Bouvard prosiguió:

—Si se compara el feto de una mujer, de una perra, de un ave, de una rana...

—¡Basta ya!

—¡Pero yo voy más lejos! —exclamó Pécuchet—; ¡el Hombre desciende de los peces!

Estallaron risas. Pero él, sin inmutarse, prosiguió:

—En el *Telliamed*, un libro árabe...

—¡Vamos, señores, al trabajo!

Y entraron en la sacristía.

Los dos amigos no habían conseguido sacar de sus trece al padre Jeufroy como habían creído, por lo que Pécuchet encontró en él «el sello del jesuitismo».

Pero, no obstante, aquella luz boreal les tenía inquietos, y fueron a consultar qué era en el manual de Orbigny^[46].

Se trata de una hipótesis para explicar por qué los vegetales fósiles de la bahía de Baffin se asemejan a las plantas ecuatoriales. Presupone, en lugar del sol, una gran fuente luminosa, ahora desaparecida, y de la que las auroras boreales no serían acaso más que los vestigios.

Luego les asaltó una duda sobre el origen del hombre, y, en su incertidumbre, pensaron en Vaucorbeil.

Sus amenazas no habían pasado de ahí. Como en otro tiempo, cruzaba todas las mañanas por delante de su cancela, raspando uno tras otro con su bastón todos los barrotes.

Bouvard acechó su llegada, y tras haberle parado, le dijo que quería someter a su consideración una cuestión antropológica singular.

—¿Cree usted que el género humano desciende de los peces?

—¡Qué sandez!

—De los monos más bien, ¿no?

—¡En línea directa, imposible!

¿De quién fiarse? ¡Pues, a fin de cuentas, el médico no era un católico!

Continuaron sus estudios, con desapasionamiento, cansados del eoceno y del mioceno, del Mont-Jurillo, de la isla Julia, de los mamuts de Siberia y de los fósiles que todos los autores comparaban invariablemente con «unas medallas que constituyen testimonios auténticos», tanto es así que un día Bouvard estampó su mochila contra el suelo, declarando que no pensaba seguir adelante.

¡La geología tiene demasiadas lagunas! Ya es mucho si conocemos algunos lugares de Europa. En cuanto al resto, incluido el fondo de los océanos, no sabremos nunca nada.

Y cuando finalmente Pécuchet mencionó al reino mineral, dijo:

—¡No creo en el reino mineral, visto que materias orgánicas han entrado en la formación del sílex, del yeso y quizá del oro! ¿Acaso no ha sido el diamante antes carbón? ¿Y el carbón fósil un amasijo de vegetales? Calentándolo a no sé cuántos grados, se obtiene serrín de madera, porque todo muda, todo se transforma. Lo creado está hecho de materia inestable y precaria; ¡mejor haríamos ocupándonos de otra cosa!

Se tumbó de espaldas y se puso a dormir, mientras Pécuchet, con la cabeza inclinada y una rodilla cogida con las manos, se entregaba a sus reflexiones.

Una margen musgosa bordeaba un camino encajonado que sombreaban unos fresnos, cuyas ligeras copas temblaban; la angélica, la menta y la lavanda exhalaban cálidos, especiados olores; la atmósfera estaba pesada; y Pécuchet, como en una especie de atontamiento, fantaseaba sobre las innumerables existencias dispersas en torno a él, sobre los insectos que zumbaban, los manantiales ocultos bajo el césped, la savia de las plantas, los pájaros en sus nidos, el viento, las nubes, la Naturaleza entera, sin tratar de descubrir sus misterios, pero seducido por su fuerza y perdido en su grandeza.

—¡Tengo sed! —dijo Bouvard despertándose.

—¡También yo! Con gusto me tomaría algo.

—No hay problema —replicó un hombre que pasaba en mangas de camisa con un tablón al hombro.

Reconocieron a aquel vagabundo al que Bouvard había ofrecido un vaso de vino tiempo atrás. Parecía rejuvenecido unos diez años, llevaba el pelo con caracoles en las sienes, los bigotes perfectamente engomados, y cimbreaba el cuerpo a la manera parisién.

Un centenar de pasos más allá, abrió la cancela de un patio, arrojó el tablón contra un muro y les hizo entrar en una alta cocina.

—¡Mélie! ¿Dónde estás, Mélie?

Apareció una muchacha que, a una orden suya, se fue «pitando a por bebida», y regresó enseguida a la mesa para servir a los señores.

Sus bandós de color trigueño despuntaban de una cofia de tela gris. Sus pobres ropas le caían a lo largo del cuerpo sin un pliegue; y con la nariz recta, los ojos azules, tenía algo de delicado, campestre y candoroso.

—Bonita, ¿eh? —dijo el ebanista, mientras ella traía los vasos—. ¡Se diría una señorita vestida de campesina! ¡Pero cómo trabaja! ¡Que sepas, tesoro, que cuando sea rico, me casaré contigo!

—Dice usted siempre tonterías, señor Gorgu —repuso ella con dulce voz, con un acento arrastrado.

Un mozo de cuabras vino a coger avena de un viejo arcón y dejó caer la tapa tan brutalmente que saltó una esquirla de madera.

Gorgu la emprendió contra la torpeza de todos «esos mozos de campo», luego, arrodillado delante del mueble, se puso a buscar el punto del que había saltado el

trozo. Pécuchet, queriendo ayudarle, distinguió bajo el polvo unos rostros de personajes.

Era un arcón estilo Renacimiento, con unos meandros en la parte inferior, pámpanos en las esquinas, y unas columnitas que dividían su parte frontal en cinco compartimientos. En el centro se veía a Venus Anadiomena de pie sobre una concha, luego a Hércules y a Ónfale, a Sansón y a Dalila, a Circe y sus puercos, a las hijas de Lot embriagando a su padre; todo ello deteriorado, carcomido por la polilla; incluso faltaba el panel de la derecha. Gorgu cogió una candela para permitir ver mejor a Pécuchet el de la izquierda, que presentaba, bajo el Árbol del Paraíso, a Adán y Eva en una postura muy indecente.

Bouvard admiró igualmente el arcón.

—Si les interesa, se lo doy por poco.

Dudaron, en vista de las reparaciones.

Podía encargarse de ellas Gorgu, pues era ebanista de oficio.

—¡Vamos! ¡Vengan!

Y llevó a Pécuchet hacia la casucha, donde la señora Castillon, la dueña, estaba tendiendo la ropa.

Mélie, cuando se hubo lavado las manos, retomó junto a la ventana su labor de encaje, se sentó a plena luz, y se puso a trabajar.

El dintel de la puerta la enmarcaba. Los bolillos se desenredaban bajo sus dedos con un entrechocar de castañuelas. Su perfil permanecía inclinado.

Bouvard le preguntó por sus padres, su tierra, lo que recibía de sueldo.

Era natural de Ouistreham, no tenía ya familia, ganaba una pistola al mes; en una palabra, le gustó tanto a Bouvard que quiso tomarla a su servicio para que ayudase a la vieja Germaine.

Pécuchet reapareció con la dueña y, mientras continuaban su mercadeo, Bouvard preguntó muy bajito a Gorgu si la joven criada aceptaría convertirse en sirvienta suya.

—¡Pues claro!

—Pero antes —dijo Bouvard— tengo que consultarlo con mi amigo.

—Está bien, yo haré lo mismo con ella; pero ¡ni una palabra! Es por el ama.

Cerraron el trato por treinta y cinco francos. Para la restauración, ya se pondrían de acuerdo.

Apenas estuvo en el patio, Bouvard le hizo saber sus intenciones respecto a Mélie.

Pécuchet se detuvo a fin de reflexionar mejor, abrió su tabaquera, tomó una pulgarada de rapé y, tras sonarse, dijo:

—¡Pensándolo bien, es una buena idea! ¡Dios mío, pues sí! ¿Por qué no? Por otra parte, el amo eres tú.

Diez minutos después, Gorgu apareció en el borde de una zanja e, interpellándoles, dijo:

—¿Cuándo les llevo el mueble?
—¡Mañana!
—Y en cuanto a lo otro, ¿se han decidido?
—¡Conformes! —respondió Pécuchet.

Seis meses después, se habían convertido en arqueólogos; y su casa parecía un museo.

Una vieja viga de madera se alzaba en el vestíbulo. Los especímenes de geología atestaban la escalera; y una cadena enorme se extendía por el suelo a todo lo largo del pasillo.

Habían quitado la puerta entre las dos habitaciones en las que no dormían y condenado la entrada exterior de la segunda para hacer de estas dos estancias un solo ambiente.

Tras cruzar el umbral, se tropezaba con un receptáculo de piedra (un sarcófago galorromano), luego llamaba la atención la quincallería.

Contra la pared de enfrente, un calentador dominaba dos morillos y una plancha de fondo que representaba a un monje acariciando a una pastorcilla. En las pequeñas repisas de todo alrededor se veían candelabros, cerraduras, pernos, tuercas. El suelo estaba cubierto de trozos de tejas rojas. En medio, sobre una mesa, se exhibían los cachivaches más raros: la urdimbre de un gorro típico de las mujeres de Caux, dos urnas de arcilla, medallas, un frasco de cristal opalino. Un sillón tapizado tenía un triángulo de guipur en el respaldo. Un pedazo de cota de malla adornaba la pared divisoria de la derecha; y, debajo de esta, unos ganchos horizontales sostenían una alabarda, una pieza única.

La segunda habitación, a la que se accedía bajando dos escalones, guardaba los viejos libros traídos de París y los que habían descubierto, a su llegada, en un armario al que le habían quitado los batientes y que ahora llamaban la biblioteca.

El árbol genealógico de la familia Croixmare^[47] ocupaba por sí solo todo el reverso de la puerta. En la pared de enfrente, el cuadro al pastel de una dama en traje Luis XV estaba dispuesto simétricamente al retrato de Bouvard padre. El marco del espejo lo adornaba un sombrero de fieltro negro y una enorme galocha, llena aún de hojas, que eran los restos de un nido.

Dos nueces de coco (propiedad de Pécuchet desde su juventud) flanqueaban, en la chimenea, un barrilete de cerámica montado a horcajadas por un campesino. Al lado, en un cestillo de paja, había una moneda de diez céntimos, evacuada por un pato.

Delante de la biblioteca, destacaba una cómoda con incrustaciones de concha y adornos de felpa. Sobre el tablero había un gato que sujetaba a un ratón por la cola, que era una petrificación de Saint-Allyre^[48], una caja de labor también con incrustaciones de concha y, sobre esta caja, una botella de aguardiente que contenía una pera *bon-chrétien*.

¡Pero lo más bello era, en el hueco de la ventana, una estatua de san Pedro! Su

mano derecha enguantada apretaba las llaves del Paraíso, de un color verde manzana. Su casulla, adornada de flores de lis, era azul celeste, y su tiara, muy amarilla, puntiaguda como una pagoda. Tenía las mejillas pintadas de rojo, unos grandes ojos redondos, la boca abierta, la nariz torcida y en forma de trompeta. Por encima colgaba un baldaquino hecho con un viejo tapiz en el que se distinguían dos amorcillos dentro de un círculo de rosas, y a sus pies, como una columna, se alzaba una mantequera, que ostentaba las siguientes palabras en letras blancas sobre fondo de color chocolate: «Ejecutado en presencia del S. A. R. el señor duque de Angulema, en Noron, el 3 de octubre de 1817».

Desde su cama, Pécuchet percibía todo aquello en fila, y a veces incluso iba hasta la habitación de Bouvard para prolongar la perspectiva.

Había un espacio vacío delante de la cota de malla, reservado para el arcón estilo Renacimiento.

No estaba acabado, pues Gorgu seguía trabajando en él, cepillando los paneles en el cuarto del horno, ajustándolos y desmontándolos.

A las once desayunaba, a continuación charlaba con Mélie, y a menudo no volvía a aparecer en toda la jornada.

Bouvard y Pécuchet se habían puesto en campaña para conseguir otras piezas del estilo del arcón. Lo que traían a casa no armonizaba. Pero habían encontrado un montón de cosas curiosas. Les había entrado el gusto por los cachivaches, luego la pasión por la Edad Media.

Lo primero que visitaron fueron las catedrales; y las altas naves que se reflejan en el agua de las pilas bautismales, las vidrieras deslumbrantes como cortinajes de piedras preciosas, las tumbas al fondo de las capillas, la incierta luz de las criptas, todo, en definitiva, hasta el frescor de los muros, les provocó un estremecimiento de placer, una emoción religiosa.

Pronto fueron capaces de reconocer las diferentes épocas y, despectivos con los sacristanes, decían:

—¡Ah! ¡Esto es un ábside romano! ¡Es del siglo doce! ¡Otra vez nos encontramos con el estilo flamígero!

Trataban de comprender los símbolos esculpidos en los capiteles, como los dos grifos de Marigny que picotean un árbol florido. Pécuchet vio una sátira en los cantores de mandíbula grotesca que rematan las cimbras de Feuguerolles, y, para Bouvard, la protuberancia del hombre obscuro que cubría uno de los cruceros de ventana de Hérouville demostraba que nuestros antepasados gustaban de la chocarrería.

Llegaron al punto de no poder tolerar el menor signo de decadencia. Todo era decadencia y deploraban el vandalismo, echaban pestes contra el encalado.

Pero el estilo de un monumento no siempre concuerda con la fecha que se le supone. El arco de medio punto dominaba aún, en el siglo XIII, en Provenza. La ojiva es quizá muy antigua y algunos autores discuten que el románico sea anterior al

gótico. Esta falta de certeza les contrariaba.

Después de las iglesias estudiaron los castillos, los de Domfront y de Falaise. Admiraban debajo de la puerta las ranuras del rastrillo, y, una vez llegados a lo alto, veían primero la campiña entera y a continuación los tejados de la ciudad, las calles que se entrecruzaban, los carros en la plaza, las mujeres en el lavadero. El muro descendía vertical hasta los zarzales de los fosos y ellos palidecían solo de pensar que unos hombres habían subido hasta allí, colgados de escalas. Se habrían arriesgado a explorar los subterráneos, pero a Bouvard se lo impedía la barriga y a Pécuchet su miedo a las víboras.

Quisieron conocer las viejas casas solariegas, Curcy, Bully, Fontenay-le-Marmion, Argouges. A veces, en la esquina de los edificios, detrás del estercolero, se alza una torre carolingia. La cocina, con sus bancos de piedra, hacía pensar en las comilonas de tiempos feudales. Otras tienen un aspecto únicamente terrible, con sus tres recintos amurallados todavía visibles, aspilleras debajo de la escalera, altas torrecillas de agudos tejados en declive. Luego se llega a un piso en el que una ventana de tiempos de los Valois, tallada como un marfil, deja filtrar la luz del sol que calienta en el suelo de madera granos de colza puestos a secar. Algunas abadías son utilizadas como graneros. Las inscripciones de las lápidas sepulcrales están borradas. En medio de los campos queda en pie un piñón, revestido de arriba abajo de una yedra que tiembla al viento.

Una gran cantidad de cosas excitaban su codicia: un jarrón de estaño, una hebilla de strass, telas de indiana con grandes rameados. La falta de dinero les frenaba.

Por un azar providencial, en Balleroy descubrieron, en un estañador, una vidriera gótica lo bastante grande como para cubrir, cerca del sillón, la pared derecha de la ventana hasta el segundo cristal. En la lejanía se veía el campanario de Chavignolles, que producía un espléndido efecto.

Con la parte inferior de un armario, Gorgu, que les alentaba en su manía, fabricó un reclinatorio para ponerlo debajo de la vidriera. Era aquélla tan obstinada que les hacía echar de menos monumentos de los que nada se sabe, como la casa de recreo de los obispos de Sééz.

«Bayeux —dijo el señor de Caumont— debía de tener un anfiteatro.» En vano buscaron el lugar.

El pueblo de Montrecy posee un prado famoso porque en él se encontraron antaño unas medallas. Contaban con reunir una bonita colección numismática. El guarda les negó la entrada.

No tuvieron mejor suerte con el pasadizo existente entre una cisterna de Falaise y un suburbio de Caen. Algunos patos que habían introducido en él reaparecieron en Vaucelles graznando: «Can, can, can», de ahí el nombre de la ciudad.

Nada era demasiado fatigoso para ellos, ningún sacrificio excesivo.

En 1816, Galeron^[49] comió por cuatro cuartos en la posada de Mesnil-Villement. Fueron allí y comieron lo mismo, pero ¡comprobaron con sorpresa que las cosas ya

no eran como en otro tiempo!

¿Quién fue el fundador de la abadía de Sainte-Anne? ¿Existe un parentesco entre Marin-Onfroy, que importó, en el siglo XII, una nueva variedad de manzana, y Onfroy, gobernador de Hastings, en tiempos de la conquista? ¿Cómo conseguir *La astuta pitonisa*, comedia en verso de un tal Dutrésor, representada en Bayeux, y en ese momento de lo más difícil de encontrar? Bajo Luis XIV, Hérambert Dupaty, o Dupastis Hérambert, compuso una obra, nunca publicada, repleta de anécdotas sobre Argentan: se propusieron encontrar esas anécdotas. ¿Qué se ha hecho de las memorias autógrafas de madame Dubois de La Pierre, consultadas para la historia inédita de Laigle por Louis Dasprès, vicario provincial de Saint-Martin? Todos ellos eran problemas, apasionantes interrogantes que esclarecer.

Pero a menudo un simple indicio pone sobre la pista de un descubrimiento inapreciable.

Se pusieron, pues, sus blusones para no despertar sospechas, y, disfrazados de buhoneros, se presentaron en las casas, pidiendo comprar viejos papeles. La gente les vendió montones. Eran cuadernos escolares, facturas, antiguos periódicos, nada útil.

Finalmente, Bouvard y Pécuchet se dirigieron a Larsonneur.

A este le volvía loco el celtismo, y, respondiendo someramente a sus preguntas, les hizo por su parte otras.

¿Habían observado a su alrededor vestigios del culto al perro, como se ven en Montargis? ¿Y detalles especiales, sobre las hogueras de San Juan, los matrimonios, los dichos populares, etcétera? Incluso les rogó que recogieran para él algunas de las hachas de sílex, conocidas por aquel entonces como *celtae* y que los druidas empleaban en «sus holocaustos criminales».

Por medio de Gorgu consiguieron una docena, le mandaron la menos grande, y las otras fueron a enriquecer el museo.

Se paseaban por él con devoción amorosa, lo barrían ellos mismos, le habían hablado de él a todos sus conocidos.

Una tarde se presentaron para verlo la señora Bordin y el señor Marescot.

Les recibió Bouvard y comenzó la visita por el vestíbulo.

La viga era nada menos que la antigua horca de Falaise, al decir del carpintero que se la había vendido, quien había recibido esta información de su abuelo.

La gruesa cadena del pasillo provenía de las mazmorras de la torre de homenaje de Torteval. Se asemejaba, según el notario, a las cadenas de los guardacantones de los patios de honor de los palacios. Bouvard estaba convencido de que había servido en otros tiempos para atar a los prisioneros, y abrió la puerta de la primera estancia.

—¿Para qué servían todas estas tejas? —exclamó la señora Bordin.

—Para calentar los baños de vapor; pero vayamos por orden, por favor. Esto es una tumba descubierta en una posada, donde era utilizada como abrevadero.

A continuación Bouvard cogió las dos urnas, llenas de una tierra que no eran sino cenizas humanas, y acercó a sus ojos el frasco para hacer ver de qué modo

derramaban los romanos lágrimas en él.

—¡Pero no veo más que cosas lúgubres en su casa!

Efectivamente, era algo un poco demasiado serio para una dama, y entonces sacó de una caja de cartón varias monedas de cobre, con un denario de plata.

La señora Bordin le preguntó al notario qué podría valer hoy eso.

La cota de malla que estaba examinando se le escapó de los dedos y se rompieron unas anillas. Bouvard disimuló su pesar.

Tuvo incluso la cortesía de descolgar la alabarda, y, doblándose, levantando los brazos, golpeando los talones, hacía ademán de segar los corvejones de un caballo, de apuntar como a la bayoneta, de dar muerte a un enemigo. A la viuda le parecía, para sus adentros, un muy buen mozo con toda la barba.

Ella se mostró entusiasmada con la cómoda con incrustaciones de concha. Mucho le asombró el gato de Saint-Allyre, y un poco menos la pera en el frasco; luego, al llegar a la chimenea, manifestó:

—¡Ah! A este sombrero le haría falta un arreglo.

Tres agujeros, marcas de balas, perforaban las alas.

—Pertenebió al cabecilla de una banda de ladrones de tiempos del Directorio, David de La Bazoque, apresado a traición y ejecutado inmediatamente.

—Mejor así, hicieron bien —dijo la señora Bordin.

Marescot sonreía despectivamente ante aquellos objetos. No comprendía la inclusión de aquella galocha que había sido el letrero de un vendedor de zapatos, ni el porqué del barrilete de loza, una vulgar jarra de sidra, y el san Pedro era francamente penoso con aquella cara de borrachín.

La señora Bordin observó:

—Debe de haberles costado bastante, de todos modos.

—Oh, no demasiado, no demasiado.

Un pizarrero se lo había vendido por quince francos.

Luego ella criticó, en vista de lo inconveniente, el exagerado escote de la dama con peluca empolvada.

—Pero ¿qué hay de malo en ello? —prosiguió Bouvard—. Cuando una tiene sus encantos... —Y añadió más bajito—: Como usted, estoy seguro.

El notario les daba la espalda, mientras estudiaba las ramas de la familia Croixmare. Ella no respondió nada, pero se puso a jugar con la larga cadena de su reloj. Sus pechos hinchaban el tafetán negro de su corsé, y, con los ojos entrecerrados, inclinaba la cabeza, como una tórtola que se esponja; luego, con aire ingenuo, dijo:

—¿Cómo se llamaba esa dama?

—Lo ignoro; era una amante del Regente, ¿sabe?, ese que tuvo tantas.

—Ya lo creo; las memorias de la época...

Y el notario, sin terminar la frase, deploró ese ejemplo de príncipe que se dejaba arrastrar por las pasiones.

—¡Pero si todos ustedes son así!

Los dos hombres protestaron, y siguió una conversación sobre las mujeres y el amor. Marescot afirmó que existen muchas uniones felices; a veces incluso, sin saberlo, se tiene la felicidad al alcance de la mano. La alusión era directa. Las mejillas de la viuda se arrebolaron; pero, recuperándose casi al punto, dijo:

—No tenemos ya edad para hacer locuras, ¿no, señor Bouvard?

—Ja, ja, yo no diría eso.

Y le ofreció su brazo para volver a la otra estancia.

—Tenga cuidado con los escalones. Muy bien. Ahora observe la vidriera.

Se distinguía un manto de escarlata y las dos alas de un ángel, todo el resto se perdía bajo los emplomados que mantenían en equilibrio las numerosas roturas del cristal. Moría el día, se extendían las sombras. La señora Bordin se había puesto seria.

Bouvard se alejó y reapareció envuelto en una manta de lana, luego se arrodilló en el reclinatorio, con los codos hacia fuera, la cara entre las manos, el resplandor del sol cayéndole sobre la calvicie; y era consciente de este efecto, pues dijo:

—¿No dirían que parezco un monje de la Edad Media?

Acto seguido alzó la frente de soslayo, con los ojos inundados de lágrimas, adoptando una expresión mística. En el pasillo se oyó la voz grave de Pécuchet:

—¡No teman, soy yo!

Y entró con la cabeza completamente recubierta por un yelmo: una olla de acero con unas orejas puntiagudas.

Bouvard se levantó del reclinatorio. Los otros dos permanecían de pie. Pasó un minuto de estupefacción.

La señora Bordin le pareció un poco fría a Pécuchet. Sin embargo, quiso saber si se lo habían enseñado todo.

—Eso me parece. —Y señalando la pared, agregó—: ¡Ah! Disculpen, tendremos aquí un objeto que están restaurando en estos momentos.

La viuda y Marescot se retiraron.

Los dos amigos habían tenido la brillante idea de fingirse competidores. Andaban por ahí el uno sin el otro, y el segundo hacía ofertas superiores a las del primero. Era así como Pécuchet acababa de conseguir el yelmo.

Bouvard le hizo unos cumplidos por ello y recibió elogios por la manta.

Mélie se la había arreglado a manera de cogulla con unos cordones. Se la ponían por turno para recibir a las visitas.

Recibieron las de Girbal, Foureau, el capitán Heurtaux, y luego las de gente de rango inferior, como Langlois, Beljambe, sus arrendatarios, y hasta los criados de los vecinos; y cada vez repetían de principio a fin todas las explicaciones, indicaban el lugar destinado para el arcón, afectaban modestia, pedían indulgencia por el amontonamiento.

Esos días Pécuchet llevaba el gorro de zuavo que tenía en otro tiempo en París, y

que le parecía más adecuado para el ambiente artístico. En un momento dado, se calaba el yelmo y se lo inclinaba sobre la nuca para liberar su cara. Bouvard no olvidaba hacer el numerito de la alabarda; y finalmente se preguntaban el uno al otro con una mirada si el visitante se merecía «el monje medieval».

¡Qué emoción cuando se detuvo delante de la cancela el coche del conde de Faverges! No quería más que intercambiar dos palabras con ellos. He aquí de lo que se trataba:

Hurel, su administrador, le había referido que, mientras buscaban documentos por todas partes, habían comprado unos viejos papeles en la hacienda de Aubrye.

Cierto, muy cierto.

¿No habrían descubierto por casualidad unas cartas del barón de Gonnaval, ex ayudante de campo del duque de Angulema, y que había residido en Aubrye? Deseaba tener aquella correspondencia por motivos de familia.

No la tenían, pero poseían una cosa que podía interesarle, si se dignaba seguirles a la biblioteca.

¡Nunca zapatos relucientes como aquéllos habían crujido en el pasillo! Fueron a golpearse contra el sarcófago. Incluso estuvo a punto de pisar varias tejas, desplazó el sillón, bajó dos escalones y cuando estuvo en la segunda estancia le enseñaron, debajo del baldaquino, delante del san Pedro, la mantequera fabricada en Noron.

Bouvard y Pécuchet habían creído que la fecha, a veces, podía servir.

El gentilhomme, por cortesía, inspeccionó su museo. Repetía: «¡Encantador! ¡Muy bien!», mientras se daba en la boca golpecitos con el puño del bastón, y, por su parte, les agradecía el haber salvado aquellos restos de la Edad Media, época de fe religiosa y de abnegación caballeresca. Aunque era partidario del progreso, le habría gustado dedicarse, al igual que ellos, a esos interesantes estudios; pero la política, el Consejo General, la agricultura, un montón de compromisos no le dejaban tiempo para ello.

—Por otra parte, después de ustedes, habría ya poco que rascar, porque pronto habrán recogido todas las cosas curiosas de la comarca.

—Modestia aparte, eso pensamos —dijo Pécuchet.

Pero todavía se podía descubrir algo en Chavignolles; por ejemplo había contra la tapia del cementerio, en el caminito, una pila bautismal enterrada bajo la hierba desde tiempos inmemoriales.

Contentos por aquella información, intercambiaron luego una mirada que significaba: «¿Vale la pena?», pero ya el conde abría la puerta.

Mélie, que se encontraba detrás, salió pitando como alma que lleva el diablo.

Cuando pasaba por el patio, vio a Gorgu que estaba fumando en pipa, de brazos cruzados.

—¿Tienen a su servicio a ese muchacho? ¡Hum! Si un día hay una revuelta, yo no me fiaría de él.

Y el señor de Faverges montó en su tálburi.

¿Por qué su criada parecía temerle?

Se lo preguntaron, y ella contó que había servido en su hacienda. Era ella la chiquilla que ponía de beber a las henificadoras el día de su visita, dos años antes. La habían tomado como ayuda en el castillo y despedido «por unos falsos rumores».

Y a Gorgu, ¿qué podían reprocharle? Era muy diestro y se mostraba enormemente respetuoso con ellos.

Al día siguiente, al amanecer, se fueron para el cementerio.

Bouvard tanteó con su bastón el terreno en el lugar indicado. Resonó al golpear algo duro. Arrancaron unas pocas ortigas y descubrieron un receptáculo de gres, una pila bautismal en la que crecían unas plantas.

Sin embargo, nadie tiene por costumbre enterrar pilas bautismales fuera de las iglesias.

Pécuchet hizo un dibujo de ella, Bouvard la descripción, y se lo mandaron todo a Larsonneur.

Su respuesta fue inmediata.

«¡Victoria, queridos colegas! No cabe duda de que se trata de una pila druídica.»

¡Pero debían tener cuidado, no obstante! El hacha era de dudosa autenticidad y, tanto en interés propio como en el suyo, les indicaba una serie de obras que convenía consultar.

Larsonneur confesaba en una posdata sus ganas de ver aquella pila, lo que tendría lugar al cabo de unos días, cuando hiciera un viaje por Bretaña.

Entonces Bouvard y Pécuchet se sumergieron en la arqueología celta. Según esta ciencia, los antiguos galos, nuestros antepasados, adoraban a Kirk y a Kron, a Taranis, a Eso, a Netalemnía, al Cielo y a la Tierra, al Viento, a las Aguas, y, por encima de todo, al gran Teutates, que es el Saturno de los paganos. Pues Saturno, cuando reinaba en Fenicia, casó con una ninfa llamada Anobret, de la que tuvo un hijo llamado Jeud, y Anobret tiene los rasgos de Sara, Jeud fue sacrificado (o estuvo a punto de serlo) como Isaac; así pues, Saturno es Abraham, de donde se deduce que la religión de los galos tenía los mismos principios que la de los judíos.

Contaban con una excelente organización social. El primer estamento comprendía el pueblo, la nobleza y el rey; el segundo los jurisconsultos, y el tercero, el más alto, incluía, según Taillepied^[50], «las varias categorías de filósofos», es decir, los druidas o saronidas, divididos a su vez en eubages, bardos y vates.

Unos profetizaban, otros cantaban, otros estaban dedicados a la enseñanza de la botánica, la medicina, la historia y la literatura, en pocas palabras, «todas las artes de su tiempo». Pitágoras y Platón fueron alumnos suyos. Enseñaron la metafísica a los griegos, la magia a los persas, el arte de la adivinación a los etruscos, y, a los romanos, a estañar el cobre y el comercio de los jamones.

Pero de este pueblo, dominador del mundo antiguo, no quedan más que piedras, aisladas o en grupos de tres, o bien dispuestas en galerías, o formando recintos.

Bouvard y Pécuchet, rebosantes de entusiasmo, estudiaron sucesivamente la

Pierre-du-Post en Ussy, la Pierre-Couplée de Guest, la Pierre du Jarier, cerca de Laigle, ¡y otras muchas más!

Todos esos bloques, insignificantes por un igual, no tardaron en aburrirles, y un día que venían de ver el menhir del Passais y se disponían a regresar a casa, el guía les llevó a un hayedo, atestado de moles de granito semejantes a pedestales o a tortugas monstruosas.

La más considerable está hueca como un lebrillo. Uno de sus bordes es más alto que el otro y del fondo parten dos hendiduras que llegan hasta el suelo; era para que la sangre desaguara; ¡no había duda al respecto! El azar no consigue hacer cosas así.

Las raíces de los árboles se entremezclaban con esas rocas abruptas. Lloviznaba; a lo lejos, ascendían unos celajes de bruma, cual grandes fantasmas. Era fácil imaginar bajo el follaje a los sacerdotes con una tiara de oro y blancas vestiduras, con sus víctimas humanas, los brazos atados a la espalda, y, al borde de la pila, la druidesa observando el río rojo, mientras a su alrededor la multitud aullaba armando ruido con címbalos y bocinas hechas con un cuerno de uro.

Concibieron inmediatamente su plan.

Y una noche, al claro de luna, se encaminaron hacia el cementerio, andando como ladrones, a la sombra de las casas. Las persianas estaban cerradas y las alquerías en silencio; no ladró perro alguno. Les acompañaba Gorgu; se pusieron manos a la obra. Solo se oía el ruido de las piedras al ser golpeadas por la azada que abría el césped. La proximidad de los muertos les resultaba desagradable; el reloj de la iglesia difundía un estertor continuo, y el rosetón del tímpano semejava un ojo que espíase los sacrilegios. Por fin consiguieron llevarse la pila.

Al día siguiente, volvieron al cementerio para ver las huellas de la operación.

El párroco, que estaba tomando el fresco en la puerta de la rectoría, les rogó que le honraran con una visita; y, tras haberles introducido en su salita, les miró de un modo extraño.

En medio del aparador, entre los platos, había una sopera decorada con ramilletes de flores amarillas.

Pécuchet la ponderó, no sabiendo qué decir.

—Se trata de un viejo Ruán —prosiguió el párroco—, un enser de familia. Los entendidos la aprecian, sobre todo el señor Marescot.

Por lo que a él se refería, gracias a Dios, no tenía la manía de las antigüedades; y como ellos parecían no entender, afirmó que les había visto con sus propios ojos robar la fuente bautismal.

Los dos arqueólogos, muy avergonzados, balbucieron. Nadie hacía uso del objeto en cuestión.

¡No importa! Debían restituirla.

¡Por supuesto! Pero, al menos, pedían que se les permitiera llamar a un pintor para hacer un dibujo de ella.

—Está bien, señores.

—Quedará entre nosotros, ¿verdad? —dijo Bouvard—, ¡bajo secreto de confesión!

El eclesiástico, sonriendo, les tranquilizó con un gesto.

No era de él de quien temían, sino más bien de Larsonneur. Cuando pasara por Chavignolles, buscaría la pila, y sus habladurías llegarían hasta oídos del Gobierno. Por prudencia, la escondieron en el cuarto del horno, luego en el cenador, en la caseta, en un armario. Gorgu estaba harto de cargar con ella.

La tenencia de un ejemplar semejante les vinculaba al celtismo de Normandía.

Sus orígenes son egipcios. Sééz, en el departamento del Orne, se escribe a veces Saïs, como la ciudad del Delta. Los galos juraban por el toro, la forma importada del buey Apis. El nombre latino de «bellocastes», que designaba a los habitantes de Bayeux, deriva de Beli Casa, morada, santuario de Belus. Belus y Osiris, la misma divinidad. «Nada se opone —dice Mangon de Lalande—^[51] a que hubiera, cerca de Bayeux, monumentos drúidicos.» «Este lugar —añade Roussel— se asemeja al lugar en el que los egipcios levantaron un templo, y que guardaba sus riquezas.» Todos los monumentos celtas los poseen.

En 1715, cuenta dom Martin^[52], un tal Héribel exhumó, en los alrededores de Bayeux, varias vasijas de arcilla llenas de huesos, y concluyó (siguiendo la tradición y a unas autoridades hoy desaparecidas) que ese lugar, una necrópolis, correspondía al monte Faunus, donde fue enterrado el Becerro de Oro.

¡Pero el Becerro de Oro había sido quemado y devorado por las llamas, a menos que la Biblia estuviera en un error!

En primer lugar, ¿dónde está el monte Faunus? Los autores no lo indican. Los lugareños no saben nada de él. Habría sido necesario proceder a unas excavaciones, y, a tal fin, hicieron llegar al señor prefecto una petición que no tuvo respuesta.

¿Acaso el monte Faunus ha desaparecido y no era una colina sino un túmulo? ¿Qué significaban los túmulos?

Varios contienen esqueletos en posición fetal en el claustro materno. Lo que quiere decir que la tumba era para ellos como una segunda gestación que les preparaba para otra vida. Así pues, el túmulo simboliza el órgano femenino, igual que la piedra erecta es el órgano masculino.

En efecto, allí donde hay menhires ha pervivido un culto obscuro. Prueba de ello es lo que hacían en Guérande, en Chichebouche, en Croisic, en Livarot. Antiguamente, las torres, las pirámides, los cirios, los mojones de los caminos e incluso los árboles significaban el falo, y para Bouvard y Pécuchet todo se convirtió en fálico. Recogieron balancines de carruajes, patas de sillón, cerrojos de sótanos, manos de mortero de boticario. A quien iba a verles le preguntaban: «¿A qué cree usted que se parece esto?», luego desvelaban el misterio, y, si la gente se escandalizaba, ellos se encogían de hombros con una actitud conmisericordiosa.

Una tarde, mientras fantaseaban sobre los dogmas de los druidas, se presentó, discretamente, el párroco.

Le enseñaron inmediatamente el museo, comenzando por la vidriera; pero estaban impacientes por llegar a una nueva sección, la de los falos. El eclesiástico les paró los pies, juzgando la exhibición indecente. Venía a reclamar la pila bautismal.

Bouvard y Pécuchet imploraron quince días más, el tiempo para hacer un vaciado.

—Cuanto antes mejor —dijo el cura.

Luego charló de cosas insustanciales.

Pécuchet, que se había ausentado un minuto, le deslizó en la mano un napoleón.

El sacerdote hizo ademán de retroceder.

—¡Ah! ¡Para los pobres de la parroquia!

Y el padre Jeufroy, sonrojándose, se guardó la moneda de oro bajo la sotana.

¡Devolver la pila, la pila de los sacrificios! ¡Eso nunca jamás! Estaban decididos incluso a aprender hebreo, que es la lengua madre del celta, a menos que derive de ella. E iban a hacer el viaje a Bretaña, comenzando por Rennes, donde tenían una cita con Larsonneur, con objeto de estudiar esa urna mencionada en las memorias de la Academia Celta y que parecía haber contenido los huesos de la reina Artemisa, cuando entró el alcalde, con el sombrero puesto, sin ceremonias, como el ser grosero que era.

—¡La cosa no puede quedar así, amigos míos! ¡Hay que devolverla!

—¿El qué?

—¡Granujas! ¡Sé muy bien que la tienen escondida!

Alguien les había traicionado.

Ellos replicaron que la retenían con el permiso del señor cura.

—Eso ya lo veremos.

Y Foureau se fue.

Regresó al cabo de una hora.

—¡El cura dice que no! ¡Vengan a explicarse!

Ellos se obstinaron.

En primer lugar, no necesitaban para nada esa pila bautismal, que no era tal. Lo demostrarían con un montón de razones científicas. Y luego se ofrecieron a reconocer, en su testamento, que era propiedad del municipio.

Incluso propusieron comprarla.

—Y, por otra parte, ¡es propiedad mía! —iba repitiendo Pécuchet.

Los veinte francos, aceptados por el padre Jeufroy, eran una prueba contractual y, si había que comparecer ante el juez de paz, lo sentía por él, ¡pues juraría en falso!

Durante estas discusiones, había vuelto a ver varias veces la sopera; y se había despertado en él el deseo, la sed, el ansia de poseer aquella loza. Si aceptaban entregársela, él devolvería la pila. De otro modo, no.

Por cansancio o miedo a un escándalo, el padre Jeufroy se la entregó.

Pasó a formar parte de su colección, al lado del gorro de Caux. La pila fue a adornar el porche de la iglesia; y ellos se consolaron de su pérdida pensando que los vecinos de Chavignolles desconocían su verdadero valor.

Pero la sopera despertó en ellos el gusto por las locerías: nuevo objeto de estudios y de exploraciones en el campo.

Eran los tiempos en que la gente de buen tono buscaba los viejos platos de Ruán. El notario poseía algunos, lo que le había hecho ganarse una cierta reputación de artista, perjudicial en su profesión, pero que él compensaba con otras facetas serias.

En cuanto se enteró de que Bouvard y Pécuchet habían adquirido la sopera, fue a proponerles un intercambio.

Pécuchet se negó.

—¡No se hable más de ello! —Y Marescot examinó su cerámica.

Todas las piezas colgadas a lo largo de las paredes eran azules sobre un fondo de un blanco sucio, y algunas ostentaban un cuerno de la abundancia de tonalidad verde y rojiza; jofainas, platos y platillos, objetos largo tiempo buscados y traídos a casa pegados contra el corazón, debajo de la levita.

Marescot los alabó, habló de otras locerías, de la hispanoárabe, de la holandesa, de la inglesa, de la italiana; y, tras haberles deslumbrado por su erudición, dijo:

—¿Me dejarían ver de nuevo su sopera?

La hizo resonar con un golpecito dado con el dedo, luego contempló las dos S pintadas en la tapadera.

—¡La marca de Ruán! —dijo Pécuchet.

—¡Oh, oh! Ruán, para hablar con propiedad, no tenía marca. Cuando se ignoraba la existencia de las de Moutiers, todas las locerías francesas eran de Nevers. ¡Y lo mismo ocurre hoy en día con Ruán! Por otra parte, se la imita a la perfección en Elbeuf.

—¡No es posible!

—¡Se imitan perfectamente las mayólicas! ¡Su pieza carece de valor, y bonita tontería que iba a hacer yo!

Una vez que el notario se hubo ido, Pécuchet se dejó caer en el sillón, postrado.

—¡No hubiéramos tenido que devolver la pila —dijo Bouvard—, pero te exaltas! ¡Te dejas llevar por tus impulsos!

—¡Sí! Me dejo llevar.

Y Pécuchet, cogiendo la sopera, la arrojó lejos de él, contra el sarcófago.

Bouvard, más sereno, recogió los añicos, uno por uno; y, momentos después, tuvo la siguiente idea:

—¡Marescot, por celos, podría haberse burlado de nosotros!

—Pero ¡cómo!

—¡Nada me asegura que la sopera no sea auténtica! Mientras que las otras piezas, que ha fingido admirar, tal vez son falsas.

Y la jornada acabó en la incertidumbre, con lamentos.

Ello no era una razón para renunciar al viaje a Bretaña. Contaban incluso con llevarse a Gorgu, quien les ayudaría en las excavaciones.

Desde hacía algún tiempo este dormía en la casa, para acabar cuanto antes la

restauración del mueble. La perspectiva de un desplazamiento le contrarió y, mientras ellos hablaban de los menhires y de los túmulos que esperaban ver, manifestó:

—Yo conozco algo mejor —les dijo—. En el sur de Argelia, cerca de las fuentes de Bou-Moursoug, hay multitud de ellos.

Y asimismo describió una tumba a cuya apertura había asistido por casualidad, que contenía un esqueleto, acurrucado como un simio, y abrazándose las piernas.

Larsonneur, a quien pusieron al corriente del hecho, no quiso creer nada de todo ello.

Bouvard ahondó en la materia, y volvió a la carga.

¿Cómo es posible que los monumentos de los galos sean rudimentarios, máxime cuando los galos eran gente civilizada en tiempos de Julio César? Sin duda provenían de un pueblo más antiguo.

La hipótesis, en opinión de Larsonneur, era poco patriótica.

Pero ¡qué importa! Nada nos asegura que esos monumentos sean obra de los galos.

—¡Muéstrenos un texto!

El académico se enfadó y no respondió más; ellos se sintieron aliviados por ello, porque estaban ya hartos de los druidas.

Si no sabían a qué atenerse en materia de cerámica y celtismo era porque ignoraban la Historia, en particular la historia de Francia.

En su biblioteca se encontraba la obra de Anquetil^[53]; pero les pareció muy poco divertida la sucesión de reyes haraganes. La perversidad de los mayordomos de palacio no les indignó en absoluto y dejaron estar a Anquetil, disgustados por sus insulsas reflexiones.

Entonces le preguntaron a Dumouchel «cuál es la mejor *Historia de Francia*».

Este les abonó en su nombre a un gabinete de lectura y les mandó las *Cartas* de Augustin Thierry^[54], junto con dos tomos de Genoude^[55].

Según este escritor, la monarquía, la religión y las asambleas nacionales son «los fundamentos» de la nación francesa, que se remontan a los Merovingios. Los Carolingios los derogaron. Los Capetos, de acuerdo con el pueblo, trataron de mantenerlos. Bajo Luis XIII, se instauró el poder absoluto para derrotar al protestantismo, última expresión del feudalismo, y el 89 no era sino una vuelta a la Constitución de nuestros antepasados.

Pécuchet admiró tales ideas.

Bouvard, que había leído a Augustin Thierry primero, las encontraba lamentables.

—Pero ¡qué me hablas de nación francesa, si no existían ni Francia ni asambleas nacionales! ¡Y los Carolingios no usurparon nada! ¡Y tampoco los reyes concedieron la libertad a los municipios! Tú mismo puedes leerlo.

Pécuchet se rindió a la evidencia, ¡y no tardó en superarle en rigor científico! Habría sido una deshonra para él hablar de Carlomagno y no de Karl el Grande, de Clodoveo en lugar de Clodowig.

Y sin embargo Genoude le encantaba, pues le parecía ingenioso vincular los dos extremos de la historia de Francia, aunque la parte central fuera de relleno; y para saber a qué atenerse, recurrieron a la colección de Buchez y Roux^[56].

Mas el énfasis de los prefacios, esa amalgama de socialismo y catolicismo les descorazonó; el exceso de detalles no dejaba ver el cuadro de conjunto.

Recurrieron a Thiers.

Era en el verano de 1845, en el huerto, bajo el cenador. Pécuchet, con los pies sobre un taburete, leía en voz alta con su voz cavernosa, sin cansarse jamás, deteniéndose tan solo para meter los dedos en su tabaquera. Bouvard le escuchaba con la pipa en la boca, las piernas estiradas, con la cinturilla de los pantalones desabrochada.

Unos viejos les habían hablado del 93; y algunos recuerdos casi personales animaban las chatas descripciones del autor. En aquellos tiempos, los caminos reales hormigueaban de soldados que cantaban *La Marsellesa*. En la entrada de sus casas, mujeres sentadas cosían lonas para hacer con ellas tiendas de campaña. A veces llegaba una oleada de hombres con gorro rojo, inclinando en la punta de una pica una cabeza exangüe con los cabellos colgando. El Alto Tribunal de la Convención dominaba una nube de polvo, en la que unos rostros furiosos lanzaban gritos de muerte. Si uno pasaba, al mediodía, cerca del estanque de las Tullerías, oía la caída de la guillotina, semejante a unos mazazos.

Y la brisa agitaba los pámpanos del cenador, la cebada madura se mecía de vez en cuando, silbaba un mirlo. Lanzando miradas a su alrededor, saboreaban esta tranquilidad.

¡Lástima que no se hubieran puesto de acuerdo desde un principio! ¡Porque, si los monárquicos hubiesen pensado como los patriotas, si la Corte se hubiese mostrado más franca y los adversarios menos violentos, se habrían podido evitar muchas desgracias!

A fuerza de charlar de ello, se apasionaron. Bouvard, con sus ideas liberales y su corazón sensible, fue constitucional, girondino, termidoriano. Pécuchet, bilioso y de tendencias autoritarias, se declaró *sans-culotte* y hasta robesperiano.

Aprobaba la condena del rey, los decretos más despiadados, el culto del Ser Supremo. Bouvard prefería el de la Naturaleza. Con gusto hubiera reverenciado la imagen de una mujer gorda derramando de sus pechos a sus adoradores, no ya agua, sino chambertin.

Para contar con un número mayor de hechos en apoyo de sus argumentos, se consiguieron otras obras. Montgaillard, Prudhomme, Gallois, Lacretelle^[57], etcétera; y las contradicciones de estos libros no les creaban el menor problema. Cada uno tomaba de ellas lo que podía resultarle útil para defender su propia causa.

Así Bouvard estaba convencido de que Danton había aceptado cien mil escudos para presentar mociones que habían de ser la perdición de la República, y según Pécuchet, Vergniaud habría pedido seis mil francos mensuales.

—¡Eso jamás! ¡Explícame más bien por qué la hermana de Robespierre recibía una pensión de Luis XVIII!

—¡Eso no es cierto! De quien la recibía era de Bonaparte, y puesto que te lo tomas así, dime, ¿quién es el personaje que poco antes de la muerte de Igualdad tuvo una conversación secreta con él? ¡Quiero que se reimpriman los párrafos suprimidos en las memorias de Campan^[58]! La muerte del Delfín me parece sospechosa. ¡La explosión del polvorín de Grenelle se llevó por delante a dos mil personas! Causa desconocida, dicen, ¡qué sandez!

Porque Pécuchet tenía una idea precisa de cuál era aquella causa, y achacaba la responsabilidad de todos los crímenes a las conjuras de los aristócratas y al oro extranjero.

En opinión de Bouvard, el «subid al cielo, hijos de san Luis», las vírgenes de Verdún y los calzones de piel humana eran cosas indiscutibles. Aceptaba las listas de Proudhomme, exactamente un millón de víctimas.

Pero el Loira, tinto en sangre desde Saumur hasta Nantes, a lo largo de setenta kilómetros, le dio que pensar. Pécuchet concibió igualmente dudas, y empezaron a sentir desconfianza de los historiadores.

La Revolución es, para unos, un acontecimiento satánico. Otros la proclaman como una excepción sublime. Los vencidos de cada bando, naturalmente, son unos mártires.

Thierry demuestra, a propósito de los bárbaros, la necedad de pretender saber si tal principio fue bueno o malo. ¿Por qué no seguir el mismo método para el examen de las épocas más recientes? Pero la Historia debe tomarse su venganza sobre la Moral; agradezcámosle a Tácito el haber destrozado a Tiberio. Al fin y al cabo, que la reina tuviera amantes, que Dumouriez desde Valmy pensase en la traición, que en pradiel fuese la Montaña o la Gironda quien hubiera comenzado, y en termidor los Jacobinos o la Llanura, ¿qué importancia podía tener en el desarrollo de la Revolución, cuyos orígenes son profundos y las consecuencias incalculables?

Tenía, así pues, que producirse, ser lo que fue, pero suponed una huida del rey sin obstáculos, a Robespierre escapándose o a Bonaparte asesinado —azares que dependían de un posadero menos escrupuloso, de una puerta abierta o de un centinela dormido—, y el curso del mundo habría sido distinto.

Ya no tenían una sola idea coherente sobre los hombres y sobre los hechos de aquella época.

Para formarse un juicio imparcial, hubieran tenido que leerse todas las historias, todas las memorias, todos los diarios y todos los manuscritos, porque de la mínima omisión podía depender un error que a su vez habría provocado otros, y así hasta el infinito. Renunciaron a ello.

Pero les había entrado ya el gusto por la Historia, la necesidad de la verdad por sí misma.

¿Acaso es más fácil descubrirla en las épocas antiguas? Al tomar distancia de los

acontecimientos, los autores debían hablar desapasionadamente de ellas. Y abordaron al bueno de Rollin^[59].

—¡Cuántas pamplinas! —exclamó Bouvard desde el primer capítulo.

—Espera un momento —dijo Pécuchet, rebuscando en la parte baja de la biblioteca, donde se amontonaban los libros del último propietario, un viejo jurisconsulto, maníaco y culto.

Y tras haber apartado muchas novelas y obras teatrales, con un Montesquieu y algunas traducciones de Horacio, llegó a lo que buscaba: la obra de Beaufort^[60] sobre la historia romana.

Tito Livio atribuye la fundación de Roma a Rómulo. Salustio otorga dicho mérito a los troyanos de Eneas. Coriolano murió en el exilio, según Fabio Píctor, por las intrigas de Actio Tulo, si hemos de creer a Dionisio de Halicarnaso. Séneca afirma que Horacio Cocles volvió victorioso; Dión, que fue herido en una pierna. Y La Mothe le Vayer^[61] expresa análogas dudas sobre los demás pueblos.

No existe acuerdo acerca de la antigüedad de los caldeos, el siglo de Homero, la existencia de Zoroastro, los dos imperios de Asiria. Quinto Curcio escribió una historia novelada. Plutarco desmiente a Herodoto. Nos hubiéramos hecho otra idea de César si Vercingetórix hubiera escrito sus comentarios.

La historia antigua es oscura por falta de documentos. En la moderna, en cambio, abundan; y Bouvard y Pécuchet volvieron sobre Francia y comenzaron a leer a Sismondi.

Aquella sucesión de tantos hombres les despertaba las ganas de conocerlos más a fondo y mezclarse con ellos. Querían tener acceso a las fuentes originales. Gregorio de Tours, Monstrelet, Commines, todos los que tenían un nombre extraño o atractivo.

Pero los hechos se confundieron al no saber las fechas.

Afortunadamente poseían la mnemotecnia de Dumouchel, un ejemplar en doceavo, en cartoné, con el epígrafe: «Instruir deleitando».

Combinaba los tres sistemas de Allévy, de Pâris y de Feinaigle^[62].

Allévy transforma las cifras en figuras, por lo que el número 1 está representado por una torre, el 2 por un pájaro, el 3 por un camello, y así sucesivamente. Pâris trata de estimular la imaginación a base de acertijos: una silla guarnecida de clavos dará: *Clou*, clavo, *vis*, tornillo = Clodoveo; y como el ruido que hace la fritura es «ric, ric», unas pescadillas en una sartén recordarán a Chilperico. Feinaigle divide el universo en casas, que contienen habitaciones, cada una de cuatro paredes con nueve paneles, y cada panel lleva un emblema. Así pues, el primer rey de la primera dinastía ocupará en la primera habitación el primer panel. Un faro sobre un monte nos dirá cómo se llamaba «Phar a mond», Faramundo, con el sistema Pâris; y según el consejo de Allévy, al ponerle encima un espejo que significa 4, un pájaro 2, y un aro 0, se obtendrá 420, fecha del advenimiento de este príncipe.

Para mayor claridad, tomaron como base mnemotécnica su propia casa, su domicilio, vinculando cada una de sus partes a un hecho concreto; y el patio, el

huerto, los alrededores, toda la región no tenían más sentido que el de ayudar a memorizar. Los deslindes en el campo delimitaban ciertas épocas, los manzanos eran árboles genealógicos, los arbustos batallas, todo se convertía en símbolo. Buscaban en las paredes muchas cosas que faltaban, terminaban por verlas, pero ya no sabían qué fechas representaban.

Por otra parte, las fechas no son siempre auténticas. Merced a un manual escolar se enteraron de que el nacimiento de Cristo debe hacerse remontar a cinco años antes de lo que se sitúa^[63]; que los griegos tenían tres maneras de calcular cuándo serían las Olimpiadas y los latinos tenían ocho para fijar el comienzo de año. Otras tantas razones para el equívoco, aparte de las que se originaban por zodiacos, eras y calendarios diversos.

Y de la despreocupación por las fechas pasaron al desprecio por los hechos.

¡Lo que de veras contaba era la filosofía de la Historia!

Bouvard no consiguió terminar el célebre discurso de Bossuet.

—¡El Águila de Meaux es un farsante! ¡Se olvida de la China, de las Indias y de América! Pero se preocupa de informarnos de que Teodosio era «la alegría del Universo», que Abraham «trataba de igual a igual a los reyes», y que la filosofía de los griegos deriva de la de los judíos. Su fijación por los judíos me ataca los nervios.

Pécuchet compartió esta opinión, y quiso hacerle leer a Vico.

—¿Cómo admitir —objetaba Bouvard— que unas fábulas sean más verdaderas que las verdades de los historiadores?

Pécuchet trató de explicar los mitos, perdiéndose en la *Ciencia Nueva*.

—¿No pretenderás negar los designios de la Providencia?

—¡No sé cuáles son! —dijo Bouvard.

Y decidieron dirigirse a Dumouchel.

El profesor confesó que en aquel momento no tenía las ideas muy claras respecto a la Historia.

«Cambia todos los días. Se ponen en tela de juicio los reyes de Roma y los viajes de Pitágoras. Se ataca a Belisario, a Guillermo Tell y hasta al Cid, convertido, gracias a los últimos descubrimientos, en un simple bandido. Sería deseable que no se hagan más descubrimientos, ¡e incluso el Instituto debería establecer una especie de canon que prescribiera lo que hay que creer!»

En una posdata les mandaba las reglas de la crítica que había extraído del curso de Daunou^[64]:

«Citar como prueba el testimonio de las multitudes es una pésima prueba; la multitud solo está allí para confirmar».

«Hay que rechazar lo imposible. A Pausanias le enseñaron la piedra que se había tragado Saturno.»

«La arquitectura puede ser falaz, verbigracia: el arco del Foro, en el que Tito fue llamado el primer vencedor de Jerusalén, que Pompeyo conquistó antes que él.»

«A veces las medallas engañan. En el reinado de Carlos IX, se acuñaron monedas

con el cuño de Enrique II.»

«Ténganse en cuenta la habilidad de los falsarios, el interés de los apologistas y de los calumniadores.»

Son pocos los historiadores que han trabajado siguiendo estas reglas; todos, en cambio, lo han hecho con la mira puesta en una causa particular, en una religión, en una nación, en un partido, en un sistema, o para censurar a los reyes, aconsejar al pueblo, ofrecer ejemplos morales.

Los otros, que lo único que pretendían era contar hechos, no es que valgan mucho más, puesto que no se puede decir todo, hay que escoger. Pero en la selección de los documentos dominará una cierta disposición mental, y como esta varía, según la idiosincrasia de quien escribe, la Historia no será fijada nunca definitivamente.

«Es triste», pensaban.

Pero se podría escoger un asunto, agotar las fuentes, analizarlo a fondo y luego condensarlo en una narración, que sería como un resumen de hechos, que reflejaría la verdad en su integridad. Una tal obra le parecía realizable a Pécuchet.

—¿Quieres que probemos a escribir nosotros una historia?

—¡No pido nada mejor! Pero ¿cuál?

—Ya, ¿cuál?

Bouvard se había sentado y Pécuchet iba de un lado a otro del museo, cuando le llamó la atención la mantequera, deteniéndose de golpe:

—¿Y si escribiéramos la vida del duque de Angulema^[65]?

—¡Pero si era un imbécil! —replicó Bouvard.

—¡Eso qué importa! Los personajes de segundo orden tienen a veces una influencia enorme, y quizá este era el que manejaba los hilos de la política.

Los libros les proporcionarían información, y el señor de Faverges la tendría sin duda de primera mano o de algunos viejos gentilhombres amigos suyos.

Meditaron este proyecto, lo discutieron y finalmente decidieron pasar quince días en la biblioteca municipal de Caen para hacer algunas investigaciones.

El bibliotecario puso a su disposición unas historias generales y unos folletos, con una litografía coloreada que representaba de medio perfil al señor duque de Angulema.

El paño azul de su uniforme desaparecía bajo las charreteras, las condecoraciones y el grueso cordón rojo de la Legión de Honor. Una gorguera en extremo alta ceñía su largo cuello. Su cabeza afeitada estaba enmarcada por unos cabellos rizados y por unas finas patillas; y los párpados pesados, una nariz muy pronunciada y unos gruesos labios le conferían una expresión de insulsa bondad.

En cuanto hubieron tomado unas notas, redactaron un programa:

Nacimiento e infancia carente de especial interés. Uno de sus preceptores fue el abate Guénéé, el enemigo de Voltaire. En Turín hacen fundir un cañón para él, y estudia las campañas de Carlos VIII. Por lo que es nombrado, pese a

su juventud, coronel de un regimiento de guardias nobles.

1797. Boda.

1814. Los ingleses toman Burdeos. Él acude tras ellos, y comparece ante sus habitantes. Descripción del aspecto del príncipe.

1815. Bonaparte le sorprende. Llama inmediatamente en su ayuda al rey de España, y, de no haber sido por Masséna, Tolon habría caído en manos de los ingleses.

Operaciones en el Mediodía. Es derrotado, pero puesto en libertad después de haber prometido devolver los diamantes de la Corona, que su tío el rey se había llevado a toda prisa.

Después de los Cien Días, vuelve con los suyos y lleva una vida retirada. Pasan varios años.

Guerra de España. Al poco de cruzar los Pirineos, la Victoria sigue por todas partes al nieto de Enrique IV. Conquista el Trocadero, alcanza las columnas de Hércules, aplasta a las facciones, abraza a Fernando y retorna a casa.

Arcos de triunfo, muchachas que le ofrecen flores, cenas en las prefecturas, *tedeums* en las catedrales. Los parisienses están en el colmo del entusiasmo. La ciudad le ofrece un banquete. En los teatros se cantan alusiones al héroe.

Disminuye el entusiasmo, pues en 1827, en Cherburgo, un baile organizado por suscripción es un fracaso.

En su calidad de gran almirante de Francia, pasa revista a la flota que va a partir hacia Argel.

Julio de 1830. Marmont le informa de cómo están las cosas. Entonces le da tal ataque de furia que se hiere en la mano con la espada del general.

El rey le confía el mando de todas las fuerzas armadas.

En el Bois de Boulogne encuentra algunos destacamentos de las tropas de línea y no se le ocurre decirles ni una sola palabra.

De Saint-Cloud, va volando hasta el puente de Sèvres. Frialdad de las tropas. La cosa no le inquieta. La familia real deja el Trianón. Se sienta al pie de un roble, abre un mapa, medita, vuelve a montar a caballo, pasa por delante de Saint-Cyr y dirige a los alumnos unas palabras de esperanza.

En Rambouillet, la Guardia de Corps se despide de él.

Se embarca, y se siente indispuerto durante toda la travesía. Fin de su carrera.

Es preciso destacar la importancia que tuvieron los puentes. Primero se expone inútilmente al peligro en el puente del Inn, conquista el puente de Saint-Esprit y el puente de Lauriol; en Lyon, los dos puentes se revelan funestos para él, y su fortuna se acaba delante del puente de Sèvres.

He aquí un cuadro de sus virtudes. Inútil ensalzar su valor, al que unía

unas grandes dotes políticas. En efecto, ofreció sesenta francos a cada soldado que abandonase al Emperador, y en España trató de corromper a los constitucionales con dinero.

Su prudencia diplomática era tan grande que consintió a los planes matrimoniales de su padre con la reina de Etruria, a la formación de un nuevo Gabinete tras las Reales Ordenanzas, a la abdicación en favor de Chambord, en suma, a todo lo que se le pedía.

Sin embargo, no carecía de firmeza. En Angers, expulsó a la infantería de la Guardia Nacional, que, celosa de la caballería y en medio de una maniobra, había conseguido escoltarle, de tal modo que Su Alteza se encontró atrapado entre los soldados de infantería hasta el punto de no conseguir mover una rodilla. Pero él censuró a la caballería, causante del desorden, y perdonó a la infantería, en un verdadero juicio salomónico.

Dio prueba de su religiosidad con numerosos actos de devoción, así como de su clemencia al conseguir el perdón del general Debelle, que se había alzado en armas contra él.

Detalles íntimos, rasgos del príncipe:

En el castillo de Beauregard, durante su infancia, se divertía con su hermano haciendo un estanque que todavía hoy puede verse. En cierta ocasión, fue de visita al cuartel de cazadores, pidió un vaso de vino y se lo bebió a la salud del Rey.

Mientras paseaba, para marcar el paso repetía para sí: «¡Un, dos; un, dos; un, dos!».

Algunos de sus dichos han llegado hasta nosotros:

A una delegación de bordeleses les dijo: «¡Lo que me consuela de no ser de Burdeos es encontrarme entre vosotros!».

A los protestantes de Nîmes: «Soy un buen católico, pero nunca olvidaré que el más ilustre de mis antepasados fue protestante».

A los alumnos de Saint-Cyr, cuando todo está perdido: «¡Bien, amigos míos! ¡Las noticias son buenas! ¡Las cosas marchan bien, muy bien!».

Tras la abdicación de Carlos X: «¡Puesto que no quieren saber nada de mí, que se las compongan!».

Y en 1814, en cualquier ocasión, hasta en el más pequeño pueblo, decía: «No más guerras, ni reclutamientos forzosos, ni impuestos indirectos».

Su estilo era digno de sus palabras. Sus proclamas son insuperables.

La primera del conde de Artois comenzaba así: «¡Franceses, ha llegado el hermano de vuestro Rey!».

La del príncipe: «Aquí me tenéis. ¡Soy hijo de vuestros reyes! ¡Vosotros sois franceses!».

Orden del día fechada en Bayona: «¡Soldados, aquí me tenéis!».

Otra, en plena deserción: «Seguid sosteniendo con la energía propia del

soldado francés la lucha que habéis comenzado. ¡Es lo que Francia espera de vosotros!».

La última, en Rambouillet: «El Rey ha iniciado negociaciones con el Gobierno establecido en París, y todo hace creer que se está a punto de llegar a un acuerdo».

Ese «todo hace creer» era sublime.

—Lo que me preocupa —dijo Bouvard— es que no se hace mención de sus aventuras galantes.

Anotaron al margen: «¡Investigar los amores del príncipe!».

Cuando ya se disponían a irse, al bibliotecario, cambiando de parecer, se le ocurrió enseñarles otro retrato del duque de Angulema.

En este aparecía en calidad de coronel de coraceros, de perfil, con el ojo aún más pequeño, la boca abierta y el cabello liso y alborotado.

¿Cómo conciliar los dos retratos? ¿Tenía el pelo liso o rizado? A menos que tuviera la coquetería de hacérselos rizar.

Para Pécuchet esta era una cuestión seria, pues la cabellera nos habla del temperamento, y el temperamento del individuo.

Bouvard pensaba que no se sabe nada de un hombre en tanto se ignoran sus pasiones; y para esclarecer estos dos puntos, se presentaron en el castillo de Faverges. El conde no estaba, lo cual retrasaba su obra. Regresaron a casa, vejados.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par, no había nadie en la cocina. Subieron la escalera; ¿y qué diréis que vieron en medio de la habitación de Bouvard? A la señora Bordin, que miraba a uno y a otro lado.

—Disculpen —dijo esforzándose en reír—. Hace una hora que busco a su cocinera, a la que necesito para hacer confituras.

La encontraron en la leñera, durmiendo como un tronco sentada en una silla. La sacudieron. Abrió los ojos.

—¿Y ahora qué pasa? ¡Usted siempre acosándome con sus preguntas!

Estaba claro que, en su ausencia, la señora Bordin se las hacía.

Germaine salió de su torpor y declaró que había tenido una indigestión.

—Me quedo aquí para atenderla —dijo la viuda.

Entonces advirtieron que en el patio había una gran toca de cintas volanderas. Era la señora Castillon, la mujer del granjero. Exclamó:

—¡Gorgu! ¡Gorgu!

Y desde el granero respondió su pequeña criada en voz alta:

—¡No está aquí!

Bajó al cabo de cinco minutos, con las mejillas coloradas, emocionada. Bouvard y Pécuchet le reprocharon su tardanza. Ella les desató las polainas sin rechistar.

A continuación se fueron a ver el arcón.

Sus fragmentos esparcidos alfombraban el cuarto del horno; las estatuillas estaban

dañadas, los batientes rotos.

Ante aquel espectáculo, nueva desilusión; a Bouvard le dieron ganas de echarse a llorar y Pécuchet se puso a temblar de pies a cabeza.

Gorgu, apareciendo casi al punto, explicó lo sucedido: acababa de sacar fuera el arcón para barnizarlo, cuando una vaca errabunda lo había arrollado.

—¿La vaca de quién? —preguntó Pécuchet.

—No lo sé.

—¡Ah!, ¡ha dejado usted la puerta abierta, como ahora! ¡Es culpa suya!

Por lo demás, renunciaban a sus servicios: hacía demasiado tiempo que andaba holgazaneando y no querían saber nada más de él ni de su trabajo.

Los señores estaban en un error. Después de todo, el daño no era tan grande. Antes de tres semanas, todo estaría acabado. Y Gorgu les acompañó hasta la cocina, a donde llegaba Germaine, arrastrándose, para hacerles la cena.

Vieron sobre la mesa una botella de calvados, tres cuartos vacía.

—¡Ha sido sin duda usted! —le dijo Pécuchet a Gorgu.

—¡Yo! ¡Jamás!

Bouvard objetó:

—Usted era el único hombre que había en la casa.

—Y bien, ¿y las mujeres? —prosiguió el trabajador con un guiño de soslayo.

Germaine la cogió al vuelo:

—¡Diga francamente que he sido yo!

—¡Por supuesto que ha sido usted!

—¿Y acaso he sido también yo quien ha hecho pedazos el arcón?

Gorgu hizo una pirueta:

—Pero ¿no ven que está borracha?

Entonces se enzarzaron como dos furias, él pálido, guasón, ella colorada como un tomate y arrancándose mechones de pelo grises bajo la cofia de algodón. La señora Bordin se ponía de parte de Germaine, Mélie de Gorgu.

La vieja estalló.

—¿No es una vergüenza que os paséis días enteros en el bosquecillo, por no hablar de la noche? ¡Parisién del demonio, explotador de mujeres! ¡Y encima viene a casa de nuestros amos para hacérsela tragar!

Las pupilas de Pécuchet se dilataron.

—¿Tragar qué?

—¡Le digo que se burla de ustedes!

—¡Nadie se burla de mí! —gritó Pécuchet.

E indignado por su insolencia, exasperado por tantos sinsabores, la despidió; ¡que abandonase inmediatamente la casa! Bouvard no se opuso a esta decisión y los dos se retiraron, dejando a Germaine sollozando por sus desgracias mientras la señora Bordin trataba de consolarla.

Por la noche, una vez calmados, reconsideraron los acontecimientos, se

preguntaron quién se había bebido el calvados, cómo se había hecho pedazos el mueble, qué quería la señora Castillon cuando llamaba a Gorgu, y si él había deshonrado a Mélie.

—¡No sabemos lo que pasa en nuestra casa —dijo Bouvard— y pretendemos descubrir cómo eran los cabellos y los amores del duque de Angulema!

Pécuchet añadió:

—¡Cuántos asuntos mucho más importantes, y aún más complicados!

De lo que concluyeron que los hechos exteriores no lo son todo. Había que completarlos con la psicología. Sin la imaginación, la Historia está llena de lagunas.

—¡Encarguemos algunas novelas históricas!

Primero leyeron a Walter Scott.

Fue como la sorpresa de un mundo nuevo.

Los hombres del pasado, que no eran para ellos más que fantasmas o simples nombres, se convirtieron en seres vivos, reyes, príncipes, brujos, criados, guardamontes, monjes, bohemios, mercaderes y soldados, que deciden, combaten, viajan, trafican, comen y beben, cantan y rezan, en las salas de armas de los castillos, en el negro banco de las posadas, por las calles tortuosas de las ciudades, bajo el tejadillo de los tenderetes, en el claustro de los monasterios. Paisajes dispuestos artísticamente rodean las escenas a modo de un decorado teatral. La mirada sigue a un caballero que galopa por las playas arenosas. Entre las retamas se aspira la frescura del viento, la luna ilumina unos lagos que surca una barca, el sol hace refulgir las corazas, la lluvia cae sobre las cabañas de ramas. Sin conocer los modelos, esas pinturas se les antojaban verosímiles, y la ilusión era completa. Así pasaron el invierno.

Tras almorzar, se instalaban en la salita, a uno y otro lado de la chimenea; y enfrente uno del otro, con un libro en la mano, leían en silencio. Al caer la tarde, se iban a pasear por la carretera general, cenaban deprisa y continuaban su lectura por la noche. Para protegerse de la luz de la lámpara, Bouvard usaba unos anteojos azules; Pécuchet llevaba la visera de la gorra inclinada sobre la frente.

Germaine no se había ido, y Gorgu iba de vez en cuando a entrecavar el huerto, pues habían cedido, por indiferencia, por desprecio hacia las cosas materiales.

Después de Walter Scott, Alejandro Dumas les divirtió como una linterna mágica. Sus personajes, ágiles como simios, fuertes como bueyes, alegres como unas pascuas, entran en escena y arrancan a hablar, saltan de los tejados al pavimento, reciben espantosas heridas, de las que se curan, se les cree muertos y reaparecen. Hay trampillas en el suelo, antídotos, disfraces y todo se mezcla, discurre y se desarrolla sin un instante para pensar. El amor conserva su decencia, el fanatismo es alegre, las matanzas hacen sonreír.

Vueltos exigentes con esos dos maestros, fueron incapaces de saborear el fárrago de *Belisario*^[66], la ingenuidad de *Numa Pompilio*, de Marchangy y del vizconde de Arlincourt^[67].

La ambientación colorista de Frédéric Soulié^[68] (así como la del bibliófilo Jacob^[69]) les pareció insuficiente y Villemain les escandalizó al mostrarles, en la página 85 de su *Lascaris*, a una española que fuma en pipa, «una larga pipa árabe», en pleno siglo xv.

Pécuchet consultaba la *Biografía universal*^[70] y emprendió la revisión de Dumas

desde un punto de vista científico.

En *Las dos Dianas*, el autor se equivoca de fechas. Las nupcias del Delfín francés tuvieron lugar el 14 de octubre de 1548, y no el 22 de marzo de 1549. ¿Cómo puede saber (véase *La página del duque de Saboya*) que Catalina de Médici, tras la muerte de su esposo, quería reanudar la guerra? Es poco probable que se coronara al duque de Anjou por la noche, en una iglesia, episodio que adorna *La dama de Montsoreau*. Pero es sobre todo *La reina Margot* la que está plagada de errores. El duque de Nevers no estaba ausente. Expuso su parecer en el Consejo antes de la Noche de San Bartolomé, y Enrique de Navarra no siguió la procesión cuatro días después. Enrique III no regresó de Polonia tan rápido. Por otra parte, ¡cuántas historietas insustanciales! El milagro del espino blanco, el balcón de Carlos IX, los guantes envenenados de Jeanne d'Albret; Pécuchet perdió su confianza en Dumas.

Hasta perdió todo su respecto por Walter Scott, debido a las meteduras de pata de su *Quentin Durward*. El asesinato del obispo de Lieja se adelanta en quince años. La mujer de Robert Lamarck era Jeanne d'Arachel, no Hameline de Croy. Lejos de haber muerto a manos de un soldado, su asesino fue Maximiliano, y la figura del Temerario, cuando fue encontrado su cadáver, no suponía amenaza alguna, puesto que los lobos lo habían medio devorado.

Bouvard siguió, no obstante, leyendo a Walter Scott, pero la repetición de los mismos efectos acabó por aburrirle. Normalmente la heroína vive en el campo con su padre, y el enamorado, raptado de niño, recupera sus derechos y triunfa sobre sus rivales. Siempre hay un mendigo filósofo, un castellano hosco, unas muchachas puras, unos servidores ingeniosos, e interminables diálogos, un moralismo tonto, una falta absoluta de profundidad.

Harto de aquel batiburrillo, Bouvard abordó a George Sand^[71].

Se entusiasmó con las bellas adúlteras y las nobles amantes, ¡le hubiera gustado ser Jacques, Simon, Bénédicte, Lélío, y vivir en Venecia! Lanzaba suspiros, no sabía qué le pasaba, se encontraba a sí mismo cambiado.

Pécuchet, que estaba centrado en la literatura histórica, estudiaba las obras teatrales.

Se tragó dos Faramundos, tres Clodoveos, cuatro Carlomagnos, varios Felipes Augustos, una multitud de Juanas de Arco y muchas marquesas de Pompadour, así como algunas conspiraciones de Cellamare.

Casi todas le parecieron más bobas aún que las novelas. Pues existe para el teatro una historia convenida, que nadie puede obviar. Luis XI no dejará de arrodillarse delante de los emblemas de su sombrero, Enrique IV será infaliblemente jovial, María Estuardo llorona, Richelieu cruel; en fin, todos los caracteres se muestran de una pieza, en aras de las ideas simples y por respeto a la ignorancia, de tal modo el dramaturgo, en vez de elevar, rebaja; en vez de instruir, embrutece.

Como Bouvard le había alabado a George Sand, Pécuchet se puso a leer *Consuelo*, *Horace*, *Mauprat*, y quedó seducido por la defensa de los oprimidos, el

lado social y republicano, las tesis.

Según Bouvard, estas estropeaban la ficción y pidió al gabinete de lectura unas novelas de amor.

Leyeron en voz alta y una tras otra *La nueva Eloísa*, *Delphine*, *Adolphe*, *Ourika*^[72]. Pero los bostezos de quien escuchaba se contagiaban a su compañero, cuyas manos no tardaban en dejar caer el libro al suelo.

Les reprochaban a todos ellos no hacer ni mención del ambiente, de la época, de la manera de vestir de los personajes. ¡Solo se habla del corazón, siempre de los sentimientos! ¡Como si no hubiera otra cosa en el mundo!

Luego probaron con las novelas de humor, como el *Viaje alrededor de mi cuarto* de Xavier de Maistre, y *Bajo los tilos* de Alphonse Karr. Se trata del tipo de libros en los que la narración se ve interrumpida para hablar del propio perro, de las babuchas o de la amante. Semejante desparpajo les encantó de entrada, pero luego les pareció estúpido, porque el autor acaba eclipsando la obra a fuerza de exhibirse él mismo.

Por necesidad de dramatismo, se enfrascaron en las novelas de aventuras; la intriga les interesaba tanto más cuanto más embrollada, extraordinaria e imposible era. Trataban de adivinar el desenlace, se volvieron muy buenos en este juego y se cansaron de una distracción indigna de una inteligencia formada.

La obra de Balzac les maravilló, como si fuera al mismo tiempo una Babilonia y como unas motas de polvo vistas al microscopio. Surgían aspectos nuevos de las cosas más banales. No habían sospechado que la vida moderna fuera tan profunda.

—¡Qué observador! —exclamaba Bouvard.

—Personalmente lo encuentro quimérico —terminó por decir Pécuchet—. Cree en las ciencias ocultas, en la monarquía, en la nobleza, se siente deslumbrado por los pillos, gasta los millones como si fueran céntimos, y sus burgueses no son tales, sino unos colosos. ¿Qué sentido tiene hinchar lo que es chato, y describir tantas tonterías? Ha escrito una novela sobre la química, otra sobre la Banca, otra sobre las imprentas, cómo un tal Ricard había hecho de «cochero», de «aguador», de «vendedor de cocos». Acabará habiéndolas sobre todos los oficios y todas las provincias, luego sobre todas las ciudades y los pisos de cada casa y sobre cada individuo, lo que no será ya literatura, sino estadística o etnografía.

A Bouvard poco le importaba el sistema adoptado. Él quería instruirse, ir más al fondo en el conocimiento de las costumbres. Releyó a Paul de Kock^[73], hojeó algunas viejas crónicas de *La expulsión de Antin*.

—¡Qué manera de perder el tiempo con semejantes insulseces! —decía Pécuchet.

—Pero un día se convertirán en algo muy curioso, como documentos.

—¡Vete a freír espárragos con tus documentos! ¡Yo pido algo que me exalte, que me eleve por encima de las miserias de este mundo!

Y Pécuchet, movido por el idealismo, empujó a Bouvard, insensiblemente, hacia la tragedia.

La lejanía en que transcurre, los intereses que se debaten en ella y la condición de

sus personajes les imponían como un sentimiento de grandeza.

Un día, Bouvard cogió *Atalía*, y recitó tan bien el sueño que Pécuchet quiso intentarlo a su vez. Desde la primera frase, su voz se perdió en una especie de bordoneo. Resultaba monótona y, aunque fuerte, indistinta.

Cargado de experiencia, Bouvard le aconsejó, para educarla, que la modulara desde el tono más bajo hasta el más alto, y replegarla emitiendo dos gamas, una ascendente y otra descendente; y también él se entregaba, por la mañana, a este ejercicio en su cama, tumbado de espaldas, siguiendo el precepto de los griegos. Mientras tanto, Pécuchet hacía lo propio; sus puertas estaban cerradas y cada uno berreaba por separado.

Lo que les gustaba de la tragedia era el énfasis, los discursos sobre política, las máximas cónicas.

Se aprendieron de memoria los diálogos más famosos de Racine y de Voltaire, y los declamaban por el pasillo. Bouvard, como en el Théâtre-Français, caminaba con una mano sobre el hombro de Pécuchet deteniéndose a intervalos, y revolvía los ojos, abría los brazos, lanzaba acusaciones al destino. Soltaba hermosos gritos de dolor en el *Filotectes* de La Harpe^[74], un bonito hipido en el *Gabrielle de Vergy*^[75], y cuando hacía de Dionisio, tirano de Siracusa^[76], una manera de mirar a su hijo llamándole «¡Monstruo, digno de mí!» que era verdaderamente terrible. Pécuchet se olvidaba de su papel. Eran los recursos los que le faltaban, no la buena voluntad.

En cierta ocasión, en la *Cleopatra* de Marmontel, se le ocurrió reproducir el silbido del áspid, tal como debió de hacerlo el autómatas inventado para la circunstancia por Vaucanson. Este efecto fallido les hizo reír hasta la noche. La tragedia decayó en su estima.

Bouvard fue el primero en cansarse de ella y, con franqueza, demostró lo artificiosa y envarada que era, lo ingenuo de sus recursos, lo absurdo de los confidentes.

Abordaron la comedia, que es la escuela de los matices. Hay que distorsionar la frase, subrayar las palabras, sopesar las sílabas. Pécuchet no consiguió salir del paso y fracasó rotundamente en el papel de Celimena.

Por otra parte, los enamorados le parecían muy fríos, los sofistas aburridísimos, los siervos insoportables, Clitandro y Sganarello tan falsos como Egisto y Agamenón.

Quedaba la comedia seria, o tragedia burguesa, aquella en que se ven padres de familia desconsolados, criados que salvan a sus amos, ricachones que regalan su fortuna, inocentes modistillas y viles seductores, un género que arranca con Diderot y llega hasta Pixérécourt. Todas estas obras que predicaban la virtud les disgustaron por su trivialidad.

El drama de 1830 les encantó por lo variado, su color, su juventud.

No establecían diferencia alguna entre Victor Hugo, Dumas o Bouchardy^[77], y la dicción no debía ser ya pomposa o fina, sino lírica, desordenada.

Un día que Bouvard trataba de hacer entender a Pécuchet la recitación de

Frédérick Lemaître, apareció de improviso la señora Bordin con su chal verde y un libro de Pigault-Lebrun que venía a devolver, ya que de vez en cuando tenían la gentileza de prestarle novelas.

—¡Continúen ustedes! —Pues estaba allí desde hacía un minuto, y le gustaba oírles.

Ellos se excusaron. Ella insistió.

—¡Dios mío! —dijo Bouvard—, ¡nada nos impide...!

Pécuchet alegó, por falsa vergüenza, que les era imposible actuar improvisadamente, sin trajes de época.

—¡Efectivamente! ¡Necesitaríamos disfrazarnos!

Y Bouvard buscó cualquier cosa, no encontró nada más que el gorro griego y lo cogió.

Como el pasillo no era lo bastante largo, bajaron al salón.

Por las paredes corrían unas arañas y los especímenes geológicos que atestaban el suelo habían blanqueado con su polvo el terciopelo de los sillones. Extendieron sobre el menos sucio un trapo de cocina para que la señora Bordin pudiera sentarse.

Había que obsequiarla con algo bonito. Bouvard se decantaba por *La torre de Nesle*. Pero Pécuchet temía los papeles que exigían demasiada acción.

—¡A ella le gustará algo más clásico! ¿*Fedra*, por ejemplo?

—Está bien.

Bouvard explicó el argumento.

—Trata de una reina cuyo marido tiene un hijo de otra mujer. Ella está loca por el joven. ¿Preparados? Pues adelante.

*¡Sí, príncipe, languidezco, me consumo por Teseo,
le amo!*

Y, hablándole al perfil de Pécuchet, admiraba su porte, su rostro, «esa cabeza encantadora», sintiendo mucho no haberle conocido en la flota de los griegos, pues le hubiera gustado perderse con él en el laberinto.

La borla del gorro rojo se inclinaba amorosamente, y su trémula voz, su rostro bonachón conjuraban al muy cruel a apiadarse de su fuego. Pécuchet, alejándose, jadeaba para expresar su emoción.

La señora Bordin, inmóvil, ponía unos ojos como platos, como en presencia de unos contorsionistas; Mélie escuchaba detrás de la puerta. Gorgu, en mangas de camisa, les miraba por la ventana.

Bouvard atacó la segunda tirada. Su mímica evocaba el delirio de los sentidos, el remordimiento, la desesperación, y se precipitó sobre la espada imaginaria de Pécuchet con tal violencia, que, tropezando con los guijarros, estuvo a punto de acabar por los suelos.

—¡No haga caso! Luego llega Teseo y ella se envenena.

—¡Pobre mujer! —dijo la señora Bordin.

Seguidamente le rogaron que les indicara un fragmento.

La elección la incomodaba. No había visto más que tres piezas teatrales: *Robert el Diablo* en la capital, *El joven marido* en Ruán y otra en Falaise, que era muy divertida y llevaba por título *La carretilla del vinagrero*^[78].

Por fin, Bouvard le propuso la gran escena de *Tartufo*, en el tercer acto.

Pécuchet creyó necesaria una explicación:

—Conviene saber que Tartufo...

La señora Bordin le interrumpió:

—¡Ya sabemos lo que es un tartufo!

Bouvard hubiera querido disponer, para un determinado pasaje, de un traje.

—No veo otro que el hábito de monje —dijo Pécuchet.

—¡No importa! ¡Póntelo!

Reapareció con él y un Molière.

El comienzo fue mediocre. Pero al ir Tartufo a acariciar las rodillas de Elmire, Pécuchet adoptó un tono de gendarme.

¿Qué hace ahí vuestra mano?

Bouvard, de inmediato, replicó con voz meliflua:

Palpo vuestro vestido, la tela es muy suave.

Y clavaba en él sus pupilas, alargaba la boca, aspiraba por la nariz, tenía un aire extremadamente lúbrico, terminó incluso por dirigirse a la señora Bordin.

Las miradas de aquel hombre la incomodaban, y cuando se detuvo, humilde y palpitante, ella buscaba casi una respuesta.

Pécuchet recurrió al libro:

La declaración es totalmente galante.

—¡Ah, sí! —exclamó ella—, buen engatusador está hecho.

—¿Verdad? —prosiguió orgullosamente Bouvard—. Pero aquí tiene a otro, de una distinción más moderna.

Y, tras deshacerse de la levita, se puso en cuclillas sobre una piedra, y declamó con la cabeza echada para atrás:

*Inunda mis pupilas con el fuego de tus ojos,
cántame una canción, como de noche, antaño,
cantabas con tus ojos anegados en lágrimas.*

«Esto va por mí», pensó ella.

*¡Seamos felices! ¡Bebamos! ¡Llena está la copa,
llegada es nuestra hora, solo locura el resto!*

—¡Qué cómico es usted!

Y ella reía con una risita, que le subía el pecho y descubría sus dientes.

*¿No es realmente dulce
amar, y saber que te aman de rodillas?*

Él se arrodilló.

—¡Acabe ya con esto!

*¡Oh, déjame dormir, soñar en tu regazo,
doña Sol, belleza mía, mi amor!*

—Aquí se oyen sonar unas campanas, un montañés les interrumpe.

—¡Por fortuna! Pues de lo contrario...

Y en vez de terminar la frase, la señora Bordin sonrió. Caía la tarde. Ella se levantó.

Había llovido hacía poco, y el camino por el hayedo estaba impracticable. Mejor volver por los campos. Bouvard la acompañó hasta el jardín para abrirle la puerta.

Primero caminaron a lo largo de las filas de árboles cortados en forma de huso, sin despegar los labios. Él estaba todavía emocionado por su declamación, y ella sentía en el fondo de su ser como una sorpresa, un encanto proveniente de la literatura. El arte, en ciertas ocasiones, hace vibrar a los espíritus mediocres, y hasta los intérpretes más inhábiles pueden revelar todo un mundo.

Había vuelto a asomar el sol, que hacía relucir las hojas y arrojaba manchas de luz, aquí y allá, en la espesura. Tres gorriones saltaban sobre un viejo tronco de tilo talado emitiendo pequeños gorjeos. Un espino en flor desplegaba su haz de ramas color de rosa, las lilas pendían pesadamente.

—¡Ah, qué bien sienta esto! —dijo Bouvard, aspirando el aire a pleno pulmón.

—¡La verdad es que se lo toma usted muy en serio!

—No es que tenga talento, pero le pongo toda la pasión de que soy capaz.

—Ya se ve... —prosiguió ella y, espaciando las palabras, añadió— que amó usted... en otro tiempo.

—¿Solo en otro tiempo, cree usted?

Y ella se paró.

—¡Yo no sé nada!

«¿Qué quiere decir?» Y Bouvard sentía que le latía el corazón.

Un charco en medio de la arena les obligó a dar un rodeo y a pasar por debajo del cenador.

Entonces hablaron de la representación.

—¿Cómo se llama su último fragmento?

—Está sacado de *Hernani*, un drama.

—¡Ah! —Luego, lentamente, hablando entre sí, dijo—: Debe de ser muy agradable un señor que le dice a una semejantes cosas en serio.

—A mandar —respondió Bouvard.

—¿Usted?

—¡Sí, yo!

—¡Bromea!

—¡En absoluto!

Y, tras haber echado una mirada a su alrededor, la tomó de la cintura, por detrás, y le estampó un beso en la nuca.

Ella palideció como si fuera a sufrir un desmayo, y se apoyó con una mano en un árbol; luego abrió los párpados y meneó la cabeza.

—Ya pasó.

Él la miraba, estupefacto.

Abierta la cancela, ella subió el escalón de la portezuela, al otro lado del cual corría un arroyuelo. Tras recogerse todos los pliegues de la falda, permanecía indecisa en el borde:

—¿Quiere que la ayude?

—Es inútil.

—¿Por qué?

—¡Ah!, ¡es usted demasiado peligroso!

Y, al saltar, enseñó una media blanca.

Bouvard se reprochó el haber desaprovechado la ocasión. ¡Bah! Ya habría otras, y además las mujeres no son todas iguales. A algunas hay que forzarlas, con otras le pierde a uno la audacia. En resumen, estaba satisfecho de sí mismo, y si no confió sus esperanzas a Pécuchet no fue ciertamente por delicadeza, sino por temor a alguna observación suya.

A partir de aquel día, declamaron a menudo delante de Mélie y de Gorgu, lamentando no tener un teatro de salón.

La joven criada se divertía sin comprender nada de todo aquello, pasmada por el lenguaje, fascinada por el sonsonete de los versos. Gorgu aplaudía las tiradas filosóficas de las tragedias y todo cuanto en los melodramas estaba destinado al pueblo; tanto es así que, encantados por sus disposiciones naturales, pensaron en darle lecciones para hacer de él más tarde un actor. Esta perspectiva tenía deslumbrado al ebanista.

Había corrido la voz de sus representaciones. Vaucorbeil aludió a ello con

palabras burlonas. La reacción general era de desprecio.

Ello no hacía sino aumentar su autoestima. Se consagraron al arte. Pécuchet se dejó crecer los bigotes. A Bouvard no se le ocurrió nada mejor, con su cara redonda y la calvicie, que ¡dejarse «una cabeza a lo Béranger»^[79]!

Por último, decidieron escribir una pieza teatral.

Lo difícil era el argumento.

Lo buscaban a la hora de la comida, y tomaban café, licor indispensable para el cerebro, y luego dos o tres copitas. A continuación iban a tumbarse un rato en la cama; tras lo cual bajaban al plantío de frutales, se paseaban por él y, por último, salían para encontrar en el exterior la inspiración, caminando lado a lado, y regresaban extenuados.

O bien se encerraban con doble vuelta de llave. Bouvard despejaba la mesa, ponía una hoja en blanco delante de él y mojaba la pluma y se quedaba con los ojos clavados en el techo, mientras Pécuchet, en el sillón, meditaba, con las piernas estiradas y la cabeza gacha.

A veces sentían un estremecimiento y como el viento de una idea; en el momento de atraparla esta había desaparecido.

Pero existen métodos para dar con un argumento. Se elige un título al azar y de él sale una historia; se desarrolla un proverbio, se combinan varias aventuras en una sola. Ni uno de esos medios condujo a nada. En vano hojearon colecciones de anécdotas, varios volúmenes de *Procesos célebres*, un montón de historias.

Soñaban con que les representaran en el Odeón, pensaban en los espectáculos, sentían nostalgia de París.

—¡Yo nací para actor, no para enterrarme en el campo! —decía Bouvard.

—También yo —respondía Pécuchet.

Tuvieron una iluminación: si les costaba tanto era porque no conocían las reglas.

Las estudiaron, en la *Práctica del teatro* de D'Aubignac^[80], y en algunas obras menos pasadas de moda.

En aquélla se discuten cuestiones importantes: si la comedia puede escribirse en verso; si la tragedia no excede sus límites al extraer su fábula de la historia moderna; si los héroes deben ser virtuosos; qué tipo de malvados exige; hasta qué punto están permitidos los horrores; que los detalles concurren a un único fin, que el interés vaya en crescendo y que el final se corresponda con el principio, sin duda.

Inventad recursos capaces de atraparme,

dice Boileau.

Pero ¿cómo inventar esos recursos?

Que en todos los discursos una ígnea pasión

al alma se dirija, la inflame y la trastorne.

¿Cómo inflamar el alma?

Así pues, las reglas no bastan; hace falta, además, el genio.

Y el genio no basta. Corneille, al seguir a la Academia Francesa, no entiende nada de teatro. Geoffroy denigró a Voltaire. Racine fue escarnecido por Subligny. La Harpe rugía solo de oír mencionar el nombre de Shakespeare.

Al desagradarles la vieja crítica, quisieron conocer la nueva, y se consiguieron las reseñas de los dramas aparecidas en la prensa.

¡Qué aplomo! ¡Qué parcialidad! ¡Qué falta de probidad! ¡Ultrajes a unas obras maestras, reverencias a unas sandeces; y las burradas de quienes pasan por sabios, y la necedad de los demás que se autoproclaman agudos!

Es, pues, al público a quien hay que remitirse.

Pero había obras que se aplaudían que a veces a ellos no les gustaban, y otras que se silbaban que tenían algo que les agradaba.

Bouvard sometió este dilema a la consideración de Barberou; Pécuchet, por su parte, le escribió a Dumouchel.

El ex viajante de comercio se asombró del entontecimiento que causaba la vida de provincias, su viejo amigo Bouvard se estaba volviendo un memo, en pocas palabras, «ya no estaba en sus cabales».

El teatro es un producto de consumo como otro cualquiera. Forma parte del artículo «París». Uno va a un espectáculo para divertirse. Es bueno lo que divierte.

—Pero ¡qué imbécil! —exclamó Pécuchet—, lo que te divierte a ti no tiene por qué divertirme a mí, y no dejará de cansar más pronto o más tarde a los demás y a ti mismo. Si las obras son escritas exclusivamente para ser representadas, ¿cómo es que las mejores de ellas son siempre las que se leen?

Y esperó la respuesta de Dumouchel.

Según el profesor, el éxito inmediato de una pieza teatral no probaba nada. *El misántropo* y *Athalie* habían sido un fracaso. *Zaïre* no es ya comprendida. ¿Quién habla hoy de Ducange y de Picard^[81]? Y recordaba todos los grandes éxitos contemporáneos, desde *La vieja Fanchon* hasta *Gaspard el pescador*, deploraba la decadencia de nuestra escena. La causa está en el desprecio por la literatura, o más bien por el estilo.

Entonces se preguntaron en qué consiste exactamente el estilo y, gracias a unos autores que les indicó Dumouchel, aprendieron el secreto de todos sus géneros.

Cómo se consigue el tono majestuoso, el mesurado, el ingenuo, la construcción elegante, el habla popular. «Perros» cobra fuerza si va acompañado de «voraces». «Vomitar» no se emplea más que en sentido figurado. «Fiebre» se aplica a las pasiones. «Ardimiento» resulta apropiado en verso.

—¿Y si escribimos versos? —dijo Pécuchet.

—¡Más tarde! Primero centrémonos en la prosa.

Se recomienda taxativamente elegir un clásico para amoldarse a él, pero todos tienen sus peligros, y no solo por defectos de estilo, sino también de lengua.

Semejante afirmación desconcertó a Bouvard y a Pécuchet, y se pusieron a estudiar la gramática.

¿Tenemos en nuestro idioma artículos definidos e indefinidos como en latín? Unos piensan que sí, otros que no. No se atrevieron a tomar posición.

El sujeto concuerda siempre con el verbo, excepto en aquellas ocasiones en que el sujeto no concuerda.

En otro tiempo, no se hacía ninguna distinción entre el adjetivo verbal y el participio presente; pero la Academia plantea una de difícil comprensión.

Les alegró saber que *leur*, como pronombre, se emplea para las personas, pero también para las cosas. Mientras que *on* y *en* se emplean para las cosas y a veces para las personas.

¿Se debe decir: «Esa mujer tiene buen aspecto» o «tiene un aspecto bueno»; «un leño de madera seca» o simplemente «madera seca»; «no dejar de» o «de que»; «se presentó una panda de ladrones» o «se presentaron»?

Otras dificultades: *autour* o *à l'entour*, entre los que Racine y Boileau no apreciaban diferencia alguna; *imposer* o *en imposer*, sinónimos en Massillon y en Voltaire; *croasser* o *coasser*, que La Fontaine confunde, pese a que sabía distinguir un cuervo de una rana.

Es cierto que los gramáticos no se ponen de acuerdo, viendo unos un bello rasgo de estilo allí donde otros descubren una falta. Admiten principios cuyas consecuencias rechazan, proclaman consecuencias cuyos principios niegan, se apoyan en la tradición, reniegan de los maestros, y tienen extraños refinamientos. Ménage^[82], en vez de *lentilles* y *cassonade*, aconseja vivamente *nentilles* y *castonade*. Bouhours^[83], *jérarchie* y no *hiérarchie*, y Chapsal^[84] los *oeils de la soupe*.

Pécuchet se quedó sobre todo asombrado con Génin^[85]. Pero ¡cómo! ¡Z'hannetons era preferible a *hannetons*, z'aricosts a *haricots*, y, bajo Luis XIV, se pronunciaba *Roume* y el señor de *Lioune* en vez de *Rome* y el señor de *Lionne*!

Littré les dio el golpe de gracia al afirmar que una ortografía segura no ha existido nunca ni puede existir.

Por todo ello llegaron a la conclusión de que la sintaxis es una fantasía, y la gramática una ilusión.

Por otra parte, una retórica nueva anunciaba por aquel entonces que hay que escribir como se habla y que todo puede estar bien si es algo sentido, fruto de la observación.

Como ellos habían sentido y creían haber observado, se consideraron capaces de escribir: una obra teatral te limita por su rígido esquema, pero una novela te permite más libertades. Para escribir una rebuscaron en sus recuerdos.

Pécuchet se acordó de uno de sus jefes de oficina, un indeseable, y se propusieron

vengarse de él en un libro.

Bouvard había conocido, en un cafetucho, a un viejo maestro de caligrafía borracho y miserable. Nada sería más gracioso que este personaje.

Al cabo de una semana se les ocurrió fusionar ambos asuntos en uno solo, sin hacer ningún progreso, por lo que pasaron a los siguientes: una mujer que causa la ruina de una familia; una mujer, su marido y su amante; una mujer obligada a ser virtuosa por una malformación, un ambicioso, un cura malvado.

Trataban de relacionar con estas vagas ideas cosas que les suministraba su memoria, suprimían, añadían.

Pécuchet se inclinaba por el sentimiento y la idea, Bouvard por la imagen y el color; y comenzaron a no entenderse, asombrándose cada uno por su parte de las cortas luces del otro.

Tal vez la ciencia llamada estética estuviera en condiciones de poner fin a sus disputas. Un amigo de Dumouchel, profesor de filosofía, les hizo llegar una lista de obras sobre la materia. Ellos trabajaban por separado, y se comunicaban sus reflexiones.

En primer lugar, ¿qué es lo Bello?

Para Schelling, es lo infinito que se expresa a través de lo finito; para Reid, una cualidad oculta; para Jouffroy, un hecho no analizable; para De Maistre, lo que es del agrado de la virtud; para el padre André, lo que es conforme a la razón.

Y existen además varios tipos de lo Bello: lo bello de las ciencias, la geometría es bella; lo bello de las costumbres, pues es innegable que la muerte de Sócrates fue bella. Lo bello del reino animal: la belleza del perro está en su olfato. Un cerdo no puede ser bello, vistas sus costumbres inmundas; tampoco una serpiente, porque evoca en nosotros la idea de indignidad.

Las flores, las mariposas, los pájaros pueden ser bellos. En conclusión, la idea primaria de lo Bello es la unidad en la variedad, he aquí el principio.

—Pero —manifestó Bouvard— dos ojos estrábicos son más variados que dos ojos normales y, sin embargo, producen normalmente menos buen efecto.

Abordaron la cuestión de lo Sublime.

Determinadas cosas son sublimes de por sí, como el fragor de un torrente, una tiniebla profunda, un árbol abatido por la tempestad. Un carácter es bello cuando triunfa, y sublime cuando lucha.

—Ya entiendo —dijo Bouvard—, lo Bello es lo Bello, y lo Sublime es lo muy Bello. ¿Cómo distinguirlos?

—Por medio del tacto —respondió Pécuchet.

—Y el tacto, ¿de dónde nace?

—¡Del gusto!

—¿Qué es el gusto?

Se lo define como un discernimiento especial, un juicio rápido, la facultad de distinguir determinadas relaciones.

—En suma, el gusto es el gusto, pero todo ello no nos dice la manera de tenerlo.

Hay que observar las buenas maneras, pero estas varían, y por más perfecta que sea una obra no siempre será irreprochable. Sin embargo, hay un Bello indestructible, cuyas leyes ignoramos, pues su génesis es misteriosa.

Considerando que una idea no puede traducirse en todas las formas, hemos de reconocer unos límites entre las artes y, en cada una de ellas, varios géneros; pero pueden nacer combinaciones en las que el estilo de una entrará en la otra a riesgo de desviarla de su finalidad, hacer que no sea verdadera.

La aplicación demasiado exacta de lo Verdadero daña a la Belleza, y la preocupación por la Belleza impide lo Verdadero; sin embargo, sin ideal no existe lo Verdadero; por eso los tipos son de una realidad más constante que los retratos. Por otra parte, el arte trata únicamente de lo verosímil, pero lo verosímil depende de quien observa, es algo relativo, pasajero.

Se perdían así en los razonamientos. Bouvard creía cada vez menos en la estética.

—Si no es una broma, su rigor se demostrará por medio de ejemplos. Ahora bien, ¡escucha!

Y leyó una nota que le había exigido muchas investigaciones.

—Bouhours^[86] le reprocha a Tácito el carecer de la sencillez que exige la Historia. El señor Droz, un profesor, critica a Shakespeare por su mezcla de lo serio y de lo jocoso. Nisard, otro profesor, considera que André Chénier no está, como poeta, a la altura del siglo XVII. Blair^[87], un inglés, deplora en Virgilio el cuadro de las Arpías. Marmontel se lamenta de las licencias de Homero. Lamotte^[88] no acepta la inmortalidad de sus héroes, Vida^[89] se indigna por sus comparaciones. En fin, ¡todos los autores de retóricas, de poéticas y de estéticas me parecen unos imbéciles!

—¡Exageras! —dijo Pécuchet.

Le asaltaban dudas, pues si los mediocres (como observa Longino) son incapaces de cometer errores, los errores son prerrogativa de los maestros, ¿y habrá que admirarlos, pues? ¡Esto es demasiado! ¡Pero los maestros son los maestros! Le hubiera gustado hacer concordar las teorías con las obras, poner de acuerdo a críticos y poetas, captar la esencia de lo Bello; y tales problemas le atormentaron tanto que le provocaron un derrame de bilis. Enfermó de ictericia.

Estaba el mal en su punto álgido cuando Marianne, la cocinera de la señora Bordin, fue a pedirle a Bouvard una cita para su ama.

La viuda no había vuelto a dar señales de vida desde la función dramática. ¿Era una insinuación? Pero ¿por qué por mediación de Marianne? Y durante toda la noche la imaginación de Bouvard se extravió.

Al día siguiente, a eso de las dos, se paseaba por el pasillo y miraba de vez en cuando por la ventana cuando sonó un campanillazo. Era el notario.

Este cruzó el patio, subió la escalera, se sentó en el sillón y, tras intercambiar las primeras cortesías, dijo que, cansado de esperar a la señora Bordin, se había adelantado. Esta deseaba comprarle Les Écalles.

Para Bouvard fue como un jarrón de agua fría y pasó a la habitación de Pécuchet.

Este no supo qué responder. Estaba preocupado, teniendo el señor Vaucorbeil que llegar al cabo de un rato.

Por fin llegó ella. Su retraso se explicaba por la importancia de su atuendo: un cachemir, un sombrero, unos guantes satinados, el traje de las grandes ocasiones.

Tras muchos circunloquios, ella preguntó si mil escudos no serían suficientes.

—¡Un acre! ¿Mil escudos? ¡Nunca!

Ella parpadeó:

—¡Ah, pero si es para mí!

Y los tres guardaron silencio. Entró el señor de Faverges.

Llevaba bajo el brazo, como un procurador, una cartera de marroquín, y tras dejarla sobre la mesa dijo:

—¡Son unos folletos de propaganda! Se refieren a la Reforma, un asunto de candente actualidad; pero he aquí algo que sin duda le pertenece.

Y alargó a Bouvard el segundo tomo de las *Memorias del diablo*^[90].

Lo estaba leyendo Mélie poco antes en la cocina; y puesto que había que vigilar las costumbres de aquella gente había creído obrar bien confiscando el libro.

Bouvard se lo había prestado a su sirvienta. Se habló de novelas.

A la señora Bordin le gustaban, cuando no eran lúgubres.

—¡Los escritores —dijo el señor de Faverges— nos pintan la vida con unos colores seductores!

—¡Pero hay que pintarla! —objetó Bouvard.

—¡Entonces, no hay más que seguir el modelo!...

—¡No se trata de ningún modelo!

—Convendrá al menos en que pueden caer en manos de una muchacha. Yo tengo una.

—¡Encantadora! —dijo el notario, adoptando la expresión propia de los días en que tenía que extender un contrato matrimonial.

—Pues bien, precisamente por ella, o más bien por las personas que la rodean, yo las prohíbo en mi casa, pues el Pueblo, querido señor...

—¿Qué le pasa al Pueblo? —dijo Vaucorbeil, apareciendo de repente en el umbral.

Pécuchet, que había reconocido su voz, fue a reunirse con el grupo.

—Sostengo —prosiguió el conde— que hay que mantenerle alejado de determinadas lecturas.

Vaucorbeil replicó:

—Entonces, ¿no es usted partidario de la instrucción?

—¡Claro que sí! ¡Por favor!

—¡Cuando se ataca al Gobierno todos los días! —dijo Marescot.

—¿Que tiene ello de malo?

Y el gentilhomme y el médico se pusieron a denigrar a Luis Felipe, recordando el

caso Pritchard^[91], las leyes de septiembre contra la libertad de prensa.

—¡Y la del teatro! —añadió Pécuchet.

Marescot no podía aguantarse más.

—¡Su teatro va demasiado lejos!

—¡En eso le doy la razón! —dijo el conde—, ¡hay obras que exaltan el suicidio!

—¡El suicidio es hermoso! Prueba de ello es Catón —objetó Pécuchet.

Sin responder al argumento, el señor de Faverges estigmatizó esas obras en las que se hacía escarnio de las cosas más sagradas, como la familia, la propiedad, el matrimonio.

—Pues bien, ¿y Molière, entonces? —dijo Bouvard.

Marescot, persona de gusto, respondió que Molière no sería hoy aceptado, y que además estaba un poco sobrevalorado.

—En fin —dijo el conde—, ¡Victor Hugo se mostró despiadado, sí, despiadado, con María Antonieta, cuando arrastró por el fango la figura de la Reina en el personaje de María Tudor!

—Pero ¡cómo! —exclamó Bouvard—, ¿yo, como autor, no tengo derecho a...?

—No, señor, no tiene usted derecho a mostrarnos el crimen sin acompañarlo de un correctivo, sin ofrecernos una lección.

A Vaucorbeil le parecía también que el arte debía tener un objetivo: ¡mirar por la elevación de las masas!

—Cántenos la ciencia, nuestros descubrimientos, el patriotismo.

Él admiraba a Casimir Delavigne^[92].

La señora Bordin elogió al marqués de Foudras^[93]. El notario prosiguió:

—Pero la lengua, ¿piensa usted en la lengua?

—¿En la lengua? ¿Qué lengua?

—¡Se refiere al estilo! —exclamó Pécuchet—. ¿Le parecen bien escritas sus obras?

—¡Por supuesto, muy interesantes!

Él se encogió de hombros, y ella se sonrojó ante la impertinencia.

Más de una vez, la señora Bordin había tratado de volver sobre el asunto que la había traído. Era demasiado tarde para cerrarlo. Salió del brazo de Marescot.

El conde repartió sus folletos, recomendando divulgarlos.

Estaba Vaucorbeil a punto de irse cuando Pécuchet le detuvo.

—Se olvida de mí, doctor.

Tenía el semblante tan amarillento que daba lástima, con sus bigotes y sus cabellos negros que pendían bajo una bufanda mal anudada.

—Tómese una purga —dijo el médico; y, dándole dos cachetitos como a un niño, agregó—: ¡Demasiado nervioso, demasiado artista!

Aquella familiaridad a Pécuchet le gustó. Le tranquilizaba, y cuando estuvieron solos, dijo:

—¿Tú crees que es algo serio?

—¡No! ¡Seguro!

Hicieron balance de las cosas que acababan de oír. Cada uno considera moral el arte según sus intereses. No hay amor por la literatura.

Luego hojearon juntos los folletos del conde. Pedían todos el sufragio universal^[94].

—Me parece a mí —dijo Pécuchet— que pronto se armará gresca. Porque lo veía todo negro, quizá a causa de la ictericia.

La mañana del 25 de febrero de 1848 corrió por Chavignolles la noticia, traída por un individuo que venía de Falaise, de que París estaba cubierto de barricadas, y al día siguiente se fijó en el Ayuntamiento la proclamación de la República.

Este gran acontecimiento dejó estupefactos a los burgueses.

Pero cuando se supo que la Corte de Casación, el Tribunal de Apelación, el Tribunal de Cuentas, el Tribunal de Comercio, el Colegio de Notarios, el Colegio de Abogados, el Consejo de Estado, la Universidad, los generales y el propio monsieur de la Rochejacquelein^[95] daban su adhesión al Gobierno provisional, los pechos se ensancharon; y como en París se plantaban árboles de la libertad, el Consejo municipal decidió que también hacían falta en Chavignolles.

Bouvard, contento por el triunfo del Pueblo como patriota que era, ofreció uno; en cuanto a Pécuchet, estaba muy contento porque la caída de la monarquía venía a confirmar con creces sus previsiones.

Gorgu, obedeciéndoles con celo, desarraigó uno de los álamos que bordeaban el prado de debajo de la Loma, y lo trasladó hasta el lugar designado, el «Paso de la Vaca», a la entrada del pueblo.

Antes de la hora de la ceremonia, los tres esperaban el cortejo.

Redobló un tambor, y apareció una cruz de plata; no tardaron en asomar dos antorchas llevadas por los cantores del coro, y el párroco con la estola, la sobrepelliz, la capa y el bonete. Cuatro monaguillos le acompañaban, un quinto llevaba el acetre para el agua bendita, y le seguía el sacristán.

El párroco se subió al reborde de la fosa donde se alzaba el álamo, adornado de cintas tricolores. Enfrente se veía al alcalde y a sus dos tenientes de alcalde, Beljambe y Marescot, luego a los notables, el señor de Faverges, Vaucorbeil, Coulon, el juez de paz, un buen hombre de aire soñoliento; Heurtaux iba tocado con una gorra de policía, y Alexandre Petit, el nuevo maestro, se había puesto la levita, una modesta levita verde, la de los domingos. Los bomberos, al mando de Girbal, empuñando el sable, formaban una sola fila; del otro lado brillaban las placas blancas de algunos viejos quepis de los tiempos de Lafayette, cinco o seis, no más, al haber caído en desuso la Guardia Nacional en Chavignolles. Campesinos y sus mujeres, obreros de las fábricas vecinas, mozalbetes se apiñaban detrás; y Placquevent, el guarda rural, desde su altura de más de metro ochenta, los controlaba con la mirada, mientras paseaba cruzado de brazos.

La alocución del párroco fue como la de los otros sacerdotes en idénticas circunstancias.

Tras haber hablado con vehemencia contra los reyes, glorificó la República.

¿Acaso no se dice la república de las letras, la república cristiana? ¿Qué más inocente que la una, qué más hermoso que la otra? Jesucristo formuló nuestra sublime divisa: el árbol del Pueblo era el árbol de la cruz. Para que la religión dé sus frutos, necesita de la caridad, y, en nombre de la caridad, el eclesiástico conjuró a sus hermanos a no causar desorden alguno, a volver a sus casas apaciblemente.

Luego asperjó el arbusto, implorando la bendición de Dios.

—¡Que pueda desarrollarse, y nos recuerde la liberación de toda esclavitud y esa fraternidad más beneficiosa que la sombra de sus ramas! ¡Amén!

Unas voces repitieron ¡Amén! Y, tras un redoble de tambor, el clérigo, entonando un tedeum, retomó el camino de la iglesia.

Su intervención había producido un efecto excelente. Las pobres gentes veían en ella una promesa de felicidad, los patriotas una deferencia, un homenaje rendido a sus principios.

Bouvard y Pécuchet consideraban que les hubieran tenido que agradecer su regalo, hacer al menos una alusión a él; y se sinceraron con Faverges y el médico al respecto.

¡Qué importaban semejantes miserias! Vaucorbeil estaba encantado con la Revolución, y también el conde. Detestaba a los Orleans. No les verían más; ¡buen viaje! ¡Todo para el pueblo en adelante! Y, seguido de Hurel, su factótum, fue a reunirse con el señor cura.

Foureau caminaba con la cabeza gacha, entre el notario y el posadero, humillado por la ceremonia, temeroso como estaba de que se produjera un motín; e instintivamente se volvía hacia el guarda rural, que deploraba con el capitán la ineptitud de Girbal y el mal comportamiento de sus hombres.

Pasaron unos obreros por la carretera, cantando *La Marsellesa*. Gorgu, en medio de ellos, blandía un junco; Petit los escoltaba, sin perderles de vista.

—¡Esto no me gusta ni un pelo! —dijo Marescot—, ¡vociferan, se exaltan!

—¡Ah, por Dios! —prosiguió Coulon—, ¡la juventud bien debe divertirse!

Foureau suspiró:

—¡Vaya una diversión! ¡Para que luego acabe en la guillotina!

Tenía visiones de cadalsos, no esperaba sino horrores.

También Chavignolles sufrió de rebote los motines parisinos. Los burgueses se abonaron a los periódicos. Por la mañana, la gente abarrotaba la oficina de correos, y la directora no habría podido librarse de ellos sin la colaboración del capitán, que la ayudaba de vez en cuando. Luego la gente se quedaba en la plaza, charlando.

La primera violenta discusión tuvo por objeto Polonia^[96].

Heurtaux y Bouvard pedían su liberación.

El señor de Faverges pensaba de modo distinto:

—¿Con qué derecho iríamos allí? ¡Sería lanzar Europa contra nosotros! ¡Nada de imprudencias!

Y como todo el mundo le daba su aprobación, los dos partidarios de la causa

polaca se callaron.

En otra ocasión, Vaucorbeil defendió las circulares de Ledru-Rollin.

Foureau replicó con la historia de los cuarenta y cinco céntimos.

—Pero el Gobierno —dijo Pécuchet— había abolido la esclavitud.

—Pero ¡qué me importa a mí la esclavitud!

—Pues bien, ¿y qué me dice de la abolición de la pena de muerte para los delitos políticos?

—¡Pues, claro! —prosiguió Foureau—, aquí se querría abolir todo. Pero ¿quién sabe? ¡Menudas pretensiones que tienen actualmente los inquilinos!

—¡Mejor! —Pues así los propietarios, según Pécuchet, se veían favorecidos—. El que posee un inmueble...

Foureau y Marescot le interrumpieron, gritando que era un comunista.

—¡Yo, comunista!

Y hablaban todos a la vez. Cuando Pécuchet propuso fundar un club, Foureau tuvo la osadía de responder que eso nunca se vería en Chavignolles.

A continuación, Gorgu reclamó unos fusiles para la Guardia Nacional, puesto que la opinión pública le había designado como instructor.

Los únicos fusiles que había eran los de los bomberos. Girbal los retenía. Foureau no tenía demasiado interés en entregarlos.

Gorgu le miró:

—Sin embargo, hay quien opina que sé cómo usarlos.

Porque a sus varias habilidades unía la de cazador furtivo, y a menudo el alcalde y el posadero le compraban una liebre o un conejo.

—¡Pues cójalos, demonios! —dijo Foureau.

Esa misma tarde dio comienzo la instrucción.

Esta tenía lugar en el prado, enfrente de la iglesia. Gorgu, en blusón corto azul, una faja ciñéndole los riñones, ejecutaba los movimientos de manera automática. Su voz, al dar órdenes, era brutal:

—¡Escondan esas barrigas!

Y al punto Bouvard, conteniendo la respiración, encogía la tripa y enderezaba su trasero.

—¡Nadie ha dicho que se arqueen, maldita sea!

Pécuchet confundía las filas y los puestos, la media vuelta a la derecha con la media vuelta a la izquierda; pero el más inútil era el maestro; enclenque y pequeñajo, con una barba rubia en collar, se tambaleaba por el peso del fusil, cuya bayoneta molestaba a los que tenía al lado.

Llevaban pantalones de todos los colores, corrajes mugrientos, viejos uniformes demasiado cortos, que dejaban ver la camisa por los lados; y todos afirmaban «no tener otra cosa». Se abrió una suscripción para vestir a los más pobres. Foureau se hizo el rácano, pero las damas se distinguieron. La señora Bordin dio cinco francos, pese a su odio a la República. El señor de Faverges equipó a doce hombres y nunca

faltaba a la instrucción. Luego se instalaba en casa del tendero y pagaba la bebida al primero que llegaba.

Los poderosos de entonces le bailaban el agua servilmente a la clase baja. Los obreros ante todo. Se solicitaba el honor de ser uno de ellos. Estos se ennoblecían.

Los del cantón eran en su mayoría trabajadores del textil; otros trabajaban en las hilaturas del algodón y en una papelera, recién establecida.

Gorgu les fascinaba por su labia, les enseñaba el pugilato, llevaba a sus íntimos a tomar una copa a casa de la señora Castillon.

Pero los campesinos eran más numerosos; y los días de mercado, el señor de Faverges, paseándose por el lugar, se informaba de sus necesidades, trataba de convertirlos a sus ideas. Escuchaban sin responder, como el tío Gouy, dispuestos a aceptar cualquier tipo de gobierno con tal de que bajara los impuestos.

A fuerza de chácharas, Gorgu se hizo un nombre. Tal vez le llevaran a la Asamblea.

También el señor de Faverges pensaba en ello, aunque trataba de no comprometerse. Los conservadores oscilaban entre Foureau y Marescot. Pero como el notario no quería dejar su despacho, salió elegido Foureau. Un patán, un cretino. El médico se indignó por ello.

Suspendido en todas las oposiciones, echaba de menos París, y era la conciencia de su vida fracasada lo que le confería un aire taciturno. Ahora que se le ofrecía una carrera de más alcance, ¡qué desquite! Escribió una declaración de intenciones, y fue a leérsela a los señores Bouvard y Pécuchet.

Le felicitaron por ella; sus ideas eran coincidentes. Sin embargo, ellos escribían mejor, tenían conocimientos de historia, podían aspirar como él a la Cámara. ¿Por qué no? Pero ¿quién de los dos debía presentarse? Dio comienzo así una porfía de cortesías.

Pécuchet prefería a su amigo a él mismo.

—¡No, te corresponde a ti! ¡Tienes más prestancia!

—Es posible —respondía Bouvard—, pero ¡tú más cara dura!

Y, sin haber resuelto el problema, prepararon un plan de acción.

Esta manía de ser diputado había ganado también a otros. El capitán soñaba con ello bajo su gorra de policía, mientras fumaba con su cachimba, y también el instructor, en su escuela, así como el párroco entre una y otra oración, tanto es así que a veces se sorprendía con los ojos dirigidos al cielo, diciendo: «¡Haz, oh Dios mío, que sea diputado!».

Tras haber sido animado a ello, el médico se dirigió a casa de Heurtaux, y le expuso las posibilidades que tenía.

El capitán no se anduvo con ceremonias. Sin duda, Vaucorbeil era conocido, pero poco apreciado por sus colegas y principalmente por los boticarios. Todos maliciarían contra él; el pueblo no quería a un señor; sus mejores enfermos le dejarían; y, tras haber sopesado estos argumentos, el médico lamentó su débil posición.

Apenas se hubo ido, Heurtaux se fue a ver a Placquevent. ¡Entre viejos militares, el honor obliga! Pero el guarda rural, consagrado en cuerpo y alma a Foureau, se negó rotundamente a prestarle su apoyo.

El párroco le hizo ver al señor de Faverges que no era el momento. Había que dar tiempo a la República a desgastarse.

Bouvard y Pécuchet hicieron presente a Gorgu que no sería nunca lo bastante fuerte como para derrotar a una coalición de campesinos y burgueses, le llenaron de incertidumbres, le retiraron toda confianza.

Petit, por orgullo, había dejado traslucir su deseo. Beljambe le previno de que, si fracasaba, su destitución era segura.

Finalmente, monseñor ordenó al párroco que se mantuviera tranquilo.

Así pues, no quedaba más que Foureau.

Bouvard y Pécuchet le presentaron batalla, recordando su mala fe en la cuestión de los fusiles, su oposición al club, sus ideas retrógradas, su avaricia, e incluso convencieron a Gouy de que quería restablecer el antiguo régimen.

Por más vaga que pudiera sonarle la cosa al campesino, la detestaba con el odio acumulado en el ánimo de sus antepasados a lo largo de diez siglos, y puso en contra de Foureau a todos sus parientes y a los de su mujer, cuñados, primos, sobrinos segundos, toda una horda.

Gorgu, Vaucorbeil y Petit proseguían con la demolición del señor alcalde; y una vez despejado así el terreno, Bouvard y Pécuchet, sin que nadie se lo temiera, podían conseguirlo.

Echaron a suertes quién tenía que presentarse. La suerte no decidió nada, y fueron a consultarle el asunto al médico.

Este les dio una noticia. Flacardoux, redactor de *Le Calvados*, había presentado su candidatura. La desilusión de ambos amigos fue grande; cada uno, además de la suya propia, acusaba la del otro. Pero la política los encendía. El día de las elecciones supervisaron las urnas. Fue Flacardoux quien se impuso.

El señor conde había vuelto a dirigir sus miras hacia la Guardia Nacional, sin obtener la charretera de comandante. Los vecinos de Chavignolles pensaron en nombrar a Beljambe.

Este favor del público, extraño e imprevisto, dejó consternado a Heurtaux. Había desatendido sus deberes, limitándose a inspeccionar a veces las maniobras, y a exponer sus observaciones. ¡No importa! Le parecía monstruoso que se prefiriera un posadero a un antiguo capitán del Imperio, y tras la invasión de la Cámara^[97] el 15 de mayo dijo: «¡Si el grado militar se confiere así en la capital, ya no me extraña nada lo que sucede!».

Estaba comenzando la Reacción.

La gente daba crédito a lo de las computas de piña de Louis Blanc, al lecho de oro de Flocon, a las orgías reales de Ledru-Rollin, y como la provincia pretende conocer todo lo que pasa en París, los burgueses de Chavignolles no tuvieron dudas acerca de

estos infundios, y admitían los rumores más absurdos.

Una tarde, el señor de Faverges se fue a ver al párroco para comunicarle la llegada a Normandía del conde de Chambord.

Según Foureau, Joinville se disponía, con sus marinos, a meter en vereda a los socialistas. Heurtaux afirmaba que a no mucho tardar Luis Bonaparte sería cónsul.

Las fábricas cerraban. Bandas de pobres deambulaban por los campos.

Un domingo —era a primeros de junio—, un gendarme partió de improviso en dirección a Falaise. Los obreros de Acqueville, Liffard, Pierre-Pont y Saint-Rémy marchaban sobre Chavignolles.

Las tiendas cerraron, se reunió el Consejo; y este decidió, a fin de prevenir altercados, no oponer resistencia alguna. Los gendarmes fueron incluso acuartelados, con la orden expresa de no aparecer.

Pronto se oyó como un rugido de tempestad. Luego el canto de los girondinos hizo vibrar los cristales de las ventanas; y unos hombres, que iban cogidos del brazo, aparecieron por la carretera de Caen, polvorientos, sudorosos, harapientos. Llenaban la plaza. Se alzaba de ella un gran estruendo.

Gorgu y dos de sus compañeros entraron en la sala. El uno era flaco y de triste semblante, llevaba un chaleco de punto, con los botones de condecoración colgando. El otro, negro como el hollín, un maquinista sin duda, tenía el pelo cortado a cepillo, unas cejas pobladas y llevaba unos zapatos de cordones. Gorgu iba con su chaqueta sobre el hombro, como un húsar.

Permanecían los tres de pie, y los ediles, que estaban sentados en torno a la mesa cubierta por un tapete azul, les miraban, pálidos de la angustia.

—¡Ciudadanos! —dijo Gorgu—, ¡necesitamos trabajo!

El alcalde temblaba; le falló la voz.

Marescot respondió por él que el Consejo tomaría inmediatamente una resolución; y tras haber salido los compañeros, discutieron varias ideas.

La primera de ellas fue la de sacar piedra.

Para utilizarla, Girbal propuso hacer un camino de Angleville a Tournebu.

El de Bayeux prestaba exactamente el mismo servicio.

¡Se podía restaurar la balsa! ¡No era un trabajo suficiente! ¡O bien abrir una segunda balsa! Pero ¿dónde?

Langlois era de la opinión de que convenía levantar un terraplén a lo largo de Mortins, por si había inundaciones; era preferible, según Beljambe, desbrozar los brezales. ¡Imposible llegar a nada!... A fin de calmar a la multitud, Coulon bajó al soportal, y anunció que se prepararían unos grupos de trabajo de tipo asistencial.

—¿Asistencial? ¡No, gracias! —exclamó Gorgu—. ¡Abajo los aristócratas! ¡Exigimos el derecho al trabajo!

Era el problema candente del momento. Gorgu hacía de ello un título de gloria. Le aplaudieron.

Al darse la vuelta, se encontró codo con codo con Bouvard, a quien Pécuchet

había llevado hasta allí, y entablaron una conversación. No había prisa; el municipio estaba rodeado; el Consejo no escaparía.

—¿De dónde sacar dinero? —decía Bouvard.

—¡De los ricos! Por otra parte, el Gobierno ordenará unos trabajos.

—¿Y si no hay necesidad de ellos?

—¡Pues se harán por anticipado!

—¡Pero los salarios bajarán! —repuso Pécuchet—. ¡Cuando falta el trabajo es por un exceso de producción! ¡Y vais vosotros y pedís que se aumente!

Gorgu se mordía el bigote.

—Sin embargo..., con la organización del trabajo...

—¡Entonces, el Gobierno hará de patrón!

Algunos murmuraban en torno a ellos:

—¡No! ¡No! ¡No más patronos!

Gorgu se irritó.

—¡No importa! ¡Hay que proporcionar un capital a los trabajadores, o bien instituir formas de crédito!

—¿De qué modo?

—¡Ah! ¡Eso no lo sé! ¡Pero debe instituirse el crédito!

—Basta ya —dijo el maquinista—, estos payasos no hacen más que incordiarlos. Y subió escalinata arriba, declarando que echaría abajo la puerta.

Placquevent le recibió con la rodilla derecha doblada y los puños apretados:

—¡Acércate un poco más!

El maquinista retrocedió.

El abucheo de la multitud llegó hasta la sala; todos se levantaron con ganas de salir pitando. ¡Los socorros de Falaise no llegaban! Se deploraba la ausencia del señor conde. Marescot retorció una pluma. El tío Coulon gemía. Heurtaux montó en cólera porque no se sacaba a los gendarmes.

—¡Dé usted la orden! —dijo Foureau.

—¡No tengo ninguna orden que dar!

Pero el ruido se redoblaba. La plaza estaba repleta de gente; y todos miraban hacia la primera planta del Ayuntamiento, cuando en la ventana central, debajo del reloj, vieron asomar a Pécuchet.

Había tomado astutamente la escalera de servicio; y queriendo imitar a Lamartine, se puso a arengar a la multitud:

—¡Ciudadanos!

Pero la gorra, la nariz, la levita, toda su persona carecía de carisma.

El hombre del chaleco de punto le interpeló:

—¿Es usted obrero?

—No.

—Patrón, entonces.

—Tampoco.

—¡Pues bien, retírese!

—¿Por qué? —prosiguió orgullosamente Pécuchet.

Y enseguida desapareció del hueco de la ventana, agarrado por el maquinista. Gorgu vino en su ayuda.

—¡Déjele! ¡Es una buena persona!

Se habían cogido mutuamente de las solapas.

La puerta se abrió, y Marescot, en el umbral, proclamó la decisión municipal. Era una sugerencia de Hurel.

El camino de Tournebu tendría un desvío hacia Angleville, que llevaría al castillo de Faverges.

Era un sacrificio que se imponía el municipio en interés de los trabajadores.

Estos se dispersaron.

Al regresar a casa, unas voces de mujer hirieron los oídos de Bouvard y Pécuchet. Las sirvientas y la señora Bordin lanzaban exclamaciones, la viuda gritaba más fuerte, y apenas les vio dijo:

—¡Ah! ¡Menos mal! ¡Hace tres horas que les espero! ¡A mi pobre jardín no le queda ya un solo tulipán! ¡Hay inmundicias por todas partes del césped! ¡No hay forma de lograr que se largue!

—¿Quién?

—¡El tío Gouy!

Este había ido con una carretada de estiércol, y la había volcado desordenadamente en medio de la hierba.

—¡Y ahora está cavando! ¡Dense prisa para que acabe con eso!

—¡La acompaño! —dijo Bouvard.

En el exterior, al pie de la escalinata, un caballo enganchado a los varales de una carreta mordisqueaba una mata de adelfas. Las ruedas, al pasar rozando las platabandas, habían aplastado el boj, roto un rododendro, doblgado las dalias, y unos montoncitos de estiércol negro, como toperas, salpicaban el césped. Gouy lo estaba entrecavando con ardor.

Un día la señora Bordin había dicho imprudentemente que quería roturarlo. Él se había puesto a la tarea, y pese a su prohibición proseguía. Ésa era la manera en que él entendía el derecho al trabajo, los discursos de Gorgu le habían desbarajustado el cerebro.

Solo se fue ante las amenazas que Bouvard profirió en serio.

La señora Bordin, a modo de resarcimiento, no pagó la mano de obra y se quedó con el estiércol. Era una mujer juiciosa: la esposa del médico, e incluso la del notario, aunque de rango superior, le tenían consideración.

Los grupos de trabajo asistencial duraron una semana. No se produjo altercado alguno. Gorgu había abandonado el lugar.

No obstante, la Guardia Nacional permanecía en todo momento en estado de alerta: el domingo había una revista, desfiles militares a veces, y rondas cada noche.

Inquietaban al pueblo.

Tiraban de las campanillas de las casas en plan de broma; entraban en las alcobas donde los esposos roncaban en la intimidad del tálamo; y entonces se ponían a contar chistes verdes y el marido, tras levantarse, iba a por unas copas. Luego volvían al cuerpo de guardia para echar una partida de dominó, tomaban sidra, comían queso y el centinela, que se aburría en la puerta, la abría a cada minuto. Reinaba la indisciplina, debido a la blandura de Beljambe.

Cuando estallaron las Jornadas de Junio^[98], todo el mundo se mostró de acuerdo en «correr en ayuda de París», pero Foureau no podía dejar la alcaldía, Marescot su escribanía, el médico a su clientela, Girbal a sus bomberos. El señor de Faverges se hallaba en Cherburgo. Beljambe se metió en la cama. El capitán refunfuñaba: «¡No me quisieron a mí, pues que se las apañen!».

Bouvard tuvo la prudencia de retener a Pécuchet.

Las rondas por el campo se extendieron más lejos.

Se producían momentos de pánico, ocasionados por la sombra de un almiar, o las formas de las ramas: en una ocasión todos los guardias nacionales salieron huyendo. Al claro de luna, habían percibido, en un manzano, a un hombre con una escopeta, que les estaba apuntando.

En otra ocasión —hacía una noche oscura—, la patrulla, que se había parado en el hayedo, oyó a alguien delante de ella.

—¿Quién vive?

¡Ninguna respuesta!

Dejaron que el individuo continuase su camino, siguiéndole a distancia, ya que podía llevar pistola o una macana; pero una vez llegados al pueblo, pudiendo pedir ayuda, los doce hombres del pelotón se arrojaron a la vez sobre él, gritando:

—¡Documentación!

Le zarandearon y cubrieron de insultos. Habían salido los del cuerpo de guardia. Lo arrastraron hasta allí y, al resplandor de la vela que ardía sobre la estufa, reconocieron finalmente a Gorgu.

Llevaba un mísero gabán de lana ligera con las hombreras deshechas. Los dedos de los pies se le salían por los agujeros de los zapatos. Arañazos y contusiones ensangrentaban su rostro. Había adelgazado tanto que infundía espanto y revolvía los ojos como un lobo.

Tras acudir rápido, Foureau le preguntó la razón por la que se encontraba en el hayedo, por qué había regresado a Chavignolles, en qué había empleado su tiempo en las últimas seis semanas.

Eso a ellos no les incumbía. Era libre.

Plaquevent le cacheó para descubrir unos cartuchos. Le meterían preventivamente en prisión.

Bouvard se interpuso.

—¡Es inútil! —prosiguió el alcalde—. ¡Sabemos perfectamente lo que piensan

ustedes!

—¿Y entonces?

—¡Ah! ¡Tengan cuidado, se lo advierto! Tengan cuidado.

Bouvard no insistió más.

Entonces Gorgu se volvió hacia Pécuchet:

—Y usted, amo, ¿no dice nada?

Pécuchet agachó la cabeza, como si dudara de su inocencia.

El pobre diablo mostró una sonrisa de amargura.

—¡Yo, sin embargo, le defendí!

Apenas se hizo de día, dos gendarmes se lo llevaron a Falaise.

No compareció ante un consejo de guerra, pero fue condenado por el tribunal correccional a tres meses de cárcel por haber pronunciado discursos subversivos.

Desde Falaise, les escribió a sus antiguos amos que le enviaran cuanto antes un certificado de buena conducta, y como la firma debía ser compulsada por el alcalde o por su secretario, ellos prefirieron pedirle ese pequeño favor a Marescot.

Se les introdujo en un comedor decorado con unos platos de vieja fayenza; un reloj de Boule ocupaba el panel más estrecho. Sobre la mesa de caoba, sin mantel, había dos servilletas, una tetera y dos pocillos. La señora Marescot atravesó el piso con una bata de mañana de cachemir azul. Era una parisiense que se aburría en el campo. Luego entró el notario, con un birrete en una mano y un periódico en la otra; y enseguida, con aire amable, estampó su sello, por más que su protegido fuese un hombre peligroso.

—¡La verdad es que —dijo Bouvard— por unas simples palabras...!

—Discúlpeme, pero cuando la palabra incita al delito, querido señor...

—Sin embargo —prosiguió Pécuchet—, ¿cómo establecer una línea divisoria entre las frases inocuas y las culpables? Lo que hoy está prohibido, mañana recibirá el aplauso general.

Y censuró la manera feroz con que se trataba a los insurrectos.

Marescot alegó naturalmente la defensa de la sociedad, el bien público, la ley suprema.

—¡Disculpe! —dijo Pécuchet—, el derecho de uno solo es tan respetable como el de todos, y no tiene usted otra cosa que oponer a él más que la fuerza si se vuelve contra su axioma.

Marescot, en vez de responder, enarcó desdeñosamente las cejas. Con tal de que pudiera seguir redactando sus escrituras y vivir rodeado de sus cerámicas en su confortable casita, no había injusticia que pudiera inquietarle. Los negocios le reclamaban. Se excusó.

Su teoría del bien público les había indignado. Ahora los conservadores hablaban como Robespierre.

Otro motivo de asombro: Cavaignac iba de capa caída. La guardia móvil se volvió sospechosa. También Ledru-Rollin había perdido incluso la estima de

Vaucorbeil. Los debates sobre la Constitución no interesaron a nadie; y el 10 de diciembre todos los vecinos de Chavignolles votaron por Bonaparte.

Los seis millones de votos enfriaron la inclinación de Pécuchet por el Pueblo; y se puso a estudiar con Bouvard la cuestión del sufragio universal^[99].

Si es un derecho de todos, no puede ser ejercido con inteligencia. Siempre habrá un ambicioso que lo manipule, los otros obedecerán como un rebaño, al no estar los electores siquiera obligados a saber leer; por eso, según Pécuchet, se habían producido tantos fraudes en la elección presidencial.

—Fraude ninguno —prosiguió Bouvard—, yo más bien creo que el Pueblo es necio. Piensa en todos los que compran la Revalessière, la pomada Dupuytren^[100], el agua de olor de Châtelaines, etcétera. Esos bobos son los que forman la masa electoral, y nosotros tenemos que aguantar su voluntad. ¿Por qué no puede sacar uno, con la cría de conejos, un beneficio de tres mil francos? Porque una excesiva aglomeración causa una gran mortandad. Pues del mismo modo, por el solo hecho de que existe una multitud, el germen de la estupidez que se contiene en ella se desarrolla y causa unos efectos incalculables.

—¡Tu escepticismo me espanta! —dijo Pécuchet.

Más tarde, en primavera, se vieron con el señor de Faverges, que les puso al corriente de la Expedición de Roma^[101]. No se atacaría a los italianos, pero necesitábamos garantías. De lo contrario nuestra influencia se perdería. Nada más legítimo que esta intervención.

Bouvard desorbitó los ojos.

—¡Pero si sostenía usted lo contrario a propósito de Polonia!

—¡No es lo mismo!

Ahora se trataba del Papa.

Y el señor de Faverges, al decir: «Nosotros queremos, nosotros hacemos, nosotros contamos», hablaba en nombre de un grupo.

Bouvard y Pécuchet acabaron sintiendo desagrado tanto por las mayorías como por las minorías. La plebe, a fin de cuentas, valía tanto como la aristocracia.

El derecho de intervención les parecía equívoco. Buscaron sus principios en Calvo, Martens, Vattel^[102]; y Bouvard concluyó:

—Se interviene para reponer a un príncipe en el trono, para liberar al pueblo, o por simple precaución, cuando hay un peligro a la vista. ¡En ambos casos, se trata de un atentado contra el derecho ajeno, un abuso de fuerza, una violencia hipócrita!

—Pero los pueblos son solidarios entre sí, como los hombres —dijo Pécuchet.

—Es posible. —Y Bouvard se perdió en sus reflexiones.

Poco después comenzó la expedición de Roma al interior.

La élite de los burgueses parisienses manifestó su odio por las ideas subversivas saqueando dos tipografías. Se formaba el gran partido del orden.

Sus líderes de distrito eran el señor conde, Foureau, Marescot y el párroco. Todos los días, hacia las cuatro, se paseaban de un extremo a otro de la plaza, y comentaban

los acontecimientos. El tema principal de conversación era el reparto de los folletos de propaganda. Los títulos no dejaban de tener su miga: «Dios así lo quiere», «El paladín de la igualdad», «Salgamos del lodazal», «¿Adónde vamos?». Pero lo mejor eran los diálogos a la pata la llana, con imprecaciones y errores ortográficos, para la elevación moral de los campesinos. Gracias a una nueva ley, la difusión de las noticias estaba en manos de los prefectos, y acababan de encerrar a Proudhon en Sainte-Pélagie: era una inmensa victoria.

En general, los árboles de la libertad fueron cortados. Chavignolles obedeció la consigna. Bouvard vio con sus propios ojos los restos de su álamo en una carreta. Sirvieron para calentar a los gendarmes y se ofreció el tocón al señor cura, ¡que lo había bendecido, no obstante! ¡Qué escarnio!

El maestro no disimuló lo que pensaba.

Bouvard y Pécuchet le felicitaron por ello un día que pasaban por delante de su puerta.

Al día siguiente, él se presentó en su casa. Durante el fin de semana, ellos le devolvieron la visita.

Caía la tarde, la chiquillería acababa de irse, y el maestro de escuela, en mangas de camisa, estaba barriando el patio. Su mujer, que llevaba un pañuelo de madrás, daba el pecho a un niño. Una niña se escondió detrás de su falda; un crío repulsivo jugaba en el suelo, a sus pies; el agua jabonosa de la colada que se hacía en la cocina corría a lo largo de la pared.

—¡Ya ve —dijo el instructor— cómo nos trata el Gobierno!

Y acto seguido la emprendió contra el infame capital. ¡Había que democratizarlo, liberar la materia!

—¡No pido nada mejor! —dijo Pécuchet.

Al menos el derecho a la asistencia debía ser reconocido.

—¡Un derecho más! —dijo Bouvard.

¡No importa! El Gobierno provisional había sido débil al no ordenar la Fraternidad.

—¡Traten ustedes de establecerla!

Como ya no se veía, Petit mandó brutalmente a su mujer que subiera un candelero a su gabinete.

En las paredes encaladas, prendidos con alfileres, había los retratos litográficos de los oradores de la izquierda. Un anaquel con algunos libros dominaba un escritorio de abeto. Para sentarse había una silla, un taburete y una vieja caja de jabones; Petit fingía reírse de ello. Pero la miseria marcaba sus mejillas, y sus sienes estrechas denotaban una terquedad de mula, un orgullo irreductible. No aflojaría jamás.

—¡Esto es, por otra parte, lo que me sostiene!

Sobre una tabla había una pila de periódicos, y él expuso con palabras febriles los artículos de su credo: ¡desarmar a las tropas, la abolición de la magistratura, la igualdad de salarios, un nivel de vida medio que llevaría a la Humanidad a la edad de

oro, bajo la forma de República, con un dictador a la cabeza, un hombre fuerte que gestionase todo con decisión!

Luego cogió una botella de anís y tres vasos para brindar por el héroe, por la víctima inmortal, ¡por el gran Maximilien^[103]!

En el umbral apareció la sotana negra del párroco.

Tras haber saludado efusivamente a los presentes, abordó al maestro y le dijo casi en voz baja:

—¿Y qué hay de ese asunto de san José?

—No han dado nada —prosiguió el maestro.

—¡Es culpa suya!

—¡He hecho lo que he podido!

—¡Ah!, ¿de veras?

Bouvard y Pécuchet se levantaron por discreción. Petit les hizo sentarse de nuevo y, dirigiéndose al párroco, dijo:

—¿Es todo?

El padre Jeufroy dudó; luego, con una sonrisa que quería atenuar la reprimenda, dijo:

—Dicen que descuida un poco la Historia Sagrada.

—¡Oh! ¡La Historia Sagrada! —intervino Bouvard.

—¿Qué le reprocha, caballero?

—¿Yo? ¡Nada! ¡Solo que quizá hay cosas de más utilidad que la historia de Jonás y los reyes de Israel!

—¡Libre es usted de pensar lo que le plazca! —replicó con sequedad el sacerdote.

Y sin preocuparse de los extraños, o a causa de ellos, dijo:

—¡La hora del catecismo es demasiado corta!

Petit se encogió de hombros.

—Cuidado. ¡Perderá usted a sus becarios!

Los diez francos al mes de estos alumnos suponían el grueso de sus ganancias. Pero las sotanas le exasperaban:

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Vénguese, pues!

—Un hombre de mi carácter no se venga —dijo el cura, sin inmutarse—. Solo le recuerdo que la ley del quince de marzo nos atribuye la supervisión de la enseñanza primaria.

—¡Ah! ¡Lo sé perfectamente! —gritó el maestro—. ¡E incluso a los coroneles de la gendarmería! ¿Y por qué no al guarda rural? ¡Así estarían al completo!

Y se dejó caer sobre el taburete, mordiéndose los puños, conteniendo su rabia, sofocado por la conciencia de su propia impotencia.

El clérigo le tocó ligeramente en un hombro.

—¡No ha sido mi intención afligirle, amigo! ¡Cálmese! ¡Seamos un poco razonables!... Pronto será Pascua; espero que dé buen ejemplo, comulgando con los demás.

—¡Ah! ¡Eso es pedir demasiado! ¡Yo, yo, someterme a estupideces semejantes!

Ante esta blasfemia, el párroco palideció. Sus pupilas echaban chispas. Le temblaba la mandíbula:

—¡Cállese, desgraciado! ¡Cállese!... ¡Y pensar que es su mujer quien está a cargo de los paños de la iglesia!

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué ha hecho ella?

—¡Falta siempre a misa! ¡Como usted, por otra parte!

—¡Ah! ¡Por eso no se despide a un maestro de escuela!

—¡Pero se le puede trasladar!

El cura no dijo nada más. Estaba al fondo de la estancia, en la sombra. Petit, con la cabeza sobre el pecho, pensaba.

Aunque llegaran al otro extremo de Francia, comiéndose hasta el último céntimo en el viaje, volverían a encontrar allí, bajo nombres distintos, al mismo párroco, al mismo rector, al mismo prefecto; todos ellos, incluido el ministro, no eran sino eslabones de una cadena que lo estrangulaba. Ya había recibido un aviso, y llegarían otros. ¿Y luego? Y en una especie de alucinación, ¡se vio andando por una carretera, alforja al hombro, con sus seres queridos al lado, la mano tendida hacia una silla de posta!

En ese momento, a su mujer, en la cocina, le entró un ataque de tos; el recién nacido se puso a berrear, mientras el crío lloraba.

—¡Pobres niños! —dijo con dulzura el cura.

Entonces el padre estalló en sollozos:

—¡Sí, sí, todo lo que usted quiera!

—Cuento con ello —prosiguió el párroco.

Y, tras haber hecho una reverencia, dijo:

—¡Señores, muy buenas tardes!

El maestro de escuela permaneció con la cabeza entre las manos. Rechazó a Bouvard.

—¡No! ¡Déjeme! ¡Tengo ganas de morirme! ¡Soy un miserable!

Los dos amigos regresaron a su domicilio, felicitándose por su independencia. El poder del clero les aterraba.

Ahora se lo utilizaba para reafirmar el orden social. La República no tardaría en desaparecer.

Tres millones de electores se vieron excluidos del sufragio universal. Se exigió el depósito de garantía a la prensa, se restableció la censura. Se atacaban las novelas por entregas. La filosofía clásica era considerada peligrosa. Los burgueses predicaban el dogma de los intereses materiales y el pueblo parecía contento.

El de los campos volvía con sus viejos amos.

El señor de Faverges, que poseía propiedades en el Eure, fue elegido para la Cámara legislativa, y su reelección al Consejo General de Calvados se daba por descontada.

Consideró conveniente dar una comida a los notables del lugar.

El vestíbulo, donde tres criados les esperaban para que les entregasen sus gabanes, el billar y los dos salones en fila, las plantas en los jarrones chinos, los broncees sobre las chimeneas, los listeles dorados de los revestimientos, las gruesas cortinas, los anchos sillones, todo aquel lujo les impresionó de inmediato gratamente como si fuera una gentileza que tenían para con ellos; y al entrar en el comedor, ante el espectáculo de la mesa cubierta de carnes en platos de plata, con la hilera de vasos de cristal delante de cada uno, los entremeses aquí y allá y un salmón en medio, todos los rostros se distendieron.

Eran diecisiete, incluidos dos robustos hacendados, el subprefecto de Bayeux y un individuo de Cherburgo. El señor de Faverges pidió a sus invitados que disculparan a la condesa, indispuesta por una migraña; y tras unos cumplidos sobre las peras y los racimos de uva que llenaban cuatro cestillos en las esquinas, llegó la hora de referirse a la gran noticia: el plan de desembarco en Inglaterra^[104] por Changarnier.

Heurtaux lo deseaba como soldado, el párroco por odio a los protestantes, Foureau en interés del comercio.

—¡Expresan ustedes —dijo Pécuchet— sentimientos dignos de la Edad Media!

—¡La Edad Media tenía sus cosas buenas! —prosiguió Marescot—. ¡Como nuestras catedrales!...

—Sin embargo, señor, los abusos...

—¡Eso no tiene importancia, la Revolución no habría llegado!...

—¡Ah, la Revolución, ésa es la desgracia! —dijo el clérigo dejando escapar un suspiro.

—¡Pero todo el mundo ha contribuido a ella! Y perdone, señor conde, ¡los mismos nobles por su alianza con los filósofos!

—¿Qué quieren? ¡Luis XVIII legalizó el expolio! ¡Desde entonces, el régimen parlamentario nos mina las bases!...

Apareció un rosbif y, durante unos minutos, no se oyó más que el ruido de los tenedores y de las mandíbulas, con el paso de los sirvientes sobre el parquet y estas dos palabras repetidas: «¡Madeira! ¡Sauterne!».

El señor de Cherburgo retomó la conversación. ¿Cómo detenerse al borde del abismo?

—Entre los atenienses —dijo Marescot—, entre los atenienses, con los que tenemos muchos aspectos en común, Solón metió en cintura a los demócratas ampliando el censo electoral.

—Sería preferible —dijo Hurel— suprimir la Cámara; todo el desorden proviene de París.

—¡Descentralicemos! —dijo el notario.

—¡Ampliamente! —apostilló el conde.

Según Foureau, el municipio debía ser dueño y señor absoluto, hasta llegar a prohibir el tránsito por sus caminos a los viajeros, si lo consideraba conveniente.

Y mientras los platos se sucedían, gallina en su jugo, cangrejos de río, setas, ensalada de verduras, alondras asadas, se trataron muchos temas: el mejor sistema de impuestos, las ventajas de la gran cultura, la abolición de la pena de muerte; el subprefecto no olvidó citar esa frase encantadora de un hombre ingenioso: «¡Que empiecen los señores asesinos^[105]!».

Bouvard estaba sorprendido por el contraste entre las cosas que le rodeaban y las que se decían, pues siempre parece que las palabras deben corresponderse con los ambientes, y que los altos techos están hechos para los pensamientos elevados. No obstante, llegó colorado a los postres y entreveía las computeras como a través de una niebla.

Habían tomado vinos de Burdeos, de Borgoña y de Málaga... El señor de Faverges, que se conocía el paño, hizo descorchar champán. Los comensales, trincando, bebieron por el éxito de la elección, y eran más de las tres cuando pasaron al fumadero para tomar el café.

Sobre una consola, entre unos números de *L'Univers*, había una caricatura del *Charivari*^[106]; representaba a un ciudadano, cuyos faldones de la levita dejaban ver una cola, que terminaba en un ojo. Marescot dio una explicación al respecto. Rieron mucho.

Tomaban licores, y la ceniza de los cigarros caía sobre la tapicería de los muebles. El párroco, queriendo convencer a Girbal, atacó a Voltaire. Coulon se durmió. El señor de Faverges declaró su fidelidad a Chambord.

—Las abejas ponen a prueba la monarquía.

—¡Pero los hormigueros, la república!

Por lo demás, el médico ya no aguantaba más.

—¡Tienen ustedes razón! —dijo el subteniente—. ¡La forma de gobierno importa poco!

—¡Con libertad! —objetó Pécuchet.

—Un hombre honrado no la necesita —replicó Foureau—. ¡Yo no suelto discursos! ¡No soy periodista! ¡Y sostengo que Francia quiere ser gobernada con mano de hierro!

Todos reclamaban un salvador.

Y, al salir, Bouvard y Pécuchet oyeron que el señor de Faverges le decía al padre Jeufroy:

—Hay que restablecer la obediencia. ¡La autoridad deja de existir si se discute! ¡El derecho divino, no hay más que esto!

—¡Así es exactamente, señor conde!

Los pálidos rayos de un sol de octubre se proyectaban detrás de los bosques, soplaban un viento húmedo y, al caminar sobre las hojas muertas, respiraban como liberados.

Todo lo que no habían podido decir se escapó en exclamaciones:

—¡Qué idiotas! ¡Qué bajeza! ¡Era difícil imaginar tanta terquedad! Para empezar,

¿qué significa el derecho divino?

El amigo de Dumouchel, ese profesor que les había instruido sobre estética, respondió a la pregunta con una sabia carta.

La teoría del derecho divino fue formulada en tiempos de Carlos II por el inglés Filmer.

Hela aquí:

«El Creador concedió al primer hombre la soberanía del mundo. Fue transmitida a sus descendientes, y el poder del Rey emana de Dios: “Él es su imagen”, escribe Bossuet. La potestad paterna nos prepara para la dominación de uno solo. Los reyes están concebidos sobre el modelo de los padres.

»Pero Locke refutó esta doctrina. La potestad paterna se distingue de la monarquía, al tener todo súbdito el mismo derecho sobre sus hijos que el monarca sobre los suyos. La realeza no existe más que por la elección popular; es más, a la elección se hacía mención en la ceremonia de la coronación, cuando dos obispos, señalando al Rey, preguntaban a los nobles y a los villanos si le aceptaban como tal.

»Así pues, el Poder emana del Pueblo. ¡Tiene el derecho a “hacer todo lo que le plazca”, dice Helvétius, “de cambiar su constitución”, dice Vattel, “de rebelarse contra la injusticia”, pretenden Glafey, Hotman, Mably, etcétera! Y santo Tomás de Aquino le autoriza a liberarse de un tirano. Incluso, dice Jurieu, “se le dispensa de tener razón”».

Asombrados por el axioma, cogieron el *Contrato social*, de Rousseau.

Pécuchet lo llevó hasta sus últimas consecuencias; luego, tras cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás, hizo el análisis:

—Se presupone una convención en base a la cual el individuo alienó su propia libertad. El pueblo, al mismo tiempo, se comprometía a defenderle contra las desigualdades de la Naturaleza, y le hacía propietario de cuanto posee.

¿Dónde está la prueba del contrato?

¡En ninguna parte! Y la comunidad no ofrece garantía alguna. Los ciudadanos se ocuparán exclusivamente de política. Pero ante la necesidad de los oficios, Rousseau aconseja la esclavitud. Las ciencias han echado a perder al género humano. El teatro es corruptor, el dinero funesto, y el Estado debe imponer una religión, so pena de muerte.

Pero ¡cómo!, se dijeron ellos, ¡si eso era el pontificado de la democracia!

Todos los reformadores lo han copiado, y se consiguieron el *Examen del socialismo*, de Morand^[107].

El primer capítulo expone la doctrina saint-simoniana^[108].

En el vértice está el *Padre*, Papa y Emperador a un tiempo. Abolición de las

herencias, todos los bienes muebles e inmuebles irán a formar un fondo social, que será explotado con un criterio jerárquico. Los industriales gestionarán los caudales públicos. Pero nada que temer: el jefe será «el que más ame».

Se echa de menos una cosa, a la Mujer. De la llegada de la Mujer depende la salvación del mundo.

—No comprendo.

—¡Ni yo!

Y abordaron el fourierismo.

Todas las desgracias derivan de la constricción. Que se liberen las fuerzas de atracción, y reinará la Armonía.

Nuestra alma encierra doce pasiones principales: cinco egoístas, cuatro anímicas, tres distributivas. Las primeras tienden al interés del individuo, las siguientes al de los grupos, las últimas al de los grupos de grupos, o series, cuyo conjunto es el Falansterio, sociedad de mil ochocientas personas que viven en un palacio. Todas las mañanas, unos coches llevan a los trabajadores al campo, y los traen al atardecer. Se enarbolan estandartes, se dan fiestas, se comen pasteles. Cada mujer, si así lo desea, puede tener tres hombres: el marido, el amante y el progenitor. Para los solteros, se instituye el bayaderismo^[109].

—¡Esto me gusta! —dijo Bouvard.

Y se sumió en los sueños del mundo armoniano.

Con el restablecimiento de los ciclos naturales, la Tierra se volverá más bella; la vida humana se prolongará por el cruce de razas. Se dirigirá a las nubes igual que se hace ahora con el rayo, lloverá de noche sobre las ciudades para limpiarlas. Habrá barcos que atravesarán los mares polares deshelados bajo las auroras boreales. Pues todo se produce por la conjunción de dos fluidos —macho y hembra—, que brotan de los polos, y las auroras boreales son un síntoma del celo del planeta, una emisión prolífica.

—A esto no llego —dijo Pécuchet.

Después de Saint-Simon y de Fourier, el problema quedó reducido a una mera cuestión salarial.

Louis Blanc^[110], en interés de los obreros, quiere la abolición del comercio exterior; Lafarelle, que se graven las máquinas; otro, que se desgraven las bebidas, o bien que se restablezcan los gremios de los maestros de los oficios, o que se distribuyan sopas. Proudhon imagina una tarifa uniforme, y reclama para el Estado el monopolio del azúcar.

—Tus socialistas —decía Bouvard— piden siempre la tiranía.

—¡Qué va!

—¡Es así!

—¡Eres absurdo!

—¡Pues tú me sacas de quicio!

Mandaron pedir las obras de las que no conocían más que resúmenes. Bouvard

señaló varios puntos y, enseñándoselos, dijo:

—¡Lee tú mismo! Nos proponen como ejemplo a los esenios, a los hermanos moravos, a los jesuitas del Paraguay, y hasta el régimen carcelario. Entre los icarianos^[111], se come en veinte minutos, las mujeres paren en el hospital. En cuanto a los libros, está prohibido imprimirlos sin la autorización de la República.

—Pero Cabet es un idiota.

—Pues aquí tienes entonces a Saint-Simon: los publicistas someterán sus trabajos a un comité de industriales; y a Pierre Leroux: la ley obligará a los ciudadanos a escuchar a un orador; y a Auguste Comte: los sacerdotes educarán a la juventud, dirigirán todas las obras del espíritu, e incitarán al Poder a que regule la procreación.

Estos documentos afligieron a Pécuchet. Por la noche, en la cena, replicó:

—Estoy de acuerdo en que entre los utopistas hay cosas ridículas; pero merecen nuestro aprecio. Les apenaba lo repulsivo que es el mundo, y, para hacer este más hermoso, todos tuvieron que sufrir mucho. Acuérdate de Tomás Moro decapitado, de Campanella torturado en siete ocasiones, de Buonarroti con una cadena al cuello, de Saint-Simon muriéndose de hambre, y de otros muchos más. Habrían podido vivir tranquilos; ¡pero no! Siguieron su camino, con la cabeza alta, como unos héroes.

—¿Crees que el mundo —prosiguió Bouvard— cambiará gracias a las teorías de un señor?

—¡Eso qué importa! —exclamó Pécuchet—, ¡no son estos unos tiempos para encenagarse en el egoísmo! ¡Busquemos el mejor sistema!

—Entonces, ¿piensas encontrarlo?

—¡Por supuesto!

—¿Tú?

Y a Bouvard le entró tal ataque de risa que le bailaban rítmicamente los hombros y la panza. Más rojo que las mermeladas, con su servilleta debajo del sobaco, repetía: «¡Ja, ja, ja!» de una manera irritante.

Pécuchet salió de la estancia dando un portazo.

Germaine le llamó a grandes voces por toda la casa, y le encontraron al fondo de su cuarto sentado en una butaca, sin fuego ni candela y la gorra echada sobre las cejas. No estaba enfermo, sino sumido en sus reflexiones.

Pasada la desavenencia, reconocieron que a sus estudios les faltaba una base: la economía política.

Se documentaron sobre la oferta y la demanda, el capital y los intereses, la importación, la prohibición.

Una noche, Pécuchet fue despertado por el ruido de unas botas en el pasillo. La víspera, como de costumbre, había echado él mismo todos los cerrojos, por lo que llamó a Bouvard, que dormía profundamente.

Permanecieron inmóviles en sus camas. El ruido no recommenzó.

Tras preguntar a las criadas, estas dijeron no haber oído nada.

Pero, al pasearse por su jardín, observaron en medio de una platabanda, cerca de

la empalizada, la huella de una suela, y dos estacas del encañado rotas. Era evidente que habían escalado por él.

Había que avisar al guarda rural.

Como no estaba en el Ayuntamiento, Pécuchet se dirigió al tendero.

¿Y a quién vio en la rebotica, al lado de Placquevent, entre los parroquianos? ¡A Gorgu nada menos! Gorgu trajeado como un burgués e invitando a los presentes.

Este encuentro no quería decir nada.

Pronto llegaron a la cuestión del Progreso^[112].

Bouvard no ponía en duda el progreso en el terreno científico. Pero la cosa no estaba tan clara por lo que hace a la literatura; y si bien el bienestar aumenta, la vida ha perdido su esplendor.

Pécuchet, para convencerle, tomó un pedazo de papel:

—Trazo oblicuamente una línea ondulada. Todo el que la siga, cada vez que la línea desciende, dejará de ver el horizonte. Y sin embargo la línea asciende, y, pese a los altibajos, acabará llegando a la cima. Esta es la imagen del Progreso.

Entró la señora Bordin.

Era el 3 de diciembre de 1851. Traía el periódico.

Leyeron de prisa, uno al lado del otro, el llamamiento al pueblo, la disolución de la Cámara, el encarcelamiento de los diputados^[113].

Pécuchet palideció. Bouvard miraba detenidamente a la viuda.

—Pero ¡cómo! ¿No dice usted nada?

—¿Qué quieren que haga yo? —Habían olvidado ofrecerle un asiento—. ¡Y yo que he venido pensando que les daría una alegría! ¡Ah! ¡No están ustedes nada amables hoy!

Y salió, molesta por su descortesía.

La sorpresa les había hecho enmudecer. Luego fueron por el pueblo a desfogar su indignación.

Marescot, que les recibió en medio de sus contratos, era de otra opinión. La cháchara de la Cámara había terminado, gracias a Dios. Por fin habría una política de hechos.

Beljambe ignoraba los acontecimientos, y, por otra parte, le traían sin cuidado.

En el mercado, pararon a Vaucorbeil.

El médico estaba de vuelta de todo aquello.

—¡Hacen ustedes mal atormentándose por eso!

Foureau, que pasaba por allí, dijo con aire burlón:

—¡Los demócratas están hundidos!

Y el capitán, del brazo de Girbal, exclamó de lejos:

—¡Viva el Emperador!

Pero Petit tenía que comprenderles, y, tras haber llamado Bouvard a la ventana, el maestro de escuela abandonó la clase.

Encontraba de lo más gracioso que Thiers estuviera en la cárcel. Lo cual era una

venganza para el pueblo.

—¡Ja, ja, señores diputados, ha llegado su turno!

Las descargas de fusilería en los bulevares recibieron la aprobación de Chavignolles. ¡Ningún perdón para los vencidos, ni tampoco piedad para las víctimas! Tan pronto como uno se rebela, es considerado un desalmado.

—¡Demos gracias a la Providencia! —decía el párroco—, y después de ella a Luis Bonaparte. ¡Se rodea de los mejores hombres! El conde de Faverges será senador.

Al día siguiente, recibieron la visita de Placquevent.

Esos señores habían hablado demasiado. Les invitaba a estarse calladitos.

—¿Quieres saber lo que yo pienso? —dijo Pécuchet—. Pues que los burgueses son gente feroz, los obreros unos celosos, los curas serviles, y el pueblo acepta finalmente a todos los tiranos con tal de que pueda llenarse el buche, ¡Napoleón ha hecho bien! ¡Que lo amordace, lo pisotee y lo extermine! ¡Nunca será bastante para su odio al derecho, su cobardía, su ineptitud y su ceguera!

Bouvard pensaba: «¡Ah, el Progreso, menuda broma!». Y añadió:

—¡Y la política, menuda porquería!

—No es una ciencia —prosiguió Pécuchet—. Es preferible el arte de la guerra, pues puede preverse lo que va a suceder; tal vez deberíamos ocuparnos de él.

—¡Ah, no, gracias! —replicó Bouvard—. Todo me disgusta. ¡Haríamos mejor vendiendo nuestra casa y yéndonos a donde sea, con los salvajes!

—¡Como tú quieras!

Mélie, en el patio, estaba sacando agua.

La bomba de madera tenía una larga palanca. Para bajarla, Mélie inclinaba los riñones y entonces se le veían las medias azules hasta la altura de la pantorrilla. Luego, con gesto rápido, alzaba el brazo derecho, mientras volvía ligeramente la cabeza, y Pécuchet, mirándola, sentía algo totalmente nuevo, un encanto y un placer infinitos.

Dieron comienzo unos días tristes.

Por temor a quedar decepcionados, abandonaron sus estudios, y los vecinos de Chavignolles los evitaban, la prensa tolerada por el régimen no informaba ya de nada, y su soledad era profunda, su inercia total y absoluta.

A veces abrían un libro, para volver a cerrarlo al cabo de poco; ¿para qué? Otros días se les ocurría limpiar el huerto, pero un cuarto de hora después se sentían fatigados; o eran presa del desaliento al ver el estado de su alquería; o bien se ocupaban de las tareas domésticas, pero Germaine empezaba con sus quejas; renunciaron.

Bouvard quiso redactar un catálogo del museo, pero llegó a la conclusión de que no eran más que estúpidos cachivaches.

Pécuchet pidió prestada la escopeta a Langlois para disparar las alondras; pero, al primer disparo, el arma estuvo a punto de matarle.

Vivían, pues, en medio de ese tedio de la vida de campo que se hace tan pesado cuando el cielo claro aplasta con su monotonía un corazón sin esperanza. Se oye el paso de un hombre calzado con unos zuecos yendo a lo largo del muro, o cómo caen del tejado las gotas de lluvia. De vez en cuando, una hoja muerta roza el cristal, revuela y se va. El viento trae unos indistintos tañidos fúnebres. En el fondo del establo, muge una vaca.

Bostezaban uno frente al otro, consultaban el calendario, miraban el reloj de pared, esperaban la comida; y el horizonte era siempre el mismo: ¡unos campos enfrente, la iglesia a la derecha, una cortina de álamos a la izquierda; sus copas se mecían en medio de la bruma, perpetuamente, con aire triste!

Determinadas costumbres que hasta entonces habían tolerado les resultaban ahora insoportables. Pécuchet se volvía fastidioso con su manía de dejar su pañuelo encima del mantel, Bouvard no dejaba ya su pipa, y al hablar no paraba de balancearse. Se producían discusiones a propósito de los platos o de la calidad de la mantequilla. En aquel estar a solas, pensaban en cosas distintas.

Un suceso había perturbado a Pécuchet.

Dos días después del motín de Chavignolles, mientras paseaba su desengaño político, llegó a una avenida de frondosos olmos, y oyó exclamar a sus espaldas una voz:

—¡Detente!

Era la señora Castillon. Corría por el lado opuesto, sin haber reparado en su presencia. Un hombre que caminaba delante de ella se dio la vuelta. Era Gorgu; y se abordaron a unos dos metros de Pécuchet, del que los separaba la hilera de árboles.

—¿Es cierto —preguntó ella— que vas a combatir?

Pécuchet se metió en la zanja para oír.

—¡Pues sí —repuso Gorgu—, voy a combatir! ¿Y eso a ti qué te importa?

—¿Y tú me lo preguntas? —exclamó ella contorsionando los brazos—. Pero ¿y si te matan, amor mío? ¡Oh, quédate!

Y sus ojos azules eran más suplicantes aún que sus palabras.

—¡Déjame en paz! ¡Tengo que irme!

Ella mostró una sonrisa sardónica de cólera.

—La otra te lo ha permitido, ¿eh?

—¡Ni la mentes! —Y alzó su puño cerrado.

—¡No, amigo mío, no! Me callo, no diré nada.

Y unas gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas hasta el encañonado del cuello.

Era mediodía. Lucía el sol sobre la campiña, cubierta de mieses amarillas. En lontananza, se deslizaba lentamente la capota de un coche. Había una sensación de modorra en el aire, ni un grito de pájaro, ni un zumbido de insecto. Gorgu había roto una ramita y raspaba su corteza. La señora Castillon no levantaba la cabeza.

Pensaba, pobre mujer, en la inutilidad de sus sacrificios, en las deudas que había saldado, en sus compromisos futuros, en su reputación perdida. Pero, en vez de quejarse, le recordó los primeros tiempos de su amor, cuando iba, todas las noches, a reunirse con él en la alquería, hasta el punto de que una vez su marido, creyendo que se trataba de un ladrón, había disparado un pistoletazo por la ventana. La bala seguía incrustada en la pared.

—Desde el primer momento que te vi, me pareciste hermoso como un príncipe. ¡Me gustan tus ojos, tu voz, tus andares, tu olor! —Y añadió más bajito—: ¡Estoy loca por ti!

Él sonreía, halagado en su orgullo.

Ella le cogió los flancos con ambas manos, con la cabeza echada hacia atrás, en actitud de adoración.

—¡Querido mío! ¡Mi amor! ¡Alma mía! ¡Vida mía! Veamos, di, ¿qué quieres? ¿Dinero? Ya lo encontraremos. ¡La culpa es mía! ¡Te aburría! ¡Discúlpame! Encárgale trajes al sastre, toma champán, ve de juerga, te lo permito todo, todo. —Y, con un esfuerzo supremo, murmuró—: ¡También ella..., con tal de que vuelvas conmigo!

Él se inclinó sobre su boca, con el brazo en torno a su cintura, para impedir que se cayera, y ella balbucía:

—¡Corazón mío! ¡Amor mío! ¡Qué guapo eres! ¡Dios mío, qué guapo!

Pécuchet, inmóvil, hundido en la zanja hasta la altura de la barbilla, les observaba, jadeando.

—¡Nada de debilidades! —dijo Gorgu—, ¡solo faltaría que perdiese la diligencia! ¡Se prepara un buen golpe; y yo estoy metido en él! Dame diez céntimos para que le pague una copa al cochero.

Ella se sacó cinco francos de la bolsa.

—Ya me los devolverás. ¡Ten un poco de paciencia! ¡Hace tanto tiempo que está parálítico! ¡Tenlo en cuenta! ¡Y si quieres, iremos juntos a la capilla de la Croix-Janval, y allí, amor mío, te juraré, ante la Virgen, casarme contigo, una vez que él haya muerto!

—¡Ah! ¡Ese marido tuyo no la espicha jamás!

Gorgu se había dado media vuelta. Ella le dio alcance; y le aferró por los hombros:

—¡Déjame ir contigo! ¡Seré tu criada! Necesitas a alguien. Pero ¡no me dejes! ¡Antes la muerte! ¡Mátame!

Se echaba a sus pies, tratando de coger sus manos para besárselas; se le cayó el gorrito, a continuación la peineta, y sus cortos cabellos se desparramaron. Eran blancos en las sienes, y como ella le miraba de arriba abajo, toda sollozante, con los párpados enrojecidos y los labios tumefactos, él se exasperó y la rechazó.

—¡Largo de aquí, vieja! ¡Buenas tardes!

Cuando ella se hubo levantado, se arrancó la cruz de oro que colgaba de su cuello y, lanzándola contra él, dijo:

—¡Toma! ¡Canalla!

Gorgu se alejaba, golpeando con su ramita las hojas de los árboles.

La señora Castillon no lloraba. Se quedó, con la boca abierta y las pupilas apagadas, sin hacer un solo movimiento, petrificada en su desesperación; ya no era un ser humano, sino una cosa en ruinas.

Lo que acababa de sorprender fue, para Pécuchet, como el descubrimiento de un mundo, ¡todo un mundo!, con sus luces deslumbrantes, sus florecimientos desordenados, sus océanos, tempestades, tesoros y abismos de una profundidad infinita; infundía una sensación de terror, pero ¡qué importa! Soñó con el amor, ambicionaba sentirlo igual que ella, inspirarlo como él.

Sin embargo, detestaba a Gorgu, y, en el cuerpo de guardia, le había costado lo suyo no traicionarlo.

El amante de la señora Castillon lo humillaba con su talle esbelto, sus caracoles simétricos en las sienes, su barba mullida, unos aires de conquistador; mientras que su pelo... se le pegaba al cráneo como una peluca mojada; su torso, en su hopalanda, se asemejaba a un travesaño, le faltaban dos colmillos y tenía una fisonomía severa. Consideraba que el cielo había sido injusto con él, se sentía un desheredado de la fortuna, y su amigo ya no le quería.

Bouvard le abandonaba todas las noches. Tras la muerte de su mujer, nada le hubiera impedido casarse con otra, que ahora le habría mimado y se ocuparía de la casa. Era demasiado viejo ya para pensar en tales cosas.

Pero Bouvard se miró en el espejo. Sus pómulos conservaban sus colores, seguía teniendo el pelo rizado como en otro tiempo, no le faltaba ningún diente, y, ante la idea de que podía aún gustar, sufrió un remozamiento. La señora Bordin surgió en su memoria. Se le había insinuado, la primera vez, con ocasión del incendio de los

almiars; la segunda, en la comida que habían dado; luego en el museo, durante la declamación, y últimamente había venido, sin rencor, tres domingos seguidos. Fue, pues, a su casa, y volvió, prometiéndose seducirla.

Desde el día en que Pécuchet había observado a la joven criada sacando agua, él le hablaba más a menudo; y ya barrierá el pasillo, colgara la ropa o removiera en las cacerolas, no se cansaba de mirarla, sorprendido él mismo de sus emociones, como en la adolescencia. Tenía momentos de fiebre y de languidez, y le perseguía el recuerdo de la señora Castillon estrechando a Gorgu.

Le preguntó a Bouvard cómo conseguían los libertinos tener mujeres.

—Les hacen regalos, las llevan a un restaurante.

—¡Muy bien! ¿Y luego?

—Las hay que fingen un desmayo, para que las lleven a un diván; otras dejan caer su pañuelo al suelo. Las mejores te dan una cita, con franqueza. —Y Bouvard se entregó a unas descripciones que no hicieron sino encender la imaginación de Pécuchet, como unos grabados obscenos—. La primera regla que hay que tener en cuenta es no creer lo que dicen. ¡He conocido a algunas que, bajo la apariencia de ser unas santas, eran verdaderas Mesalinas! ¡Ante todo, hay que ser atrevido!

Pero no se manda sobre el atrevimiento. Pécuchet posponía cada día su decisión, pues se sentía, por otra parte, intimidado por la presencia de Germaine.

Esperando que pidiese la cuenta, le exigió un sobreesfuerzo, tomaba nota de las veces que se emborrachaba, no dejaba de observar en voz alta su falta de limpieza, su pereza, y tan bien lo hizo que la despidieron.

¡Entonces Pécuchet fue libre!

¡Con qué impaciencia esperaba la salida de Bouvard! ¡Cómo le latía el corazón, una vez cerrada la puerta!

Mélie trabajaba junto a un velador, cerca de la ventana, a la claridad de una vela; de vez en cuando rompía el hilo con sus dientes, luego parpadeaba, para pasarlo por el ojo de la aguja.

En primer lugar, quiso saber qué tipo de hombres le gustaban. ¿Eran, por ejemplo, los del tipo de Bouvard? En absoluto; ella prefería a los delgados. ¡Se atrevió a preguntarle si había tenido enamorados!

—¡Nunca!

Luego, acercándose, contemplaba su naricita, su boquita de piñón, el óvalo de su cara. Le dirigió unos cumplidos y la exhortó a la cordura.

Inclinándose sobre ella, percibía en su corsé unas formas blancas de las que emanaba un tibio olor que le calentaba la mejilla. Una tarde, tocó con los labios los cabellos rebeldes de su nuca, y se sintió estremecer hasta la médula de los huesos. En otra ocasión, la besó en la barbilla, refrenándose para no morder su carne, de tan sabrosa como era. Ella le devolvió su beso. La estancia comenzó a dar vueltas. No veía ya nada.

Él le regaló un par de botines, y la invitaba a menudo a una copita de anís...

Para evitarle fatigas, se levantaba temprano, cortaba la leña, encendía el fuego, llegando hasta tener el detalle de lustrarle los zapatos a Bouvard.

Mélie no se desmayó, ni dejó caer su pañuelo, y Pécuchet no sabía qué hacer, pues su deseo aumentaba por temor a satisfacerlo.

Bouvard cortejaba con asiduidad a la señora Bordin.

Ella le recibía un poco ceñida con su vestido de seda tornasolada que crujía como los arreos de un caballo, mientras jugueteaba con su larga cadena de oro para aparentar serenidad.

Sus diálogos giraban sobre las gentes de Chavignolles o sobre su «difunto marido», que había sido oficial de justicia en Livarot.

Luego ella se informó acerca del pasado de Bouvard, llena de curiosidad por conocer «sus correrías de joven», y de paso acerca de su patrimonio, y cuáles eran los intereses que le unían a Pécuchet.

Él admiraba el esmero de su casa, y, cuando cenaba en ella, la limpieza del servicio y la excelencia de la mesa. Un desfile de platos de un sabor intenso, interrumpido a intervalos regulares por un vino añejo de Pommard, les conducía hasta los postres, y luego pasaban largo rato tomando el café; y la señora Bordin, dilatando las ventanillas de la nariz, mojaba en la tacita su labio carnoso, ligeramente sombreado por una pelusilla negra.

Un día, apareció escotada. Sus hombros fascinaron a Bouvard. Como estaba sentado en una sillita enfrente de ella, se puso a pasarle las dos manos a lo largo de los brazos. La viuda se molestó. Él no hizo ningún otro intento, pero se figuraba unas redondeces de una amplitud y de una consistencia maravillosas.

Una noche que lo que había preparado Mélie no le gustó, tuvo una alegría al entrar en el salón de la señora Bordin. ¡Era allí donde hubiera tenido que vivir!

El globo de la lámpara, recubierto de un papel rosa, difundía una luz tenue. Ella estaba sentada al amor del fuego; y le asomaba un pie por el borde del vestido. La charla decayó desde las primeras palabras.

Sin embargo, ella le miraba, las pestañas semicerradas, de un modo lánguido, con obstinación.

¡Bouvard no pudo aguantarse más! Y, tras arrodillarse sobre el parquet, balbució:

—¡La amo! ¡Casémonos!

La señora Bordin respiró con fuerza, luego, con aire ingenuo, dijo que bromeaba; sin duda, la gente se burlaría, no era algo razonable. Esta declaración la aturdía.

Bouvard objetó que no necesitaban el consentimiento de nadie.

—¿Qué nos lo impide? ¿Acaso el ajuar? Nuestra ropa blanca tiene la misma letra, ¡una B! Uniremos nuestras mayúsculas.

El argumento fue de su agrado. Pero un asunto de más peso le impedía decidirse antes de finales de mes. Y Bouvard gimió.

Ella tuvo la delicadeza de acompañarle de vuelta a casa, junto con Marianne, que llevaba un farol.

Los dos amigos se habían ocultado sus respectivas pasiones.

Pécuchet contaba con seguir guardándose para sí su amorío con la criada. Si Bouvard se oponía a él, ¿se la llevaría a otros lugares, aunque fuese a Argelia, donde la vida no es cara! Pero raramente se planteaba semejantes hipótesis, colmado de su amor, sin pensar en las consecuencias.

Bouvard hacía planes de convertir el museo en cámara nupcial, a menos que Pécuchet se negase a ello; en tal caso, viviría en el domicilio de su esposa.

Una tarde de la semana siguiente, estaba en casa de ella, en su jardín, las yemas comenzaban a abrirse, y había, entre las nubes, unos grandes claros azules, cuando ella se agachó para coger unas violetas, y dijo, ofreciéndoselas:

—¡Salude a la señora Bouvard!

—Pero ¡cómo! ¿Es cierto?

—Absolutamente cierto.

Él quiso estrecharla entre sus brazos, pero ella le rechazó.

—¡Qué hombre!

Luego, tras ponerse seria, le advirtió que no tardaría en pedirle un favor.

—¡Concedido lo tiene!

Fijaron la firma de su contrato para el jueves siguiente.

Nadie tenía que saber nada de ello hasta el último momento.

—¡De acuerdo!

Y salió, con los ojos fijos en el cielo, ligero como un cervatillo.

Pécuchet, esa misma mañana, se había prometido acabar con su vida si no conseguía los favores de su criada, y la había acompañado a la bodega, esperando que las tinieblas le hicieran audaz.

Ella había hecho varios intentos por irse; pero él la retenía para contar las botellas, elegir unas tablas, o ver el fondo de los toneles, lo que duraba ya un buen rato.

Ella se encontraba enfrente de él, bajo la luz de un tragaluz, de pie, con los párpados caídos, las comisuras de la boca un tanto levantadas.

—¿Me amas? —preguntó bruscamente Pécuchet.

—¡Sí! Le amo.

—Pues bien, entonces, ¡ demuéstremelo!

Y, ciñéndola con el brazo derecho, comenzó con la otra a desabrocharle el corsé.

—¿Me va a hacer daño?

—¡No! ¡Ángel mío! ¡No temas!

—Si el señor Bouvard...

—¡No le diré nada! ¡Estate tranquila!

Detrás había una pila de leña. Ella se dejó caer, los pechos fuera de la camisa, la cabeza echada hacia atrás, luego ocultó su rostro debajo de un brazo, y otro hubiera comprendido que no carecía de experiencia.

Pronto llegó Bouvard para cenar.

Comieron en silencio, temeroso cada uno de delatarse. Mélie les servía, impasible, como de costumbre; Pécuchet desviaba los ojos, para evitar los suyos, mientras que Bouvard, mirando las paredes, pensaba en futuros arreglos.

Ocho días después, el jueves, regresó furioso.

—¡La mala bruja!

—¿De quién hablas?

—De la señora Bordin.

Y contó que había llevado su locura hasta el punto de querer hacerla su mujer; pero que todo se había acabado, hacía un cuarto de hora, en el despacho de Marescot.

Ella había pretendido recibir como dote la finca de Les Écalles, de la que no podía disponer, porque, al igual que la alquería, había terminado de pagarla con dinero ajeno.

—¡Efectivamente! —dijo Pécuchet.

—¡Y yo hice la tontería de prometerle el favor que quisiera! ¡Y era eso lo que quería! ¡Pero yo me he negado rotundamente, y si ella me quisiera, habría cedido! — En cambio, la viuda, le había cubierto de insultos, había denigrado su físico, su panza —. ¡Mi panza! ¡Imagínate tú!

Pécuchet, sin embargo, había salido varias veces, caminaba con las piernas abiertas.

—¿Estás mal? —preguntó Bouvard.

—¡Sí, sí, estoy mal!

Y, una vez cerrada la puerta, Pécuchet, tras muchas vacilaciones, confesó que acababa de descubrirse una enfermedad secreta.

—¿Tú?

—¡Sí, yo!

—¡Ah, pobre muchacho!, ¿y quién te la ha pegado?

Y Pécuchet se puso todavía más colorado, diciendo en voz aún más baja:

—¡Solo puede haber sido Mélie!

Bouvard se quedó estupefacto.

Lo primero que había que hacer era despedir a la joven.

Ella protestó con aire cándido.

El caso de Pécuchet era grave, sin embargo; pero, avergonzado de su torpeza, no se atrevía a ir al médico.

Bouvard pensó en recurrir a Barberou.

Le hicieron un informe detallado de la enfermedad, para enseñárselo a un médico que la curaría por correspondencia. Barberou puso todo su celo en ello, convencido de que tenía que ver con Bouvard, y le llamó viejo verde, al tiempo que le felicitaba.

—¡A mi edad! —decía Pécuchet—, ¿no es triste?

—Le gustabas.

—Debería haberme avisado.

—¡La pasión no razona!

Y Bouvard se quejaba de la señora Bordin.

A menudo, la había sorprendido parada delante de Les Écalles, en compañía de Marescot, conferenciando con Germaine, ¡cuántos tejemanejes por un poco de tierra!

—¡Es una avara! ¡No hay otra explicación!

Rumiaban así sus desengaños, en la salita, al amor del fuego, Pécuchet, ingiriendo sus remedios, Bouvard, fumando en pipa, y disertaban sobre las mujeres.

—Extraña necesidad, pero ¿de veras es una necesidad? Nos empujan al crimen, al heroísmo y al embrutecimiento. El infierno bajo unas enaguas, el paraíso en un beso, arrullos de tórtola, ondulaciones de serpiente, zarpazos de gato, perfidia del mar, volubilidad de la luna. Enumeraron todos los lugares comunes sobre las mujeres.

Era el deseo de tener una lo que había interrumpido su amistad. Les entraron remordimientos.

—Basta de mujeres, ¿no? ¡Vivamos sin ellas!

Y se abrazaron afectuosamente.

Había que reaccionar; y Bouvard, tras la curación de Pécuchet, consideró que la hidroterapia les sería beneficiosa.

Germaine, tras volver después de la marcha de la otra, arrastraba todas las mañanas la bañera hasta el pasillo.

Los dos, desnudos como unos salvajes, se arrojaban grandes cubos de agua, luego corrían para llegar a sus habitaciones. Les vieron a través de la empalizada; no faltó quien se escandalizase.

Satisfechos de su régimen, quisieron mejorar su temperamento con la gimnasia.

Y tomando el manual de Amorós^[114], consultaron las tablas.

Todos aquellos muchachos, en cuclillas, tumbados, de pie, doblando las piernas, abriendo los brazos, enseñando el puño, levantando pesas, cabalgando potros, trepando por unas escalas, haciendo cabriolas en unos trapecios, un tal despliegue de fuerza y de agilidad provocó su envidia.

Sin embargo, las maravillas de la gimnasia que se describían en el prólogo no dejaron de apenarles. Pues ellos nunca iban a poder conseguirse un pabellón para los equipos, un hipódromo para las carreras, una piscina para la natación, ni una «montaña de la gloria», colina artificial, que tenía treinta y dos metros de altura.

Un potro de madera con relleno hubiera sido todo un dispendio, por lo que renunciaron a él; el tilo cortado en el huerto les sirvió de palo horizontal; y cuando consiguieron recorrerlo de un extremo a otro con habilidad, para disponer también de una barra vertical, plantaron de nuevo una de las viguetas de las contraespaldas. Pécuchet trepó hasta lo alto. Bouvard se resbalaba, volvía a caer siempre, hasta que finalmente desistió.

Le gustaron más los «bastones ortosomáticos», es decir, dos mangos de escoba atados mediante dos cuerdas, la primera de las cuales se pasa por debajo de las axilas, la segunda se enrolla en las muñecas; y durante horas, llevaba puesto aquel aparato, con el mentón alzado, sacando pecho y los codos pegados al cuerpo.

A falta de pesas, el carretero torneó cuatro trozos de fresno, que parecían unos panes de azúcar rematados en un cuello de botella. Hay que hacer pasar estas porras a derecha, a izquierda, hacia delante y hacia atrás; pero al ser demasiado pesadas, se les escapaban de los dedos, a riesgo de machacarles las piernas. No importa, se obcecaban con las «mazas persas» e incluso, temiendo romperlas, las frotaban todas las noches con cera y un trapo.

A continuación buscaron unos hoyos. Cuando encontraban uno apropiado, apoyaban en medio una larga pértiga y, lanzándose con el pie izquierdo, alcanzaban el otro borde, para luego volver a empezar. Siendo la campiña llana, se les veía de lejos; y los aldeanos se preguntaban qué eran aquellas dos cosas fuera de lo común que daban saltos en el horizonte.

Con la llegada del otoño se pusieron a hacer gimnasia de salón; les aburríó. ¡Cómo hubieran deseado tener un *trémousoir*, un sillón que imitaba los movimientos de una silla de posta, ideado en el reinado de Luis XIV por el abate de Saint-Pierre. ¿Cómo estaba construido? ¿Dónde informarse? Dumouchel no se dignó siquiera a responderles.

Entonces instalaron en el cuarto del horno un columpio braquial. Sobre dos poleas atornilladas en el techo se pasaba una cuerda que sostenía un travesaño en cada extremo. Apenas la habían cogido, uno daba un empujón con la punta de los pies, el otro bajaba los brazos hasta el suelo; el primero, con su peso, atraía al segundo, que, tras aflojar un poco la cuerda, se alzaba a su vez; en menos de cinco minutos chorreaban de sudor.

Para seguir las instrucciones del manual, intentaron convertirse en ambidextros, hasta el punto de privarse de la mano derecha temporalmente. Pero no fue esto todo: Amorós indica los versos que hay que canturrear durante los ejercicios, y Bouvard y Pécuchet, mientras caminaban, repetían el himno n.º 9: «Un rey, un rey justo es un bien sobre la Tierra». Y cuando se daban golpes de pecho: «Amigos, la corona y la gloria», etcétera. A paso de carrera entonaban:

*¡Que nos echen el galgo que se quiera!
¡Alcanzamos al ciervo a la carrera!
¡Sí! ¡Venceremos corriendo como gamos!
¡Corramos!, ¡corramos!, ¡corramos!*

Y, más jadeantes que unos perros, se animaban al ruido de sus voces.

Había un aspecto de la gimnasia que los exaltaba: era su empleo como medio de salvamento.

Pero hubieran hecho falta unos niños para aprender a llevarlos en unos sacos, y le pidieron al maestro de escuela que les proporcionara algunos. Petit objetó que las familias se molestarían. Rebajaron sus pretensiones al auxilio de los heridos. Uno fingía haberse desmayado, y el otro lo cargaba en una carretilla, con todo tipo de precauciones.

En cuanto a los asaltos militares, el autor preconiza la escala de Bois-Rosé, así llamada por el capitán que tomó por sorpresa Fécamp, en otro tiempo, escalando el acantilado.

Ateniéndose a la ilustración del libro, insertaron unos palos en un cordaje y lo amarraron al pie del cobertizo.

Una vez montado en el primer barrote, y cogido al tercero, se echan las piernas hacia fuera, para que el segundo, que antes se tenía contra el pecho, se encuentre justo debajo de los muslos. Tras enderezarse, se coge el cuarto y se continúa. Pese a sus asombrosos quiebros de cadera, no les fue posible alcanzar el segundo peldaño.

¿Acaso resultaba más fácil agarrándose a las piedras con las manos, como hicieron los soldados de Bonaparte al atacar Fort-Chambray?

A fin de entrenarse para tales empresas, Amorós tiene una torre en su establecimiento.

El muro en ruinas podía hacer las veces de torre. Intentaron el asalto.

Pero Bouvard, tras haber retirado demasiado rápido su pie de un agujero, tuvo

miedo y le entró vértigo.

Pécuchet le echó la culpa al método; habían descuidado lo que se refiere a las falanges, y por tanto tenían que volver a empezar.

Sus exhortaciones fueron inútiles; y en su presunción se decidió por los zancos.

Parecía predestinado por la naturaleza para ellos, pues enseguida utilizó el modelo más grande, con los palos de cuatro pies de altura; y, en equilibrio allí encima, recorría a paso largo el huerto, semejante a una gigantesca cigüeña de paseo.

Bouvard, en la ventana, le vio titubear y luego caerse cuán largo era sobre las judías, cuyas ramas, al romperse, amortiguaron su caída. Le recogieron cubierto de mantillo, con las ventanillas de la nariz sangrando, lívido, y él creía que le había salido una hernia.

Decididamente, la gimnasia no era adecuada para hombres de su edad, por lo que la dejaron, no atreviéndose ya a moverse por temor a sufrir un accidente, y se quedaban todo el santo día sentados en el museo soñando con otras ocupaciones.

Este cambio de hábitos influyó en la salud de Bouvard. Ganó peso, resoplaba tras las comidas como un cachalote, quiso adelgazar, comió menos, y se debilitó.

También Pécuchet se sentía «minado», tenía picores en la piel, y ronchas en la garganta.

—Eso no pinta nada bien, pero nada.

Bouvard pensó en ir a comprar a la posada unas botellas de vino español para entonarse el cuerpo.

Cuando salía de allí, el pasante de Marescot y tres hombres le traían a Beljambe una gran mesa de nogal; el «señor notario» se lo agradecía mucho. Había funcionado a la perfección.

Fue así como Bouvard tuvo conocimiento de la nueva moda de las mesas giratorias^[115]. Bromeó sobre ello con el pasante.

Pero ya en toda Europa, en América, en Australia y en las Indias, millones de mortales se pasaban la vida haciendo girar mesas, y descubrían la manera de convertir en profetas a los canarios, de dar conciertos sin instrumentos, de comunicarse por medio de unos caracoles. La prensa, al dar un tratamiento serio a esas patrañas, había reafirmado en su credulidad al público.

Los espíritus que daban golpes habían llegado al castillo de Faverges, desde donde se habían diseminado por el pueblo, y el notario era el más asiduo en interrogarles.

Ofendido por el escepticismo de Bouvard, invitó a los dos amigos a una velada de mesas giratorias.

¿Era acaso una trampa? Asistiría también la señora Bordin. Fue solo Pécuchet.

Había, en calidad de público, el alcalde, el recaudador de impuestos, el capitán, otros burgueses con sus mujeres, la señora Vaucorbeil y, efectivamente, la señora Bordin; además, una ex profesora de la señora Marescot, la señorita Laverrière, persona ligeramente bisoja con los cabellos grises que le caían en espirales sobre los

hombros, a la moda de 1830. En un sillón había un primo de París, que llevaba un frac azul y tenía un aire impertinente.

Las dos lámparas de bronce, los anaqueles de cachivaches, unas romanzas ilustradas sobre el piano, y unas acuarelas minúsculas en unos marcos exorbitantes causaban siempre el asombro de Chavignolles. Pero aquella tarde los ojos convergían todos hacia la mesa de caoba. La pondrían a prueba al cabo de un rato, y se le daba la importancia que se da a las cosas que encierran un misterio.

Doce invitados tomaron asiento en torno a ella, con las manos extendidas para tocarse con los meñiques. Solo se oía el tictac del reloj de pared. Los rostros denotaban una profunda atención.

Al cabo de diez minutos, varios se quejaban de hormigueos en los brazos. Pécuchet estaba incómodo.

—Hace usted fuerza —dijo el capitán a Foureau.

—¡En absoluto!

—¡Yo le digo que sí!

—¡Bueno, caballero!

El notario los calmó.

A fuerza de aguzar el oído, creyeron oír unos crujidos en la madera. ¡Pura ilusión! No se movía nada.

El otro día, cuando los Aubert y los Lormeau habían venido de Lisieux, y pidieron prestada expresamente la mesa de Beljambe, ¡todo había funcionado! ¡Pero aquella noche mostraba tal obstinación!... ¿Por qué?

Sin duda le molestaba la alfombra; y pasaron al comedor.

El mueble elegido fue un ancho velador en el que se instalaron Pécuchet, Girbal, la señora Marescot y su primo, el señor Alfred.

El velador, que tenía ruedecillas, se deslizó hacia la derecha; los operadores, sin desplazar los dedos, secundaron el movimiento, y aquél por sí solo dio dos vueltas más. Se quedaron estupefactos.

Entonces el señor Alfred articuló en voz alta:

—Espíritu, ¿qué te parece mi prima?

El velador, oscilando con lentitud, hizo oír nueve golpes.

Según un sistema en clave que traducía en letras el número de golpes, ello significaba «encantadora». Estallaron en aplausos.

Luego Marescot, para pinchar a la señora Bordin, ordenó al espíritu que dijera su edad exacta.

El pie de la mesa golpeó cinco veces.

—Pero ¡cómo que cinco años! —replicó Girbal.

—Las decenas no cuentan —repuso Foureau.

La viuda sonrió, ofendida en lo más vivo.

Las respuestas a las otras preguntas no llegaron, de tan complicado como era el alfabeto. Funcionaba mejor la tablilla, sistema rápido del que se servía la propia

señorita Laverrière para anotar en su álbum las comunicaciones directas con Luis XII, Clémence Isaure, Franklin, Jean-Jacques Rousseau, etcétera. Eran unos ingenios que vendían en la rue d'Aumale; el señor Alfred prometió que traería uno, y luego, vuelto hacia la ex profesora, añadió:

—Pero ahora un poco de piano, ¿no? ¡Una mazurca!

Vibraron dos acordes metálicos. Él cogió a su prima por la cintura, desapareció con ella, volvió. El aire levantado por el vestido que al pasar rozaba la puerta producía una cierta sensación de frescor. Ella echaba la cabeza para atrás, él redondeaba el brazo. Admiraron la gracia de la una, el aire fogoso del otro; y sin esperar a las pastas, Pécuchet se despidió, pasmado por la velada.

Por más que repitió: «¡Pero yo lo he visto!, ¡lo he visto!», Bouvard negaba los hechos y no obstante aceptó experimentar también él.

Durante quince días pasaron sus tardes, frente por frente el uno del otro, con las manos sobre una mesa, luego sobre un sombrero, sobre un canastillo, sobre unos platos. Todos estos objetos permanecieron inmóviles.

Pero no por eso el fenómeno de las mesas giratorias dejaba de ser menos cierto. El vulgo lo atribuye a unos espíritus, Faraday a la prolongación de la acción nerviosa. Chevreul a la inconsciencia de los esfuerzos, ¿o acaso, como admite Ségouin^[116], de un grupo de personas se desprende una energía, una corriente magnética?

Tal hipótesis hizo pensar a Pécuchet. Cogió de la biblioteca la *Guía del magnetizador*, de Montcabère^[117], la releyó atentamente, e inició a Bouvard en la teoría.

Todos los cuerpos animados reciben y comunican la influencia de los astros. Es una propiedad análoga a la virtud del imán. Dirigiendo esta fuerza es posible curar las enfermedades, he ahí el principio. La ciencia se ha desarrollado desde Mesmer, pero lo importante es siempre emanar el fluido y hacer unos movimientos que, primeramente, deben adormecer.

—Pues bien, ¡duérmeme! —dijo Bouvard.

—Imposible —replicó Pécuchet—; para sufrir la acción magnética y para transmitirla es indispensable la fe.

Luego, mirando atentamente a Bouvard, exclamó:

—¡Ah, qué lástima!

—Pero ¡cómo!

—¡Sí, si quisieras, con un poco de práctica, no habría magnetizador como tú!

Pues reunía todo cuanto hacía falta: facilidad de trato con la gente, una constitución robusta y una moral firme.

Esta facultad que acababan de descubrirle halagó a Bouvard. Se enfrascó de tapadillo en Montcabère.

Luego, como a Germaine le zumbaban los oídos hasta ensordecerla, una tarde dijo con tono de indiferencia:

—¿Y si probamos con el magnetismo?

La mujer no se negó. Bouvard se sentó delante de ella, tomó sus dos pulgares entre sus manos y la miró fijamente, como si no hubiese hecho otra cosa en su vida.

La buena de la mujer, con una estufilla debajo de los pies, comenzó a doblar el cuello; se le cerraron los ojos y se puso poco a poco a roncar. Al cabo de una hora de observarla, Pécuchet le dijo en voz baja:

—¿Siente algo?

Ella se despertó.

Al cabo de un poco recuperaría sin duda la lucidez.

Este éxito les envalentonó, y, retomando con aplomo el ejercicio de la medicina, cuidaron a Chamberlain, el pertiguero, de sus dolores intercostales; a Migraine, el albañil, aquejado de contracciones nerviosas en el estómago; a la vieja Varin, cuyo encefaloide de debajo de la clavícula precisaba, para madurar, la aplicación de emplastos de carne; a un gotoso, el padre Lemoine, que siempre andaba por las posadas; a un tísico, a un hemipléjico y a muchos otros. También trataron corizas y sabañones.

Tras la exploración de la enfermedad, se interrogaban con la mirada para saber qué pases magnéticos realizar, si debían ser grandes o pequeñas corrientes, ascendentes o descendentes, longitudinales, transversales, bigíditas, trigíditas o incluso quintidígitas. Cuando uno se cansaba, le sustituía el otro. Luego, tras volver a casa, anotaban sus observaciones en el diario de tratamiento.

Sus maneras untuosas se ganaron a la gente. Sin embargo, esta prefería a Bouvard, y su reputación llegó hasta Falaise, cuando hubo curado a la Barbuda, la hija del tío Barbey, un antiguo capitán de altura.

Esta sentía como si tuviera un clavo en el occipucio, hablaba con voz ronca, se pasaba a menudo varios días sin comer, luego devoraba yeso o carbón. Sus crisis nerviosas, que se iniciaban con sollozos, terminaban con derramamiento de lágrimas; y habían probado ya con ella todos los remedios, desde las tisanas hasta las moxas, por lo que, por cansancio, aceptó el ofrecimiento de Bouvard.

Una vez que hubo hecho salir a la criada y echado el cerrojos, se puso a friccionar su abdomen haciendo presión sobre los ovarios. El bienestar se manifestó por medio de suspiros y bostezos. Entonces le puso un dedo en el entrecejo, en la parte alta de la nariz, y de golpe se quedó inerte. Si le levantaban los brazos, estos volvían a caer; la cabeza mantuvo la posición que él le impuso, y los párpados entornados, sacudidos por un estremecimiento espasmódico, dejaban entrever los bulbos de los ojos que giraban lentamente; estos se fijaron en los ángulos, convulsos.

Bouvard le preguntó si sentía dolor; ella respondió que no. ¿Qué experimentaba en aquel momento? Ella podía ver el interior de su cuerpo.

—¿Qué ve?

—Un gusano.

—¿Qué hay que hacer para matarlo?

Frunció la frente:

—Lo intento..., pero no puedo, no puedo.

A la segunda sesión, ella se prescribió un caldo de ortigas; a la tercera, maro. Las crisis se atenuaron, desaparecieron. Era de veras como un milagro.

La digitación nasal no dio resultado con los demás; y para inducir al sonambulismo, proyectaron construir una tina mesmeriana. Pécuchet había recogido ya las limaduras de hierro y limpiado una veintena de botellas, cuando un escrúpulo le detuvo. Entre los enfermos, habría personas del otro sexo.

—¿Y qué haremos si les da un ataque de erotismo furioso?

Ello no hubiera detenido a Bouvard; pero era preferible evitar las habladurías y quizá algún chantaje. Se limitaron a una armónica de cristal, que llevaban con ellos a las casas, para gran regocijo de los niños.

Un día que Migraine se encontraba peor, recurrieron a ella. Aquellos sonidos cristalinos le exasperaron, pero Deleuze recomienda no asustarse por las protestas; la música continuó:

—¡Basta!, ¡basta! —gritaba Migraine.

—Un poco de paciencia —repetía Bouvard.

Pécuchet golpeaba más rápido sobre los platos de cristal, y el instrumento vibraba, y el pobre hombre aullaba, cuando apareció el médico, atraído por el estruendo:

—Pero ¡cómo! ¿Ustedes de nuevo? —exclamó, furioso de encontrarles siempre en casa de sus pacientes.

Ellos explicaron su medio magnético. Entonces él tronó contra el magnetismo, una sarta de sandeces, y cuyos efectos eran fruto de la imaginación.

Sin embargo, se magnetiza a animales. Así lo afirma Montacabère, y Fontaine llegó a magnetizar a una leona. Ellos no tenían ninguna leona, pero el azar les brindó otro animal.

Pues al día siguiente, a las seis, vino un esportillero a decirles que les reclamaban en la alquería a causa de una vaca medio desahuciada.

Ellos acudieron a toda prisa.

Los manzanos estaban en flor y la hierba, en el patio, humeaba al sol naciente. Al borde de la charca, medio cubierta por una sábana, mugía una vaca, tremolando por los cubos de agua que le arrojaban sobre el cuerpo, y, desmesuradamente hinchada, se hubiera dicho un hipopótamo.

Sin duda había ingerido algo «venenoso» paciando entre los tréboles. Los Gouy estaban desolados, pues el veterinario no podía ir, y un carretero que conocía las fórmulas contra las hinchazones no quería moverse; pero aquellos señores, que tenían una biblioteca famosa, debían de conocer algún secreto.

Tras arremangarse, se colocaron el uno delante de los cuernos y el otro detrás de la grupa, y con un gran esfuerzo interior y una gesticulación frenética, mantenían los dedos muy abiertos para mandar sobre el animal torrentes de fluido, mientras el granjero, su mujer y el mozo y algún vecino miraban poco menos que espantados.

El ruido de tripas que se oía en el vientre de la vaca provocó borborigmos en el fondo de sus entrañas. La vaca soltó una ventosidad. Entonces dijo Pécuchet:

—Es una puerta abierta a la esperanza, quizá un destaponamiento.

Se produjo el destaponamiento, y nació la esperanza bajo la forma de una masa de materia amarilla que estalló con la fuerza de un obús. La piel se distendió, la vaca se deshinchó; una hora más tarde no parecía ya la misma.

No era ello ciertamente efecto de la imaginación. Por tanto, el fluido contiene una virtud especial, que puede encerrarse en determinados objetos de los que es posible extraerla sin que se vea debilitada. Dicho método ahorra los desplazamientos. Lo adoptaron, y mandaban a su clientela fichas magnetizadas, pañuelos magnetizados, agua magnetizada, pan magnetizado.

Luego, profundizando en sus estudios, abandonaron los pases en favor del sistema de Puységur^[118], que reemplaza el magnetizador por un viejo árbol, en cuyo tronco se enrolla una cuerda.

Un peral de la finca parecía ni que pintado para ello. Lo prepararon abrazándolo con fuerza varias veces. Debajo colocaron un banco. Sus incondicionales se sentaban allí; y consiguieron resultados tan espectaculares que, para hundir a Vaucorbeil, le invitaron a una sesión con los notables del lugar.

No faltó ni uno.

Germaine les recibió en la salita, rogándoles que «tuvieran a bien disculpar» a sus amos, que llegarían enseguida.

De vez en cuando se oía sonar una campanilla. Eran enfermos que ella hacía acomodar en otra parte. Los invitados se daban con el codo para llamar la atención sobre las ventanas polvorientas, las manchas en los revestimientos, los desconchados en la pintura; y el huerto estaba en un estado que daba pena. ¡Madera seca por doquier! Dos palos, delante de la brecha del muro, impedían el paso al plantío de frutales.

Se presentó Pécuchet.

—A su entera disposición, señores.

Y al fondo, bajo el peral de Édouin, vieron a varias personas sentadas.

Chamberlan, sin barba, como un cura, y sotanilla de lana ligera, con un gorro de cuero, se abandonaba a los estremecimientos causados por su dolor intercostal; Migraine, que seguía sufriendo del estómago, hacía muecas cerca de él. La vieja Varin, para disimular su hinchazón, llevaba un chal enrollado con varias vueltas. El tío Lemoine, calzado sin calcetines, tenía las muletas debajo de las pantorrillas, y la Barbuda, endomingada, estaba pálida como un muerto.

Del otro lado del árbol, encontraron a otras personas: una mujer con semblante de albina se secaba las glándulas del cuello que le supuraban. El rostro de una niña medio desaparecía detrás de unas gafas azules. Un anciano, con la columna vertebral deformada por una contracción, golpeaba con sus movimientos involuntarios a Marcel, especie de idiota, cubierto con un blusón hecho jirones y unos pantalones

apedazados. Su labio leporino, mal recosido, dejaba ver sus incisivos, y tenía la mejilla vendada y tumefacta por una enorme fluxión.

Todos sujetaban en su mano una cuerdecilla que descendía del árbol; y los pájaros cantaban: el tibio olor del césped se expandía por el aire. El sol se filtraba por entre las ramas. Se caminaba sobre el musgo.

Sin embargo, los pacientes, en vez de adormecerse, abrían de par en par sus párpados.

—Hasta ahora, nada de especial —dijo Foureau—. Empiecen ustedes, yo me ausento un minuto.

Regresó, fumando con un Abd-el-Kader, último resto de la puerta de las pipas.

Pécuchet se acordó de un excelente método de magnetización. Metió dentro de su boca todas las narices de los enfermos y aspiró su aliento para atraer hacia sí la electricidad, al tiempo que Bouvard abrazaba el árbol para aumentar el fluido.

El albañil interrumpió sus hipidos, el pertiguero se sintió menos agitado, el hombre de la contractura dejó de moverse. Ahora podían acercarse a ellos, someterles a todas las pruebas.

El médico, con su lanceta, pinchó debajo de la oreja a Chamberlan, que se estremeció ligeramente. La sensibilidad en los demás fue evidente; el gotoso lanzó un grito. En cuanto a la Barbuda, sonreía como en sueños, y un hilillo de sangre le chorreaba por debajo de la mandíbula. Foureau, para comprobarlo por sí mismo, quiso coger la lanceta, y el doctor, tras haberse negado, dio un fuerte pellizco a la enferma. El capitán le cosquilleó las ventanillas de la nariz con una pluma, el recaudador estaba a punto de clavarle un alfiler debajo de la piel.

—Déjala en paz —dijo Vaucorbeil—, pues al fin y al cabo no hay nada de raro, ¡es una histérica! ¡Ni el mismísimo diablo entendería nada!

—¡Esta —dijo Pécuchet, señalando a Victoire, la mujer escrupulosa— es curandera! Reconoce las afecciones e indica los remedios.

Langlois ardía en deseos de hacerle una consulta sobre su catarro; no se atrevió a hacerlo; pero Coulon, más valiente, pidió algo para su reumatismo.

Pécuchet puso la mano derecha sobre la mano izquierda de Victoire, y, con los párpados en todo momento cerrados, las mejillas un tanto coloradas, los labios trémulos, la sonámbula, tras haber divagado, prescribió un *valum becum*.

Había trabajado en Bayeux en una botica. Vaucorbeil infirió que quería decir *album graecum*^[119], palabra quizá oída en la farmacia.

Luego abordó al tío Lemoine, que, según Bouvard, percibía los objetos a través de los cuerpos opacos.

Era este un viejo maestro de escuela que había llevado una vida de crápula. Su pelo blanco se desparramaba en torno a su rostro, y, apoyado contra el árbol, con las palmas abiertas, dormía a pleno sol, de una manera majestuosa.

El médico le anudó un pañuelo doblado sobre los ojos, y Bouvard, al presentarle un periódico, dijo en un tono imperativo:

—¡Lea!

Él bajó la frente, movió los músculos de la cara, luego echó la cabeza hacia atrás y terminó por silabear:

—Cons-ti-tu-tion-nel.

¡Pero con un poco de habilidad se desplazan todas las vendas que se quiera!

Estas denegaciones del médico indignaban a Pécuchet. Llegó al extremo de pretender que la Barbuda podría describir lo que pasaba en ese mismo momento en su casa.

—Está bien —respondió el doctor. Y, tras haberse sacado el reloj, dijo—: ¿Qué está haciendo mi mujer?

La Barbuda dudó un buen rato; luego, con aire desabrido, dijo:

—¿Qué? ¡Ah! Ya caigo. Está cosiendo unas cintas en un sombrero de paja.

Vaucorbeil arrancó una hoja de su libreta de apuntes y escribió una nota, que el pasante de Marescot se apresuró a llevar.

La sesión había terminado. Los enfermos se marcharon.

Bouvard y Pécuchet, en resumidas cuentas, no habían tenido éxito. ¿Era debido a la temperatura o al olor a tabaco, o al paraguas del padre Jeufroy, revestido de cobre, metal contrario a la emisión fluídica?

Vaucorbeil se encogió de hombros.

No podía discutir, sin embargo, la buena fe de los señores Deleuze, Bertrand, Morin, Jules Cloquet. Ahora bien, esos maestros afirman que algunos sonámbulos han predicho acontecimientos, y han sido sometidos, sin sentir dolor, a crueles operaciones.

El padre refirió algunas historias más asombrosas. Un misionero vio a unos brahmanes recorrer una bóveda con la cabeza hacia abajo; el Gran Lama del Tíbet se desgarró las entrañas para hacer oráculos.

—¿Bromea usted? —dijo el médico.

—¡En absoluto!

—¡Vamos, hombre! ¡No me haga reír!

Y, desviándose del tema, cada uno contó algunas anécdotas.

—Yo —dijo el tendero— tenía un perro que estaba siempre enfermo cuando el mes empezaba en viernes.

—Nosotros éramos catorce hijos —prosiguió el juez de paz—. ¡Yo nací un catorce, mi boda se celebró un catorce y el día de mi santo cae en catorce! Explíquenme eso.

Beljambe había soñado, muchas veces, el número de viajeros que habría al día siguiente en su posada, y Petit contó la cena de Cazotte^[120].

Entonces el párroco hizo la siguiente reflexión:

—¿Por qué no ve en ello simplemente...?

—Los demonios, ¿no? —dijo Vaucorbeil.

El padre, en vez de responder, hizo un signo con la cabeza.

Marescot habló de la Pitia de Delfos.

—Sin ninguna duda, unos miasmas.

—Ah, ahora con los miasmas.

—Yo admito un fluido —prosiguió Bouvard.

—Neuro-sideral —añadió Pécuchet.

—Pero ¡pruébelo, vamos, demuestre la existencia de ese fluido! Por otra parte, los fluidos están pasados de moda; hágame caso.

Vaucorbeil se fue más lejos para ponerse a la sombra. Los burgueses le siguieron.

—Si usted le dice a un niño: «Soy un lobo, y voy a comerte», él se figura que es usted un lobo y le entra miedo; se trata, por consiguiente, de un sueño provocado por unas palabras. Del mismo modo, el sonámbulo acepta las fantasías que se quiera. Recuerda y no imagina, no tiene más que sensaciones cuando cree pensar. De este modo se sugieren unos crímenes, y personas virtuosas pueden verse como bestias feroces y volverse antropófagos.

Todos miraron a Bouvard y Pécuchet. Su ciencia podía ser peligrosa para la sociedad.

Reapareció en el jardín el pasante de Marescot, trayendo una carta de la señora Vaucorbeil.

El doctor rompió el sello, palideció y finalmente leyó estas palabras:

«Estoy cosiendo unas cintas en un sombrero de paja».

La estupefacción no dejó reír a nadie.

—¡Es una coincidencia, por Dios! Esto no prueba nada. —Y como los dos magnetizadores tenían un aire de triunfo, se dio la vuelta cuando estaba en la puerta para decirles—: ¡No sigan con todo esto! ¡Son diversiones peligrosas!

El párroco, llevándose al pertiguero, le reprendió con dureza.

—¡Está usted loco! ¡Sin mi permiso! ¡Estas son prácticas prohibidas por la Iglesia!

Todos acababan de irse; Bouvard y Pécuchet conversaban con el maestro en el cerrillo cuando Marcel salió del plantío de frutales con el vendaje deshecho, y balbucí:

—¡Curado, estoy curado, estimados señores!

—¡Bueno, basta ya, déjanos tranquilos!

—¡Ah, estimados señores, cuentan con todo mi aprecio, servidor de ustedes!

A Petit, hombre de progreso, la explicación del médico le había parecido rastrera, burguesa. La ciencia es un monopolio en manos de los ricos. Excluye al pueblo. ¡Ya es hora de que el viejo análisis de la Edad Media se vea reemplazado por una síntesis amplia y espontánea! A la verdad se llega con el corazón; y, declarándose espiritista, citó varias obras que si bien tenían ciertamente algún defecto, eran como el signo de una aurora.

Bouvard y Pécuchet se las hicieron mandar.

El espiritismo plantea como dogma la mejora inevitable de nuestra especie. Un

día la tierra se convertirá en el cielo; y era por esto por lo que esa doctrina fascinaba al maestro. Sin ser católica, remitía a san Agustín y a san Luis. Allan Kardec^[121] ha publicado incluso fragmentos dictados por ellos y que están en línea con el pensamiento actual. Una doctrina práctica, bienhechora y que nos revela, como el telescopio, los mundos superiores.

Los espíritus, tras la muerte y en el éxtasis, se ven transportados allí. Pero a veces vuelven a descender sobre nuestro globo, donde hacen crujir los muebles, se inmiscuyen en nuestras diversiones, gustan de las bellezas de la Naturaleza y de los placeres de las artes.

Sin embargo, varios de nosotros poseemos una trompa aromal, es decir, un largo tubo detrás del cráneo que arranca del pelo hasta subir a los planetas y nos permite conversar con los espíritus de Saturno; no por intangibles las cosas son menos reales, y de la Tierra a los astros, de los astros a la Tierra, existe un ir y venir, una transmisión, un intercambio continuo.

Entonces el corazón de Pécuchet se llenó de aspiraciones desordenadas y, cuando cayó la noche, Bouvard le encontraba mirando por la ventana, contemplando esos espacios luminosos que están poblados de espíritus.

Swedenborg hizo grandes viajes. Pues, en menos de un año, exploró Venus, Marte, Saturno y veintitrés veces Júpiter. Además, en Londres vio a Jesucristo, vio a san Pablo, vio a san Juan, vio a Moisés, y, en 1736, vio incluso el Juicio Final.

Nos ha dado también unas descripciones del Cielo.

En él hay flores, palacios, mercados e iglesias absolutamente como entre nosotros.

Los ángeles, hombres en otro tiempo, escriben sus pensamientos en unas hojas, charlan de cuestiones domésticas o bien de materias espirituales, y los empleos eclesiásticos pertenecen a los que, en su vida terrena, cultivaron las Sagradas Escrituras.

En cuanto al Infierno, está lleno de un olor nauseabundo, con casuchas, montones de excrementos y personas mal vestidas.

Y Pécuchet se devanaba los sesos para comprender qué había de bello en tales revelaciones. Éstas se le antojaron a Bouvard el delirio de un imbécil. ¡Todo ello rebasa los límites de la Naturaleza! Pero ¿quién sabe cuáles son estos? Y se entregaban a las reflexiones siguientes.

Unos prestidigitadores pueden embaucar a una multitud; un hombre presa de una violenta pasión desencadenará otras; pero ¿cómo puede la sola voluntad actuar sobre la materia inerte? Dicen que un bávaro hizo madurar la uva; Gervais ha resucitado un heliotropo; y uno con más poderes aún, en Toulouse, aleja las nubes.

¿Habrá que admitir, por tanto, una sustancia intermediaria entre el mundo y nosotros? El *od*^[122], un nuevo imponderable, una especie de electricidad, ¿acaso no es otra cosa? Sus emisiones explican el resplandor que los magnetizados creen ver, los fuegos fatuos de los cementerios, la forma de los fantasmas.

Estas imágenes no serían, pues, una ilusión, y los dones extraordinarios de los poseídos, semejantes a los de los sonámbulos, ¿tendrían una causa física?

Sea cual sea su origen, hay una esencia, un agente secreto y universal. Si pudiéramos retenerla, no sería necesaria la fuerza ni la duración. Lo que exige siglos se desarrollaría en cosa de un minuto; todo milagro sería factible y el universo estaría a nuestra disposición.

La magia tendría su origen en este anhelo eterno del espíritu humano. Sin duda se ha exagerado su valor, pero no es una mentira. Orientales que la conocen obran prodigios. Todos los viajeros así lo declaran, y en el Palais-Royal el señor Dupotet^[123] hace mover con un dedo la aguja imantada.

¿Cómo hacerse mago? Esta idea les pareció en un principio loca, pero retornó, les atormentó, y cedieron a ella, fingiendo que se lo tomaban a risa.

Es indispensable un régimen preparatorio.

Con objeto de agudizar sus facultades, vivían de noche, ayunaban, y, como querían hacer de Germaine una médium más receptiva, racionaban su comida. Ella se desquitaba con la bebida, y tomó tanto aguardiente que acabó de alcoholizarse completamente. Confundía el ruido de sus pasos con los zumbidos de sus oídos y las voces imaginarias que oía salir de las paredes. Un día que ella había puesto, por la mañana, una platija en la bodega, sintió miedo al verla toda cubierta de fuego, se encontró peor aún a partir de ese momento y acabó creyendo que ellos le habían echado mal de ojo.

Esperando tener visiones, se apretaban el uno al otro la nuca, se prepararon unas bolsitas de belladona y hasta recurrieron a la caja mágica: una cajita de la que asoma un hongo erizado de clavos y que se guarda pegado al corazón mediante una cinta atada al pecho. Todo fracasó. Pero podían emplear el círculo de Dupotet.

Pécuchet trazó con carbón en el suelo un redondel negro para encerrar dentro los espíritus animales que tenían que ayudar a los espíritus ambientales, y, feliz de dominar a Bouvard, le dijo con aires de pontífice:

—¡Te desafío a cruzarlo!

Bouvard miró detenidamente el círculo. Su corazón no tardó en latir, sus ojos se volvieron turbios.

—Ah, acabemos con esto.

Y saltó por encima para escapar a un malestar inexplicable.

Pécuchet, cuya exaltación iba en aumento, quiso hacer aparecer un muerto.

En tiempos del Directorio, un hombre mostraba, en la *rue* de l'Échiquier, a las víctimas del Terror. Los ejemplos de aparecidos son incontables. Cualquiera que sea su apariencia, ¡qué importa!, se trata de producirla.

Cuanto más cercano a nosotros el difunto, mejor responde a nuestra llamada; pero no tenía ninguna reliquia de su familia, ni sortija, ni miniatura, ni cabello, mientras que Bouvard estaba en condiciones de evocar a su padre; y como él daba muestras de repugnancia, Pécuchet le preguntó:

—¿Acaso tienes miedo?

—¿Yo? ¡Oh! ¡En absoluto! ¡Haz lo que quieras!

Sobornaron a Chamberlan, que les proporcionó de extranjis una vieja calavera. Un sastre les confeccionó dos hopalandas negras, con capucha a modo de hábito de monje. El coche de Falaise les trajo un largo rollo envuelto. Luego se pusieron manos a la obra, el uno lleno de curiosidad por realizarlo, el otro temeroso de creer en ello.

El museo estaba decorado como un catafalco. Tres candeleros ardían en el canto de la mesa pegada a la pared, debajo del retrato de Bouvard padre que dominaba la calavera. Habían metido incluso una vela dentro del cráneo, y se proyectaban unos rayos por ambas órbitas.

En medio, sobre un braserillo, humeaba incienso; Bouvard se mantenía detrás; y Pécuchet, vuelto de espaldas a él, arrojaba al hogar puñados de azufre.

Antes de llamar a un muerto, se requiere el consentimiento de los demonios. Pues bien, como aquel día era viernes, día que pertenece a Béchet, debían ocuparse primero de Béchet. Bouvard, tras haber saludado a derecha e izquierda, aflojó el mentón y levantando los brazos, comenzó:

—Por Ethaniel, Amazin, Ischyros^[124]...

Había olvidado el resto.

Pécuchet le sopló enseguida las palabras, que tenía anotadas en un cartoncito.

—Ischyros, Athanatos, Adonai, Saday, Eloy, Messias^[125] —la letanía era larga—, te conjuro, te ordeno, te mando, ¡oh Béchet! —Luego, bajando la voz—: ¿Dónde estás, Béchet? ¡Béchet! ¡Béchet! ¡Béchet!

Bouvard se arrellanó en el sillón, y se sentía muy a sus anchas de no ver a Béchet, pues su instinto le reprochaba su intento como si fuera un sacrilegio. ¿Dónde estaba el alma de su padre? ¿Podía oírle? ¿Y si de repente se presentaba?

El viento que entraba por un cristal roto agitaba levemente las cortinas, y los cirios hacían oscilar unas sombras sobre la calavera y sobre el retrato. Un color terroso las oscurecía por igual. El moho devoraba los pómulos, los ojos carecían ya de luz, pero una llama brillaba por encima, en los orificios de la cabeza vacía. A veces parecía ocupar el sitio del otro, posarse sobre el cuello de la levita, tener sus mismas patillas; y la tela, medio desclavada, oscilaba, palpitaba.

Poco a poco, sintieron como el roce de un aliento, la cercanía de un ser impalpable. Unas gotas de sudor perlaban la frente de Pécuchet, y he aquí que a Bouvard le empezaron a crujir los dientes, un calambre le crispaba el epigastrio; el suelo, como una ola, huía bajo sus pies; el azufre que ardía en la chimenea volvía a descender en grandes volutas; al mismo tiempo revoloteaban unos murciélagos; se oyó un grito; ¿quién era?

Debajo de sus capuchas dejaban ver unos rostros tan descompuestos que su terror no hacía sino redoblar, sin atreverse a hacer siquiera un gesto ni a hablar, cuando detrás de la puerta oyeron unos gemidos como los de un alma en pena.

Finalmente, se aventuraron.

Era su vieja criada que, espiándoles por una rendija del tabique, había creído ver al diablo, y, de rodillas en el pasillo, no cesaba de santiguarse.

Fue inútil todo razonamiento. Ella les dejó esa misma noche, pues no quería servir más a semejante gente.

Germaine se fue de la lengua. Chamberlan perdió su puesto, y se formó entre ellos una tácita coalición mantenida por el padre Jeufroy, la señora Bordin y Foureau.

Su modo de vivir, que no era el de los demás, desagradaba. Se volvieron sospechosos e incluso inspiraban un vago terror.

Pero lo que sobre todo les hizo desmerecer en la opinión ajena fue la elección de su criado. A falta de otro, tomaron a su servicio a Marcel.

Su labio leporino, su fealdad y su jerga mantenían a la gente apartada de él. Hijo abandonado, había crecido a la buena de Dios en los campos, y de su larga miseria conservaba un hambre insaciable. Los animales muertos de enfermedad, el cerdo podrido, un perro aplastado, todo le iba bien, con tal de que el trozo fuera gordo, y era bueno como un corderillo, pero redomadamente estúpido.

La gratitud le había hecho ofrecerse como criado en casa de los señores Bouvard y Pécuchet; y creyéndolos además unos brujos, esperaba conseguir unas extraordinarias ganancias.

Desde los primeros días, les confió un secreto. En el brezal de Poligny, un hombre había encontrado en otro tiempo un lingote de oro. Se trata de una anécdota citada por los historiadores de Falaise; ellos ignoraban cómo seguía: doce hermanos, antes de partir para un viaje, habían escondido doce lingotes similares, a lo largo del camino, desde Chavignolles hasta Bretteville, y Marcel les suplicó a sus amos que emprendieran de nuevo la búsqueda. Dichos lingotes, se dijeron, acaso habían sido enterrados en tiempos de la emigración.

Se trataba de emplear la varilla del zahorí. Sus virtudes son dudosas. Pero estudiaron la cuestión, y se enteraron de que un tal Pierre Garnier^[126] aporta, en su defensa, razones científicas: las fuentes y los metales proyectarían corpúsculos en afinidad con la madera.

Lo que no era nada probable. Sin embargo, ¿quién sabe? ¡No costaba nada probar!

Cortaron una horquilla de avellano, y una mañana partieron al descubrimiento del tesoro.

—Habrás que devolverlo —dijo Bouvard.

—¡Ah, eso no! ¡Pero, bueno!

Al cabo de tres horas de camino, les hizo detenerse una reflexión: «¡La carretera de Chavignolles a Bretteville! ¿Era la vieja o la nueva? ¡Debía de ser la vieja!».

Volvieron sobre sus pasos, y recorrieron los alrededores, al azar, pues el trazado de la vieja carretera no resultaba fácilmente reconocible.

Marcel corría a derecha e izquierda, como un podenco cazando. Cada cinco minutos, Bouvard se veía obligado a llamarle; Pécuchet avanzaba pasito a paso,

sosteniendo la varilla por ambas ramas, la punta en alto. A menudo le parecía que una fuerza y como un garfio tiraban de ella hacia el suelo. E inmediatamente Marcel hacía un corte en los árboles circundantes para encontrar más tarde el sitio.

Sin embargo, Pécuchet demoraba el paso. Su boca se abrió, revolvió los ojos. Bouvard le interpeló, le zarandeó por los hombros; él no se movió y permanecía completamente inerte, igual que la Barbuda.

Luego contó que había sentido en torno al corazón una especie de desgarramiento, un estado extraño, causado sin duda por la varilla, y no quería volver a tocarla.

Al día siguiente regresaron a los lugares donde habían hecho las marcas en los árboles; con una azada Marcel abría hoyos; pero la excavación nunca conducía a nada, y cada vez se sentían de lo más mohínos. Pécuchet se sentó en el borde de uno de los hoyos; y mientras soñaba, con la cabeza alzada, esforzándose en oír la voz de los espíritus por medio de su trompa aromal, llegando a preguntarse si tenía una, fijó la mirada en la visera de su gorra; le dominó de nuevo el éxtasis de la víspera. Su duración fue larga, aquello se estaba volviendo horroroso.

Por encima de las mieses asomó, en un sendero, un sombrero de fieltro: era el señor Vaucorbeil que iba al trote montado en su yegua. Bouvard y Marcel le llamaron a voces.

Cuando llegó el médico la crisis había cesado. Para examinar mejor a Pécuchet, le quitó su gorra y vio una frente cubierta de eccemas cobrizos:

—¡Ja, ja!, ¡*fructus belli!* ¡Son unas sífilides, amigo! ¡Cuídeselas, diablos! No se bromea con el amor.

Pécuchet, avergonzado, volvió a ponerse la gorra, una especie de boina, terminada en una visera en forma de medialuna, y cuyo modelo había tomado del atlas de Amorós.

Las palabras del doctor le dejaron estupefacto. Pensaba en ellas, mirando al aire, cuando de repente le volvió a coger.

Vaucorbeil le observaba, y luego le tiró la gorra al suelo de un papirotazo.

Pécuchet recobró sus facultades.

—Me lo temía —dijo el médico—, pues la visera charolada le hipnotiza como un espejo, fenómeno que no es raro entre las personas que miran un cuerpo brillante con demasiada atención.

E indicó cómo practicar la experiencia en unas gallinas, montó en su jaca y desapareció lentamente.

A unos dos kilómetros de distancia observaron un objeto piramidal que se alzaba, en el horizonte, en el patio de una alquería. Se hubiera dicho un racimo de uva negra monstruoso, picado de puntitos rojos aquí y allá. Era, según la costumbre normanda, un largo palo guarnido de unos travesaños en los que se encaramaban las pavas para esponjarse al sol.

—Entremos.

Y Pécuchet abordó al granjero, que accedió a su petición.

Trazaron una línea con albayalde en medio del lagar, ataron las patas a un pavo y acto seguido lo extendieron boca abajo, con el pico en la raya. El ave cerró los ojos, y enseguida pareció muerta. Y otro tanto sucedió con las otras. Bouvard se las pasaba rápidamente a Pécuchet, que las iba alineando al lado de las que estaban adormecidas. La gente de la alquería daba muestras de inquietud. La propietaria se puso a gritar, una niña lloraba.

Bouvard desató a todas las aves. Progresivamente se fueron reanimando, pero se ignoraba las consecuencias que ello traería. A una objeción un poco áspera de Pécuchet, el granjero empuñó su horca.

—¡Largo de aquí, rediós! ¡O les saco las tripas!

Ellos salieron a toda prisa.

¡No importa! El problema estaba resuelto; el éxtasis depende de una causa material.

¿Qué es, pues, la materia? ¿Qué es el espíritu? ¿Dónde se origina la influencia de la una sobre el otro, y a la recíproca?

Para llegar a comprenderlo, indagaron en Voltaire, en Bossuet, en Fénelon, e incluso volvieron a abonarse a un gabinete de lectura.

Los maestros antiguos eran inaccesibles por la extensión de las obras o la dificultad del idioma, pero Jouffroy y Damiron les iniciaron en la filosofía moderna, y había autores que se ocupaban de la del siglo anterior.

Bouvard tomaba sus argumentos de La Mettrie, de Locke, de Helvétius; Pécuchet, de Cousin, de Thomas Reid y de Gérando. El primero se apegaba a la experiencia, el ideal lo era todo para el segundo. Este seguía a Aristóteles, el otro a Platón, y discutían.

—¡El alma es inmaterial! —decía uno.

—¡En absoluto! —objetó el otro—, la locura, el cloroformo, una sangría la trastornan y, como siempre no piensa, no es una sustancia destinada únicamente a pensar.

—Sin embargo —observó Pécuchet—, yo tengo en mí mismo algo superior a mi cuerpo, y que a veces lo contradice.

—¿Un ser en el ser? ¡El *Homo duplex*, vamos, hombre! Unas tendencias diferentes revelan unos motivos opuestos. Eso es todo.

—Pero esa cosa, esa alma, permanece idéntica bajo los cambios del exterior. ¡En consecuencia, es simple, indivisible y por tanto espiritual!

—Si el alma fuera simple —replicó Bouvard—, el recién nacido tendría los recuerdos y las fantasías de un adulto. El pensamiento, por el contrario, sigue el desarrollo del cerebro. En cuanto a que es indivisible, ni el perfume de una rosa, o el apetito de un lobo, así como un acto de la voluntad o una afirmación pueden dividirse en dos.

—¡Ello no quiere decir nada —dijo Pécuchet—, pues el alma carece de las cualidades de la materia!

—¿Admites la gravedad? —prosiguió Bouvard—. Ahora bien, si la materia puede caer, también puede pensar. Al haber tenido un comienzo, nuestra alma tiene que morir y, al ser dependiente de los órganos, desaparecer con ellos.

—¡Yo afirmo que es inmortal! Dios no puede querer...

—Pero ¿y si Dios no existe?

—Pero ¡cómo! —Y Pécuchet recitó las tres pruebas cartesianas—: «*Primo*, Dios es inherente a la idea que tenemos de Él; *secundo*, existir es posible para Él; *tertio*, si fuera un ser finito, ¿cómo tendríamos una idea de la infinitud? Y puesto que nosotros tenemos esta idea, nos viene de Dios, ¡por tanto Dios existe!».».

Pasó al testimonio de la conciencia, a la tradición de los pueblos, a la necesidad de un creador.

—Cuando veo un reloj...

—¡Sí, sí!, ¡ya me lo conozco!, pero ¿dónde está el padre del relojero?

—¡Pero hace falta una causa!

Bouvard dudaba de las causas.

—Del hecho de que un fenómeno suceda a otro fenómeno se concluye que deriva de él. ¡Demuéstralo!

—¡Pero el espectáculo del Universo denota una intención, un plan!

—¿Por qué? El mal está organizado tan perfectamente como el bien. El gusano que nace en la cabeza del cordero y lo mata equivale, en cuanto a anatomía, al cordero mismo. Las monstruosidades exceden las funciones normales. El cuerpo humano podría estar mejor hecho. Las tres cuartas partes del globo son estériles. ¡La luna, esa luminaria, no siempre asoma! ¿Crees que un océano está destinado a los navíos, y la madera de los árboles a la calefacción de nuestras casas?

Pécuchet respondió:

—Sin embargo, el estómago está hecho para digerir, las piernas para andar, los ojos para ver, aunque se produzcan dispepsias, fracturas y cataratas. ¡Nada se da sin un fin! Los efectos sobrevienen ahora o más tarde. Todo depende de las leyes. Así pues, hay causas finales.

Bouvard imaginó que quizá Spinoza le proporcionaría nuevos argumentos, y le escribió a Dumouchel para tener la traducción de Saisset.

Dumouchel le envió un ejemplar, que había pertenecido a su amigo el profesor Varelot, exiliado el 2 de diciembre.

La *Ética* les aterró con sus axiomas, sus corolarios. Únicamente leyeron los párrafos señalados con lápiz, y comprendieron lo siguiente:

La sustancia es lo que es en sí, para sí, sin causa ni origen. Esta sustancia es Dios.

Solo Él es la Extensión, y la Extensión no conoce límites. ¿Con qué limitarla?

Pero, aunque sea infinita, no es el infinito absoluto, pues no contiene más que un tipo de perfección, y el Absoluto los contiene todos.

A menudo se detenían para reflexionar mejor. Pécuchet tomaba rapé y Bouvard estaba rojo de la concentración.

—¿Te divierte eso?

—¡Sí, por supuesto! ¡No te detengas!

Dios se desarrolla en una infinidad de atributos, que expresan, cada uno a su manera, la infinidad de su ser. Nosotros no conocemos más que dos: la Extensión y el Pensamiento.

Del Pensamiento y de la Extensión dimanan modos innombrables, los cuales contienen a su vez otros.

Todo aquel que abarcase, a la vez, la entera Extensión y el entero Pensamiento no conocería contingencia alguna, nada accidental, sino una serie geométrica de términos, ligados entre sí por unas leyes necesarias.

—¡Ah, sería hermoso! —dijo Pécuchet.

Por consiguiente, no existe libertad ni en el hombre ni en Dios.

—¡Ya lo oyes! —exclamó Bouvard.

Si Dios tuviera una voluntad, un objetivo, si actuara por una causa, es que tendría alguna necesidad, es que carecería de perfección. No sería Dios.

Así nuestro mundo no es más que un punto en el conjunto de las cosas, y el Universo impenetrable a nuestro conocimiento, una porción de una infinidad de universos que emiten cerca del nuestro modificaciones infinitas. La Extensión envuelve nuestro Universo, pero es envuelta a su vez por Dios, que contiene en su pensamiento todos los universos posibles, y su pensamiento mismo está envuelto en su sustancia.

Les parecía ir en globo, de noche, con un frío glacial, llevados por una corriente sin fin, hacia un abismo sin fondo, y sin nada alrededor de ellos fuera de lo Inasible, lo Inmóvil, lo Eterno. Aquello era demasiado. Renunciaron.

Y deseando algo menos arduo, compraron el *Curso de filosofía*, un texto para estudiantes, de Guesnier.

El autor se pregunta cuál será el método bueno, ¿el ontológico o el psicológico?

El primero era adecuado para las sociedades primitivas, cuando el hombre dirigía su atención hacia el mundo exterior. Pero ahora que la vuelve sobre sí mismo, «nosotros creemos el segundo más científico», y Bouvard y Pécuchet se decidieron por él.

La psicología tiene por finalidad estudiar los hechos que acaecen «en el seno del yo»; estos se descubren mediante la observación.

—¡Observemos, pues!

Y durante quince días, tras el desayuno por lo común, buscaban en su conciencia, al azar, esperando hacer en ella grandes descubrimientos, y no hicieron ninguno, cosa que no dejó de asombrarles sobremanera.

Pero si la idea es espiritual, ¿cómo representar la materia? De ahí el escepticismo en cuanto a las percepciones exteriores. Si es material, ¿los objetos espirituales no estarían representados? De ahí el escepticismo en materia de conceptos mentales.

—Por otra parte, ¡hay que andarse con cuidado! Pues esta hipótesis nos llevaría al

ateísmo.

Pues al ser una imagen una cosa finita, le es imposible representar lo infinito.

—Sin embargo —objetó Bouvard—, cuando pienso en un bosque, en una persona o en un perro, veo ese bosque, esa persona, ese perro. Por consiguiente, las ideas los representan.

Y abordaron el origen de las ideas.

Según Locke, hay dos, la sensación y la reflexión, y Condillac lo reduce todo a la sensación.

Pero entonces la reflexión carecería de base. Exige un sujeto, un ser sintiente; y es impotente para proporcionarnos las grandes verdades fundamentales: Dios, el mérito y el demérito, lo justo, lo bello, etcétera, nociones llamadas «innatas», es decir, anteriores a los hechos y universales.

—Si fueran universales, las tendríamos desde nuestro nacimiento.

—Con esta palabra se quiere indicar una predisposición a tenerlas, y Descartes...

—¡Tu querido Descartes se confunde! Porque sostiene que el feto las posee, y en otro lugar confiesa que es de forma implícita.

Pécuchet se quedó asombrado.

—¿Dónde lo has leído?

—¡En Gérando!

Y Bouvard le dio un golpecito en el vientre.

—¡Acaba con esto! —dijo Pécuchet. Luego, pasando a Condillac, dijo—: ¡Nuestros pensamientos no son metamorfosis de la sensación! Ella los origina, los pone en juego. Para ponerlos en juego, se requiere un motor. Pues la materia, por sí sola, no puede producir el movimiento... Y he encontrado eso en tu querido Voltaire —añadió Pécuchet, haciéndole un profundo saludo.

Rumiaban así los mismos argumentos, cada uno despreciando la opinión del otro, sin convencerle de la propia.

Pero la filosofía hacía crecer la estima en sí mismos. Se acordaban no sin compasión de sus preocupaciones por la agricultura, la literatura, la política.

Ahora el museo les desagradaba. Nada les habría gustado más que vender todos aquellos cachivaches y pasaron al capítulo segundo: de las facultades del alma.

¡Se cuentan tres, no más! La de sentir, la de conocer y la de querer.

En la facultad de sentir, distinguimos la sensibilidad física de la sensibilidad moral.

Las sensaciones físicas se clasifican naturalmente en cinco clases, en cuanto provenientes de los órganos de los sentidos.

Los hechos de la sensibilidad moral, por el contrario, no deben nada al cuerpo. «¿Qué tienen en común el placer de Arquímedes al descubrir la ley de la gravedad y el goce inmundo de Apicio al zamparse una cabeza de jabalí?».

Esta sensibilidad moral tiene cuatro géneros; y el segundo género, los «deseos morales», se divide en cinco especies, y los fenómenos del cuarto género, los

«afectos», se subdividen en otras dos especies, entre ellas el amor a uno mismo, «inclinación legítima, sin duda, pero que, si se vuelve exagerada, recibe el nombre de egoísmo».

En la facultad de conocer reside la percepción racional, que a su vez se distingue en dos movimientos principales y cuatro grados.

La abstracción puede presentar algún escollo para las inteligencias excéntricas.

La memoria nos pone en correspondencia con el pasado como la presciencia con el porvenir.

La imaginación es más bien una facultad particular *sui generis*.

¡Cuántas vueltas para demostrar unas banalidades, el tono pedantesco del autor, la monotonía expresiva!: «Estamos dispuestos a reconocerlo», «lejos de nosotros el pensar», «preguntemos a nuestra conciencia», el sempiterno elogio de Dugald-Stewart^[127], en fin, toda aquella palabrería les desalentó hasta el punto de que, saltándose la facultad de la voluntad, entraron en la lógica.

Esta les enseñó qué es el análisis, la síntesis, la inducción, la deducción y las causas principales de nuestros errores.

Casi todos provienen de un mal uso de las palabras.

«El sol se pone, el tiempo se oscurece, el invierno se acerca», ¡locuciones manidas que hacen pensar en unas entidades personales cuando no se trata sino de acontecimientos de lo más simple! «Me acuerdo de tal objeto, de tal axioma, de tal verdad», ¡mera ilusión! Son las ideas, y en absoluto las cosas, las que quedan en el yo, y el rigor del lenguaje exigiría decir: «Recuerdo tal acto de mi espíritu, mediante el cual he percibido ese objeto, he deducido ese axioma, he admitido esa verdad».

Como el vocablo que designa un accidente no lo abarca en todos sus aspectos, trataron de usar solo términos abstractos, de manera que en vez de decir: «Demos una vuelta», «es hora de comer», «tengo diarrea», decían las frases siguientes: «Un paseo nos sentaría bien», «es la hora de ingerir alimentos», «siento necesidad de exonerar».

Una vez que dominaron la lógica, pasaron revista a los diferentes criterios, en primer lugar el del sentido común.

Si el individuo no puede saber nada, ¿por qué habrían de saber más todos los individuos juntos? Un error, aunque tenga cien mil años, no constituye una verdad por el mero hecho de ser viejo. La multitud sigue invariablemente la rutina. En cambio, es una minoría la que trae el progreso.

¿Es preferible, entonces, fiarse del testimonio de los sentidos? Estos engañan a veces, y nos informan únicamente sobre las apariencias. El fondo se les escapa.

La Razón ofrece mayores garantías al ser inmutable e impersonal, pero para manifestarse necesita encarnarse. Entonces la Razón se convierte en mi razón, poco importa si una regla es equivocada. Nada prueba que sea justa.

Se recomienda controlarla con los sentidos; pero estos pueden volver las tinieblas más espesas aún. De una sensación confusa se puede deducir una ley defectuosa, que más tarde impedirá ver las cosas con claridad.

Queda la Moral. ¡Es como rebajar a Dios al nivel de lo útil, como si nuestras necesidades fueran la medida de lo Absoluto!

En cuanto a la evidencia, negada por uno, afirmada por otro, se convierte en criterio de sí misma. Cousin lo ha demostrado.

—No veo más posibilidad que la Revelación —dijo Bouvard—. Pero, para creer en ella, hay que admitir dos conocimientos previos: el del cuerpo que ha sentido y el de la inteligencia que ha percibido; admitir los sentidos y la razón, testimonios humanos y, por consiguiente, poco fiables.

Pécuchet reflexionó, se cruzó de brazos.

—Pero nosotros vamos a caer en el abismo aterrador del escepticismo.

Este no aterraba, según Bouvard, más que a los débiles mentales.

—Gracias por el cumplido —replicó Pécuchet—. Pero hay hechos indiscutibles. Puede llegarse a la verdad dentro de unos ciertos límites.

—¿A cuál? ¿A que dos más dos hacen siempre cuatro? ¿A que el contenido es, en cierta medida, inferior al continente? ¿Qué quiere decir que es casi verdadero, una fracción de Dios, la parte de una cosa indivisible?

—¡Ah! ¡No eres sino un sofista!

Y Pécuchet, vejado, le puso cara de pocos amigos durante tres días.

Los emplearon en hojear los índices de varios libros. Bouvard sonreía de vez en cuando, y, retomando la conversación, dijo:

—Lo difícil es no dudar. Así, para Dios, las pruebas de Descartes, de Kant, y de Leibniz no son las mismas, y se invalidan mutuamente. La creación del mundo mediante los átomos, o mediante un espíritu, resulta inconcebible.

»Me siento a la vez materia y pensamiento, aun ignorando lo que es lo uno y lo otro.

»La impenetrabilidad, la solidez, la gravedad me parecen unos misterios igual que mi alma, y con mayor razón la unión del alma y del cuerpo.

»Para explicarla, Leibniz imaginó su armonía, Malebranche la premonición, Cudworth^[128] un mediador, y Bossuet ve en ella un milagro perpetuo, lo que es una sandez: un milagro perpetuo no sería ya un milagro.

—¡Efectivamente! —dijo Pécuchet.

Y los dos se confesaron que estaban cansados de los filósofos. Tanto sistema hace que uno se haga un lío. La metafísica no sirve de nada. Se puede vivir sin ella.

Por otra parte, sus problemas económicos no hacían sino aumentar. Debían tres toneles de vino a Beljambe, doce kilos de azúcar a Langlois, ciento veinte francos al sastre, sesenta al zapatero. Siempre había gastos; y el tío Gouy no pagaba.

Fueron a ver a Marescot para que les encontrara dinero, ya mediante la venta de Les Écalles, ya mediante una hipoteca sobre su hacienda, o bien enajenando su casa, que sería pagada con un vitalicio y cuyo usufructo conservarían. Era un medio impracticable, dijo Marescot, pero había una solución mejor a la vista y ya les tendría informados.

A continuación pensaron en su pobre huerto. Bouvard emprendió la poda del cenador, Pécuchet se puso a cortar la espaldera. Marcel tenía que entrecavar las platabandas.

Pasado un cuarto de hora, paraban, el uno cerraba su podadera, el otro deponía sus tijeras, y comenzaban a pasear lentamente: Bouvard, a la sombra de los tilos, sin chaleco, sacando pecho, los brazos desnudos; Pécuchet, a lo largo de la pared, con la cabeza gacha, las manos tras la espalda, la visera de su gorra vuelta sobre el cuello por precaución; y caminaban así paralelamente, sin ver siquiera a Marcel, que, descansando al borde de la caseta, se estaba comiendo un mendrugo.

De aquella meditación habían nacido unos pensamientos; discutían, temían perderlos; y la metafísica retornaba.

Retornaba a propósito de la lluvia o del sol, de una china en el zapato, de una flor en el prado, a propósito de todo.

Mientras miraban arder la vela, se preguntaban si la luz está en el objeto o en nuestros ojos. Puesto que hay estrellas que pueden haber desaparecido cuando nos llega su resplandor, acaso admiramos cosas que ya no existen.

Tras haber encontrado en un bolsillo del chaleco un cigarrillo Raspail, lo desmenuzaron sobre un poco de agua y el alcanfor reapareció.

¡He aquí, pues, el movimiento en la materia! Un grado superior del movimiento llevaría a la vida.

Pero si la materia en movimiento bastara para crear seres, estos no serían tan variados. Pues, en el origen, no existía ni tierras, ni aguas, ni hombres, ni plantas. ¿Qué es, pues, esa materia primordial, que no hemos visto jamás, que no es ninguna de las cosas de este mundo, y que sin embargo las ha producido todas?

A veces tenían necesidad de un libro. Dumouchel, cansado de hacerles favores, ya no les respondía, y ellos estaban empeñados en la cuestión, principalmente Pécuchet.

Su necesidad de verdad se convertía en una sed abrasadora.

Afectado por los discursos de Bouvard, abandonaba el espiritualismo, para volver a él acto seguido y abandonarlo de nuevo, y exclamaba, con la cabeza entre las manos:

—¡Oh! ¡La duda, la duda! ¡Preferiría la nada!

Bouvard era consciente de las insuficiencias del materialismo, pero trataba de aferrarse a él, declarando, por lo demás, que le hacía perder la chaveta.

Partían de razonamientos con una base sólida; pero esta se venía abajo; y de repente se les habían agotado las ideas; igual que una mosca que vuela cuando se quiere atraparla.

Durante las noches de invierno charlaban en el museo, al amor de la lumbre, mirando las brasas. El viento que silbaba en el pasillo hacía temblar los cristales, las masas negras de los árboles se mecían, y la tristeza de la noche aumentaba la gravedad de sus pensamientos.

Bouvard se iba de vez en cuando al otro extremo del piso, luego volvía. Los

candeleros y los cuencos arrimados a las paredes proyectaban sobre el suelo unas sombras oblicuas; y el san Pedro, visto de perfil, proyectaba la silueta de su nariz sobre el techo, semejante a un monstruoso cuerno de caza.

Costaba circular por entre los objetos, y a menudo Bouvard, por inadvertencia, se golpeaba contra la estatua. Con sus grandes ojos, sus morros caídos, y su aire de borracho, también molestaba a Pécuchet. Desde hacía un tiempo querían deshacerse de ella, pero, por desidia, lo dejaban de un día para otro.

Una tarde, en medio de una disputa sobre la mónada, Bouvard se golpeó una oreja contra el dedo pulgar de san Pedro y, volviendo contra él su irritación, exclamó:

—Este fante me tiene hartado, ¡echémoslo fuera!

Por la escalera era difícil. Abrieron la ventana, lo inclinaron sobre el borde, despacio. Pécuchet, de rodillas, trataba de levantarlo por los pies, mientras que Bouvard hacía fuerza sobre los hombros. El bueno del santo de piedra no se movía, por lo que tuvieron que recurrir a la alabarda como palanca, y finalmente consiguieron extenderlo todo recto. Entonces, tras haber basculado, cayó en picado en el vacío, con la tiara por delante, resonó un sordo ruido, y al día siguiente lo encontraron, hecho en mil pedazos, en el antiguo hoyo de los abonos compuestos.

Una hora después entró el notario trayendo una buena noticia. Una persona de la localidad adelantaría mil escudos mediante una hipoteca sobre su alquería; y cuando ellos mostraban ya su regocijo, dijo:

—¡Perdón! Pone una cláusula; y es que le vendan ustedes Les Écalles por mil quinientos francos. El préstamo será saldado hoy mismo. El dinero lo tengo yo en mi despacho.

Tenían ganas de ceder tanto el uno como el otro. Bouvard acabó por responder:

—¡Dios mío..., de acuerdo!

—¡Conformes! —dijo Marescot.

Y les informó del nombre de la persona, que no era otra que la señora Bordin.

—¡Lo sospechaba! —exclamó Pécuchet.

Bouvard, humillado, guardó silencio.

Ella u otro, ¡qué más daba! Lo principal era salir de apuros.

Tras embolsarse el dinero (el de Les Écalles sería abonado más tarde), pagaron de inmediato todas sus deudas, y regresaban a su domicilio cuando, a la vuelta del mercado, les paró el tío Gouy.

Iba a su casa para informarles de una desgracia. El viento, la noche antes, había derribado veinte manzanos en el patio, derribado la destilería, arrancado el tejado de la alquería. Pasaron el resto de la tarde comprobando los estragos, y al día siguiente, con el carpintero, el albañil y el pizarrero. Las reparaciones ascenderían a mil ochocientos francos por lo menos.

Luego por la noche se presentó Gouy. La propia Marianne le había contado hacía un rato la venta de Les Écalles. Un trozo de un rendimiento magnífico, como le gustaba a él, que casi no requería cultivo, ¡el mejor trozo de toda la hacienda! Y pedía

una rebaja de su arriendo.

Los amos se la negaron. Se sometió el caso al juez de paz, y este dio la razón al arrendatario. La pérdida de Les Écalles, la escritura estimada en dos mil francos, le suponía un perjuicio anual de setenta francos, y ante los tribunales sin duda ganaría.

Su fortuna se veía disminuida. ¿Qué hacer? ¿Y cómo vivir al cabo de poco?

Se sentaron ambos a la mesa, presa del desaliento. Marcel no entendía nada de cocina, y esa vez su cena excedió a todas las demás. La sopa parecía agua de fregar, el conejo olía mal, las alubias estaban sin cocer, los platos grasientos y, a los postres, Bouvard estalló, amenazándole con tirárselo todo a la cabeza.

—Seamos filósofos —dijo Pécuchet—, algo menos de dinero, los ardides de una mujer, la torpeza de un criado, ¿qué es todo eso? ¡Estás demasiado inmerso en lo material!

—Solo cuando me fastidia —dijo Bouvard.

—¡Pues yo no lo admito! —prosiguió Pécuchet. Últimamente había leído un análisis de Berkeley, y añadió—: ¡Yo niego la extensión, el tiempo, el espacio, incluso la sustancia!, pues la verdadera sustancia es el espíritu que percibe las cualidades.

—¡Perfecto! —dijo Bouvard—, pero una vez suprimido el mundo, faltarán las pruebas para la existencia de Dios.

Pécuchet protestó, y largamente, pese a tener un catarro nasal, causado por el yoduro de potasio, y a que una fiebre permanente contribuyera a su exaltación. Bouvard, inquieto por ello, llamó al médico.

Vaucorbeil le recetó un jarabe de naranja con yoduro y para más tarde unos baños de cinabrio.

—¿Para qué? —prosiguió Pécuchet—. Un día u otro la forma desaparecerá. ¡La esencia no muere!

—¡Sin duda —dijo el médico—, la materia es indestructible! Sin embargo...

—¡Pues no, no! Lo indestructible es el ser. Este cuerpo que tengo delante de mí, el suyo, doctor, me impide conocer su persona, no siendo aquél, por así decir, más que un ropaje, o más bien una máscara.

Vaucorbeil le creyó loco:

—¡Buenas tardes! ¡Cuide su máscara!

Pécuchet no cejó en su empeño. Se consiguió una introducción a la filosofía hegeliana, y quiso explicársela a Bouvard.

—Todo lo que es racional es real. Lo único verdaderamente real es la idea. Las leyes del Espíritu son las leyes del Universo; la razón del hombre es idéntica a la de Dios.

Bouvard fingía comprender.

—Por tanto, lo Absoluto es al mismo tiempo el sujeto y el objeto, la unidad en la que convergen todas las diferencias. Así se ven resueltas las contradicciones. La sombra permite la luz, el frío unido al calor produce la temperatura, el organismo se

mantiene solo a través de la destrucción del organismo, por todas partes hay un principio que divide, un principio que une.

Estaban en el cerrillo; y pasó por delante de la empalizada el párroco, breviario en mano.

Pécuchet le rogó que entrase para terminar delante de él la exposición del pensamiento de Hegel y ver qué decía el sacerdote.

El hombre de la sotana se sentó cerca de ellos, y Pécuchet abordó el cristianismo.

—Ninguna religión ha establecido perfectamente esta verdad: «¡La Naturaleza no es más que un momento de la Idea!».

—¡Un momento de la Idea! —murmuró el sacerdote, estupefacto.

—¡Pues sí! Dios, al tomar forma humana, mostró su unión consubstancial con ella.

—¿Con la Naturaleza? ¡Oh, oh!

—Por medio de su muerte dio testimonio de la esencia de la muerte; por tanto, la muerte estaba en él, formaba y forma parte de Dios.

El eclesiástico se enfurruñó.

—¡Basta de blasfemias! Fue por la salvación del género humano por lo que él soportó los sufrimientos.

—¡Está en un error! Se considera la muerte en el individuo, en quien es sin duda un mal, pero en lo relativo a las cosas, es distinto. ¡No separe el espíritu de la materia!

—Sin embargo, caballero, antes de la Creación...

—No hubo tal Creación. Siempre ha existido. De otro modo sería una entidad nueva que vendría a añadirse al pensamiento divino, lo cual es absurdo.

El cura se levantó, unos asuntos le reclamaban en otra parte.

—¡Me enorgullezco de haberle dejado sin argumentos! —dijo Pécuchet—. ¡Una palabra más y...! Dado que la existencia del mundo no es un tránsito continuo de la vida a la muerte, y de la muerte a la vida, sino que, en vez de ser cierto que todo existe, nada existe. Pero todo deviene, ¿comprendes?

—¡Sí!, comprendo, ¡o más bien no! —El idealismo finalmente exasperaba a Bouvard—. Ya estoy harto; el famoso *cogito* me revienta. Se toman las ideas de las cosas por las cosas mismas. ¡Se explica lo que se entiende muy poco mediante palabras absolutamente ininteligibles! Substancia, extensión, fuerza, materia y alma. Son otras tantas abstracciones, imaginaciones. ¡En cuanto a Dios, imposible saber cómo es, ni siquiera si es! En otro tiempo, provocaba el viento, el rayo, las revoluciones. Ahora está de capa caída. Por otra parte, no le veo la utilidad.

—¿Y qué hay de la moral en todo eso?

—¡Ah!, ¡qué le vamos a hacer!

—Carece de base, efectivamente —se dijo Pécuchet.

Y se quedó en silencio, acorralado por culpa de las premisas que él mismo había planteado. Fue una sorpresa, un verdadero revés.

Bouvard no creía siquiera ya en la materia.

La certeza de que nada existe (por más deplorable que pudiera ser) no deja de ser una certeza. Poca gente es capaz de tenerla. Esta trascendencia les infundió orgullo y les hubiera gustado establecerla; no dejó de presentarse una ocasión para ello.

Una mañana, al ir a comprar tabaco, vieron una aglomeración ante la puerta de Langlois. La gente rodeaba la góndola de Falaise, y hablaban de Touache, un presidiario que vagabundeaba por el lugar. El cochero se lo había encontrado en la Croix-Verte llevado por dos gendarmes y los vecinos de Chavignolles dejaron escapar un suspiro de alivio.

Girbal y el capitán se quedaron allí; luego llegó el juez de paz, con la intención de recabar información al respecto, y Marescot con birrete de terciopelo y zapatillas de badana.

Langlois les invitó a hacer los honores de su tienda con su presencia. Allí estarían más a sus anchas, y, pese a los parroquianos y al ruido de la campanilla, esos señores siguieron discutiendo acerca de las fechorías de Touache.

—¡Dios mío! —dijo Bouvard—, ¡tenía mala entraña, eso es todo!

—Pero uno puede dominarla con la virtud —replicó el notario.

—¿Y si se carece de virtud?

Y Bouvard negó positivamente el libre arbitrio.

—¡Sin embargo —dijo el capitán—, yo puedo hacer lo que quiero! Soy libre, por ejemplo, de mover la pierna.

—¡No, señor, pues tiene usted un motivo para hacerlo!

El capitán buscó una respuesta, no la encontró. Pero Girbal le soltó un alfilerazo:

—¡Un republicano que habla contra la libertad! ¡Tiene gracia!

—¡Es de chiste! —dijo Langlois.

Bouvard le interpelló:

—¿Cómo es, entonces, que no reparte usted cuanto tiene entre los pobres?

El tendero recorrió con una mirada inquieta toda su tienda.

—¡Vaya! ¡Tan tonto no soy! ¡Me lo guardo para mí!

—Si fuera usted san Vicente de Paúl, actuaría de modo distinto, pues tendría su carácter. Usted obedece al suyo. ¡Por tanto no es libre!

—Le busca usted tres pies al gato —respondieron a coro los presentes.

Bouvard no rechistó y, señalando la balanza que había sobre el mostrador, dijo:

—Ella se mantendrá inerte mientras uno de los platillos esté vacío. Pues otro tanto ocurre con la voluntad; y la oscilación de la balanza entre dos pesos que parecen iguales es como el trabajo de nuestra mente, cuando delibera sobre los motivos, hasta el momento en que el más fuerte se impone y la determina.

—Todo esto —dijo Girbal— no tiene nada que ver con Touache y no impide que sea un redomado bribón.

Pécuchet tomó la palabra:

—Los vicios son algo propio de la Naturaleza, igual que las inundaciones, las

tempestades.

El notario le paró los pies, y alzándose a cada una de sus palabras de puntillas, dijo:

—Su sistema me parece de una inmoralidad absoluta. Da pábulo a todo tipo de excesos, disculpa los crímenes, absuelve a los culpables.

—Exactamente —dijo Bouvard—. El desgraciado que sigue sus apetitos está en su derecho, igual que el hombre honrado que obedece a la razón.

—¡No defienda a los monstruos!

—¿Por qué monstruos? ¡Cuando nace un ciego, un idiota, un homicida, ello nos parece un desorden, como si el orden nos fuera conocido, como si la Naturaleza actuara movida por un fin!

—Entonces, ¿pone usted en tela de juicio la Providencia?

—¡Sí, la pongo!

—¡Si no, fíjese más bien en la Historia! —exclamó Pécuchet—. Recuerde los asesinatos de reyes, las masacres de pueblos, las disensiones en las familias, el dolor de los individuos.

—Y al mismo tiempo —añadió Bouvard, pues se excitaban el uno al otro—, esa Providencia se preocupa de las avecillas y hace crecer de nuevo las patas de los cangrejos. ¡Ah! ¡Si entiende usted por Providencia una ley que lo rige todo, lo acepto, pero con reservas!

—¡Sin embargo, caballero —dijo el notario—, existen los principios!

—¡Pero qué me cuenta usted! ¡Una ciencia, según Condillac, es tanto mejor cuanto menos los necesita! No hacen más que resumir unos conocimientos adquiridos y nos vuelven a llevar hacia esas nociones que, precisamente, son discutibles.

Prosiguió Pécuchet:

—¿Ha examinado usted, como nosotros, ha ahondado en los arcanos de la metafísica?

—¡Es cierto, caballeros, es cierto!

Y los presentes se dispersaron.

Pero Coulon, haciendo un aparte con ellos, les dijo en un tono paternal que no era precisamente devoto, y que incluso detestaba a los jesuitas. ¡Pero él no iba tan lejos como ellos! ¡Oh, no, por supuesto!; y en un ángulo de la plaza pasaron por delante del capitán que, encendiendo de nuevo su pipa, mascullaba:

—¡Yo hago, sin embargo, lo que me place, por Dios!

Bouvard y Pécuchet profirieron también en otras ocasiones sus detestables paradojas. Ponían en duda la probidad de los hombres, la castidad de las mujeres, la inteligencia del Gobierno, la cordura del pueblo, en fin, socavaban los fundamentos.

Foureau se enojó y les amenazó con la cárcel si continuaban con tales discursos.

La evidencia de su superioridad ofendía. Como sostenían tesis inmorales, tenían que ser inmorales; corrieron calumnias sobre ellos.

Entonces se desarrolló en su espíritu una facultad molesta, como era la de

reconocer la estupidez y no poder ya soportarla.

Se deprimían por cosas insignificantes: la publicidad de los periódicos, el perfil de un burgués, una tonta reflexión oída por casualidad.

Pensando en lo que decían en su pueblo, y que hasta las antípodas estaban llenas de otros Coulon, de otros Marescot, de otros Foureau, sentían pesar sobre ellos como la gravedad de la Tierra entera.

Ya no salían, ni recibían a nadie.

Una tarde se oyó en el patio un diálogo entre Marcel y un señor tocado con un sombrero de alas anchas y anteojos negros. Era el académico Larsonneur. Este vislumbró una cortina entreabierta, puertas que se cerraban. Se había propuesto un intento de arreglo, y se fue hecho una furia, encargando al criado que les dijera a sus señores que les consideraba unos patanes redomados.

Bouvard y Pécuchet no se preocuparon por ello. El mundo iba perdiendo importancia; lo percibían como en medio de una nube, descendida de sus cerebros a sus pupilas.

Y, por otra parte, ¿acaso el mundo no es una ilusión, un mal sueño? ¡Puede ser que al final la buena fortuna y las desgracias se equilibren! Pero el bien de la especie no consuela al individuo.

—¡Qué me importan los demás! —decía Pécuchet.

Su desesperación afligía a Bouvard. Era él quien le había empujado hasta ese extremo, y el deterioro de su domicilio avivaba su tristeza con irritaciones diarias.

Para recuperar los ánimos, intentaban convencerse por medio de razonamientos, se imponían trabajos, y no tardaban en caer de nuevo en una desidia mayor, en un profundo desaliento.

Al terminar de comer, se quedaban de codos sobre la mesa, gimiendo con aire taciturno. Marcel ponía unos ojos como platos, luego volvía a la cocina, donde se atracaba a solas.

A mediados de verano, recibieron una invitación de boda anunciándoles el enlace de Dumouchel con la señora viuda Olympe-Zulma Poulet.

—¡Que Dios le bendiga!

Y se acordaron de los tiempos en que ellos eran felices.

¿Por qué ya no seguían a los segadores? ¿Qué se había hecho de los días que entraban en las alquerías, buscando antigüedades por todas partes? Nada, ahora, produciría ya esas horas tan dulces que llenaban la destilería o la literatura. Un abismo les separaba de ello. Algo irrevocable había sucedido.

Quisieron dar, como en otro tiempo, un paseo por los campos, fueron muy lejos, se perdieron. Unas nubecillas se aborregaban en el cielo, el viento mecía las espigas de la avena, a lo largo de un prado un riachuelo murmuraba, cuando de pronto un olor nauseabundo les hizo detenerse, y vieron sobre unos guijarros, entre unos zarzales, una carroña de perro.

Sus cuatro patas estaban resacas. El rictus de la boca descubría debajo de los

morros azulados unos colmillos de marfil; en vez de vientre había un amasijo color terroso que parecía palpitar, tal era el hormiguar de gusanos que se agitaban, heridos por el sol, bajo el zumbido de las moscas, en aquel olor insoportable, olor terrible y como devorador.

Bouvard fruncía la frente; y unas lágrimas inundaron sus ojos. Pécuchet dijo estoicamente:

—¡Un día también nosotros acabaremos así!

La idea de la muerte les había sobrecogido. Charlaron de ella, de regreso.

Después de todo, la muerte no existe. Es un diluirse en el rocío, en la brisa, en las estrellas. Uno se convierte en parte de la savia de los árboles, del esplendor de las piedras preciosas, de las plumas de las aves. Se restituye a la Naturaleza lo que ella nos prestó, y la Nada que llegará no es en absoluto más temible que la Nada que tenemos a nuestras espaldas.

Trataban de imaginarla como una noche profunda, como un agujero sin fondo, un continuo desvanecerse; cualquier cosa era mejor que esa existencia monótona, absurda y sin esperanza.

Recapitularon sus necesidades insatisfechas. Bouvard siempre había deseado tener caballos, carruajes, grandes caldos de Borgoña y bellas mujeres complacientes en una casa magnífica. La ambición de Pécuchet era el saber filosófico. Pues bien, el mayor problema, el que engloba a los demás, puede resolverse en cosa de un minuto. ¿Cuándo, pues, llegaría ese momento?

—Tanto da poner fin a esto enseguida.

—Como quieras —dijo Bouvard.

Y examinaron la cuestión del suicidio.

¿Qué había de malo en arrojar una carga que le aplasta a uno y cometer una acción que no hace daño a nadie? Si ello ofendiera a Dios, ¿tendríamos ese poder? No se trata de una cobardía, por más que se diga, y no deja de ser una hermosa insolencia escarnecer, aunque sea en detrimento propio, lo que los hombres más estiman.

Deliberaron sobre el tipo de muerte.

El veneno hace sufrir. Para degollarse, hace falta mucho valor. Con la asfixia, se fracasa a menudo.

Finalmente Pécuchet subió al desván dos cuerdas de la gimnasia. Luego, tras haberlas atado al mismo travesaño del techo, dejó colgar un nudo corredizo y colocó debajo dos sillas para alcanzar las cuerdas.

Se decidió este método.

Se preguntaban qué impresión causaría en el distrito, adónde irían a parar a continuación su biblioteca, sus papeles, sus colecciones. Pensar en la muerte les hacía enternecerse respecto a sí mismos, pero no por eso abandonaban su plan, y, a fuerza de hablar de ello, se acostumbraron a la idea.

La noche del 25 de diciembre, entre las diez y las once, estaban reflexionando en

el museo, vestidos de modo distinto. Bouvard lucía una bata sobre su chaleco de punto; y Pécuchet, desde hacía tres meses, no se quitaba ya el hábito de monje, para ahorrar.

Como tenían un hambre canina (pues Marcel, que había salido al amanecer, no había vuelto a aparecer), Bouvard creyó saludable tomarse una botella de aguardiente, y Pécuchet un té.

Al retirar el hervidor, se derramó agua sobre el parquet.

—¡Torpe! —exclamó Bouvard.

Luego, encontrando la infusión mediocre, quiso reforzarla con dos cucharadas más.

—Debe de estar pésimo —exclamó Pécuchet.

—¡En absoluto!

Y como ambos tiraban de la caja, se cayó la bandeja; una de las tazas se rompió, la última del bonito juego de porcelana.

Bouvard palideció.

—¡Vamos, continúa! ¡Rómpelo todo! ¡No te detengas!

—¡Gran desgracia, la verdad!

—¡Pues sí, una desgracia! ¡La heredé de mi padre!

—Natural —añadió Pécuchet riendo sardónicamente.

—¡Ah! ¡Me ofendes!

—¡No, pero estás harto de mí! ¡Confíesalo!

Y a Pécuchet le dio un ataque de ira, o más bien de demencia. También a Bouvard. Gritaban los dos a la vez, uno irritado por el hambre, el otro por el alcohol. La garganta de Pécuchet ya no emitía más que un estertor.

—Una vida así es infernal; prefiero la muerte. ¡Adiós!

Cogió el candelero, se dio media vuelta y salió dando un portazo.

A Bouvard, en medio de las tinieblas, le costó lo suyo abrirla, corrió detrás de él, llegó al desván.

La vela estaba en el suelo, y Pécuchet de pie sobre una de las sillas, con la cuerda en una mano.

El espíritu de imitación pudo con Bouvard:

—¡Espérame!

Y subía ya sobre la otra silla, cuando, deteniéndose de pronto, dijo:

—Pero... no hemos hecho testamento.

—Vaya, es cierto.

Unos sollozos hinchaban sus pechos. Se asomaron al tragaluz para respirar.

El aire era frío, y numerosos astros brillaban en el cielo, negro como la tinta.

La blancura de la nieve que cubría la tierra se perdía en las brumas del horizonte.

Percibieron unas lucecitas a ras de suelo, que, acercándose, aumentando de tamaño, iban todas en dirección a la iglesia.

Una curiosidad les empujó hacia allí.

Era la misa del gallo. Aquellas luces provenían de los faroles de los pastores. Algunos, debajo del pórtico, sacudían sus capotes.

El serpentón roncaba, el incienso humeaba. Unos vasos, suspendidos a lo largo de la nave, dibujaban tres coronas de fuegos multicolores y, en el extremo de la perspectiva, en los dos laterales del tabernáculo, se alzaban las llamas rojas de unos cirios gigantes. Por encima de las cabezas de la multitud y las capellinas de las mujeres, más allá de los cantores, se distinguía al cura, con su casulla dorada; a su voz aguda respondían las voces graves de los hombres que llenaban la galería, y la bóveda de madera retemblaba sobre sus arcos de piedra. Unas imágenes, que representaban el vía crucis, adornaban los muros. En medio del coro, delante del altar, yacía un cordero, con las patas debajo del vientre, las orejas tiesas.

La tibia temperatura les produjo un singular bienestar, y sus pensamientos, tormentosos hasta hacía apenas un momento, se volvían dulces, como olas que se calman.

Escucharon el Evangelio y el Credo, observaban los movimientos del sacerdote. Sin embargo, los viejos, los jóvenes, las pobres harapientas, las granjeras con gorrito alto, los robustos mocetones de rubias patillas, todos rezaban, absorbidos en la misma alegría profunda, y sobre la paja de un establo veían irradiar como un sol el cuerpo del Niño Jesús. Esta fe de los otros emocionaba a Bouvard a despecho de su razón, y a Pécuchet, a pesar de la dureza de su corazón.

Hubo un silencio; los dos se inclinaron, y, al tintineo de una campanilla, el corderito baló.

El sacerdote enseñó la hostia, en el extremo de sus dos brazos, lo más alto posible. Entonces estalló un canto de alegría que invitaba al mundo a postrarse a los pies del Rey de los Ángeles. Bouvard y Pécuchet, involuntariamente, se mezclaron en ello, y sentían como una aurora nacer en sus almas.

Marcel reapareció al día siguiente a las tres, con la cara de un color verdusco, los ojos enrojecidos, un chichón en la frente, el pantalón lleno de rotos, apestando a aguardiente, inmundo.

Había ido, como todos los años, a veinticinco kilómetros de allí, cerca de Iqueuville, a celebrar la Nochebuena en casa de un amigo; y más tartaja que nunca, llorando, queriendo darse golpes, imploraba perdón, como si hubiera cometido un crimen. Sus amos se lo otorgaron. Una calma inusitada les inclinaba a la indulgencia.

La nieve se había fundido repentinamente, y ellos se paseaban por su huerto, aspirando el aire tibio, felices de vivir.

¿Había sido solamente el azar el que les había apartado de la muerte? Bouvard se sentía enternecido. Pécuchet se acordó de su primera comunión; y llenos de gratitud por la Fuerza, la Causa de la que dependían, se les ocurrió la idea de dedicarse a las lecturas piadosas.

El Evangelio les ensanchó el alma, les deslumbró igual que un sol. Veían a Jesús, de pie en la cumbre de la montaña, con un brazo en alto, y a la muchedumbre abajo escuchándole; o bien a orillas del lago, entre los apóstoles que tiran las redes; luego montado en el pollino, en medio del clamor de los aleluyas, con su melena ondeando por el agitarse de las palmas; por último, en la cruz, con la cabeza reclinada, de la que cae eternamente el rocío sobre el mundo. Lo que les conquistó, lo que hacía sus delicias, era el amor por los humildes, la defensa de los pobres, la exaltación de los oprimidos. Y en aquel libro, en el que se despliega el cielo, no había nada de teológico en medio de tantos preceptos; ni un dogma, ni una exigencia salvo la pureza del corazón.

En cuanto a los milagros, su razón no se vio sorprendida; los conocían desde niños. La talla moral de san Juan encantó a Pécuchet, predisponiéndole a comprender mejor la *Imitación*^[129].

No había en esta nada de parábolas, flores, pájaros, sino lamentos, un replegarse del alma en sí misma. Bouvard se afligió al hojear aquellas páginas que parecen escritas con un tiempo brumoso, en el fondo de un claustro, entre un peñasco y una tumba. Nuestra vida mortal aparecía en ella tan digna de lástima que es preciso, olvidándola, volverse hacia Dios; y los dos hombres, después de todas sus decepciones, sentían la necesidad de la sencillez, de amar algo, de conceder un descanso a su espíritu.

Abordaron el Eclesiastés, Isaías, Jeremías.

Pero la Biblia, con sus profetas de voz de león, el rugir de la tormenta en las nubes, todos los sollozos de la Gehenna, y su Dios desbaratando los imperios, como

hace el viento con las nubes, les aterraba.

Leían eso el domingo, a la hora de vísperas, mientras repicaba la campana.

Un día se fueron a misa, luego regresaron. Era una distracción al final de la semana. El conde y la condesa de Faverges les saludaron de lejos, lo cual no pasó inadvertido. El juez de paz les dijo, guiñándoles el ojo: «¡Muy bien! Así me gusta». Ahora todas las burguesas les mandaban el pan bendito.

El padre Jeufroy les hizo una visita; ellos se la devolvieron, se frecuentaron; y el cura no hablaba de religión.

Se quedaron asombrados ante esta reserva, por lo que Pécuchet, con aire indiferente, le preguntó qué hay que hacer para llegar a la fe.

—Practique primero.

Y se pusieron a practicar, el uno con esperanza, el otro por desafío, pues Bouvard estaba convencido de que no sería nunca un devoto. Durante un mes siguió regularmente todos los oficios, pero, a diferencia de Pécuchet, no quiso comer de vigilia.

¿Era una medida de higiene? ¡Ya se sabe para qué sirve la higiene! ¿Una cuestión de conveniencia? ¡Abajo las conveniencias! ¿Una señal de sumisión para con la Iglesia? ¡También eso le traía sin cuidado! Dicho en pocas palabras, declaraba esta regla absurda, farisaica, y contraria al espíritu del Evangelio.

El Viernes Santo de los otros años comían lo que Germaine les servía.

Pero esta vez Bouvard había encargado un bistec. Se sentó, cortó la carne; y Marcel le miraba escandalizado, mientras que Pécuchet quitaba la piel todo serio a un trozo de bacalao.

Bouvard permanecía con el tenedor en una mano, el cuchillo en la otra. Hasta que por fin, decidiéndose, se llevó un bocado a los labios. De pronto le temblaron las manos, su cara oronda palideció, su cabeza se inclinó hacia atrás.

—¿Te encuentras mal?

—¡No!... Pero... —Y le hizo una confesión. Como consecuencia de su educación (era algo que le superaba) no podía comer carne aquel día por temor a morir.

Pécuchet, sin abusar de su victoria, aprovechó la ocasión para vivir a su antojo.

Una noche volvió a casa con una expresión seria de alegría impresa en el semblante, y, dejándolo caer, dijo que venía de confesarse.

Entonces discutieron sobre la importancia de la confesión.

Bouvard admitía la de los primeros cristianos, que se hacía en público: la moderna es demasiado fácil. Pero no negaba que este indagar en nosotros mismos fuera un elemento de progreso, un fermento de moralidad.

Pécuchet, anhelante de perfección, buscó sus defectos; los arranques de orgullo habían desaparecido desde hacía tiempo. Su gusto por el trabajo le ayudaba a vencer la pereza; en cuanto a la gula, nadie más sobrio que él. A veces se dejaba llevar por la ira.

Se juró que no volvería a ocurrirle.

Luego habría que crecer en virtud, primero en humildad; es decir, creerse incapaz de todo mérito, indigno de la menor recompensa, inmolar su espíritu, y rebajarse a tal punto que le pisoteen a uno como al barro de los caminos. Estaba lejos aún de esta disposición de ánimo.

Carecía de otra virtud: la castidad. Porque, para sus adentros, echaba de menos a Mélie, y el cuadro de la señora con el vestido Luis XV le turbaba con su escote.

Lo guardó en un armario, redobló el pudor hasta el punto de temer dirigir sus miradas sobre sí mismo, y se acostaba con el calzón puesto.

Tantas preocupaciones acerca de la lujuria no hicieron sino acrecerla. Sobre todo por la mañana tenía que sufrir grandes luchas, como las tuvieron san Pablo, san Benito y san Jerónimo, a muy avanzada edad; a continuación recurrían a terribles penitencias. El dolor es una expiación, un remedio y un medio, un homenaje a Jesucristo. Todo amor exige sacrificios, ¡y cuál más penoso que el de nuestro cuerpo!

A fin de mortificarse, Pécuchet prescindió de la copita de después de las comidas, redujo a cuatro al día las pulgaradas de rapé, y no llevaba ya gorra cuando hacía un frío de perros.

Un día en que Bouvard estaba atando la parra apoyó una escalera en el muro de la terraza de delante de la casa; se encontró, involuntariamente, frente al cuarto de Pécuchet.

Su amigo, desnudo de cintura para arriba, se estaba flagelando las espaldas con las disciplinas, primero lentamente; luego, cobrando ánimos, se bajó el pantalón, se puso a azotarse las nalgas y cayó en una silla, sin aliento.

Bouvard se sintió turbado como ante el descubrimiento de un misterio que no debe salir a la luz.

Desde hacía un tiempo, observaba una mayor limpieza en los cristales, menos sietes en los manteles, una comida mejor; cambios que eran debidos a la intervención de Reine, el ama del señor cura.

Mezclando las cosas de la iglesia con las de su cocina, fuerte como un esportillero y fiel aunque irrespetuosa, se entrometía en la vida de los hogares y daba consejos, hasta convertirse en la dueña y señora de ellos. Pécuchet confiaba plenamente en su experiencia.

En una ocasión ella le trajo a un individuo rechoncho, con unos ojillos chinescos y una nariz aguileña. Era el señor Goutman, un vendedor de artículos religiosos; bajo el cobertizo desempaquetó algunos, metidos en cajas: cruces, medallas y rosarios de todos los tamaños, candelabros para oratorios, altares portátiles, ramilletes de oropel, y sagrados corazones de cartón azul, sanjosés de barba rojiza, calvarios de porcelana. A Pécuchet le volvieron loco. Solo el precio le frenaba.

Goutman no pedía dinero. Prefería los trueques y, tras subir al museo, ofreció, a cambio de los hierros viejos y todo el plomo, un stock de sus productos.

Bouvard los encontró horribles. Pero la mirada de Pécuchet, las insistencias de Reine y la labia del chamarilero consiguieron convencerle. Cuando lo vio tan fácil,

Goutman quiso, además, la alabarda; Bouvard, cansado de demostrar cómo se usaba, también se la entregó. Hecho el saldo total, resultó que los señores debían todavía cien francos. La cosa se solucionó gracias a cuatro letras a un vencimiento de tres meses, y los dos amigos se congratularon por el buen negocio que habían hecho.

Sus adquisiciones fueron distribuidas por todas las estancias. Un pesebre lleno de heno y una catedral de corcho fueron a adornar el museo. En la repisa de la chimenea de Pécuchet hubo un san Juan Bautista de cera; a lo largo del pasillo, los retratos de las glorias episcopales, y, al pie de la escalera, debajo de una lámpara con cadenas, una santa Virgen con manto azul y coronada de estrellas. Marcel limpiaba estas maravillas, convencido de que en el Paraíso no había nada más bello.

¡Qué lástima que el san Pedro estuviera roto, pues qué bien habría quedado en el vestíbulo! Pécuchet, parándose a veces delante del viejo hoyo de los abonos compuestos, donde resultaban reconocibles la tiara, una sandalia, un pedazo de oreja, dejaba escapar unos suspiros, luego seguía trabajando en el huerto, pues ahora añadía los trabajos manuales a los ejercicios religiosos y entrecavaba la tierra, con el hábito de monje, comparándose a san Bruno. Este disfraz podía constituir un sacrilegio; renunció a él.

Mas estaba adquiriendo el estilo eclesiástico, sin duda por la frecuentación del párroco. Tenía su misma sonrisa, su voz, y, con un aire friolero, se metía como él las dos manos hasta los puños en las mangas. Día llegó en que el canto del gallo le importunó, las rosas le aburrían; ya no salía o lanzaba a la campiña unas miradas feroces.

Bouvard se dejó llevar al mes de María. Los niños que cantaban los himnos, los ramos de lilas, los festones de verdura le habían provocado como el sentimiento de una juventud imperecedera. Dios se manifestaba a su corazón mediante la forma de los nidos, las aguas cristalinas de los manantiales, el efecto benéfico del sol, y la devoción de su amigo le parecía extravagante, fastidiosa.

—¿Por qué gimes durante las comidas?

—Debemos comer gimiendo —repuso Pécuchet—, porque es comiendo como el hombre perdió su inocencia.

Esta frase la había leído en el *Manual del seminarista*, dos tomos en doceavo que habían pedido prestados al padre Jeufroy. Y bebía agua de la Salette, se entregaba, a puerta cerrada, a unas jaculatorias, esperaba entrar en la cofradía de San Francisco.

Para obtener el don de la perseverancia, decidió ir en peregrinación a la santa Virgen.

La elección de las localidades fue ardua. ¿Mejor Notre-Dame de Fourvières, o la de Chartres, de Embrun, de Marsella o de Auray? La de Délivrande^[130], más próxima, servía lo mismo para sus fines.

—¡Me acompañarás!

—¡Haría el papel de sandio! —dijo Bouvard.

Pero, después de todo, quizá volvería convertido en creyente, cosa que no se

negaba a ser, por lo que cedió para complacerle.

Las peregrinaciones deben hacerse a pie. Pero cuarenta y tres kilómetros resultarían duros; y las góndolas se prestaban mal para la meditación, por lo que alquilaron un viejo cabriolé, que, tras doce horas de camino, les dejó en la posada.

Tomaron una habitación de dos camas, con dos cómodas con sendas jarras de agua en unas palanganas ovales, y el posadero les informó de que aquélla era «la habitación de los capuchinos» en tiempos del Terror. Habían escondido en ella a Notre-Dame de la Délivrande con tantas precauciones que los buenos de los padres decían allí misa clandestinamente.

Esto fue del agrado de Pécuchet, y leyó en voz alta un folleto sobre la capilla, que había cogido abajo en la cocina.

Fue fundada a comienzos del siglo II por san Regnoberto, primer obispo de Lisieux, o por san Ragneberto, que vivió en el siglo VII, o por Roberto el Magnífico, a mediados del siglo XI.

Los daneses, los normandos y sobre todo los protestantes la habían incendiado y devastado en diferentes épocas.

Hacia 1112, la estatua primitiva fue descubierta por un cordero, que, golpeando con una pata en un herbazal, indicó el lugar en el que se hallaba, y en dicho lugar el conde Baudouin erigió un santuario.

Sus milagros son incontables. Un mercader de Bayeux, cautivo de los sarracenos, la invocó: se caen sus grilletes y se escapa. Un avaro descubre en su desván un ejército de ratas, la llama en su auxilio y las ratas se van. El contacto de una medalla que había rozado su efigie hizo arrepentirse en su lecho de muerte a un viejo materialista de Versalles. Devolvió el habla al señor Adeline, que la había perdido por haber blasfemado; y, merced a su protección, los señores de Becqueville tuvieron fuerzas suficientes para vivir castamente estando casados.

Se cita, entre los que ella curó de afecciones irremediables, a la señorita de Palfresne, a Anne Lorieux, a Marie Duchemin, a François Dufai, y a la señora de Jumillac, de soltera Osseville.

La visitaron personajes eminentes: Luis XI, Luis XIII, dos hijas de Gastón de Orléans, el cardenal Wiseman, Samirrihi, patriaca de Antioquía; monseñor Véroles, vicario apostólico de Manchurria; y el arzobispo de Quélen fue a darle las gracias por la conversión del príncipe de Talleyrand.

—¡Ella podrá —dijo Pécuchet— convertirte también a ti!

Bouvard, ya acostado, soltó una especie de gruñido y se durmió como un tronco.

Al día siguiente, a las seis, entraban en la capilla.

Estaban construyendo otra; toldos y tablas obstruían la nave, y el monumento, de estilo rococó, desagradó a Bouvard, sobre todo el altar de mármol rojo, con sus pilastras corintias.

La estatua milagrosa, en una hornacina de la izquierda del coro, estaba envuelta en un vestido de lentejuelas; se presentó el pertiguero, trayendo para cada uno de

ellos un cirio. Lo hincó en una especie de candelabro de varios brazos que dominaba la balaustrada, pidió tres francos, hizo una inclinación y desapareció.

Luego miraron los exvotos.

Unas inscripciones sobre unas placas testimoniaban la gratitud de los fieles. Pueden admirarse dos espadas cruzadas, donativo de un ex alumno de la Escuela Politécnica, ramilletes de novia, medallas militares, corazones de plata y en un rincón, en el suelo, una pila de muletas.

De la sacristía salió un cura portando el sagrado copón.

Tras haber permanecido unos minutos al pie del altar, subió los tres escalones, entonó el *Oremus*, el *Introito* y el *Kyrie*, que el monaguillo, de rodillas, recitó de un tirón.

Los asistentes eran pocos, doce o quince ancianas. Oíase el susurro de sus rosarios y el ruido de un martillo golpeando unas piedras. Pécuchet, inclinado sobre su reclinatorio, respondía a los «amén». Durante la Elevación, suplicó a la Virgen que le enviara una fe constante e indestructible.

Bouvard, en el asiento de al lado, le cogió el libro de rezos y se detuvo en las letanías de la Virgen.

«Madre purísima, Madre castísima, Madre venerable, Madre amable, Virgen poderosa, Virgen clemente, Torre de Marfil, Casa de Oro, Puerta del Cielo, Estrella Matutina...» Estas palabras de adoración, estas hipérboles le llevaron hacia la que es celebrada por tantos homenajes.

Soñó con ella tal como se la representa en los cuadros de las iglesias, sobre un cúmulo de nubes, con querubines a sus pies, con el Niño Dios contra su pecho; madre de las ternuras que reclaman todas las aflicciones de la Tierra; ideal de la Mujer ascendida al Cielo; pues, nacido de sus entrañas, el Hombre ensalza su amor y solo aspira a descansar en su corazón.

Terminada la misa, recorrieron las tiendas adosadas al muro del lado de la plaza. En ellas se veían imágenes, benditeras, urnas con filetes dorados, cristos de nuez de coco, rosarios de marfil; y el sol, hiriendo los cristales de los cuadros, deslumbraba los ojos, hacía resaltar la tosquedad de las pinturas, la fealdad de los dibujos. Bouvard, que en casa encontraba aquellas cosas horribles, se mostró indulgente. Compró una estatuilla de la Virgen en escayola azul. Pécuchet, como recuerdo, se contentó con un rosario.

Los vendedores gritaban:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Por cinco francos, por tres francos, por sesenta céntimos, por cuatro cuartos, no rechacéis a Nuestra Señora!

Los dos peregrinos callejeaban sin elegir nada. Se oyeron unas observaciones descorteses.

—¿Qué quieren esos pajarracos?

—¿No serán turcos por casualidad?

—¡Más bien protestantes!

Una muchacha alta tiró a Pécuchet de la levita; un viejo gafudo le posó una mano en un hombro; todos gritaban a la vez; luego, abandonando sus barracas, fueron a rodearlos, redoblaron sus provocaciones y ofensas.

Bouvard no pudo aguantarse más:

—¡Déjenos en paz, por Dios!

La turba se alejó.

Pero una mujer gorda les siguió un rato por la plaza y les dijo a voces que se arrepentirían de ello.

Al regresar a la posada, encontraron en el café a Goutman. Era su negocio lo que le traía a aquellos lugares, y charlaba con un individuo que estaba revisando un estado de cuentas en la mesa de delante de ellos.

Este individuo llevaba una gorra de cuero, pantalones muy anchos, y tenía la tez roja y el talle esbelto, pese a sus cabellos blancos, y un aire entre un oficial retirado y un viejo comicastro.

De vez en cuando soltaba un juramento, y acto seguido, a una palabra de Goutman dicha más baja, se calmaba enseguida, y pasaba a otro papel.

Bouvard, que lo observaba, al cabo de un cuarto de hora se le acercó.

—¿No es usted Barberou?

—¡Bouvard! —exclamó el hombre de la gorra.

Y se abrazaron.

Desde hacía veinte años, Barberou había hecho un poco de todo.

Director de un periódico, agente de seguros, encargado de un vivero de ostras. «Un día se lo contaré.» Por fin, vuelto a su primer oficio, viajaba como representante de una casa de Burdeos, y Goutman, que «se encargaba de aquella diócesis», le colocaba sus vinos entre los eclesiásticos.

—Discúlpeme, estoy con usted en un minuto.

Había retomado sus cuentas, cuando, dando un bote sobre su asiento, exclamó:

—Pero ¿cómo que dos mil?

—¡Sin duda!

—¡Ah! ¡Esta sí que es buena!

—¿A qué se refiere?

—Le digo que he visto a Hérambert personalmente —replicó Barberou hecho una furia—. ¡La factura dice cuatro mil; nada de bromas!

El chamarilero no se inmutó.

—Está bien; le exime de su deuda, ¿qué más quiere?

Barberou se levantó, y, viendo su semblante pálido primero y luego lívido, Bouvard y Pécuchet creían que iba a estrangular a Goutman.

Pero volvió a sentarse y se cruzó de brazos.

—¡Es usted un redomado canalla, reconózcalo!

—¡Déjese de insultos, señor Barberou; hay testigos; ándese con cuidado!

—¡Le llevaré a juicio!

—¡Blablablá! —Luego, tras haber cerrado su cartera, Goutman levantó el borde de su sombrero, y dijo—: ¡Que le vaya bien!

Y salió.

Barberou expuso los hechos: por una deuda de mil francos que se había visto doblada por las artimañas de los usureros, le había entregado a Goutman tres mil francos en vino, que bastaba para saldar la deuda con una ganancia de mil francos; en cambio, todavía debía tres mil. ¡Sus jefes le despedirían y le pondrían un pleito!

—¡Crápula! ¡Bribón! ¡Judío asqueroso! ¡Y encima come en casa de los presbíteros! Por lo demás, ¡todo lo que tiene que ver con las sotanas!...

Y se puso a despotricar contra los curas, y descargaba golpes con tanta violencia sobre la mesa que la estatuilla estuvo a punto de caerse.

—¡Tranquilo! —dijo Bouvard.

—¡Vaya! ¿Y esto qué es? —Y Barberou, tras haber deshecho el envoltorio de la pequeña Virgen, dijo—: ¡Un cachivache de peregrinación!, ¿ustedes?

Bouvard, en vez de responder, sonrió de un modo ambiguo.

—¡Es mía! —dijo Pécuchet.

—Me sabe mal por usted —prosiguió Barberou—, pero ¡ya le instruiré yo sobre el asunto, no tema!

Y como hay que ser filósofos, y la tristeza no sirve de nada, les invitó a comer.

Los tres se sentaron a la mesa.

Barberou estuvo amable, recordó los viejos tiempos, cogió de la cintura a la moza, quiso tomarle las medidas a la barriga de Bouvard. Pronto iría a verlos a su casa, y les llevaría un libro que tenía su gracia.

La idea de aquella visita no les entusiasmó demasiado. Charlaron de ello en el coche, por espacio de una hora, al trote del caballo. A continuación, Pécuchet cerró los párpados. También Bouvard guardaba silencio. En su fuero interno, se inclinaba por la religión.

Marescot se había presentado la víspera para informarles de una cosa importante. Marcel no sabía nada más al respecto.

El notario no pudo recibirles hasta al cabo de tres días; y de inmediato expuso la cuestión. Por una renta de siete mil quinientos francos, la señora Bordin proponía al señor Bouvard comprarle su hacienda.

Ella le había echado el ojo desde que era joven, conocía sus lindes, virtudes y defectos; y ese deseo era como un cáncer que la corroía. Pues la buena de la señora, como verdadera normanda que era, tenía por encima de todo el amor al *patrimonio*, menos por asegurar su capital que por el placer de pisar suelo propio. Esperando conseguirla, había hecho sus averiguaciones, llevado a cabo una vigilancia diaria, ahorrado durante mucho tiempo, y esperaba, con impaciencia, la respuesta de Bouvard.

Este, incómodo, no quería que Pécuchet se encontrase un día sin fortuna; pero había que atrapar la ocasión al vuelo, que no era sino el resultado de la peregrinación:

por segunda vez, la Providencia se mostraba favorable con ellos.

Hicieron la contrapropuesta siguiente: la renta, no de siete mil quinientos francos, sino de seis mil, sería entregada a quien sobreviviese de los dos. Marescot hizo valer que uno estaba delicado de salud. La naturaleza del otro le predisponía a la apoplejía, y la señora Bordin firmó el contrato, llevada por la pasión.

Bouvard se quedó melancólico. Alguien deseaba su muerte, y tal reflexión le inspiró graves pensamientos, ideas de Dios y de eternidad.

Tres días después, el padre Juefroy les invitó a la comida de gala que daba una vez al año a unos colegas.

La comida dio comienzo a eso de las dos para terminar a las once de la noche.

Tomaron sidra de pera, se entretuvieron haciendo juegos de palabras. El padre Pruneau compuso, sobre la marcha, un acróstico. El señor Bougon hizo juegos de cartas, y Cerpet, un joven vicario, cantó una breve romanza rayana en la galantería. Semejante ambiente divirtió a Bouvard. Al día siguiente estuvo menos sombrío.

El párroco fue a verle con frecuencia. Presentaba la religión bajo unos agradables colores. ¿Qué perdía uno, por lo demás? Y Bouvard no tardó en aceptar acercarse al comulgatorio. Pécuchet, al mismo tiempo que él, participaría en el sacramento.

Llegó el gran día.

La iglesia, a causa de las primeras comuniones, estaba de bote en bote. Los burgueses y burguesas abarrotaban sus bancos, y el pueblo llano se mantenía de pie al fondo, o en el coro, por encima de la puerta.

Lo que iba a ocurrir dentro de poco era inexplicable, pensaba Bouvard, pero la razón no basta para comprender determinadas cosas. Grandes hombres han aceptado la religión. Mejor seguir su ejemplo, y en una especie de aturdimiento contemplaba el altar, el incensario, los cirios, con la cabeza un tanto vacía, porque no había comido, y sentía una extraña debilidad.

Pécuchet, meditando sobre la Pasión de Jesús, se exaltaba en arrebatos de amor. Hubiera querido ofrecerle su propia alma, la de los demás, y los raptos, los transportes, las visiones de los santos, todos los seres, el universo entero. Aunque rezaba con fervor, las varias partes de la misa le parecieron un poco largas.

Finalmente los varoncitos se arrodillaron en el primer escalón del altar, formando con sus trajes una franja negra, que remataban de forma desigual unas melenas rubias o morenas. Los reemplazaron las chiquillas, con sus velos cayéndoles bajo las coronas; de lejos se hubiera dicho un cortejo de blancas nubecillas en el fondo del coro.

Luego les llegó el turno a las personas mayores.

La primera del lado del Evangelio era Pécuchet, pero, demasiado emocionado sin duda, hacía oscilar la cabeza de derecha a izquierda. Al párroco le costó introducirle la hostia en la boca y él la recibió revolviendo los ojos.

Bouvard, por el contrario, abrió tanto las mandíbulas que su lengua le colgaba sobre el labio como una bandera. Al levantarse, estaba codo con codo con la señora

Bordin. Sus ojos se encontraron. Ella sonreía; sin saber por qué, él se sonrojó.

Después de la señora Bordin, comulgaron juntos la señorita de Faverges, la condesa, su dama de compañía, y un señor que no era conocido en Chavignolles.

Los dos últimos fueron Placquevent y Petit, el maestro, cuando de pronto vieron aparecer a Gorgu.

No llevaba ya perilla; y volvió a su sitio, con los brazos en cruz sobre el pecho, de manera muy edificante.

El párroco arengó a los chavales. Les dijo que procuraran en el futuro no hacer como Judas, que traicionó a su Dios, y conservaran siempre su ropaje de inocencia. Pécuchet echó de menos la suya. Pero la gente retiraba ya las sillas; las madres tenían prisa por abrazar a sus hijos.

A la salida, los feligreses intercambiaron felicitaciones. Algunos lloraban. La señora de Faverges, mientras esperaba su coche, se volvió hacia Bouvard y Pécuchet y les presentó a su futuro yerno:

—El señor barón de Mahurot, ingeniero.

El conde se quejaba de no verles. Volvería la semana siguiente.

—No lo olviden, por favor.

La calesa había llegado; las damas del castillo partieron, y el gentío se dispersó.

Encontraron en su patio un paquete en medio de la hierba. El cartero, como la casa estaba cerrada, lo había lanzado por encima de la cerca. Era la obra que Barberou les había prometido: *Examen del cristianismo*, de Louis Hervieu^[131], ex alumno de la École Normale. Pécuchet la rechazó. Bouvard no deseaba conocerla.

Le habían repetido que el sacramento le transformaría: durante varios días, Bouvard acechó algún florecimiento en su conciencia. Seguía siendo el mismo, y le dominó un estupor doloroso.

Pero ¡cómo! ¡La carne de Dios se mezcla con nuestra carne y no produce nada! ¡El pensamiento que gobierna los mundos no ilumina nuestro espíritu! ¡El poder supremo nos abandona a la impotencia!

El padre Jeufroy, tranquilizándole, le recomendó el *Catecismo* del padre Gaume^[132].

Por el contrario, la devoción de Pécuchet no hacía sino crecer. Le hubiera gustado comulgar bajo las dos especies, cantaba salmos mientras se paseaba por el pasillo, paraba a los vecinos de Chavignolles para discutir y convertirles. Vaucorbeil se le rió en las barbas, Girbal se encogió de hombros y el capitán le llamó tartufo. Ahora la opinión de la gente era que se excedían.

Una excelente costumbre es abordar las cosas en tanto que símbolos. Si ruge la tormenta, imaginaos el Juicio Final; delante de un cielo sin nubes, pensad en la morada de los bienaventurados; decid en vuestros paseos que cada paso os acerca a la muerte. Pécuchet siguió este método. Cuando se ponía el hábito, pensaba en la envoltura carnal de la que se revistió la segunda persona de la Trinidad, el tictac del reloj le recordaba los latidos de su corazón, un alfilerazo, los clavos de la cruz; pero

por más que permaneciera de rodillas durante horas, multiplicara los ayunos, y exprimiera su imaginación, el desapego de sí mismo no se producía; imposible alcanzar la contemplación perfecta.

Recurrió a escritores místicos: santa Teresa, san Juan de la Cruz, Luis de Granada, Scupoli, y a otros más modernos, como monseñor Chaillot. En vez de las sublimidades que se esperaba, no encontró sino banalidades, un estilo muy flojo, frías imágenes y muchas comparaciones tomadas del muestrario de los lapidarios.

En cualquier caso, aprendió que existe una purgación activa y otra pasiva, una visión interior y otra exterior, cuatro especies de oraciones, nueve cualidades superiores en el amor, seis grados de humildad, y que la herida del alma no difiere mucho del vuelo del espíritu.

Había puntos que le creaban problemas.

«Puesto que la carne es maldita, ¿cómo es posible que debamos dar gracias a Dios por el don de la existencia? ¿Qué proporción guardar entre el temor indispensable para la salvación y la esperanza que no lo es menos? ¿Dónde está el signo de la gracia? Etcétera.»

Las respuestas del padre Jeufroy eran simples:

—No se atormente. Si uno quiere llegar al fondo de todo, se desliza por una pendiente peligrosa.

El *Catecismo de la perseverancia*, de Gaume, había desagradado tanto a Bouvard que cogió el libro de Louis Hervieu. Era un sumario de la exégesis moderna prohibido por el Gobierno. Barberou, como republicano que era, lo había comprado.

Despertó dudas en el espíritu de Bouvard, y en primer lugar sobre el pecado original.

—Si Dios creó al hombre pecador, no debería castigarle, y el mal es anterior a la caída porque había ya volcanes, bestias feroces. En fin, ¡este dogma trastoca mi concepto de la justicia!

—¿Qué quiere usted? —decía el cura—, es una de esas verdades con las que todo el mundo está de acuerdo, sin que puedan aducirse pruebas; y nosotros mismos hacemos recaer sobre los hijos los crímenes de sus padres. Así las costumbres y las leyes justifican ese decreto de la Providencia, que se reencuentra en la Naturaleza.

Bouvard meneó la cabeza. Dudaba también del infierno.

—Puesto que todo castigo debe tener por mira la reeducación del culpable, ello es imposible con un castigo eterno; ¡y cuántos lo sufren! Piense, todos los antiguos, los judíos, los musulmanes, los idólatras, los herejes y los niños muertos sin bautizar, esos niños creados por Dios, ¿y con qué fin? ¡Para castigarles por una culpa que no han cometido!

—Tal es la opinión de san Agustín —añadió el párroco—, y san Fulgencio incluye en la condenación hasta a los fetos. La Iglesia, a decir verdad, no se ha pronunciado al respecto. Una observación, sin embargo: no es Dios, sino el pecador quien se condena a sí mismo, y siendo la ofensa infinita, puesto que Dios es infinito,

el castigo debe ser infinito. ¿Alguna pregunta más, señor?

—Explíqueme el misterio de la Santísima Trinidad —dijo Bouvard.

—Con mucho gusto. Pongamos un símil: los tres lados del triángulo, o más bien nuestra alma, que incluye: el ser, el conocer y el querer; lo que en el Hombre llamamos facultad, en Dios es persona. He aquí el misterio.

—Pero los tres lados del triángulo no son cada uno de ellos el triángulo; esas tres facultades del alma no constituyen tres almas, y las personas de la Trinidad son tres Dioses.

—¡Esto es una blasfemia!

—¡Pues, entonces, no hay más que una persona, un Dios, una substancia que se manifiesta de tres modos!

—Adoremos sin comprender —dijo el párroco.

—De acuerdo —dijo Bouvard.

Temía pasar por impío, ser mal visto en el castillo.

Ahora iban tres veces por semana, hacia las cinco, y la taza de té les reanimaba. El señor conde, con su porte, «recordaba la distinción de la antigua Corte»; la condesa, plácida y gorda, daba prueba sobre todo de gran cordura. La señorita Yolande, su hija, era «la joven modelo», el ángel de los *keepsakes*, y la señora de Noaris, su dama de compañía, se parecía a Pécuchet, pues tenía su misma nariz puntiaguda.

La primera vez que entraron en el salón, ella defendía a alguien.

—¡Le aseguro que es otro! Su regalo así lo prueba.

Ese alguien era Gorgu. Acababa de regalarles a los futuros esposos un reclinatorio gótico. Lo trajeron. Las armas de las dos casas campeaban en relieves de colores. Al señor de Mahurot pareció agradarle, y la señora de Noaris le dijo:

—¡Acuérdese usted de mi protegido!

A continuación trajeron a dos niños, un chiquillo de unos doce años, y su hermana, que tenía tal vez diez. Por los agujeros de sus harapos se veían sus miembros enrojecidos por el frío. El uno iba calzado con unas viejas chinelas, la otra no llevaba más que un zueco. Sus frentes desaparecían bajo sus melenas, y miraban a su alrededor con unos ojos de mirada encendida, como lobeznos aterrados.

La señora de Noaris contó que se los había encontrado por la mañana en la carretera general. Placquevent no podía proporcionar ningún detalle sobre ellos.

Les preguntaron su nombre.

—Victor, Victorine.

—¿Dónde está vuestro padre?

—En prisión.

—Y antes, ¿qué hacía?

—Nada.

—¿De qué pueblo sois?

—De Saint-Pierre.

—¿Qué Saint-Pierre?

Los dos pequeñajos decían, por toda respuesta, sorbiéndose los mocos:

—No sé, no sé.

Su madre había fallecido, y ellos mendigaban.

La señora de Noaris expuso lo peligroso que sería dejarles abandonados; enterneció a la condesa, pinchó al conde en su amor propio, recibió el apoyo de la señorita, se obstinó, consiguió lo que quería. La mujer del guardamonte se ocuparía de ellos. Luego ya se les encontraría un trabajo y, como no sabían leer ni escribir, la señora de Noaris les daría clases ella misma a fin de prepararles para el catecismo.

Cuando el padre Jeufroy iba al castillo, se mandaba a buscar a los dos chavales; él les hacía preguntas, luego daba una conferencia más bien pretenciosa, dado el auditorio.

En una ocasión en que había hablado sobre los patriarcas, Bouvard, de regreso con él y con Pécuchet, los criticó con aspereza.

Jacob se había distinguido por sus fullerías, David por sus crímenes, Salomón por su vida disoluta.

El padre le respondió que había que verlo con más amplias miras. El sacrificio de Abraham es la figura de la Pasión; Jacob es otra figura del Mesías, como José, como la serpiente de bronce, como Moisés.

—¿Cree —preguntó Bouvard— que escribió él el Pentateuco?

—¡Sí, sin duda!

—Sin embargo, en él se cuenta su muerte; lo mismo puede decirse de Josué, y en cuanto a los Jueces, el autor nos advierte de que en la época a la que se refiere Israel no tenía aún reyes. La obra fue, por tanto, escrita bajo los reyes. También los profetas no dejan de asombrarme.

—¡Ahora va a negar a los profetas!

—¡En absoluto! Pero su mente exaltada percibía a Jehová bajo unas formas distintas, la de un fuego, de una zarza, de un anciano, de una paloma, y además no estaban seguros de la revelación, dado que estaban pidiendo siempre una señal.

—¡Ah! ¿Y dónde ha descubierto usted estas bonitas cosas?...

—En Spinoza.

Al oír este nombre, el párroco pegó un brinco.

—¿Lo ha leído usted?

—¡Dios me guarde de hacerlo!

—Sin embargo, caballero, la Ciencia...

—Caballero, no se es sabio si no se es cristiano.

La Ciencia no le inspiraba más que sarcasmos:

—¿Acaso su ciencia hará crecer una espiga de trigo? ¿Qué sabemos nosotros? —decía.

Pero él sabía que el mundo fue creado para nosotros; sabía que los arcángeles están por encima de los ángeles; sabía que el cuerpo humano resucitará tal como era

hacia los treinta años.

Su aplomo sacerdotal irritaba a Bouvard, que, por desconfianza de Louis Hervien, escribió a Varlot, mientras que Pécuchet, mejor informado, le pidió al padre Jeufroy explicaciones sobre las Sagradas Escrituras.

Los seis días del Génesis significan seis grandes épocas. Los vasos preciosos que los judíos arrebataron a los egipcios deben entenderse como riquezas intelectuales, las artes cuyo secreto habían robado. Isaías no se desnudó completamente, pues *nudus*, en latín, significa «desnudo de cintura para arriba»; por ello Virgilio aconseja desnudarse para arar, ¡y un escritor como él no hubiera impartido ciertamente preceptos contrarios al pudor! El hecho de que Ezequiel devore un libro no tiene nada de extraordinario; ¿acaso no se dice «devorar un opúsculo, un periódico»?

Pero si vemos metáforas por todas partes, ¿qué será de los hechos? El cura sostenía que, en cualquier caso, los hechos eran reales.

Este modo de interpretarlos le pareció desleal a Pécuchet. Ahondó en sus investigaciones y preparó una nota sobre las contradicciones de la Biblia.

El Éxodo nos dice que por espacio de cuarenta años se ofrecieron sacrificios en el desierto, pero no se hizo ninguno, si hemos de creer a Amós y a Jeremías. Los Paralipómenos y el libro de Esdrás no se ponen de acuerdo en cuanto al censo de la población. En el Deuteronomio, Moisés ve al Señor cara a cara; según el Éxodo, no pudo verlo jamás. ¿Dónde está, entonces, la inspiración?

—Un motivo más para admitirla —replicaba sonriendo el padre Jeufroy—. Los impostores tienen necesidad de componendas, ¡quien es sincero no las necesita! En caso de duda, recurramos a la Iglesia. Ella es siempre infalible.

¿De quién le viene la infalibilidad?

Los concilios de Basilea y de Constanza la atribuyen a los concilios. Pero a menudo los concilios son discordantes, prueba de ello es lo que les ocurrió a Atanasio y a Arrio; los de Florencia y de Letrán decretan que ésta pertenece al Papa. Pero Adriano VI declara que el Papa puede equivocarse como cualquier otro.

¡Ardides! Todo lo cual no afecta en absoluto a la solidez del dogma.

La obra de Louis Hervieu señala algunas variaciones: el bautismo estaba reservado en otros tiempos a los adultos. La extremaunción no se convirtió en sacramento hasta el siglo IX; la presencia real de Dios en la hostia fue decretada en el siglo VIII, el Purgatorio reconocido en el siglo XV, la Inmaculada Concepción es cosa de anteaayer.

Y Pécuchet llegó hasta el punto de no saber qué pensar de Jesús. Tres evangelistas hacen de él un hombre. En un pasaje de san Juan, parece ser equiparado a Dios; en otro pasaje del mismo, san Juan reconoce que es inferior a él.

El padre replicaba con la carta del rey Abgar, los Hechos de Pilatos y el testimonio de las Sibilas «cuyo fondo es verdadero». Encontraba a la Virgen entre los galos, el anuncio de un redentor en China, la Trinidad por todas partes, la cruz en el sombrero del Gran Lama y, en Egipto, en la mano de los dioses; y mostró hasta un

grabado que representaba un nilómetro, que era un falo, según Pécuchet.

El padre Jeufroy consultaba en secreto a su amigo Pruneau, que le buscaba pruebas en los autores. Se desencadenó una guerra de erudición; y acicateado por el amor propio, Pécuchet se volvió trascendente, mitólogo.

Comparaba a la Virgen con Isis, la Eucaristía con el *homa* de los persas^[133], a Baco con Moisés, el arca de Noé con la barca de Xithuros^[134]; estas semejanzas servían, en su opinión, para demostrar la identidad de las religiones.

Pero no puede haber muchas religiones, desde el momento en que no hay más que un solo Dios, y cuando se quedaba corto de argumentos el hombre de la sotana exclamaba: «¡Es un misterio!».

¿Qué significa esta palabra?

Falta de saber, muy bien. Pero si designa una cosa cuyo solo enunciado implica contradicción, es una tontería; y Pécuchet no dejaba ya ni a sol ni a sombra al padre Jeufroy. Le sorprendía en su jardín, le esperaba en el confesonario, le perseguía en la sacristía.

El sacerdote recurría a astucias para rehuirle.

Un día, que había partido para Sassetot a administrar a alguien los sacramentos, Pécuchet se paró delante de él en el camino, una forma de hacer la conversación inevitable.

Era al atardecer, hacia finales de agosto. El cielo escarlata se oscureció, y se formó una gran nube, regular por abajo, con volutas en lo alto.

Pécuchet, en primer lugar, habló de cosas insustanciales; luego, tras haber dejado caer la palabra «mártir», dijo:

—¿Cuántos cree usted que hubo?

—Unos veinte millones por lo menos.

—Según Orígenes, su número no es tan grande.

—¡Debe saber que Orígenes es sospechoso!

Cruzó una amplia ventolera, inclinando la hierba de las cunetas, y las dos hileras de olmos hasta el extremo del horizonte.

Pécuchet prosiguió:

—Entre los mártires se incluye a muchos obispos galos muertos resistiendo a los bárbaros, lo que está fuera de lugar.

—¿Va a defender a los emperadores?

Según Pécuchet, habían sido calumniados.

—La historia de la legión tebana es una fábula. Discuto también a Sinfrosina y a sus siete hijos, a Felicité y a sus siete hijas, y a las siete vírgenes de Ancira, condenadas a la violación, por más que fueran septuagenarias, y a las once mil vírgenes de santa Úrsula, una de las cuales se llamaba «Undecemilla», nombre tomado por una cifra; ¡y más aún a los diez mártires de Alejandría!

—Sin embargo... Sin embargo, se les cita como autores dignos de crédito.

Cayeron las primeras gotas. El cura abrió su paraguas; y Pécuchet, cuando estuvo

debajo, se atrevió a afirmar que los católicos habían causado más mártires entre los judíos, los musulmanes, los protestantes y los librepensadores que todos los romanos antaño.

El eclesiástico protestó:

—¡Pero si se cuentan diez persecuciones desde Nerón hasta Galerio!

—¿Y qué me dice de las masacres de los albigenses? ¿Y de la Noche de San Bartolomé? ¿Y de la revocación del Edicto de Nantes?

—Excesos sin duda deplorables, pero ¡no irá usted a comparar a esas gentes con san Esteban, san Lorenzo, Cipriano, Policarpo^[135], una multitud de misioneros!

—¡Disculpe! ¡Le recordaré a Hipatía, a Jerónimo de Praga, a Jan Huss, a Bruno, a Vanini, a Anne Dubourg!

La lluvia arreciaba, y las gotas caían con tal violencia que rebotaban en el suelo como pequeños proyectiles blancos. Pécuchet y el padre Jeufroy caminaban lentamente, apretados el uno contra el otro, y el párroco decía:

—¡Tras unos suplicios abominables, se les arrojaba en unas calderas!

—La Inquisición empleaba también la tortura, y le asaba a uno de maravilla.

—¡Se exponía a las damas ilustres en los lupanares!

—¿Acaso cree usted que los dragones de Luis XIV fueron decentes?

—¡Y tenga en cuenta que los cristianos no habían hecho nada contra el Estado!

—¡Tampoco los hugonotes!

Soplaba viento, barría la lluvia en el aire. Esta azotaba las hojas, corría en arroyuelos a lo largo del camino, y el cielo, color de barro, se confundía con los campos desnudos, porque la cosecha había acabado. Ni un refugio. A lo lejos, solo la cabaña de un pastor.

El delgado gabán de Pécuchet ya no tenía un solo hilo seco. El agua corría por su espinazo, le entraba en las botas, en las orejas, en los ojos, pese a la visera de la gorra Amorós; el párroco, recogiendo en un brazo el faldón de su sotana, descubría sus piernas, y las puntas de su birrete escupían el agua sobre sus hombros cual gárgolas de catedral.

Tuvieron que detenerse y, volviéndose de espaldas a la tempestad, permanecieron cara a cara, vientre contra vientre, sujetando a cuatro manos el paraguas que oscilaba.

El padre Jeufroy no había interrumpido la defensa de los católicos.

—¿Acaso hicieron crucificar a sus protestantes, como lo hicieron con san Simeón, o devorar a un hombre por dos tigres, como le ocurrió a san Ignacio?

—Pero ¿cuentan para usted algo tantas mujeres separadas de sus maridos, de hijos arrebatados a sus madres? ¡Y los exilios de los pobres, a través de la nieve, en medio de unos precipicios! Se les amontonaba en las prisiones; apenas muertos, les arrastraban encima de una rejilla.

El padre dijo en tono sardónico:

—¡Permítame usted que lo dude! Sobre nuestros mártires hay menos incertidumbres. A santa Blandina la abandonaron desnuda en una red a merced de

una vaca furiosa. Santa Julie murió a fuerza de golpes. A san Taraco, a san Probo y a san Andrónico les rompieron los dientes con un martillo, les desgarraron los costados con unos peines de hierro, les atravesaron las manos con unos clavos candentes, les arrancaron la piel del cráneo.

—Exagera usted —dijo Pécuchet—. ¡La muerte de los mártires era en aquellos tiempos una exageración retórica!

—¿Cómo que retórica?

—¡Pues sí! Mientras que yo, señor, lo que le cuento es lo que dice la Historia. ¡Los católicos, en Irlanda, evisceraron a unas mujeres embarazadas para arrebatárles a sus hijos!

—Eso nunca.

—¡Y entregarlos a los puercos!

—¡Vamos, hombre!

—¡En Bélgica, las enterraban vivas!

—¿Está de broma?

—¡Se conocen sus nombres!

—Aunque así fuese —objetó el sacerdote, sacudiendo con ira su paraguas—, no puede llamárseles mártires. No hay mártires fuera de la Iglesia.

—Un momento. Si el valor del mártir depende de la doctrina, ¿cómo puede servir este para demostrar su superioridad?

La lluvia se iba calmando; no despegaron de nuevo los labios hasta el pueblo.

Pero, en la entrada de la rectoría, el padre dijo:

—¡Le compadezco! ¡La verdad, le compadezco!

Pécuchet le contó seguidamente a Bouvard el altercado. Había despertado en él una animosidad anticlerical, y una hora después, sentado al amor de un fuego de sarmientos, leía *El párroco Meslier*^[136].

Aquellas negaciones rotundas le impresionaron; luego, reprochándose el haber infravalorado tal vez a unos héroes, hojeó en la *Biografía* la historia de los mártires más ilustres.

¡Qué vocinglería del pueblo cuando entraban en la arena! Y si los leones y jaguares eran demasiado mansos, los incitaban a avanzar con gestos y voces. Se les veía totalmente cubiertos de sangre, sonreír de pie, la mirada vuelta hacia el cielo; santa Perpetua se recogió de nuevo el cabello despeinado para no parecer afligida. Pécuchet se puso a reflexionar. La ventana estaba abierta, hacía una noche serena, muchas estrellas brillaban. ¡En su alma debían de ocurrir cosas de las que no tenemos ya idea, una alegría, un espasmo divino! Y Pécuchet, a fuerza de soñar con ello, dijo que lo comprendía, que hubiera hecho como ellos.

—¿Tú?

—Por supuesto.

—¡No bromees! ¿Crees, sí o no?

—No lo sé.

Encendió una vela; luego sus ojos fueron a posarse sobre el crucifijo de la alcoba: —¡Cuántos miserables han recurrido a él! —Y, tras un silencio, agregó—: ¡Ha sido desnaturalizado! ¡Es culpa de Roma: la política del Vaticano!

Pero Bouvard admiraba a la Iglesia por su magnificencia, y habría deseado ser cardenal en la Edad Media.

—Hubiera tenido buen aspecto de purpurado, ¿no crees?

La gorra de Pécuchet puesta ante las brasas no estaba seca aún. Al estirla, notó algo en el forro y cayó una medalla de san José. Se sintieron turbados, pues el hecho les parecía inexplicable.

La señora de Noaris quiso saber de Pécuchet si no había experimentado como un cambio, una felicidad, y con sus preguntas se delató. En una ocasión, mientras jugaba al billar, ella le había cosido la medalla en su gorra.

Era evidente que lo amaba; habrían podido casarse; ella era viuda y él no sospechó ese amor, que quizá hubiera sido la felicidad de su vida.

Aunque se mostraba más religioso que el señor Bouvard, ella lo había encomendado a san José, cuyo auxilio es excelente para las conversiones.

Nadie conocía como ella todos los rosarios y las indulgencias que se ganan, el efecto de las reliquias, los privilegios de las aguas sagradas. Su reloj estaba fijado a una cadenilla que había tocado las cadenas de san Pedro. Entre sus dijecillos lucía una perla de oro, a imitación de la que se guarda en la iglesia de Allouagne, que contiene una lágrima de Nuestro Señor; un anillo en su dedo meñique encerraba unos cabellos del cura de Ars^[137] y, como ella cogía simples para los enfermos, su habitación se parecía a una sacristía y a una oficina de botica.

Pasaba el tiempo escribiendo cartas, haciendo visitas a los pobres, disolviendo concubinatos, repartiendo estampitas del Sagrado Corazón. Un monseñor tenía que mandarle «pasta de mártires», mezcla de cera pascual y de polvo humano recogido de las catacumbas, y que se empleaba para casos desesperados en emplastos o en píldoras. Le prometió una poca a Pécuchet.

Él pareció disgustado por semejante materialismo.

Por la noche, un criado del castillo le trajo un cuévano lleno de opúsculos, en los que se citaban unas palabras piadosas del gran Napoleón, frases ingeniosas de párrocos dichas en las posadas, muertes espantosas acaecidas a los ateos. La señora de Noaris se sabía todo aquello de memoria, así como una infinidad de milagros.

Algunos de los que contaba eran estúpidos, milagros sin objeto, como si Dios los hubiera hecho para dejar patidifusos a los hombres. Su propia abuela había metido en un armario doce ciruelas cubiertas con un paño y, al abrir el armario un año después, se vieron trece sobre el mantel, en forma de cruz. «¡Qué me dice!». Eran las palabras con las que terminaba siempre sus historias, que ella sostenía con la terquedad de una mula, pese a ser una buena mujer y de un humor jovial.

En cierta ocasión, sin embargo, «se salió de sus casillas». Bouvard le discutía el milagro de Pezilla: una comptera donde habían escondido unas hostias durante la

Revolución se doró por sí sola.

—Tal vez tenía en el fondo un poco del color amarillo causado por la humedad.

—¡No! ¡Le repito que no! El dorado tuvo por causa el contacto con la Eucaristía.

Y ella adujo como prueba la certificación de los obispos.

—Ellos dicen que es como un escudo, un... un paladión en la diócesis de Perpiñán. ¡Mejor que se lo pregunte al padre Jeufroy!

Bouvard no pudo contenerse más, y, tras haber repasado su Louis Hervieu, se llevó con él a Pécuchet.

El eclesiástico estaba terminando de comer. Reine les ofreció unas sillas, y, a un gesto suyo, fue a buscar dos copas que llenó de rosolio^[138].

Tras lo cual, Bouvard expuso el motivo de su visita.

El padre no respondió con franqueza:

—Todo es posible para Dios, y los milagros son una prueba de la religión.

—Sin embargo, hay leyes.

—Esto no tiene importancia. Él las desbarata para instruir, para corregir.

—¿Cómo sabe usted que las desbarata? —replicó Bouvard—. Mientras la Naturaleza sigue su curso normal, nadie hace caso; pero, en un fenómeno extraordinario, vemos la mano de Dios.

—Es posible —dijo el eclesiástico—, y cuando un acontecimiento se ve certificado por unos testigos...

—¡Los testigos tienen muchas tragaderas, pues hay falsos milagros!

El sacerdote se puso colorado:

—Sin duda... a veces.

—¿Cómo distinguirlos de los verdaderos? Y si los verdaderos, a los que se da el valor de pruebas, también necesitan ser probados, ¿por qué hacerlos?

Intervino Reine, y, en el tono de predicador de su amo, dijo que había que obedecer.

—¡La vida es un tránsito, pero la muerte es eterna!

—En pocas palabras —añadió Bouvard mandándose al colete el rosolio—, los milagros de otros tiempos no han sido mejor demostrados que los actuales; razones análogas se argumentan en defensa tanto de los de los cristianos como de los de los paganos.

El párroco tiró el tenedor sobre la mesa.

—¡Ésos eran falsos, lo repito una vez más! ¡No hay milagros fuera de la Iglesia!

«Vaya —se dijo Pécuchet—, el mismo argumento que para los mártires: la doctrina se apoya en los hechos y los hechos en la doctrina.»

El padre Jeufroy, tras haberse tomado un vaso de agua, prosiguió:

—El negarlos es ya una forma de creer en ellos. ¡El mundo convertido por doce pescadores creo que sí es un buen milagro!

—¡En absoluto!

Pécuchet se lo explicaba de otro modo.

—El monoteísmo viene de los judíos, la Trinidad de los indios; el Logos está en Platón, la Virgen Madre en Asia.

¡Nada que hacer! El padre Jeufroy se aferraba a lo sobrenatural, no quería que el cristianismo pudiera tener humanamente la menor razón de ser, por más que en todos los pueblos encontrara antecedentes o deformaciones. Habría tolerado la irreligiosidad burlona del siglo XVIII; pero la crítica moderna, con su cortesía, le exasperaba.

—¡Prefiero el ateo blasfemo al escéptico que ergotiza!

Luego les miró con un aire de desafío, como para despedirlos.

Pécuchet regresó a casa melancólico. Había esperado el acuerdo de la Fe y de la Razón.

Bouvard le hizo leer este párrafo de Louis Hervieu:

Para conocer el abismo que las separa, oponed sus axiomas:

«La Razón os dice: El todo encierra la parte, y la Fe os responde por medio de la Consustanciación. Jesús comulgando con sus apóstoles tenía su cuerpo en su mano y su cabeza en su boca».

«La Razón os dice: No se es responsable del crimen ajeno, y la Fe os responde por medio del pecado original.»

«La Razón os dice: Tres son tres, y la fe declara: Tres es uno.»

No frecuentaron más al padre.

Era la época de la guerra de Italia^[139].

La gente honrada temblaba por el Papa. Se tronaba contra Víctor Manuel. La señora de Noaris llegaba hasta el punto de desear su muerte.

Bouvard y Pécuchet no protestaban sino tímidamente. Cuando la puerta del salón se abría delante de ellos y al pasar se reflejaban en los altos espejos, mientras que por las ventanas se percibían las alamedas en las que destacaba, contra el verde, el chaleco encarnado de un criado, experimentaban un cierto placer; y el lujo del ambiente les volvía indulgentes con todo cuanto se decía.

El conde les prestó todas las obras de De Maistre. Exponía sus principios ante un círculo de íntimos: Hurel, el párroco, el juez de paz, el notario y el barón, su futuro yerno, que venía de tiempo en tiempo para pasar veinticuatro horas en el castillo.

—¡Lo que hay de abominable —decía el conde— es el espíritu del ochenta y nueve! En primer lugar, se discute a Dios; a continuación, se discute al Gobierno; luego llega la libertad. Libertad para el insulto, la rebelión, los placeres, o más bien el saqueo, de tal modo que la religión y el poder deben proscribir a los independientes, los herejes. Todos clamarán sin duda contra la persecución, como si los verdugos persiguieran a los criminales. Resumiendo: ¡no hay Estado sin Dios! ¡Puesto que la ley solo puede ser respetada si viene de arriba, y ahora no se trata de los italianos,

sino de saber quién vencerá, si la Revolución o el Papa, Satanás o Jesucristo!

El padre Jeufroy aprobaba mediante monosílabos, Hurel con una sonrisa, el juez de paz cabeceando. Bouvard y Pécuchet miraban al techo; la señora de Noaris, la condesa y Yolande trabajaban en pro de los pobres, y el señor de Mahurot, cerca de su prometida, hojeaba el periódico.

Luego había silencios, en los que cada uno parecía sumido en la búsqueda de un problema. Napoleón III no era ya un salvador, e incluso daba un ejemplo deplorable dejando en las Tullerías que los albañiles trabajaran el domingo.

—No debería permitirse. —Era la frase habitual del señor conde.

Economía social, bellas artes, literatura, historia, doctrinas científicas, decidía acerca de todo, en su calidad de cristiano y de padre de familia, ¡y plugo a Dios que el Gobierno, a este respecto, tuviese el mismo rigor que él desplegaba en su casa! El poder es el único juez acerca de los peligros de la ciencia; si se difunde con demasiada largueza, puede inspirar al pueblo ambiciones funestas. Era bastante más feliz, ese pobre pueblo, cuando los señores y los obispos atemperaban el absolutismo monárquico. Los industriales ahora se aprovechan de él. ¡Acabará por caer en la esclavitud!

Y todos añoraban el antiguo régimen, Hurel por bajeza, Coulon por ignorancia, Marescot por sentido artístico.

Bouvard, una vez en su casa, se enfrascaba de nuevo en La Mettrie, D'Holbach, etcétera; y Pécuchet se apartó de una religión que se había convertido en un medio de gobierno. El señor de Mahurot había comulgado para seducir mejor a «esas damas», y si era practicante era a causa de los criados.

Matemático y músico aficionado, intérprete de valeses al piano y admirador de Toepffer, se distinguía por un escepticismo de buen gusto. Lo que se cuenta de los abusos feudales, de la Inquisición o de los jesuitas, son prejuicios; y exaltaba el Progreso, aunque despreciaba todo cuanto no era noble o salido de la Escuela Politécnica.

También el padre Jeufroy les disgustaba. Creía en los sortilegios, bromeaba sobre los ídolos, afirmaba que todos los idiomas derivan del hebreo; su retórica no conocía la sorpresa; invariablemente, sacaba a relucir el ciervo acorralado, la miel y el ajeno, el oro y el plomo, perfumes, urnas, y el alma cristiana comparada con el soldado que debe decir frente al pecado: «¡No pasarás!».

Para ahorrarse sus peroratas, ellos llegaban al castillo lo más tarde posible.

Un día, sin embargo, se lo encontraron allí.

Hacía una hora que esperaba a sus dos alumnos. De pronto entró la señora de Noaris.

—La niña ha desaparecido. He traído a Victor. ¡Ah, desgraciado!

Le había encontrado en un bolsillo un dedal de plata que ella había perdido tres días antes; luego, sofocada por los hipos, dijo:

—¡Y eso no es todo, eso no es todo! ¡Mientras le echaba una reprimenda, me ha

enseñado el trasero! —Y, antes de que el conde y la condesa pudieran decir nada, añadió—: ¡Por lo demás, es culpa mía, perdónenme!

Les había llamado que los dos huérfanos eran los hijos de Touache, en esos momentos en prisión.

¿Qué hacer?

Si el conde los echaba, estaban perdidos, y su gesto caritativo parecería un capricho.

El padre Jeufroy no se extrañó. Siendo el hombre corrupto por naturaleza, hay que castigarlo para que mejore.

Bouvard protestó. Era preferible la dulzura.

Pero el conde, una vez más, se extendió sobre la mano de hierro indispensable tanto para los hijos como para los pueblos. Esos dos estaban llenos de vicios; la chiquilla era mentirosa, el rapaz, brutal. Ese robo, después de todo, se les disculparía; la insolencia, jamás, pues la educación debía ser la escuela del respeto.

Así pues, Sorel, el guardamonte, le daría inmediatamente al muchacho una buena azotaina.

El señor de Mahurot, que tenía algo que decirle, se encargó de la tarea. Cogió una escopeta de la antesala y llamó a Victor, que se había quedado en medio del patio, con la cabeza gacha:

—Sígueme —le dijo el barón.

Como el camino para ir a casa del guarda se desviaba un poco de Chavignolles, el padre Jeufroy, Bouvard y Pécuchet le acompañaron.

A cien pasos del castillo, les rogó que guardaran silencio mientras bordeaban el bosque.

El terreno descendía hasta la orilla del río, donde se alzaban unos paredones rocosos, que parecían láminas doradas a los rayos del sol poniente. Enfrente, el verde de las colinas recubríase de sombra. Soplaban un aire vivo.

Unos conejos surgieron de sus madrigueras y se pusieron a comer hierba en el prado.

Salió un disparo, luego un segundo y otro, y los conejos daban saltos en su precipitada huida. Victor se les arrojaba encima para atraparlos y jadeaba, empapado de sudor.

—¡Bien que vas a poner tus harapos! —dijo el barón.

Su blusón, hecho jirones, estaba manchado de sangre.

La vista de la sangre repugnaba a Bouvard. No admitía que esta pudiera derramarse.

El padre Jeufroy prosiguió:

—¡A veces las circunstancias la exigen! Si no es el culpable el que derrama la suya, ha de ser la de otro, verdad que nos enseña la Redención.

Según Bouvard, esta no había servido de nada, al estar condenados casi todos los hombres, pese al sacrificio de Nuestro Señor.

—Pero diariamente lo renueva en la Eucaristía.

—Y el milagro —dijo Pécuchet— se hace con palabras, sea cual sea la indignidad del sacerdote.

—Ahí está el misterio, caballero.

Sin embargo, Victor clavaba sus ojos en la escopeta, trataba incluso de tocarla.

—¡Quietas esas zarpas!

Y el señor de Mahurot tomó un sendero boscoso.

El eclesiástico tenía a Pécuchet a un lado, a Bouvard del otro, y le dijo:

—Cuidado, ya sabe: *Debetur pueris*^[140]...

Bouvard le aseguró que él se humillaba ante el Creador, pero que sentía indignación por el hecho de que se le hubiera convertido en hombre. Se teme su venganza, y se trabaja por su gloria, reúne todas las virtudes, un brazo, un ojo, una política, una casa. «Padre Nuestro que estás en los Cielos», ¿qué quiere decir esto?

Y Pécuchet añadió:

—El mundo se ha agrandado, la Tierra ya no constituye su centro. Recorre su órbita en medio de una multitud infinita de planetas semejantes. Muchos la sobrepasan en tamaño, y la pequeñez de nuestro globo demuestra que Dios tiene un ideal más sublime.

Así pues, la Religión debía cambiar. El Paraíso es algo infantil con sus bienaventurados siempre contemplando, siempre cantando y que miran desde las alturas los tormentos de los condenados. ¡Cuando uno piensa que el cristianismo tiene por base una manzana!

El párroco se molestó.

—Niegue la Revelación, será más sencillo.

—¿Cómo quiere que Dios haya hablado? —preguntó Bouvard.

—¡Demuestre que no lo hizo! —decía Jeufroy.

—Se lo repito por enésima vez, ¿quién lo afirma?

—¡La Iglesia!

—¡Bonito testimonio!

La discusión aburría al señor de Mahurot, y mientras seguían caminando dijo:

—¡Hagan caso al párroco! ¡Sabe más que ustedes!

Bouvard y Pécuchet se hicieron unas señas para tomar por otro camino, luego, en la Croix-Verte, dijeron:

—¡Buenas tardes!

—¡Servidor de ustedes! —dijo el barón.

Le contarían todo ello al señor de Faverges, y quizá siguiese una ruptura. ¡Qué se iba a hacer! Se sentían despreciados por esos nobles. No les invitaban nunca a comer, y estaban hartos de la señora de Noaris, con sus quejas continuas.

Sin embargo, no podían quedarse con el libro de De Maistre, y quince días después volvieron al castillo, creyendo que no serían recibidos.

Pero lo fueron.

Toda la familia se encontraba en el saloncito, Hurel incluido, y, cosa rara, también Foureau.

El correctivo no había corregido en absoluto a Victor. Este se negaba a aprenderse el catecismo, y Victorine decía palabrotas. En resumidas cuentas, el muchacho iría al reformatorio, la niña a un convento. Foureau se había ocupado de las gestiones, y ya se iba cuando le llamó la condesa.

Se esperaba al señor Jeufroy para fijar juntos la fecha de la boda, que se celebraría en el Ayuntamiento antes de pasar por la vicaría, a fin de mostrar que despreciaban el matrimonio civil.

Foureau trató de defenderlo. El conde y Hurel lo atacaron. ¿Qué era un acto municipal frente a un sacramento? Y el barón no se hubiese creído casado de haberlo sido únicamente delante de una banda tricolor.

—¡Muy bien dicho! —dijo el padre Jeufroy, que entraba en ese preciso momento—. Habiendo sido establecido el matrimonio por Jesús...

Pécuchet le paró los pies:

—¿En qué evangelio? En tiempos de los apóstoles se lo tenía en tan poca consideración que Tertuliano lo compara con el adulterio.

—¡Ah! ¡Lo que faltaba!

—¡Pues sí! ¡Y no es un sacramento! Un sacramento requiere un signo. ¡Dígame cuál es el signo en el matrimonio!

Por más que el párroco respondió que simbolizaba la alianza de Dios con la Iglesia, añadió:

—¡No comprenden ustedes nada del cristianismo! Y la ley...

—Conserva su impronta —dijo el señor de Faverges—; ¡sin el cristianismo, estaría permitida la poligamia!

Una voz replicó:

—¿Qué tiene de malo?

Era Bouvard, medio oculto por una cortina.

—¡Se puede tener varias esposas, como los patriarcas, los mormones, los musulmanes, y a pesar de ello ser un hombre honrado!

—¡Jamás! —exclamó el sacerdote—, la honestidad consiste en hacer lo que es debido. Hemos de honrar a Dios. Pues bien, ¡no es cristiano quien no es honesto!

—Como cualquier otro —dijo Bouvard.

El conde, creyendo ver en esta réplica un ataque contra la religión, la ensalzó. Había liberado a los esclavos.

Bouvard citó algunas pruebas en contrario.

—San Pablo les recomienda obedecer tanto a sus amos como a Jesús. San Ambrosio llama a la servidumbre un don de Dios. El Levítico, el Éxodo y los concilios la sancionaron. Bossuet la clasifica entre el derecho de gentes. Y monseñor Bouvier^[141] la aprueba.

El conde objetó que el cristianismo, cuando menos, había desarrollado la

civilización.

—Y la pereza, al hacer de la pobreza una virtud.

—Pero, caballero, ¿y la moral del Evangelio?

—¡Eh, eh, de moral no mucha! A los obreros de la última hora se les paga igual que a los de la primera. Se da al que tiene, y se quita al que no tiene. En cuanto al precepto de no devolver las bofetadas que se reciben y de dejarse robar, da aliento a los audaces, a los cobardes y a los malhechores.

El escándalo se redobló cuando Pécuchet declaró que casi prefería el budismo.

El cura rompió a reír:

—¡Ja, ja, ja, el budismo!

La señora de Noaris levantó los brazos:

—¡El budismo!

—¿Cómo... que el budismo? —repetía el conde.

—¿Acaso lo conoce? —preguntó Pécuchet al padre Jeufroy, que se embrollaba—. Pues bien, ¡sépalolo!, mejor que el cristianismo, y antes que él, reconoció la futilidad de las cosas terrenas. Sus prácticas son austeras, y sus fieles más numerosos que todos los cristianos juntos y, en cuanto a la encarnación, ¡Visnú no se encarnó una vez, sino nueve! ¡Así que juzguen ustedes!

—Patrañas de viajeros —dijo la señora de Noaris.

—Defendidas por los francmasones —añadió el párroco.

Y todos hablaban a la vez:

—¡Vamos, hombre, continúe!

—¡Muy bonito eso!

—A mí me parece gracioso.

—No es posible.

Hasta el punto de que Pécuchet, exasperado, declaró ¡que se haría budista!

—¡Ofende usted a unas señoras cristianas! —dijo el barón.

La señora de Noaris se arrellanó en un sillón. La condesa y Yolande guardaban silencio. El conde revolvía los ojos. Hurel esperaba órdenes. El padre, para dominarse, leía su breviario.

El ver esto apaciguó al señor de Faverges, y, mirando atentamente a los dos hombres, dijo:

—Antes de criticar el Evangelio, y cuando tiene uno manchas en su propia vida, hay ciertas reparaciones...

—¿Reparaciones?

—¿Manchas?

—¡Basta ya, señores! ¡Deben ustedes comprenderme!

Luego dirigiéndose a Foureau, añadió:

—¡Sorel está avisado! ¡Váyanse!

Y Bouvard y Pécuchet se retiraron sin saludar.

Al final de la avenida, los tres desfogaron su resentimiento:

—Me tratan como a un criado —gruñía Foureau, y como los otros le daban la razón, sentía simpatía por ellos, no obstante el recuerdo de las hemorroides.

Unos peones camineros estaban trabajando en el campo. Se acercó el hombre que los mandaba, era Gorgu. Se puso a charlar con ellos. Vigilaba el empedrado de la carretera, votado en 1848, y debía aquel puesto al señor de Mahurot, el ingeniero.

—¡El que ha de casarse con la señorita de Faverges! Vienen de allí, ¿no?

—¡Por última vez! —dijo brutalmente Pécuchet.

Gorgu puso cara de cándido.

—¿Desavenencias? ¡Vaya! ¡Vaya!

Y si hubieran podido ver su cara cuando se dieron media vuelta, habrían comprendido que adivinaba la causa.

Algo más lejos se detuvieron delante de un recinto cerrado con un encañado, con perreras y una casita de tejas rojas.

Victorine estaba en el umbral. Resonaron unos ladridos. Apareció la mujer del guarda.

Como conocía el motivo de la venida del alcalde, llamó a Victor.

Estaba ya todo listo, y sus pertenencias en dos hatos prendidos con unos alfileres.

—¡Buen viaje! —les dijo ella—, estoy encantada de quitarme de encima a esos dos pequeños canallas.

¿Acaso era culpa suya si tenían un padre que era un presidiario? Por el contrario, ellos parecían muy pacíficos, no se inquietaban siquiera por el lugar al que los llevaban.

Bouvard y Pécuchet los miraban caminar delante de ellos.

Victorine tatareaba unas palabras incomprensibles, con su pañuelo al brazo, como una modista que lleva una caja de cartón. De vez en cuando se volvía, y Pécuchet, ante sus rizos rubios y su agraciada figura, lamentaba no haber tenido una hija así. Criada en otras condiciones, habría sido más tarde encantadora. ¡Qué felicidad verla crecer, oír cada día su gorjeo de pajarillo, besarla cada vez que tuviera ganas de hacerlo!; y le embargó la ternura, que, subiéndole del corazón a los labios, le humedeció los ojos, y le hacía respirar con cierto ahogo.

Victor, como un soldado, se había echado su hato a la espalda. Silbaba, lanzaba piedras a las cornejas en los surcos, iba a cortar unas ramitas debajo de los árboles. Foureau le llamó; y Bouvard, reteniéndole de la mano, disfrutaba de sentir en la suya aquellos dedos de niño robustos y vigorosos. ¡El pobre diablillo no pedía sino desarrollarse libremente, como una flor al aire libre! ¡Y se consumiría, en cambio, entre cuatro paredes, con clases, castigos, un montón de tonterías! Bouvard, movido por la compasión, se sublevó de indignación contra el destino, tuvo uno de esos momentos de rabia en los que se querría derribar un gobierno.

—¡Corre! —dijo—, ¡diviértete!, ¡disfruta mientras puedas!

El chaval se escapó.

Su hermana y él pasarían la noche en la posada, y, al amanecer, el enviado de

Falaise recogería a Victor para llevarlo al reformatorio de Beaubourg; una religiosa del orfanato de Grand-Camp haría lo propio con Victorine.

Tras haber dado estos detalles, Foureau se sumió de nuevo en sus pensamientos. Pero Bouvard quiso saber cuánto podía costar el mantenimiento de los dos chavales.

—¡Bah!... ¡Quizá unos trescientos francos! ¡El conde me ha entregado veinticinco para los primeros desembolsos! ¡Menudo tacaño!

Y, resentido por el desprecio que aquél sentía por su banda, Foureau apretó el paso, en silencio.

Bouvard murmuró:

—Me dan pena. ¡De buena gana me encargaría yo de ellos!

—También yo —dijo Pécuchet, que había tenido la misma idea.

¿Existían sin duda impedimentos?

—¡Ninguno! —replicó Foureau.

Por otra parte, como alcalde, tenía el derecho a confiar a quien le pareciera los niños abandonados. Y, tras un largo momento de duda, dijo:

—¡Pues bien, sí! ¡Cójalos! Eso hará que se pique.

Bouvard y Pécuchet se los llevaron.

Al regresar a su casa, encontraron al pie de la escalinata, bajo la madona, a Marcel arrodillado, rezando fervorosamente. Con la cabeza echada hacia atrás, los ojos entornados, y sacando su labio leporino, tenía trazas de faquir extasiado.

—¡Vaya tío bestia! —dijo Bouvard.

—¿Por qué? Quizá está viendo cosas que le envidiarías si pudieras verlas tú. ¿No hay dos mundos completamente distintos? El objeto de un razonamiento tiene menos valor que la manera de razonar. ¡Qué importa lo que uno cree! Lo principal es creer.

Tales fueron, ante la observación de Bouvard, las objeciones de Pécuchet.

Se consiguieron varias obras sobre educación y decidieron el sistema que convenía adoptar. Había que desterrar toda idea metafísica, y, según el método experimental, seguir el desarrollo natural. No había prisa, los dos alumnos tenían que olvidar lo que habían aprendido.

Aunque eran de constitución robusta, Pécuchet quería, como un espartano, endurecerles más aún, acostumarles al hambre, a la sed, a la intemperie, e incluso que llevaran unos zapatos agujereados a fin de prevenir los resfriados. Bouvard se opuso.

El cuartito oscuro del fondo del pasillo se convirtió en su dormitorio. Tenían por todo mobiliario dos catres de tijera, dos palanganas y una jarra; el ojo de buey se abría por encima de sus cabezas, y las arañas corrían por las paredes encaladas.

A menudo recordaban el interior de una cabaña en la que se peleaban.

Una noche su padre había vuelto con las manos manchadas de sangre. Poco después se habían presentado los gendarmes. Luego habían vivido en un bosque. Unos hombres que hacían zuecos besaban a su madre. Ella había muerto, y a ellos se los había llevado una carreta. Les pegaban mucho, se habían perdido. Luego volvían a ver al guarda rural, a la señora de Noaris, a Sorel y, sin preguntarse el porqué de esta otra casa, se sentían felices allí. Por ello sintieron estupor y pena cuando al cabo de ocho meses se reanudaron las clases.

Bouvard se ocupó de la pequeña, Pécuchet del chiquillo.

Victor reconocía las letras, pero no conseguía formar las sílabas. Las farfullaba, se detenía de repente con cara de idiota. Victorine hacía preguntas. ¿Por qué en la palabra *orchestre* la *ch* tiene el sonido de una *q* y el de una *k* en *archéologie*? A veces hay que unir dos vocales, otras separarlas. Todo aquello no era justo. Y se indignaba.

Los maestros daban sus clases a la misma hora, en sus respectivas habitaciones, y como la pared medianera era delgada, esas cuatro voces, la una aflautada, la otra profunda y las dos agudas, armaban un guirigay tremendo. A fin de evitarlo, y estimular a los pequeños por medio de la emulación, se les ocurrió hacerles trabajar juntos en el museo, y abordaron la escritura.

Los dos alumnos, uno en cada extremo de la mesa, copiaban un ejemplo; pero la posición del cuerpo era inadecuada. Había que enderezarlos, las páginas caían al suelo, las plumas se rompían, la tinta se derramaba.

Algunos días, Victorine iba bien durante tres minutos, luego comenzaba a trazar garabatos; y, presa del desaliento, se ponía a mirar fijamente al techo. Victor no tardaba en dormirse, echado sobre el escritorio.

¿Acaso se encontraban mal? Una tensión demasiado fuerte daña los cerebros jóvenes.

—Paremos —dijo Bouvard.

No hay nada más estúpido que hacer aprender cualquier cosa de memoria; sin embargo, si uno no la ejercita, la memoria se atrofia; y los maestros se pusieron a repetir con los alumnos las primeras fábulas de La Fontaine. Los niños aprobaban a la hormiga que atesora, al lobo que se come al cordero, al león que se lleva la mejor parte.

Se volvieron más atrevidos y devastaron el huerto. Pero ¿qué diversión proporcionarles?

Jean-Jacques aconseja al preceptor, en el *Emilio*, hacer que el propio alumno se fabrique sus juguetes, prestándole cierta ayuda, pero sin que se dé cuenta. Bouvard no consiguió hacerse un aro, Pécuchet coser una pelota. Pasaron a los juegos instructivos, como los recortables; Pécuchet les mostró su microscopio, y, al estar encendida la vela, Bouvard dibujaba con la sombra de sus dedos el perfil de una liebre o de un cerdo en la pared. El público no tardó en cansarse.

Otros autores ponderan como diversión una merienda en el campo, una excursión en barca; ¿era francamente factible? Fénelon recomienda de vez en cuando «una conversación inocente». ¡Imposible imaginar una sola!

Volvieron a las lecciones, y a las figuras geométricas, las reglas, la mesa tipográfica, todo fue un fracaso, hasta que se les ocurrió una estratagema.

Dado que Victor era más bien goloso, le decían el nombre de un plato; pronto se puso a leer correctamente *El cocinero francés*^[142].

A Victorine, que era coqueta, le regalarían un vestido si le escribía a la costurera para encargarlo. En menos de tres semanas llevó a cabo este prodigio. Era alentar sus defectos, medio pernicioso, pero que había dado resultados.

Ahora que sabían leer y escribir, ¿qué enseñarles? Otro problema.

Las chicas no necesitan ser tan instruidas como los chicos. No importa, se las educa normalmente como a unos verdaderos brutos, al limitarse todo su bagaje intelectual a algunas estupideces místicas.

¿Conviene enseñarles lenguas? «El español y el italiano —pretende el Cisne de Cambrai^[143]— no sirven para otra cosa que para leer obras peligrosas.» Tal argumento les pareció una memez. Pero Victorine no sabía qué hacer con esos idiomas, mientras que el inglés era de uso más común. Pécuchet estudió sus reglas; demostraba, con aire serio, la manera de pronunciar th.

—Mira, se pronuncia así: ¡*the, the, the!*

Pero antes de instruir a un niño, habría que conocer sus aptitudes. Estas se intuyen por medio de la frenología. Se sumergieron de lleno en ella; luego quisieron verificar lo que se afirmaba en sus propias personas. Bouvard presentaba la protuberancia de la benevolencia, de la imaginación, de la veneración y la de la energía genésica: *vulgo*, erotismo.

Por los huesos temporales de Pécuchet cabía deducir la inclinación a la filosofía y el entusiasmo, unidos a la astucia.

En efecto, tales eran sus rasgos caracteriales.

Lo que más les sorprendió fue descubrir tanto en uno como en otro la inclinación a la amistad, y, encantados por este descubrimiento, se abrazaron conmovidos.

Luego centraron sus indagaciones en Marcel.

Su mayor defecto, como bien sabían, era un apetito inmoderado. No obstante, Bouvard y Pécuchet se sintieron espantados al comprobar por encima del pabellón auricular, a la altura del ojo, el órgano de la hiperalimentación. Con la edad, su criado quizá se volviera como esa mujer de La Salpêtrière que se comía a diario más de tres kilos y medio de pan, y que una vez se zampó catorce platos de sopa y otra se bebió sesenta tazas de café. No podrían hacer frente a aquel dispendio.

Las cabezas de sus alumnos no presentaban nada de particular. ¿Acaso era porque ellos no sabían compobarlo? Encontraron un medio muy simple para adquirir experiencia. Los días de mercado se mezclaban con los campesinos en la plaza, entre los sacos de avena, los cestos de quesos, las terneras, los caballos, insensibles a los empujones; y cuando encontraban a algún joven con su padre, pedían palparle el cráneo con fines científicos.

La mayoría de ellos ni siquiera les respondía; otros, creyendo que se trataba de una pomada para la tiña, se negaban, ofendidos; algunos, por indiferencia, se dejaban llevar bajo el pórtico de la iglesia, donde estarían más tranquilos.

Una mañana en que Bouvard y Pécuchet comenzaban sus manejos, apareció de pronto el párroco y, viendo lo que hacían, acusó a la frenología de llevar al materialismo y al fatalismo. El ladrón, el asesino, el adúltero, no tienen más que atribuir sus crímenes a sus protuberancias.

Bouvard objetó que el órgano predispone a la acción, pero que, no obstante, no obliga a ella. Aun admitiendo que un hombre tenga en sí el germen de un vicio, nada prueba que sea un vicioso.

—Por lo demás, yo admiro a los ortodoxos, pues defienden las ideas innatas y rechazan las tendencias. ¡Bonita contradicción!

Pero la frenología, en opinión del padre Jeufroy, negaba la omnipotencia divina, y era malsano practicarla a la sombra del lugar sagrado, enfrente mismo del altar.

—¡No, retírense! ¡Retírense!

Se establecieron en la barbería de Ganot. Para vencer toda reticencia, Bouvard y Pécuchet llegaban hasta el punto de obsequiar con un afeitado o una rizada de cabello a los padres.

Una tarde, el doctor fue a cortarse el pelo. Tras acomodarse en el sillón, descubrió reflejados en el espejo a los dos frenólogos que paseaban sus dedos por las cholas de los chavales.

—¿Ahora se dedican a estas estupideces? —preguntó.

—¿Por qué estupideces?

Vaucorbeil sonrió con displicencia, luego afirmó que no había en absoluto diversos órganos en el cerebro. Así, hay quien digiere un determinado alimento y

quien no. ¿Cabe deducir de ello que hay en el estómago tantos estómagos como gustos existen?

Sin embargo, un trabajo descansa de otro, un esfuerzo intelectual no pone en tensión a la vez todas las facultades, pues cada una tiene una sede distinta.

—Los anatomistas no la han encontrado —dijo Vaucorbeil.

—Es que lo han seccionado mal —rebatió Pécuchet.

—Pero ¡cómo!

—¡Sí! Cortan a pedazos, sin tener en cuenta la conexión de las partes. —Era la frase de un libro de la que se acordaba.

—Vaya simpleza —exclamó el médico—. No es que el cráneo se moldee a imitación del cerebro, y el exterior del interior. Gall se equivoca, y yo les desafío a que demuestren sus teorías tomando al azar a tres personas de este establecimiento.

La primera era una campesina con unos ojazos azules.

Pécuchet dijo observándola:

—Es una persona que tiene mucha memoria.

El marido así lo confirmó, y se ofreció él mismo al examen.

—¡Oh! No es usted, amigo mío, una persona fácil de convencer.

Según los otros, no había en el mundo otro más terco que él.

La tercera prueba se hizo con un chiquillo al que acompañaba su abuela.

Pécuchet declaró que debía de gustarle la música.

—¡Ya lo creo! —dijo la buena mujer—; hazles una demostración a estos señores para que vean.

Se sacó de debajo de su blusón un birimbao y se puso a soplar en él.

Se oyó un gran ruido, era la puerta cerrada de un portazo por el doctor, que se iba.

No dudaron ya de sí mismos, y, llamando a sus dos alumnos, reanudaron el análisis de su cavidad craneana.

La de Victorine era en general uniforme, signo de ponderación; pero su hermano tenía un cráneo lamentable; un relieve muy pronunciado en el ángulo mastoideo de los huesos parietales indicaba el órgano de la destrucción, del asesinato, y más abajo una hinchazón era el signo de la codicia, del robo. Bouvard y Pécuchet se sintieron apenados por ello durante ocho días.

Pero es preciso comprender el sentido exacto de las palabras; lo que llamamos la combatividad implica el desprecio de la muerte. Aunque hace homicidas, puede igualmente ayudar a salvar vidas ajenas. El deseo vehemente de poseer engloba tanto la destreza de los rateros como el empeño tenaz de los comerciantes. La irreverencia es paralela al espíritu crítico, la astucia al comedimiento. Un instinto tiene siempre dos caras: una mala y otra buena. Se destruirá la primera cultivando la segunda, y por este método, un niño audaz, lejos de ser un bandido, se convertirá en un general. El cobarde tendrá la cualidad de la prudencia, el avaro la del ahorro, el pródigo la de la generosidad.

Un sueño grandioso se apoderó de ellos: si conseguían llevar a buen puerto la

educación de sus alumnos, fundarían una institución con el fin de mejorar las inteligencias, domar los caracteres difíciles, ennoblecer los corazones. Ya hablaban de suscripciones y de ponerse a levantar el edificio.

Su triunfo en la barbería de Ganot les había hecho famosos, y había gente que iba a consultarles para que les predijeran la buena ventura.

Desfilaron de todo tipo: cráneos en forma de bola, de pera, de pan de azúcar, cuadrados, alargados, estrechos, chatos, con mandíbulas de buey, rostros de pájaro, ojos porcinos; pero toda aquella gente no le dejaba al barbero trabajar. Los codos rozaban el armario de cristales en que guardaba los perfumes; desordenaban los peines, el lavabo fue roto, y él echó afuera a todos los curiosos, rogándoles a Bouvard y a Pécuchet que les siguieran, ultimátum que fue aceptado por ellos sin rechistar, dado que estaban ya un poco hartos de la craneoscopia.

Al día siguiente, al pasar por delante del jardincillo del capitán, vieron, charlando con él, a Girbal, a Coulon, al guarda rural y a su hijo pequeño, Zéphyrin, vestido de monaguillo. Llevaba un roquete totalmente nuevo; se pavoneaba antes de devolverlo a la sacristía, y le decían cumplidos.

Placquevent rogó a los señores que palparan a su chico, pues quería saber qué pensaban ellos.

La piel de la frente parecía como tensa; una nariz delgada, muy cartilaginosa en la raíz, caía oblicuamente sobre unos labios fruncidos; el mentón era puntiagudo, la mirada huidiza, el hombro derecho demasiado alto.

—Quítate la gorra —le dijo su padre.

Bouvard deslizó las manos por entre su melena de un rubio pajizo, luego le llegó el turno a Pécuchet, y se comunicaban en voz baja sus observaciones:

—*Biofilia* manifiesta. ¡Ja! ¡Ja! ¡Aprobatividad! ¡Falta de *concienciosidad!* ¡*Amatividad* nula!

—¿Y bien? —dijo el guarda rural.

Pécuchet abrió su tabaquera y tomó una pulgarada de rapé.

—Palabra —contestó Bouvard—, no es nada bueno que digamos.

Placquevent enrojeció de la humillación.

—Hará, en cualquier caso, lo que yo quiera.

—¡Oh! ¡Oh!

—¡Por algo soy su padre, por Dios! Y tengo perfecto derecho a...

—Hasta cierto punto —prosiguió Pécuchet.

Girbal se entrometió:

—La autoridad paterna es indiscutible.

—Pero ¿y si el padre es un idiota?

—No importa —dijo el capitán—, tiene igualmente una potestad absoluta.

—En interés de los hijos —añadió Coulon.

Según Bouvard y Pécuchet, los hijos no deben nada a los autores de sus días, y los progenitores, por el contrario, están obligados a alimentarles, instruirles,

cuidarles, en fin, todo.

Los burgueses protestaron vivamente ante esta opinión inmoral. Placquevent se sentía herido como por una ofensa.

—¡A propósito, dos buenos elementos, ¿eh?, esos que han sacado de la calle! ¡Llegarán lejos! ¡Tengan cuidado!

—¿Cuidado de qué? —dijo con aspereza Pécuchet.

—¡Oh, yo a usted no le tengo miedo!

—¡Tampoco yo!

Intervino Coulon, calmó al guardia rural y le hizo alejarse.

Por espacio de un minuto permanecieron en silencio. Luego se pusieron a hablar de las dalias del capitán, que no dejó escapar a su público sin habérselas enseñado una por una.

Bouvard y Pécuchet estaban volviendo a casa cuando, a cien pasos delante de ellos, distinguieron a Placquevent; y Zéphyrin, cerca de él, alzaba el codo a modo de escudo para protegerse de las bofetadas.

Lo que acababan de oír expresaba, bajo otra forma, las ideas del señor conde; pero el ejemplo de sus alumnos probaría hasta qué punto la libertad gana la partida a las constricciones. De todos modos, era necesaria un poco de disciplina.

Pécuchet colgó en el museo una pizarra para las demostraciones; llevarían un diario en el que las acciones del niño, anotadas por la noche, serían releídas al día siguiente. Todo se desarrollaría al sonido de la campanilla. Como Dupont de Nemours^[144], recurrirían primero a la orden paterna, luego a la militar, y quedó prohibido el tuteo.

Bouvard trató de enseñar el cálculo a Victorine. A veces se equivocaban, se reían uno y otra, luego ella, tras besarle en el cuello, justo donde acaba la barba, pedía irse; él la dejaba marchar.

Pécuchet, por más que hacía sonar la campanilla a la hora de las clases y gritaba por la ventana la orden militar, no conseguía que el chiquillo se presentara. Llevaba siempre los calcetines caídos sobre los tobillos; incluso en la mesa, se metía los dedos en la nariz y no retenía sus gases intestinales. Broussais prohíbe, en este punto, las reprimendas, porque «hay que obedecer a los requerimientos del instinto de conservación».

Él y Victorine hablaban de un modo espantoso, decían «cuála» por «cuál», «haiga» por «haya», «ande» por «dónde», «carnecería», «estijeras»; pero como la gramática es de imposible comprensión para los niños, y pueden aprenderla si oyen hablar correctamente, los dos buenos hombres prestaban atención a todo lo que decían hasta el extremo de la incomodidad.

Sus pareceres diferían en cuanto a la geografía. Bouvard pensaba que es más lógico empezar por el municipio, Pécuchet por el conjunto del mundo.

Provisto de una regadera y arena, quiso demostrar lo que era un río, una isla, un golfo, e incluso sacrificó tres platabandas en aras de los tres continentes; pero los

puntos cardinales no le entraban en la mollera a Victor.

Durante una noche de enero, Pécuchet lo llevó a campo raso. De camino, hacía el elogio de la astronomía; los marinos la utilizan en sus viajes, Cristóbal Colón, sin ella, no habría hecho su descubrimiento. Hemos de estarles agradecidos a Copérnico, a Galileo y a Newton.

Hacía un frío de perros, y en el azul negruzco del cielo refulgían una infinidad de luces. Pécuchet alzó los ojos.

—Pero ¡cómo! ¡No está la Osa Mayor!

La última vez que la había visto, estaba orientada de otro modo; por fin la reconoció, luego indicó la Estrella Polar, siempre al norte, y respecto a la que uno se orienta.

Al día siguiente, colocó un sillón en medio del salón y se puso a danzar en torno a él.

—Imagina que este sillón es el Sol, y que yo soy la Tierra; esta se mueve así.

Victor le miraba lleno de asombro.

A continuación, Pécuchet cogió una naranja, la atravesó con una varilla para indicar los polos, luego trazó sobre ella un círculo con un carboncillo para señalar el ecuador. Tras lo cual, paseó la naranja en torno a una bujía, mostrando que no todos los puntos de la superficie eran iluminados simultáneamente, lo que produce la diferencia de climas, y para la de las estaciones la inclinó, porque la Tierra no está derecha, y es eso lo que produce los equinoccios y los solsticios.

Victor no comprendió nada. Creyó que la Tierra gira sobre un gran eje y que el ecuador era un anillo que estrecha su circunferencia.

Con la ayuda de un atlas, Pécuchet le indicó dónde estaba Europa; pero, confundido por tantas líneas y colores, ya no conseguía dar con los nombres. Lagos y montañas no concordaban con los reinos, el orden político embrollaba el orden físico. Quizá todo se aclarase estudiando la Historia.

Habría sido más práctico empezar por el pueblo, luego el distrito, el departamento, la provincia; pero al no contar Chavignolles con anales, se veía obligado a remitirse a la Historia universal.

Una historia que abarca tantas materias debe detenerse por fuerza solo en sus momentos estelares.

Para la historia griega tenemos: «Combatiremos mucho mejor a la sombra», el envidioso que mandó al destierro a Arístides, y la confianza de Alejandro en su médico. Para la historia romana: las ocas del Capitolio, el trípode de Escévola, el tonel de Atilio Régulo. El lecho de rosas de Guatimozin es importante para la historia americana. En cuanto a Francia, tenemos el jarrón de Soissons, el roble de san Luis, la muerte de Juana de Arco, la gallina a la cazuela del Bearnés: el único problema es la elección. Sin contar «¡A mí, Auvernia!» y el naufragio de *El Vengador*^[145].

Victor confundía los hombres, los siglos y los países.

Sin embargo, Pécuchet no quería hacerle perderse en consideraciones demasiado

sutiles y el cúmulo de acontecimientos es un verdadero laberinto.

Insistió en la relación de los reyes de Francia. Victor los olvidaba, al no conocer las fechas. Pero si la mnemotecnia de Dumouchel había sido insuficiente para ellos, ¿qué sería para él? Conclusión: la Historia no puede enseñarse más que por medio de muchas lecturas. Las harían.

El dibujo resulta útil en muchas circunstancias; ahora bien, Pécuchet tuvo la audacia de enseñarlo él mismo, copiando del natural, abordando inmediatamente el paisaje.

Un librero de Bayeux le mandó el papel adecuado, unas gomas, dos cartones, unos lápices y un fijador para las obras que, bajo cristal o en marco, servirían para embellecer el museo.

Tras levantarse al amanecer, se ponían en camino con un pedazo de pan en el bolsillo; y perdían mucho tiempo buscando un lugar adecuado. Pécuchet quería reproducir simultáneamente lo que tenía delante mismo, el extremo horizonte y las nubes, pero las lejanías dominaban siempre los primeros planos; el río se precipitaba del cielo, el pastor caminaba sobre el ganado, un perro dormido parecía que corriese. Por su parte, renunció.

Recordando esta definición que había leído: «El dibujo se compone de tres cosas: la línea, el claroscuro, el sombreado, y sobre todo el retoque, pero el retoque solo puede darlo el maestro», él rectificaba la línea, colaboraba en el claroscuro, vigilaba el sombreado, y esperaba la ocasión para hacer el retoque. Esta no se presentaba nunca, a tal punto el paisaje del alumno resultaba incomprensible.

Su hermana, perezosa como él, bostezaba delante de la tabla de Pitágoras. La señorita Reine le enseñaba a coser, y cuando bordaba las cifras de la ropa blanca, movía los dedos con tanta delicadeza que luego Bouvard no tenía ya el valor de atormentarla con las lecciones de cálculo. Un día u otro volverían sobre ello. Sin duda, la aritmética y la costura son necesarias para llevar una casa, pero es cruel, objetó Pécuchet, educar a las muchachas con miras exclusivamente al marido que tendrán. No todas están destinadas al matrimonio, y si se quiere que más tarde prescindan de los hombres, hay que enseñarles un sinfín de cosas.

Se puede inculcar las ciencias a partir de los objetos más vulgares: decir, por ejemplo, en qué consiste el vino; y una vez dada la explicación, Victor y Victorine tenían que repetirla. Y otro tanto con las especies, los muebles, la iluminación; pero la luz era para ellos la lámpara, y no tenía nada en común con la chispa que salta de una piedra, la llama de una vela, el claro de luna.

Un día Victorine preguntó cómo era que la madera ardía; sus maestros se miraron incómodos, la teoría de la combustión era demasiado complicada para ellos.

En otra ocasión, Bouvard habló, desde la sopa hasta el queso, de los elementos nutritivos y desconcertó a los dos niños con la fibrina, la caseína, la grasa y el gluten.

Luego Pécuchet quiso explicarles cómo se renueva la sangre y se hizo un lío con la circulación.

No es un dilema nada fácil; si se parte de los hechos, hasta el más simple exige explicaciones harto complicadas, y si primero se plantean los principios, se comienza con lo absoluto, con la fe.

¿Cómo resolverlo? Combinando las dos enseñanzas, la racional y la empírica; pero un doble medio para un solo fin es lo contrario de un método. ¡Ah, paciencia!

Para iniciarles en la historia natural, probaron hacer algunos paseos científicos.

—¿Veis? —decían señalando un asno, un caballo, un buey—, los animales de cuatro patas se llaman cuadrúpedos. En general, las aves tienen plumas, los reptiles escamas y las mariposas pertenecen a la especie de los insectos.

Tenían una red para cazarlas, y Pécuchet, sujetando delicadamente el bichito, les hacía observar las cuatro alas, las seis patitas, las dos antenas y su trompa rígida que aspira el néctar de las flores.

Cogía hierbas medicinales en las cunetas, decía su nombre, o bien se lo inventaba cuando no lo sabía para mantener su prestigio. Por otra parte, la nomenclatura es lo menos importante de la botánica.

Escribió este axioma en el encerado: «Toda planta tiene hojas, un cáliz y una corola que encierra un ovario o pericarpio, que contiene la semilla».

Luego ordenó a sus alumnos que herborizaran al azar por los campos y cogieran lo primero que encontrasen.

Victor le trajo unos botones de oro, especie de ranúnculo cuya flor es amarilla, Victorine una mata de gramíneas; y él buscó en vano el pericarpio.

Bouvard, que desconfiaba de los conocimientos del otro, rebuscó en toda la biblioteca, y descubrió, en *Le Redouté des Dames*^[146], el dibujo de una rosa. El ovario no estaba situado en la corola, sino debajo de los pétalos.

—Es una excepción —dijo Pécuchet.

Encontraron una *shérarde*^[147], rubiácea sin cáliz.

Así pues, el principio enunciado por Pécuchet era falso.

En su huerto había tuberosas, todas sin cáliz.

—¡Un descuido! ¡La mayor parte de las liliáceas no tienen!

Pero quiso la casualidad que descubriesen una entre la hierba y ésta tenía cáliz.

—¡Pero vamos! Si no son verdaderas siquiera las excepciones, ¿de qué hay que fiarse?

Un día, durante uno de aquellos paseos, oyeron el grito de unos pavos reales, echaron un vistazo por encima del muro, y en un primer momento no reconocieron su alquería. El henil tenía un tejado de pizarra, las verjas eran nuevas, los senderos estaban empedrados. Salió el tío Gouy:

—¡No es posible! ¿Ustedes?

¡Cuántas cosas habían ocurrido en tres años, la muerte de su mujer entre otras! En cuanto a él, seguía estando fuerte como un roble.

—Entren un momentito.

Era a comienzos de abril, y los manzanos en flor alineaban en los tres patios sus

copas blancas y rosas; el cielo, color de satén azul, no tenía ni una nube; manteles, sábanas y servilletas colgaban verticalmente, atados con unas pinzas de madera a unas cuerdas tendidas. El tío Gouy los estaba levantando para permitirles pasar cuando de pronto se toparon con la señora Bordin, destocada, en camisola, y con Marianne que le alargaba brazadas de ropa blanca.

—¡Servidora de ustedes, señores! ¡Considérense en su casa! Yo voy a sentarme, estoy molida.

El granjero propuso a todos los presentes tomar algo.

—Ahora no —dijo ella—, estoy demasiado acalorada.

Pécuchet aceptó y desapareció hacia la bodega con el tío Gouy, Marianne y Victor.

Bouvard se sentó en el suelo, al lado de la señora Bordin. Recibía puntualmente su renta, no tenía ningún motivo de queja, ni le guardaba ya rencor.

La plena luz iluminaba su perfil; uno de sus bandós negros descendía demasiado bajo, y los ricitos de su nuca se pegaban a la piel ambarina, empapada de sudor. Cada vez que respiraba, se le subían los pechos. El perfume de la hierba se mezclaba con el perfume de su carne firme; y Bouvard sintió un retorno del deseo que le colmó de alegría. Entonces le dijo unos cumplidos sobre la propiedad.

Ella se sintió encantada por ello y habló de sus proyectos. Para agrandar los patios, quería eliminar el talud.

Victorine, en aquel momento, estaba trepando al ribazo y cogía unas primulas, jacintos y violetas, nada atemorizada por un viejo caballo que pastaba, abajo, en la hierba.

—¿Verdad que es bonita? —dijo Bouvard.

—¡Sí, tener una niña es algo muy bonito! —Y la viuda dejó escapar un suspiro que expresaba la larga pena de toda una vida.

—Habría podido tener una.

Ella bajó la cabeza.

—¡No dependía más que de usted!

—¿Cómo?

Él la miró de tal modo que enrojeció, como por una caricia demasiado atrevida; pero enseguida, dándose aire con el pañuelo, dijo:

—¡Perdió usted el tren, amigo!

—No comprendo.

Y, sin levantarse, se acercaba.

Ella le miró atentamente de arriba abajo un largo rato; luego, sonriendo y con los ojos húmedos, dijo:

—Es culpa suya.

Las sábanas, alrededor de ellos, los encerraban como las cortinas de una cama.

Se inclinó sobre el codo, rozándole las rodillas con su rostro.

—¿Por qué? ¿Eh? ¿Por qué? —Y como ella se callaba y él estaba en un estado en

que los juramentos no cuestan nada, trató de justificarse, se acusó de locura, de orgullo—: ¡Perdón! ¡Será como en otro tiempo! ¿Quiere?

Y le había cogido la mano, que ella dejaba en la suya.

Una brusca ventolera hizo levantarse las sábanas, y vieron dos pavos reales, uno macho y otro hembra. La hembra se mantenía inmóvil, con las patas replegadas, el trasero en alto. El macho se paseaba en torno a ella, desplegaba la cola en abanico, se engallaba, cloqueaba, luego le saltó encima descendiendo su plumaje, que la cubrió como una cuna, y las dos grandes aves temblaron con un solo estremecimiento.

Bouvard lo sintió en la palma de la mano de la señora Bordin. Ella se desprendió inmediatamente del apretón. Delante de ellos, con la boca abierta como petrificado, estaba el pequeño Víctor que miraba; un poco más allá, Victorine, tumbada de espaldas a pleno sol, olía todas las flores que había cogido.

El viejo caballo, asustado por los pavos reales, rompió de una coz una de las cuerdas, se enredó las patas con ella, y se puso a galopar por los tres patios, arrastrando la ropa colgada tras él.

A los gritos furiosos de la señora Bordin, acudió Marianne. El tío Gouy insultaba a su caballo:

—¡Maldita yegua! ¡Zopenca! ¡Fulera! —Le daba puñetazos en el vientre, golpes en las orejas con el mango de una fusta.

Bouvard se indignó de ver pegar a un animal.

El campesino contestó:

—¡Tengo derecho; me pertenece!

No era una razón.

Y Pécuchet, presentándose, añadió que los animales también tenían sus derechos, pues tienen un alma, como nosotros, ¡siempre y cuando la nuestra exista!

—¡Es usted un impío! —exclamó la señora Bordin.

Tres cosas la irritaban; la colada que había que volver a hacer, sus creencias que se veían ofendidas y el temor a haber sido entrevista poco antes en actitud sospechosa.

—¡La creía más fuerte! —dijo Bouvard.

Ella exclamó con severidad:

—¡No me gustan los tunantes!

Y Gouy la emprendió con ellos por el caballo que había quedado maltrecho, con los ollares ensangrentados. Rumiaba en voz baja:

—¡Malditos cenizos! Me disponía a atarlo cuando han llegado ellos.

Los dos hombres se retiraron encogiéndose de hombros.

Victor preguntó por qué se habían encolerizado con Gouy.

—Abusa de su fuerza, lo cual no está bien.

—¿Por qué no está bien?

Pero ¿es que los niños no tenían la más remota idea de lo que era justo? Tal vez.

Y aquella misma noche, Pécuchet, con Bouvard a su derecha, algunas notas en la

mano y enfrente de él los dos alumnos, dio comienzo a un curso de moral.

Esta ciencia nos enseña a dirigir nuestras acciones.

Estas tienen dos motivos: el placer y el interés; y un tercero más imperioso: el deber.

Los deberes se dividen en dos clases: *primo*, deberes para con nosotros mismos, que consisten en cuidar de nuestro cuerpo, salvaguardarnos de todo daño. Esto lo entendían perfectamente; *secundo*, deberes para con los demás, es decir, ser siempre leal, bondadoso e incluso fraternal, al no ser el género humano sino una única familia. A menudo una cosa que nos gusta puede perjudicar a nuestros semejantes; el interés personal es distinto del bien, porque el bien es de por sí irreductible. Los niños no comprendían. Dejó para la próxima vez la sanción de los deberes.

Con todo esto, según Bouvard, no había dado una definición del bien.

—¿Y cómo quieres definirlo? Uno lo siente.

Entonces las clases de moral solo serían adecuadas para las personas morales; y el curso de Pécuchet no prosiguió.

Hicieron leer a sus alumnos anécdotas que tenían por objeto inspirar el amor a la virtud. Victor se aburrió mortalmente.

Para estimular su imaginación, Pécuchet colgó de las paredes de su habitación unos cuadritos que ilustraban la vida del individuo bueno y la del individuo malo. El primero, Adolphe, besaba a su madre, estudiaba alemán, socorría a un ciego y era admitido en la Escuela Politécnica.

El malo, Eugène, comenzaba desobedeciendo a su padre, tenía una pelea en un café, pegaba a su mujer, acababa borracho como una cuba, rompía un armario, y un último cuadro lo representaba en la cárcel, donde un señor decía, mientras lo mostraba al chico que le acompañaba: «Ya ves, hijo mío, los peligros de la mala conducta».

Pero para los niños el futuro no existe. Por más que se les machacara con la máxima: «El trabajo es algo que honra y los ricos a veces son desgraciados», habían conocido a trabajadores que no eran en absoluto honrados y se acordaban del castillo en el que parecía que se llevaba una buena vida. Los suplicios de los remordimientos les eran pintados con tanta exageración que se olían el engaño y desconfiaban del resto.

Trataron de llevarlos al terreno del honor, la idea de la opinión pública y el sentido de la gloria, magnificando a los grandes hombres, sobre todo a los hombres útiles a los demás, como Belzunce, Franklin, Jacquard^[148]. Victor no mostraba el menor deseo de parecerse a ellos.

Un día en que había hecho una suma sin cometer ningún error, Bouvard le cosió en la chaqueta una cinta que simbolizaba una cruz. Él se pavoneó de ello; pero, como había olvidado el año de la muerte de Enrique IV, Pécuchet le encasquetó unas orejas de burro. Victor se puso a rebuznar tan escandalosamente y durante tanto rato que tuvo que quitarle las orejas de cartón.

Su hermana, al igual que él, se mostraba orgullosa de los elogios e indiferente a las censuras.

A fin de hacerles más sensibles, les regalaron un gato negro que debían cuidar, y se les daba dos o tres sueldos para que dieran limosna. Encontraron la pretensión injusta, ese dinero les pertenecía.

Plegándose al deseo de los pedagogos, llamaban a Bouvard «tío» y a Pécuchet «buen amigo»; pero les tuteaban, y la mitad de las clases normalmente se iban en discusiones.

Victorine se aprovechaba de Marcel, se le subía a caballo, le tiraba de los pelos; para burlarse de su labio leporino, gangueaba como él, y el pobre hombre no se atrevía a quejarse, por lo mucho que quería a la chiquilla. Una noche, su voz ronca se elevó fuera de lo normal. Bouvard y Pécuchet bajaron a la cocina. Los dos alumnos observaban la chimenea, y Marcel, juntando las manos, exclamaba:

—¡Retíradla! ¡Es demasiado! ¡Es demasiado!

La tapa de la olla saltó como un obús que estalla. Una masa grisácea salió disparada hasta el techo, luego empezó a dar vueltas sobre sí misma frenéticamente lanzando unos gritos horripilantes.

Reconocieron al gato, escuálido, sin un pelo, con la cola como un cordón. Los grandes ojos se le salían de las órbitas. Eran de color de leche, como vacuos, y sin embargo miraban.

El horrendo animal seguía aullando, se arrojó al hogar, desapareció, luego acabó cayendo en medio de las cenizas, sin vida.

Había sido Victor el autor de aquella atrocidad, y los dos hombres retrocedieron pálidos de la estupefacción y del horror. A los reproches que le hicieron, él respondió como el guardia rural respecto a su hijo, y el granjero respecto a su caballo: «¿Qué pasa? ¡Es mío!...», sin la menor incomodidad, con candor, en la plácida actitud de quien ha satisfecho su instinto.

El agua hirviendo de la olla se había derramado por el suelo, cacerolas, atizadores y candeleros yacían esparcidos por las baldosas. Marcel empleó un buen rato en limpiar la cocina, y sus amos y él enterraron al pobre gato en el jardín, bajo la pagoda.

Luego Bouvard y Pécuchet charlaron largo y tendido de Victor. La herencia paterna se manifestaba en él. ¿Qué hacer? Devolverlo al señor de Faverges o confiarlo a otros habría sido reconocer su impotencia. Tal vez se enmendase un poco.

Pero, en cualquier caso, no cabía esperar demasiado, el afecto ya no existía. Pero ¡qué placer, no obstante, tener al lado de uno a un adolescente curioso de tus ideas, cuyos progresos puedes seguir, y que se convierte más tarde como en un hermano; pero Victor carecía de inteligencia, por no hablar de corazón! Y Pécuchet suspiró, cogiéndose una rodilla con las manos.

—No es que la hermana valga más —dijo Bouvard.

Se imaginaba a una muchacha de unos quince años, de espíritu delicado, de

carácter alegre, que embellecía la casa con la elegancia de su juventud; y como si él hubiese sido su padre y ella acabase de morir, el buen hombre lloró.

Luego, tratando de justificar a Victor, adujo la opinión de Rousseau: «El niño no tiene responsabilidad, no puede ser moral o inmoral».

Aquellos dos, según Pécuchet, tenían la edad de la razón, y estudiaron los métodos para corregirlos.

Para que un castigo surta efecto, dice Bentham^[149], debe resultar proporcionado a la culpa, su consecuencia natural. ¿Que el niño ha roto un cristal? Este no será sustituido: que pase frío; si, pese a no tener hambre, pide un plato, dádsele; una indigestión no tardará en hacerle arrepentirse. Si es perezoso, que no haga nada; el aburrimiento de sí mismo le llevará a trabajar.

Pero Victor no sufriría por el frío, pues su naturaleza estaba hecha para soportar las situaciones extremas y la holgazanería le habría ido a las mil maravillas.

Adoptaron el sistema inverso, el castigo terapéutico. Le impusieron duras tareas, se volvió más perezoso. Le dejaron sin mermelada; se volvió más goloso.

¿Acaso tendría más éxito la ironía? En cierta ocasión en que llegó a la mesa con las manos sucias, Bouvard se burló de él, llamándole guapetón, boquirrubio, currutaco. Victor escuchaba con la cabeza gacha, palideció de repente y tiró a Bouvard su plato a la cabeza; luego, furioso por no haberle dado, se abalanzó sobre él. Los tres hombres se las vieron y desearon para contenerle. Se revolvía en el suelo, tratando de morder. Pécuchet le echó agua de lejos con una botella; acto seguido se calmó, pero se quedó sin voz durante dos días. El sistema no funcionaba.

Adoptaron otro: al menor síntoma de cólera, tratándole como a un enfermo, le metían en la cama; Victor se encontraba bien en ella, y cantaba. Un día, descubrió en la biblioteca una vieja nuez de coco y se puso a partirla, cuando llegó Pécuchet:

—¡Mi coco!

¡Era un recuerdo de Dumouchel! Lo había traído de París a Chavignolles, le levantó la mano a causa de la indignación. Victor se echó a reír. El «buen amigo» no pudo contenerse más, y le mandó de un guantazo al fondo de la habitación; luego, temblando de la emoción, fue a quejarse a Bouvard.

Bouvard se lo reprochó.

—Pero ¡qué tonterías haces por un coco! Los golpes embrutecen, el terror enerva. ¡Te degradas a ti mismo!

Pécuchet objetó que los castigos físicos son a veces indispensables. Pestalozzi^[150] los empleaba, y el célebre Melanchton confiesa que, sin ellos, no habría aprendido nada.

Pero se cuentan casos de niños a los que unos castigos crueles empujaron al suicidio.

Victor se había atrincherado en su cuarto. Bouvard parlamentó desde detrás de la puerta, y, para hacerle abrir, le prometió una tarta de ciruelas. A partir de entonces empeoró.

Quedaba un medio preconizado por Dupanloup: «la mirada severa». Trataban de imprimir a sus rostros un aspecto aterrador y no produjeron efecto alguno.

—No nos queda más que probar con la religión —dijo Bouvard.

Pécuchet protestó. La habían excluido de su programa.

Pero el razonamiento no puede bastar para todo tipo de necesidades. El corazón y la imaginación quieren otra cosa. Lo sobrenatural para muchas almas es indispensable, y decidieron mandar a los niños al catecismo.

Reine se ofreció a llevarlos. Venía de nuevo a su casa, y sabía hacerse querer con sus modales mimosos. Victorine cambió de repente, se volvió más reservada, melosa. Se arrodillaba delante de la Virgen, se extasiaba con el sacrificio de Abraham, reía desdeñosa a la sola mención de la palabra «protestante».

Declaró que le habían prescrito el ayuno. Ellos se informaron al respecto, no era cierto. El día de Corpus Christi desaparecieron unas julianas de una platabanda para adornar el monumento; ella negó descaradamente haberlas cortado. En otra ocasión le cogió a Bouvard veinte sueldos que echó, en vísperas, en el platillo del sacristán.

Llegaron a la conclusión de que la moral se distingue de la religión; cuando no tiene otra base, su importancia es secundaria.

Una noche, mientras cenaban, entró el señor Marescot. Victor se escapó de inmediato.

El notario, tras haber rehusado sentarse, contó lo que le traía: el joven Touache había dado una paliza de muerte a su hijo.

Como los orígenes de Victor eran conocidos, y por lo desagradable que era, los otros chiquillos le llamaban el Forzado; y hacía un rato había propinado al señor Arnold Marescot una soberana paliza. El bueno de Arnold conservaba las huellas en su cuerpo.

—¡Su madre está desesperada, sus ropas están hechas jirones, su salud peligra! ¿Adónde iremos a parar?

El notario exigía un castigo severo; y que Victor, entre otras cosas, no frecuentase más el catecismo, para evitar otros posibles enfrentamientos.

Bouvard y Pécuchet, aunque heridos por la arrogancia del tono, prometieron todo lo que quería, cedieron plenamente.

¿Había Victor obedecido al impulso del honor o al de la venganza? En cualquier caso, no era un cobarde.

Pero su agresividad les asustaba. Y como la música amansa a las fieras, Pécuchet pensó en enseñarle solfeo.

A Victor le costó mucho aprender a leer correctamente las notas, y a no confundir los términos *adagio*, *presto* y *sforzando*. Su maestro se afanó en explicarle lo que era la gama, el acorde perfecto, la escala diatónica, la cromática, y las dos clases de intervalo, mayor y menor. Le hizo estar bien derecho, sacando pecho, la boca abierta de par en par, y para enseñar con el ejemplo entonaba él mismo con voz de falsete. La de Victor salía no sin esfuerzo de la laringe, a fuerza de contraerla; y si la frase

comenzaba con una pausa, se adelantaba o empezaba demasiado tarde.

No obstante, Pécuchet abordó el canto por partida doble. Cogió un palito que debía hacer las veces de baqueta, y movía el brazo con gran solemnidad, como si hubiera tenido una orquesta a sus espaldas; pero, ocupado en dos distintas funciones, equivocaba los tiempos; su error provocaba otros en el alumno y, con los ojos en la partitura, frunciendo el ceño, tensando los músculos del cuello, continuaban al azar, hasta el final de la página.

Finalmente Pécuchet le dijo a Victor:

—No creo que llegues a destacar en un coro.

Y abandonó la enseñanza de la música.

Quizá estaba en lo cierto Locke^[151] cuando decía: «La música arrastra a compañías tan disolutas que es mejor ocuparse de otra cosa».

Aunque sin querer hacer tampoco de él un escritor, le sería útil a Victor saber escribir una carta. Una consideración les detuvo; el estilo epistolar no puede aprenderse, porque es un don que solo poseen las mujeres.

A continuación pensaron en hacerle memorizar algunos fragmentos literarios; y como no sabían cuál elegir, consultaron la obra de la señora Campan^[152].

Esta recomienda la escena de Éliacin, los coros de *Esther*, Jean-Baptiste Rousseau^[153] completo. Cosas un poco rancias. En cuanto a las novelas, ella las desaconseja, porque pintan el mundo con colores demasiado indulgentes.

Sin embargo, permite *Clarisse Harlowe*^[154] y *El padre de familia* de miss Opie^[155]. ¿Quién era la tal miss Opie?

No encontraron su nombre en la *Biografía* de Michaud^[156]. Quedaban los cuentos de hadas.

—Así esperarán encontrar palacios de diamantes —dijo Pécuchet—. La literatura desarrolla la mente, pero excita las pasiones.

Victorine fue expulsada del catecismo porque había hecho de las suyas.

La habían sorprendido besándose con el hijo del notario; y Reine no bromeaba: ponía cara seria bajo su gorrito de grueso encañonado. Tras un escándalo semejante, ¿cómo no expulsar a una muchacha tan corrompida?

Bouvard y Pécuchet tacharon al párroco de viejo idiota. Su ama le defendió. Ellos respondieron a tono, y ella se fue, lanzando en torno miradas encendidas, barbotando:

—¡Que les conocemos! ¡Que les conocemos!

Victorine, en efecto, estaba enamoriscada de Arnold, tan lindo lo encontraba con su cuello bordado, su traje de terciopelo, sus cabellos bienolientes, y ella le traía ramilletes de flores, hasta el momento en que fue denunciada por Zéphyrin.

¡Qué ingenuidad de aventura! ¡Los dos niños eran de una inocencia absoluta!

¿Había que enseñarles el misterio de la generación?

—Yo no veo nada malo en ello —dijo Bouvard—. El filósofo Basedow^[157] lo exponía a sus alumnos, sin entrar sin embargo en detalles más que acerca del

embarazo y del nacimiento.

Pécuchet pensaba de modo distinto. Victor comenzaba a preocuparle.

Sospechaba que tenía una mala costumbre. ¿Por qué no? Hay hombres muy serios que la conservan durante toda la vida, y se cuenta que también el duque de Angulema se entregaba a ella. Interrogó al alumno de un modo que le aclaró las ideas, y al cabo de poco no le cupo ya duda alguna.

Entonces le tachó de corrupto, y con fines terapéuticos quiso hacerle leer a Tissot^[158]. Esta obra maestra, según Bouvard, era más perjudicial que útil.

Mejor sería inspirarle un sentimiento poético. Aimé Martin^[159] refiere que una madre, en un caso de este tipo, había prestado a su hijo *La nueva Eloísa*; y «para hacerse digno del amor, el joven había seguido el camino de la virtud».

Pero Victor no estaba en condiciones de soñar con un ángel.

—¿Y si, en cambio, le lleváramos a una de esas casas?

Pécuchet expresó su horror por las prostitutas.

Bouvard dijo que ello le parecía una solemne estupidez e incluso habló de hacer expresamente un viaje a Le Havre.

—¡Pero qué dices! ¡Nos verían entrar!

—¡Pues, entonces, cómprale un aparato!

—Es que el vendedor igual se piensa que es para mí —dijo Pécuchet.

Habrían hecho falta placeres emocionantes como la caza, pero ello suponía hacer gastos en una escopeta, un perro. Prefirieron fatigarle por medio del ejercicio, y emprendieron carreras por el campo.

El chaval se les escapaba. Por más que se relevaban, acababan derrengados y, por la noche, no tenían ya fuerzas para llevar el diario.

Mientras esperaban a Victor, charlaban con los paseantes, y por necesidad pedagógica trataban de enseñarles lo que era la higiene, deploraban las fugas de agua, el desperdicio de estiércol.

Llegaron hasta el punto de controlar a las nodrizas y se indignaban contra el régimen de sus niños. Unas los atiborraban de sémola, lo que les hacía morir de debilidad. Otras los empapuzaban de carne antes de los seis meses y reventaban de la indigestión. Varias los limpiaban con su propia saliva; todas los trasteaban sin consideración.

Cuando veían sobre una puerta un búho crucificado, entraban en la granja y decían:

—Se equivocan ustedes; estos animales se alimentan de ratas, de ratones campesinos; se han encontrado en el estómago de una lechuza hasta cincuenta larvas de oruga.

Los lugareños, que les conocían de haberles visto primero como médicos y luego buscando viejos muebles, o piedras, respondían:

—¡Fuera de aquí, payasos! No vengan a darnos lecciones.

Sus convicciones vacilaron; pues los gorriones limpian los huertos, pero se comen

las cerezas. Los mochuelos devoran insectos pero también los murciélagos, que son útiles; y aunque los topos se comen los limacos, también echan a perder el suelo. Algo de lo que estaban seguros es de que es preciso exterminar todo género de caza de animales funestos para la agricultura.

Una tarde que pasaban por el bosque de Faverges, llegaron ante la casa del guarda. Sorel, a la vera del camino, hacía aspavientos entre tres individuos.

El primero era un tal Dauphin, zapatero remendón, pequeñajo, delgado, y de aspecto socarrón. El segundo, el tío Aubain, comisionista en aquellos pueblos, lucía una vieja levita amarillenta con un pantalón de dril azul.

El tercero, Eugène, criado en casa del señor Marescot, se distinguía por su barba, cortada como la de los magistrados.

Sorel les estaba enseñando un nudo corredizo, de hilo de cobre, que se ataba a otro de seda sujeto a un ladrillo, lo que se llama un lazo; y había pillado al zapatero mientras lo estaba instalando.

—Ustedes son testigos, ¿eh?

Eugène bajó la barbilla con gesto aprobatorio, y el tío Aubain replicó:

—Si usted lo dice.

Lo que tenía rabioso a Sorel era la cara dura de haber preparado una trampa al lado de su casa, pues el muy bribón creía que nadie iba a sospechar que había una allí.

Dauphin adoptó un tono llorón.

—Pero si yo lo que hacía era pisotearla, trataba incluso de romperla.

¡Siempre le acusaban, la tenían tomada con él, era realmente un desgraciado!

Sorel, sin responderle, se había sacado del bolsillo una libreta, pluma y tinta para hacer un atestado.

—¡Oh!, ¡no! —dijo Pécuchet.

Bouvard añadió:

—¡Déjele irse, es un buen hombre!

—¿Ése? ¡Un cazador furtivo es lo que es!

—Bueno, ¿y aunque así fuera?

Se pusieron a defender la caza furtiva. Desde luego es sabido que los conejos roen los brotes nuevos, las liebres hacen daño a los cereales, salvo la becada, quizá...

—Déjenme en paz.

Y el guarda escribía con los dientes apretados.

—¡Qué testarudez! —murmuró Bouvard.

—¡Una palabra más y llamo a los guardias!

—¡Es usted un grosero! —dijo Pécuchet.

—¡Y ustedes unas nulidades! —prosiguió Sorel.

Bouvard, fuera de sí, le trató de cernícalo, de rufián. Y Eugène repetía: «¡Tengamos la fiesta en paz, tengamos la fiesta en paz!», mientras el tío Aubain gemía a tres pasos de ellos sentado sobre un montón de piedras.

Agitados por este vocerío, todos los perros de la jauría salieron de sus perreras, veíanse a través de la alambreira sus pupilas ardientes, sus hocicos negros y, corriendo de aquí para allá, ladraban que era un espanto.

—¡No me fastidien más —exclamó su amo—, o se los echo encima!

Los dos amigos se alejaron, contentos de haber defendido el progreso, la civilización.

Al día siguiente les llegó una citación para comparecer en el puesto de policía, por injurias dirigidas al guarda y enterarse de que se les condenaba a pagar cien francos por daños y perjuicios, «a reserva del recurso del fiscal, vistas las contravenciones cometidas. Costas de seis francos y setenta y cinco céntimos. Tiercelin, oficial de justicia».

¿Por qué un fiscal? Perdían la cabeza. Luego, una vez calmados, prepararon su defensa.

El día previsto, Bouvard y Pécuchet se dirigieron al Ayuntamiento con una hora de adelanto. No había nadie, unas sillas y tres butacas rodeaban una mesa cubierta por un paño; un nicho en la pared albergaba la estufa, y el busto del Emperador sobre un pequeño pedestal dominaba el conjunto.

Mataron el tiempo acercándose hasta el desván, donde había una bomba de incendios, varias banderas, y, en un rincón, en el suelo, otros bustos de escayola: Napoleón sin diadema, Luis XVIII con un frac con charreteras, Carlos X, reconocible por su labio caído, Luis Felipe, con las cejas arqueadas y un tupé piramidal; la inclinación del tejado rozaba su nuca y todos estaban sucios por las moscas y el polvo. Este espectáculo^[160] desmoralizó a Bouvard y a Pécuchet. Sentían pena por los diferentes gobiernos cuando volvieron a la sala principal.

Se encontraron allí a Sorel y al guarda rural, uno con el distintivo en la bocamanga y el otro con el quepis.

Una docena de personas estaban charlando, imputadas por dejar de barrer, por tener a sus perros sueltos, por falta de farol en los carros, o por haber abierto su bodega durante la misa.

Finalmente se presentó Coulon, ataviado con toga de sarga negra y birrete redondo con una orla de terciopelo. El secretario judicial se puso a su izquierda, el alcalde con su banda a la derecha, y a continuación se dio lectura al caso Sorel contra Bouvard y Pécuchet.

Louis-Martial-Eugène Lenepveu, ayuda de cámara en Chavignolles (Calvados), se prevaleció de su calidad de testigo para contar todo cuanto sabía sobre multitud de cosas ajenas al caso.

Nicolas-Juste Aubain, jornalero, temía contrariar a Sorel y perjudicar a esos señores; había oído palabras malsonantes, pero dudaba de ellas; alegó su sordera.

El juez de paz le hizo sentarse de nuevo; luego dirigiéndose al guarda dijo:

—¿Se afirma y ratifica en su declaración?

—Por supuesto.

Coulon preguntó a continuación a los dos imputados si tenían algo que declarar.

Bouvard sostuvo que no había insultado a Sorel, sino que había defendido, al dar su apoyo a Dauphin, el interés de nuestros campos. Citó los abusos feudales, las cazas devastadoras de los grandes propietarios.

—¡No importa! La contravención...

—¡Disculpe que le interrumpa! —exclamó Pécuchet—. Las palabras «contravención», «crimen» y «delito» carecen por completo de sentido. Tomar el castigo como criterio de clasificación de los hechos delictivos significa partir de una base arbitraria. Es como decirles a los ciudadanos: «No os preocupéis por la valoración de lo que hagáis, pues ella depende de la sanción del poder». Por lo demás, el Código Penal me parece un texto irracional, sin principios.

—¡Es posible! —repuso Coulon. E iba a pronunciar el fallo—. Considerando...

Pero Foureau, que era el fiscal, se levantó. Se había ultrajado al guarda en el ejercicio de sus funciones. Si no se respeta la propiedad privada, todo está perdido. En pocas palabras, tenga a bien el señor juez de paz imponer la pena máxima.

Esta fue de diez francos, por daños y perjuicios contra Sorel.

—¡Muy bien! —murmuró Bouvard.

Coulon no había terminado:

—Les condeno, además, al pago de cinco francos de multa como culpables de la contravención señalada por el señor fiscal.

Pécuchet se volvió hacia el auditorio:

—La multa es una nimiedad para el rico, pero un desastre para el pobre. ¡A mí, ni frío ni calor!

Y tenía el aire de desafiar al tribunal.

—Me asombra, señores —dijo Coulon—, que personas inteligentes...

—¡La ley les exime a ustedes de serlo! —replicó Pécuchet—. El juez de paz permanece en el cargo indefinidamente, mientras que el juez del Tribunal Supremo es considerado válido hasta los setenta y cinco años, y el de primera instancia deja de serlo a partir de los setenta.

Pero a un gesto de Foureau, se adelantó Placquevent. Ellos protestaron.

—¡Ah! ¡Si fueran nombrados tras un concurso público!

—O por el Consejo General.

—O por un comité de notables.

—¡De una lista seria de candidatos!

Placquevent les empujaba, y salieron, acompañados de los gritos de los otros imputados, que con aquella bajeza esperaban ganarse la benevolencia del juez.

Para dar rienda suelta a su indignación, por la noche fueron a ver a Beljambe.

El café estaba vacío, pues los notables solían marcharse a las diez. Se habían amortiguado ya las luces; las paredes y el mostrador se veían como entre una niebla.

Llegó una mujer.

Era Mélie.

No parecía inquieta, y sonriendo les sirvió dos cañas. Pécuchet, incómodo, se fue pronto del local.

Bouvard volvió solo, divirtió a algunos burgueses con sus sarcasmos contra el alcalde y, a partir de entonces, se hizo asiduo del café.

Dauphin, seis semanas después, fue absuelto por falta de pruebas. ¡Qué vergüenza! No se daban por buenos esos mismos testimonios considerados válidos cuando habían declarado contra ellos.

Y su rabia no conoció ya límites cuando la administración les intimó a pagar la multa. Bouvard atacó a dicha institución por ser nociva para la propiedad.

—¡Se equivocan ustedes! —dijo el recaudador de impuestos.

—¡Pero, vamos! ¡La propiedad soporta un tercio de los gastos públicos! A mí me gustaría un procedimiento de recaudar impuestos menos vejatorio, un catastro mejor, cambios en el régimen hipotecario o la supresión de la Banca de Francia, que tiene el monopolio de la usura.

Girbal no estuvo a la altura, y perdió parte de su crédito ante la opinión pública y no se dejó ver más.

Mientras tanto, Bouvard había simpatizado con el posadero; atraía a gente; y, mientras esperaba a los habituales, charlaba familiarmente con la moza.

Manifestó opiniones singulares sobre la instrucción primaria. ¡Habría que estar en condiciones, al dejar la escuela, de poder cuidar de los enfermos, comprender los descubrimientos científicos, interesarse por las artes! Las pretensiones de su programa pusieron en su contra a Petit; y ofendió al capitán sosteniendo que los soldados, en vez de perder el tiempo haciendo maniobras, harían mejor en cultivar hortalizas.

Cuando llegaron a la cuestión del libre cambio, trajo con él a Pécuchet; y durante todo el invierno hubo en el café miradas furiosas, actitudes despectivas, insultos y vociferaciones con puñetazos descargados contra las mesas que hacían saltar los botellines de cerveza.

Langlois y los demás comerciantes defendían el comercio nacional; Voisin, hilandero, Oudot, administrador de una fábrica de laminados, y Mathieu, platero, la industria nacional; los terratenientes y los capataces, la agricultura nacional, reclamando cada uno para sí unos privilegios en detrimento de la mayoría. Los discursos de Bouvard y de Pécuchet alarmaban.

Como les acusaban de desconocer la práctica, de tender a la nivelación y a la inmoralidad, desarrollaron estas tres concepciones:

Sustituir el apellido por un número de matrícula.

Dividir en clases jerárquicas a los franceses que, para conservar su condición, deberían someterse a exámenes periódicos.

No más castigos ni recompensas, sino en todos los pueblos una crónica individual que se transmitiría a la posteridad.

Se desdeñó su sistema.

Escribieron un artículo para el periódico de Bayeux, una nota al prefecto, una petición a las Cámaras, una memoria al Emperador.

El diario no insertó su artículo. El prefecto no se dignó responderles. Las Cámaras guardaron silencio, y ellos esperaron largo tiempo una carta de Palacio. ¿En qué andaba ocupado el Emperador? ¡En sus cortesanas, sin duda!

Foureau les aconsejó más reserva de parte del subprefecto.

Ellos se mofaban del subprefecto, del prefecto y de los consejos de la prefectura, incluso del Consejo de Estado, dado que la justicia administrativa era una monstruosidad, pues la administración, mediante tratos de favor y amenazas, gobierna impunemente a sus funcionarios. En una palabra, se estaban volviendo incómodos, y los notables conminaron a Beljambe a que no recibiera más a aquellos dos sujetos.

Entonces Bouvard y Pécuchet quisieron distinguirse con una empresa que, ganándose el respeto de sus conciudadanos, los dejase pasmados, y no encontraron nada mejor que unos proyectos para embellecer Chavignolles.

Tres cuartas partes de las casas serían demolidas; se construiría en medio del pueblo una plaza monumental, un hospicio por la parte de Falaise, unos mataderos en el camino de Caen y en el Paso de la Vaca una iglesia románica y policroma.

Pécuchet preparó un proyecto a tinta china, sin olvidar señalar en amarillo los bosques, los prados en verde, las edificaciones en rojo, ¡las imágenes de una Chavignolles ideal le perseguían hasta en sueños! Se revolvía en la cama. ¡Bouvard, una noche, acabó por despertarse!

—¿Te encuentras mal?

Pécuchet balbució:

—¡Hausmann^[161] no me deja dormir!

Le llegó por aquella época una carta de Dumouchel, que quería saber los precios de los balnearios en la costa normanda.

—¡Que se vaya al diablo él y sus balnearios! ¡No tenemos tiempo de escribirle!

Y tras haber conseguido una cadena de agrimensor, un grafómetro, un nivel de agua y una brújula, comenzaron otros estudios.

Invadían las casas ajenas; a menudo los burgueses se sorprendían de ver a aquellos dos hombres plantando jalones en los patios. Bouvard y Pécuchet anunciaban tan tranquilos lo que ocurriría. Los vecinos se preocuparon, quién sabe si las autoridades no se alinearían de su parte...

Algunas veces los echaban de malos modos. Victor trepaba a las tapias y subía a los tejados para colgar una señal, dando prueba de buena voluntad y hasta de cierta pasión.

Estaban también más contentos con Victorine.

Cuando planchaba la ropa, pasaba la plancha por la mesa canturreando con dulce voz, se interesaba por las labores domésticas, le hizo un gorro a Bouvard y sus puntos de piqué le valieron los elogios de Romiche.

Era este uno de esos sastres que se pasan por las alquerías para remendar los trajes. Le tuvieron quince días en casa.

Chepudo y con unos ojos enrojecidos, compensaba sus defectos físicos con un humor de bufón. Cuando los amos estaban fuera, divertía a Marcel y a Victorine contándoles chistes, sacaba la lengua hasta el mentón, imitaba al cuclillo, hacía de ventrílocuo y, por la noche, para ahorrarse los gastos de hospedaje, iba a acostarse al cuarto del horno.

Pues bien, una mañana, muy temprano, Bouvard, que tenía ganas de trabajar, fue a por unas virutas para encender el fuego.

Vio un espectáculo que le dejó de piedra.

Detrás de los restos del arcón, en un jergón de paja, Romiche y Victorine dormían juntos.

Él tenía un brazo en torno a la cintura de ella, y su otra mano, larga como la de un simio, la cogía por una rodilla, con los párpados entrecerrados, el rostro convulsionado aún en un espasmo de placer. Ella sonreía, tendida de espaldas. Su camisola desabotonada dejaba al descubierto su pecho infantil, jaspeado de rojeces por las caricias del jorobado. Sus cabellos rubios estaban desparramados, y la claridad del alba arrojaba sobre ambos una luz macilenta.

Bouvard había sentido, en un primer momento, como un impacto en pleno pecho. Luego el pudor le impidió dar un solo paso, hacer un solo gesto. Le asaltaron unas dolorosas reflexiones.

—¡Tan joven, y ya perdida, perdida!

Acto seguido fue a despertar a Pécuchet, y en dos palabras le informó de todo.

—¡Ah, el miserable!

—¡No podemos hacer nada! ¡Cálmate!

Y estuvieron largo rato suspirando el uno enfrente del otro: Bouvard, sin levita, de brazos cruzados; Pécuchet, sentado en el borde de su cama, con los pies desnudos y tocado con un gorro de algodón.

Romiche tenía que irse ese mismo día, una vez terminado su trabajo. Le pagaron con actitud altanera, en silencio.

Pero la Providencia la tenía tomada con ellos.

Marcel les llevó de puntillas hasta el cuarto de Victor; y les mostró, dentro de la cómoda, una moneda de veinte francos. El chico le había pedido que se la cambiara en moneda más menuda.

¿De dónde la había sacado? ¡Por supuesto que de un robo! Y tal vez cometido durante sus expediciones como ingenieros.

Si venían a reclamarla, a ellos se les consideraría cómplices.

Al final, tras llamar a Victor, le ordenaron que abriera el cajón; la moneda ya no estaba.

Y, sin embargo, un momento antes la había cogido en sus manos, y Marcel era incapaz de mentir. Esta historia le había trastornado a tal punto que desde la mañana

guardaba en su bolsillo una carta para Bouvard.

Distinguido señor:

Temiendo que el señor Pécuchet se encuentre enfermo, recorro a su cortesía...

—¿Quién la firma?

—Olympe Dumouchel, de soltera Charpeau.

Ella y su esposo preguntaban en qué localidad balnearia, Courseulles, Langrune o Ouistreham, se encontraba la mejor sociedad, la menos escandalosa, así como por los medios de transporte, el precio de la lavandería, etcétera.

Esta falta de sentido de la oportunidad les hizo montar en cólera contra Dumouchel; luego la fatiga les sumió en un desaliento aún mayor.

Hicieron recuento de todo el trabajo que se habían tomado, tantas clases, precauciones, tormentos.

—Y pensar —decían— que queríamos que ella fuese celadora de estudios, y él, últimamente, encargado de obra.

—Si es una viciosa, no es por culpa de sus lecturas.

—Yo, para hacer de él un hombre honrado, le di a conocer la biografía de Cartouche.

—Tal vez les ha faltado una familia, los cuidados de una madre.

—¡De madre he hecho yo! —objetó Bouvard.

—Desgraciadamente —rebató Pécuchet—, hay naturalezas desprovistas de sentido moral, y la educación no puede hacer nada por ellas.

—¡Ah, sí, bonita cosa la educación!

Como los dos huérfanos no tenían oficio, les buscarían una colocación como criados, y luego, Dios mediante, dejarían de ocuparse de ellos. Y, a partir de ese momento, el «tío» y el «querido amigo» les hicieron comer en la cocina.

Pero no tardaron en aburrirse, su mente necesitaba trabajar, su vida un objetivo.

Por otra parte, ¿qué prueba un fracaso? Lo que no había funcionado con unos chiquillos, acaso resultase menos difícil con gente mayor. Y pensaron en iniciar un curso para adultos.

Sería preciso dar una conferencia para exponer sus ideas. La gran sala de la posada era perfectamente adecuada para tal fin.

Beljambe, como teniente de alcalde, tuvo miedo de comprometerse, primero se negó, pero luego cambió de parecer, y así se lo mandó decir por medio de la criada. Bouvard, en un arranque de alegría, la besó en ambas mejillas.

El alcalde estaba ausente, el otro teniente de alcalde, Marescot, muy ocupado en su despacho; por eso la conferencia tendría lugar, como anunció el tambor para el domingo siguiente, a las tres.

Solo la víspera pensaron en cómo vestirse.

Pécuchet, gracias a Dios, había conservado un viejo traje de gala con cuello de terciopelo, dos corbatas blancas y unos guantes negros. Bouvard se puso su levita azul, chaleco de nanquín, zapatos de castor; y estaban muy emocionados al atravesar el pueblo.

*[Aquí acaba el manuscrito de Gustave Flaubert.
Publicamos un extracto del plan encontrado entre sus papeles, y que indica la conclusión de la obra^[162].]*

PLAN PARA LA CONCLUSIÓN DE LA OBRA<]

La posada. Dos galerías de madera laterales en el primer piso con balcón en saledizo, cuerpo principal al fondo, café en la planta baja, comedor, billar, las puertas y ventanas están abiertas.

Multitud: notables, gente del pueblo.

Bouvard: «Se trata, en primer lugar, de demostrar la utilidad de nuestro proyecto, nuestros estudios nos dan derecho a expresarnos».

Discurso de Pécuchet, pedantesco.

Necesidades del Gobierno y de la administración. Demasiados impuestos, dos ahorros que hacer: supresión del presupuesto del ejército y el del culto.

Se les acusa de irreligiosidad.

Al contrario; pero es necesaria una renovación religiosa.

Foureau llega de pronto y quiere disolver la reunión.

Bouvard provoca la hilaridad a costa del alcalde con sus estúpidos premios por cazar búhos. Objeción: «Si hay que acabar con los animales dañinos para los cultivos, habría que eliminar también al ganado, que come hierba».

Foureau se retira.

Discurso de Bouvard, en tono familiar.

Prejuicios: celibato de los curas, futilidad del adulterio, emancipación de la mujer. El hecho de llevar pendientes es una señal de su antigua servidumbre. Acaballadero para los hombres.

A Bouvard y Pécuchet se les reprocha la conducta díscola de sus alumnos. ¿Por qué, además, haber adoptado a los hijos de un presidiario?

Teoría de la rehabilitación. Cenarían con Touache.

Foureau regresa y, con el propósito de vengarse de Bouvard, lee una petición suya al Consejo en la que se pide el establecimiento de un burdel en Chavignolles. (Razones de Robin^[163].)

Se levanta la sesión en medio del mayor de los tumultos.

De vuelta a casa, se cruzan con el criado de Foureau, que galopa a rienda suelta por el camino de Falaise.

Se acuestan muy fatigados, sin sospechar todos los odios que fermentan en su contra, los motivos por los que la tienen tomada con ellos el párroco, el médico, el alcalde, Marescot, el pueblo, todo el mundo.

* * *

Al día siguiente, a la hora del desayuno, vuelven a hablar de la conferencia.

Pécuchet ve negro el futuro de la Humanidad:

El hombre moderno va de capa caída y se ha vuelto una máquina.

Anarquía final del género humano (Buchner, I, II^[164]).

Imposibilidad de la paz (*id.*).

Barbarie por el exceso de individualismo y el delirio de la Ciencia.

Tres hipótesis. 1.^a: El radicalismo panteísta romperá todo vínculo con el pasado, y le seguirá un despotismo inhumano. 2.^a: Si triunfa el absolutismo teísta, sucumbe el liberalismo de que está imbuida la Humanidad desde la Reforma, todo se verá arruinado. 3.^a: Si continúan las convulsiones que existen desde el 89, sin fin entre dos extremos, estas oscilaciones nos arrastrarán con sus propias fuerzas.

No habrá más ideales, religión, moralidad.

América habrá conquistado la Tierra.

Futuro de la Literatura.

Paletismo universal^[165]. Todo se reducirá a una gran francachela de obreros.

Fin del mundo como consecuencia de la interrupción del principio calórico.

Bouvard ve el porvenir de la Humanidad en positivo. El hombre moderno está progresando.

Europa será regenerada por Asia. Como la ley histórica quiere que la civilización se desplace de Oriente a Occidente, papel de China, las dos humanidades finalmente se fundirán.

Invencciones futuras: maneras de viajar. Globo. Barco submarino con cristales^[166], navegación con una calma constante, al no estar la agitación más que en la superficie del mar. Se verá pasar a los peces y los paisajes del fondo oceánico. Animales domesticados. Todas las culturas.

Futuro de la Literatura (contrapartida de la literatura industrial). Ciencias futuras. Regular la fuerza magnética.

París, un jardín de invierno; espalderas de árboles frutales en el bulevar. El Sena

depurado y de aguas calientes, abundancia de piedras preciosas artificiales, profusión de dorados. Iluminación de las casas: se almacenará la luz, pues hay cuerpos que poseen esta propiedad, como el azúcar, la carne de determinados moluscos y el fósforo de Bolonia. Habrá la obligación de revocar las fachadas de las casas con sustancias fosforescentes; y su irradiación iluminará las calles.

Desaparición del mal gracias a la desaparición de la necesidad. La Filosofía será una religión.

Comunión de todos los pueblos, festejos públicos.

Se viajará a los astros, y cuando la Tierra esté agotada, la Humanidad se trasladará a las estrellas.

Apenas termina, entran unos gendarmes.

Al verlos, susto de los niños, por efecto de sus vagos recuerdos.

Desolación de Marcel.

Sobresalto de Bouvard y Pécuchet. ¿Vienen a detener a Victor?

Los gendarmes exhiben una orden de detención.

Es debido a la conferencia. Se les acusa de haber atentado contra la religión, el orden social, incitado a la rebelión, etcétera.

Llegada inesperada del señor y de la señora Dumouchel, con sus equipajes; vienen a tomar baños de mar. Dumouchel no ha cambiado. La señora lleva lentes y escribe fábulas. Su estupor.

Llega el alcalde, sabedor de que los gendarmes están en casa de Bouvard y Pécuchet, animado por su presencia.

Gorgu, viendo que la autoridad y la opinión pública están en contra de ellos, ha querido aprovecharse de la circunstancia y acompaña a Foureau. Suponiendo a Bouvard el más rico de los dos, le acusa de haber pervertido en otro tiempo a Mélie. «¡Yo, jamás!». Y Pécuchet se pone a temblar. «E incluso de haberle contagiado una enfermedad.» Bouvard protesta. A menos que le pase una pensión para el hijo en camino, pues está encinta. Esta segunda acusación está basada en las excesivas libertades que se ha tomado Bouvard en el café.

El público invade poco a poco la casa.

Barberou, reclamado en el pueblo por un asunto de negocios, se ha enterado hace un rato en la posada de lo que ocurre y se presenta allí.

Cree que Bouvard es culpable, hace un aparte con él y le conmina a ceder, a pasar una pensión.

Llegan el médico, el conde, Reine, la señora Bordin, la señora Marescot bajo su sombrilla. Otros notables. Los golfillos del pueblo, pegados a la verja, lanzan piedras al jardín. (Está ahora bien cuidado, lo que despierta celos en la población.)

Foureau quiere llevarse a Bouvard y a Pécuchet a prisión.

Se interpone Barberou y, al igual que él, también lo hacen Marescot, el médico y

el conde con una compasión ofensiva.

Vaucorbeil (atraído por el ruido) habla en su favor: «Habría que encerrarles más bien en un manicomio».

Esto para explicar, al final del segundo volumen, su carta al prefecto, pues le han llegado a este rumores y él le pregunta «si hay que encerrarles^[167]».

Explicar la orden de detención: el subprefecto, a la recepción de la carta de Foureau, les ha expedido una orden de detención para meterles el miedo en el cuerpo, junto con una carta a Marescot y a Faverges, diciéndoles que les dejen tranquilos si dan muestras de arrepentimiento.

Todo se apacigua. Bouvard le pasará una pensión a Mélie.

Pero no se les puede seguir confiando el cuidado de los niños. Ellos se rebelan; pero no han adoptado legalmente a los huérfanos.

El alcalde vuelve a llevárselos.

Demuestran una insensibilidad indignante.

Bouvard y Pécuchet lloran por ello.

El señor y la señora Dumouchel se van.

* * *

Todo se ha echado a perder en sus manos.

No tienen ningún interés en la vida.

Una buena idea alimentada en secreto por ambos. Pero se la disimulan el uno al otro. De vez en cuando, sonrían cuando la idea les asalta; luego se la comunican simultáneamente: copiar^[168].

Fabricación de un escritorio de doble pupitre. (Se dirigen para ello a un carpintero. Gorgu, que ha oído hablar de su invención, les propone hacerlo. Recordar el arcón.)

Compra de útiles, sandáracas, raspadores, etcétera.

Se ponen manos a la obra.

SEGUNDO VOLUMEN
LA COPIA

ESTUPIDARIO

[169] *El grosellero*

«Tiene enormes cualidades, pero también enormes defectos. Es un verdadero pilluelo de París que se ha permitido hacer un gesto muy indecente.»

L'arboriculture fruitière, Gressant, 1869

¡Bonita frase!

«Era en Provenza donde *debía haber nacido* Jauffret, el apóstol y el mártir de los abonos.»

[ese «debía» me parece una barbaridad; analizar «debía»]

Cours d'agriculture de Gasparin, p. 604

El trabajo

Todo aquel que quiere moralizar por medio del trabajo comete un craso error. Doma a un pueblo como la carreta doma al corcel, destruyendo su energía y sus más nobles facultades.

Ibid., p. 524

Los abonos deben ser completados con el añadido de las materias que les faltan.

Estilo científico. Abono

El guano se ha convertido en la *piedra fundamental* sobre la que descansa todo el edificio social del Perú.

Nouveau manuel complet de la fabrication et de l'application des engrais, de E. y H. Landrin, Roret, 1864

La agricultura es un culto perpetuo que la especie humana rinde al Creador perfeccionando su obra.

Tableau de la vie rurale ou l'agriculture enseignée d'une manière dramatique, del difunto M. Desormeaux, hijo natural de M. Jérôme, París, 1629

El cuajo (de la leche) es un misterio durante el cual la leche se divide en tres partes y este misterio debe producirse por medio de unas manos puras, en un santuario consagrado, lejos de toda mirada profana.

Ibid. (66)

(A propósito de los jardines pintorescos inventados por Maurel, arquitecto de Lyon.) A los ojos de los reaccionarios, el jardín pintoresco, que es una vuelta a la Naturaleza, es la consecuencia de las ideas sociales y revolucionarias.

Ibid. (139)

Huevos, sexo del feto

Si el vacío que se forma en la parte superior del huevo es perpendicular a su gran diámetro, nacerá de él un pollito. Pero si forma un ángulo con el diámetro nacerá una pollita.

Ibid. (169)

El órgano vocal no es propio más que de los individuos cuyo sexo está separado. Los andróginos que se bastan a sí mismos no tienen nada que decirse entre ellos.

Manuel des engrais, Landrin, ed. Roret

Si yo fuera el párroco de mi pueblo demostraría que es preciso renunciar a pedirle a Dios a diario el pan nuestro de cada día cuando se deja la tierra descansar durante un año y, por consiguiente, los barbechos son una impiedad.

Ibid. p. 3, 36

ESPÍRITU DE LOS PERIÓDICOS

El liberalismo, como es sabido, es en general la religión de la gente que frecuenta las galeras. Nos contaban el otro día que uno de esos honestos ciudadanos liberados de presidio, tras la ordenanza del 5 de septiembre, confundió el bolsillo de su vecino con el suyo. Al preguntársele la razón de dicha inadvertencia, él contestó que, como todos los hombres son iguales, todo el mundo debía servirse del mismo pañuelo.

Le Drapeau blanc, 1815

Se asegura que la onomástica de cierto sujeto será a partir de ahora el 19 de noviembre, día del Buen Ladrón.

Le Charivari, 1833

Cuando se anuncia un invierno muy riguroso todo el mundo se apresura a aprovisionarse de madera. Sin duda es por este motivo por lo que el justo medio reúne a sus diputados.

IMBÉCILES – LITERATURA DE SIMPLONES

Hombre feliz que alcanzó la gloria en vida, el único momento en que puede disfrutarse de ella.

Alfred Michiels, *La Revue indépendante*,
10 de diciembre de 1847

Prusia es un largo pasillo estrecho que tiene su cabeza en el Niemen y los pies en el Meuse.

Diplomate européen, p. 206, Capefigue

Un hombre de bien se molestó ayer porque le llamaron prefecto.

Figaro, 1828

El bálsamo que el justo medio prometía derramar sobre la llaga de los obreros lioneses no era otro que el bálsamo del acero.

Figaro, 1829

Se van a celebrar unos bailes para los pobres; media Francia será invitada a ellos.

Le Bridoisson, 1832

Los edificios humanos conservan su solidez en tanto en cuanto permanecen sobre sus cimientos.

Frédéric Gaillardet

Juana de Arco no podía ver correr la sangre de un soldado francés sin sentir «erizarse sus cabellos en la cabeza». Nosotros experimentamos *la misma impresión en el fondo del alma*, resignándonos al mismo tiempo a los dolorosos sacrificios que exigirá la salvaguarda del honor.

L'Union, Poujoulat

El rey de Nápoles, aunque en las últimas, vivía aún ayer.

15 de mayo, *Le Constitutionnel* en G. de Flotte,
Bévues parisiennes

En cuanto un francés ha cruzado la frontera, entra en un territorio extranjero.

L. Havin, *Courrier du dimanche*, 15 de diciembre

Las abacerías son algo respetable, pues son una rama del comercio. El ejército es más respetable aún, porque es una institución cuya finalidad es el orden.

Las abacerías son útiles, el ejército es necesario.

Jules Noriac, *Les Nouvelles*, 26 de octubre de 1865

¿Qué más atractivo que el estudio de la Naturaleza en lo que se refiere a las ventajas y a los inconvenientes de sus productos alimenticios para el estómago?

Bon Brisse, *La Liberté*, 10 de agosto de 1866

Memorias de la Sociedad Académica de Saint-Quentin. De 1834 a 1836:

Una noche, en que Hortense le esperaba,
los ojos clavados en el reloj de pared,
y oyendo latir aceleradamente su corazón,
el joven Alfred se consumía de impaciencia.

Otra:

Revivir en un hijo, oh supremo placer,
¡un hijo! ¡Quién no tiene un hijo en este mundo!
¡El pájaro más chico, el perro, el tigre mismo
tienen todos familia y yo no la tengo!
Es culpa mía si en mi enlutado seno
no puede ser engendrado un hijo.

Otra:

Cerca de nuestras alquerías
se verán alzarse azucareras por doquier,
vasto laboratorio, donde el agricultor
produce todo para el comerciante, enriqueciéndose.

Una mujer de genio tiene sus entrañas en la cabeza.

Claude Bachi, *Revue de París*, 1 de julio de 1834

Doy gracias al cielo por ser de caballería, aunque ni qué decir tiene que siento un gran respeto por la infantería.

Paul de Molènes, *Hist. Milit. et sentim.*, p. 77

A madame X

¡Ah! ¡Cuánto amor siento por mi sable y por vos!

Ibid., p. 101

Faltaría a los sentimientos más naturales de mi corazón si no izara en este lugar el paño fúnebre de los respetuosos recuerdos.

Le Petit Journal, 4 de noviembre de 1865,
Timothée Trimm

FILOSOFÍA

La Naturaleza ha dividido el melón en rodajas para que pueda ser comido en familia; la calabaza, que es de mayor tamaño, puede comerse con los vecinos.

Bernardin de Saint-Pierre, *Études de la Nature*, XI

La génesis de la hulla tenía por finalidad calentar posteriormente al hombre.

Cuvier, *Thèse sur les révolutions du globe*, 1863 [revisar]

Los perros son normalmente de dos colores opuestos, el uno claro y el otro tirando a oscuro, a fin de que estén donde estén de la casa pueda vérselos sobre los muebles, con cuyo color se los confundiría.

Bernardin de Saint-Pierre, *Harmonies de la Nature*

El agua está hecha «para sostener esos prodigiosos edificios flotantes que llamamos navíos».

Fénelon

BELLEZAS

Bonitas palabras oídas en distintos lugares:

«No hay nada más hermoso que un joven que ha recibido una buena educación, que puede frecuentar los círculos sociales y charlar de todo».

En una taberna del Bd Couronne

Belleza de la vejez

Un anciano honesto que digiere apaciblemente a la puesta de sol. Un cuadro encantador.

Octave Feuillet, *Dalila*, p. 78

Belleza de Marat

Un miembro afirma haberle oído decir a Marat que para tener tranquilidad era preciso hacer rodar doscientas setenta mil cabezas. «Pues bien, sí —dijo Marat—, tal es mi opinión», y al levantarse la asamblea entera, añadió: «Es algo atroz que esta

gente hable de libertad de opinión y no quieran permitirme la mía».

Louis Blanc, *Révolution française*, t. II

Bellezas de las gentes de letras

Modestia de los autores

Las obras corrientes perduran unos años,
lo que escribe Malherbe dura eternamente.

Malherbe a Enrique IV

Poseedor de una conciencia impermeable a todo tipo de seducción, tuve la ambición de dejar un monumento a la Historia.

Chaussard, *Mémoire historique et politique
sur la Révolution de la Belgique et du pays
de Liège*, 1793

Ruega a Dios para que yo tenga un editor. ¡Es quizá la salvación de la patria!

Carta a Bergmann, 20 de febrero de 1840

Modestia de Ballanche

Poseo en mayor medida que Virgilio, incomparablemente más, el sentido de esas cosas que me atrevería a llamar divinas. Virgilio se vio influido por las equívocas e incrédulas filosofías de su tiempo y jamás ninguna de mis convicciones íntimas se vio perturbada.

Ballanche, *Orphée*

Bellezas de los hospitales

Los que se encuentran allí (en los hospitales) por afecciones de los órganos genitales son a la hora del reparto de alimentos menos bien tratados que los demás.

Belleza de los filósofos

Plotino murió por no haber querido que le pusieran una lavativa, pues «no creía que fuese beneficiosa, ni propio de la pureza de un viejo filósofo recurrir a semejante remedio».

Richerand, *Idées populaires*

Belleza de los sabios

Habiendo profetizado Cardan el día y la hora de su muerte y viendo que los astros le jugaban la mala pasada de dejarle vivir, se despachó por su propia mano en aras de

la astrología.

Salgues, *Exp. et préjugés*, t. I, p. 64

Bellezas del partido del orden

M. Mesnard, magistrado y traductor de Dante, se excusa en su prefacio por dedicarse a unos trabajos ligeros.

Belleza de la reacción

M. Degunzée, diputado, en junio de 1848, pide la deportación en masa de todos los periodistas.

Ocurrencias de la magistratura

M. Messon, fiscal, a un parricida: «¡Ya había amenazado usted a su padre, incluso había llevado a su casa a una mujer pública!».

Estilo de la magistratura

M. Hua, abogado, hablando de Lavalette: «¡Dichoso de él, si al escapar por la frontera, ha escapado a los remordimientos!».

«Madame de Lavalette ha salvado a su marido mediante uno de esos disfraces empleados por diversión, consagrado esta vez al infortunio.»

Juicio a tres ingleses, 1816, p. 87

Bellezas del pueblo

Los enfermos responden tan a tontas y a locas que, para el diagnóstico de muchas enfermedades, la exploración muda es preferible a los datos proporcionados interrogando a los enfermos.

Bouillaud, *Essai sur la philosophie médicale*, 1836, p. 40

Ciudadanos, desde hace veinticuatro horas la Revolución está hecha. El pueblo espera aún los resultados. Me manda a mí para deciros que no sufrirá más demoras. Quiere el derecho al trabajo, el derecho al trabajo ya.

Daniel Stern, *Histoire de la Révolution de 1848*

Bellezas de la religión

La Santa Virgen es igual a Jesucristo, no con una igualdad matemática, sino con una igualdad proporcional.

Cita mística de María de Ágreda, Lenglet-Dufresnoy, *Traité historique et dogmatique sur les apparitions*

Pío IX

Finura de oído de monseñor Mermillod

Se dice del augusto pontífice que gobierna la Iglesia que vive en el reino de lo sobrenatural. Los ruidos humanos, el ruido de la tierra, no le perturban. Hace algunos meses estaba yo en presencia suya, a sus pies. *Yo oía las pulsaciones de su corazón.* Él no tenía más que una preocupación, la de saber si se forman santos en el mundo.

Monseñor Mermillod, *De la vie surnaturelle dans les âmes*

Milagros

La industria tiene sus tipos de milagros. ¿Cómo no iba a tener los suyos la religión?

Auguste Nicolas, *L'Art de croire*, 1870, t. I, p. 329

Elogio de la Inquisición

La Inquisición, los tribunales y las hogueras, estad seguros, han causado menos víctimas inocentes que la política en nuestros días.

P. X. Mailloux, *Le magnétisme, le spiritisme et la possession*, p. 431

Esclavitud

Condenar la esclavitud es condenar al Espíritu Santo, que ordenó a los esclavos por boca de san Pablo permanecer en su estado.

Bossuet, *Avertissement aux Protestants*

¡Carnot nombra a todos los miembros del Gobierno provisional profesores en el Colegio de Francia!

Grandes damas

La condesa Edmond de Périgord, luego duquesa de Dino, sobrina de monsieur de Talleyrand, se paseó durante la velada a caballo detrás de un cosaco.

Vaulabelle, *Histoire de deux Restaurations*, p. 249

Los bosques

No se repuebla ya el monte bajo porque no hay grandes asociaciones, los gobiernos inestables faltan a sus compromisos, no es posible ninguna especulación a largo plazo.

Gasparin, *Cours d'agriculture*

El abono en masa pastosa es conocido con el nombre de *mantequilla negra*.

Ibid.

Las antipatías de las plantas de una misma especie son un prejuicio.

Ibid.

Estilo agrícola

Se nos considerará sin duda muy moderado al leer lo que escribe *con elegante pluma y el corazón de un hombre de bien* D. Robert en su guía sobre los abonos.

Nouveau manuel complet de la fabrication et de l'application des engrais, de E. y H. Landrin, 1864

Proyecto de policía de los espectáculos

Los espectadores no podrán ya entrar con la espada. Se prohíbe a todos los *pajes y lacayos entrar en el teatro so pena de muerte*.

Plazas asignadas según el rango social

D'Aubignac, *La pratique du théâtre*, 1657

Belleza del clero

No os pido, Señor, que apaguéis en un instante una llama tan violenta, pues sería imposible. Pero tratad, Señor, poco a poco de disminuirla...

Bossuet a Luis XIV a propósito de la Montespan

Exaltación de lo bajo

Los médicos de pueblo y de aldea *no son nunca los que observan deprisa y corriendo y a la ligera*. La Facultad de París no proporciona en absoluto de este estilo.

Raspail, *Histoire, Santé et Maladie*, Introducción, p. LXII, 1846

Exaltación de lo bajo

... El médico desconocido (el verdugo) cuya poción *no patentada* le había curado en una sola noche, mientras que todas las drogas de maese Ambroise Paré le mataban lentamente.

A. Dumas, *La reina Margot*, p. 201

El pueblo es mucho más sabio que los filósofos.

Chateaubriand, *El genio del Cristianismo*, t. III, p. 125

El prejuicio popular acabará por imponerse a la incredulidad científica y la observación de las buenas mujeres prevalecerá sobre las teorías de los sabios. Cuando se trata de observaciones ingenuas, la Ciencia, demasiado fatua por propia naturaleza, anda siempre a la zaga del buen sentido público.

Raspail, *Hist., Santé et Maladie*, t. III, p. 98

Una enfermera, por poco ilustrada que sea, es a menudo un gran médico.

Raspail, *ibid.*, p. 22

Prefiero que [Emilio] sea zapatero remendón que poeta, prefiero que empedre los caminos a que haga flores de porcelana.

J.-J. Rousseau, *Emilio*, L. III

Ten la seguridad, mi adorable Fanfan, cuando oigas decir que el *buen sentido* es preferible a la inteligencia y al genio, que el hombre que tal dice es un necio o un envidioso lleno de orgullo que insinúa modestamente que tiene en el fondo más inteligencia que los hombres más ilustres de todos los siglos.

Cartas orig. de Mirabeau a Sophie recogidas
por Manuel, 1792

Exaltación de lo mediocre

Todos los días reconocemos cada vez más que, en un país que renace a la dignidad cívica y a la libertad, el escritor que solo tiene talento nada tiene si no es al mismo tiempo un hombre de principios y de convicciones.

Hyppolyte Briollet tenía todo eso...

Léon Bienvenu, *Le Tintamarre*, octubre de 1875

Habría que observar el curso de las enfermedades abandonadas a sí mismas, pues los medicamentos las perturban.

Trousseau, *Clinique médicale*, I, p. 247

Bonita idea

Con su cordura habitual, la Naturaleza no ha puesto en el cuerpo humano tejido adiposo más que allí donde la grasa era útil y, al contrario, no lo ha hecho en aquellas partes en que habría sido perjudicial.

Adelon, *Physiologie de l'Homme*, III, p. 576

Anécdotas

Un oficial de Marina, M. G., paseó durante más de veinte años su estreñimiento por los mares lejanos, por distintos continentes y por las islas. No dejará de constituir una gran sorpresa el que, embarcado en un navío con destino a Goré, y que se encontraba entonces en la rada de la isla de Aix, el enfermo, tras haber tomado un purgante antes de hacerse a la vela, no evacuó más que cuando la embarcación hubo llegado a la rada de Senegal.

Dictionnaire des Sciences médicales, art. Estreñimiento

Bellezas de los soberanos

Durante sus últimos diez años, Luis XIII fue sangrado cuarenta y siete veces y tuvo doscientos quince médicos que le prescribieron doscientas cincuenta lavativas.

Hutland, *L'art de prolonger la vie humaine*

La duquesa de Angulema era tan buena que por la noche, en las Tullerías, sacaba a mear fuera a una perrita para que no despertase a nadie.

Conde Bassanville, *La Chronique de Paris*, 1840, p. 359

Extravagancias

Raynal concedió a la Academia de Lyon un premio de mil doscientos francos para el autor de la mejor memoria sobre la cuestión de si «el descubrimiento de América fue útil o perjudicial para el género humano».

Los hotentotes aprenden a hacer subir los testículos del escroto a la cavidad abdominal por medio del anillo inguinal, a fin de poder orinar rápidamente sin rozarlos, y conservan esta costumbre hasta la edad viril. Varios europeos poseen la misma facultad. Pero se ignora para qué puede servir.

Amorós, *Gymnastique et morale*, t. I, p. 227

CLÁSICOS CORREGIDOS

Hay pasajes tan oscuros en los que ni yo mismo sé muy bien lo que me digo. No he renunciado a nada para revestir a ese viejo cómico a la moda; expongo a la pata la llana sus pensamientos.

Gueuleville, traducción de Plauto (Prefacio)

Me había propuesto ofrecer una edición modificada, tal como supongo que Virgilio habría podido componer su poema si una vida más larga le hubiera permitido hacer una útil revisión de su obra.

Auteroche, traducción de la *Eneida*

Estética

En resumen, lo bello musical, lo bello llamado ideal de la música, se reduce a una impresión fuerte y agradable, producida por unos sonidos musicales.

Lestourneau, *Physiologie des passions*

Las catedrales góticas «nos hacen pensar» en el terrible Dios del catolicismo

inexorable con los impíos.

La paz será universal. Los volcanes estarán totalmente apagados.

Eugène Huzaz, *La fin du monde par la science*, 1855

Frase de conservador: «¡El que no hace nada no se equivoca!».

PERÍFRASIS

De cómo hacer quesos

Con leche de Io, de Amaltea,
esesar el líquido espumoso

Lebrun

Cerezas

Esos rubíes esmaltados que la Naturaleza redondea

S. Lambert

Arco iris

El brillante meteoro del chal de Iris

Id.

Un molinero

El útil esclavo de Ceres

Lebrun

Matar un conejo

Ya derramada por el tubo vengador
humea la sangre del animal roedor

Cubièrre

Los navíos

Esos atrevidos edificios
que en las riberas más lejanas
se abren líquidos caminos

Dorat

Las manzanas

Los globos suspendidos de las ramas del manzano

Roucher

La higuera

El árbol cuyo adorno de los primeros
humanos fue el primer vestido

Roucher

La honda

Ese arte vulgar pero pérfido
de lanzar un guijarro que, tres veces balanceado,
se escapa, silba y vuela hacia su blanco

L. de Lancival

El cerdo

El voraz animal que el roble ve pacer

Un corsé

La cárcel donde nuestra extravagancia
de un talle naciente aprisiona la elegancia

Roucher

La prosa

La modesta rival de la lengua de los dioses

F. de Neufchateau

El seno

Ese doble y móvil hemisferio
en el que la fresa bermeja se une a la encantadora flor de lis.

Croisetière

Botas de jinete

Esos caballeros hunden sus piernas en un cuero renegrido del que se ha despojado
al búfalo salvaje.

Chateaubriand, *Los nátchez*, libro I

Anteojos

Unos ojos gastados por las vigilias y ayudados por el cristal.

Lamartine

La Doncella de Voltaire

«El poema que no es necesario mencionar».

Sífilis

Extraviado por una imaginación ardiente y unos sentidos imperiosos, expandí mi incienso y prodigué los tesoros de la edad sobre los altares de una criminal voluptuosidad.

Alphonse Rabbe, *Album d'un pessimiste*, 1836, p. 139

Péndulo

Una de esas máquinas destinadas a constatar la muerte de las horas.

De Molènes, *La bonne fortune de Ben Affroun*, p. 246

Píldoras

yo mismo he redondeado procediendo con mesura
en ligeros glóbulos la esencia más pura

La Découverte de la Vaccine, tragedia de Casimir Delavigne

Sangría

armada de un dardo prudente, para calmar el mal
de su vena hinchada, he abierto el negro canal

Ibid.

Vejigatorio

en su brazo enflaquecido la mosca de Citerea
extendió todos los fuegos de su polvo acre

Ibid.

Pústulas en el trasero

esa parte del cuerpo que constituye su base de apoyo
en fétidos jirones se desprende debajo de él

Ibid.

Vacuna

Por ese hierro delicado con el que arma sus dedos
el brazo del niño es rozado tres veces;
con los útiles venenos de una teta impura
infecta con maña esta triple picadura

Casimir Delavigne, *La Découverte de la Vaccine*

Provocarse un vómito

En los entreactos [de las comidas], un grosero recurso familiar a las costumbres romanas sirve de intermedio, y prepara el acto siguiente.

Champigny, *Rome et la Judée*, t. I, p. 226

Morcilla, por decirlo así

Su sangre [del cerdo], que la grasa espesa, dibuja largos anillos que, divididos en numerosos fragmentos, servirán también para mantener las relaciones de una buena vecindad.

Marchangy, *Tristan le voyageur ou la France au XVI siècle*, 1825, t. III, p. 161

GRANDES HOMBRES

Homero

¡Con los ciegos, Homero!

Jules Vallès

Homero cayó a menudo [en la *Odisea*] por debajo de la dignidad.

Blair, *Leçons de rhétorique*, trad. de Quenot, 1821

Homero es incapaz de comprender su misión de artista porque toda concepción amplia debe estar presidida por un pensamiento de una regular y universal organización acorde con el destino social.

Auguste Signier, *Christ et Peuple*, 1835

Platón

ha sido sentenciado, no gusta a las damas.

Perrault, en *Historire de la querelle des Anciens et des Modernes*, Rigault

Sócrates y Platón

Tal vez si viéramos entre nosotros a Sócrates y a Platón no nos parecerían mejores que los filósofos modernos.

P. Félix, *Progrès par le christianime*, 1851, p. 60

Sócrates

Se envolvió [con la verdad] como con un manto de teatro. Posó ante sus contemporáneos y ante la posteridad. Murió de una muerte estudiada, vuelto de espaldas a lo que deja, de cara a donde va.

Auguste Nicolas, *L'art de croire*, t. II, p. 412

Sócrates ha hecho al pensamiento humano un daño incalculable.

André Lefèvre, *La philosophie*, p. 101, 1879

Séneca

cuya vida escandalizó incluso al siglo de Claudio y de Nerón...

Auguste Nicolas, *L'art de croire*, t. II, p. 433

Tácito

No posee ni la sencillez ni la claridad que exige la Historia. Razona demasiado sobre los hechos. Intuye, más que descubre, las intenciones de los príncipes. No cuenta las cosas tal como fueron, sino como se imagina que pudieron ser; por último, sus reflexiones son a menudo demasiado sutiles y poco verosímiles.

Bouhours, *La manière de bien penser*, 1687

Es un autor que hay que admirar, pero que es peligroso imitar.

Blair, *Leçons de rhétorique*, 1821

Esquilo

Cuando Esquilo acierta, no se entera.

Sófocles

Esquilo es una especie de loco.

Fontenelle, *Remarques*

Plutarco

Las vidas de los romanos de «ese retórico, sacerdote del espíritu e hipócrita, que llamamos el buen Plutarco».

Stendhal, *Promenades dans Rome*, t. I, p. 248

Cicerón

¡Si volviera entre nosotros, qué extrañado se quedaría! No recibiría de boca de los simples grandes lecciones.

Étude de théologie, de philosophie et d'histoire, de los padres Ch. y Jean Gagarini de la Compañía de Jesús

Virgilio

Más prudente que Homero, más elocuente de forma continuada y verdadera, es

entre los antiguos, por la amplificación, lo que Racine es entre nosotros.

Marmontel, *Éléments de littérature*

Galileo

Si hubiera escrito solo en latín, en vez de exaltar las mentes en lengua vulgar, no le habría pasado nada.

T. II, p. 280

Se ha vuelto completamente inútil hablar de Galileo, cuyos errores no son ya ignorados más que por la ignorancia.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Bacon

En el siglo XIII se era mil veces más avanzado que él en las ciencias.

De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*

Lo primero que le viene a la mente es la imagen y se contenta con ello.

De Maistre, id., t. I, p. 5, 1836

Bacon carece por completo de espíritu analítico, pues no solo no sabía resolver las cuestiones, sino que ni siquiera sabía plantearlas.

Ibid., p. 37

Su estilo es, por así decir, material. No hay en todas sus obras una línea, una palabra que se dirija al espíritu.

Ibid., p. 57

Bacon, hombre ajeno a todas las ciencias y cuyas ideas fundamentales eran todas falsas.

Ibid., p. 82

Tenía el espíritu eminentemente falso y de un tipo de falsedad que solo era propio de él. Su incapacidad era absoluta, esencial, radical en todas las ramas de las ciencias naturales.

Ibid., p. 285

Rabelais

Ese basurero de la Humanidad.

Lamartine

Dante

Todo Dante es un batiburrillo.

Chandon

Miguel Ángel

Miguel Ángel me sobrepasa.

Joseph de Maistre

Cervantes

Ninguna de las ocho comedias de Cervantes puede soportarse.

La Harpe

Si Cervantes escribiera hoy su novela, tal vez no se hablaría de él y sin duda se hablaría de él mucho menos.

De Maistre, *De l'Église gallicane dans son rapport avec le Saint-Siège*, cap. VII

Rafael

Imposible recordar sin sentir vergüenza de dónde tomaba las modelos vivas de sus más bellas vírgenes.

Abate Bautain

Shakespeare

Era un joven salvaje al que el gusto, el arte y la instrucción no guiaban lo bastante.

Blair, *Leçons de rhétorique*, trad. de Quenot, 1821

Su mezcla de escenas burlescas y de escenas atroces no satisfará nunca a un gusto ilustrado.

J. Drooz, *Le Beau dans les Arts*, p. 38, 1826

Es un genio irregular, en el que la fuerza creativa no se ve igualada por el orden. ¡Estará eternamente entre aquellos a los que se admira, pero nunca entre aquellos a los que se debe imitar! ¡Si uno tuviera su fecundidad, su poesía y su fuerza natural!

Charles Levesque, *La Science du Beau*

Tampoco puedo aconsejar Shakespeare a todo el mundo...

Dupanloup

Transgredió a menudo las leyes eternas de ese sentido común superior que me gustaría llamar la cordura del arte y que tiene por característica la sencillez.

Ernest Hello, *Du style, histoire et théorie*, p. 177

Boccaccio

Boccaccio alzó de nuevo el estandarte del paganismo.

Abate Gaume, *Le ver rongeur*, p. 184

Maquiavelo

El Príncipe... llamado con toda justicia el código de la hipocresía, del fraude y de la impiedad.

Ibid., p. 136

Bossuet

Bossuet, «ese vasto y sólido genio *de un saber inmenso* y de una rectitud de sentido admirable, circunspecto y previsor, inflexible y *bondadoso*».

Nourisson, *Tableau des progrès de la pensée humaine*,
p. 395

Cornelio Agripa

Triste y memorable ejemplo de los peligros a los que expone y de las vicisitudes a las que conduce una exaltación sin límites.

Gérando, *Historie comparée des systèmes de philosophie*, p. 195

Boileau

Nadie puede leer a Boileau más que como documento histórico.

Taine, *Les philosophes français au XIX siècle*, p. 104

Los versos de Boileau son «duros, secos, entrecortados, llenos de transposiciones, de malas cesuras y de encabalgamientos».

Perrault (1694) en *Histoire de la querelle des Anciens et des Modernes*, H. Rigault, 1856

Con tal de sacrificar con bellos versos el pudor de las mujeres a su humor satírico y hacer bellas pinturas de acción a menudo feísimas, está contento.

Bossuet (Tratado de la Concupiscencia),
en *Histoire de la querelle*...

La Fontaine

No hablamos de sus cuentos, en primer lugar porque condenamos el género y en segundo lugar porque La Fontaine malgasta y despliega en ellos unas cualidades más italianas que francesas.

V. Cousin, *Du vrai, du beau et du bien*, p. 213

El hombre que no admira no es nunca admirable. No admiramos, pues, a La Fontaine. ¡Hay quien se ha atrevido a hablar del genio de La Fontaine!

Ernest Hello, *Le style, théorie et histoire*, p. 65

Bossuet, Fléchier, Massillon, cuya elevada elocuencia no hemos tenido nunca la fortuna de comprender, y que siempre serán para nosotros unos hombres mediocres en lo que se refiere al buen sentido.

Michel Raymond, *Les intimes*, p. 117

Locke

Locke, el Platón de Inglaterra, tan superior al Platón de los griegos.

Voltaire, *Diccionario filosófico*, art. «Iglesia»

Lamarck

Son conocidas las ideas de monsieur de Lamarck, y esas ideas asombran en un hombre de tan gran saber.

Flourens, *Histoire des travaux de G. Cuvier*, 1858, p. 233

A propósito de Lamartine

Cuando se desconoce lo que supone la fuerza del nacionalismo, no se es merecedor al sentimiento de la lengua.

Le National, 1844 – En *Les gloires du Romantisme*, 1859

Buffon

Buffon es demasiado majestuoso y describe las costumbres de los animales sin dar muestras de la menor sensibilidad.

Les gloires du Romantisme, 1859

Corneille

Habría que haberle llamado el monstruoso, el gigantesco, y no el grande, pues no hay grandeza allí donde no hay verdad.

La lectura de Corneille no deja de entrañar un peligro para el gusto.

D. Nisard, *Histoire de la littérature française*, p. 222

No entraré en detalles respecto a todas sus obras teatrales, en las que preferiría ver antes al cristiano que al gran poeta.

Gouger, *Bibliothèque française*

¿Qué decir de ese poema [*El Cid*] en el que tanto se justifica el vicio, en el que se hace su apología, en el que se le engalana con los adornos de la virtud y, por último, en el que se pisotea el sentimiento de la naturaleza y los preceptos de la moral?

Scudéry, *Observations sur Le Cid*

El poeta no guarda la decencia de las costumbres de una muchacha presentada como virtuosa cuando ella se decide a casarse con el que ha dado muerte a su padre.

Academia (sobre *El Cid*)

Hay verdades monstruosas que es preciso omitir por el bien de la sociedad, o que, si no es posible mantener ocultas, hay que contentarse con considerarlas como cosas extrañas.

Ibid.

Sus costumbres [Jimena] son cuanto menos escandalosas, si es que, en efecto, no son depravadas. Estos perniciosos ejemplos vuelven la obra considerablemente defectuosa, y se apartan de la finalidad de la poesía que se propone ser útil.

Ibid.

En cuanto al teatro, no hay nadie a quien no resulte evidente que está mal planteado en este drama poético, y que una misma escena representa varios lugares.

Ibid.

Defectos, Corneille los tiene; nadie puede negarlo, e incluso sus defectos son tan grandes como sus cualidades.

Charles Levesque, *La Science du Beau*

¡Que se me cite una obra del gran Corneille, que yo me encargaré de rehacer mejor que él! ¿Quién apuesta algo? ¡No haría nada más que aquello de lo que es capaz todo hombre, con tal de que crea tan firmemente en Ariosto como en mí!

La Bruyère

A pesar de la reputación de que goza este escritor, hay mucho de descuidado en su estilo.

Condillac, *Traité de l'art d'écrire*

Descartes

Sañador famoso por los vuelos de su imaginación y cuyo nombre está hecho para el país de las quimeras.

Marat, *À propos du Panthéon*

Lulli

Sus melodías tan repetidas en la buena sociedad no sirven más que para despertar las pasiones más desordenadas.

Bossuet, *Maximes sur la Comédie*

Molière

¿Acaso encontramos un alma en Molière? ¡Jamás! ¿Es dramático? No. Es un hombre de talento, no tratemos hacer de él un hombre de genio.

Es una nulidad en los desenlaces, porque nunca adoptó el papel de Dios. Su obra es todo lo contrario de una obra de arte. El arte libera. Molière esclaviza.

Ernest Hello, *Le style, théorie et histoire*

Destouches, en *El filósofo casado*, en *El fanfarrón*, en *El malgastador*, había dado unos modelos de un cómico más delicado, más noble que aquel al que Molière había acostumbrado al público, incluso en sus obras más serias.

Lessing, *Dramaturgie de Hambourg*, p. 49

Es una lástima que Molière no sepa escribir.

Fénelon

¡Véase cómo, para multiplicar sus gracias, este hombre altera el entero orden de la sociedad! De qué forma escandalosa infringe todas las relaciones sagradas en las que ella se fundamenta, cómo trueca en burla los respetables derechos de los padres sobre sus hijos, de los maridos sobre sus mujeres, de los amos sobre sus servidores.

J.-J. Rousseau, *Lettre à d'Alambert sur les spectacles*

Si hubiera tenido la moralidad de Destouches, no por ello valdría mil veces más.

De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*

Será necesario, pues, que suframos como honestas las impiedades y las infamias de que están llenas las comedias de Molière. Llena actualmente todos los teatros de los equívocos más groseros con los que se ha contaminado los oídos de los cristianos.

Bossuet, *Maximes et réflexions sur la Comédie*

Un obispo, al hacer justicia al genio de Molière, no puede mencionarle aquí sino con la mayor de las reservas.

Dupanloup, *Haute éducation intellectuelle*

Molière es un infame histrión.

Bossuet

Lord Byron

El genio byroniano me parece, en el fondo, un poco necio.

L. Veuillot, *Libres penseurs*, p. 11

En mi opinión, Byron, muy justamente rechazado por su familia y por su patria, es decir, mandado a presidio por ser un marido infiel y un ciudadano escandaloso, de haber sido un hombre juicioso y verdaderamente grande de espíritu y de corazón, se habría limitado a hacer penitencia, a fin de reconquistar el derecho a educar a su hija y a servir a su país.

L. Veuillot, *ibid.*, p. 11

Es muy cierto que se manda a diario a la cárcel a rufianes que han hecho menos méritos para ello que el autor de *Don Juan*.

Ibid., p. 12

Es tal como lo pintó el arte ortodoxo de la Edad Media: un monstruo repulsivo y cínico, chivo, mono, serpiente y puerco.

Ibid., p. 14

Madame de Staël

Madame de Staël es un dragón: tengo mil dudas sobre su sexo... Que no me citen a Madame de Staël entre las mujeres atrevidas: yo la clasifico entre los hombres impúdicos.

Ibid., p. 127

No conozco una cabeza tan completamente pervertida.

De Maistre, *Lettres et opuscules inédits*, 1851

Voltaire

Voltaire es una nulidad como filósofo, sin autoridad como crítico e historiador, desfasado como erudito, con grandes carencias en su vida privada y desconsiderado por el orgullo, la maldad y las bajezas de su alma y de su carácter.

Dupanloup, *Haute éducation intellectuelle*

Voltaire, que habló de todo durante un siglo, sin haber penetrado jamás más allá de la superficie de nada.

De Maistre, *Essai sur le principe générateur*

Tal es Voltaire, el más despreciable de los escritores, cuando se le considera desde el exclusivo punto de vista de la moral.

De Maistre, *Du Pape*

¡Voltaire no había leído a Bacon!

De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*

A excepción del tendero, el viajante de comercio y el oficial de sanidad, cuyos derechos son indiscutibles, ¿quién puede admirar aún a Voltaire?

Roselly de Luignes, *Le Christ devant le siècle*, p. 87

Voltaire, a quien su mala conciencia llevaba a desear que no hubiera un Dios y que el hombre no tuviera alma.

Dausse, *Discussion religieuse dans les voitures publiques*

Se comete un error proclamando a Voltaire un gran hombre. No era más que un gran egoísta que se vio maravillosamente favorecido por las circunstancias.

Les gloires du Romantisme, 1869

Voltaire fue un hombre de la burguesía y nada más que de la burguesía; no amó lo bastante al pueblo.

L. Blanc, *Histoire de la Révolution française* (prefacio)

[Voltaire] despojando de todo su color a la poesía sublime del cristianismo para escribir sin fe una prosa pagana.

Si nos tomáramos la molestia de medirle a escala del siglo XVIII que es el pie adecuado, [Voltaire] nos parecería de una estatura bastante mediocre.

P. J. Proudhon, *Du principe de l'Art*

Voltaire, hábil plagiario que poseyó el arte de tener el ingenio de todos sus predecesores y que no mostró originalidad más que en la finura de sus adulaciones serviles, escritor escandaloso que pervirtió a la juventud mediante las lecciones de una falsa filosofía y cuyo corazón fue el trono de la envidia, de la avaricia, de la malignidad, de la venganza, de la perfidia y de todas las pasiones que degradan la naturaleza humana.

Marat, a propósito del Panteón

... En suma, todos los juicios de Voltaire cojean bien por el saber, bien por la probidad. No goza más que de la total admiración de los necios y de la total estima de los bribones. Voltaire no solo se dedicó al oficio más vil, sino también al más ridículo del mundo. Su prosa es, por otra parte, hermosa.

Louis Veillot, *Ça et là*

Voltaire murió como un cobarde, llorando y temblando.

Paul de Cassagnac, *Le Pays*, 18 de febrero de 1867

Entonces reinaba Voltaire, ese simio genial,
entre los hombres, enviado en misión por el diablo.

Victor Hugo, *Les rayons et les ombres*

La *Historia Universal* del señor de Voltaire no es más que una bufonada digna de los lectores que le admiran por dar crédito a nuestros filósofos.

Mably, *De la manière d'écrire l'Histoire*

Por su vago deísmo «será un día el último refugio del espíritu cristiano».

André Lefèvre, *La philosophie*

Kant

Cuando sus trujamanes se presentaron para explicar estas bonitas cosas a los franceses, estos se echaron a reír.

De Maistre, *Ex. de la ph. de Bacon*, p. 13

Goethe

Con más reserva aún menciono al célebre poeta alemán Goethe y también a Schiller.

Dupanloup, *Haute éducation intellectuelle*

La posteridad, a cuyo juicio Goethe ha sometido su obra, hará lo que tenga que hacer. Escribirá en sus tablillas de bronce:

«Goethe, nacido en Frankfurt en 1749, muerto en Weimar en 1832, gran escritor, gran poeta, gran artista».

Y, cuando los fanáticos de la forma por la forma, del arte, del amor a pesar de todo y del materialismo, vayan a pedirle que añada: «Gran hombre», ella responderá: «¡No!».

A. Dumas hijo, 2 de julio de 1873
[vid. Barbey d'Aurevilly]

George Sand

La pluma de Madame de Staël era la de una mujer galante. La de George Sand la de una mujer sin pudor.

Les gloires du Romantisme, 1859

Las novelas de la señora Sand abundan en enredos y cuadros dignos del célebre Marqués de Sade..., ella sigue su idea que la conduce a la impudicia más desenfrenada.

P. J. Proudhon, en *Les gloires du Romantisme*

Lo difícil con George Sand es que es imposible tomarse de ningún modo en serio a este autor. Como mujer, inspira desagrado, como hombre dan ganas de echarse a reír.

Les gloires du Romantisme

Napoleón

Napoleón era enemigo por instinto de la civilización.

Lamennais, *De la religion de ses rapports avec l'ordre politique*

Napoleón, el moderno Atila, menos civilizado que el primero.

De Maistre, *Du Pape*, L. 3, cap. 1.º

Napoleón es el hombre más grande de los tiempos modernos.

El Pequeño Cabo no era un gigante.

Bonaparte

Bonaparte, en el 16 de brumario, quería el orden dentro de la anarquía.

St. Simoniens, *Lettre d'Arlès-Dufour au duc d'Orléans*

DENUESTOS A LOS GRANDES HOMBRES

En efecto, Bonaparte fue un gran vencedor de batallas; pero, fuera de eso, el más modesto general es más hábil que él.

Chateaubriand, *De Buonaparte y de los Borbones*

Se ha creído que había llevado a su perfección el arte de la guerra, cuando lo cierto es que lo ha hecho retroceder hasta sus primeros pasos.

Ibid.

Locke

Hacedme caso, no os fiéis de Locke, que nunca comprendió nada a fondo.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Balzac

Decididamente, mi pobre Balzac, su musa es realmente hija de la memoria. No inventa usted más que lo que recuerda.

A. Karr, *Guêpes*, 1843

La *Comedia Humana* es un *Gil Blas* a gran escala. Esto por lo que se refiere a la moralidad de esta obra.

Les gloires du Romantisme, 1859, t. II, p. 101

Proudhon

Personificación absoluta del error contemporáneo.

A. Nicolas, *L'art de croire*, I, p, 96

Hegel

Fue terrible en el error.

Los padres Ch. Daniel y Jean Gagarini de la Compañía de Jesús, *Études de théol., de phil. et d'hist.*, p. 76

Victor Hugo

Audaz violador de nuestras poéticas y de nuestra lengua.

T. II, p. 27

¡Que el señor Victor Hugo tenga cuidado! Pues esta pendiente es resbaladiza. Es la de la decadencia misma del espíritu.

Cuvillier-Fleury, *Portraits politiques et révolutionnaires*, 1852

Un desconocido que se diera a conocer con una obra como *Angelo* no conseguiría llegar a la sexta representación.

Los *Cantos del crepúsculo* han acabado por desesperar a los amigos del señor Victor Hugo.

... ese joven decepcionado.

D. Nisard, *Mélanges*

A propósito de *María Tudor* «hay que lamentar los pueblos que tienen necesidad de semejantes espectáculos».

Gustave Planche, *Revue des Deux Mondes*, 1833

Paseó su pincel por todos los grandes nombres, por todas las grandes acciones, por todos los monumentos profanos y sagrados, y degradó, manchó todo cuanto pudo tocar en sus dramas y en sus novelas.

Padre Marin de Boylesve, *Appel à l'esprit du siècle*, p. 25

El señor Hugo pertenece verdaderamente a esa familia de espíritus que se nutren de la cocina del siglo.

Veillot, *Odeurs de Paris*

Victor Hugo ha confundido el género grosero con lo natural.

Les gloires du Romantisme, 1859

¿Quién habría podido creer que el ministro de Bellas Artes alentaría semejante literatura por medio de primas, de recompensas y que Francia pagaría la vergüenza que cae sobre ella ante los ojos de Europa?

Le Constitutionnel a propósito de *Burgraves*,
en *Les gloires du Romantisme*, p. 214

Es un 93 teatral que sigue al Terror y al 93 político.

Sobre el teatro de Hugo en *Les gloires du Romantisme*, p. 214

Por fin se bajaron las barreras del buen sentido y del buen gusto para permitir el ingreso del señor Victor Hugo en la Académie Française.

Les gloires du Romantisme

F. Sarcey

Monsieur Francisque Sarcey es un Diderot con los sentidos apaciguados.

Yves Guyot, *La Réforme*, 15 de enero de 1879

Balmes

¡Rivalizó con La Bruyère! Pero, desdeñoso de las frivolidades del ingenio, descuidó todo detalle que no interesaba a su curiosidad.

Blanche-Raffin, *Préface de l'art d'arriver au vrai de Balmès*, p. 9

Paracelso

Paracelso, ese teósofo cuyas absurdas ideas no delatan sino extravagancia.

A. Maury, *Le sommeil et les rêves*, p. 259

Jakob Böhme

Jakob Böhme es la mayor lumbrera que haya aparecido en la Tierra desde que existe la luz.

Saint-Martin.

Matter, *Saint-Martin, sa vie et ses écrits*

Spinoza

Tenebroso sofista del siglo XVII, judío, calvinista (!) y ateo, según la ocasión.

Maunoury (*Soirées d'automne ou la religion prouvée aux gens du monde*)

Shakespeare

El mismo Shakespeare, por más tosco que fuese, no dejaba de ser persona leída y con conocimientos.

La Harpe, *Introduction au cours de Littérature*

¡Ese necio de Shakespeare!

ESTÉTICA

¿Acaso nuestras exposiciones de pintura han producido alguna vez en las masas un efecto comparable al del día del Corpus?

Mal gusto de san Francisco de Sales

Teótimo, entre las tribulaciones y los remordimientos de un vivo arrepentimiento, Dios pone muy a menudo en el fondo de nuestro corazón el *fuego* sagrado de su amor; luego este amor se convierte en el *agua* de unas lágrimas copiosas, que se convierten a su vez, por una segunda mutación, en un más grande *fuego* de amor.

Sainte-Beuve, *Port-Royal*, t. I, p. 240

El gusto de Madame de Sévigné

Madame de Sévigné a propósito de la Biblia de Royaumont: «El estilo es muy hermoso en ella».

Carta de Livry, 28 de agosto de 1676,
Port-Royal, t. II, p. 243

Odio a la originalidad

Lo que es singular me da un poco de pena.

Du Guet de Port-Royal, *Sainte-Beuve*, t. VI, p. 53

Moral de los trapenses

El demonio del orgullo se alegra cuando ve multiplicarse las virtudes.

P. Rancé

Buen gusto clerical

[Algunos hombres de letras] censurarán algún verso duro en *Poliecto*; no condenarán *La Doncella*, irreprochable desde el punto de vista artístico.

L. Veuillot, *Libres penseurs*, p. 66

Juicio de la crítica

No sé si cuesta mucho trabajo dar con semejantes invenciones [*Rodogune*], pues nunca lo he intentado, ¡y es poco probable que lo haga jamás! Pero lo que sí sé es que no son fáciles de digerir.

Lessing, *Dramaturgie de Hambourg*

Si se admite la Cleopatra de *Rodogune* y *el Mentiroso* se acabó con toda la

utilidad moral de la tragedia.

Lessing, *ibid.*, p. 386

Estética

Los bárbaros se acercan, la invasión os amenaza. No creáis a los que prefieren una frase sublime de Shakespeare a los versos de *Fedra* y de *Méropé*. Shakespeare es el poeta del pueblo. *Fedra* y *Méropé* son la delicia de los hombres instruidos.

Desconfiad de esos legisladores entusiastas. ¡Contraponedles siempre los antiguos y Racine!...

Y si queréis tener sin cesar ante vuestros ojos los ejemplos de lo bello y de lo verdadero, releed sin cesar a Racine.

La Harpe, *Éloge de Racine* (autor dramático)

Moral

El propósito de un poeta, toda la finalidad de su trabajo no es otra que el que seamos como su héroe, cautivados por las buenas personas, que se les sacrifique todo, incluso hasta la gloria cuyo amor es más peligroso que el de la propia belleza.

Bossuet, *Maximes et réflexions sur la Comédie*

Estética

Daría todo ese fárrago amorfo llamado las doctrinas de la Convención por una escena de *Atalía*. Con gusto cambiaría todo *El contrato social* por una fábula de La Fontaine.

Jules Janin, *Littér. dramatique*

Prosa francesa

Los escritores de Port-Royal comenzaron a escribir en una época en la que la prosa no había desplegado aún sus verdaderas fuerzas.

De Maistre, *De l'Église gallic. dans son rapport avec le Saint-Siège*

Estética

La enseñanza de Port-Royal es la verdadera época de la decadencia de las buenas letras. Desde entonces el estudio de las lenguas cultas no hace sino decaer en Francia.

Ibid., cap. VII

Estética pura

El poeta debe adaptarse a la naturaleza de sus caracteres y no a la moral.

La poesía aspira a algo enorme, bárbaro y salvaje. Un gran gusto supone un gran discernimiento, una larga experiencia, un alma honesta y sensible, un espíritu

elevado, un temperamento un poco melancólico y unos órganos delicados.

Diderot, *De la poésie dramatique*, 1758

Utilidad de los espectáculos

Los espectáculos resultan útiles para ocupar el tiempo libre de los que pueden obrar mal.

D'Aubignac, *La pratique du théâtre*, 1657

Armonía

La armonía que solo sirve para halagar el oído no es sino una diversión propia de personas débiles y ociosas; es indigna de una república perfectamente civilizada. No es buena más que cuando los sonidos concuerdan en ella con el sentido de las palabras y cuando las palabras inspiran sentimientos virtuosos.

Fénelon, *Mémoire sur les occupations de l'Académie française*
[Voltaire, opinión contraria]

Ideal del poeta

Pido un poeta amable, a la medida del común de los mortales, que lo haga todo para ellos y nada para sí.

Fénelon, *ibid.*

El arte por el arte

No he querido ni imitar a unos ni copiar a los otros; mi propósito no ha sido tampoco alcanzar las ociosas miras del *arte por el arte*. ¡No! Lo que he querido simplemente ha sido beber con un pleno conocimiento de la tradición el sentimiento razonado e independiente de mi propia individualidad.

Saber para poder, tal ha sido mi pensamiento. Ser capaz al mismo tiempo de traducir las costumbres, las ideas, el aspecto de mi época, según mi punto de vista, ser no solo un pintor, sino *también un hombre*; en una palabra, hacer un arte vivo, tal es mi meta.

G. Courbet (encabezamiento del catálogo de su exposición)
[Vid. Pascal, mismo pensamiento]

Método estético

No es necesario conocer las intenciones de un creador para juzgar una obra de arte, basta con el sentimiento.

Hippolite Castille, *Les hommes et les mœurs en France sous Louis Philippe*, p. 54

La descripción

La descripción es el balbuceo del arte en su cuna y la chochez del arte que declina hacia la tumba.

D. Nisard, *Mélanges*

Todo el talento de un autor consiste en definir y en pintar bien.

La Bruyère

Estética

Respecto a los *viajes* que realizó Victor Hugo en su infancia, «dudamos de que el tipo de precocidad que puedan proporcionar a un niño los desplazamientos y los viajes favorezca el desarrollo de unas sólidas aptitudes. Nuestros maestros de los dos últimos siglos tuvieron unos comienzos más modestos y quizá más provechosos».

(61) [?]

Me atrevería incluso a aventurar que con el respeto del domingo se ha apagado en el alma de nuestros rimadores la última chispa del fuego poético. La gente lo ha dicho: «¡Sin religión, no hay poesía!».

Proudhon

Estética

Sin religión es posible tener talento, pero es difícil tener genio.

Chateaubriand

No existe genio más que en un alma republicana.

Daunou

Definición de poeta

Unas veces [Cristo] afirmaba que había venido a confirmar la ley de Moisés, otras a suplantarla, pero, a decir verdad, para un gran poeta como él ello era un detalle insignificante.

Renan, *Saint Paul*, p. 58

Napoleón, el poeta más grande de los tiempos modernos.

Béranger (prefacio)
[colocar antes de la teoría de Michelet
sobre la alegría del inventor]

Poeta

Para las artes se requiere gente un poco melancólica y desdichada.

Stendhal, *Paseos por Roma*, t. II, p. 440

Para ser poeta

¿Cómo podía ser poeta? ¡Si nunca vio unas montañas!

[Frase de Addison que hay que relacionar con Proudhon, que critica los viajes.]

Definición de poeta que hay que añadir a todas las demás

Que un hombre emocionado por la belleza del deber se esfuerce en trasladar su impresión a sus acciones, que sea según las circunstancias valiente, desinteresado, justo, humano o religioso, y que lo sea de un modo excelente, quiere decir que es poeta no por el genio, ciertamente, sino por el corazón y el carácter.

Damiron, *Cours de philosophie morale*, Prefacio, p. 11

El gusto por la geometría

Hay que confesar que el gusto por la geometría les ha faltado a la mayor parte de los admiradores de la Antigüedad.

Terrason (Discurso sobre la *Ilíada*) en *Histoire*

de la querelle..., H. Rigault

Novela

Incluso bien hechos, estos libros consagrados demasiado exclusivamente al ideal exótico resultan superfluos.

E. Bourdet, *Princ. d'éduc. positive*,
prefacio de Robin, 1877

Un escritor de novelas y poeta es un envenenador público, no de los cuerpos sino de las almas.

Nicole, en *Hist. de la Querelle des Anciens
et des Modernes*, Rigault, 1856

El espíritu filosófico o científico es contrario al espíritu del pintor y del poeta.

Jouffroy, *Cours d'Esthétique*, 1843

Moralidad en el arte

En el teatro, no hay que considerar si las costumbres son virtuosas, sino si son adecuadas a las de la persona que ella presenta. Así nos describe indiferentemente las buenas y las malas acciones sin proponernos estas últimas como ejemplo; y si quiere despertar en nosotros horror por ellas, no es en absoluto por medio de su castigo, que

no es su pretensión mostrarnos, sino por medio de su fealdad, que trata de representarnos del natural.

P. Corneille, prefacio a *Medea*
[Vid. La Harpe sobre *Turcaret*]

Finalidad del arte

El arte fue inventado para formar las costumbres.

R. P. Le Bossu, *Traité du poème épique*, 1675
[a imitación de Corneille]

Estética

Yo me he enfrentado –dijo a Lesage– a todas las reglas o, mejor dicho, a todas las trabas del arte..., no me he ocupado ni del plan, ni del estilo de la obra, convencido de que sería mejor si cada página era el resultado de la sensación del momento.

Chaussard, *Le nouveau diable boîteux*

Diferencia de la prosa y de la poesía

La poesía le habla a la imaginación, la prosa a la razón. La poesía distrae, la prosa instruye; lo bello en poesía es lo agradable, lo bello en prosa es lo útil.

D. Nisard, *Histoire de la littérature française*

Belleza de los oficios hermosos

Los pescadores son menos apuestos que los agricultores.

Blair, *Leçons de rhétorique*, trad. de Quenot, 1821

Escrúpulo de gusto

A uno le gustaría no encontrarse la fábula de las Arpías en el libro tercero de la *Eneida* y la alegoría del pecado y de la muerte en el libro segundo de *El Paraíso perdido*.

Blair, *Leçons de rhétorique*, trad. de Quenot, 1821

Diferencia entre el arte antiguo y el arte moderno

Y lo admirable es que ese Dios sufriente, presentado en una cruz, en medio de la angustia de la muerte, ha sido mil veces más adorado por los hombres que el Júpiter calmo, sereno y tan majestuosamente hermoso de Fidias. Las Artes lo han vuelto sublime, muy distintamente sublime del Júpiter de los antiguos. Y tal es todo el secreto de la diferencia que existe entre el arte antiguo y el arte moderno: el primero superior por la forma, el segundo por el sentimiento; uno dotado de un cuerpo, el otro de un alma.

Pintura

Ser indiferente al espiritualismo es la primera desgracia de la pintura, discípula del Renacimiento. Y el primer reproche que se le debe hacer es haberse vuelto el más peligroso apóstol del sensualismo.

Abate Gaume, *Le ver rongeur*, p. 181

Estética de Proudhon

Béranger superior a Píndaro

Gracias al cielo, la lírica no es en nuestra literatura como la poesía épica, pues pertenece a las épocas religiosas; decae cuando se inicia la época revolucionaria. Ya lo he dicho, somos artistas de la canción, nada más. La Revolución produjo *La Marsellesa*, y treinta o cuarenta canciones de Béranger bastarían, como ejemplo de los principios ya recordados, para asegurarnos la preeminencia sobre Horacio, Píndaro y David.

L'Église et l'État, t. III, p. 69

Escrúpulo

Me ha sido imposible cambiar Carlomagno por Karl el Grande. ¿Qué queréis? No se puede nada contra la gloria.

Chateaubriand, *Études historiques*, p. 116

Finalidad de la pintura

Ante todo es la cualidad de la semejanza lo que yo persigo, pues tal es la finalidad de la pintura y de la escultura; ahora bien, ¿cuál es el retrato o el busto, el cuadro o la estatua, que puede imitar tan bien como la cera a una persona o una cabeza?

Cabet, *Voyage en Italie*

Teoría literaria (conciencia literaria)

He dicho a menudo que no trabajaba más que cuando no tenía nada mejor que hacer.

Carta inédita de Béranger

CRÍTICA

Estamos de acuerdo en que Shakespeare es superior a Corneille por la vastedad y riqueza del genio dramático.

Atrevámonos a decir lo que pensamos: Esquilo, Sófocles y Eurípides no hacen tambalearse a Corneille.

Hamlet y el Rey Lear son inferiores al Cid, a Cinna y a Poliecto.

Cousin, *Du Vrai, du Beau et du Bien*

Imbéciles

Nadie duda de que los hombres extraordinarios, en el ámbito que sea, deben una parte de su éxito a las cualidades superiores con las que ha sido dotada su constitución orgánica.

Damiron, *Cours de philosophie*, 1873,
t. II, p. 35

Domfront. Historia de Francia

Según el informe de varios historiadores, los vecinos de este lugar (D) son estudiosos, viajeros y guerreros.

Dr. Roussel, *Topographie rurale, économique
et médicale de la Manche et du Calvados*,
1816, p. 53

Exmes, capital de los ossunianos

Está muy venida a menos en comparación con lo que era en tiempos del hijo de Clodoveo.

De Maurey d'Orville, *Recherches historiques sur la ville.*

[Demoustier] desenreda la historia de los dioses, arroja luz sobre el inmenso dédalo de sus debilidades, de sus errores, de sus locuras, los relaciona entre sí, forma con ellos un todo completo y lleno de encanto que presenta como si jugase a despertar la curiosidad de sus amables lectoras.

Hourdon, noticia sobre Demoustier

No diré nada de la *La nueva Eloísa* que nunca he leído, se habla de ella como de una novela muy peligrosa para la juventud.

Histoire universelle de la pédagogie, de Jules Paroz,
director de l'École Normale, p. 251

Se ha observado que en las *novelas modernas*, y en las de nuestros librepensadores, no se trata nunca ni de niños ni de la maternidad.

L. Veuillot, *Libres penseurs*, p. 161

Ineptitud de los críticos

¡Por lo interesante de su plan y el éxito duradero de su obra, el autor de *Atala* hubiera hecho bien en frenar a su misionero en los límites que los autores de los incas

y de Melania creyeron era su deber no rebasar!

Morellet, crítica de *Atala*

Grandes hombres – Lucrecio

¡Aunque en varios de sus versos encontramos *la aspereza de la fonética etrusca*, a menudo no es necesario oír una armonía digna de Virgilio!

Fontanes, preparación de la trad. del *Essai sur l'homme*

Hume

Fue en su primera juventud, a la edad de las dulces ilusiones y *en el dulce clima de Anjou*, cuando por un vano deseo de celebridad, trataba de socavar los cimientos de todas las creencias y minar las bases de toda religión.

... llegado al borde del abismo, no fue capaz de respetarlo.

Walkenaër, *Hume biogr. Univ.* (Michaud)

Si se quiere pintar la grandeza ideal, si se pretende imaginar algo que sobrepase a Fénelon, ¡no se conseguirá!

De Maistre, *Du Pape*

Nobles palabras

Se reprochó al autor el haber incluido la palabra «predica» en un poema épico. Él respondió que todo tiene cabida en él, y que el epíteto «criminales» realza el término «predica».

Voltaire, *La Henriade*, nota al canto III

El *Don Juan* de Byron «solo es comparable con la época licenciosa de Voltaire».

Villemain, *Orig. univ.* (art. Byron)

En ese libro [el *Emilio*] J.-J. Rousseau se muestra por debajo de los mismos paganos, por debajo de sí mismo.

Dupanloup, *De l'éducation*

Conciencia literaria

Se dice que Bacon copió doce veces su *Novum Organum* antes de darlo a la imprenta. En cuanto a mí, no tengo tiempo de volver a copiar mi libro, ni una vez siquiera, pues mis hojas han sido entregadas a la imprenta casi tan pronto como han sido redactadas.

Buchez, *Traité complet de philosophie*, 3 vol.

¡Los *novelistas* modernos ganan demasiado dinero! He aquí al hombre de la degradación, he aquí al enemigo de la sociedad, he aquí al Bárbaro que nos amenaza.

P. Félix, *Le Progrès par le christianisme*, t. I, p. 302

La novela contemporánea es una lección y una práctica sensual, sustituye la interpretación profunda de los sentimientos del alma por la interpretación grosera de los sentidos.

Ibid.

El rey se divierte es «el amor paterno rebajado hasta las proporciones del instinto».

Ibid.

¡El *teatro* contemporáneo se ha convertido en la escuela del crimen, y para varios en la antesala del presidio!

Roselly de Luignes, *Le Christ. devant le siècle*, p. 388

Tono de las críticas

Tachad, tachad sin compasión: no se escribe así. Corregid esos descuidos, corregid y decid que ése no es el término. La cosa se pone fea en Potsdam, evitad estas expresiones manidas, refrenad vuestra disertación.

Labeaumelle, *Remarques sur le siècle de Louis XIV*,
en C. Nisard, *Les ennemis de Voltaire*

Voltaire

Sus comentarios sobre Corneille y sobre Racine son un modelo y es a esta escuela a la que hay que volver siempre.

Levesque, *Science du Beau*, t. I, p. 963.
[citar después de algunas observaciones ineptas
de Voltaire sobre Corneille]

Gatos proscritos

Si [*Boileau*] hubiera vivido en la buena sociedad, ésta le habría aconsejado ejercer el propio talento sobre unos objetos más dignos de ella que unos gatos, unas ratas y unos ratones.

Voltaire, «Gusto», *Diccionario filosófico*

Homero y Virgilio

Homero y Virgilio no pueden sostener la comparación con Tasso.

Los antiguos no eran lo bastante nobles

Los antiguos rebajaron a menudo el género heroico mediante detalles de una excesiva familiaridad.

Bonald, *Législation primitive*

Pudiendo la crítica ser considerada como una ostentación de su superioridad sobre los demás y siendo su efecto habitual el brindar momentos deliciosos para el orgullo humano, los que se dedican a ella son siempre merecedores de la equidad, pero raramente de la indulgencia.

Montesquieu, *Defensa de «El espíritu de las leyes»*

El barbero de Sevilla

Imposible concebir nada más ridículo, es una obra detestable.

Madame du Deffant, sobre *El barbero de Sevilla*

El casamiento de Fígaro

¡Mirabeau acusa al *El casamiento de Fígaro* de ofender, de ultrajar, de atentar contra todos los órdenes del Estado, contra todas las leyes, contra todas las reglas!

L. de Loménie, *Beaumarchais et son temps*

Montesquieu

Montesquieu ha elegido en *El espíritu de las leyes* un estilo poco conforme con la seriedad del tema.

Valet, *Le droit des gens*

Método

No hay filosofía sin el arte de despreciar las objeciones.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Véase Virgilio, véase Racine, véase Fénelon, *tres genios* de la misma familia.

Dupanloup, *Haute éducation intellectuelle*, t. III, 81

Las dos últimas novelas de madame Coutin son infinitamente superiores a todas las de los novelistas franceses, sin excluir las de Marivaux y menos aún las tediosas y voluminosas obras del abate Prévost.

Madame de Genlis, *De l'influence des femmes sur la littérature*, 1811

Miguel Ángel

[*El Juicio Final* de Miguel Ángel] La desnudez de los miembros anula la idea

cristiana. Apenas si encontramos en él el sentimiento cristiano. Jesucristo muestra la actitud de un Júpiter o de un Neptuno.

Abate Gaume, *Le ver rongeur*

Dirijamos nuestros esfuerzos magnánimos
contra los vicios y los crímenes
y luchemos con firmeza.
El hombre es dueño de su gloria
y la naturaleza le hizo nacer
para buscar la inmortalidad.

Roux de Rochelle

La elevación de sentimientos que esta última estrofa provoca es tal que he visto a algunos discípulos del gimnasio ponerse de puntillas para parecer más altos cuando cantaban, y me he sorprendido a mí mismo al acusar ese impulso físico, efecto perfectamente natural del expandirse del alma, producido por tan sublimes ideas.

Coronel Amorós, *Gymnastique et morale*

Gusto literario

Recuerdo un día en el campo en el que encontré escritos en un muro encalado los versos siguientes, quizá compuestos por un obrero:

Pobres, no somos los únicos infortunados,
los mismos reyes nacidos en sus palacios
conocen los pesares, viven alarmados
y quizá derraman más lágrimas que nosotros.

Estos bellos versos, dondequiera que sea, me parecen admirables en boca de un obrero.

Le dimanche des soldats, por el marqués de Segur,
consejero de Estado, 1850

[Relacionarlos con los versos de Amorós y quizá clasificarlo como «Belleza de la admiración»]

Eurípides

Cuando atacaba la religión griega, se olvidaba de su arte.

C. Levesque

Hamlet es el ideal acabado de amor filial.

Al ser la *armonía* la base de su arte [en el poeta], hay que evitar la coincidencia de unas sílabas duras. A veces conviene sacrificar incluso parte del propio pensamiento a la elegancia de la expresión.

Voltaire, «Elegancia», *Diccionario filosófico*

Swift

está muy por encima de Rabelais

Voltaire, «Estilo», *Diccionario filosófico*

La novela

Hay novelas que inducen a la prostitución a la mayoría de sus víctimas.

Belouino, *Des Passions dans leurs rapports avec la religion*, p. 54

ESTÉTICA Y CRÍTICOS

Estilo de los grandes escritores

(A propósito del crimen de Fualdès) he visto siempre en él la mano de la masonería; *lo eran* todos y él más que nadie.

De Maistre, *Lettres et opuscules inédits*

El alejandrino habla de las virtudes y de los vicios con toda la autoridad conveniente, es su verdadero lenguaje. En manos de Molière se quebraba, se flexibilizaba para seguir los giros de la conversación. Se hubiera dicho que el gendarme, vuelto a su casa, lava a sus hijos y les remoja pan en la sopa.

Francisque Sarcey, *Opinion nationale*,
17 de diciembre de 1860

Estilo de los académicos

Cousin en su discurso al rey:

«los ciudadanos divididos momentáneamente, como sucede casi siempre en las revoluciones».

Bossuet

Con eso, os enteraréis de lo *que* es tan necesario *que* sepáis: *que* aunque no se tenga en cuenta más *que* los enfrentamientos personales...

Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*, p. 343

A. Dumas

Henri pareció tan ostensiblemente afectado por este acontecimiento y tan apegado al pobre servidor ausente que *declara* que no le sustituiría más que cuando hubiera adquirido la certeza de que había desaparecido para siempre.

A. Dumas, *La reina Margot*

Estilo. Buen gusto del siglo XVII

Los vapores que este calorcillo [el desacuerdo del clero y de la Corona] ha podido levantar en su espíritu [el espíritu de Luis XIV] no han producido más que algo de rocío que se ha condensado en una dulce lluvia de detenciones y de declaraciones, que os traemos como muestra de su afecto.

El intendente de Hacienda de Aligre a la Asamblea
del clero, 15 de febrero de 1665

Señores, al entrar en esta sala, he sentido por el lustre de personas y de vuestras púrpuras, el efecto de los rayos de la aurora naciente sobre la estatua egipcia de su hijo, que ella animaba cada mañana y a la que imprimía el movimiento suficiente para formar un sonido armonioso con la cítara y el arquillo que sostenía en sus manos.

Ibid.

Estilo del siglo XVII

Nada digo de Farnace, pues ¿*quién* no sabe *que* fue él *quien* sublevó contra Mitrídates lo *que* le quedaba de tropas, y *que* forzó a este príncipe a querer envenenarse, y a traspasarse el cuerpo con su espada para no caer en manos de sus enemigos? Es este mismo Farnace *que* fue vencido después por Julio César, y *que* murió a continuación en otra batalla.

Racine, *Prefacio a Mitrídates*

Estilo de los grandes escritores

Pascal

Es preciso *que* él (el hombre) se enardezca a sí mismo, *que* se haga a sí mismo el reclamo, imaginándose *que* sería dichoso de ganar lo *que* no querría *que* se le diera a condición de no jugar, a fin de *que* se forme un objeto de pasión, y *que* se excite su deseo, su cólera, su temor por el objeto *que* él se ha formado, como los niños *que* se asustan de la cara *que* se han pintarrajeado.

Pensamientos, art. IV, ed. Hachette, t. I, p. 52

Es indudable que, ya sea el alma mortal o inmortal, ello debe suponer una diferencia absoluta en el mundo.

Art. XXIV

Corneille

Esas montañas de muertos privados de honores supremos,
que la naturaleza fuerza a tomarse venganza por sí mismos,
y cuyos podridos orificios exhalan en el aire
con qué hacer la guerra al resto de los vivos...

Corneille, *La muerte de Pompeyo*, acto I, esc. I

Emite unos suspiros, y con quejumbroso estilo
en su campo de victoria dice ser mi cautivo.

Ibid., acto II

Estilo Thiers

–Situada entre Hanovre y el Honor, Prusia estaba horriblemente agitada.

–Llegada la noche y dada la señal, cada uno se reúne con los suyos y regresa a su hogar. Esta dulce unión reinó hasta el final de los trabajos.

–Le había sido prohibido a la opulencia turbar esa paz y la fiesta con la circulación de los coches.

Béranger

Jeffry te ha tomado inútilmente como asesor.

(Nota: «Juez inglés que se hizo famoso durante la Restauración de los Estuardo, y cuyo nombre ha sido ligeramente deformado *en aras de* la prudencia.)

Le Censeur

X. de Maistre

Gustosamente limpié mi zapato izquierdo, sobre el cual dejé caer una lágrima de arrepentimiento.

Viaje alrededor de mi cuarto, cap. XIX

MUESTRARIO DE ESTILOS CIENTÍFICOS

Estilo médico

Los vinos ásperos que ellas toman sin cesar, los licores espirituosos que se tragan como si fueran agua, el abuso que hacen del café y del chocolate, cuyo exceso en ellas es asombroso, todas cosas, en fin, una sola de las cuales es capaz de estropear la armonía animal y que, juntas, llevan a su paroxismo los grandes ardores que las

devoran, todo ello enciende las pasiones más vergonzosas y la codicia más excesiva.

De Bienville, *La Nymphomanie ou de la fureur utérine*, 1789, p. 18

Su corazón era un compuesto de azufre siempre expuesto a la llama del amor, y una quintaesencia del fuego que corría por sus venas.

Ibid., p. 157

... Un método por el que no dejo de hacer votos para que sea adoptado desde que fui iniciado en los santuarios del dios de Epidauro.

Broussais, *Examen des doctrines*

La anatomía y la fisiología son las dos bases de mi trabajo. Es a esas dos ramas de la ciencia a las que primeramente me había limitado.

Hyppolyte Cloquet, *Osphrésiologie*, prefacio

¡Oh flores!...

El amor cuya delicia vuestros perfumes inflaman
ha extendido a menudo su imperio por vuestros bosquecillos.

Fontanes

El olfato parece aquí el precursor del amor, el aire es su mensajero.

Fontanes

Literatura médica, estilo pretencioso y rococó

Pechos

Los pechos de la mujer pueden verse a la vez como objeto de recreo y de utilidad.

Murat y Patissier

Literatura médica, genital

Es en esta época llamada con toda propiedad la flor de la edad cuando los dos sexos sienten el uno hacia el otro ese impulso irresistible, esa necesidad imperiosa de acercarse, que es, sin discusión, la fuente de los más dulces goces, pero que les arrastra a menudo a unas desviaciones que la naturaleza reprueba, o a unos excesos funestos para la salud, independientemente de las tormentas que a veces turban esa edad de la vida y se convierten con frecuencia en el germen de las más graves enfermedades.

Renauldin, *Dictionnaire des Sciences médicales*,

Una tosecilla seca prepara la tuberculización de sus pulmones, etcétera. Así se extinguen a menudo en la flor de la edad unas blandas bellezas consumidas por desgracia en sus lechos voluptuosos por tantos secretos disfrutes. Rosas roídas en su interior por un gusano destructor, mientras que su cáliz aún semicerrado conservaba las apariencias de una pureza original.

Veney, *De la philosophie dans les rapports avec la physiologie*, p. 304, nota

Fisiología

El hombre es puro hígado por las venas que salen de él; es puro corazón por las arterias; es puro cerebro por los nervios.

De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*

Historia natural

Los castores, las abejas, las avispas, las hormigas, etc., que son plenamente libres de preferir la inercia, hacen sus delicias con el trabajo.

Fourier, *Traité de l'association agricole et domestique*

Las mujeres en Egipto se prostituían públicamente con los cocodrilos.

Proudhon, *De la célébration du dimanche*, 1850

Química

Los alquimistas inventaron el cristal.

De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*,
t. I, p. 90

La ciencia funesta para la moral

La moralización por la ciencia es una quimera, pues la ciencia no puede dar sino más fuerza y proporcionar sino más recursos a la perversidad.

Coquille, *Le Monde*, marzo de 1865

La ciencia vuelve al hombre perezoso, torpe para los negocios y para las grandes empresas, discutidor, empecinado en sus propias opiniones y menospreciador de las ajenas, observador crítico del Gobierno, despreciador de la autoridad y de los dogmas nacionales.

De Maistre, *Lettres et opuscules inédits*, p. 301

Ideas científicas. La Iglesia del lado de la ciencia

La *religión* es el más gran vehículo de la ciencia.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Preocupación por la verdad

Toda autoridad, pero sobre todo la de la Iglesia, debe oponerse a las novedades, sin dejarse amedrentar por el peligro de retardar el descubrimiento de algunas verdades, inconveniente pasajero y sin importancia comparado con el de sacudir las instituciones y las opiniones admitidas.

De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*,
t. II, p. 283

La Iglesia siempre del lado de la ciencia

La Iglesia no ha condenado jamás ningún descubrimiento científico. El razonamiento, la experiencia, la analogía, todo se aúna para establecer la redondez de la Tierra. En ninguna época del mundo esta verdad ha podido ser universalmente ignorada.

De Maistre, *ibid.*, t. II, p. 271

La Iglesia favorable a la ciencia

La doctrina católica produce gente culta y desarrolla el genio como ninguna otra doctrina lo ha hecho jamás en la Tierra.

P. Félix, *Le progrès par...*, 1862, p. 263

La cerveza mal elaborada es causa de vértigos. La insania moral de París tal vez tiene su causa en esto.

Max Simon, *Du vertige nerveux et de son traitement*, 1813, p. 110

Química, envenenamiento por medio de los ramos

Se ponía veneno en un ramillete de rosas naturales cuyo olor, una vez respirado, provocaba la muerte. Se dice que don Juan de Austria fue *envenenado por un par de ramos*.

H. de Balzac, *La confidencia de Ruggieri*

El opio

El opio es la *bebida* favorita de los orientales.

Dr. Belouino, *Des passions dans leurs rapports avec la religion*, p. 131

Peces

Quisiera hacer notar sobre los peces que es una maravilla que puedan nacer y vivir en el agua de mar, que es salada, y que su especie no se haya visto aniquilada desde hace largo tiempo.

Gaume, *Catéchisme de persévérance*, p. 57

Zoología

Es, me parece a mí, una gran lástima encontrar hoy día al hombre mamífero alineado, según el sistema de Linneo, con los monos, los murciélagos y los perezosos. Mejor hubiera sido dejarle a la cabeza de la Creación, donde le pusieron Moisés, Aristóteles, Buffon y la Naturaleza.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, p. 351

De la geología

Basta el Génesis para saber cómo comenzó el mundo. So pretexto de explicar las diferentes teorías sobre su origen, se llenará esas jóvenes cabezas de todas las cosmogonías modernas.

De Maistre, *Lettres et opuscules inédits*, p. 319

De la química

¿Es necesario observar que esta vasta ciencia está absolutamente fuera de lugar en una enseñanza general? ¿De qué le sirve al ministro, al magistrado, al militar, al marino, al comerciante?

De Maistre, *ibid.*

La ciencia debe ser puesta en un segundo plano

Si no se recurre a las antiguas máximas, si la educación no se vuelve a dejar en manos de los sacerdotes, y si la ciencia no es puesta en todas partes en un segundo plano, los males que nos aguardan son incalculables, nos veremos embrutecidos por la ciencia, lo cual es el último grado del embrutecimiento.

De Maistre, *Essai sur le principe générateur*

Genital

Una multitud de causas puede disminuir o destruir en las personas más virtuosas y más prudentes la facultad de disfrutar de los placeres del amor. El médico debe emplear todos los recursos de su arte para devolver a estos infortunados el ejercicio de la función más importante y deliciosa.

Dictionnaire des Sciences médicales, art. «Afrodisíaco»

Estilo médico

La mujer, esa flor de la naturaleza viva, ese tallo esencial del género humano,

tiene una misión importante que desempeñar en la Tierra. Está destinada a ser la compañera del hombre.

Menville de Ponsan, *Histoire philosophique et médicale de la femme*, 1858

La aptitud de la mujer para la procreación depende de varias condiciones físicas y morales: 1.^a: del amplio desarrollo de la pelvis y de las glándulas mamarias. 2.^a: de la hermosa conformación del *aparato genital* mucho más complicado que el del hombre y del juego fácil de todas las piezas que componen este rico aparato.

Debay, *Vénus féconde et callipédique*, p. 23

Genital

El acto genésico es, lo repetimos, de la más alta importancia; no tenemos palabras para recomendar lo bastante a los esposos, en su propio interés y en el de su progenie, que le presten una seria atención.

Debay, *ibid.*, p. 87

Definición

Los muslos son notables principalmente en las mujeres por su plenitud voluptuosa, lo pulido y suave de sus contornos.

Moreau (de la Sarthe), *Histoire naturelle de la femme*, 1803

Remedio contra la gota

Nada de ocupaciones después de las comidas. Abstenerse de las pasiones vivas y de las afecciones tristes, recrearse por medio de esos gratos estudios que no exigen reflexión ni el estado sedentario del cuerpo, como, por ejemplo, el estudio teórico de las artes, la historia natural, etc.; que se instruya viajando, que recorra Francia e Italia.

Dictionnaire des Sciences médicales, art. «Gota»

Estilo científico, definición

[Los metales] sirven para la ruina, así como para la defensa de los intereses más queridos; la medicina los utiliza con éxito para combatir los más terribles males. El crimen los utiliza para el éxito de sus culpables y homicidas planes.

Girardin, *Leçons de chimie élémentaire*, p. 202

El arsénico

¡He aquí un metal que ha adquirido una triste celebridad!

Ibid., p. 331

Estilo agrícola

No hay más que una profesión para los habitantes de este pueblo [Montreuil], la de cultivador de melocotoneros. Viven con los árboles, se identifican con ellos, los aman y los cuidan como si fueran niños y no les falta razón, pues no son hijos ingratos.

Gressent, *Arboriculture*, p. 482

El ciruelo es el árbol independiente por excelencia. Se burla como un verdadero Frontin de las formas del peral en las que el profesor Dubreuil ha aconsejado, y aconseja aún, encerrarlo a cada instante; comete infracciones increíbles.

Ibid., p. 570

Gran pensamiento

Con gusto compararía al cultivador en el momento de la siega con un general del ejército en el momento de la batalla.

A. de Roville, *Maison rustique*, t. I, p. 300

Dicen que el topo no es temido más que por los cultivadores perezosos. Sin embargo, me guardaré de dar carta blanca a ese bonito pequeño Belisario con traje de terciopelo.

L'illustration, 31 de octubre de 1863

Girardin, eco de la agricultura

Las ciudades son simas abiertas que se tragan las tres cuartas partes de las riquezas nutritivas de la tierra.

El hombre, su niño de pecho, consume sus productos más sustanciales y hace arrojar por doquier el estiércol proveniente de ellos en la cloaca y el río.

Solo el habitante del campo restituye lo que puede; pero repito que el estiércol de los animales no basta.

Lo que corona la gloria de los jesuitas

Los jesuitas han prestado grandes servicios a la literatura y a la instrucción pública. Pero la importación de los pavos reales es la coronación de su gloria.

Antoine de Saint-Gervais,
Les animaux célèbres, p. 280

Lingüística

Si existiera un diccionario de lenguas salvajes se encontrarían en él restos evidentes de una lengua anterior hablada por un pueblo ilustrado, y aun cuando no los encontrásemos, ello se debería solamente a que la degradación llegó hasta el punto de borrar esos últimos restos.

ECLESIÁSTICOS

Bromas eclesiásticas

El hecho cierto es que, de cincuenta hombres de letras, hay treinta y cuatro más o menos tocados del ala y quince totalmente locos. Esos quince son filósofos.

L. Veuillot, *Libres penseurs*, p. 5

Dejar el hospital es algo esencial para quien quiera curarse.

Ibid., p. 110

Estilo eclesiástico

Nosotros, con los magníficos favores de nuestro Cordon, recogidos con tan poco gasto, comemos las confituras de san Francisco, pero no tenemos pan, el pan que alimenta; los terciarios tienen, con las confituras, la miga del pan, la que se da a los niños; los austeros hermanos minoritas y los generosos penitentes de santa Clara reciben el pan entero, con las fuertes y alimenticias durezas de una corteza bien cocida; y las confituras no son para ellos más que algo accesorio.

No olvidemos, pobres pequeñas violetas del parterre de san Francisco de Asís, no olvidemos que no somos nada en comparación con esos nobles penitentes; al lado de estos zuavos de la penitencia, no somos más que soldados rasos.

Monseñor Ségur, *Le cordon séraphique*

Señoras, en la marcha de la sociedad cristiana, en el *railway* del mundo, la mujer es la gota de agua cuya influencia magnética, vivificada y purificada por el fuego del Espíritu Santo, comunica también el movimiento al convoy social con su impulso bienhechor; este corre por el camino del progreso, y avanza hacia los destinos eternos. Pero si en vez de proporcionar la gota de agua de la bendición divina, la mujer aporta la piedra del descarrío, se producen espantosas catástrofes.

Monseñor Mermillod, *De la vie surnaturelle dans les âmes*

Estilo católico

La enseñanza filosófica hace beber a la juventud la hiel de dragón en el cáliz de Babilonia.

Pío IX, *Manifiesto*, 1847

Bellezas eclesiásticas

Las inundaciones del Loira son debidas a los excesos de la prensa y a la no observancia del domingo.

REVOLUCIONARIOS

Estilo revolucionario

¡Los altares son a los ojos de los filósofos unas mesas de comer, en las que no se debe poner lo que no querríais ver en las vuestras!

Carta del párroco de Saint-Martin al ciudadano Pezet, Bayeux a finales del siglo XVII

El esfuerzo

Acabo de hacer rodar doscientas cabezas en Lyon: me prometo hacerlas rodar todos los días; las lágrimas de la alegría y de la virtud inundan mis párpados bajo el esfuerzo de una sagrada sensibilidad.

Fouchet, luego duque de Otranto

Estilo republicano, sudor del pueblo

A propósito de las fiestas de inauguración del museo de Versalles, el señor Cauchois-Lemaître escribía: «Por lo que a mí respecta, en una bodega de la esquina voy a tomar un cuartillo de vino que no esté aguado con el sudor del pueblo».

El presupuesto es un libro que petrifica las lágrimas y los sudores del pueblo para sacar oro de ellos.

Almanaque popular

Estilo revolucionario

Lepelletier ya no está entre nosotros y con él toda la alegría inherente al verdadero patriota y toda nuestra gloria han desaparecido. Lejos de mí los pocos principios sardanapalescos que podrían contrarrestar las ideas bronceas que me sugiere la conducta ática del veraz Lepelletier, que vio con mirada fija y serena aproximarse la muerte y que miró como un bien el tomar su impulso hacia la inmortalidad. Nos hemos reunido aquí para celebrar su memoria, hemos aportado cada uno una porción de sensibilidad, pero de esa sensibilidad que la filosofía no desaprueba. En lugar de rodear su sombra de candeleros, de harapos, de cirios y de otras supercherías fanáticas, nos hemos reunido en torno al árbol de la libertad: allí nosotros hemos aplaudido el decreto que otorga al unísono el elogio de este gran hombre, le hemos elevado al rango de los Trajanos, de los Marco Aurelios y de los Titos.

Impreso en la Vve Nicole, en Bayeux, en 1793

Pezet

Saint-Just

Hay que hacer sentir al cuerpo político el sudor inmundo de la aristocracia. Cuanto más haya transpirado, mejor se sentirá.

Saint-Just, citado en Thiers

Robespierre

El verdadero templo del Ser Supremo es el Universo; su culto, la virtud; sus fiestas, la alegría de un gran pueblo reunido ante sus ojos para buscar los dulces nudos de la fraternidad universal y para presentarle el homenaje de los corazones sensibles y puros.

Robespierre, *Fiesta del Ser Supremo*, en Thiers

Legendre

Miradles a la cara y veréis en su semblante un barniz hecho con la hiel de los tiranos.

Legendre señalando a Billaud Varennes-Thiers

La Viconterie

He atacado el despotismo y la tiranía hasta en sus terribles altares. Disfruto viendo agitarse en torno a mí sus añicos impotentes.

La Viconterie, *Les crimes des Rois de France*

Danton

Me he atrincherado en la ciudadela de la razón, saldré de ella con el cañón de la Verdad y pulverizaré a los desalmados que han querido acusarme.

Danton citado en Thiers, *Révolution française*,
p. 135, t. IV

ROMÁNTICOS

¡Oh! ¡Cae, hijo mío, cae sobre ellos y su raza,
que con sus dedos de fuego mi odio les abraza!
¡Y que, royendo su corazón, si corazón aún tienen,
sean todos mis versos para ellos boas constrictor!

(Perfecta Navidad, citados en «la familia de Orleans», de C. Marchal, p. 302)

A. de Sorr

Te amo, oh diosa mía, con la bata libre de sus lazos, bajada hasta la cintura. Enderézate para que yo contemple ese torso de perfil. ¿Te han dicho alguna vez, hermosa mía, que tienes una grupa como la de la Polimia antigua y que gracias a lo refinado de tu cuello y al perfil de tus pechos periformes habrías sido digna de posar para la Venus de Milo? ¡Oh! Te asombra oírme hablar así, pero ¿qué quieres? ¡Amo la belleza! No te ocultaré que es lógico que me congratule de los acontecimientos aciagos que te han entregado a mi amor.

Angelo de Sorr, *Les filles de Paris*, vol. III, p. 226

No seré yo quien reproche al italiano Alfieri su blandura; su lira incisiva brinda unos sonidos de fibras humanas, extraídas de las entrañas humeantes de las víctimas y secadas al sol.

Paul de Saint-Victor, *La Presse*, 3 de junio de 1855

Imbéciles

Unos dientes de marfil y unos labios de púrpura cuya cereza no pedía sino ser cogida.

O. Feuillet

¡El amor, he aquí el camino que debe frecuentar todo artista, he aquí el álbum en el que debe firmar todo poeta! No nos equivoquemos con el amor, no juguemos con las hostias.

Philoxène Boyer, *L'Événement*

Darle un beso en la frente y recibir una bala en el esternón.

Ponson du Terrail, *Les Gandins*, p. 79

LITERATURA

El reloj de las estaciones había sonado indicando que estábamos en junio. Atravesamos una atmósfera de plomo líquido. Las piedras, resquebrajadas, parecían desabotonarse de tanto calor como tenían.

Aurélien Scholl

Ella tenía unos rayos de agosto en los ojos, perfumes de nardo en el corazón, unas ondulaciones de trigo maduro en toda ella.

Louise Valory, *Un amour vrai*, p. 192

Estilo de caballero

Habría que pensar seriamente en cambiar de vida. He cambiado de sastre. Es un

comienzo.

Michel Raymond, *Les Intimes*

Estilo romántico

Era un brazo que colgaba alrededor del cuello de Charles, una zapatilla que caía sin hacer ruido sobre la alfombra, unos dientes que entrechocaban, luego unos cabellos de española, negros y perfumados, que revoloteaban ante el aliento mordaz del joven: ella estaba allí, muerta, viva, mezclando el nombre de Dios con el de un hombre; había estertores, pausas, suspiros, maldiciones y súplicas amorosas; manos contorsionadas de poseso, indescriptibles súplicas. ¡Daba miedo de tan bella! Se acallaban los gritos bajo besos sin fin; se bebían las lágrimas; un pecho varonil ahogaba las convulsiones.

Michel Raymond, *Les Intimes*

Otras noches incendiarias, noches de desenfreno y de lámparas lascivas. Hay de nuevo oro, espías, mujeres ebrias y hastiadas.

Ibid.

KEAN: ¡Tener orden! Eso es. ¿Y qué será del genio mientras yo tenga orden?

Kean, acto IV, escena II

Popular

Solo conozco a las modistillas que sepan mezclar la ternura con la danza..., para haceros un remiendo cuando os desgarréis vuestro calzón, para preparar vuestro desayuno por la mañana y para encender vuestra lámpara por la noche. Pero id a rogarle a una bella dama como yo la he visto esta noche que os cosa un botón u os zurza un tirante, seréis bien recibidos, ¿eh? ¡Vivan las modistillas! ¡Yo no salgo de allí!

P. de Kock, *La maison blanche*

Estilo realista

La Providencia acaba de soplarnos al oído que hoy es el día de San Bonifacio; es el día en que la madre Wiedling, la viuda de Kasper Wiedling, la posadera de Oberbronn, mata un cerdo gordo todos los años; vamos a comer morcilla y a tomar cerveza espumosa.

Erckmann-Chatrion, *L'illustre Dr. Mathéus*, p. 36

Modelo de narración

Comió con Adrien, pasó la velada en casa de Faustine, que le encontró de una alegría encantadora, cenó con ella y el príncipe, jugó una partida por la noche, se

acostó y se durmió con el sueño del justo.

A mediodía se despertó, desayunó rápidamente, se dirigió a casa de monsieur de Charpion al que divirtió con sus historias, le pidió prestados diez mil francos y a las cuatro llamó a la puerta de madame de Flize.

Amédée Achard, *Les petits-fils de Lovelace*

DRAMATURGOS

Modelo de diálogo, estilo vivo

Don Juan de Austria

—Se quedó largo tiempo allí

—Largo tiempo

—No has visto nada sospechoso

—Nada sospechoso

—No has recibido ninguna carta de él

—Ninguna carta

—... Sírveme siempre igual

—Siempre igual

Rafael

vuestro eterno estar al pie de la pilastra de la iglesia

Don Juan

donde yo le ofrecí agua bendita. Pero convendrás conmigo en que nunca unos tan lindos dedos femeninos se han quitado los guantes para tocar los

Rafael

del más cumplido caballero

Don Juan

¡el más enamorado!

OFICIAL – SOBERANOS

Partido del orden. Doctrina subversiva

Podéis reconocer al enemigo del Estado en todo hombre que se regocija con el apuro del Gobierno o de la administración..., en el que, por medio de sus palabras, de sus gestos y de su actitud, deja traslucir su odio o su desprecio por los habitantes pacíficos y subordinados cuya conducta prueba su lealtad al rey y su sometimiento a las leyes.

M. Decazes, *Circular*,

28 de marzo de 1816

Estilo de los soberanos. Napoleón III

La riqueza de un país depende de la propiedad general.

Luis Napoleón, citado en *La Rive Gauche*,
12 de marzo de 1865

Estilo de los universitarios

Júpiter casó con su hermana Juno, a la que hizo madre de Vulcano, de Hebe y de Lucina, y cuyo carácter altanero le causó muchos enojos.

Bouillet, *Dictionnaire*, art. «Júpiter»

Absolutismo

¡Reyes! Vuestra exclusiva misión en la Tierra es mantener vuestra autoridad. Mantenedla, pues. Nosotros apretaremos las filas en torno a vosotros. ¡Salvad Francia! ¡Salvad Europa!

De Vaulblanc, antiguo ministro
del Interior, 1821

Estilo

... Así vos dejáis de estar por encima de vos mismo gracias al magnífico progreso de una capacidad cada vez más poderosa, que, exaltándose en el hogar de un corazón magnánimo, viene a hacer gala de la gloria de los franceses sobre el edificio de la felicidad.

Memorial del Consejo Municipal de Veurey
a Napoleón III (*Courrier de l'Isère*)

Estilo oficial

El señor ministro de Instrucción Pública acaba de dirigir a los prefectos de los departamentos una circular explicativa de un decreto del 14 de julio, relativo a la construcción de las escuelas municipales y de los hospicios. He aquí algunos pasajes de esta circular, que contienen recomendaciones importantes.

París, 30 de julio de 1858

En las escuelas mixtas, hay que velar para que la clase esté dividida en dos partes por un tabique, una para los chicos y otra para las chicas. En todas las escuelas, las letrinas deben estar siempre a la vista del estrado del maestro, y divididas en dos retretes, distintos y aislados el uno del otro, en las escuelas que reúnan los dos sexos.

[recorte de prensa]

Fiestas

Cantata de Mélanie Waldor, cantada tras la comida de familia. Enlace de Napoleón III.

Celestes conciertos
dulce Armonía
volad por los aires
cantad la gracia, unida
al genio
Cantad a Eugenia
y los amores
que duran siempre

[buscar en los *Moniteur*]

Oda con ocasión del Enlace de Sus Altezas Reales Monseñor el Duque de Berry y la Princesa Carolina de Nápoles

¡Ah! ¡Nuestra antigua Francia es aún la patria
del trono y del altar, del valor y de las artes!
¡Siente por sus reyes la misma idolatría
y en sus legiones quedan aún bayardos!

Baour-Lormian

Oficial

En medio de tantas instituciones venidas a menos al envejecer, la prosperidad sigue en pie, *asentada* en la justicia, y fuerte por el Derecho. Otro tanto ocurre con la propiedad, que, de acuerdo con la familia, mantiene hoy día a la sociedad poderosamente *amarrada* en la superficie móvil de la democracia.

Troplong (De la propiedad según
el Código Civil) (*Petite Revue*,
10 de diciembre de 1866)

Los magistrados poetas

¡Me gusta, oh sílfide mía,
la danza rápida
cuando, reina del baile,

te mofas, burlona,
del pudor rezongón
del municipal!

Le Pelletier, Guardasellos, *Le Temps*,
15 de diciembre de 1877

Estilo oficial

El señor senador prefecto tomó entonces la palabra en estos términos:

Señores,

...

Con mi más sincero afecto, les deseo para el futuro la grandeza de la época actual; se la deseo para satisfacción de las puras aspiraciones de sus corazones, impacientes por penetrar en los misterios de esta sociedad cuyo dominio están ustedes destinados a invadir. Al franquear el umbral de la escuela, echan la mirada atrás y aceptan como indiscutible que lo que ustedes dejan es, a excepción de las tormentas, los desengaños, y, para ser completamente justo, algunas alegrías menos, la imagen compendiada pero fiel del mundo.

Encontrarán con gran veneración la igualdad, pero únicamente la igualdad practicada como en su punto de partida, reclamada como égida contra las veleidades del favor, y, al mismo tiempo, como guía que conduce directamente a la desigualdad, a la que no es menos digna de amor que la propia igualdad: la superioridad del mérito. Su cortejo se compone de todo cuanto honra al país en las ciencias, las artes, los negocios públicos, el Estado: brillante cortejo, señores, que impulsa el homenaje que sus luchas les preparan para conquistar un día.

...

Este discurso ha sido acogido con bravos unánimes largo rato repetidos.

Estilo de los soberanos

Al tener conocimiento de la muerte de la señora condesa Arthur de Bouillé, fallecida en Nantes el 17 de julio último, el señor conde de Chambord ha dirigido la carta siguiente a la señora condesa Fernand de Bouillé.

Froschdorff, 23 de julio de 1877

Enrique V

La hija de Bonchamps, señora condesa, ha pasado a mejor vida, y del lecho de muerte de la admirable mujer, vuestra suegra, de quien casi un siglo entero ha conocido su entereza, infortunios y virtudes, vuestro primer pensamiento ha estado dirigido a mí. Os agradezco que os preocuparais de que yo fuera informado antes que todos los demás del nuevo sacrificio que Dios os pedía. Hija de Bonchamps, madre de Fernand de Bouillé, es decir, hija, madre y abuela de héroes cristianos: ¡qué

destino y qué recuerdos!

De Saint Florent a los llanos de Loigny
Enrique

Estilo de los propietarios

Distinguido señor:

Le comunico por la presente que el escándalo provocado por su mujer con ese Renouvel al que me he encontrado algunas veces me verá obligado a denunciarlo al comisario de policía; no se abusa impunemente de una casa habitada por una persona honesta para venir a horas indebidas o para armar un ruido infernal, turbando el descanso de todo el mundo, ya sabe usted que existen casas especiales para este tipo de diversión, que no es propia de mi casa, que no es más que un taller de modelo, su muy humilde servidor

Merauvy, propietario de la casa de la rue Choloneille n.º 7

Le invito asimismo a que repare una persiana que por falta de cuidado ha estado a punto de caerse y habría podido matar a alguna persona.

HISTORIA E IDEAS CIENTÍFICAS

Equivocaciones históricas

Llamar a lord Hamilton sir William Hamilton es una necedad.

Alejandro Dumas, *Les souvenirs d'une favorite*

Equivocaciones históricas y geográficas

La Gironda en el Languedoc

En París el sol se pone por detrás de Notre-Dame

Luis Felipe, yendo a través de Honfleur, en el Havre.

Lamartine

Geografía

Errores

El Jordán hacia el abismo inmenso
prosigue su curso misterioso

Ibid. La Cordura, *Meditaciones*

Como ese Nilo del que Memfis bebe las olas fecundas,
antes de recibir un nombre hace bullir sus olas
en las soledades de Memnón

FINALIDAD DE LA HISTORIA SEGÚN LOS HISTORIADORES

Bossuet

Aconsejar a los príncipes.

Mezeray

«Servir de recordatorio a los hombres de sus derechos naturales»; y se jactaba de no haber leído a los antiguos.

Genoude

Defender la causa de la Humanidad contra la esclavitud: ¡qué «más noble finalidad de la Historia»!

Fénelon

Utilizar la historia de los malvados para instrucción de las buenas gentes.

Fontenelle

Estudiar la historia de los extravíos del espíritu humano para así evitarlos.

Mably

Predica la libertad, la igualdad y la felicidad pública basada en la ausencia de lujo.

Es de la opinión de que son necesarias las arengas incluso cuando no han sido dichas. [Mably, de la manera de escribir la Historia] llama a Clodoveo «el liberador de los galos». A Carlomagno, «filósofo patriota».

Marchangy

Busca en ella elementos poéticos, temas para poemas y tragedias. «Las cruzadas favorecieron la elocuencia.» Carlomagno amó mucho a las mujeres, lo que le hace interesante a los ojos del poeta.

Daguesseau

El estudio de la Historia basada en los principios de la verdadera filosofía, es decir, la religión, eleva al hombre por encima de las cosas terrenas, por encima de sí mismo.

Rollin

La Historia enjuicia a los conquistadores que son los enemigos del género humano, los tiranos de las naciones.

– Debe ser estudiada por medio del reglamento de las costumbres.

– Habitúa a los jóvenes a juzgarlo todo, según los principios de la equidad.

Napoleón no quería que la Historia fuera dejada en manos de la industria privada.

Dupanloup

La enseñanza de la Historia puede tener, en mi opinión, inconvenientes y peligros para el profesor. ¡Los tiene también para los alumnos!

Equivocaciones históricas

Francisco I y Colón – Montesquieu

He oído varias veces deplorar la ceguera del consejo de Francisco I, que rechazó a Colón que le proponía ir a las Indias.

Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, lib. XXI, cap. XXII
[Francisco I nació en 1494, Cristóbal Colón
murió en 1506]

Sátira Menipea. Fronda, Arséne Houssaye

La Fronda era un anacronismo, la guerra civil acabó gracias a unas canciones. Los principales jefes eran personajes de comedia. La Sátira Menipea hizo justicia a sus fanfarronadas.

Arséne Houssaye, *Histoire de Mme de Lavallière
et de Mme de Montespan*

Puente de los suspiros – El Arno – Coquerel

El puente de los suspiros, donde la voz de los muertos se apagaba en el Arno.

Coquerel, en G. de Flotte,
Bévues parisiennes, 1860

Alejandro, vencedor de Farsalia

Se decía *Frédéric Lemaître*, como se dice *Alejandro el Grande*, asimilando así al rey de los bromistas con el *vencedor de Farsalia*.

C. de Besseliève, *Chronique de Paris*, 1860, p. 108

Carlomagno – El francés

El *abate Aubert*, profesor de literatura del Colegio de Francia, reprocha a Carlomagno el no haber obligado a sus súbditos a hablar francés.

(En su discurso de apertura)

Egipto

Según *parece*, la religión no se corrompió en Egipto más que bajo el reinado de Escipión.

Lingüística

Los pastores que conquistaron Egipto eran hindúes. En sánscrito, *palli* quiere decir «pastor», de ahí Pallisthan, Palestina.

De Maistre, *Lettres et opuscules inédits*

Los egipcios

Grababan su historia en el *granito de las pirámides*.

Maunoury, *Soirées d'automne ou la religion prouvée aux gens du monde*

Herodes – G. Sand

... y como *Herodes*, no sabían hacer otra cosa que lavarse las manos de todas las iniquidades sociales.

G. Sand, prefacio a *Chantier*, poesías de C. Poncy

Zoroastro

Los libros de Zoroastro fueron escritos por un judío o al menos por un autor muy versado en la religión de los judíos.

Maunoury, *Soirées d'automne ou la Religion...*

Poncio y Pilatos. Sarcey

Henri reclama sus cartas a voz en grito; las reexpiden de Poncio a Pilatos.

F. Sarcey, *Opinion nationale*,
24 de octubre de 1859

Trajano y Antínoo

... no puedo decir si Trajano, que hizo la apoteosis de su Antínoo...

Proudhon, *De la Justice dans la Révolution*,
cap. III, p. XXVII

Luis XII y Roisy

Luis XII confió a Roisy la educación de su joven hijo, que no tardaría en convertirse en Francisco I.

Diog. Didot, art. Roisy, vol. VI, col. 474

San Juan. J. Janin

¡San Juan Crisóstomo, ese Bossuet africano!

Cannas

La ciudad de Cannas, doblemente célebre por la victoria lograda por Aníbal sobre los romanos y por el desembarco de Bonaparte.

Luis XI y Abelardo. J. Janin

Acusa a Luis XI de haber perseguido a *Abelardo*.

Esmirna es una isla.

J. Janin en G. de Flotte, *Bévues parisiennes*

El 18 de brumario

Napoleón «no fue ni un atentado ni un error».

Thiers, *ibid.*

El Primer Cónsul

Tenía tanto ingenio como *Voltaire*.

Thiers, *ibid.*

Bonaparte, ideas históricas

Bonaparte era el autor anónimo del pretendido complot urdido contra su vida; si el hecho no es cierto, al menos es verosímil.

J. F. L. Courtois, *La Bonapartide*, 1819

Crítica histórica – Napoleón, juicio general – Thiers

Si se considera a Napoleón bajo la óptica de las cualidades morales, resulta difícil de apreciar, porque es difícil descubrir la bondad en un soldado ocupado siempre en enterrar a muertos, la amistad en un hombre que nunca tuvo iguales a su alrededor, la probidad en un potentado que era el dueño de las riquezas del universo. No obstante, por más que estuviera al margen de las reglas normales, no es imposible captar aquí y allá determinados rasgos de su fisonomía moral.

A. Thiers, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, vol. 20, p. 713

Contra los libros

Roberto, obispo de Lichfield, prohibió a los sajones mediante un decreto tomar alimentos nutritivos y leer libros instructivos, por temor a que el buen alimento y la ciencia les dieran demasiada fuerza y atrevimiento contra su obispo.

A. Thierry, *Histoire de l'Angleterre*

Contra el lavado

Los diputados

Rechazan un proyecto de establecimiento de unos balnearios y unos lavabos

públicos porque «no sería de utilidad alguna para los que viven en el campo».

Vatimesnil, 3 de febrero de 1851

Ocurrencia

¡Es evidente que el derecho está de nuestra parte, pero esos señores tienen la fuerza, así que larguémonos!

Dupin a la Asamblea legislativa, 2 de diciembre de 1852

Profecías

De Maistre predice la próxima caída de Estados Unidos, se burla de la ciudad de Washington que comienza a construirse, «hay demasiada deliberación, demasiada humanidad en ese asunto, y se podría apostar mil contra uno a que la ciudad no se construirá».

De Maistre, *Considérations sur la France*

En vísperas del Imperio napoleónico

No ha existido jamás familia soberana a la que se pueda atribuir un origen plebeyo. Si este fenómeno se produjera, se inauguraría una nueva época en el mundo.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Lo que será la Revolución

La Revolución francesa desembocará en la exaltación del catolicismo y de la monarquía.

De Maistre, *Mémoire et correspondance diplomatiques*, p. 273

Prusia no será restablecida

Nada puede restablecer el poder de Prusia (1807). Ese edificio famoso construido con sangre, barro, moneda falsa y hojas de folleto se ha venido abajo en un abrir y cerrar de ojos y para siempre.

De Maistre, *Lettres et opuscules*

Historia, contradicciones históricas

Religión de los germanos.

Según César, no tienen más dioses que los que pueden percibir y cuyos beneficios sensibles reciben, tales como el Sol, el Fuego, la Luna.

Según Tácito, llaman con el nombre de dios a esa potencia oculta que solo el sentimiento religioso vuelve visible para ellos.

Max Muller, *Origine et développement de la religion étudiée à la lumière des religions de l'Inde*, p. 85

Roma

El lugar de la gloria y de la virtud, si han existido alguna vez sobre la Tierra.

J.-J. Rousseau, *Emilio*

Napoleón I en Saint-Denis. La Patria

Los restos mortales del *duque de Reichstad* van a ser trasladados a Saint-Denis, al lado de los de su padre.

La Patrie, 14 de julio de 1857,
en G. de Flotte, *Bévues parisiennes*

Benarés, la ciudad santa de los musulmanes.

La Patrie, febrero de 1858

México, un puerto de mar.

La Patrie, enero de 1858

Novela espartana. J. Lecomte

Se remontaba a *esa novela* en la que el zorro devoraba el vientre debajo de la túnica, sin que su rostro delatase su dolor.

Jules Lecomte, *Le poignard de cristal*,
cap. IX, en G. de Flotte

Molière, revocador del Edicto de Nantes. Scribe

¿La comedia de Molière nos instruye acerca de los grandes acontecimientos del siglo de Luis XIV? ¿Nos dice una sola palabra acerca de los errores, de las flaquezas o de las culpas del Gran Rey? ¿Nos habla de la revocación del Edicto de Nantes^[170]?

Scribe, *Discurso de ingreso en la Academia*, 1836

Las novelas

Informe del vizconde de la Gueronnière sobre la buhonería, abril de 1853.

Bastaría con incluir aquí algunos de los títulos de estos libros... Pero el pudor no lo permite. No mancharé este informe con palabras obscenas, ni siquiera para reprobarlas.

Estima de las ciencias

Desconfiad de los embrujamientos y de los atractivos diabólicos de la geometría.

Correspondance de Fénelon, t. V, p. 514, en la ed.
de monseñor Dupanloup, 1850

El latín es sobre todo importante porque es la lengua de la Iglesia.

Ibid., p. 409

Uno de los medios para frenar el orgullo es en la retórica reforzar el estudio del latín...

El latín no es nada favorable a la blandura de espíritu. La tentación de creerse un genio en versos latinos es algo que no se da. ¡En francés es otra cosa!

Ibid., p. 358

La instrucción superior se lleva la palma sobre todas las demás por la multiplicidad de sus crímenes.

Charles Duplin, en Dupanloup, *De l'Éducation*

No les dejéis ignorar la Historia de Francia, que tiene también sus bellos momentos.

Fénelon, *De l'Éducation des filles*

Método. Pudor de la Historia, respeto a los príncipes

Nunca la Historia debe poner los ojos sobre las acciones ni sobre los impulsos particulares, ni siquiera de los príncipes, y, si lo hace, el libro merece ser mandado a la hoguera, a fin de que la posteridad se vea purgada de las inmundicias con las que el descaro haya podido contaminar su inocencia y buena fe.

Leroy, *Discours des vertus et des vices de l'Histoire*, p. 124

La Historia de la Edad Media

Para escribir una historia general de la monarquía francesa es necesario recorrer varios siglos de barbarie que no ofrecen a un historiador sino monumentos insípidos y mal digeridos, cuya lectura resulta absolutamente desagradable sin aportarle mayores luces para que pueda formar el tejido de una narración agradable e interesante.

Le R. P. Griffet, *Traité des différentes preuves qui servent à établir la vérité de l'histoire*

Método

Nunca habrá Historia instructiva sin arengas.

Mably, *De la manière d'écrire l'Histoire*

Antes de leer una Historia, estudiad la vida del historiador.

Balmes, *El arte de llegar a la verdad*

La Historia antigua fue rehecha por entero en el siglo XII con la ayuda de las obras de Cicerón, Plinio, Virgilio y Horacio.

Dupanloup

Homero

El propósito de Homero en la *Ilíada* fue consolar a los troyanos de su pérdida.

Art. Hardouin, Biog. Michau

Orfeo

Orfeo no carecía de virtudes, fue perseguido.

Delisle de la Salle

No habría una Historia si se llevara el pirronismo hasta el extremo de incluir a Orfeo entre los personajes mitológicos.

Le Chevalier de Jaucourt

Judíos

Los anales de los judíos, según confesión de los propios eruditos, son los únicos cuya cronología es simple, regular y luminosa.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, p. 156

Los judíos fueron el pueblo más virtuoso y el más feliz de todo el género humano.

Gaume, *Catéchisme de persévérance*

El rey Algare

La carta del rey Algare a Jesucristo y la respuesta del Salvador son *auténticas*.

El atestado de la muerte de Jesucristo, enviado por Poncio Pilatos a Tiberio, se conservaba en los Archivos del Imperio, pero los paganos tenían interés en esconderlo. Tertuliano así lo afirma.

Bergier, *La certitude des preuves du Christianisme*

Moisés

A su lado [de Moisés], los Platón, los Sócrates no son más que ciegos y niños.

La Ste Bible vengée des attaques de l'incrédulité,
el abate Duclot, t. I, p. 5

Su conocimiento de los hechos es indiscutible, su veracidad está al margen de toda discusión.

Fue el más eminente de los filósofos, el más prudente de los legisladores.

Baguenault de Puchesse, *Le catholicisme considéré dans l'ensemble de ses preuves*,
t. I, pp. 132-143

Idea. Druidas

Los hebreos tienen sus patriarcas, los galos sus druidas. Por una parte, el sacerdocio para los judíos *fue una especie* de druidismo oriental; por otra, la misma Iglesia romana no puede negarles a los druidas el derecho a participar en la alianza de Abraham y de Melquisedec.

Leflocq, *Études de mythologie celtique*, p. 47

Pudor histórico. Rollin

Ruego al lector que no se deje influir por anticipado y desanimar por el nombre, por el título de la obra con la que me propongo entretenerle, que no anuncia nada bajo y desagradable, pero de la que no obstante Tito Livio, etc.

Rollin, *Histoire romaine*, t. II, p. 30.
(De las cloacas, de los sumideros)

La Historia de Francia

Los grandes elementos de la poesía, tales como lo maravilloso, las pasiones y las luchas, constituyen de modo particular la Historia de Francia. Aparte de estas ventajas, posee otra no menos preciosa, como es la de los contrastes, sin los cuales un tema no puede entretener largo tiempo.

Marchangy, *La Gaule poétique*, t. III, p. 85

Su nombre demuestra que [los francos] estaban unidos por el amor a la libertad.

Bossuet, *Discours sur l'histoire universelle*, p. 82

Galia

Es seguro que la religión primitiva de los celtas y de los germanos estaba exenta de idolatría.

Lamennais, *Essai sur l'indifférence*

Ideas históricas. El tabulismo

El tabulismo [mesas giratorias] es, siguiendo a M. Madrolle, el mayor acontecimiento en la historia de la Humanidad, sin exceptuar la Redención.

Morin, *Du magnétisme et des sciences occultes*, t. II

Idea histórica

El adulterio. ¡He aquí el mal mortal introducido en el corazón de la familia por vuestras costumbres contemporáneas! El adulterio que antaño, en las sociedades

cristianas, no aparecía más que como un fenómeno raro.

P. Félix, *Progrès Chret.*

[incluir todos los reyes de Francia cronológicamente]

Frédégonde

... a la que no se puede ver aparecer en escena sin esperarse un acontecimiento siniestro.

Anquetil, *Histoire de France*

Brunehaut

Apresurémonos a hacer desaparecer a esta bruja [Brunehaut] de la tierra que ha mancillado durante demasiado tiempo.

Anquetil, *Histoire de France*

Luis el Bueno

El emperador Luis el Bueno, yendo de error en error, se vio metido en los apuros que fueron la causa de su desgracia y de la de su pueblo. Vamos a ver que el emperador Lotario, con sus torticeros manejos, se hundió en un caos de intrigas en las que se perdió, haciéndose hoy soldado, mañana monje, mientras que más astuto que él, su hermano Carlos, etc.

La Edad Media lo admiraba todo de Grecia.

Bonald, *Législation primitive*

Edad Media

Los albigenses..., unos fanáticos del error que la crítica de Historia podría llamar los filósofos del siglo XIII.

Marchangy, *La Gaule poétique*, t. V, p. 274

Ideas históricas

Edad Media

Las gentes del común vejadas por las *extravagancias* del feudalismo trataron de ponerse bajo el amparo de la autoridad regia.

Chateaubriand, *Réflexions politiques*

Idea científica

La química en el siglo XVI más avanzada que en la actualidad

Balzac

Es cierto que, durante el siglo XVI, en los años que le precedieron y que le siguieron, el envenenamiento había llegado a una perfección desconocida para la química moderna, y que la Historia ha constatado.

H. de Balzac, *La confianza de Ruggieri*

Catalina de Médici, genio

Catalina de Médici había desplegado las alas de su genio y volaba audazmente en la alta política de los Médici y de los Valois haciendo unos planes gigantescos.

Ibid.

Pedro el Ermitaño

Pedro el Ermitaño [...] sublevó Europa, aterró Asia, acabó con el feudalismo, ennobleció a los siervos, *transportó la antorcha de las ciencias* y cambió Europa.

De Maistre, *Du Pape*

La Santa Sede

Los soberanos pontífices fueron sin discusión los preceptores de los reyes, los conservadores de la ciencia y los artífices de Europa.

Ibid.

Alejandro VI [...] un papa que constituye una triste excepción a esa larga serie de virtudes que han honrado la Santa Sede.

Ibid.

Alejandro VI

César Borgia

Podemos decirlo desde ahora mismo. Alejandro VI fue un digno pontífice y un gran gobernante; César Borgia el defensor de las libertades de Italia y Lucrecia la más pura de las mujeres.

(3.^a serie) C. Barthélémy,
Erreurs et mensonges historiques

Idea exagerada

Gregorio VII, «ese gran patriarca del liberalismo europeo».

Lamennais, *Questions politiques*

Protestantismo

Reforma

Al hacerse cristiana, la gente se exponía al martirio. Al abrazar la Reforma, la gente gozaba de más crédito que antes de hacerlo y estaba más segura de encontrar protectores.

Berger, *La certitude des preuves du christianisme*, 1767

El protestantismo descendió del trono con la ambición y el interés, al contrario del cristianismo primitivo, que surgió de la clase plebeya.

Baguenault de Puchesse, *Le catholicisme présenté...*, t. II, p. 222

Causa de la Revolución = error de los Estuardo

Si Francia no hubiese cometido el error de dejarla extinguirse [a la familia de los Estuardo] en el celibato eclesiástico, es posible que nuestra Revolución no se hubiese producido.

De Maistre, *Lettres et opuscules inédits*

Nunca se le pasó por la cabeza a ningún filósofo condenar la esclavitud antes del cristianismo.

De Maistre, *Du Pape*, libr. III, cap. III

Causa de la Revolución francesa

Dos errores capitales de la nobleza.

1.º: su desinterés por la artillería; 2.º: su aversión por la magistratura.

Marqués de Villeneuve, *L'agonie de la France*, 1839

Robespierre y Marat

Es difícil negarles a estos dos revolucionarios que pensaron constantemente en el bien.

Buchez et Roux

La Revolución

La Revolución no es otra cosa que la mentira puesta en acción; y la mentira puesta en práctica es un crimen doblado de ridículo.

Charles Barthélémy, *Erreurs et mensonges historiques*, 4.ª serie, p. 1

La Revolución francesa es un milagro tan maravilloso en su género como la

fructificación de un árbol en el mes de enero.

De Maistre, *Considérations sur la France*, cap. I

Lo que distingue a la *Revolución* francesa y hace de ella un acontecimiento único en la Historia es que es radicalmente mala, no existiendo ningún elemento positivo que alivie en ella la mirada del observador. Es el más alto grado de corrupción, así como es la pura impureza.

Ibid.

Idea histórica

¡Parece que Teseo *fue el primero* [!] que añadió a la fuerza física una habilidad especial.

Amorós, *Gymnastique et morale*, t. I, p. 325

La filosofía de nuestro siglo

No hay nada tan grosero como la filosofía de nuestro siglo. El *buen sentido* del siglo XII se habría burlado con toda justicia de ella.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

No al matrimonio de los curas en la Iglesia primitiva

Pero aun admitiendo por un momento que el matrimonio de los curas hubiera sido tolerado en la Iglesia primitiva, cosa que no se puede sostener ni histórica ni canónicamente, no se derivaría de ello que tuviera que permitirse actualmente a los eclesiásticos.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, p. 74

IDEAS CIENTÍFICAS

No hay *ninguna razón* para no atribuir la redacción del Génesis al propio Moisés.

Cuvier, *Discours sur la révolution du globe*, 1863, p. 109

Génesis

La ciencia, pese a sus progresos, no tiene nada que oponer al Génesis y tenemos dogmas que han sido debidamente explicados.

Abate Fabre, *Les origines de la terre et de l'homme*, 1873, p. 121

Es necesario que un caballero conozca algunos de los sistemas de la física para ser capaz de discutir acerca de ellos en una conversación.

Locke, *De l'éducation des enfants*

Buena idea científica

Los hombres que escaparon al *Diluvio* comunicaron a los caldeos sus conocimientos astronómicos.

Bertrand, *Lettres sur les révolutions du globe*, 1839

Hay que estudiar las ciencias, pero al mismo tiempo saber que son inútiles.

Nicole, *De l'éducation d'un prince*

Religión católica

La Biblia

La narración que nos hace la Biblia del Diluvio es conforme a la verdad en todo lo esencial.

F. Klee, *Le Déluge*, 1847, p. 83

Ubicación del Paraíso

El Paraíso debía de estar en el Cáucaso, más cálido antes del desplazamiento del eje que en la actualidad. Las ideas de los druidas sobre el fin del mundo confirman esta opinión.

Ibid., p. 227

Finalidad de la ciencia católica

Lo hermoso de la ciencia, así como de la inteligencia, es el ser capaz de penetrar en el verdadero sentido de las expresiones metafóricas que emplea a menudo para ocultar unas verdades que no habría sido posible comprender en la época en que fueron escritas.

Marcel de Serres, *Cosmogonie de Moïse*, 1841

Explicación católica

La luz no fue propiamente creada, sino activada en la época en que Dios dijo: ¡Hágase la luz! Y la luz se hizo.

Ibid., p. 95

Moisés no representó jamás a Dios como creador de la luz, sino solamente como el que le imprimió el impulso inicial por efecto de su voluntad.

Ibid., p. 96

Antigüedad del Pentateuco

No obstante estar de acuerdo en que el Pentateuco *es el más antiguo* de los libros conocidos, hay que reconocer que *existen monumentos de mayor antigüedad*.

Ibid., p. 270

Método científico

Imposible dejar de lamentar a menudo el no poder apoyar la verdad del testimonio científico. Es sobre todo en este caso cuando interrogaremos a nuestro corazón.

Le Travail, órgano de la Renovación Social, Lyon

Fundamento de los sistemas

¡Abajo todos los sistemas que no tengan por base al pueblo!

Ibid.

Causa de la decadencia de los imperios

Nunca pueblo alguno ha perecido por el exceso de vino, todos perecieron por los excesos con las mujeres.

J.-J. Rousseau, *Lettre à D'Alembert*

Método científico

Diferencias de pasión entre el hombre y la mujer: «son fáciles de intuir. Son matices que el novelista puede darse el gusto de expresar, pero que el filósofo debe dejar de lado».

Damiron, *Cours de philosophie*, 1837, t. I, p. 302

Ideas científicas

Arte de dibujar y de modelar: no cabe duda de que estas dos artes pertenecen a la gimnasia, al ser esta la fuente de todos los que se forman por medio de la manipulación y el movimiento.

Amorós, *Gymnastique et morale*,
t. II, p. 377

Ciencia católica

Pasaron de mil a dos mil años desde la estancia de los primeros hombres en el Paraíso hasta la invención del arte de la escritura.

F. Klee, *Le Déluge*, p. 187

Obligaciones de la cronología

La cronología no es en absoluto una ciencia marginal. Es *preciso* que concuerde con la metafísica, con la teología, con la física, con la filosofía de la Historia.

De Maistre, *Lettres et opuscles inédits*

Un aliento fuerte y violento es el distintivo de un gran espíritu, y, por el contrario, un aliento débil es indicio de un carácter decaído y de un espíritu débil.

Abate Migne, *Dict. des sciences occultes*

Religión-Ciencia

¡Adán sabía de ciencias!

«Si tomamos lo poco que nos queda de lo que le fue dicho a Adán, veríamos que hay inherente en ello una enseñanza científica mucho más explícita que la que acabamos de ver y que hay materia para una notable ontología.»

Buchez, *Traité complet de philosophie au point de vue du catholicisme et du progrès*

Religión

La certeza de ver mañana la luz del día se funda únicamente en la fe en la promesa del Hijo de Dios de que el reino de Dios se hará realidad en la Tierra.

Buchez, *ibid.*, t. II, p. 265

Ideas científicas. Educación. Ciencias

La *botánica*, la *zoología*, la *anatomía*, la *mineralogía*, la *química*, no son una necesidad absoluta en la educación pública y no podrán ser cultivadas con gran éxito sin resultar nocivas para estudios más importantes.

Sin embargo, hay que enseñar la *danza* a los niños y un poco de música vocal.

Bonald, *Législ. primit.*

La botánica

No tiene más utilidad real que la que puede sacar un ser pensante y sensible de la observación de la Naturaleza y de las maravillas del Universo.

J.-J. Rousseau, *Lettres élémentaires sur la Botanique*, VII

Lingüística

Hay una lengua europea que tiene un gran parecido con la lengua escrita de los chinos, es la lengua inglesa.

Buchez, *Traité complet de philosophie*

¡La moral cristiana ha dado origen a las lenguas modernas!

Ibid.

Lingüística

Las lenguas de los salvajes no pueden ser sino restos de lenguas antiguas, arruinadas, si se me permite decirlo así, y degradadas como los hombres que las hablan.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

La ciencia antes del Diluvio

Los crímenes son siempre proporcionados a los conocimientos del culpable, de manera que el Diluvio supone unos crímenes inauditos, y estos crímenes suponen conocimientos infinitamente superiores a los que poseemos. He aquí algo indiscutible y en lo que nos es necesario ahondar.

Ibid.

Ciencia de Egipto

Esta nación [Egipto] sabía necesariamente una multitud de cosas que nosotros desconocemos.

Ibid.

Geología

La Tierra es poco antigua

Algunos miles de años han bastado sobradamente para llevar a la Tierra al estado en que hoy se muestra.

Baguenault de Puchesse, *Le Cathol. présenté dans l'ensemble de ses preuves*

Moisés infalible

Como testimonio contra Moisés se ha apelado a la Historia, a la cronología, a la geología, a la astronomía, etc.

Las objeciones se han esfumado ante la verdadera ciencia.

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Lingüística

Los farmacéuticos americanos suministran específicos para hacer hablar hebreo, griego y latín.

Rogers, *Philosophy of misterious agents*,
en P. Xavier Pailloux, *Le magnétisme, l'espiritisme et la possession*, p. 283

Lingüística

¿Por qué razón se encuentran en las lenguas primitivas de todos los pueblos antiguos palabras que suponen necesariamente conocimientos extraños a estos

pueblos?

De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*

Medicina

La medicina *admite* que un muerto puede tener conciencia de lo que pasa a su alrededor durante un largo tiempo después del fallecimiento.

Ségouin, *Les mystères de la magie*, p. 158

Medicina

La tisis es tan contagiosa que un marido, tras haber besado a su mujer moribunda a causa de esta enfermedad, perdió todo el pelo del mentón en el que la enferma había posado sus labios, aunque su barba continuara creciendo abundantemente en torno al lugar depilado.

Daremborg, *Histoire des doctrines médicales*, p. 1252

Alberto Magno asegura que si alguien fuera mordido por una persona que acabara de comer lentejas, moriría en el acto.

Madame de Gentlis, *La botanique historique et littéraire*, p. 260

CONTRADICCIONES DE LA CIENCIA

La digital

Bouillaud llama a la digital «el opio del corazón», pero es un estimulante del corazón, y Beau la llama «la quina del corazón».

Dehours, *Thèse*, 1875

Evacuantes y astringentes

Los evacuantes son a veces astringentes, unos debilitantes pueden fortalecer; los calmantes y el opio, en particular, han producido en ocasiones una estimulación. No se conocen específicos.

Bouillaud, *Essai sur la philosophie médicale*, 1836, p. 326

Experimentos

La finalidad de un experimento es aislar un hecho de las circunstancias accesorias que lo rodean y que impiden o desnaturalizan su libre manifestación, pero por eso mismo cuando aisláis un hecho lo desnaturalizáis.

Becquerel, tesis doctoral, 1844

Medicamentos

Solo la costumbre y la experiencia enseñan que tal medicamento cura más que otro. No hay una sola evacuación que no pueda ser provocada igual de bien por los ácidos que por los álcalis: ahora bien, como las enfermedades son causadas por los vicios de las excreciones, de ello resulta que no se las puede atribuir, hablando con rigor, ni a los álcalis ni a los ácidos.

Pitcairne, citado en Daremberg, *Hist. doct. médic.*

La gota es causada por la astenia, por tanto casi todas las otras enfermedades deben tener la misma causa y deben ser tratadas por los estimulantes.

Brown, citado en Daremberg, *Hist. doct. médic.*

Medicina

Duración de la destrucción completa de los cadáveres según Gosselin: de 30 a 40 años:

Franck: de 24 a 25 años.

Walker: 7 años.

Pyñer: 14 años.

Moret: 3 años.

Orfila: de 15 a 18 meses.

En Francia, la media admitida es de 5 años.

A. Becquerel, *Traité élém. d'hyg. publique et privée*, t. II, p. 261

Medicina. Fiebres

La evolución de las fiebres eruptivas es poco susceptible de ser modificada por la medicina.

Trousseau, *Clinique médicale*, t. I, p. 347

Pus

No es tan fácil como se sentiría inclinado uno a creer determinar lo que se designa con el nombre de pus.

Piorry y Lhéritier, *Traité des altérations du sang*

CONTRADICCIONES ECONÓMICAS

Economía política

Remedio contra la miseria: ¡la donación fraterna y voluntaria de los propios bienes!

P. Félix, *Progrès...*

El lujo roba al pobre que está desnudo, al pobre que tiene hambre, al pobre que no tiene nada. Sería curioso calcular lo que supondría para la felicidad de los pobres si el lujo contemporáneo dejara de hacer de repente sus gastos inútiles y extravagantes.

Ibid.

Espíritu científico (a propósito del Diluvio)

Mas renunciamos gustosamente a estas razones, tomadas de las ciencias que dan cuenta de todo al espíritu, sin dar cuenta de nada al corazón.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, cap. IV

Economía política. Idea científica

¡Malthus confiesa que, a pesar de treinta años de investigaciones y cincuenta volúmenes de descubrimientos, hasta ahora no ha sido posible ponerse de acuerdo acerca de lo que constituye la riqueza!

Art. Adam Smith, *Biogr. Univers.*, p. 489

Idea científica

La experiencia de todos los tiempos nos demuestra que los ángeles tienen rostro humano.

Cahagnet, *Abrégé du ciel et de l'enfer*

IDIOTEZ DE LOS CRÍTICOS

Buda y su religión Barthélémy Saint-Hilaire

«Doctrinas extrañas y deplorables»

«Tentativa religiosa, poco razonable en sus principios»

«Ya solo queda juzgar el valor de esas teorías haciendo justicia a las partes de verdad que contienen y *condenando sin piedad tantos errores monstruosos*, que cubre inútilmente una grandeza aparente» (140).

¡Pobre budismo, que B. de Saint-Hilaire condena sin piedad! A propósito de la doctrina del *Nirvana*, «espectáculo embriagador y muy adecuado para provocar las reflexiones más dolorosas» (165)

Cristianismo (juicio sobre él)

Una de las brillantes características de la grandeza del cristianismo es haber producido esas sociedades y esos gobiernos libres que avanzan cada día, ante los ojos y los aplausos de la Historia, hacia nuevos progresos, hacia una nueva perfección (149).

Religión

Sin la *Revelación*, el hombre no sabría nada sobre sí mismo, ni siquiera su existencia personal.

Buchez, *Traité complet de philosophie au point de vue du catholicisme et du progrès*,
t. 2, p. 51

Psicología

Los *niños*, antes de poder articular una palabra, tienen la idea del deber, no en el sentido físico, en el de la oposición del placer y del dolor, sino en el sentido moral, en el de la oposición que existe entre abstenerse y satisfacerse.

Ibid., p. 105

El cristianismo no puede explicarse históricamente.

P. Félix, *Progrès...*, 1863

Geología

Las palabras «tierra vegetal» se extienden a todas las regiones. Hay una tierra vegetal material, que es la de nuestros campos. Hay una tierra vegetal espiritual, que es el elemento puro. Hay una tierra vegetal espiritual, que es la sabiduría. Hay una tierra vegetal divina, que es el Espíritu Santo.

Matter, *Saint-Martin, sa vie et ses écrits*

El tabaco

Uno de los autores cuyos escritos han ejercido más influencia en las costumbres de nuestro tiempo, *George Sand*, fuma cigarrillos todo el santo día: ¡y *George Sand* es una mujer! ¿Será a la influencia de estos cigarrillos fumados sin cesar a la que se deben, en parte, las páginas lamentables en las que esta autora, de un estilo tan admirable, de un espíritu tan fecundo, ha tratado sin respeto el carácter sagrado del matrimonio, y varias leyes fundamentales de todas las sociedades?

L. F. L. Bergeret, *Les Passions*, 1878, p. 205

El tabaco

¡Ah! ¡Desconfiad, muchachas, cuando estéis sumidas en la languidez que produce la fatiga del anochecer, desconfiad de ese enervación que produce *el olor a tabaco*, cuando un seductor audaz tiene también él la inteligencia turbada por la nicotina, la conciencia abotargada y, por consiguiente, el sentido moral pervertido, entregado a todas las excitaciones del desenfreno! ¡Ah! ¡Desconfiad de esas sombras de la noche, que impiden ver el rostro del hombre lascivo, siempre bestial, horrendo y repulsivo con frecuencia, y de las que huiréis ante la plena y pura luz de un sol matinal! ¡Cuántos pecados cometidos en medio de las tinieblas no aparecen en toda su gravedad a sus autores más que al día siguiente, al despertar, frente a ese resplandor

matinal, cuyos rayos parecen penetrar hasta el fondo del alma!

Ibid.

Estilo de los periodistas

De Fougères nos suministra bonitos guantes y muy buen calzado para hacer excelentes caminatas y para usarlos.

Alfred d'Aunay, *Figaro*

Fundamento

Podemos afirmar que esta alegación está desprovista de todo fundamento.

L. Boniface, *Le Constitutionnel*, 18 de noviembre de 1884

Afirmo que ese ruido no tiene sombra de fundamento.

E. Chatard, *La Presse*, 2 de marzo de 1866

Esta noticia, a la que me permitiréis que dé el nombre de bulo, carece absolutamente de fundamento.

C. de la Rounat, *L'optimisme Nationale*,
1 de marzo de 1866

Conociendo mejor que nadie el muy natural dolor de mi soberano, debo desmentir todos esos rumores como faltos de todo fundamento.

Marqués de Molins, embajador de España

ESPÍRITU PARTIDISTA

ESTILO DE LOS PERIÓDICOS SATÍRICOS

Desde la Revolución de Julio, se calcula que 81.729 víctimas han sido clavadas a la cruz... de honor.

Le Bridoisson, 1832

Ha ardido un *steamer*... «Más de doscientas personas, entre ellas muchas mujeres y niños, han perecido ahogados o quemados.»

La imaginación se niega a admitir la idea de semejantes desastres.

Le Gaulois, 1 de noviembre de 1862

Los desheredados del deporte de la caza estaban jubilosos, el sábado, en Caudebec-lès-Elbeuf.

Se ve que un lebrato —descerebrado como su padre y su madre, evidentemente— había cometido la ingenua imprudencia de aventurarse en pleno macadán para

contemplar las bellezas monumentales de los arrabales de nuestra ciudad...

La historia no dice con qué salsa se comieron la liebre: si como civet, a la borgoñona o bien con salsa real. Valdría la pena esclarecer el asunto, aunque solo fuera para conocer la opinión política del asesino, que se nos dice era un oficial de carnicería.

Nouvelliste de Rouen, 5 de octubre de 1872

PERIÓDICOS

Bonito anuncio

«Incienso de los Reyes Magos, al uso de Roma y de todas las iglesias católicas, en la botica de Houguet, droguista, número 44 de la rue des Lombards, en el Mortier d'Or, París. Se informa a los señores eclesiásticos de que pueden encontrar en mi establecimiento, o en los de los señores párrocos que han aceptado el depósito, el incienso de los Reyes Magos, el único usado en Roma que contiene mirto y otros preciados perfumes regalados al Niño Jesús por los Reyes Magos. Elaborado a partir de unos documentos auténticos, comunicados por el Excelentísimo Señor Cardenal... Se vende en cajas de 250 gramos al precio de 6 francos.»

Obreros

Le respondí cortésmente porque era obrero.

Blanqui hablando de Houdin, *Réforme*, 1849

Se golpea duramente al proletariado, el agiotista millonario permanece impune, el ladrón de guante blanco se ve protegido en su huida.

Estética

El arte no es un lenguaje para el canto frívolo y la alegría es un arma de combate, es la espada de las ideas, es la antorcha que debe arder, purificar, iluminar a lo lejos la marcha de las generaciones y marcar las grandes etapas.

Ribeyrolles, art. sobre las aristocracias, *Réforme*, 1847

Contra el poder

La mazurca, danza polaca, no fue traída a las Tullerías gracias a la influencia de Guizot.

Eufemismo de Thiers

A propósito de la guerrera gris de Napoleón: «No tenía aún ese *envoltorio* gris que le hizo tan célebre posteriormente».

Thiers

Espíritu de la magistratura

Ocurrencia de monsieur Besson, fiscal del Tribunal Supremo, a un parricida: «Había amenazado usted ya a su padre, *incluso* había traído a su casa a una mujer pública».

No es intención del periódico hacer política, esta estará en un segundo plano; es comunista, quiere para todos «la primavera y sus fiestas».

Le Travail, órgano de la Revolución Social

Aportar su granito de arena, locución frecuente.

¡Ruán, la ciudad suburbial de París, el mismo espíritu! ¡Las mismas pasiones! ¡El mismo gusto por las letras y las artes!

Histoire de la Révolution, de Garnier-Pagès

Periódicos satíricos

El club de los incorruptibles organizó el 2 de abril un banquete en la place du Chatelet. Un enorme pastel preparado por el hermano de Flotte «fue destinado a la comunión republicana», cortado en pedacitos «sirvió de pan bendito en esa comunión democrática».

Le Démocrate égalitaire, 24 de abril de 1848

LITERATURA – BELLAS ARTES - CRÍTICA

En *Le Tintamarre*

Oído en una botica:

—¿Conoce usted el teatrillo de la Tour-d’Auvergne?

—Sí, he estado.

—¿Vio usted el agujero del apuntador?

—Ya lo creo, le puse una lavativa.

Juicio de *Le Pays* sobre las *Alegrías campestres*, de Jules Janin:

«Con respecto al estilo de las *Alegrías campestres*, ¿qué decir sino que, en este tipo de *variaciones sobre la cuarta cuerda*, este libro es quizá la obra maestra de su autor? Nunca esa frase *saltarina*, que juega con la agudeza *como un gatito con un reflejo*, ha sido empleada con más flexibilidad, gracia, alegre intención, *muelle energía*; nunca ese espíritu *voluptuoso*, alimentado en el serrallo de las rosas y de las *lascivias* del vocabulario, se ha entregado a semejantes refinamientos musicales y coloristas, de *caricias verbales*».

Guttinger

MATERIALES

Ómnibus: hace veinte años no teníamos.

A decir verdad, la población ha aumentado.

¡Tiene entrañas, esta mujer! Noble criatura, yo sería tu hijo si tú fueras mi madre.

Debo más bien este descubrimiento al azar que a mi genio.

Un peluquero

Coger flores se dice:

Despojar el jardín de su más bello aderezo.

Es preciso que la pluma de este hombre, como un escarabajo infecto, pasee su viscoso jugo por todas las flores. Ni una mujer en el Evangelio se sustraerá a los chorros de este líquido corrosivo.

Abate R. H. Laillaut, *Observations critiques sur la vie de Jésus*, 1864

Hoy a mediodía estábamos en Bolonia.

Esta noche, en el baile..., he aquí una tarea despachada de la que sentirse orgulloso.

Camille Dourcet, *La Considération*, acto IV, esc. VIII

—Desde la huerta la vista es más hermosa aún

—Vamos allí, general, el billar le llama.

Prestamos juramento a la divinidad aquí representada por un hombre que es la manifestación más alta de Dios en la Humanidad.

Charles Lambert, «Proceso a los sansimonianos».
Figaro, 28 de agosto de 1867

Doma a los caballos [para decir que su padre es cochero].

Las frases de la vida [fases].

Los productos alimenticios sufren por ello.

¡Oh! ¿Cuándo podré comerme a un burgués?

Léon Gozlan, *Figaro*, 20 de septiembre de 1866

Sainte-Beuve

Una larga incubación de piedad que madura.

Sus suspiros se vuelven vientos.

Oración fúnebre a un amigo:

Señores, han querido ustedes que no *abandonásemos sin dirigirles* un último adiós a los restos de un médico experto, de un amigo excelente, de un corazón abnegado que perdemos, y es para cumplir este deseo de la amistad por lo que me aventuro a levantar la voz en un lugar y en unas circunstancias en las que *el silencio emocionado es la más elocuente de las palabras*, etc.

Évènement, 7 de junio de 1866

Paul de Saint-Victor

El viejo asceta se calcina al tórrido sol de la penitencia.

Tamizar la materia con el filtro de cristal de su virginidad.

El vestido rosa que languidece con pliegues moribundos sobre la incorpórea proyección de su belleza rodea su genuflexión de una trama maravillosa de pudor tejido de hilada castidad.

Auguste Vacquerie

La noche es el silencio del sol.

Profils et grimaces, p. 19

La tierra es la raíz del cielo.

Ibid., p. 325

Yo preparo, estofándola a fuego lento, la cocina de mi alma.

Benjamin Gastineau

Galimatías Durruyque

Informe al emperador concerniente a la representación de las ciencias dependientes del Ministerio de Instrucción Pública para las exposiciones internacionales.

Patrie, 14 de noviembre de 1865

De nuestra familia, no nos quedan más que parientes.

Edmond y Jules de Goncourt

No he leído nada cincelado con tan impresionante sencillez.

Émile Olivier

Los cabellos largos son el signo de elegancia del artista.

Charles Coligny

Se ha dicho que procrear no es tan difícil; solo hace falta que dos se pongan a ello; pues bien, no, tienen que ser tres; un hombre, una mujer y Dios entre ellos. Si el pensamiento de Dios es ajeno a su éxtasis, harán un niño, pero no harán un hombre.

George Sand, *Histoire de ma vie*

No basta, hijo mío, con ablandarse como un pedazo de buey en el caldo del sentimentalismo, hay que pasar a la acción.

¡En cuestiones de amor soy asquerosamente pragmático!

Adolphe Gaiffe, *Corsaire*, 7 de septiembre de 1852

Unas caricias que hubieran hecho saltar hasta el firmamento a todos los seminaristas de la Tierra.

Raymond Brucker, *Mensonge*, p. 430

Es menester que la enemistad social se oceanice en la copa de la anarquía, pues la necesidad de verdad está en el fondo del vaso y hay que beber hasta la última gota antes de poder llegar a ese sedimento tan necesario.

Colins

La siega es el desenlace del drama agrícola.

Auguste Desplaces

Me parece que esta noche tengo en mí el alma de Napoleón que me inspira y me manda grandes cosas: en la rue du Coq he comprado un sombrero.

Gérard de Nerval, «Aurelia o el sueño de la vida»,
Revue de Paris, 15 de febrero de 1855

Epígrafe para encabezar esta colección:

He aquí a estos hombres soberbios,
unos sobre los otros tumbados;
así palpitan entre las hierbas
los peces que se han pescado.

Ponsard, poema de Homero, *Revue de Paris*,
15 de diciembre de 1854

No hay más que soñadores subalternos, que no alcanzan jamás la forma de los maestros cuyos pensamientos roban, que niegan la poesía de la industria.

Revue de Paris, 15 de julio de 1853

El azúcar sabroso es el dulce alimento
que calma del caballo el orgulloso resentimiento

P. A. Pronty, *Dieu, l'âme, la nature* (poema)

¿Hay alguien más bondadoso que ese hombre (mi tendero) que despacha azúcar desde primera hora de la mañana, que repite quinientas veces al día: «¿*Es todo, señor*, no necesita nada más?». Está hecho a mi imagen y semejanza, Dios le ha concedido el *hueso sublime*, posee los mismos órganos que mi enclenque persona. Duerme, bebe, come, digiere y – torre de marfil – hay en su rebotica una mujer: una mujer suya, que, a eso de las once o a medianoche, una vez cerrados los postigos, tiembla ante el brillo de su pupila ardiente y lo llama Théodore, es decir: ¡*presente de Dios!*

Louis Pollet, *Figaro*, 6 de septiembre de 1859

Pesadas preocupaciones bullen en el fondo de mí, como sapos en una cloaca llena de hierba, me curaré de mi mal cuando Dios me haya curado de la vida.

[...]

He leído unos malos versos en una tumba. Me gustaría que no se escribieran malos versos en la mía. Sin embargo, quisiera estar muerto, pues entonces estaría curado de mi mal.

Catulle Mendès, *Boulevard*, 2 de marzo de 1862

Los hombres son todo lo que sale de ellos.

Belmonset, *Europe*, 3 de agosto

Los versos fueron inventados para ayudar a la memoria, más tarde se los conservó para aumentar el placer de ver vencida la dificultad. Conservarlos hoy en el arte dramático es señal de barbarie.

Stendhal, *Del Amor*, p. 234

DICCIONARIO DE IDEAS CORRIENTES

Vox populi, vox Dei.

Sabiduría de las Naciones

Se convendrá en que toda idea pública, toda convención aceptada, es una tontería, puesto que goza del acuerdo de la mayoría.

CHAMFORT, *Máximas*

A

ABEJORROS

Hijos de la primavera.

Cuando se habla de sus estragos, en un discurso de cámara agraria, hay que llamarlos «funestos coleópteros».

Buen tema para un opúsculo.

Su destrucción total es el sueño de todo prefecto.

ABELARDO

Es inútil tener la más mínima idea de su filosofía, ni siquiera conocer los títulos de sus obras.

Hacer una alusión discreta a la mutilación que le infligió Fulberto^[171].

Tumba de Abelardo y Eloísa. Si os demuestran que es falsa, exclamad: «¡Me quita usted mis ilusiones!».

ABNEGACIÓN

Lamentarse de que los demás carezcan de ella.

En este aspecto, somos muy inferiores a los perros.

ABOGADO

Hay demasiados abogados en la Cámara.

Tienen el juicio deformado porque defienden el pro y el contra. Se les consulta sobre todas las cosas, incluso sobre las que no conocen.

Decir de un abogado que no sabe hablar: «Sí, pero sabe mucho de leyes».

ABRIGO DE PIEL

Signo de riqueza.

ABSALÓN

Si hubiera llevado peluca, Joab no habría podido darle muerte.
Apodo jocoso para un amigo calvo.

ACADÉMIE FRANÇAISE

Denigrarla, pero tratar de ingresar en ella a ser posible.

ACCIDENTE

Siempre «deplorable» y «enojoso»; como si una desgracia pudiera ser nunca motivo de alegría.

ACEITE DE OLIVA

Nunca es bueno.

Hay que tener un amigo en Marsella que nos mande un barrilito.

ACTIVO

Término lúbrico^[172].

ACTRICES

La perdición de los hijos de buena familia.

Son de una lubricidad increíble. Duermen durante el día, se entregan a orgías por la noche, despilfarran los millones y acaban en el hospital.

«Perdón, algunas son hasta buenas madres de familia.»

ADIOSES

Empañar la voz con un velo de lágrimas al hablar de los Adioses de Fontainebleau^[173].

ADOLESCENTE

Empezar siempre un discurso de reparto de premios diciendo: «Jóvenes adolescentes», lo que es un pleonasma.

ADUANA

Hay que rebelarse contra ella y burlarla.

ADULADOR

No dejar nunca de citar:

«Detestables aduladores, el más funesto presente / que puede hacer a los humanos la ira del Cielo».

«El adúlador vive siempre a costa de quien le presta oídos^[174].»

AFEITE

Estropea el cutis.

AFORTUNADO

Decir, hablando de un hombre afortunado, que «nació de pie». El que dice esto no sabe lo que significa; y el interlocutor tampoco.

AGOTAMIENTO

Siempre «prematureo».
Consejos a los hombres debilitados.

AGRADECIMIENTO

No hay necesidad de expresarlo.

AGRICULTURA

Una de las ubres del Estado (el Estado es de género masculino, pero no pasa nada).

Falta de brazos. Se debería fomentarla.
Argumento muy chic.

AGUA

El agua de París produce cólicos.
El agua de mar sostiene mejor para nadar.
El agua de colonia huele bien, la de París mal.

AGUINALDO

Indignarse en contra.

AIRE

Desconfiar siempre de las corrientes de aire. Invariablemente, el fondo del aire está en contradicción con la temperatura: si esta es cálida, el aire es frío, y a la inversa.

AJEDREZ

Imagen de la táctica militar.
Todos los grandes capitanes eran buenos ajedrecistas.
«Demasiado serio para ser un juego, demasiado fútil para ser una ciencia.»

AJENJO

Veneno muy poderoso: un vaso, y estás muerto.
Los periodistas lo toman mientras escriben sus artículos.
El ejército francés perecerá a causa de él.
¡Ha matado a más soldados que los beduinos!

AJO

Mata las lombrices y predispone a las batallas amorosas.
Cuando Enrique IV vino al mundo le frotaron los labios con ajo.

AJUSTICIAMIENTOS

Lamentarse de que las mujeres van a verlos.

ALABARDA

No rima con «misericordia».

Cuando se ve una nube amenazadora, no dejar de decir: «Van a caer alabardas^[175]».

En Suiza, todos los hombres llevan alabarda.

ALABASTRO

Empleado poéticamente para describir las más bellas partes del cuerpo de las personas.

ALETA DE LA NARIZ

Levantadas, signo de lubricidad.

ALBARICOQUES

Tampoco este año los habrá.

ALBIÓN

Siempre precedida de «blanca, pérfida, positiva».

Napoleón estuvo a un paso de conquistarla.

Para hacer su elogio: «la libre Inglaterra».

ALCALDE

Se cree insultado si se le llama «regidor».

Ponerles siempre en ridículo.

ALCIBÍADES

Célebre por el rabo de su perro^[176].

Tipo de libertino, frecuentaba a Aspasia.

ALCOHOLISMO

Causa de todas las enfermedades modernas (*véanse* AJENJO y TABACO).

ALDEA

Queda bien en poesía.

Enternecedora palabra.

ALEGRÍA

Siempre acompañada de «loca».

Los amigos de la franca alegría.

La madre de los juegos y de las risas; de sus «hijas^[177]» no se debe hablar.

ALEMANES

No es extraño que nos derrotaran, ¡no estábamos preparados!

Pueblo de soñadores (viejo).

ALEMANIA

Siempre precedida de «rubia», «soñadora», pero ¡qué organización militar!

ALGODÓN

Es útil sobre todo para los oídos.

Una de las bases de la sociedad en la Seine-Inférieure^[178].

ALIENTO

Uno «fuerte» da un aire distinguido.

Evitar alusiones a «las moscas^[179]» y decir que viene del estómago.

ALMIRANTE

Siempre valeroso.

Jura solo «¡por mil bocas de cañón!».

ALMOHADA

No usarla nunca, pues se vuelve uno jorobado.

ÁLOE^[180]

Cañonazo.

ALUBIAS

(Citar lo que dice de ellas Casanova.)^[181]

Habichuelas.

AMBICIÓN

Siempre precedida de «loca» cuando no es «noble».

AMBICIOSO

En provincias, todo hombre que hace hablar de él.

«Yo no soy ambicioso» quiere decir «egoísta e inepto».

AMÉRICA

Buen ejemplo de injusticia: fue Colón quien la descubrió, y el nombre le viene de Americo Vespucio.

De no haberse descubierto América, no tendríamos la sífilis ni la filoxera.
Magnificarla, en cualquier caso, sobre todo cuando no se ha estado en ella.
Echar una parrafada sobre el *self-government*.

ANATEMAS DEL VATICANO

Burlarse de ellos.

ANDROCLES

Citar el león de Androcles a propósito de los domadores^[182].

ÁNGEL

Queda bien en amor y en literatura.

ANIMALES

¡Ah, si los animales pudiesen hablar!
Los hay más inteligentes que los hombres.

ANTICRISTO

Voltaire.

Renan^[183].

ANTIGÜEDAD

Y todo lo relacionado con ella:
¡Es trivial, cargante, etc.!

ANTIGÜEDADES

Son siempre de fabricación moderna.

APETITO

Lo que lo hace venir.

APLOMO

Siempre seguido de «infernial» o precedido de «brutal».

APRENDIZ DE CIRUJANO

Cena y duerme al lado de los cadáveres.
Los hay que se los comen.

AQUILES

Añadir «el de los pies ligeros»; esto hace creer que se ha leído a Homero.

ARENQUE

Fortuna de Holanda.

ARPA

Permite el lucimiento de brazos y manos.

En los grabados, se toca siempre sobre un fondo de ruinas.

Produce armonías celestiales.

ARQUÍMEDES

«¡Eureka!»

«Dadme un punto de apoyo y levantaré la Tierra.»

También existe el tornillo de Arquímedes, pero no estamos obligados a saber más^[184].

ARQUITECTOS

Todos imbéciles. Se olvidan siempre de la escalera de las casas.

ARQUITECTURA

No hay más que cuatro órdenes arquitectónicos. Claro que sin contar el egipcio, el ciclópeo, el asirio, el indio, el chino, el gótico, el románico, etc.

ARSÉNICO

¡Se encuentra en todas partes!

Citar a la señora Lafarge^[185].

Sin embargo, hay pueblos que se lo comen.

ARTE

Hace que acabe uno en el hospital de los pobres.

¿Para qué sirve, si se lo sustituye por la mecánica, que lo hace «mejor y más deprisa»?

Bellas Artes.

Anécdota del Príncipe Presidente; comisión presidida por Séchan^[186].

Bellas Artes, artes industriales.

ARTISTAS

Hay que reírse de todo lo que dicen.

Todos son unos comediantes. Alabar su desinterés.

Asombrarse de los que visten como todo el mundo (viejo). Una mujer artista no puede ser más que una pelandusca. Marisabidilla (véase BAS-BLEU).

Ganan grandes sumas de dinero, pero las tiran por la ventana.

Lo que hacen los artistas no se puede decir que sea «trabajar».

Son invitados a comer en el restaurante.

ASESINO

Siempre «cobarde», incluso cuando ha sido intrépido y audaz.

Menos culpable que un pirómano.

ÁSPID

Animal conocido por la cesta de higos de Cleopatra.

ASTRONOMÍA

Hermosa ciencia. Solo es útil para la Marina. A este propósito, burlarse de la astrología.

Decir siempre: «¡Qué hermosa ciencia! Permite predecir el futuro y el tiempo que hará dentro de un año».

ATEO

Un pueblo de ateos no podría subsistir.

AUTOR

Se debe «conocer a los autores»; pero se vería uno en un apuro si tuviera que citar sus nombres.

Frases de autores.

Su modo de vivir.

AVESTRUZ

Digiere piedras.

AZUCARAR

Endulzar el café.

AZUFAIFA

No se sabe con qué está hecha.

B

BACHILLERATO

Echar pestes en contra.

BAGNOLET

País célebre por sus ciegos^[187].

BAILE

Ya no se baila, se anda.

BALA DE CAÑÓN

El viento que produce la bala de cañón asfixia.

Ciega.

BALSA

Siempre seguida de «de la Medusa».

BALLESTA

Buena ocasión para contar la historia de Guillermo Tell.

BANDERA NACIONAL

Solo verla nos debe hacer latir el corazón.

BANDIDO

Los bandidos son siempre «feroces».

BANQUEROS

Todos ricos.

Árabes. Depredadores.

BANQUETE

Comida de empresa. Reina siempre en él la más franca cordialidad. Deja muy buen recuerdo y los comensales se despiden siempre hasta el año siguiente.

Banquete democrático. Siempre ternera y ensalada.

Diversos tipos de banquete, a desarrollar:

militar,

académico,

de antiguos alumnos,

de cumpleaños.

«Infeliz convidado al banquete de la vida^[188],»

BARBA

Signo de fuerza.

Demasiada barba provoca la caída del pelo.

Útil para proteger las corbatas.

Cortes distintos.

BARBERO

Ir a «Le Frater».

Fígaro.

El barbero de Luis XI^[189].

Antiguamente hacía sangrías.

—de pueblo.

BARQUICHUELA

Toda pequeña embarcación que lleva a una muchacha. «¡Ven a mi barquichuela!»

BAS-BLEU^[190]

Término despectivo con el que calificar a toda mujer que se interesa por las cosas artísticas.

Citar a Molière en apoyo: «cuando sus facultades mentales aumentan», etc^[191].

BASE

Las bases de la sociedad: la propiedad, la familia, la religión, el respeto a las autoridades.

Hablar airadamente si se las ataca.

BASÍLICA

Sinónimo pomposo de iglesia.

BASTÓN

Más temible que la espada.

BATALLA

Siempre «sangrienta».

Hay siempre dos vencedores: el triunfador y el derrotado.

BAYADERA

Todas las mujeres de Oriente son bayaderas.

Palabra que hace volar la imaginación.

BAZO

Antiguamente se lo quitaban a los corredores.

BAZO (privado de)

Correr como un *dératé*^[192].

(Inútil saber que la extirpación del bazo no ha sido practicada nunca en el hombre.)

BEETHOVEN

No pronunciar «Bitovan».

Pero, eso sí, pasmarse cuando interpretan una de sus obras.

De las oberturas de *Bêtes-aux-veines* (viejo^[193]).

«¡Qué conjunto!» «¡Qué arte en orquestar!»

BELGA

Hay que llamar a los belgas: franceses contrahechos; hace siempre reír. «Ya lo sabe.»

BESAR

Decir «dar un beso», más decente^[194].

Dulce robo.

El beso se «deposita» en
la frente de una muchacha,
la mejilla de una madre,
la mano de una bonita mujer,
el cuello de los niños,
los labios de una amante.

BIBLIA

El libro más antiguo del mundo.

BIBLIOTECA

Tener siempre una en casa, principalmente cuando se vive en el campo.

BIGOTES

Dan un aire marcial.

BILLAR

Noble juego. Indispensable en el campo.

BOHEMIO

Los bohemios son todos nacidos en Bohemia.

BOLSA (agente de)

Todos ladrones.

BOLSA (la)

Termómetro de la opinión pública.

BONITO

Se emplea para todo lo que es «hermoso».

«¡Es superbonito!» es el colmo de la admiración.

BOSQUE

Los grandes bosques hacen soñar.

Adecuados para componer versos (*véase* PARAJES).

En otoño, decir: «De los despojos de nuestros bosques...».

BOSTEZO

Hay que decir: «Disculpen, no es del aburrimiento, sino a causa del estómago».

BOTA

Durante los grandes calores, no olvidar nunca una alusión a las botas de los gendarmes o a los zapatos de los carteros (no está permitido más que en el campo, al aire libre).

Solo con botas va uno bien calzado.

BRETONES

Todos buenas personas, pero tercos.

BROMA

Hay que hacerlas cuando se va al campo con las damas.

BRONCE

Proverbio: las injurias se escriben [en]^[195].

Metal de la Antigüedad.

BUDISMO

«Falsa religión de la India.» (Definición del Diccionario Bouillet, 1.^a edición.)

BUFANDA

Poética.

BUFFON

Se ponía manguitos para escribir^[196].

C

CABALLERÍA

Más noble que la infantería.

CABALLO

Si conociera su fuerza, no se dejaría montar.

«¡A caballo, señores!» (en todos los dramas).

La más noble conquista...

Despreciar el caballo de carreras. ¿Para qué sirve?

Anécdotas: el caballo de coche de alquiler que se hizo célebre, un rocín que costaba 50 francos, etc.

Carne de caballo: buen tema para un artículo si alguien desea sentar plaza de persona seria.

CABELLO

Cabellera.

CACERÍA

Ejercicio cinegético.

Excelente para la salud.

Hay que fingir siempre una gran pasión por la caza.

Indispensable a los soberanos.

La locura de la magistratura.

CAFÉ

Solo es bueno si viene de El Havre.

El mejor es una mezcla de Martinica y Bourbon.

Aviva la inteligencia.

En una comida elegante, se debe tomar siempre de pie.

Tomarlo sin azúcar es distinguido, da a entender que se ha vivido en Oriente.

CAJA DE CAUDALES

Oportunidad de robo para los criados.

CAJA FUERTE

Sus combinaciones son muy fáciles de descubrir.

CALABOZO

La paja está siempre húmeda.

Siempre horrible; no se ha encontrado ninguno agradable.

CALAMBRE

Ahogamiento.

CALIDOSCOPIO

Palabra que no se emplea más que en relación con exposiciones de pintura.

CALOR

Siempre «insoportable».

«¡No hay quien respire!»

No beber cuando hace calor.

CALVICIE

Es siempre «precoz».

Y causada por los excesos de la juventud o por la concepción de grandes pensamientos.

CALLO

Señala el cambio de tiempo mejor que un barómetro.

Muy peligroso cuando se saca mal.

Citar ejemplos de accidentes terribles.

Hay que evitar subir escaleras, pues produce callos.

Los más prudentes no se los sacan nunca; se los arrancan con las uñas, y se aplica sobre ellos un trozo de carne macerada en vinagre.

CAMARILLA

Indignarse cuando se pronuncia esta palabra.

CAMELLO

El camello tiene dos jorobas y el dromedario una sola. O bien el camello tiene una joroba y el dromedario dos. Uno se confunde.

Estar sobrio como un camello.

CAMPANARIO DE PUEBLO

Sirve para hacer latir el corazón.

CAMPO

Allí todo está permitido.

Hay que estar siempre a nuestras anchas.

Nada de aseo personal, fuera ropas.

Alegría ruidosa, gastar bromas.

Sentarse en el suelo, fumar en pipa.

La gente de campo es mejor que la gente de ciudad. Envidiar su suerte.

CANDOR

Siempre «adorable».

O se es una persona llena de candor o se carece de él por completo.

CANGREJO

Anda hacia atrás. Llamar siempre «cangrejos» a los reaccionarios.

CANTANTE

Se traga todas las mañanas un huevo fresco para aclararse la voz.

El tenor tiene siempre una voz «encantadora» y «tierna», el barítono un órgano «simpático» y «bien timbrado», el bajo una emisión «potente».

CANTO RODADO

¡Traerlos del mar!

CAÑONEO

Cambia el tiempo.

Pegar el oído a tierra para oírlo cuando está lejos.

CAPA

Siempre «color de muralla» para las aventuras galantes.

CARA

«El espejo del alma.» De modo que hay personas que tienen el alma bien fea.
Una cara agradable es el pasaporte más seguro.

CARNICEROS

Son terribles en tiempos de revolución.
Los carniceros son todos gordos.
Todos brutales, aplastan a los niños por las calles.

CARRUAJES

Más cómodo alquilarlos que tenerlos. De esta manera no se oirá el ruido de los criados ni de los caballos, que están siempre enfermos.

CARTERA

Una cartera bajo el brazo da aires de ministro.

CARTUCHERA DE SOLDADO

Funda de bastón de mariscal^[197].

CARTUJOS

Se pasan la vida cavando su tumba, destilando *chartreuse* y diciendo: «Hermanos, hay que morir».

CASTAÑA

Hembra del *marron*^[198].

CASTILLO

Cualquiera que sea, sufrió un asedio en tiempos de Felipe Augusto.

CATAPLASMA

Se debe aplicar siempre, en espera de que llegue el médico.

CATOLICISMO

Ha ejercido una influencia muy beneficiosa en las artes.
Aportar pruebas en contra.

CAZA

No está buena si no está pasada.

CAZADORES

Todos los cazadores son bromistas.

Llamarles «Nemrod», pues les halaga siempre, sin saber por qué; o bien: «gran cazador ante el Altísimo^[199]».

El equipo del cazador. Madrugan...

El calzado, tanto más pesado y grueso cuanto más hay que caminar.

Ostentan aires de rusticidad.

CAZADOR FURTIVO

Todos ex presidiarios. Hay que acusarles de todos los crímenes cometidos en el campo. Deben provocar una ira frenética: «¡No hay que tener piedad, caballero, nada de piedad con ellos!». Sin embargo, es a ellos a quienes uno se dirige cuando se quiere un perro de caza.

CEDRO

El del Jardín des Plantes lo trajeron en un sombrero^[200].

CELEBRIDAD

Denigrar como sea a las celebridades señalando sus vicios privados.

Musset se emborrachaba.

Balzac estaba cargado de deudas.

Hugo era avaro.

...

CELOS

Siempre seguidos de «desenfrenados».

Entrecejo fruncido, prueba de celos.

Pasión terrible.

CENA

Cenas de la Regencia: flores, luces, mujeres semidesnudas, etc. En ellas corría a mares el ingenio y el champán.

CENSURA

¡Por más que se diga, es útil!

CERDO

Como el interior de su cuerpo es «exactamente igual» al del hombre, deberían utilizarlo en los hospitales para aprender anatomía.

CERRADO

Siempre precedido de «herméticamente».

CERTIFICADO [de buena conducta]

Garantía para las familias y tranquilidad para los padres.
Un certificado es siempre favorable.

CERUMEN

«Cera humana»; no conviene quitárselo, porque impide que los insectos entren en los oídos.

CERVEZA

No se debe tomar, pues uno *se resfría*.

CIENCIA

Respecto a la religión:

«Un poco de ciencia aparta de la religión; mucha, acerca a ella^[201]».

CIGARRO

Los de la Tabacalera son siempre «infumables»; los únicos buenos son los de contrabando.

CÍMBALO

Siempre «resonante».

CIPRÉS

Solo crece en los cementerios.

CÍRCULO

Se debe formar parte siempre de uno de ellos.

CIRUELAS

Las ciruelas mantienen limpio el intestino.

CIRUJANO

Los cirujanos son duros de corazón.

Llamarlos «carniceros».

CISNE

«Blanco como un cisne», aunque los hay también negros.

«Canto del cisne», porque no canta.

Con un ala puede romperle la pierna a un hombre.

El Cisne de Cambrai no era un ave, sino un hombre llamado Fénélon.

El Cisne de Mantua: Virgilio.

El Cisne de Pésaro: Rossini.

CLARINETE

Tocarlo causa ceguera.

Ej.: todos los ciegos tocan el clarinete.

CLAROSCURO

No se sabe lo que es.

CLÁSICOS

Hay que conocerlos.

CLOWN

Dislocado desde niño.

CLUB

Motivo de exasperación para los conservadores. Incomodidad y discusión sobre la pronunciación de la palabra^[202].

COCIDO

Es sano.

Inseparable de la palabra «sopa»: la sopa y el cocido.

Un buen cocido es algo delicioso.

COCINA

Cocina de restaurante, siempre «recalentada»

— casera, siempre «sana».

— del Sur, «demasiado especiada» o «con mucho aceite».

El puchero solo es bueno en casa.

COCODRILO

No pronunciar: cocodrillo.

Imita el llanto de los niños para atraer al hombre.

Su piel es excelente para hacer guantes.

Lágrimas de cocodrilo.

COLCHÓN

Cuanto más duro, más saludable.

COLEGIO-INSTITUTO

Más noble que estar en un internado.

CÓLERA

El melón produce el cólera.

El cólera se cura tomando mucho té con ron.

COLONIAS (nuestras)

Entristecerse cuando se habla de ellas.

COMEDIA

Castigat ridendo mores^[203].

En verso, ya es impropia de nuestra época.

Sin embargo, respetar la alta comedia.

COMERCIO

Discusión sobre qué es más noble, si el comercio o la industria.

Libre cambio, etc.

COMETA

Reírse de los que tenían miedo de ellas.

COMIDA

Siempre sana y abundante en los colegios.

COMIDA DE SOLTEROS

Exige ostras, vino blanco y chistes verdes.

COMPÁS

Uno ve con exactitud cuando lo tiene en el ojo^[204].

COMPETENCIA

El alma del comercio.

COMPILACIÓN

Fácil de hacer.

COMUNIÓN

La primera comunión: el día más hermoso de la vida.

CONCESIÓN

No hacerlas nunca. Fueron la perdición de Luis XVI.

CONCIERTO

Pasatiempo decente.

CONCILIACIÓN

Hay que predicarla siempre, incluso cuando los enfrentamientos son radicales.

CONCUPISCENCIA

Palabra de cura para expresar los deseos carnales.

CONDECORACIÓN

De la Legión de Honor, burlarse de ella, pero con muchas ganas de obtenerla; y cuando se obtiene, decir siempre que ha sido sin solicitarla.

CONFITERO

Todos los ruaneses son confiteros.

CONFORTABLE

Precioso descubrimiento moderno.

CONGREGANTE

Caballero de Onán.

CONJURADO

Los conjurados tienen siempre la manía de inscribirse en una lista.

CONSERVADOR

Político de buena panza.

«¡Conservador corto de luces!»

«¡Sí, señor, ser corto de luces sirve de protección!»^[205]

CONSERVATORIO

Es indispensable estar abonado a un conservatorio.

CONTRALTO

No se sabe lo que es.

CONVERSACIÓN

Se debe excluir de ella la política y la religión.

COÑAC

Una copa de coñac nunca hace daño.

Tomado en ayunas, mata las lombrices.

Muy funesto. Excelente para varias enfermedades.

COPALBA^[206]

Hay que fingir que se ignora lo que es.

CÓPULA - COITO

Palabras que hay que evitar.

Decir: «Tenían relaciones...».

CORÁN

Libro de Mahoma que trata solo de mujeres.

CORNUDO

Toda mujer debe ponerle los cuernos a su marido.

CORSÉ

Impide tener hijos.

CORTESANA

Llamarlas: fulanas, hetairas, pendonas, mujeres vulvívagas.

Es un mal necesario.

Salvaguada de nuestras hijas y de nuestras hermanas mientras haya solteros.

O bien: se debería expulsarlas sin compasión. No se puede ya salir con la propia mujer, a causa de su presencia en los bulevares.

Son todas mozas de pueblo corrompidas por los burgueses.

COSACO

Come velas^[207].

COSTUMBRE

Hay que añadir siempre:

«Es una segunda naturaleza».

Las costumbres del colegio son «malas costumbres».

A fuerza de costumbre se puede tocar el violín como Paganini.

CRIADA

Las criadas son todas malas.

¡Ya no hay servicio!

CRIADOS

Todos ladrones.

CRIMINAL

Siempre «odioso».

CRIOLLA

Vive en una hamaca.

CRISTIANISMO

Liberó a los esclavos.

CRÍTICO

Siempre «eminente».

Se supone que tiene que saberlo todo, conocerlo todo, tenerlo todo, haberlo visto todo.

Cuando nos molesta, llamarle Aristarco o eunuco.

CRUCIFIJO

Está bien en una alcoba y en la guillotina.

CRUZADA

Fueron únicamente útiles para el comercio de Venecia.

CUADRATURA DEL CÍRCULO

No se sabe lo que es, pero hay que encogerse de hombros cuando se habla de ella.

CUARESMA

En el fondo, no es más que una medida higiénica.

CUCHILLO

Un cuchillo es catalán cuando es de hoja larga.

Se llama «puñal» cuando ha servido para cometer un crimen.

CUENTISTA

Los cuentistas son famosos por la finura y la ligereza de sus chanzas^[208].

CUERDA

Es increíble lo fuerte que es una cuerda. Más que el hierro.

CUERNO DE CAZA

Hace buen efecto en los bosques y al atardecer navegando por el agua.

«Vamos, cazador, rápido al campo,

¿no oyes del corazón el son?

Ton, ton, ton, ton, ton, ton.»^[209]

CUERO

Todos los cueros vienen de Rusia.

CUERPO

Si supiéramos cómo está hecho nuestro cuerpo, no nos atreveríamos a hacer ni el menor movimiento.

CUESTIÓN

Plantearla es resolverla.

CUEVA

Refugio habitual de los ladrones.
Están siempre llenas de serpientes.

CUJAS^[210]

Inseparable de «Bartolo».

No se sabe qué escribieron, pero no importa. Decirle a todo estudiante de leyes:
«No sales de Cujas y de Bartolo.».

CÚPULA

Torre de forma arquitectónica.
¿Cómo es que se sostiene eso?
Citar dos: la de Les Invalides y la de San Pedro de Roma.

CURA

Habría que castrarlos.

Se acuestan, duermen con el ama y tienen con ella hijos a los que llaman
«sobrinos».

«De todos modos, hay algunos buenos.»

CURAÇAO

El mejor es de Holanda, porque se fabrica en Curaçao, una de las Antillas.

CURVA DE LA FELICIDAD

Signo de riqueza y de holgazanería.
Dormir después de comer.
Cerveza.

CH

CHACAL

Chacal es el singular de chacó (viejo, pero siempre hace reír^[211]).

CHACINERO

Todas las chacineras son guapas.
Anécdota de los embutidos hechos con carne humana.
No olvidar la vecindad del barbero.
Preguntarles si sus embutidos no están hechos con carne humana.

CHAMPÁN

Caracteriza a la comida de gala.

Provoca entusiasmo entre la gente humilde.

El delirio que se apodera de los comensales al descorchar es indescriptible.

Los enamorados listos no toman jamás.

Poner cara de detestarlo, diciendo: «No es vino».

Rusia consume más que Francia; gracias a él se han impuesto en Europa las ideas francesas.

En tiempos de la Regencia, no se hacía otra cosa que tomar champán.

Pero no se bebe, se «traga».

CHATEAUBRIAND

Conocido sobre todo por el solomillo que lleva su nombre.

CHIMENEA

Siempre humea.

Tema de discusión a propósito de la calefacción.

D

DAGUERROTIPO

Reemplazará a la pintura.

DAMAS

Todo sea por las damas.

Honor a las damas.

No decir nunca: «Esas damas están en el salón^[212]».

DAMASCO

Único lugar donde se sabe hacer las hojas de las espadas.

DANTON

«¡Audacia, más audacia, siempre audacia!»

DANUBIO

El Rubicón de Turquía.

DAÑOS Y PERJUICIOS

Pedirlos siempre.

DARWIN

El que dice que descendemos del mono.

DEBERES

Los demás los tienen para con nosotros, pero nosotros no los tenemos para con los demás.

DECORADO DE TEATRO

No es pintura. Basta con echar en la tela al buen tuntún un cubo de tinta de colores; después se extiende con una escoba; y la distancia y la luz crean la ilusión.

DECORO

El oficial, el tipo perfecto.

Hace las veces de prestigio.

Impresiona la imaginación de las masas. ¡Es necesario! ¡Es necesario!

DEDO

El dedo de Dios penetra en todas partes.

DEFRAUDAR

Defraudar al fisco no es engañar.

Es una prueba de listeza y de independencia política.

Tiene aún otro significado^[213].

DEICIDIO

Indignarse en contra, aunque el crimen no sea común.

DELFÍN

Lleva las crías sobre el lomo.

DELIRIO

En poesía: locuciones que lo expresan.

DEMÓSTENES

Nunca pronunciaba un discurso sin meterse una piedrecilla en la boca.

DENTADURA POSTIZA

Tercera dentición.

Peligrosa, pues se puede tragar.

DENTISTA

Los dentistas son todos mentirosos.

Usan bálsamo de acero^[214].

Se cree que son también pedicuros.

Se arrogan el título de «cirujanos» como los ópticos el de «ingenieros».

DEPURATIVO

Se toma a escondidas.

DERBY

Palabra de las carreras de caballos. Muy chic.
Copiar la definición que de ella da la Academia.

DERECHO (JUS)

No se sabe lo que es.

DERROTA

No se experimenta una derrota, se «sufre».
Quiere decir replegarse en buen orden.
Puede ser tan completa que no quede nadie para llevar la noticia.

DESATAR

Se desatan los perros y las bajas pasiones.

DESCARGA DE FUSILERÍA

La única manera de hacer callar a los parisienses.

DESCARTES

Cogito, ergo sum!

DESCRIPCIONES

Hay siempre demasiadas en las novelas.

DESFILADERO

Citar siempre las Termópilas.

«Los desfiladeros de los Vosgos son las Termópilas de Francia» (se dijo mucho en 1870).

DESGASTADO

Todo lo que es antiguo está desgastado, y todo lo que está desgastado es antiguo.
(No olvidarlo cuando se compran antigüedades.)

DESHOLLINADOR

Golondrina del invierno.

DESIERTO

Imagen del infinito, donde no se puede vivir.

Produce los dátiles.

El camello es su nave.

DESVÁN

¡Qué bien se está en él a los veinte años!

DÍA

Hay los días del «señor»: el día de la barba, el día de la medicina.

Hay los de la «señora», que ella llama «críticos», en ciertas épocas del mes.

DIABLO

No se emplea más que en la expresión: «Hace un frío del diablo».

DIAMANTE

«¡Y pensar que no es más que carbón!»

Acabarán por hacerlos.

¡Si encontráramos uno en bruto, no nos agacharíamos a cogerlo!

DIANA

Diosa de la castidad.

DIBUJO (arte del)

Se compone de tres cosas: «la línea, el matiz y el sombreado fino. Además, el trazo magistral. Pero el trazo magistral lo da solo el maestro» (Christophe).

DICCIONARIO

Reírse de él: «Está hecho solo para los ignorantes».

DICCIONARIO DE RIMAS

¿Servirse de él? ¡Vergonzoso!

DIDEROT

Seguido siempre de «D'Alembert».

DIENTE

Los estropean la sidra, el tabaco, comer peladillas, el azúcar, los helados, dormir con la boca abierta, beber inmediatamente después de tomar la sopa, etc.

Diente canino superior: peligroso arrancarlo porque está en correspondencia con el ojo.

Muela del juicio.

Sacarse un diente «no es cosa agradable».

DIEZ (CONSEJO DE LOS)

No se sabe lo que era, ¡pero era formidable!

Deliberaban enmascarados.

Temblar todavía.

DIFUNTO

«Mi difunto padre», y se levanta uno el sombrero.

DIJE

Debe enmarcar siempre un mechón de pelo o un retrato.

DILETTANTE

Hombre rico, abonado a la Ópera.

DILIGENCIA

Añorar los tiempos de las diligencias.

DINERO

El dios del día (no confundirlo con Apolo).

Los diplomáticos suelen llamarle «gastos de representación». Los notarios «emolumentos», los médicos «honorarios», los empleados «sueldo», los obreros «jornal», los criados «paga».

El dinero no da la felicidad.

Causa de todo mal; ideas económicas a desarrollar.

Auri sacra fames^[215].

DIÓGENES

«Busco un hombre.»

«Apártate, que no me dejas ver el sol.»

DIOS

Voltaire mismo lo dijo: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo».

DIPLOMA

Signo de saber.

No prueba nada.

DIPLOMACIA

Bonita carrera, pero erizada de dificultades.

Llena de misterio.

Un diplomático es siempre fino y penetrante.

No se sabe exactamente lo que hacen.

Oficio vago, pero por encima de lo común.

Adecuado solo para los nobles.

DIPUTADO

¡Serlo! El colmo de la gloria.
Tronar contra la Cámara, sin contemplaciones.
Todos charlatanes.
No hacen nada.

DIRECTORIO

¡Las vergüenzas del Directorio! «En aquellos tiempos, el honor se había refugiado en el ejército.»
Las mujeres se paseaban completamente desnudas.

DISECCIÓN

Ultraje a la majestad de la muerte.

DIVA

A todas las cantantes se las debe llamar divas.

DIVERTIDO

Debe emplearse a cada paso.
«¡Es divertido!»

DIVORCIO

Si Napoleón no se hubiese divorciado de Josefina, todavía estaría en el trono.

DJINN^[216]

Nombre de una danza oriental.

DOCTOR

Siempre precedido de «buen», y, entre hombres, en la conversación familiar, de «¡joder!»: «¡Ah, jodido doctor!».
Si goza de nuestra confianza, es un águila; si rompemos con él, es un burro.
Todos materialistas. «Es que la fe no se encuentra en la punta de un escalpelo.»

DOCTRINARIOS

Despreciarlos. ¿Por qué? No se sabe.

DOCUMENTO

Los documentos son todos de la «mayor importancia».
No hay conspiradores detenidos que no sean portadores de documentos de lo más comprometedores.

DOLMEN

No se sabe lo que es; tiene que ver con los antiguos franceses.
Piedra que servía para los sacrificios de los druidas.

No los hay más que en Bretaña.

DOLOR

Tiene siempre un resultado favorable.

El verdadero es siempre contenido.

DOMADOR DE FIERAS FEROCES

Emplean prácticas obscenas.

DOMICILIO

Siempre «inviolable». No obstante, la justicia, la policía penetran en él cuando quieren.

«Vuelvo a mis penates.»

«*Regreso* a mis lares.»

DOMINGO

Los bueyes no podían deshabituarse del domingo.

DOMINÓ

Se juega a él tanto mejor cuanto más borracho se está.

DONCELLA

Traicionan todas a sus señoras.

Conocen sus secretos.

Son a menudo más bonitas que ellas.

Siempre deshonradas por el señorito de la casa.

DORMIR (demasiado)

Espesa la sangre.

DORMITORIO

En un viejo castillo se dice siempre: Enrique IV pasó una noche en este dormitorio.

DORMITORIO COMÚN

Siempre «espacioso» y bien «aireado».

Preferibles a las habitaciones en lo que se refiere a la moralidad de los alumnos.

DUDA

Peor que la negación.

DUELO

Prestigio del hombre que ha tenido un duelo.

En caso de rasguño, llevar el mayor tiempo posible el brazo en cabestrillo.

Tronar contra.

No es una prueba de valor.

DUPUYTREN

Célebre por su pomada y su museo^[217].

DURO

Añadir invariablemente «como el hierro». También se dice «duro como la piedra», pero es menos enérgico.

DUX

Contraía nupcias con el mar.

Solo se conoce uno: Marino Faliero.

E

EBANISTA

Operario que trabaja sobre todo la caoba.

EBRIEDAD

Siempre precedida de «loca».

ECLECTICISMO

Miedo a comprometerse.

Ser ecléctico ahorra el tener que dar su opinión sobre las cosas de este mundo.

Tronar contra él por ser una filosofía inmoral.

ECO

Citar los del Panthéon y el del puente de Neuilly.

ECONOMÍA

Siempre precedido de «orden».

El orden y el ahorro llevan a la fortuna.

Citar la anécdota de Lafitte recogiendo un alfiler en el patio del banquero Perregaux^[218].

ECONOMÍA POLÍTICA

Ciencia sin entrañas.

EDILES

Vituperarlos a propósito del pavimento de las calles.

«¿En qué piensan nuestros ediles?»

EGOÍSMO

Quejarse del ajeno y no ver el propio.

EJERCICIO

Mantiene la salud. Hacer mucho.
Preserva de todas las enfermedades.

EJÉRCITO

El bastión de la sociedad.

ELEFANTES

Se distinguen por su memoria y adoran al sol.

EMIGRADOS

Se ganan la vida dando clases de guitarra y trapicheando^[219].

EMIR

Solo se dice hablando de Abd-el-Kader.

EMOCIÓN

Siempre inseparable de un primer comienzo (*sic*).

EMPERATRICES

Son todas bellas.

EMPRESARIO

Palabra del mundo artístico que significa «director». Siempre precedido de «hábil».

ENANO

Cuando se habla de enanos, contar la historia del general Tom Pounce^[220] y, si se le ha estrechado la mano, decirlo con orgullo.

ENCICLOPEDIA (la)

Echar pestes en contra.
Reírse de ella con conmiseración por ser una obra rococó.

ENFERMEDAD NERVIOSA

Hacer siempre muecas.

ENFERMO

Para levantar la moral de un enfermo, reírse de su afección y negar sus dolores.

ENFEUDADO

Insulto muy grave y de gran estilo que soltar a la cara a un adversario político.
«¡Caballero, se ha enfeudado usted en la camarilla del Elíseo!»

ENJUAGADIENTES

Signo de riqueza en una casa.

ENLUCIDO

Tronar contra el de las iglesias.
Esta ira artística se lleva mucho.

ENREDO

El trasfondo de toda pieza de teatro.

ENRIQUE III Y IV

A propósito de estos reyes, no dejar de decir: «¡Todos los Enrique han sido desdichados!».

ENSOÑACIÓN

Conviene llamar «ensoñaciones» a las ideas elevadas que no se entienden.

ENTIERRO

Se dice «exequias» cuando se trata de un general, «sepelio» cuando es el de un filósofo.

«Y pensar que habíamos cenado juntos hace una semana... ¡Quién lo hubiera dicho!» (detrás del cortejo).

ENTREACTO

Siempre demasiado largo.

ENTUSIASMO

Siempre «indescriptible», y en dos columnas del periódico no se habla de otra cosa.

Solo puede provocarlo el retorno de las cenizas del Emperador.

ENVERGADURA

Discutir sobre la manera de pronunciarla.

EPACTA, NÚMERO ÁUREO

Calendario eclesiástico. No se sabe lo que es^[221].

EPICURO

Despreciarlo.

ÉPOCA

La nuestra.

Echar pestes de ella. Quejarse de que no es poética.

Llamarla «¡época de transición, de decadencia!».

EQUITACIÓN

Buen ejercicio para adelgazar. Ej.: «Todos los soldados de caballería son delgados».

Buen ejercicio para engordar. Ej.: «Todos los oficiales de caballería lucen una buena barriga». «Monta a caballo como un verdadero centauro.»

ERA

«Era de las revoluciones.» Siempre abierta, puesto que cada nuevo gobierno promete cerrarla.

ERECCIÓN

Solo se emplea hablando de monumentos.

«La erección del obelisco.»

«La erección del Ercole Farnesio tuvo lugar en las Tullerías: asistieron a ella muchas damas» (Diario oficial).

ERÓSTRATO

Sacarlo a relucir en toda conversación sobre los incendios de la Comuna^[222].

ERROR

«Es peor que un crimen, es un error» (Talleyrand).

«Ya no queda ningún error que cometer» (Thiers).

Estas dos frases se deben pronunciar con solemnidad.

ERUDICIÓN

Despreciarla como propia de mentes estrechas.

ESBIRRO

Lo emplean los republicanos furibundos para designar a los policías.

ESCARPIDOR

Hace caer el pelo.

ESCOPETA

Tener siempre una en el campo.

ESCRIBIR

Todo lo que hace falta para escribir.

Escribir *cálamo corriente* es disculpa para las faltas de estilo o de ortografía.

ESCRITO

«Bien escrito», frase de portero para designar las novelas por entregas y los cuadernos escolares.

ESCUELA

Escuela Politécnica, objetivo supremo hacia el cual todo burgués empuja a su hijo.

«Sueño de todas las madres» (viejo).

Decir simplemente «la Escuela» hace creer que uno ha ido a ella.

Pronunciación de la palabra.

Terror del burgués en los motines cuando se entera de que la Escuela Politécnica simpatiza con los obreros.

Saint-Cyr, compuesta sobre todo de nobles.

Escuela de Medicina, todos exaltados.

Escuela de Derecho, jóvenes de buena familia.

ESGRIMA

Sirve para aprender las estocadas secretas.

ESMALTE

Se ha perdido su secreto.

ESPADA

«Valiente como su espada», a veces no se ha usado nunca.

«Espada leal», la del Bayardo de los tiempos modernos^[223].

Lamentar que ya no se lleve.

No se conoce más que la de Damocles.

ESPALDA

Una palmada en la espalda puede hacer enfermar del pecho.

ESPEJOS

No hay espejo que no venga de Saint-Gobain^[224].

ESPÍA

Todos de la alta sociedad.

ESPINACAS

Las espinacas son la escoba del estómago. No dejar escapar nunca la famosa frase de Pero Grullo: «A mí no me gustan, y lo celebro mucho, porque si me gustaran las comería, pero no las puedo soportar». (Los hay que lo encuentran perfectamente lógico y que no se reirán.)

ESPIRITUALISMO

El mejor sistema de filosofía.

ESPUELAS

Quedan bien en un par de botas.

ESPUMA DE MAR

La espuma de mar se encuentra en la tierra; con ella se hacen pipas.

ESTACIÓN DE FERROCARRIL

Extasiarse ante ellas y ponerlas como modelos de arquitectura.

ESTAFADOR

Siempre de la alta sociedad.

ESTIRADO

Hacer siempre preceder de «rígido». Rígido y estirado.

ESTOFADO DE CONEJO

Está hecho siempre con gato.

ESTOICISMO

Decir que es imposible.

ESTÓMAGO

Todas las enfermedades vienen del estómago.

ESTORNUDAR

Es una burla ingeniosa decir: «El ruso y el polaco no se hablan, se estornudan». Cada vez que se estornuda exclamar: «¡Vaya, está usted resfriado!».

ESTORNUDO

Después de decir: «¡Jesús!», entablar una discusión sobre los orígenes históricos de esta costumbre.

ESTRELLA

Cada cual tiene la suya, como el Emperador.

ESTREÑIMIENTO

Todos los literatos son estreñidos. Influye en las convicciones políticas.

ESTUARDO, MARÍA

Compadecerse de su suerte.

ESTUDIANTE

Todos llevan gorras rojas, pantalón a lo húsar, fuman en pipa por la calle y no estudian.

ÉTAGÈRE^[225]

Indispensable en casa de una mujer bonita.

ETIMOLOGÍA

Con el latín y un poco de reflexión, nada más fácil de encontrar.

ETRUSCO

Todos los vasos antiguos son etruscos.

EUNUCO

No tiene nunca hijos.

Indignarse contra los *castrati* de la Capilla Sixtina.

EVACUACIÓN

Las evacuaciones suelen ser «copiosas» y siempre «de no muy buena pinta».

Retretes. Excusados.

EVANGELIO

Libro divino, sublime, moral, etc.

EVIDENCIA

Ciega, cuando no salta a la vista.

EXAGERACIÓN

Las gentes razonables.

EXASPERACIÓN

Está constantemente «en el colmo».

EXCEPCIÓN

Decir que «confirma la regla», no arriesgarse a explicar cómo.

EXPLANADA

Se ve únicamente en Les Invalides.

EXPOSICIÓN

Objeto de culto delirante en el siglo XIX.

EXTINCIÓN

No se emplea más que con «pauperismo», o bien con «calor natural».

EXTIRPAR

Este verbo solo se emplea para las herejías y los callos de los pies.

EXTRANJERO

Hacer preceder siempre de «noble».

Entusiasmarse con todo lo que viene del extranjero es prueba de amplitud de miras y de espíritu liberal. Denigrar todo lo que es francés: prueba de patriotismo.

F

FÁBRICA

Vecindad malsana y peligrosa.

FACTURA

Siempre demasiado alta.

FAETÓN

Inventor de los carruajes de este mismo nombre.

FAISÁN

Lo más distinguido en una comida.

FANFARRIA

Siempre «alegre».

FATALIDAD

Palabra exclusivamente romántica.

«Hombre fatal» se dice del que echa mal de ojo. «Offenbach es un hombre fatal.»

FAVOR

Es hacerles un favor:

dar un tortazo a los niños,
pegar a los animales,

echar a los criados,
castigar a los malhechores.

FELICIDAD

Es siempre «perfecta».

«Su criada se llama Felicidad, luego es perfecta^[226].»

FELICITACIONES

Siempre «sinceras», «efusivas», «cordiales».

FELIPE DE ORLEANS, llamado IGUALDAD

Tronar en contra.

Otra causa más de la Revolución.

Cometió todos los crímenes de esa nefasta época.

FÉNIX

Buen nombre para una compañía de seguros contra incendios.

FERROCARRIL

Si Napoleón hubiese podido contar con ellos, habría sido invencible.

Extasiarse ante el invento y decir: «Yo, caballero, que ahora estoy aquí hablando con usted, estaba esta mañana en X.; tomé el tren en X., despaché mis asuntos, etc., ¡y a las X. estaba de vuelta!».

FETO

Cualquier parte anatómica conservada en alcohol.

FEUDALISMO

No tener de él ninguna idea precisa, pero tronar en contra.

FIEBRE

Todo lo que la produce: las ciruelas, el melón, el sol de abril, etc.

«Es la fuerza de la sangre».

FIEL

Inseparable de «amigo» y de «perro».

No dejar de citar los dos versos:

«Puesto que por fin...»^[227].

FIELATO

Burlarlo.

FÍGARO

Hijo de Beaumarchais y uno de los fomentadores de la Revolución.

FILOSOFÍA

Reírse sarcásticamente de ella.

FIRME

Siempre seguido de «como una roca».

Ser firme de principios.

FLAGRANTE DELITO

Pronunciar: «flagrante delicto».

No se emplea más que para los casos de adulterio.

FLAMENCO

Así llamado porque procede de Flandes.

FLEMA

Hay que tener flema; en primer lugar, es de buen tono, y luego da aires de inglés.

Siempre seguido de «imperturbable».

FOLICULARIOS

Los periodistas son unos folicularios.

Cuando se añade «de baja estofa» es el colmo del desprecio.

FOLLETÍN

Las novelas publicadas por entregas son mucho más morales de leer en libro.

Causa de inmoralidad.

Discutir sobre el desenlace probable.

Escribir al autor para darle ideas.

Furia cuando uno encuentra un nombre parecido al suyo.

FONDOS SECRETOS

Sumas incalculables con las que los ministros compran las conciencias.

Tronar contra.

FORNARINA

Era una mujer muy bella; no hace falta saber más^[228].

FORTUNA

Audaces fortuna juvat^[229]!

¡Qué felices son los ricos, tienen fortuna!

Cuando os hablen de una gran fortuna, no dejar de decir: «Sí, pero ¿está bien segura?».

FORZADO

Los forzados tienen siempre una jeta patibularia.

Llevan todos sus crímenes escritos en la cara.

Son todos muy diestros de manos: tallan las nueces de coco, trenzan cestillos de paja, etc.

En los presidios hay hombres de genio.

FÓSIL

Broma de buen gusto hablando de un académico.

Prueba del Diluvio.

FOTOGRAFÍA

Destronará a la pintura.

FOYER

Comedia francesa. Ópera.

FRANCÉS

«No hay más que un francés de sobra» (el conde de Artois).

«¡Ah, qué orgullo ser francés, cuando se mira la columna!» (a desarrollar).

El primer pueblo del mundo.

FRANCMASONERÍA

¡Otra causa más de la Revolución!

Las pruebas de la iniciación son terribles, hay gente que murió por ella.

«¿Cuál puede ser su secreto?»

Causa de discordia en los matrimonios.

Mal vista por los eclesiásticos.

FRANCOTIRADOR

Más terrible que el enemigo.

FRENTE

Ancha y calva, signo de talento o de aplomo.

FRESCO

Ya no se hace.

FRÍO

Más sano que el calor.

FRONTISPICIO

En él quedan bien los grandes hombres.

FUCSIA

Pronunciar «fluxia».

FUEGO

Lo purifica todo.

No se niega nunca entre fumadores.

Cuando se oye gritar: «¡Fuego!», hay que empezar por perder la cabeza.

FUELLE

No usarlo nunca.

FUERTE

«Como un turco.»

«Como un buey.» «Como un caballo.»

«Como un Hércules.»

Ese hombre debe de ser fuerte, es puro nervio.

FUERZA

Siempre «hercúlea».

«La fuerza está por encima del derecho» (Bismarck).

FUGA

No se sabe en qué consiste, pero hay que afirmar que es muy difícil y muy aburrida.

FULMINAR

Bonito verbo.

FUNCIONARIO

Inspira respeto, cualquiera que sea la función que desempeñe.

Es funcionario, asalariado del Estado, desde el ministro hasta el ordenanza.

Alto funcionario.

FUNDAMENTO

Todas las noticias carecen de él.

FURIA FRANCESA

Hay que pronunciar siempre: *furia francese*.

FUSILAR

Más noble que guillotinar.

Alegría del hombre al que se concede este favor.

FUSIÓN DE LAS RAMAS DE LAS CASAS REALES

¡Esperar siempre!

G

GAGNE-PETIT^[230]

Bonito rótulo para una tienda, inspira confianza.

GALANT HOMME

Según las circunstancias, decir *galantuomo* o *gentleman*.

GALÓFOBO

Emplear esta expresión hablando de los periodistas alemanes.

GALOPE

Se emplea siempre con el verbo «lanzarse». «Lanzarse al galope.»

GALLO

Un hombre flaco debe decir que un buen gallo nunca es gordo.

GATO

Hay que cortarles la cola para evitar el vértigo. De ahí el verbo: castrar^[231].

Llamarles: tigres de salón (chic).

Son traidores.

GENDARME

Bastión de la sociedad.

GENDARMERÍA

Decir «fuerza pública».

O la Benemérita.

GENERACIÓN ESPONTÁNEA

Idea propia de socialista.

GENERAL

Decir «mi general».

Es siempre «bravo».

Suele hacer lo que no compete a su profesión, como ser embajador, concejal o jefe de gobierno.

GÉNERO EPISTOLAR

Exclusivamente reservado a las mujeres.

GENIO

Hay que exclamar siempre: «¡El genio es una neurosis!», lo que no quiere decir absolutamente nada.

GÉNOVA

A un turista que cuenta su viaje a Génova, no dejar nunca de decirle: «Así que ha estado usted un poco incómodo^[232]».

GÉNOVÉFAIN^[233]

No se sabe lo que es.

GENTILHOMBRE

Ya no quedan.

GEÓMETRA

«Que nadie entre aquí si no es geómetra.»^[234]

GERMEN

Los gérmenes de las ideas.

Inculcar los gérmenes.

Los gérmenes de las pasiones.

GIAOUR^[235]

Término feroz, de significado desconocido; pero se sabe que tiene que ver con Oriente.

GIMNASIA

Cuanta más se haga, mejor.

Extenua a los niños.

GIRONDINO

Más dignos de compasión que de crítica.

GLEBA

Compadecerla.

GLOBO

Con los globos se acabará por ir a la Luna.

Se tardará en llegar a dirigirlos.

GLORIA

No es más que un poco de humo.

GLORIA

«Un *gloria* siempre consuela.»^[236]

GOBELINOS

Hay que decir siempre delante de un tapiz de los Gobelinos: «¡Es más hermoso que la pintura!».

Convencerse de que es una obra inolvidable que exige cincuenta años de trabajo. El trabajador no sabe lo que está haciendo.

GOCE

Palabra obscena.

GODDAM^[237]

Es la base de la lengua inglesa, «como decía Beaumarchais», y a este propósito reírse sarcásticamente de compasión.

GOD SAVE THE KING

En Béranger se pronuncia *God savé te King* y rima con *preservé*.

GOG

Hacer siempre seguir de «Magog»: Gog y Magog.

GOLFILLO

Siempre «de París».

El golfillo de París es muy ingenioso.

No dejar nunca a la propia mujer decir: «Cuando estoy contenta, me gusta hacer la golfa».

GOLONDRINA

No llamarlas nunca de otro modo que «mensajeras de la primavera».

Como no se sabe de dónde vienen, decir que «llegan de las remotas riberas».

Poético.

GOMA ELÁSTICA

Se hace siempre con escroto de caballo.

GORDO

Las personas gordas son la desesperación de los verdugos porque presentan «dificultades de ejecución».

Ej.: la Du Barry.
Nadan con naturalidad.

GORRIÓN (*moine*)

No dejar nunca de añadir: hijo de monje (*moine*).
— Nada hace reír más que esta broma.

GORRO GRIEGO

Indispensable para un oficial.
Da majestad al rostro.

GÓTICO

Estilo de arquitectura que favorece la religión más que ningún otro.

GRAMÁTICA

Enseñársela a los niños más pequeños como cosa clara y fácil.

GRAMÁTICOS

Todos pedantes.

GRANJA

Cuando se visita una granja no se debe comer más que pan moreno y beber más que leche. Si además se comen huevos, exclamar: «¡Por Dios, qué frescos están! Imposible encontrar como estos en la ciudad».

GRANJERO

Al dirigirse a un granjero hay que decirle siempre: «Señor Fulano de Tal».
Son todos acomodados.

GRANO

No hacer nada para que desaparezcan, pues es signo de salud y de vigor de la sangre.

GROG

No es de buen tono.

GRUPO

Queda bien en una chimenea y en política.

GRUTAS

Con estalactitas. En ellas se celebró alguna fiesta célebre, algún baile o cena dados por un gran personaje. En su interior se ve como tubos de órgano, un altar de iglesia.

«Allí se dijo misa durante la Revolución.»

GUANTES

Llevarlos es correcto.

GUARDACOSTA

No emplear esta expresión en plural al hablar de los pechos de una mujer^[238].

GUARDIA

«¡La guardia muere pero no se rinde!» Siete palabras para reemplazar siete letras.

GUERRA

Tronar en contra.

GUERRILLA

Hace más daño al enemigo que un ejército regular.

GULF-STREAM

Célebre ciudad de Noruega recientemente descubierta^[239].

GUSTO

«Lo sencillo es siempre de buen gusto», se debe decir siempre esto a una mujer que se disculpa por la modestia de su atuendo.

GYMNASE

Sucursal de la Comédie Française^[240].

H

HACANEA

Animal blanco de la Edad Media cuya raza ha desaparecido^[241].

HACHÍS

No confundirlo con el *hachis*^[242], que no produce ningún éxtasis voluptuoso.

HAMACA

Propia de las criollas.

Indispensable en el campo.

Convencerse de que se está mejor en ella que en una cama.

HARÉN

Comparar siempre un gallo en medio de sus gallinas con el sultán en su harén.

Sueño de todos los estudiantes.

HEBREO

Todo lo que no se entiende.

Origen de las lenguas.

HEIDUCO^[243]

Confundirlo con «eunuco».

HELADEROS

Son todos de Nápoles.

HELADOS

Es peligroso tomarlos.

HÉLICE

El porvenir de la mecánica.

HEMBRA

Emplear esta palabra únicamente hablando de los animales.

Contrariamente a lo que pasa en la especie humana, las hembras de los animales son menos bellas que los machos. Citar ejemplos: faisán, gallo, león, etc.

HEMICICLO

No conocer más que el de Bellas Artes.

HEMORROIDES

Mal de san Fiacre^[244].

Las hemorroides son señal de salud, y por tanto no hay que procurar curarlas.

Se cogen sentándose en una piedra o sobre una estufa caliente.

HÉRCULES

Los Hércules son del Norte.

HERMAFRODITA

Excita la curiosidad.

Tratar de ver alguno.

HERNIA

Quebradura. Herida.

¡Todo el mundo tiene alguna sin saberlo!

HERODES

Ser viejo como Herodes^[245].

HERPES

Signo de salud.

HIATO

¡No tolerarlo^[246]!

HIDALGÜELO

Tener por ellos un soberano desprecio.

HIDRA

La hidra de la anarquía.

— del socialismo.

Y así para todos los sistemas que infunden miedo.

Tratar de vencerla.

HIDROTERAPIA

Quita todas las enfermedades y las produce.

HIGIENE

Debe ser siempre «correctamente entendida».

Preserva de las enfermedades, cuando no es causa de ellas.

HIPÉRBOLE

Mofarse, diciendo: «¡Como si eso fuese tan difícil de hacer!».

HIPO

Para quitarlo, una llave en la espalda o un susto.

HIPÓCRATES

Se debe citar siempre en latín porque escribía en griego, salvo en esta frase: «Hipócrates dice que sí, Galeno dice que no».

HIPÓLITO

La muerte de Hipólito, el más bello ejemplo de narración que pueda haber.

Un fragmento que todo el mundo debería saberse de memoria^[247].

HIPOTECA

Pedir «la reforma del régimen hipotecario» es muy chic^[248].

HIPÓTESIS

Suele ser «peligrosa», es siempre «arriesgada».

HISTERIA

Ideas que la gente se hace de ella.
La mujer histérica es el sueño de los libertinos.
Confundirla con la ninfomanía.

HISTRIÓN

Siempre precedido de «vil».

HOJA DE PARRA

Emblema de la virilidad en el arte de la escultura.

HOMERO

Célebre por su manera de reír (una risa homérica).
No existió jamás.

HOMO

Decir *¡Ecce homo!* al ver entrar a un individuo al que se está esperando.

HONOR

Cuando se habla de él, citar lo siguiente:
«El honor es como una isla escarpada y sin orillas.
No se puede entrar en ella, una vez que se está fuera^[249]».
Hay que estar siempre preocupado del propio, pero poco del ajeno.

HORMIGA

Buen ejemplo que citar ante un derrochador.
Se les debe la idea de las Cajas de Ahorros.

HORAS DE COMER

En otro tiempo se comía a mediodía; hoy se come a horas «imposibles».
La comida de nuestros padres era nuestro almuerzo, y nuestra comida era su cena.
«Comer fuera» significa ir al campo para tomar parte en un banquete.
Platos que van bien con la comida, no con el almuerzo.
Comida de gala.
¡Comer tan tarde no se llama comer, sino cenar!

HORIZONTE

Encontrar siempre bellos los de la naturaleza y negros los de la política.

HORROR

«¡Qué horror!», hablando de expresiones lúbricas.
Se puede hacer, pero nunca decirlo.
«Ocurría en el horror de una noche oscura.»

HOSPITALIDAD

Siempre debe ser «escocesa».

Citar a propósito los versos siguientes:

Entre los montañeses de Escocia,
la hospitalidad se da,
pero no se vende jamás^[250].

HOSPODAR

Sienta bien en una frase, a propósito de la «cuestión de Oriente».

HOSTILIDAD

Las hostilidades son como las ostras, se abren.

«¡Se han abierto las hostilidades!», parece como si ya hubiera que sentarse a la mesa.

HOTELES

Solo son buenos los de Suiza.

HOYUELO

A una muchacha bonita se le debe decir siempre que tiene amoríos escondidos en los hoyuelos.

HUEVO

Punto de partida para una disertación científica sobre la génesis de los seres.

HUGO, VICTOR

«¡Gran poeta, lástima que se metiera en política!»

HUMEDAD

Causa de *todas* las enfermedades.

HUMOR

Hay que alegrarse cuando salen y asombrarse de que el cuerpo humano pueda tenerlos en tan grandes cantidades.

HÚSAR

Pronunciar *houzard*.

Siempre precedido de «gentil» o de «gallardo».

Gusta a las féminas.

No dejar de citar: «Tú que conoces a los húsares de la Guardia».

Son muy elegantes.

I

IDEAL

Completamente inútil.

IDEÓLOGOS

Todos los periodistas.

IDÓLATRAS

Son caníbales.

ILEGIBLE

Una receta de médico no es eficaz si no es «ilegible».

Toda firma oficial debe ser ilegible, así como la de los particulares. Quiere decir que uno tiene una montaña de correspondencia.

ILÍADA

Siempre seguida de «la *Odisea*».

ILOTAS

Ejemplos que dar al propio hijo, pero no se sabe dónde encontrarlos^[251].

ILUSIONES

Aparentar que se tienen muchas.

Lamentarse de haberlas perdido.

IMÁGENES

En la poesía hay siempre demasiadas.

IMAGINACIÓN

Siempre «viva».

Desconfiar de ella.

Cuando no se tiene, denigrarla en los demás.

Para escribir novelas basta con tener imaginación.

IMBÉCILES

Todos los que no piensan como nosotros.

IMPERIALISTAS

Todos personas honradas, apacibles, corteses, distinguidas.

IMPERIO

«¡El Imperio es la paz!» (Napoleón III).

IMPERMEABLE

Muy útil como prenda de vestir.

Muy perjudicial porque impide la transpiración.

IMPÍO

Tronar contra.

IMPORTACIÓN

Gusano que roe el comercio nacional.

IMPRESA

Invento maravilloso.

Ha hecho más mal que bien.

IMPRESO

Hay que creer en todo lo que está impreso.

¡Ver el propio nombre en letras de molde! Hay quien comete un crimen solo para conseguirlo.

INAUGURACIÓN

Motivo de alegría.

INCAPACIDAD

Es siempre «notoria».

Cuanto más incapaz se es, más ambicioso se debe ser.

INCENDIO

Un espectáculo digno de verse.

INCÓGNITO

Traje de viaje de los príncipes.

INCRUSTACIÓN

Solo se dice hablando del nácar.

INDOLENCIA

Producto de los países cálidos.

INDUSTRIA

Carrera más noble que la del comercio.

INDUSTRIA-COMERCIO

Bonita carrera. Abre todas las puertas.

Ejemplo: Aristóteles era perfumista en Atenas.

INFANTICIDIO

No se comete más que entre el pueblo.

INFECTO

«¡Es infecto!», debe decirse de toda obra artística o literaria que *Le Figaro* no ha permitido admirar.

INFINITESIMAL

No se sabe lo que es, pero tiene relación con la homeopatía^[252].

INGENIERO

El título más envidiable y, sin embargo, basta con vender unos anteojos para tener derecho a proclamarse ingeniero óptico.

La mejor carrera para un joven. Decirlo de todos los oficios.

INGENIO

Siempre «chispeante».

Corre por las calles.

Los *beaux-esprits* (los hombres cultos) se encuentran.

Bel esprit [hombre culto], *femme bel-esprit* [marisabidilla].

INGLÉS

Todos ricos...

INGLESA

Extrañarse de que tengan niños guapos.

Las viejas inglesas son siempre feas.

INHUMACIÓN

Peligro de inhumaciones precipitadas.

Contar historias que hacen temblar.

¡Se han descubierto cadáveres que habían sido devorados para calmar el hambre!

No dejarse desconcertar si alguien os hace observar que la asfixia lo había arreglado todo.

INMORALIDAD

Esta palabra, bien pronunciada, realza a quien la emplea.

INNATAS (IDEAS)

Bromear respecto a ellas.

INNOVACIÓN

Siempre peligrosa.

INOCENCIA

Una prueba de ella es la impasibilidad.

INQUISICIÓN

Se han exagerado mucho sus crímenes.

INSCRIPCIÓN

Siempre cuneiforme.

(Vence) Solo se conjuga a propósito del abono a los periódicos^[253].

INSPIRACIÓN

Cosas que la provocan: la naturaleza, las mujeres, el vino, etc.

INSTINTO

Suple la inteligencia.

INSTITUT^[254]

Bromear sobre él.

Los miembros del Institut son todos viejos y llevan viseras de tafetán verde.

INSTITUTRIZ

Tienen que ser siempre muy feas.

Son siempre de una familia ilustre «que ha sufrido reveses».

Llevan todas lentes azules.

Peligro en las casas.

Corrompen al marido.

INSTRUCCIÓN

El pueblo no la necesita para ganarse la vida.

Siempre hacer creer que se ha recibido mucha; a las clases «cultas» les es imposible darse cuenta de lo contrario.

INSTRUMENTO

Los instrumentos que han servido para cometer un crimen son siempre «contundentes» cuando no son «cortantes».

Instrumentos de música.

INSURRECCIÓN

«El más sagrado de los deberes» (Blanqui).

INTEGRIDAD

Es propia principalmente de la magistratura.

INTERNADO

Decir *boarding school* cuando es un internado de muchachas.

INTRIGA

Única manera de trepar.

INTRODUCCIÓN

Palabra obscena.

INUNDACIÓN (damnificados por una)

Siempre del Loira.

INVASIÓN

Arranca lágrimas.

INVENTOR

Todos mueren en el hospital. Y otro se aprovecha de su invento; no es justo.

INVIERNO

Siempre excepcional (véase VERANO).

Más sano que las otras estaciones.

IRA

Activa la sangre; es saludable enfurecerse de vez en cuando.

ITALIA

Meta del viaje de bodas.

Italiam! Italiam^[255]!

Produce muchas decepciones, no es tan bella como dicen.

ITALIANOS

Todos traidores.

J

JABALINA

Si se sabe usarla, vale tanto como una escopeta.

JAMÓN

Los jamones son todos de Maguncia, incluso cuando proceden de Inglaterra.
Desconfiar, son portadores de triquina.

JANSENISMO

No se sabe lo que es, pero es muy elegante hablar de él.

JAPÓN

Todo allí es de porcelana.

JARDÍN INGLÉS

Más naturales que los jardines a la francesa.

JASPE

Todos los vasos de los museos son de jaspe.

JERIGONZA

Manera de hablar de los extranjeros.

Reírse siempre del extranjero que habla mal el francés.

JEROGLÍFICOS

Antigua lengua de los egipcios.

Escritura misteriosa inventada por los sacerdotes para ocultar sus secretos.

«¡Y pensar que hay quien la entiende!»

«Pero ¿qué prueba tenemos de ello? ¿No será una broma?»

JESUITAS

Hijos de Loyola.

Andan metidos en todas las revoluciones.

No se tiene idea de cuántos son.

No hablar de la «batalla de los jesuitas^[256]».>

JIRAFA

Palabra cortés para no decir de una mujer que parece un camello.

JOCKEY

Deplorar la raza de los jockeys.

JOCKEY-CLUB

Sus miembros son todos jóvenes calaveras y muy ricos. Decir simplemente «el Jockey»; muy chic, hace creer que se forma parte de él.

JODER

Véase DOCTOR.

¡No emplear esta palabra más que para jurar, y aún!

JOHN BULL

Cuando no se sabe el nombre de un inglés se le llama John Bull^[257].

JOROBADO

Son todos muy inteligentes.

Son muy buscados por las mujeres lascivas.

Caballeros de las prostitutas.

Decid: «Un hombre jiboso»: es más educado.

Tocar su jiba trae buena suerte.

JOVENCITA

Todas las jovencitas son «pálidas» y «delicadas» de salud.

Siempre «puras».

Evitar para ellas toda clase de libros, las visitas a los museos, los teatros y sobre todo el zoológico (la zona de los monos). Las jovencitas, articular esta palabra tímidamente.

JOVENZUELO

Es siempre bromista, sería incluso inconveniente si no lo fuera.

«Pero ¡cómo! ¡Si está hecho usted un jovenzuelo!»

He aquí todo lo que debe hacer: cantar, bailar, tener deudas, aunque no demasiadas.

JUBÓN

Es siempre de color albaricoque.

JUDÍO

Hijo de Israel.

Todos los judíos venden anteojos.

JUEGO

Los juegos «inocentes»; lo que son.

Los juegos de sociedad.

Los juegos y las risas.

Indignarse contra esta «pasión fatal».

Los juegos serios: whist, ajedrez, etc.

— vulgares: juego de los cientos, ecarté, básica.

— de círculo: lansquenete, bacarrá.

— de café: dominó, chaquete.

— de tontos: damas, treinta y una.

— nobles: billar.

JUGUETE

Deberían ser siempre educativos.

JUNCO

Un bastón debe ser un junco.

JURADO (miembros del)

Hacer lo imposible para no formar parte de él.

JUSTICIA

No preocuparse nunca por ella.

JUVENTUD

Citar siempre los versos italianos, incluso sin entenderlos:

«Gioventù! Primavera della vita.

Primavera! Gioventù dell'anno!»^[258].

¡Ah, qué hermosa es la juventud!

K

KEEPSAKE^[259]

Debe dejarse como por casualidad en la mesita del salón.

KNUT^[260]

Palabra que molesta a los rusos.

L

LABORATORIO

Hay que tener uno en el campo.

LABRIEGOS

¿Qué sería de nosotros sin ellos?

LACONISMO

Lengua que ya no se habla^[261].

LACUSTRE (CIUDAD)

Negar su existencia, porque no se puede vivir bajo el agua.

LA FAYETTE

General célebre por su caballo blanco.

LA FONTAINE

Se debe sostener que no se han leído nunca sus cuentos.

Llamarle «el bueno de La Fontaine», «el inmortal fabulista».

LAGO

Llevar una mujer al lado cuando se hace una excursión en barca por él.

LAGUNA

Ciudad del Adriático.

LANCETA

Llevar siempre una en el bolsillo, pero tener miedo de utilizarla.

LANGOSTA

Hembra del bogavante.

LATÍN

Lengua natural del hombre.

Estropea el estilo literario.

Solo sirve para leer las inscripciones de las fuentes públicas.

Desconfiar de las citas en latín; siempre esconden algo indecente.

Citas que hay que hacer.

Por ejemplo...

LAUREL

Los laureles no dejan dormir.

LAVATORIO

No se dice más que al referirse a la ceremonia del «lavatorio de los pies».

LECHE

Disuelve las ostras.

Atrae a las culebras.

Blanquea el cutis. Algunas mantenidas se bañan en leche todas las mañanas.

LEGALIDAD

¡La legalidad nos mata! Con ella no es posible ningún gobierno.

LEGUA

Se tarda menos en recorrer una legua que cuatro kilómetros^[262].

LENGUAS

Las lenguas extranjeras se aprenden rápido mediante el uso.
Los males de Francia vienen de no saber bastantes lenguas extranjeras.

LEÓN

«¡Bien rugido, León!»^[263] «¡Y pensar que el león y el tigre son gatos!»
Más generoso que el tigre.
Juega siempre con una bola.

LETARGIA

Se han visto algunas que han durado años.

LETRA DE ESCRIBIR

Con buena letra se llega a todo.
Cuando es indescifrable es signo de saber.
Ej.: las recetas de los médicos.

LIBELO

Ya no se escriben.

LIBERTAD

«¡Oh libertad, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!»
«La libertad no es una condesa del noble barrio de Saint-Germain.»^[264]
«La libertad no es el libertinaje» (frase de conservador).
Tenemos todas las que son necesarias.

LIBERTINAJE

Ya no se ve más que en las grandes ciudades.

LIBRE CAMBIO

Causa de los males del comercio.

LIBRO

Cualquiera que sea, ¡siempre demasiado largo!

LIEBRE

Duerme con los ojos abiertos.

LIGA

Las ligas deben llevarse siempre *por encima* de la rodilla cuando se pertenece a la alta sociedad, y las mujeres del pueblo *por debajo*.

Una mujer no debe descuidar nunca este detalle, pues hay muchos impertinentes en este mundo.

LIGA (miembros de la)

Precursos del liberalismo en Francia.

LILAS

Alegra verlas porque anuncian el verano.

LIMONES

Palabra púdica para designar los pechos de una mujer: «Déjeme besar sus adorables limones».

LINCE

Animal notable por su vista.

LITERATURA

Ocupación de gente ociosa.

LITTRÉ

Tomarlo a risa cuando se oye mencionar su nombre:

«¡Ese señor que dice que descendemos de los monos!»^[265].

LORD

Inglés rico.

LOZA FINA

Más elegante que la porcelana.

LUIS XVI

Decir siempre: «Ese infortunado monarca...».

LUJO

Perdición de los estados.

LUNA

Inspira melancolía.

Ser perezoso como la luna.

Quizá está habitada.

LUSTRAR (los zapatos)

Sólo se hace bien en casa.

LUZ

Decir siempre *Fiat lux!* cuando se enciende una vela.

M

MACADÁN

El macadán ha acabado con las revoluciones; porque ya no hay adoquines para hacer barricadas^[266].

Pero es muy incómodo.

Tronar contra.

MACARRONES

Se deben comer con los dedos cuando son a la italiana.

MACKINTOSH

Filosofo escocés.

El inventor del caucho^[267].

MADRUGADOR

Serlo, prueba de moralidad. Si uno se acuesta a las cuatro de la noche y se levanta a las ocho, es un perezoso; pero si se acuesta a las nueve de la noche y se levanta al día siguiente a las cinco es activo.

MAESTRO

Palabra italiana que quiere decir «pianista».

MAGIA

Burlarse de ella.

MAGISTRATURA

Buena carrera para quien aspira al matrimonio.

Los magistrados son todos pederastas.

MAGNETISMO

Bonito tema de conversación y que sirve para «conquistar a las mujeres».

MAJOR [alumno primero de una promoción]

Ya no se encuentran más que en las mesas redondas de las pensiones^[268].

MALDICIÓN

La echa siempre un padre.

MALEZA

Calificarla siempre de «oscura» e «impenetrable».

MALTHUS

¡El infame!

No se conoce siquiera el título de su libro.

MAMELUCOS

Antiguo pueblo de Oriente.

MANDOLINA

Indispensable para seducir a las españolas.

MANO

Tener buena mano es escribir bien.

MANO DE HIERRO

A Francia hay que gobernarla con mano de hierro.

MAQUIAVELISMO

Palabra violenta y terrible que solo se puede pronunciar temblando.

MAQUIAVELO

No haberle leído, pero considerarlo un desalmado.

MAR

No tiene fondo.

Imagen del infinito.

Inspira grandes pensamientos.

A orillas del mar, hay que tener siempre un catalejo.

Cuando se lo contempla, decir siempre: «¡Cuánta agua! ¡Cuánta agua!».

MAREO

Para no marearse, pensar en otra cosa.

MARFIL

Solo se emplea hablando de los dientes.

MÁRMOL

Todas las estatuas son de mármol de Paros.

MARSELLÉS

Todos ingeniosos.

MÁRTIR

Todos los primeros cristianos lo fueron.

MÁSCARA

Hace parecer ingeniosos.

MASTURBACIÓN

(Véase Diccionario de la Academia.)^[269]

MATEMÁTICAS

Secan el corazón.

MATERIALISMO

Pronunciar esta palabra subrayando cada sílaba.

MATRIMONIO

Hablar de él siempre con respeto.

MATRIZ

Sinónimo de vulva.

MÁXIMA

Una máxima no es nunca nueva, pero es siempre consoladora.

MAZARINADAS^[270]

Despreciarlas.

Inútil conocer una sola.

MECÁNICA

Parte inferior de las matemáticas.

MEDALLA

Solo se hacían en la Antigüedad.

MEDIANOCHE

Límite del trabajo y de las diversiones honestas.

—Todo lo que se hace después de esta hora es inmoral.

MEDICINA

Burlarse de ella cuando se tiene salud.

MEFISTOFÉLICO

Se debe decir de toda risa amarga.

MEJILLÓN

Los mejillones son siempre indigestos.

MELANCOLÍA

Signo de distinción de alma y de elevación de espíritu.

MELODRAMAS

Menos inmorales que los dramas.

MELÓN

¿Es una verdura? ¿Es una fruta? Buen tema de conversación en la mesa. Argumentar que hay personas que los comen de postre, en Inglaterra.

—Pero ¡qué cosas pasan con las costumbres!

MEMORIA

Quejarse de la propia, e incluso presumir de no tener ninguna. Pero sonrojarse si os dicen que no tenéis juicio.

MENDICIDAD

Debería estar prohibida y nunca lo está.

MENSAJE

Más distinguido que una carta.

MERCURIO

Mata la enfermedad y al enfermo.

MERIDIONALES (los)

Todos poetas.

METAFÍSICA

No se sabe lo que es, pero reírse de ella.

METÁFORAS

Mal efecto en el estilo.

METALURGIA

Muy chic.

METAMORFOSIS

Reírse de los tiempos en que se creía en ella. Su inventor fue Ovidio.

MÉTODO

No sirve de nada.

MÉXICO

(en la copia)

«La guerra de México es el mayor invento del reinado» (Rouher^[271]).

MIEDO

Da alas.

MILAMORES

La ensalada de milamores lleva siempre apio.

MINISTRO

Grado supremo de la gloria humana.

MINUTO

«Nadie se imagina lo largo que es un minuto.»

MISIONEROS

Resulta que a todos se los comen o acaban por crucificarlos.

MOBILIARIO

Estar siempre pendiente de que no se estropee el mobiliario.

MODISTILLA

«Ya no hay modistillas», esto hay que decirlo en el tono desalentado del cazador que se queja de que ya no hay caza.

MOLINO

Queda bien en un paisaje.

MONARQUÍA

La monarquía constitucional es la mejor de las repúblicas.

MONEDA (falsificadores de)

Trabajan siempre en los subterráneos.

MONÓCULO

Insolente y distinguido.

MONOPOLIO

Tronar contra.

MONSTRUO

Ya no se ven.

MORENAS

Más ardientes que las rubias (*véase* RUBIAS).

MORCILLA

Signo de alegría.

Indispensable en Navidad.

MOSAICOS

Se ha perdido el secreto.

MOSCAS

Puer abige muscas^[272]!

MOSQUITO

Más peligroso que cualquier animal feroz.

MOSTAZA

No hay buena mostaza más que en Dijon.

Destroza el estómago.

MUJER

Persona del sexo [débil].

Lo que conviene a una mujer.

Importancia actual de las mujeres.

No decir «mi mujer», sino «mi esposa», o, mejor aún, «mi media naranja».

Una costilla de Adán.

MULTITUD

Turba ruit o ruunt^[273].

«El vil populacho» (Thiers).

«El pueblo sagrado, en muchedumbre, inundaba los pórticos.»

Tiene siempre buenos instintos.

MÚSCULO

Los músculos de los hombres fuertes son siempre de acero.

MUSEO

De Versalles. Buena idea de Luis Felipe. Perpetúa los grandes hechos de la gloria nacional.

Del Louvre. No se debe llevar a él a las solteras.
Dupuytren. Muy útil para enseñárselo a los jóvenes.

MÚSICA

Endulza las costumbres. Ej.: *La Marsellesa*.
Hace pensar en multitud de cosas.

MÚSICO

Lo propio de un verdadero músico es no componer nada de música, no tocar ningún instrumento y despreciar a los virtuosos.

N

NACIONES

(reunir aquí todos los pueblos)

NÁPOLES

Ver Nápoles y después morir.
Hablando con gente culta decir Parténope.

NATURALEZA

«¡Qué hermosa es la naturaleza!» Decirlo cada vez que se está en el campo.

NAVEGANTE

Siempre «intrépido».

NAVÍO

Solo se construyen bien en Bayona.

NÉCTAR

Confundirlo con la «ambrosía».

NEGOCIOS

Son lo primero. Una señora debe evitar hablar de los suyos.
Lo más importante de la vida.
«¡En ellos radica todo!»

NEGRAS

Más ardientes que las blancas (*véase* MORENAS y RUBIAS).

NEGRO

Hay que hablar siempre como los negros para hacerse entender por un extranjero,

cualquiera que sea su nacionalidad.

Se emplea también en el «estilo telegráfico»^[274].

Extrañarse de que su saliva sea blanca y de que hablen francés.

NEGRO [COLOR]

Siempre seguido de «ébanos».

Como el «arrendajo» (*geai*) en vez de «azabache» (*jais*)^[275].

NEOLOGISMO

La pérdida de la lengua francesa.

NERVIOSO

«¡Es nervioso!»

Debe decirse todas las veces que no se comprende nada de una enfermedad.

Y el oyente queda satisfecho.

NIÑOS

Cuando hay gente, afectar que se siente por ellos un cariño poético.

NOBLEZA

Despreciarla y envidiarla.

NORMANDOS

Todos «enredadores» (cierto).

Creer que hablan como si tuvieran huevos en la boca y burlarse de ellos por sus gorros de algodón.

NOTARIOS

En estos tiempos, no fiarse de ellos.

NOVELA

Pervierten a las masas.

Son menos inmorales por entregas que en libro.

Solo son tolerables las novelas «históricas», porque enseñan historia.

Ej.: *Los tres mosqueteros*, etc.

Hay novelas escritas con la punta de un escalpelo. Ej.: *Madame Bovary*^[276].

Otras giran en torno a la punta de una aguja.

NUDO GORDIANO

Manera que tenían los antiguos de hacer el nudo de la corbata.

NUMISMÁTICA

En relación con el cálculo infinitesimal.

En relación con las ciencias exactas, inspira muchísimo respeto.

NUTRIA

Pequeño carnívoro cuya piel sirve para hacer gorros y chalecos.

O

OASIS

Posada en el desierto.

OBESIDAD

Causas de la —

OBRERO

Siempre honrado, cuando no provoca disturbios.

OBSCENIDAD

Todas las palabras científicas derivadas del griego o del latín esconden una obscenidad.

OBÚS

Sirve para hacer péndulos o tinteros.

OCÉANO

Imagen del infinito.

OCTOGENARIO

Se dice de todos los viejos.

ODALISCA

(Véase BAYADERAS.)

ODEÓN

Bromear sobre lo lejos que está, el aislamiento^[277].

OFENSA

Hay que lavarla siempre con sangre.

Ofensa mortal.

OFFENBACH

Cuando se oye su nombre, hay que apresurarse a cerrar dos dedos de la mano derecha para librarse del mal de ojo.

Muy parisiense, un tanto elegante.

OLOR DE PIES

Signo de salud.

OMEGA

Segunda letra del alfabeto griego, puesto que se dice siempre el alfa y el omega.

ÓMNIBUS

Nunca se encuentra sitio en los ómnibus.

Lo inventaron para Luis XIV^[278].

Hace cincuenta años no los había.

«¡Yo, caballero, el que le habla, ha conocido los triciclos!»

Hay de varias compañías: los Escoceses, las Damas Blancas.

ÓPERA (entre bastidores de la)

El paraíso mahometano sobre la Tierra.

OPTIMISTA

Equivalente de imbécil.

ORACIÓN

Todo discurso de Bossuet.

ORDEN

¡Cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!

ÓRGANO

Eleva el alma a Dios.

ORIENTALISTA

Hombre que ha viajado mucho.

ORIGINAL

Se debe llamar «original» al que se niega a plegarse a las banalidades, a las ideas corrientes.

Reírse de él demuestra siempre una gran superioridad de espíritu.

Maneras de pasar por.

ORQUESTA

Imagen de la sociedad. Cada uno toca su parte y hay uno que dirige.

ORQUITIS

Enfermedad solo del hombre.

ORTOGRAFÍA

No es necesaria cuando se tiene estilo. Creer en ella como en las matemáticas.

OSO

Se llaman todos «Martin^[279]».

Citar la anécdota del inválido que, al ver un reloj caído en su foso, bajó a cogerlo y fue devorado.

OSTRAS

Ya no hay quien coma. Están carísimas.

P

PABELLÓN

Formarlo es la mayor dificultad en la Guardia Nacional.

PADRINO

Siempre el padre del ahijado.

PAGANINI

Célebre por lo largos que tenía los dedos.

No afinaba nunca el violín.

PAISAJES PICTÓRICOS

¡Siempre «platos de espinacas^[280]»!

PÁJARO

Desear ser uno, y decir suspirando: «¡Alas! ¡Alas!» indica un alma poética.

PALADIÓN^[281]

Fortaleza de Antioquía.

PALMERA

Da color local.

PALMIRA

¿Una reina de Egipto? ¿Unas ruinas? No se sabe.

PAN

¡Si la gente supiera las porquerías que se come con el pan!

PANTEÍSMO

Tronar contra él. Absurdo.

PAÑO

Todos los paños vienen de Elbeuf.

PAÑUELO

Lo «correcto» es sonarse con un pañuelo.

PAPANATAS

Todos los parisienses son unos papanatas, aunque de diez habitantes de París nueve sean de provincias.

En París no se trabaja.

PARADOJA

Algo monstruoso que se dice siempre, entre dos caladas de cigarrillo, en el bulevar, su patria.

PARAJE

Bonito lugar para hacer versos.

PARALELO

No se debe elegir más que entre los siguientes:

César y Pompeyo,
Voltaire y Rousseau,
Napoleón y Carlomagno,
Bayardo y Mac Mahon,
Goethe y Schiller,
Horacio y Virgilio.

PARIANTES

Siempre desagradables.

Ocultar a los que no son ricos.

PARÍS

La gran prostituta.

La Capital.

Paraíso de las mujeres, infierno de los caballos.

Ideas políticas sobre.

Modo de dominarla.

Lo que se piensa de ella en provincias (y viceversa).

PÁRRAFO

Cuanto más complicado, más hermoso.

PARTE

Las «partes», vergonzosas para unos, naturales para otros.

PARTO

Evitar esta palabra; sustituirla por «feliz acontecimiento»: «¿Para cuándo espera usted el feliz acontecimiento?»

PASEO

Dar siempre un paseo después de cenar; facilita la digestión.

PASTORES

Todos los pastores son brujos.

Su especialidad es hablar con la Santa Virgen.

PATÍBULO

Arreglárselas cuando se sube a él para pronunciar unas palabras elocuentes antes de morir.

PATO

Todos vienen de Ruán.

Solo es bueno con nabos.

PEDANTERÍA

Se debe ridiculizar siempre, excepto cuando se aplica a cosas baladíes.

PEDERASTIA

Enfermedad que padecen todos los hombres a cierta edad.

PELÍCANO

Se destroza los costados para alimentar a sus crías.

Emblema del padre de familia.

PELIRROJAS

(Véase RUBIAS, MORENAS, BLANCAS y NEGRAS.)

PENSAR

Penoso. Generalmente las cosas que hacen pensar se dejan de lado.

PEPITORIA

Únicamente se hace bien en el campo.

PERFIL

Delante de cualquier estatua que se examina hay que decir: «¡No deja de estar bien perfilada!».

PERIÓDICO

Su importancia en la sociedad moderna. Ej.: *Le Figaro*.

Los periódicos serios: *La Revue des Deux Mondes*, *L'Économiste*, *Le Journal des Débats*.

Hay que dejarlos a mano sobre la mesa del salón, pero teniendo buen cuidado de abrir antes las hojas. También produce muy buen efecto señalar con lápiz rojo algunos pasajes.

Leer por la mañana algún artículo de esas páginas serias y graves, y por la noche, en sociedad, llevar hábilmente la conversación al tema estudiado, para poder lucirse.

PERMUTAR

Único verbo que conjugan los militares.

PERNADA (DERECHO DE)

No creer en él.

PERRO

Creado especialmente para salvar la vida a su amo.

Ponerle azufre en el agua para impedirles que cojan la rabia.

Collar de taponos para quitar la leche a las perras.

El ideal del «amigo del hombre».

PERÚ

País fantástico en el que todo es de oro y de plata.

PESADILLA

Viene del estómago.

PIANO

Indispensable en un salón.

PICADO DE VIRUELAS

Las mujeres picadas de viruelas son todas lascivas.

PICHÓN

No se debe comer más que con guisantes.

PIEDAD

Guardarse siempre de ella.

PIELES

Signo de riqueza.

PINTURA

Se ha perdido el secreto de la pintura sobre vidrio.

PIOJERA

Piojos de colegial: *pedinulis testis*.

Piojos de joven: *pedinulis pubis*^[282].

PIPA

No es correcto fumar en pipa.

Salvo en los balnearios.

PIRÁMIDE

Obra inútil.

PISO

En un piso de soltero debe estar todo sucio, polvoriento, en desorden; imágenes obscenas deben cubrir las paredes, con perifollos femeninos tirados sobre los muebles; olor a tabaco y la cama siempre sin hacer.

Nunca se deja de encontrar cosas raras.

PLANETA

Siempre los planetas han sido descubiertos por Leverrier^[283].

PLANTA

Cura siempre las partes del cuerpo humano a las que se parece.

PLATERO

Hay que llamarlo siempre «señor José».

PLICA POLACA

Si se cortan los cabellos, sangran^[284].

POBRE

Ocuparse de ellos vale por todas las virtudes.

POESÍA

Es completamente inútil.

Pasada de moda.

POETA

Sinónimo de soñador y de lelo.

POLICÍA

Siempre se equivoca.

POLITÉCNICA (Escuela)

Sueño de todas las madres (viejo).

PONCHE

Causa de delirio.

Velada de solteros. Apagar las luces cuando se enciende. ¡Y produce unas «llamas fantásticas»!

Romántico (viejo).

PONSARD

Único poeta que tuvo buen sentido^[285].

POPILIO, CAYO

Inventor del círculo^[286].

PORT-ROYAL

Tema de conversación muy elegante.

POSTRE

¡Alegría! La más viva alegría.

Lamentarse de que ya no se cante en los postres.

Las personas virtuosas lo desprecian.

«¡No, no, nada de pastelería! ¡Postre jamás!»

PRÁCTICA

Superior a la teoría.

PRADON

No perdonarle el haber sido el émulo de Racine^[287].

PRAGMÁTICA SANCIÓN

No se sabe lo que es.

PREOCUPACIÓN

Es tanto más «viva» cuanto que, profundamente absorto en ella, se permanece inmóvil.

PRESUPUESTO

Nunca nivelado.

PRIAPISMO

Culto del dios Príapo.

PRIMO

Aconsejar a los maridos que no se fíen del «primito».

PRINCIPIOS

Siempre indiscutibles.

No se puede decir ni su significado ni su nombre; de todos modos, son sagrados.

PROFESOR

Siempre sabio.

PROGRESO

Siempre mal entendido y demasiado apresurado.

PROPIEDAD

Una de las bases de la sociedad.

Más sagrada que la religión.

PROPIETARIO

Los humanos se dividen en dos grandes clases: los propietarios y los arrendatarios.

—¿Usted qué es?

—Yo, propietario.

PROSA

Más fácil de hacer que los versos.

PUBLICIDAD

Fuente de la fortuna.

PUDOR

La más hermosa gala de la mujer.

PUESTO

Buscar siempre uno.

PUÑALADA TRAPERA

Indignarse contra este modo de matar, aunque era muy leal^[288].

PÚRPURA

Palabra más distinguida que rojo.

Citar la anécdota del perro que descubrió la púrpura mordiendo una concha.

Q

QUESO

Citar el aforismo de Brillat-Savarin: «Una comida sin queso es una mujer hermosa a la que le falta un ojo».

QUIOSCO

Lugar de encuentro en el jardín.

R

RACINE

¡Picarón^[289]!

RADICALISMO

Tanto más temible cuanto que está siempre «latente».

La república nos lleva al radicalismo.

RANA

La hembra del sapo.

«No hay rana que no encuentre su sapo.»

RAPÉ (tomar)

Da un aire de doctor.

Adecuado en un oficial.

RECINTO

Sacar a relucir esta palabra en los discursos oficiales: «En este recinto...».

REGALO

No vale lo que cuesta, o no cuesta lo que vale.

«El regalo no es nada, lo que cuenta es la intención.»

REGENCIA

No se hacía otra cosa que cenar.

RELIGIÓN

Forma parte de las bases de la sociedad.

Es necesaria para el pueblo.

Pero no demasiada.

«La religión de nuestros padres», se debe decir con unción.

RELOJ

Solo es bueno si es de Ginebra.

—¿Va bien su reloj?

—El sol se rige por él.

En los espectáculos de magia, cuando un personaje saca el suyo debe salir una cebolla, es un golpe de efecto asegurado.

REMONTA

La cuestión de las remontas, un buen tema para un debate parlamentario.

REPUBLICANO

No todos los republicanos son ladrones, pero los ladrones son todos republicanos.

RESTAURANTE

En él se deben pedir siempre los platos que no se comen habitualmente en casa. Cuando se está indeciso, no hay más que elegir lo que les sirven a los de la mesa de al lado.

RETRATO

Lo difícil es hacerle sonreír.

REVEILLÓN

Es la morcilla lo que constituye el *reveillon*.

RIMA

Nunca de acuerdo con la razón^[290].

RIPIO

Versificación.

RIQUEZA

Su prestigio.

Capaz de suplirlo todo, hasta la consideración.

RISA

Una risa es siempre «homérica».

RIZAR, RIZADO

Rizarse el pelo es algo inconveniente para un hombre.

ROMANZA

El cantante de romanzas, ideal del hombre lánguido.

RONSARD

Ridículo con sus palabras griegas y latinas.

ROPA INTERIOR

Nunca se enseña demasiado.

ROUSSEAU

Creer que J.-B Rousseau y J.-J. Rousseau son hermanos, como los dos Corneille.

ROXELANA

¿Qué es? Significa: nariz respingona^[291].

RUBIAS

Más ardientes que las morenas (*véase* MORENAS).

El azul sienta bien a las rubias.

RUINAS

Hacen soñar y confieren poesía a un paisaje.

S

SABAÑONES

Signo de salud. Salen por calentarse cuando se tiene frío.

SABIOS

La ciencia infusa.

Pozo de ciencia.

Para ser sabio no hace falta más que memoria y trabajo.

Tomarlos a broma.

SABLE

Los franceses quieren ser gobernados por el sable.

SACERDOCIO

El arte es un sacerdocio.

La medicina también,

el periodismo,

la condición de notario y generalmente todas las profesiones.

SACRILEGIO

Cortar un bonito árbol es un sacrilegio.

SÁFICO Y ADÓNICO (verso)

Produce muy buen efecto en un artículo literario.

SAN BARTOLOMÉ

Viejo cuento.

SAINTE-BEUVE

Creer en la leyenda del Viernes Santo, día en que comía exclusivamente embutidos^[292].

SALERO

Volcarlo trae mala suerte.

SALUD

Demasiada salud, causa de enfermedad.

SALUDOS (al final de una carta)

Siempre «efusivos».

SANEAMIENTO

Cloruro, ácido fénico.

SANGRAR

Conviene sangrarse todas las primaveras.

SANTA ELENA

Conocida por su roca.

SAPO

Macho de la rana.

Vive *dentro* de una piedra.

Tiene un veneno muy peligroso.

SÁTRAPA

Hombre rico y disoluto.

SATURNALES

Fiestas del Directorio.

SCUDÉRY

Antiguo autor del que burlarse sin haberlo leído.

Hay que mofarse de él sin saber si era un hombre o una mujer^[293].

SELLO

Siempre seguido de «muy particular».

Ej.: «El sol imprimía a ese paisaje un sello muy particular»; esta metáfora debería estar exclusivamente reservada para los empleados de correos encargados de timbrar las cartas.

Eso no deja de tener su sello.

SEMENTAL

Siempre «vigoroso».

(Si no se le consideraría tal.)

Una mujer debe ignorar la diferencia que hay entre un semental y un caballo.

Para las jovencitas: caballo más grande que otro.

SÉNECA

¿Era de París?

Escribía en un pupitre de oro^[294].

SERPIENTE

Todas venenosas.

SETA

No se deben comprar más que en el mercado.

SEVILLA

Célebre por su barbero.

¡Ver Sevilla y después morir! (véase NÁPOLES).

«Quien va a Sevilla», etc. (en español).

SIBARITAS

Tronar en contra.

SIDRA

Estropea los dientes.

SÍFILIS

Más o menos, todo el mundo la tiene.

SIMPLÓN

Más vale ser bribón que simplón.

SOCIEDAD

Sus enemigos.

Lo que causa su perdición.

SOLTERO

Los solteros son todos egoístas y disolutos, se acuestan con sus criadas.

Tronar en contra de ellos. Debería imponérseles un impuesto. ¡Qué triste vida les espera!

SOMBRERO

Protestar contra la forma de los sombreros.

SOMBREUIL

Recordar el vaso de sangre^[295].

SONÁMBULO

Se pasea de noche por los tejados.

SOPLONES

Todos de la policía.

SORTIJA

Es muy distinguido llevarla en el dedo índice.

Ponérsela en el pulgar es demasiado oriental.

Llevar sortijas deforma los dedos.

SUBURBIO

Terrible en tiempos de revolución.

SUDOR DE PIES

Signo de salud.

SUEÑO

Espesa la sangre.

SUFRAGIO UNIVERSAL

Objetivo supremo de la ciencia política.

SUICIDIO

Prueba de cobardía.

SUR (cocina del)

Siempre con ajo. Echar pestes de ella.

SUSPIRO

Debe exhalarse junto a una mujer.

T

TABACO

El de la Tabacalera no es tan bueno como el de contrabando.

Tomar rapé es muy adecuado para políticos y literatos.

Causa todas las enfermedades del cerebro y de la médula espinal.

TABELIÓN

Más halagador que notario.

TALLEYRAND

Indignarse contra.

TARTANA

«Ven a mi tartana,
hermosa griega de ojos negros.»

(Romanza.)

TEMA (de traducción inversa)

En el colegio, prueba de aplicación, así como la versión prueba la inteligencia; pero en sociedad hay que reírse de los fuertes en un tema^[296].

TEMPERAMENTO

Tener temperamento.

TENEDOR

Los tenedores deben ser siempre de plata, es menos peligroso.

Contar, como prueba, la historia del «hombre del tenedor».

Se debe usar con la mano izquierda, es más cómodo y más distinguido.

TERCIOPELO

En el vestir, señal de distinción y riqueza.

TERTULIA

Comienzo de la carrera literaria que sitúa muy bien a un hombre.
Tertulia en el salón de una señora.

TESTIGO

Hay que negarse siempre a ser testigo ante la justicia, no se sabe adónde puede llevarle a uno.

TIEMPO

Eterno tema de conversación.
Causa universal de enfermedades.
Quejarse siempre del tiempo.

TIERRA

Decir «los cuatro confines de la Tierra», puesto que es redonda.

TINTERO

Se regala siempre a los médicos.

TOGA

Impone respeto.

TOILETTE (de las damas)

Perturba la imaginación.

TOLERANCIA (casa de)

No es la casa en que se tienen opiniones tolerantes.

TOPO

«Ciego como un topo», y, sin embargo, tiene ojos.

TORNO

En el campo, indispensable tener uno en el desván para los días de lluvia.

TORO

El padre del ternero; el buey no es más que el tío.

TORREÓN

Suscita ideas lúgubres.

TRAJE OSCURO

Hay que decir «frac»; excepto en el proverbio: «El hábito no hace al monje», en cuyo caso hay que decir: *froc* [cogulla].

Importancia en provincias.

¡El colmo de la formalidad y de la incomodidad!

TRAJE DE BAÑO

Muy excitante.

TRATAMIENTO

Siempre «fácil de seguir, incluso de viaje».

TRECE

Evitar ser trece en la mesa; trae mala suerte.

Los incrédulos no deben nunca dejar de bromear: «¿Qué más da? Yo comeré por dos»; o bien, si hay damas, preguntar si está encinta alguna de ellas.

TROVADOR

Bonito motivo para un péndulo.

TRUFA

Abstenerse de comer cuando la propia mujer está indispuesta^[297].

U

UKASE

Llamar ukase a todo decreto demasiado autoritario; eso humilla al Gobierno.

ULTRAJE

Hacer sufrir los mayores ultrajes.

UNIVERSIDAD

Alma mater.

USUM (*ad*)

Locución latina que sienta bien en la frase: *Ad usum Delphini*. Se debe emplear siempre hablando de una mujer que se llame Delphine.

V

VACUNA

No frecuentar más que a personas vacunadas.

VALS

Indignarse contra.

Baile lascivo e impuro que solo deberían bailar las señoras viejas.

VASCO

El pueblo que mejor come.

VECINOS

Procurar que nos sirvan sin que nos cueste nada.

VEJIGA HINCHADA

No solo sirve para hacer globos^[298].

VELADAS

Las del campo son morales.

VENTA

Vender y comprar, objeto de la vida.

VERANO

Un verano es siempre «excepcional», ya sea caluroso o frío, seco o húmedo.

VERDUGO

Siempre de padre a hijo.

VERRES, CAYO

Todavía no le han perdonado^[299].

VIAJE

Debe hacerse rápidamente.

VIAJERO

Siempre «intrépido».

«Es usted un intrépido viajero.»

Siempre precedido de «señores», en estilo ferroviario.

VIDA DISOLUTA

Causa todas las enfermedades de los solteros.

VIEJO

A propósito de una inundación, de una tormenta, etc., ni los más viejos de la región vieron jamás cosa igual.

VIENTRE

Decir «abdomen» cuando hay señoras.

VINO

Tema de discusión.

Sus características.

—El mejor es el burdeos, puesto que los médicos lo recetan.

—Cuanto más malo, más natural.

VISIR

Tiembla a la vista de un *cordón*^[300].

VOLTAIRE

Célebre por su «rictus espantoso».

Ciencia superficial.

W

WAGNER

Reír sarcásticamente cuando se oye su nombre, y burlarse de la música del porvenir.

Y

YERNO

«¡Mi yerno! No nos tratamos.»^[301]

Esto debe ser dicho imitando la voz de Grassot^[302].

YVETOT

¡Ver Yvetot y después morir^[303]!

Z

ZAPATERO

Ne sutor ultra crepidam^[304].

ZAR

Pronunciar: «tzar», y de vez en cuando decir «autócrata».

ZUECO

Un hombre rico que tuvo unos comienzos difíciles siempre llegó a París «en zuecos».

ZURDO

Terribles en la esgrima. Más diestros que los que se sirven de la mano derecha.

CATÁLOGO DE LAS IDEAS CHIC

[305]

Defensa de la esclavitud.

De la noche de San Bartolomé.

Burlarse de los fuertes en el tema.

Id., de los sabios.

Id., de los estudios clásicos.

Decir de un gran hombre: «¡Está sobrevalorado!» – Todos los grandes hombres.

Y, por lo demás, no existen grandes hombres.

Admiración por De Maistre.

Veillot.

Stendhal.

Proudhon.

Ciencia superficial de Voltaire.

Rafael, ningún talento.

Mirabeau, ningún talento.

En cambio, su padre (al que nadie ha leído), ¡ah, ése sí!

Molière, tapicero de las letras.

¡Charron, muy superior a Montaigne!

A. de Musset, a Hugo.

Homero: no ha existido.

Shakespeare: no ha existido, el autor de sus dramas fue Bacon.

Ideas chic. «Es del todo evidente que las instituciones culturales de Europa no son más que escuelas públicas de mentiras, y seguramente se cometen más errores en la Academia de las ciencias que en todo un pueblo de hurones» (J.-J. Rousseau, *Emilio*, III).

Objetos de entusiasmo popular:

La jirafa

La Fayette

El bey de Argel

Dufavel, pocero

Lacenaire

Madame Lafarge

Lamartine

El Príncipe Presidente

El joven Hua
Tom-pouce
El tío Tom
Tropman
Rochefort

EL ÁLBUM DE LA MARQUESA

Es muy difícil hacerse una idea clara de Dios y
de la Naturaleza, quizá es tan difícil como
conseguir tener un buen estilo.

VOLTAIRE

RECUERDO RETROSPECTIVO

I

El París literario en pleno ha conocido a la adorable marquesa de S.

—Esa elegía desconsolada que conocía el secreto de sonreír.

—¡Ella era la esperanza del poeta y la fortuna de su poesía!

Su salón ha reunido durante veinte años a la flor y nata de la literatura y de las artes.

—Todos los hombres que caminan bajo el sol de la celebridad han dejado en el álbum de la marquesa las encantadoras improvisaciones de su pluma.

Era imposible ver a esa querida marquesa tan graciosa y tan buena sin amarla.

Los genios más ilustres, los espíritus más distinguidos y los más humildes han sentido por ella una misma piedad, una misma adoración, si me atrevo a expresarme así.

«¡Había en esta flor un aroma tan íntimo, efluvios tan inasibles de delicadeza! ...», ha dicho de su voz profunda un maestro hábil en sondear los arcanos del corazón.

Dejemos hablar a los amigos fieles que han rodeado a la Marquesa durante su vida, ellos expresarán mejor que nosotros los encantos, las virtudes y las desgracias de esta mujer adorada.

RETRATO

Victor de Saint-Paul, nuestro gran pintor de colorido paradisíaco, ha conservado la imagen de la Marquesa en una pequeña tela rayada por la uña del león.

Es una pintura arrebatadoramente melancólica.

Figuraos a la inocencia urdiendo una trampa con los hilos de una virgen.

—En un dulce claroscuro, un reflejo de serenidad luminosa.

BREVE PREFACIO

El álbum de la Marquesa no incluye menos de doscientas piezas originales.

Por un raro favor nos está permitido reproducir algunas de estas maravillas inéditas.

No elegimos.

En esa gran y bella recopilación, verdadero libro de oro de la literatura contemporánea, todo respira una sensación de inaudito.

Registramos sin orden ni concierto, descosidamente, con la medrosa alegría de un Adán en el primer día del Edén.

¡Emoción inexpresable, oh lector, vas a conocer de cerca la virginidad de esas auroras!

¡Que el éxtasis descienda a tu alma como el rocío al cáliz de las flores!

II

M. Ernest Legouvé Cuando tengo versos conmovedores que hacer, necesito tener el retrato de ese ángel ante los ojos, lo miro y siento al mirarlo mil expresiones llenas de lágrimas y de dulzuras exquisitas que manan en mis versos y los embalsaman.

M. Sainte-Beuve Yo la veía sin mirarla: así se hace con una joven madre que amamanta a su hijo en nuestra presencia. Era como una casta imagen prohibida ante la que mi vista interponía una nube al entrar, y al irme corría un velo sobre mis recuerdos.

Madame Louise Valory Tenía los rayos de agosto en los ojos, perfumes de tuberosa en el corazón, ondulaciones de trigo maduro en toda ella.

M. Auguste Desplaces Unos cabellos de un rubio leonado locamente retorcidos hacia las sienas, blancuras de cisne con una rosa deshojada en cada mejilla.

M. Alexandre Dumas hijo Unas finas cejas claras y regulares como el arco de un puente. (*Grangette*, p. 20, volumen de Diane de Lys, t. I.)

M. Octave Feuillet Unos dientes de marfil y unos labios de púrpura cuya cereza no pedía sino ser cogida.

Eliacim Jourdain Unos labios tan puros y tan bermejotes que se hubieran dicho pétalos de rosa agitados por una brisa de mayo... «¡Oh! ¡Los suaves besos que debían ser cogidos en esa boca purpurina!» (*Auguste et Marie*, p. 57.)

Champfleury Su boca entreabierta mostraba un desmayo sin dolor, y dejaba pasar un soplo tan puro como un céfiro que atravesara un rosal. (*Molinchart*, retrato de

Louise, p. 32.)

Madame Louise Colet Un talle esbelto, unos brazos que uno se sentía tentado de imitar para completar la Venus de Milo. Los brazos de Stéphanie de Rostang.

Edmond y Jules de Goncourt Un talle que hubiera cabido en una liga y que se volvía más fino aún para el ojo con el realce de las caderas y la prominencia de las redondeces que hinchaban el vestido, un talle imposible, ridículo por su delgadez, adorable como todo lo que, en la mujer, tiene la monstruosidad de la pequeñez. (*Germinie Lacerteux*, p. 53.)

Condesa de Orsay Sus dedos de hada con las uñas rosadas y pulidas como conchas recién recogidas en la orilla y húmedas aún de las aguas del mar parecían haber sido hechos expresamente para atrapar mariposas o coger flores. (*L'Ombre du bonheur*, t. I, p. 274.)

M. Paul de Molènes Su voz era un verdadero laúd.

M. Barbey d'Aurevilly Yo he bebido a largos tragos en la copa de ópalo de sus hombros la cruel ebriedad de las felicidades no compartidas.

Ernest Feydeau ¡Cielo poderoso! Oía entonces en mis sueños el cordón de sus botines que azotaba la garganta de su pie cuando ella se descalzaba. Oía los botines blandamente apretados caer al suelo, uno tras otro, y me devanaba en vano los sesos para dar con la manera de robárselos. (*Daniel*, t. I, p. 192.)

Adorándola como a una estrella, me sentía encadenado lejos de ella, a la tierra, tristemente resignado a adorarla sin esperanza. (*Ibid.*, t. I, p. 312.)

M. H. de Pène La última vez que me la encontré fue el último viernes en que recibió la princesa de Z. ¡Nos cruzamos en el primer salón, ella llegaba, nosotros nos íbamos! ¡Ay! Ahora es ella quien ha partido para no volver nunca más a figurar en el gran movimiento de este mundo, ha volado hacia las bellas moradas y las recepciones de los ángeles, al son de las orquestas sobrehumanas. (*Époque*, 13 de abril de 1865.)

Ponson du Terrail Corría el año 1865. Octubre tocaba a su fin, una amazona montada en un hermoso caballo negro de raza irlandesa galopaba por el camino abrupto de la mansión de Elberstein.

Esta amazona era la marquesa.

Detrás de ella, a algunos pasos de distancia, guiando un elegante cabriolé de gala de Erhler, enganchado a un magnífico caballo, seguía un hombre muy joven, de una rara distinción de maneras.

Este joven era el vizconde...

—¡Oh! —dijo encendiendo su puro con un resplandor que brotó de sus ojos...—, darle un beso en la frente, aunque tuviese que recibir una bala en el esternón (arreglado; véase Ponson en *Materiales*).

Léo Lespès No esperéis de mí que cuente gota a gota las lágrimas caídas de sus miradas de azur. (*Grand Journal*, 22 de abril de 1865.)

Lottin de Laval ¡Oh marquesa! Cuando pasasteis por el Luxemburgo en vuestra rápida calesa, deslumbrante y hermosa como una magnífica flor, y dirigisteis vuestra sonrisa hacia mí, me arrebatasteis el corazón.

¿Quién no hubiera quedado perdidamente cautivado al ver la admirable belleza de esta mujer? Pues bien, ¡esta hechicera se marchitaba bajo los besos de un octogenario! (*Andalousie*, p. 133.)

Louis Ulbach ¡Ella comprendía con una penetración encantadora mis sueños, mis proyectos, mis angustias; se dignaba seguirme a esas regiones de la idea pura que escapan a los sentidos! ¡Si supierais qué fuego en esa transparencia de alabastro! ¡Qué ternura en esa ingenuidad! ¡Qué abnegación en esa inocencia! ¡Oh Pichat, siente celos de mí! Te juro que he sido el rey de la tierra y del cielo, que he tenido los ojos llenos de sol y unas nubes bajo los pies. (*Suzanne Duchemin*, p. 176.)

Méry Un día de fiesta en el paraíso, Dios se ha llevado a la Marquesa, le ha dado esa corona de cabellos, esa frente recortada sobre un modelo de serafín, esos ojos cuyos rayos parecen purificar la tierra, esa gracia de rostro, ese exquisito cincelado de hombros y de brazos, ese conjunto ideal con el que sueña el artista y que la realidad le muestra un día. ¡Esta obra maestra del taller divino se ha perdido para nosotros! (*La Croix de Berny*, p. 26.)

H. de Balzac Ella ascendía a unas alturas a las que las alas tornasoladas del amor no pueden llevarnos; para llegar cerca de ella un hombre hubiera tenido que hacerse con las alas blancas de un serafín. (*La piel de zapa*, p. 27.)

Su vasto y luminoso corazón se asemejaba tanto al cielo que me confundía como los moscardones que van a quemarse en las bujías de una fiesta. (*Ibid.*, p. 51.)

Habría podido no sentir una brasa en el hueco de mi mano mientras ella hubiera pasado sus cosquilleantes dedos por mis cabellos. (*Ibid.*, p. 26.)

Era el bengalí trasladado a la fría Europa, tristemente posado en su alcándara, mudo y moribundo en su jaula donde lo guarda un naturalista. Era el pájaro que canta poemas orientales en su bosque de las orillas del Ganges, y como una pedrería viviente, volando de rama en rama entre las rosas de un inmenso wolkameria siempre en flor. (*El lirio en el valle*, ed. ilustrada, p. 4.)

Michelet ¡Oh sol! ¡Oh mar! ¡Oh rosa! El círculo de la existencia se cumple y se cierra en ti. (*L'Amour*, p. 64.)

¡Pegar a la mujer! ¡Oh, Dios mío! La mujer, nuestro sueño de amor, y es una reina tan sumisa que cada noche otorga un poder ilimitado al hombre, el poder de dejarla encinta. ¡Es casi el derecho de vida y de muerte! ¡Un ser dulce, débil, entregado hasta

ese punto, quebrantarlo, entristecerlo por un servil castigo! ¡Oh, bajeza y cobardía!
(*Ibid.*, p. 279.)

LOS AMIGOS DE LA MARQUESA

Michel Masson ¡Dios mío, vuestros misterios son impenetrables, vuestras voluntades terribles!... ¡Dios mío! No quiero blasfemar, pero ¿por qué ese esposo para la Marquesa? ¿Por qué darla a ese anciano? ¡No bastaba con abrumarme a mí!... Hubierais tenido al menos que apiadaros de ella. (*Marthe et Marie*, 1851, escena II, acto IV [Ambigu].)

A. de Lamartine ¡Qué andares! ¡Qué palpitaciones en el pecho! ¡Qué melodías en los labios! ¡Y qué lágrimas transparentes en el globo de los ojos! (*Nouvelles Confidences*, p. 192.)

Timothée Trimm Ella rompe su corazón bajo la férrea opresión de su blasón. (*Figaro*, 26 de febrero de 1865.)

Siméon Pécontal Flor de virtud, flor aromática, / ella no tenía nada que ocultar; / su bella alma era transparente / como el agua de manantial. (*Légendes et ballades*, p. 20)

Amédée Achard El ángel de suaves pensamientos parecía balancearse sobre su frente de marfil. (*La Traite des blondes*, t. II, p. 61.)

Champfleury El conde de Vorge, con un bigotillo parecido a un humillo que sale de la cabaña de un pobre, contribuía sin duda a hacerle parecer más joven de lo que era. (*Molinchart*, retrato de Louise, p. 40.)

La sonrisa de esta mujer distinguida era dañina e inducía a la tristeza; bajo sus ojos flotaban dos grandes párpados vacíos que parecían unas grandes bolsas en las que se habían acumulado muchas lágrimas. (*Amoureux de Sainte Périne*, p. 54.)

Gustave Aymard Cuando se me permitía verla, la piel que cubría mi corazón se levantaba súbitamente y las palabras que soplaban mi pecho estaban inspiradas por el Wacondah.

Victor Cousin Ella daba un giro feliz a las menores cosas, recitaba admirablemente los versos, sabía tocar la guitarra, cantaba bien, y escribía cartas muy bonitas.

Estaba hecha para figurar en el séquito de madame de Longueville en ese paraíso de belleza llamado la Corte de Luis XIII y de la Regente, pues hubiese sido uno de sus astros más brillantes y sin duda el más puro. (*Mme d'Hautefort*, p. 83.)

Louis Veillot ¡Dichoso, dichoso de él! —decían los jóvenes—, aquel a quien la Marquesa quiera elegir. (*Ça et là*, t. I, p. 37.)

M. Hyppolyte Lucas Era un éxito atraer sobre uno sus miradas tan tímidas y tan dulces.

M. Louis Énault Si uno hubiera tenido el atrevimiento, se la habría aplaudido para agradecerle el ser tan hermosa.

Alfred Assolant Su belleza era el menor de sus encantos, tenía el canto del ruiseñor junto con la flexibilidad de la boa constrictor. (*Petit Journal, Fantaisie américaine*, 23 de octubre de 1864.)

M. Armand Baschet Mujer muy agradable, dicho en pocas palabras: encantadora.

M. Henri Murger Me encontré enfrente de ese ángel y a mi pesar tuve que bajar los ojos ante el resplandor de nimbo dorado que coronaba su frente.

M. Louis Lurine Ella daba a todos algunas migajas del maná celestial que caía de sus pródigos labios.

M. Auguste Vacquerie Era lo que hay de más conmovedor bajo el cielo, la bondad en la tristeza.

Madame George Sand Amor delicado, sensibilidad expansiva, ternura de hermana y de madre.

M. Arsène Houssaye La fiesta radiante de mi juventud. No tenía gran habilidad con el violín. ¡Pobre Marquesa! Había desgranado el rosario de los sufrimientos.

M. Alexandre Dumas Blanca paloma herida hasta en el alma, escondía su frente bajo su ala para llorar.

M. Yvelin Un heroico resto de nuestras viejas falanges la había unido a su suerte mediante unos nudos inadecuados; no sacó más que frutos amargos de esta unión.

Philoxène Boyer He aquí la fuente de esas lágrimas que comenzaron a manar para no detenerse nunca más.

M. Bernard Derosne El marqués de S. era un anciano pálido, demacrado, devastado por las batallas y por los años, semejante a un campo de juncos de las Indias Orientales por el que ha pasado un huracán.

M. Adolphe Dennery ¡Ah! ¡Cómo sufrió! ¡El marqués le había retorcido el corazón a esa pobre mujer!

M. Émile Barrault Sus muñecas llevaban la huella del vigoroso apretón marital. Sus manos son tenazas, decía ella.

M. Jules Sandeau Ella ha desaparecido como una estrella, pero se puede ver aún el surco luminoso que ha dejado su paso.

M. Mario Uchard ¡Muerte! ¡Yo voy al convento de la Trapa, donde esperaré el

descanso de la tumba trabajando la tierra para hacer germinar en ella el pan de los pobres... y rezando por Ella!

III

¡Oh miseria humana! ¡Muerta y enterrada está esa criatura sabrosa y aterciopelada!

Nascentes morimur.

El próximo otoño hará dos años que entregó su alma a Dios.

A la hora en que las borricas matinales que traen su leche a los enfermos hacen sonar cascabeles y campanillas, ella se extinguía murmurando: «¿No llaman al Ángelus en los Camandulenses?».

CITAS TOMADAS DE TODO TIPO DE LITERATURA

ella traficaba con sus encantos
unos cabellos de ébano cubrían sus hombros de alabastro
mis manes se ven consolados por tu recuerdo
su artificiosa rabia acaba de privarme del mortal que yo idolatraba
la muerte es para mí preferible a la esclavitud
los primeros rayos de la aurora

estilo del verdadero melodrama

tu prudencia volvió a traer la victoria bajo nuestras banderas
ese templo consagrado al matrimonio
su frente estaba modelada sin economía
sus pómulos tenían el febril color del ladrillo y el aspecto de un clavo que trata de
traspasar un pergamino
sus pies eran planos e insultantemente huesudos
sus ojos de un vago azul nadando en un charco de blanco matizado de amarillo.
Sus hombros castos y voluptuosos a la vez
su nariz que mordía en la raíz un rastro de pequeña viruela *remataba su boca de*
labios finos, etc.

M. de Camp, *Revue de Paris*, 15 de octubre de 1853

las luciérnagas relucientes, esos mecheros de gas de la espesura

Aurélien Scholl, *Mousquetaire*, 22 de sep. de 1854

La col es el emblema del amor misterioso, de sus intrigas enmascaradas mediante una astucia centuplicada para escapar a los Argos y a los obstáculos. Del mismo modo la col esconde su flor bajo los velos de cien apretadas hojas. La coliflor, que es lo contrario de la col, representa la situación contraria, el amor sin obstáculos ni misterio, los estados de la juventud libre que va de placer en placer. La coliflor tiene un cierto defecto de fetidez, como la alcachofa, como el espárrago. En los defectos comunes a estas tres plantas, la naturaleza representa los diferentes desórdenes del amor libre.

Charles Fourier, *Monde industriel*, p. 544

¡Maldición a quienes, locos o malvados, con unas pocas palabras vacuas y sonoras, el progreso, las luces y la regeneración, han inoculado en Francia, en Europa, los gérmenes de una espantosa anarquía!

Eugène Sue, *Vigie de Koat-ven*, p. 13 (prefacio)

No hay como los chavales para multiplicar los niños huérfanos.

P. Mérimée, *Théâtre de Clara Gazul, une femme est un diable*, p. 155

¡Cada día se despeja nuestro horizonte religioso, y la tierra se libera hoy de la sombra despóticamente entronizada en los cielos!

Émile Barrault, *Eugène*, vol. II, p. 52

Todo hombre debe hacerse una posición.

Jean Duboys

El hombre y la mujer fueron creados distintos a fin de unirse por medio de la procreación de la especie.

El hombre y la mujer se unen en la pareja que completa al hombre y a la mujer y de la que son las dos caras iguales.

Pierre Leroux, *Almanach des femmes*, 1852, p. 189

Prefacio

Se bebía a grandes tragos en la copa de ópalo de sus hombros la cruel ebriedad de las felicidades no compartidas.

Barbey d'Aurevilly, *L'amour impossible*, p. 104

Danton era un *lírico* que había compuesto su oda, Robespierre un *contable* dedicado a hacer restas en su propio provecho.

Paulin Limayroc, *Presse*, 11 de septiembre de 1853

Espero que un día la medicina llegue a tomar todos sus remedios de plantas saludables en vez de tomar algunos de ellos como hace aún de plantas *venenosas*.

A. Dumas, *Mousquetaire*, 22 de nov. de 1854

¿Y por qué mi gáznate, que debería ser sobrio,
se abre, tan ansioso, al *jugo que prensa octubre*?

Théophile Gautier, *Pierrot Posthume*

Su voz tenía un tono aguardentoso.
Hurto mi lira al público, al que no entrego más que mi prosa.

Las pálidas violetas de la muerte se confundían en sus mejillas con las rosas del pudor.

Bernardin de Saint-Pierre, *Pablo y Virginia*

Al admitir que la hipofagia se generalice, y que los estómagos más delicados se acostumbren a ella, ¿habrá suficientes corceles para abastecer nuestras mesas?

Adrien Marx, *Nation*, 9 de nov. de 1864

MORAL

Educación

Consideramos como uno de los más monstruosos absurdos la antigua costumbre de dedicar todo el tiempo de la juventud al estudio del griego y del latín, pues estamos convencidos de que nuestros antiguos tiranos únicamente imponían tales estudios estériles para impedir a sus súbditos instruirse.

Cabet, *Voyage en Italie*, p. 80

Solo los soberanos tienen derecho a cambiar alguna cosa de las costumbres.

Descartes, *Discurso del método*, part. 6

Elogio de la esclavitud

El buen orden solo se verá reforzado cuando la esclavitud o la religión hayan sido restablecidas.

De Maistre, *Du Pape*, libr. II, cap. III

Virtud de la sangre

Cuando el alma humana ha perdido su resorte debido a la molicie, a la incredulidad y a los vicios gangrenosos que siguen al exceso de civilización, no

puede ser fortalecida de nuevo más que con sangre.

De Maistre, *Considérations sur la France*, cap. III

Moral

Benedicto XIV pretende que se trate de bautizar al niño en el seno materno, incluso cuando no se percibe ningún miembro en el exterior. A este efecto, se introduce agua tibia con la ayuda de una jeringa o un sifón.

Padre Debreyne, p. 392

Moralización por la botánica

Recomendaría particularmente el estudio de la botánica como adecuado para calmar el alma desviando las miradas de las pasiones de los hombres, para dirigir las hacia el pueblo inocente de las flores.

Chateaubriand, *Révol. Anciennes*

Los pueblos más morales que las ciudades antiguas

La cúpula que se transforma en campanario en la mayoría de nuestras iglesias confiere a nuestras aldeas y ciudades un carácter moral que no podían tener las ciudades antiguas.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, p. 317

Moral de los periódicos

Recomiendo a los obreros que ganan de un franco a un franco con veinticinco céntimos al día la información dada por *Le Public* sobre el atavío de la señora duquesa de Mouchy en el baile de Beauvais. *Es conveniente hacer germinar la envidia en esos corazones inocentes.*

Figaro, 29 de junio de 1869

Simplezas para con los grandes

El hombre del 2 de diciembre nos ha dado por soberana a una mujer que *san Luis* hubiera aceptado por madre y a la que Luis XVI hubiera invitado a compartir su patíbulo.

Paul de Cassagnac, *Le Pays*, 2 de diciembre de 1868

Moral, amor a los árboles

Debo confesar que, en mis arrebatos, he estrechado a veces entre mis brazos a los árboles del bosque rogándole a Dios que me diera un amigo.

X. de Maistre, *Le lépreux de la cité d'Aoste*

Moral, teatro

¿Qué madre, no digo ya cristiana, sino que sea un poco honesta, no preferiría ver a su hija en la tumba antes que en un teatro?

Bossuet, *Maximes et réflexions sur la comédie*

Juicio sobre los parisienses

Los parisienses son un conjunto de imbéciles, un vil rebaño. Con un poco de paja se podría llevar detrás de uno a ese hatajo de papanatas.

Vavier, citado en Montgaillard, *Hist. de France*, 828, t. III

MORAL, SOCIALISMO Y POLÍTICA

Socialistas

Religiosos, «¡y mi misión también es divina!».

Saint-Simon, *Le Nouveau Christianisme*

Se me apareció Carlomagno y me dijo: «Hijo mío, tus éxitos como filósofo igualarán a los que yo obtuve como militar y como político».

Ibid.

Yo, señoras, *en nombre del reino de Dios*, en nombre de la verdad soberana, yo que soy el gran Apóstol de la Libertad, os libero para siempre de todas esas servidumbres insípidas que san Pablo quiso imponeros.

Socialismo. Religiosos-cristianos-teócratas

El ateísmo es aristocrático.

Robespierre, 1 de pradiel, año II, a los jacobinos

Los disturbios sociales son el efecto de la venganza divina.

Fourier

Socialismo. Costumbres

Que se autorice las casas de lenocinio bajo la supervisión del Estado: que la

bienhechora Higia imponga allí las leyes [...] será el asilo de las costumbres consagrado por la naturaleza, una fuente de riqueza para el Estado, un asentamiento de población.

Brissot, art. Lenocinio, cap. II de la *Théorie des lois criminelles*

Política

La política es nuestra sangre, la política es nuestro dinero, es nuestro dinero, es nuestro honor.

(De Audiffret Pasquier), 23 de mayo de 1872

Por la política se muere, de los negocios se vive.

(De Fourton, mayo de 1877)

Los historiadores de la Antigüedad «son ajenos al pensamiento progresista».

A. Signier, *Christianisme et peuple*, p. 53

La poesía épica se equivocó en la parte más importante de toda creación, la que socializa.

Ibid., p. 65

Este estudio [el de la Biblia] ensucia la imaginación por los recuerdos que presenta de varios vicios que la civilización ha hecho desaparecer, tales como el bestialismo y el incesto en todos los grados que imaginarse pueda.

Saint-Simon, *Le Nouveau Christianisme*, p. 163

Rousseau

Estoy muy lejos de las ideas comunes, creo las prestaciones personales menos contrarias a la libertad que los tributos.

El contrato social, III

Ideas históricas

De las divisiones naturales resultó el politeísmo.

El contrato social, IV

Salvajes. Ideas científicas

Nunca se ha oído decir que ninguno de ellos fuera devorado por las bestias.

El salvaje de Venezuela (*Discours sur l'origine et les fondaments de l'inégalité parmi les hommes*)

La vida salvaje les ahorra [a los ancianos] la gota y el reumatismo.

Ibid.

Ideas históricas

El origen del lenguaje no puede explicarse más que por medios humanos.

Ibid.

Las ciencias

Un peligroso efecto de las ciencias «nacidas de la ociosidad» es que la mantienen, y la pérdida irreparable de tiempo es el primer prejuicio que causan por fuerza a la sociedad.

Crítica

Gracias a los caracteres tipográficos y a la imagen que de ellos nos hacemos, las peligrosas ensoñaciones de Hobbes y de Spinoza quedarán para siempre.

Rousseau, *Disc. sur les Arts et les Sciences*

Socialismo. Odio a las letras

Aristóteles, Platón y los sabios del mundo no son de ninguna utilidad por su espíritu, pues no piensan ni en el Paraíso ni en el Infierno.

Perren, *Jerome Savonarola, sa vie, ses prédictions*,
2 vol., 1853

Socialismo estético

Definición sainsimoniana del artista: «aquellos que perfeccionan los sentimientos».

Artículo del *Globe*, 1830

Es menester que los espectáculos depuren las costumbres, den lecciones de civismo, que sean una escuela de patriotismo, de virtud y de todos los sentimientos afectuosos que crean la unión y el encanto de las familias.

Informe de Chapelier sobre los autores dramáticos, Asamblea Nacional, 13 de enero de 1791

Estética proudhoniana, católica

Me atrevería incluso a aventurar que con el respeto del domingo se ha extinguido en el alma de nuestros rimadores la última chispa de fuego poético. La gente ha dicho: sin religión no hay poesía.

De la célébration du dimanche, 1850

Estética proudhoniana

Una vez logrado su propósito, hecho realidad lo *útil*, el Arte debe saber parar como búsqueda de expresión, pues de lo contrario degenera en infantilismo.

De l'Art, 353

Entre otros medios propuestos para acabar con las guerras, monsieur Nadault de Buffon pide que los artistas, en vez de representar batallas, pinten nada más que escenas de la vida campestre.

Congreso de las Sociedades de los Amigos de la Paz, tercera sesión, 28 de septiembre
de 1878

Socialismo. Religiosos-teócratas

El fin único del cristianismo es la mejora lo más rápida posible del bienestar de la clase más pobre.

Saint-Simon, *Le Nouveau Christianisme*, 105

Para que la *Iglesia* sea independiente es preciso que tenga el *poder* temporal.

Pascal Duprat, *L'atelier*

Reaccionarios

Reconozcámosle su mérito al rico, que no consiste sino en su intención de aliviar el sufrimiento, y al pobre su dignidad, que es soportar la desgracia. Todo sistema de gobierno o administrativo es malo cuando tiende a suprimir la virtud de este mundo.

Léon Faucher, *Le droit au travail*

Alianza

La clase industrial debe aliarse con la monarquía en contra de los nobles y los burgueses.

Saint-Simon, *Catéchisme politique*

Hay que desconfiar de los *liberales* que quieren reconstituir el feudalismo.

Ibid.

El ejército, ideal de la sociedad

El trabajo debe ser organizado como el *ejército*.

Carta de Arlès Dufour al duque de Orleans

El obrero debería volverse capitalista como el *soldado* puede convertirse en mariscal.

Vinsart, *Ruche populaire*, 1839

MISTICISMO. MAGNETISMO

El fluido vital pasa por una pata de palo, ya que se anda con una pata de palo.

Terastoscopie du fluide vital et de la mensambulance,
de C. R. H. abate Hannapier, 1822

Los espíritus

Las ideas de los espíritus cambian a medida que se materializan, son sensibles al recuerdo de quienes han amado «mucho más de lo que podáis creer».

Allan Kardec, *Le livre des esprits contenant les principes*

de la doctrine spirite, 5.^a edición, 1861,
pp. 145-146

FILOSOFÍA

Los animales no tienen ideas morales, *por consiguiente* no deben de tener alma. Dios no los ha destinado a una existencia más que terrena.

Traité des facultés de l'âme, Garnier

El instinto del sexo

Con esta palabra designamos una inclinación puramente psíquica que no hay que

confundir con un sentimiento del corazón.

Ibid., 112

Estética

Platón terminó por concluir *que el problema de la belleza es difícil y no aporta ninguna solución.*

(Hippias Mayor) Ibid.

Locura

La alegría no causa jamás la locura.

(Esquirol) Ibid.

Bossuet

Si se quisiera dar a Bossuet un nombre de escuela, como en la Edad Media, habría que llamarle el dubitativo infalible.

Hist. Générale de la Philosophie, V, Cousin, p. 422

Sensibilidad, pasión, método científico

Diferencias de pasión entre el hombre y la mujer: «se intuyen fácilmente, son matices que el novelista puede sentir el gusto de expresar, pero que el filósofo debe dejar de lado».

Damiron, *Cours de philosophie* (302)!!!
Psychologie, 1837

Prueba de la persistencia de la memoria tras la muerte

Es como todo lo que es necesario al orden y que se demuestra y justifica por el bien que puede producir.

Ibid. (187)

Descubrimiento de M. Damiron = Prudhomme

No cabe duda de que los hombres extraordinarios del tipo que sean deben en parte su éxito a las cualidades supremas de que está dotada su constitución orgánica.

Ibid. (60)

Moral

A medida que me alejo de la juventud, diría que tengo mayor consideración, incluso mayor respeto, por las pasiones.

Tocqueville, en *Philos. du bonheur*, Janet, 1865, p. 127

Belleza arquitectónica de la Sorbona

Para apreciar la belleza de la Sorbona hay que situarse en la parte inferior del patio, y contemplar desde allí el efecto, la elevación sucesiva, primero de la otra parte del patio, luego de los escalones del pórtico, luego del pórtico mismo, de la iglesia y, por último, de la cúpula.

V. Cousin, *Du Vrai et du Beau*, p. 249

Antepasado de Darwin. Evolución

¿Acaso no llegarán los animales a hablar? El hombre no siempre ha hablado.

La Mettrie

Felicidad de los imbéciles

Ninguna prueba mejor de que hay una felicidad propia del temperamento que esos felices imbéciles que todos conocemos, mientras que mucha gente inteligente es desgraciada.

La Mettrie

Censura

En Francia, la aprobación del censor es para el autor casi siempre un certificado de idiotez.

Helvétius, *De l'Homme, de ses facultés intellect.
et de son éducation*, 1773

Educación

Las mujeres deberían ser una recompensa para los jóvenes, un acicate para obrar bien.

Helvétius (40), *Ibid.*

Los aficionados a la *música antigua* pretendían que la música italiana había corrompido totalmente las costumbres. Yo estaba entonces en París.

Para elaborar un sistema no hace falta más que una palabra cuyo vago significado pueda prestarse a todo.

Condillac, *Traité des systèmes*, p. 80

La naturaleza inexplicable sin Dios

Para explicar lo que entendéis muy poco, necesitáis una causa que no entendéis en absoluto.

El sentido común del padre Meslier,
aguinaldos dedicados a los jesuitas
para el año de gracia (obra retirada
de la circulación), 1830

Infinito, palabra inofensiva

Es una palabra muy inofensiva y que no encierra ningún misterio, un adjetivo negativo, con toda justicia convertido en sustantivo.

A. Lefevre, *La philosophie*

POLÍTICA

Una democracia

No es otra cosa que una aristocracia de oradores.

Hobbes

El tiempo libre

Permite al espíritu del rico centrarse por entero en la búsqueda de lo *verdadero*, de lo *bello*.

Cherbuliez, *Simple notions de l'ordre social*

Un presidiario es un hombre de élite situado en un falso ambiente y que ha roto los vínculos que le unían a la sociedad.

Arthur de Bonnard en el club del castillo
de los Brouillard en Montmartre, en *Le Club
et les clubistes*, Alphonse Lucas, 1851

Las ideas se dividen en ideas comunes y en ideas reservadas.

De l'affaiblissement des idées et des études morales,
Marter, 1841

Predicciones

Dentro de cien años mi doctrina regirá la Iglesia.

Swedenborg a Fénelius

En un tiempo no muy lejano el magnetismo habrá renovado la faz del mundo.

Inventar unas purgaciones con regusto a melocotón y a piña.

Hacer que se puedan romperle los huesos a un hombre sin que pierda el dominio de sí.

Inventar mayores placeres para los sentidos, minerales artificiales y tipos de argamasa.

(Desiderata de Bacon, citados por
De Maistre para burlarse de ellas), p. 297,
t. I, De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*

Imposibilidad de un concilio

¡Un concilio ecuménico se ha convertido en una quimera! Para conseguir convocar a todos los obispos y asegurar esta convocatoria, no bastarían cinco o seis años.

De Maistre, *Du Pape*

Esclavitud

La servidumbre es un don de Dios. Es por eso por lo que brilla el pueblo cristiano.

San Ambrosio, *De parad.*, XIV, 72

El orden de la naturaleza ha sido invertido por el pecado; y con justicia el yugo de la servidumbre ha sido impuesto al pecador.

San Agustín, *De Civit. Dei*, XIX, XIV y XV

El Espíritu Santo ordena a los esclavos permanecer en su estado, y no obliga en absoluto a sus amos a liberarlos.

Bossuet, *Avertissement aux protestants*, V Avertissement

El tráfico de esclavos no es contrario ni a la humanidad ni a la religión, ni tampoco a la equidad natural.

Monseñor Bouvier, obispo de Le Mans,
Institutiones theologicae, cap. III, art. I, 3, t. VI

La servidumbre es contraria a la naturaleza; pero fue introducida como castigo por el pecado.

Santo Tomás de Aquino, *Summa*

El cristianismo y la esclavitud

Uno de los más magníficos logros del cristianismo es haber abolido la esclavitud.

Baguenault de Puchesne, *Le cathol. présenté dans l'ensemble de ses preuves*, p. 210

El cristianismo ha liberado a los esclavos

Es innegable que nadie ha levantado la voz con tanta valentía y energía en favor de los esclavos, de los humildes y de los pobres, como los escritores eclesiásticos.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, t. IV, p. 60

RELIGIÓN

[En el paraíso] los héroes comían jabalí.

Peloutier, *Histoire des Celtes*

Mística. Magia. Virtud de la sangre de los niños. Galimatías

La sangre de los niños representa esa luz esencial que el fuego filosófico extrae de los cuerpos elementales y en la que el sol y la luna van a bañarse, es decir, que la plata se tiñe en ella de oro, y que el oro adquiere un grado de pureza que transforma el azufre en verdadero polvo de proyección.

Eliphaz Lévi, *Histoire de la Magie*, p. 344

Pruebas del carácter sagrado de las Escrituras

Los autores de los libros sagrados hacen siempre hablar y actuar a Dios de una manera verdaderamente digna de Él.

La Santa Virgen

Según santa Brígida, la Santa Virgen conservó el prepucio de Jesucristo y lo legó al morir a san Juan Evangelista. María de Ágreda añade que la Santa Virgen y san José lo llevaban alternativamente en Egipto. Cuando la Virgen llevaba a Jesús, le daba el prepucio a san José y este se lo devolvía cuando cogía a Jesús en sus brazos.

Lenglet Dufresoy, *Traité historique et dogmatique sur les apparitions*, t. II, p. 56

Milagro de Josué

Es una forma de hablar. Hubo un eclipse. Josué no podía dejar de atenerse a la manera de hablar de su tiempo.

Roselly de Luignes, *Le christianisme devant le siècle*

Desnudez de Isaías

¡Pero ella no es indecente! Porque en otro tiempo se entendía por estar desnudo el estarlo de cintura para arriba.

La certeza religiosa

Preciso es reconocer que la certeza religiosa está realmente al nivel de la certeza matemática.

Baguenault de Puchesne, *Le Catholic. présenté dans l'ens. de ses preuves*

Milagros. Argumento

La industria tiene sus propios tipos de milagro. ¡Cómo no iba a tener la religión los suyos!

A. Nicolas, *L'art de croire*, 1870,
p. 329, t. I

El fuego del infierno

El fuego material del infierno. «Pero ¿quién os asegura que ese fuego sea totalmente parecido al nuestro?»

Baguenault de Puchesne, *Le Cathol...*

Creación

En primer lugar se produjo la materia para servir de teatro al resto de la Creación,

y a continuación se emitieron las fuerzas que debían conferir a esta naturaleza pasiva las cualidades de un elemento.

Buchez, t. 2 de *Philosophie*

Religión. Alma material según los Padres de la Iglesia

San Hilario: «No hay nada en lo creado que no sea corporal, ni en el cielo ni en la tierra, ni entre los invisibles: todo está formado de elementos; y las almas, ya habiten un cuerpo, ya lo abandonen, tienen siempre una sustancia corporal».

Sobre san Mateo, p. 633

En el siglo VI, san Ambrosio dijo: «No conocemos nada que no sea material, excepto la venerable Trinidad».

Sobre Abraham, libro II, cap. VIII

Orígenes: los espíritus son una especie de *aura* o vapor, «al ser la palabra inmaterial completamente inusitada y desconocida».

El Señor enseñó que nuestras almas mantienen el aspecto de nuestro cuerpo para conservar su memoria.

Ireneo, I, cap. XXVI

Tertuliano asegura en su segundo libro sobre el alma que es un cuerpo.

Voltaire, *Diccionario filosófico*,
artículo Idea

Aplomo teológico

Inmediatamente después de la muerte, el alma conoce ya su suerte. El Juicio Final no será, por tanto, más que la repetición de una forma general y clamorosa de los juicios anteriores.

Nicole, *Du jugement et de l'Enfer*

Creación del hombre

Una vez terminado todo, se celebró un consejo entre las tres personas divinas.

Belleza de la religión

Castigos del cielo contra los impíos

En los alrededores de Reims un librepensador llamaba a su perro *Dios*; el perro

toca con su pata el gatillo del fusil y mata a su amo. «Una recopilación de estos efectos terribles de la justicia divina podría tener un resultado favorable».

Beneficios de la Religión

M.

Es muy cierto, tal como han anunciado ya varios periódicos, que el señor A. Papat, cochero de vehículos de alquiler de la Compañía Imperial, domiciliado en París, en el número 15 de la rue du Champ-de-Mars, tuvo la suerte de ganar el primero de dos lotes de cien mil francos en la primera emisión de obligaciones mexicanas.

La señora viuda PUPAT, el abate PUPAT, párroco de Bièvres, el señor y la señora Alphonse PUPAT y sus hijos, y la señorita Marie-Louise PUPAT, tienen el honor de participarles esta feliz noticia, o de confirmarla, así como de rogarles que se unan a sus acciones de gracias para agradecérselo a Dios todopoderoso, único dador de todo bien espiritual y temporal.

Bièvres (Seine et Oise), el... de julio de 1861

Don de lenguas

¡Qué prodigio más deslumbrante y *menos discutido* que el de la diversidad de las lenguas de repente habladas por los apóstoles tras descender el Espíritu Santo!

Estilo eclesiástico. Alegría eclesiástica

Un día en que estaban afeitando al que esto escribe en Bavière y el barbero me tenía cogido por la punta de la nariz con un aire de lo más solemne, a punto estuve de soltar una carcajada y de ver caer mi labio superior bajo la navaja.

Abate Dausse, *Discussion religieuse dans les voitures publiques et les wagons de chemin de fer*

Introducción histórica

Dos años antes de su muerte, *Séneca* vivió muy retirado y sin aparecer por los templos. Se está, pues, autorizado a creer que murió como cristiano, por más que no lo declarase.

Adrien Paladon, *Preuves éclatantes de la Révolution par l'Histoire universelle*, p. 521

Modelo del historiador

El analista digno de este nombre es *Bossuet*: el autor que se aparta de esta gran escuela es un iconoclasta.

Ibid., p. 563

La astronomía

reducida en cierta medida en nuestros días a *fríos* cálculos.

Idea científica

Homero, que trató de la historia de tantos estados.

Pensamientos de Pascal, ed. Hachette, art. XIV

Buena fe científica

Me parece bien que no se profundice en la opinión de Copérnico.

Ibid., XXIV, 174

Geología

Han bastado unos miles de años para llevar a la Tierra al estado en que se encuentra actualmente.

Baguenault de Puchesse, *Le Cathol. présenté dans l'ens. de ses preuves*

Elogios de las grandes ciudades de provincias. Diagnóstico

Nantes, Marsella y Lyon, por no mencionar otras, os hablan muy elocuentemente de lo que puede la influencia cristiana a fin de impedir que la industria se convierta en el reino de la materia.

P. Félix, *Le progrès par le christianisme*, conferencia de Notre-Dame

Novela

Hay novelas que inducen a la prostitución a la mayoría de sus víctimas.

P. Belouino, doctor en medicina, *Les passions, dans leurs rapports avec la Religion*, París, 1852, 2 vol.

Los libros en los que se habla de amor deben ser severamente investigados y prohibidos por los maestros.

Ibid., 33

De todas las causas que han dañado la salud de las mujeres, tal vez la principal

haya sido la multiplicación infinita de las novelas desde hace cien años.

Pomme, *Traité des affections vaporeuses des deux sexes*, 1769, t. II, p. 445

El opio

Es la bebida favorita de los orientales!!!

Belouino

Estilo eclesiástico

La esposa de Nuestro Señor, las esposas de los guerreros, de los hombres de negocios y de tantos otros se ven a menudo privadas de sus esposos.

Études de théologie, de philos., et d'Hist., publicados por los padres C. Daniel y Jean Gagarini de la Compañía de Jesús, t. II, p. 401

Clérigos. Suciedad

Bonald [legislación primitiva] se indigna contra las continuas abluciones, el lavarse la cabeza con agua fría, como si el hombre fuera un ser anormal destinado a vivir en el agua o una planta que hay que regar.

Veillot

Exaltación de lo bajo. Exaltación del pobre

El pobre es honesto, bondadoso y respetuoso, siempre servicial, dispuesto a encontrar bien lo que se hace..., lo que se dice..., su agradecimiento es caluroso cuando se tiene bondades con él.

Les passions, en leurs rapports avec la religion, la philosophie, la physiologie et la médecine légale, del P. Belouino

Ciencia anatómica

El hombre es puro hígado por las venas que salen de él y puro corazón por las arterias, puro cerebro por los nervios.

De Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*, 1836

Curiosidades médicas

Un viejo ateo gotoso que había notado que el agua del río le aliviaba se había mandado hacer unas grandes botas que eran llenadas con ella una vez que se las había calzado y con las que podía ir hasta su biblioteca y coger de ella los libros que

necesitaba.

>Galileo

Si hubiera escrito en lengua latina, en vez de exaltar los espíritus en lengua vulgar, no le habría pasado nada.

De Maistre, *Examen de la philos. de Bacon*

La Antigüedad

En la que el vicio era una religión.

Ibid.

El órgano de la generación y sus aparatos excretores son los hermanos del cerebro y de sus apéndices excretores, lo mismo que el esófago no es más noble que el ano, los pulmones que la vejiga, los alimentos ingurgitados que los que son normalmente evacuados, el cabello que los pelos, Minerva que Venus, Apolo que Hércules, el padre Félix como autor de discursos espirituales que este o aquel que se dedica a hacer ferrocarriles.

P. Enfantin, *Science de l'homme, physiologie religieuse*

Grandes hombres. Molière

Si hubiese tenido la moralidad de Destouches, ¿no valdría mil veces más?

De Maistre, *Examen de la philos. de Bacon*

ROCOCÓ

Su boca entreabierta dejaba pasar un aliento, tal un vientecillo que atravesara un rosal.

Champfleury

Estilo rococó. Una comida

En un fruto en forma de pera veíase la matriz,
sus ligamentos, su cuello y su doble orificio.

Un pastel circular, rebajado en los bordes,
ofrecía de la placenta el cordón y el cuerpo.

Unos bombones, artísticamente moldeados en veinte formas

ofrecían las fieles imágenes de veinte fetos.
Patés, bizcochos, hechos a partir de bonitos dibujos,
del bello sexo, de toda edad, imitaban la pelvis;
y los vinos, coloreados por hábil mano,
hacían recordar la leche, la sangre, la bilis.

Doctor Lacombe, *La Lucinade*, p. 29

Las calles

Las calles pueden ser consideradas como los canales aéreos en los que se derrama el mefitismo humano por todas las aberturas de las casas que los bordean por ambos lados.

Michel Lévy, *Traité d'hygiène publique et privée*,
t. I, p. 530

Patés, bizcochos, hechos a partir de bonitos dibujos,
del bello sexo, de toda edad, imitaban la pelvis;
y los vinos, coloreados por hábil mano,
hacían recordar la leche, la sangre, la bilis.

Doctor Lacombe, *La Lucinade*, p. 29

Estilo Imperio

Me puse furioso. Débil mortal, me atreví a vomitar espantosas blasfemias contra el dios que surcaba la nube con su omnipotencia.

Amours des frères de Napoléon, t. II, p. 69

Literatura, género simple

—¡Bien! —me dijo ella—, a partir de mañana no embetunaré más tus zapatos.

Yo le dije:

—¡No se te ocurra dejar mis zapatos sin lustrar! Al embetunar mis zapatos llevas a cabo una acción útil, limpia y ahorrativa. Yo no te comprometo ante el mundo. Estos son pequeños detalles íntimos que no tienen nada de pesado. Supongo que no querrás verme por la calle lleno de barro hasta las cejas. Tienes el suficiente amor propio para procurar que mi calzado reluzca. Si no cepillas mañana los zapatos de quien te adora, yo seré incapaz de entregarme a esta tarea, llamaré a alguien para que se encargue de hacerlo mediante el pago de una retribución mensual. Como no soy rentista, veré gravado mi presupuesto con esta suma.

—Bah —me respondió ella—, lo he dicho por decir; mañana tus zapatos estarán

más relucientes que nunca.

Champfleury, *Les quatuors de l'Île Saint-Louis*

ODIO A LAS NOVELAS

La lectura de novelas, tan perniciosa como la de los peores libros, no es menos funesta para la mujer.

Menville de Ponsan, *Histoire philosophique ou Médicale de la femme*, t. II, p. 480

La lectura de novelas es aún más peligrosa para las mujeres, porque al presentarles al hombre bajo una forma y unos rasgos exagerados, las prepara para unos ascos inevitables y un vacío que ellas no deben razonablemente esperar llenar.

Dictionnaire des sciences médicales

(para consolar a un amigo entristecido)

«opone a las tormentas de la vida el paraguas de la indiferencia, y sostiene el pantalón del triste presente con los tirantes de un futuro más risueño».

Figaro, 3 de diciembre de 1868

MORAL

Bonita idea económica

Sin embargo, *con la corrupción nació la propiedad*, y con la propiedad, la mensuración, segunda época de la astronomía.

Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, p. 171

Nomenclatura

Últimamente, uno de nuestros grandes periódicos reproducía, a partir de un diario americano, la lista numerosa, y sin embargo incompleta, de las sectas que se reparten solamente el Estado de Nueva York: anabaptistas, baptistas liberales, baptistas apacibles, baptistas niños pequeños, baptistas gloria, halleluyah, baptistas cristianos, baptistas del brazo de hierro, baptistas generales, baptistas particulares, baptistas del Séptimo Día, baptistas escoceses, baptistas de la nueva comunión general, baptistas negros, independientes o puritanos, camerionianos, crispitas o rizados, cambelitas o reformados, dunkers, librepensadores, haldanistas, huntingdonianos, irvingianos,

inghanitas, saltadores cristianos bíblicos, glasistas o sandomonianos, antiguos presbiterianos, nuevos presbiterianos, escoceses, congregacionalistas, cuáqueros o amigos, nitairianos, escinianos, moravos o unitarios, metodistas o vesleyanos, metodistas primitivos, vesleyanos reformados, calvinistas metodistas franceses, conexistas originarios, nuevos conexistas, swedenborgianos, hermanos de Plymouth, cristianos rebautizados, mormones, kellystas, mugletonienses, romanistas perfeccionalistas, métodos rogerianos, sicklerianos, universalistas, marchadores, rothfieldistas, discípulos amigos libres o agapemonitas, luteranos, protestantes franceses, reformados alemanes, protestantes alemanes reformados, católicos alemanes o discípulos de Rouge, nuevos iluminados, anglicanos ingleses, anglicanos alemanes, anglicanos franceses, etc., etc.

¡Qué fecundidad!

[recorte de prensa]

Apéndices

ESCENARIOS Y PLANES

[306]

Nota del editor

En mayúsculas: las palabras subrayadas por Flaubert.

En itálica: palabras dudosas por ser de difícil lectura.

x palabras no tachadas e ilegibles.

>x< palabras tachadas e ilegibles.

>...< palabras tachadas que se encuentran por encima o por debajo de la línea.

<...> correcciones añadidas.

«...» palabras añadidas sobre otras palabras.

Paréntesis, corchetes y comillas inglesas han sido puestos por Flaubert.

... todo falla, todo se echa a perder en sus manos

XIII – buena idea alimentada en secreto por cada uno de ellos – Copiar – estallido de alegría – fabricación del buró

F° 4

III

Copian al azar todo lo <los papeles>^[307] que encuentran – trompetillas de tabaco, periódicos viejos, anuncios, libros desgarrados, etc. – (verdaderos fragmentos – y pastiches – típicos de cada género -> idiotas <).

Luego sienten la necesidad de una clasificación. Hacen cuadros, paralelismos, antítesis. Como «crímenes de los reyes y crímenes de los pueblos» – buenas obras de la religión, crímenes de la religión – bellezas de la Historia, etc. Pero a veces se sienten incómodos de poner las cosas en su sitio. Y <tienen> problemas de conciencia – ¡Vamos! ¡Nada de reflexiones! ¡Copiemos a pesar de todo! Es preciso que >el cuadro< la página se llene – igualdad de todo lo bueno y lo malo – >lo bueno <<fars>> y lo malo <<sublime> – de lo Bello y de lo Feo – de lo insignificante y >de lo sublime <<característico> Exaltación de la estadística – no hay más que Hechos – fenómenos.

Felicidad final y eterna

F° 5

Lo que era.

<en primer lugar-> Copian, >al azar< todos los papeles que encuentran, manuscritos e impresos, trompetillas de tabaco, periódicos viejos, cartas, anuncios, libros desgarrados, creyendo que es muy importante, que vale la pena. <En los alrededores hay una papelería en quiebra. Compran a peso gran cantidad de papeles viejos – libros desgarrados.> [fragmentos verdaderos y plagiados, típicos de cada género, dar] <como> verdaderas indicaciones bibliográficas imaginarias]<

Luego sienten la necesidad de una clasificación <fragmentos> «de» estilo, médico, agrícola – político, oficial – crítica literaria –> Hacen cuadros, paralelismos, antítesis, como «crímenes de los reyes y crímenes de los pueblos» «buenas obras de la religión, crímenes de la religión. Bellezas de la Historia – etc. >Hacen el< dicc. de ideas corrientes^[308]. Pero a veces les cuesta poner las cosas en su sitio, y tienen grandes problemas de conciencia. – a medida que avanzan en su trabajo la dificultad les parece mayor –

Entonces, ¡nada de reflexiones! ¡Copiemos a pesar de todo! Es preciso llenar la página – igualdad de todo, de lo bueno y de lo malo, de la farsa y de lo sublime – de lo Bello y de lo Feo – de lo insignificante y de lo característico. No hay más que hechos, fenómenos.

Alegría final. – Se >encuentran< <han encontrado> la felicidad – y permanecen inclinados sobre sus pupitres.

>A la vez,< <Pero> encuentran por casualidad> entre sus papeles <el borrador de una carta del médico> al señor prefecto. <El prefecto les había preguntado si no sería conveniente hacer encerrar a B. y P. como locos peligrosos. La carta de respuesta es una especie de informe confidencial que explica que tienen una manía no peligrosa – que son dos imbéciles inofensivos. <esta carta> del médico <resume y juzga a B. y P. y debe recordar al lector todo el libro>

<¿Qué vamos a hacer con ella?> se dicen: - <¡copiarla!> y la copian.

Terminar con la imagen de los dos pobres diablos inclinados sobre su pupitre y copiando.

Fº 19 – numerado como 10 por Flaubert

XI – Su copia

copian al azar todos los mans. y papeles impresos que encuentran, trompetillas de tabaco, viejos periódicos, cartas perdidas, pues creen que la cosa es importante y digna de conservarse. Tienen muchos papeles, pues en los alrededores se encuentra una papelería en quiebra, y allí compran montones de papeles viejos.

Pero no tardan en sentir la necesidad de clasificación.<^[309] es la clasificación lo que se da aquí – era recopiado en un gran libro de contabilidad – >fragmentos de estilo médico, agrícola, literario, político, oficial. Luego hacen cuadros, paralelismos, antítesis, como «crímenes de los reyes, crímenes de los pueblos» buenas obras de la

Religión, crímenes de la Religión, bellezas de la Historia. Preparan el *Diccionario de la ideas corrientes* y el *Catálogo de las ideas chic*. – anotaciones a pie de página de las copias.

Pero a menudo les cuesta >clasificar< poner el hecho en su sitio, y tienen problemas de conciencia. >El embarazo< <La dificultad> aumenta a medida que avanzan en su trabajo – sin embargo continúan.

Vistazo sobre lo que ha pasado en el pueblo desde que se dedican a copiar.

Marescot se ha ido de Chavignolles, se ha dedicado a las especulaciones y es notario en París. Mélie, que se colocó en casa de Beljambe como criada, se ha casado con él – una vez muerto se casa con Gorgu y reina en la posada.

[B < ¡Vamos! Nada de reflexiones, copiemos a pesar de todo.

Es preciso que la página se llene. Igualdad de todo, de lo bueno y de lo malo, de lo Bello y de lo Feo – de la farsa y de lo sublime, de lo insignificante y de lo característico, no hay más que el fenómeno C]

XII Un día, encuentran por casualidad el borrador de una CARTA ESCRITA POR EL MÉDICO. El prefecto le había preguntado si B. y P. no eran unos locos peligrosos.

LA CARTA es una especie de informe confidencial que explica que su manía es benigna y que son dos imbéciles inofensivos. Ella es un resumen y un juicio de B. y P. y debe recordar al lector todo el libro.

– ¿qué vamos a hacer? – <A D hay> que copiarla, ¡pues claro! – ¡Sí! Copiemos, >y copian.

Terminar con la imagen de los dos pobres diablos inclinados sobre su pupitre y copiando.

>III <<x> *Su copia*

Notas copiadas p. una Hist. Univer. Toda de bellezas
bellezas de X – de X – de X

llegan a las bellezas *de los contrarios* del asesinato y de todos los Pecados Capitales.

>Sueñan<

Embarazo

>a propósito< de la clasificación de la Copia y de la clasificación de las Ciencias.

Lo llaman la copia: <su monumento>

Primo – del Bien y de lo Bello p. la estética

Memorias del Institut y de las Academias de provincias

A continuación de Bellezas

XI – Su copia

Copiaron... todo lo que cayó en sus manos... larga enumeración... las notas de los autores leídos precedentemente – «viejos» papeles comprados a peso en la fábrica de papel vecina.

Pero sienten la necesidad de hacer una clasificación... entonces recopian en un gran libro de contabilidad. Placer inherente al acto material de volver a copiar.

Espécimen (*sic*) de todos los estilos, agrícola, médico, teológico, clásico, romántico, perífrasis –

paralelos: crímenes de los pueblos – de los reyes – buenas obras de la religión, crímenes de la religión.

Bellezas. Hacer la historia universal de las bellezas.

Diccionario de las ideas corrientes. Catálogo de las ideas chic.

el mans. del empleado de Marescot – fragmentos poéticos.

Anotaciones a pie de página de las Copias.

Pero a menudo les cuesta poner el hecho en su sitio, y tienen problemas de conciencia. Las dificultades aumentan a medida que avanzan en su trabajo – prosiguen con él, sin embargo.

– ¿Marescot ha dejado Chavignolles p. el Havre? Se dedica a las especulaciones y es notario en París.

– Mélie entra a servir en casa de Beljambe, se ha casado con él – muerto Beljambe, se vuelve a casar con Gorgu y reina en la posada.

etc.

XII – Conclusión

un día, encuentran (entre los viejos papeles de la fábrica de papel) el borrador de una carta de Vaucorbeil al señor prefecto.

El prefecto le había preguntado si B. y P. no eran unos locos peligrosos. La carta del doctor es un informe confidencial que explica que son dos imbéciles inofensivos. Resumiendo> todo lo que han hecho <> todas sus acciones y pensamientos>, debe ser p. el lector la crítica de la novela.

– <¿Qué vamos a hacer con ella?> – ¡Nada de reflexiones! ¡Copiemos! Es preciso que la página se llene, que <el monumento> se complete – igualdad de todo, del bien y del mal, de lo bello y de lo feo, de lo insignificante y de lo característico. Lo único verdadero son los fenómenos.

Terminar con la imagen de los dos pobres diablos inclinados sobre su pupitre, y copiando.

Fragmentos – Pastiches

Pastiches

- artículo ultraradical
- artículo ultraconservador <a propósito de los enterramientos civiles.>
- artículo tipo Vida Parisina, chic
- artículo, tipo Quinet Prométhée >que desciende< <que sale> del Cáucaso se encuentra con J. C. que desciende del Gólgota. Socialismo cristiano, progresivo, humanitario –

- Consejos literarios – <Carta> de un gran hombre de París – ¿al empleado? »eso sería sobre la vida literaria«

- >o »Carta «que Dumouchel les *ha escrito*, <a propósito de la Literatura < y de las gentes de letras>

- >copian el uno y el otro. *La Literatura*< »el arte literario« »y las gentes de letras«

FRAGMENTOS POÉTICOS encontrados entre los papeles del empleado.

- Recuerdo de un otoño en el campo – a orillas del mar. Puesta de sol, dos jinetes lado a lado

- un Sueño – sobre la >mosca< mosca, en calesa – está cerca de ella sin saber cómo, – él le recuerda los tiempos de su pobreza, cuando corría por la noche por el barro en medio de las >ruedas <> ruedas< calles, p. ver el farol de su coche – ebriedad, luego se ven transportados bajo una terraza japonesa.

- claro de luna – a orillas del mar

- imprecación. Odio al Burgués

- plan para un libro: Themis herida

Primero la Copia, después la introducción, poner en itálica, o en nota.>“un azar ha permitido< “se ha encontrado por casualidad su copia, el editor la da a fin de hacer más voluminosa la presente obra”

un poema del rey Luis

- Literatura de los Soberanos.–

- circulares de los prefectos.

teoría de la literatura oficial, y ejemplos:

Mandamientos.

Circulares
profesiones de fe
discursos académicos

1.º por su longitud
blanco
mss g 226 fº 178 vº

Política:
buscan cuál es el mejor gob. posible. Examen del principio de autoridad.–
Monárquica, aristocrática.
– Del sufragio universal
establecer la indiferencia de todas las formas
mss g 226 fº 331 – reverso

>juicios contradictorios sobre las cosas y los hombres de la hist<
Juicios contradictorios sobre las cosas y los hombres de la historia
contemporánea.

Crítica sobre HUGO según la época
Hugo sobre BADINGUET y sobre la Comuna

LITERATURA OFICIAL >circulares< profesión de fe de los candidatos
proclamación de los prefectos
discursos del trono

Del estilo de los eruditos.
1.º defecto radical de método.
2.º extensión insoportable.

filosofía médica.

Artículo de Virey
de Prevost – y de modernos espiritualistas

CRÍTICAS DE ARTE. Los Salones

– BROMAS DE LOS PERIÓDICOS SOBRE LAS COSAS SERIAS. SU SERIEDAD SOBRE LAS
COSAS GRACIOSAS.

Indulgencia p. con lo mediocre. Severidad p. con lo sublime.

GLUCK. ORFEO CREMIEUX ORFEO en los infiernos

CONCIENCIA LITERARIA. Artículo de Mr. Victor sobre el *Fausto* de Dennery, del
estilo y Mozart. En *Le Constitutionnel* y fragmentos de *genio*

UNA HISTORIA DE FRANCIA SEGÚN LAS IDEAS DE LA PUERTA SAINT-MARTIN
<buscar en el almacén teatral todas las piezas históricas>
las Masacres de Siria (Séjour). «ídolos de los musulmanes →»

Modelos de jerigonza (papeles de Duplan)

>x<

mss g 226 fº 321 – reverso

Cronología de Bouvard y Pécuchet

<i>Episodios y capítulos</i>	
<i>Fechas</i>	
<i>Años</i>	<i>Meses</i>
1838	Julio Agosto
1839	20 de enero Febrero
1841	20 de marzo 29 de marzo
1841	Abril
1841	Invierno
1842	Abril Julio
1843	Noviembre Primavera

CAPÍTULO I

Encuentro de Bouvard y de Pécuchet en un banco del bulevard Bourdon
Estrechan enseguida amistad, se vuelven inseparables
En su oficina, Bouvard recibe una carta del señor Tardivel, notario de Savigny-en-Septeuil, anunciándole que su tío, muerto el 20 de enero, ha dejado un testamento con una importante disposición en su favor
Deciden esperar a que Pécuchet llegue a la edad de la jubilación para irse a vivir al campo
Búsqueda de una finca
«Al cabo de dieciocho meses de búsqueda » la descubren en Chavignolles y la compran
Se despiden de sus amigos Dumouchel y Barberou. «El domingo 20 de marzo, al despuntar el día», Pécuchet abandonaba París, acompañando al carro de mudanzas
«En Falaise, al noveno día de su viaje, Pécuchet tomó un caballo de refuerzo.» Bouvard, en un cabriolé, va a su encuentro, y los dos llegan a Chavignolles

CAPÍTULO II

Exploran la finca. Su sirvienta, Germaine, les da los nombres de los notables del lugar, el doctor Vaucorbeil, el conde de Faverges, Foureau, el alcalde; Marescot, el notario; el padre Jeufroy; la señora viuda Bordin. Se dirigen a la alquería, que explota Gouy, y visitan los cultivos
Primeras plantaciones en el jardín. Pécuchet hace abrir una zanja con tres compartimentos para los abonos compuestos
«Luego llegaron los días de mal tiempo, la nieve, los grandes fríos»
«A partir de mediados de Cuaresma », esperan la primavera
Visita a la explotación agrícola del conde de Faverges (los campos están cubiertos de trigo maduro)
Encuentro casual con Mélie
Inician la lectura de obras sobre agronomía, a fin de poder explotar científicamente su hacienda
«En noviembre, fabricaron sidra»
«Al año siguiente, sembraron demasiado tupidamente»

Quitan la piedra de la loma y no consiguen más que sinsabores en la explotación de la hacienda Pécuchet, en la huerta, no tiene más suerte que Bouvard en la alquería; solo consiguen una col monstruosa. Pasa la estación; los contratiempos se suceden.

Verano
 Incendio de los almiares de trigo. Bouvard y Pécuchet renuncian a la agricultura para consagrarse por entero a la arboricultura.

1844 Primavera
 «Al llegar la primavera, Pécuchet se dedicó a podar los perales.» Expectativas de una buena cosecha. Lucha contra los pájaros. Una tormenta destruye las espaldaras.

Verano
 Acondicionan el jardín, podan los árboles, construyen un laberinto y falsas ruinas.

Otoño
 Ofrecen una espléndida comida a los notable.

Elaboran conservas y un licor, el Bouvarine. Numerosos sinsabores. El alambique explota.

CAPÍTULO III

Deciden estudiar química.

Luego anatomía, y mandan traer un maniquí Auzoux.

Experimentos de psicología.

Se convierten en seguidores de las doctrinas de Raspail.

Visitan enfermos, cuidan a Gouy y se pelean con el doctor Vaucorbeil.

La higiene les decepciona. Abandonan la medicina por la geología tras un rápido estudio de la astronomía y un intento de «cruces anormales» entre animales, a fin de conseguir unos monstruos.

Leen a Bertrand, Cuvier, y se dedican a la paleontología.

(Flaubert indica que la «cosecha acababa de terminar» en el momento en que Bouvard y Pécuchet abordan el estudio de la astronomía. Habría pasado, pues, un año entero desde su renuncia a la química.)

1845 Primavera
 Excursión geológica a Port-en-Bessin.

Viaje al Havre, se dirigen a Fécamp para estudiar el acantilado y las rocas.

Preguntan al padre Jeufroy sobre las contradicciones de la ciencia y de las Sagradas Escrituras.

El descubrimiento de un arcón de estilo Renacimiento que sirve para guardar la avena les revela su vocación de arqueólogo.

Mélie entra a su servicio.

CAPÍTULO IV

1845	Verano	<p>Transforman su casa en un museo y la llenan de cachivaches</p> <p>Se ponen sus blusones, y bajo la apariencia de unos buhoneros, se presentan en las casas</p> <p>La señora Bordin y Marescot visitan sus colecciones</p> <p>El conde de Faverges, con este pretexto, hace lo propio</p> <p>Una noche, durante el claro de luna, van a desenterrar una viejas pila bautismal, abandonada cerca de una tapia del cementerio, y que ellos creen que se trata de una «pila druida»</p> <p>El cura se las reclama. Terminan intercambiándolas por una sopera de loza de Ruán.</p> <p>Colección de cerámicas</p> <p>Se despierta en ellos el interés por la Historia y. «en el verano de 1845», una tarde, bajo el cenador, leen a Thiers</p> <p>Estudian la Revolución</p> <p>Discusiones históricas. Recurren, mediante la cronología, a los métodos mnemotécnicos</p> <p>Comienzan una biografía del duque de Angulema</p> <p>Echan a Germaine, su sirvienta, y conservan a Mélie</p>
1846		Lectura de novelas históricas
1847		Luego de novelas: Balzac, La Nueva Eloísa, etc.
		Se entusiasman por el teatro, declaman y representan escenas trágicas o cómicas
		Visita de la señora Bordin, ante la que interpretan unos fragmentos de Tartufo y de Hernani
		Bouvard acompaña de vuelta a la visitante y «desaprovecha la ocasión»
		Tratan de escribir una obra teatral, pero no dan con un tema
		Para conseguirlo, estudian la Práctica del teatro, luego la estética, la gramática, etc.
		Discusiones literarias
		CAPÍTULO V
1848	Febrero	<p>La noticia de la Revolución llega a Chavignolles</p> <p>Plantación del árbol de la libertad que Bouvard ha regalado a la comuna</p>
		CAPÍTULO VI

		Nacional y reúne a los hombres en el prado de delante de la iglesia Campana electoral. Bouvard y Pécuchet piensan en presentar su candidatura Unos obreros de las manufacturas de los alrededores van durante una sesión del Consejo municipal a reclamar trabajo
	Junio	Gouy, que entiende «el derecho al trabajo» a su manera, rotura el jardín de la señora Bordin Contragolpe de las Jornadas de Junio en Chavignolles
	10 de diciembre	Elección de Lui
1850	Abril-Mayo	La Expedición a Roma Discusiones sobre las ciencias políticas Visita del cura al maestro Petit, al que tiene a su merced Comida en casa del señor de Faverges, que reúne a los notables para su elección Se enteran del golpe de Estado en Chavignolles
1851	3 de diciembre	
	Primavera	CAPÍTULO VII
1852		Amores de Gorgu y de la señora Castillon Ella quiere impedir que vaya a combatir Pécuchet se prenda de Mélie; Bouvard corteja a la señora Bordin Mélie y Pécuchet en la bodega. Pécuchet enfermo Bouvard está a punto de ser víctima de la codicia de la señora Bordin. Rompe a tiempo
	Otoño	CAPÍTULO VIII
		Se apasionan por la gimnasia según el método del coronel Amorós «Con la llegada del otoño se pusieron a hacer gimnasia de salón; les aburrí.» Ejercicios de escalada, de zancos
1852	Invierno	Mesas giratorias Estudian los fenómenos del magnetismo animal y leen obras sobre espiritismo y esoterismo Tratan las enfermedades mediante pases magnéticos Curan a una vaca «hinchada» Sesión pública en presencia del doctor Vaucorbeil y los notables
1853		

	<p>La lectura de Swedenborg les lleva a la magia, que tratan de practicar Germaine les espía; cree ver al diablo y los deja. Toman a su servicio a Marcel, hijo abandonado, cuyo labio leporino y jerga provocan el rechazo de todo el mundo, para reemplazar a la sirvienta. Debido a la revelación que les ha hecho Marcel, buscan un tesoro y utilizan a este fin la varilla de avellano. Mientras exploran el terreno, acierta a pasar Vaucorbeil y ve en la frente de Pécuchet unas sífilides. Se dedican al estudio de la filosofía.</p> <p>Asqueados de todo, deciden acabar con su vida y van a colgarse. Es la víspera de Navidad, unos campesinos se dirigen a misa de doce; Bouvard y Pécuchet renuncian a su plan y les siguen.</p>
24 de diciembre	
1854	Crisis religiosa
1854	Lecturas piadosas, conversión de Pécuchet; Bouvard sigue, sin gran convicción, el ejemplo de su amigo. Peregrinación a Notre-Dame de la Délivrande.
1855	Reencuentro con Barberou. El viajante de comercio despotrica contra los curas. La señora Bordin propone comprar la hacienda por una renta vitalicia de 7.500 francos.
1859	Lectura de los místicos y del Catecismo de la perseverancia de Gaume. Objeciones hechas al padre Jeufroy. Se apartan de la religión. En casa del señor de Faverges arman un escándalo por sus discursos. «Era la época de la guerra de Italia» Recogen a dos huérfanos, Víctor y Victorine, hijos de Touache, condenado a presidio.
	CAPÍTULO X
	Lectura de obras de pedagogía. Emprenden la educación de Víctor y de Victorine. Para dirigir mejor a los niños de acuerdo con sus aptitudes, se ponen a estudiar la frenología. Su actitud caritativa con los niños no les trae más que sinsabores. «Era a comienzos de abril» Víctor sumerge el gato dentro de una olla llena de agua hirviendo. Victorine se muestra coqueta, Víctor, ladrón; este da una paliza al hijo del notario. Bouvard y Pécuchet salen en defensa de un cazador furtivo, el tío Aubain, y la vehemencia de sus
1860	Primavera

1861	Junio	<p>protestas les acarrea una multa de diez francos por daños y perjuicios</p> <p>«Cuando llegaron a la cuestión del libre cambio»</p> <p>Proyectos de embellecimiento para Chavignolles</p> <p>Una mañana, muy temprano, Bouvard, al entrar en el cuarto del horno, sorprende a Victorine dormida en un jergón en brazos de Romiche, un sastre ambulante que ha ido a su casa para ajustar sus trajes</p> <p>Comprueban que Victor ha robado un napoleón descubierto por Marcel en el cajón de la cómoda de la habitación de su protegido</p> <p>Dumouchel, que se ha casado, anuncia su llegada con su mujer</p> <p>Han fracasado a todas luces tanto en la pedagogía como en todas las otras empresas. Pero ¿qué prueba un fracaso? Otros niños, menos difíciles, se habrían mostrado mejores alumnos. Sueñan con iniciar un curso para adultos, y deciden exponer sus ideas sobre el tema en una conferencia</p> <p>Plan de la conferencia. Discurso de Bouvard. Discurso de Pécuchet Se presentan los gendarmes con una orden de detención</p> <p>Llegada de los señores Dumouchel y luego de Barberou</p> <p>Barberou, Marescot, Vaucorbeil se interponen. Se les deja en libertad</p> <p>«Todo se ha echado a perder en sus manos» Deciden «copiar» [como en otro tiempo]</p> <p>En el doble pupitre confeccionado por Gorgu, «se ponen manos a la obra»</p>
------	-------	--



Gustave Flaubert nació en Ruán en 1821. En 1844 abandonó sus estudios de Derecho por razones de salud, lo que le permitió dedicarse exclusivamente a la literatura. Así, en 1846, se retiró en Croisset, un pequeño y tranquilo pueblo normando donde escribió la mayoría de sus obras. Su primera novela publicada, *Madame Bovary*, apareció por entregas en la *Revue de Paris* en 1856, y fue objeto de un juicio por escándalo público, lo que le garantizó el éxito inmediato. Luego vinieron otras obras maestras como *Salambó* (1862), *La educación sentimental* (1869), *La tentación de san Antonio* (1874) y *Tres cuentos* (1877). En 1880, mientras trabajaba en la inconclusa *Bouvard y Pécuchet*, publicada póstumamente en 1881, murió en Croisset a los cincuenta y nueve años. Además de narrador, Flaubert también fue autor de numerosas obras teatrales, así como de una voluminosa correspondencia.

Jordi Llovet (Barcelona, 1947) es un reconocido profesor, crítico literario, traductor y ensayista, especialista destacado en historia de la novela entre los siglos XVII y XX, así como en la obra de Kafka. Actualmente es catedrático emérito de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Barcelona y director del Área de Literatura de l'Institut d'Humanitats de Barcelona.

José Ramón Monreal Salvador (Calaceite, Teruel, 1954) es uno de los más destacados traductores de los clásicos franceses e italianos, labor que ha sucedido a una larga etapa como editor literario. Cabe destacar, entre sus trabajos, las

traducciones al español del *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Jan Potocki; las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand; los *Cuentos esenciales*, de Guy de Maupassant, y *Bouvard y Pécuchet*, de Gustave Flaubert.

Notas

[0] Para la redacción del siguiente aparato de notas, el editor ha consultado múltiples obras acerca de Flaubert y, en especial, acerca de *Bouvard et Pécuchet*. Resultaría excesivo citarlas todas, por lo que remito al lector a las que siguen: René Descharmes y René Dumesnil, *Autour de Flaubert. Études historiques et documentaires*, París, 1912 (edición facsimilar en Ginebra, Slatkine Reprints, 2002); *Oeuvres Complètes de Gustave Flaubert. Bouvard et Pécuchet*, edición y presentación por René Dumesnil, 2 vols., París, Société Les Belles Lettres, 1945; Gustave Flaubert, *Oeuvres*, vol. II, edición y notas de Albert Thibaudet y René Dumesnil, París, Gallimard, 1952, Bibliothèque de la Pléiade; René Dumesnil, *Gustave Flaubert. L'Homme et l'oeuvre*, París, Librairie Nizet, 1967; Alberto Cento, *Commentaire de «Bouvard et Pécuchet»*, publicado por Lea Caminiti Pennarola, Liguori-Nápoles, 1973; Dominique-Gilbert Laporte (ed.), *Bouvard et Pécuchet centenaires*, París, La Bibliothèque de l'Ornicar, 1981; Gustave Flaubert, *Correspondance*, 5 vols., edición, presentación y notas de Jean Bruneau *et al.*, París, Gallimard, 1973-2007, Bibliothèque de la Pléiade; AA.VV., *Flaubert à l'oeuvre*, presentación de Raymonde Debray-Genette, París, Flammarion, 1980; Gustave Flaubert, *Bouvard et Pécuchet. Oeuvre posthume*, edición de Édouard Maynial, París, Garnier Frères, s.d.

ABREVIATURAS:

F.: Gustave Flaubert

BP: *Bouvard y Pécuchet*

ES: *La educación sentimental*

<<

[1] No hay que olvidar que muchas biografías de hombres célebres, desde la Antigüedad hasta *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, pasando, por ejemplo, por *Poesía y verdad*, de Goethe, comenzaban con una especie de encuadramiento de la acción narrativa en un marco astronómico o meteorológico: otro de los guiños de Flaubert a una tradición literaria que conocía a la perfección <<

[2] Caroline, la sobrina de Flaubert, Commanville de casada, también era pintora. <<

[3] Alberto Cento, *Commentaire de «Bouvard et Pécuchet»*, publicado por Lea Caminiti Pennarola, Liguori-Nápoles, 1973. <<

[4] Véase *Oeuvres Complètes de Gustave Flaubert. Bouvard et Pécuchet. Texte établi et présenté par René Dumesnil, 2 vols.*, París, Société Les Belles Lettres, 1945, vol. I, pp. LXXXIX y ss. <<

^{5]} Respecto a la crisis de la burguesía durante la segunda mitad del siglo XIX en Francia, así como respecto a la idea contemporánea de progreso, remito al lector a la bibliografía sucinta que se encuentra en la nota 112, al final de este volumen. <<

[6] Recuérdese que Guizot, ministro de Napoleón III, difundió, como una de las máximas de la Segunda República, la frase «¡Enriqueceos!», que el propio emperador adoptó luego como gran divisa del Imperio. <<

[7] En este sentido, aparte de las referencias bibliográficas que se ofrecen en el apartado de notas, al final del volumen, es oportuno recordar a los lectores algunas de las más notables aportaciones a la crítica elogiosa y filosófica de *Bouvard y Pécuchet*; entre ellas el extraordinario artículo de Vidal Peña, un hito en la aportación española a la discusión en torno a este libro: «De literatura y filosofía: *Bouvard y Pécuchet*», en *Cuadernos del Norte*, año I, n.º 1, abril-mayo de 1980; Jorge Luis Borges, «Vindicación de *Bouvard et Pécuchet*», en *Discusión* [1932], *Obras completas*, Barcelona, Emecé, 1989, pp. 259-262; Jonathan Culler, *The Uses of Uncertainty*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1974; Emilio Alarcos-Llorach, «La interpretación de *Bouvard et Pécuchet*, de Flaubert, y su quiijotismo», en *Ensayos y estudios literarios*, Gijón, Júcar, 1976, pp. 61-98; Dominique Gilbert-Laporte (ed.), *Bouvard & Pécuchet centenaires*, París, Lyse-Ornicar, 1981; Michel Mort, *Bouvard et Pécuchet de Gustave Flaubert*, París, Gallimard, 1998; Jean-Paul Santerre, *Leçon littéraire sur Bouvard et Pécuchet de Gustave Flaubert*, París, PUF, 1999; Stéphanie Dord-Crouslé, *Bouvard et Pécuchet de Flaubert. Une Encyclopédie critique en farce*, París, Belin, 2000. <<

[8] Piénsese en el relato de Edgar Allan Poe, «El hombre de la multitud», y la repercusión que tuvo este autor en la obra y en la concepción de las masas en la obra de Baudelaire. <<

[9] Jean-Paul Sartre, *L'Idiot de la famille. Gustave Flaubert de 1821 à 1857*, 3 vols., Paris, Gallimard, 1971-1972. <<

[10] Una excelente antología de la crítica de la segunda mitad del siglo XIX y primer cuarto del siglo XX de *Bouvard y Pécuchet* y del resto de la obra de Flaubert se encuentra en el libro de Didier Philippot, *Gustave Flaubert. Mémoire de la critique*, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2006, con artículos que van de 1857 (sobre *Madame Bovary*) hasta 1920 («Lettre à M. Marcel Proust», a cargo de Albert Thibaudet). Desfilan en esta antología artículos y críticas, entre otros, de Sainte-Beuve, Barbey d'Aurevilly, Baudelaire, los hermanos Goncourt, Théophile Gautier, George Sand, Hyppolite Taine, Zola, Villiers de l'Isle-Adam, Ferdinand Brunetière, Henry Céard, Paul Bourget, Théodore de Banville, Guy de Maupassant, Émile Hennequin, Marcel Schwob, Henry James, Remy de Gourmont y Marcel Proust. <<

[11] Barbey d'Aurevilly, como es lógico, solo conoció el primer volumen del libro, es decir, la parte narrativa; no se sabe qué habría escrito si hubiera leído una edición completa que hubiera llevado, además, todo el material disperso, heterogéneo y abrumador de la segunda parte, *La copia*. <<

[12] Véase Jules Barbey d'Aurevilly, «Bouvard et Pécuchet» [*Le Constitutionnel*, 1881], en el libro ya citado de Didier Philippot, *Gustave Flaubert. Mémoire de la critique*, pp. 525-531. <<

[13] Miguel de Unamuno, «Leyendo a Flaubert», en *Contra esto y aquello*, Madrid, Renacimiento, 2.^a ed., 1928, pp. 21-30. <<

[14] Véase Emilio Alarcos Llorach, «La interpretación de *Bouvard y Pécuchet*, de Flaubert, y su quijotismo», en *Ensayos y estudios literarios*, Madrid, Júcar, 1976, pp. 61-98. <<

[15] Jorge Luis Borges, «Vindicación de *Bouvard et Pécuchet*», en *Discusión* [1932], *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Emecé, 1989, pp. 259-262. <<

[16] Así lo expresó el propio Flaubert, en carta a su sobrina Caroline del 15 de octubre de 1874: «Si triunfo, eso será, y estoy hablando seriamente, *el colmo del Arte*». <<

[17] *boulevard Bourdon*. Así llamado en memoria de un militar que murió en la batalla de Austerlitz. El boulevard transcurre entre la plaza de la Bastilla y el Pont Morland, en las inmediaciones del Jardin des Plantes, parque botánico de la ciudad de París, que se halla al otro lado del Sena.<<

[18] *Bouvard*. Flaubert (en adelante, F.) pudo inventar este nombre a partir del apellido de un conocido suyo; pero muchos críticos sugieren que se encuentra, fonéticamente, en la línea de otros nombres de personajes de F., como la propia Madame Bovary, y, presentando solo un cierto grado de homofonía, Salambó. <<

[19] *Silo de Reserva*. En francés, Greniers d'abondance, que fueron creados en 1807 por Napoleón I. Fueron incendiados en mayo de 1871, pero F. sitúa el inicio de *Bouvard y Pécuchet* (en adelante, BP) en el año 1838 (véase la «Cronología de *Bouvard y Pécuchet*», en este volumen, pp. 689 y ss.) <<

[20] *los avances de las ciencias*. De hecho, como ya se ha indicado en el Prólogo, todo el libro está dedicado a relativizar la importancia de dicho «avance», así como de la idea de progreso, tema fundamental en la historia y la sociología de la segunda mitad del siglo XIX en Francia. Acerca de la debatida cuestión del progreso, especialmente en Francia, véanse: Edmond About, *Le Progrès*, París, Hachette, 1864; Raymond Aron, *Progreso y desilusión. La dialéctica de la sociedad moderna*, Venezuela, Monte Ávila, 1969; John Bury, *La idea del progreso*, Madrid, Alianza, 2008; Antonio Campillo, *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*, Barcelona, Anagrama, 1985; Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa, 1981; P. J. Proudon, *Filosofía del progreso*, Madrid, Librería de Alfonso Durán, 1868. <<

[21] *Thiers*. F. se refiere a su famosa *Histoire de la Révolution française*, cuya primera edición se publicó entre 1823 y 1827. <<

[22] *Enciclopedia Roret*. Compendio de Nicolas-Edme Roret (1797-1860), dedicado a las artes, las ciencias y la técnica de los más diversos oficios, que empezó a publicarse en 1825 y conoció muchas ediciones a lo largo del siglo. <<

[23] *paquebotes*. Existía, hacia 1840, un servicio náutico para viajeros y mercancías que iba de París a Montereau y Nogent-sur-Seine. En la primera página de *La educación sentimental* (en adelante, ES), Frédéric Moreau toma uno de estos paquebotes para regresar a su ciudad natal. <<

[24] *el caso del collar*. Es decir, el famoso caso de la estafa a propósito de un collar de María Antonieta (1785). Véase Benedetta Craveri, *María Antonieta y el escándalo del collar*, Madrid, Siruela, 2007. <<

[25] *el proceso de Fualdès*. El *affaire* Fualdès fue un proceso judicial acaecido entre 1817 y 1818 a raíz del asesinato del procurador imperial con este nombre. Tuvo una enorme repercusión durante buena parte del siglo XIX y fue para la «opinión común», en cierto modo, un caso comparable al *affaire* Dreyfus de finales de siglo (1896), cuyo eco llenaría hasta las últimas páginas de la obra mayor de Marcel Proust. <<

[26] *Chavignolles*. Flaubert recorrió diversos escenarios de las comarcas de Normandía, que era su región de nacimiento y lo fue de residencia la mayor parte de su vida, para hallar un escenario adecuado para *BP*. Por fin, poco antes de iniciar la redacción de la novela, encontró una alquería y un paisaje adecuados en algún lugar de esta región, entre los valles de los ríos Orne y Auge, en palabras suyas —recogidas en su *Correspondencia*— «sur un plateau stupide, entre Caen et Falaise», topónimos recurrentes en el libro. El nombre de Chavignolles es una invención del autor, pero sí existe el topónimo Chavignol, en el departamento de Cher, en el Midi francés. En esta localidad se produce un queso, el «Crottin de Chavignol», citado por lo menos desde 1829 por el especialista M. Butet. Hay que recordar que *crottin* significa, en francés, «estiércol de caballo». <<

[27] La casa rústica... *el curso de Gasparin. La casa rústica: el libro Économie générale de la campagne, ou Nouvelle Maison rustique*, del agrónomo Louis Liger (1658-1717) refundición del libro *La Maison rustique*, de Liébault (1535-1596). *el curso de Gasparin: el conde de Gasparin (1783-1862), economista y agrónomo, publicó, entre 1843 y 1849, un muy divulgado Cours d'Agriculture. En carta a George Sand del 3 de febrero de 1873, cuando F. preparaba ya BP, se lee: «Estoy leyendo... el Potager moderne, de Gressent, y la Agriculture, de Gasparin».* <<

[28] *Puvis*. Marc-Antoine Puvis (1776-1851), agrónomo y diputado, promotor de múltiples iniciativas legislativas para la mejoría del estado de la agricultura en Francia. <<

[29] *a Rieffel y a Rigaud.* Jules Rieffel (1806-1851), agrónomo y director del establecimiento Grand-Jean, publicó diversas memorias sobre la agricultura en Francia, en la *Société d'Agriculture* y en *Le Cultivateur*. Louis-Michel Rigaud de l'Isle (1761-1826), agrónomo que formó parte, en 1810, de la comisión enviada a Roma para la desecación de las tierras pantanosas, publicó unas *Mémoires sur les engrais* en los anales de la Société d'Agriculture de la Drôme. <<

[30] *Tull... el mayor Beatson*. Jethro Tull (1680-1740), agrónomo inglés que recorrió el continente para estudiar los diversos métodos de la agricultura. Publicó en 1733 un *Essai sur l'Économie domestique*. Robert Beatson (1742-1818), oficial de la Marina, viajero e historiador inglés.<<

[31] *la clasificación de Luke-Howard*. Luke Howard (1772-1864), meteorólogo inglés que publicó un libro sobre *El clima de Londres* (1818), que Goethe convirtió en famoso en Alemania. <<

[32] *la obra de Boitard*. Pierre Boitard (1789-1859), naturalista y agrónomo, autor de diversas obras sobre botánica y ornitología, entre ellas *L'Art de composer et de décorer les jardins*. De todos modos, F. más bien se inspiró, para este pasaje de BP sobre la arquitectura de los jardines, en el libro ya citado anteriormente, *La Maison rustique* (pp. 388 y ss. de dicha obra). <<

[33] *el tratado de Becquerel*. Louis-Alfred Becquerel (1814-1862), agregado de medicina, publicó en 1851 su *Traité élémentaire d'Hygiène privée et publique*. Uno de los editores de BP, Édouard Maynial, reprocha a Flaubert el hecho de que sus personajes hablen de obras que no podían haber consultado en el momento en que las citan; en este caso, la obra es de 1851, cuando nos hallamos, según la cronología de la acción novelesca, en un periodo anterior a la Revolución de 1848 (inicio del capítulo V). <<

[34] *Casper*. Jean-Louis Casper (1796-1963), médico alemán, autor de numerosas *Memorias* sobre patología y estadística. <<

[35] *Bégin*. Louis-Jacques Bégin (1793-1859), cirujano militar y profesor en la Facultad de Medicina de Estrasburgo, autor de una *Physiologie pathologique*. <<

[36] Lévy. Michel Lévy (1809-1872), médico militar, profesor en Val-de-Grâce, autor de un notable *Traité d'Hygiène publique et privée* (1843). <<

[37] *la obra de Depping*. Georges-Bernard Depping (1784-1853), erudito de origen alemán, instalado en París. Publicó diversos trabajos de geografía, etnografía e historia. Sus *Merveilles et beautés de la nature en France, ou Description de ce qu'elle offre de curieux et intéressant sous le rapport de l'histoire naturelle*, aparecieron en dos volúmenes en 1825, y llegaron a la novena edición en 1845. <<

[38] Cartas, *de Bertrand*, con el Discurso de las revoluciones del globo, *de Cuvier*. Dos de las más importantes fuentes de información de F. para la redacción de los pasajes dedicados a la geología y la paleontología. Alexandre-Jacques-François Bertrand (1820-1902), arqueólogo nacido en Rennes, autor de las *Lettres sur les Révolutions du Globe*. Georges-Leópold-Chrétien-Frédéric-Dagobert Cuvier (1769-1832), naturalista francés, considerado padre de la anatomía comparada y de la paleontología. Su teoría principal es la ley de la correlación de los órganos, basada en el hecho de que algunos caracteres se encuentran necesariamente vinculados entre sí, mientras que otros se excluyen entre sí por definición. Publicó *Recherches sur les ossements fossiles* (1821-1824), *Le Règne animal distribué d'après son organisation* (1816-1829) y —libro consultado por F. durante la redacción de BP— *Discours sur les Révolutions de la surface du Globe* (1825). <<

[39] *al perro de Beaugency*. Información que F. leyó, sin duda, en una nota al pie de la página 129 de la edición de las *Lettres* de Bertrand, obra citada en la nota anterior, que dice: «Se han encontrado en Aravay, cerca de Beaugency, en un estrato que encerraría restos óseos de mastodonte, osos, rinocerontes y *Dinotherium*, restos de una especie gigante del género "perro" que, en relación con los restos hallados de un lobo, sería dos veces más grande que este». <<

[40] *Omalius d'Halloy*. Jean-Baptiste d'Omalius d'Halloy (1783-1875), geólogo belga a quien Napoleón I encargó levantar el mapa geológico del Imperio francés en 1807, publicado en 1823. Flaubert consultó sus *Éléments de géologie*, París, Levraut, 1831, para la redacción de este pasaje de BP. <<

[41] *la isla Julia, el Monte Nuovo*. La isla Julia apareció en 1831, entre Sicilia y la isla de Pentellaria; tenía 70 metros de altura y 700 de circunferencia. Desapareció al cabo de unos meses. El Monte Nuovo está situado cerca de Pouzzoles, a dos kilómetros de esta ciudad. Es un cono volcánico que apareció el 15 de septiembre de 1538 <<

[42] *Brogniart*. Alexandre Brogniart (1770-1847), mineralogista, autor de un *Traité de minéralogie élémentaire*, aparecido en 1807. Fue colaborador de Cuvier en la redacción de la *Description géologique des environs de Paris* (1822). <<

[43] *las doctrinas de Lamarck y de Geoffroy Saint-Hilaire*. Jean-Baptiste-Pierre-Antoine de Monet de Lamarck (1746-1829), ocupó una cátedra de zoología en el Muséum de París desde 1793 hasta su muerte. Publicó entre 1815 y 1822 una *Histoire des animaux sans vertèbres*, por la que debe ser considerado un precursor de las teorías de Darwin, cuya obra eclipsó la suya, inevitablemente. Etienne Geoffroy Saint-Hilaire (1772-1844) inauguró, en el citado Muséum, en 1792, el primer curso de zoología profesado en Francia. Sus teorías se basan en la llamada «unidad de la composición orgánica». Dedujo de ella cuatro principios: las «afinidades electivas», o atracción entre partes similares de un organismo; las desigualdades en el desarrollo orgánico; la fijación de las conexiones, y el llamado «principio de equilibrio». Fue el encargado de llamar a Cuvier a formar parte de la plantilla de investigadores del Muséum. <<

[44] *Élie de Beaumont*. (1798-1874), profesor de geología en el Collège de France, responsable de un nuevo mapa geológico de Francia. Publicó diversas contribuciones a la teoría de las revoluciones de la superficie de la Tierra y estudió con gran rigor la estructura del Etna y la formación del cono del Vesubio. <<

[45] *Las listas de Manéthon*. O Manetón, sacerdote egipcio que vivió durante el reinado de Ptolomeo Filadelfo, en torno al año 260 a. C., encargado de los archivos del templo de Heliópolis. El historiador judío Flavio Josefo, del siglo I, lo cita abundantemente, y habla de las «listas» de las dinastías egipcias elaboradas por Manetón; pero de su obra no han quedado más que pasajes y fragmentos dispersos.

<<

[46] *el manual de Orbigny*. Alcide Dessalines d'Orbigny (1802-1857), explorador de América del Sur, lugar al que fue enviado a cuenta del Muséum ya citado anteriormente, autor de un *Cours élémentaire de paléontologie et de géologie stratigraphique* (1849) y de numerosos artículos del *Dictionnaire des Sciences naturelles* publicado bajo la dirección de su hermano Charles. <<

[47] *la familia Croixmare*. La madre de F. se llamaba Anne-Justine-Caroline Fleuriot, hija de Jean-Baptiste-François-Prosper Fleuriot, médico en Pont-l'Évêque —donde fue médico cirujano, asimismo, el padre de F.— y de Anne-Charlotte-Justine-Camille Cambremer de Croixmare. Caroline Commanville, sobrina de F. y responsable de la edición póstuma de BP, insistió con complacencia, en sus *Souvenirs intimes*, publicados al principio de la primera edición de la *Correspondencia* de su tío, acerca del ascendente aristocrático de su bisabuela materna, considerándola allegada a las más viejas familias de la Baja Normandía. Véase René Dumesnil, *Gustave Flaubert* —la biografía de nuestro autor que leyó Franz Kafka—, París, Desclée, 1932, pp. 30-31, nota 1. <<

[48] *una petrificación de Saint-Allyre*. Fuente de aguas altamente mineralizadas en Clermont-Ferrand. <<

[49] *Galeron*. Jean-Frédéric Galerón (1794-1838), arqueólogo nacido en Laigle, creó una biblioteca y un museo de antigüedades en Falaise, posiblemente visitado por F., y fue autor de numerosas obras sobre los monumentos drúidicos y las antigüedades romanas. <<

[50] *Taillepied*. Noël Taillepied (1540-1589), zapatero de profesión, autor del libro *L'État et république des Druides* (1585). <<

[51] *Mangon de Lalande*. (1770-1847), autor de una *Mémoire sur les antiquités des peuples de Bayeux* (1832-1835). Muchas ediciones de BP presentan Mangou de la Londe, que es un error de lectura. <<

[52] *dom Martin*. Dom Jacques Martin (1684-1751), autor de diversas obras sobre el celtismo y la religión de los galos, y de una *Explication de divers monuments singuliers qui ont rapport à la religion des peuples les plus anciens* (1739). <<

[53] *la obra de Anquetil*. Louis-Pierre Anquetil (1723-1806), autor de una enorme cantidad de libros sobre historia. A los ochenta años redactó, por encargo del emperador, la *Histoire de France* que cita F. en este pasaje, y que le haría famoso. <<

[54] *las Cartas de Augustin Thierry*. Se trata de las *Lettres sur l'Histoire de France*, publicadas primero en *Le Courier Français*, y recogidas luego en volumen, en 1827.

<<

[55] *dos tomos de Genoude*. Originalmente Antoine-Eugène Genoud, llamado de Genoude (1792-1849), profesor en el Lycée Bonaparte, abandonó la docencia para defender sus opiniones monárquicas en *Le Conservateur*. Fundó, con Lammenais, el periódico *Le Défenseur*, y colaboró en *L'Étoile* y luego en *La Gazette de France*. Su *Histoire de France*, en 16 volúmenes, apareció entre 1844 y 1847. <<

[56] *la colección de Buchez y Roux. Una Histoire parlementaire de la Révolution française*, obra de clara inspiración católico-reaccionaria, apareció entre 1834 y 1838 bajo la dirección de Philippe-Joseph-Benjamin Buchez (1796-1865) y de Pierre Roux-Lavergne (1802-1874). <<

[57] *Montgaillard, Prudhomme, Gallois, Lacroix*. Guillaume-Honoré Roques de Montgaillard (1772-1825) emigró en 1792, pasó un tiempo encarcelado en el Temple durante el Consulado, y publicó una *Revue chronologique de l'Histoire de France depuis la première convocation des notables jusqu'au départ des troupes étrangères*, así como una *Histoire de France depuis la fin du règne de Louis XVI jusqu'à l'année 1825* (1826-1833) cuya publicación levantó una enorme polémica. Louis-Marie Prudhomme (1752-1830), fue redactor de *Les Révolutions de Paris*, que empezó a publicarse dos días antes de la toma de La Bastilla, y perduró hasta febrero de 1794. Publicó, entre 1796 y 1797, en seis volúmenes, una *Histoire générale et impartiale des erreurs, des fautes et des crimes commis pendant la Révolution française*. Charles-André-Gustave Gallois (1789-1851), panfletario e historiador, publicó una *Histoire pittoresque de la Révolution française* (1830) y una *Histoire des Jacobins*. Jean-Charles-Dominique de Lacroix, llamado Lacroix el Joven (1766-1855), historiador, fue autor de un *Précis historique de la Révolution française* (1801-1806) y *Dix années d'épreuves pendant la Révolution* (1840), entre muchas otras obras del género histórico. <<

[58] *las memorias de Campan. Mémoires sur la vie privée de Marie-Antoinette*, publicadas en 1822 por madame Campan, camarera de la reina. <<

[59] *al bueno de Rollin*. Charles Rollin (1661-1741), autor de una *Histoire ancienne* (1730-1738) y de una *Histoire romaine*, que dejó inacabada (1766). <<

[60] *la obra de Beaufort*. Se trata de la *Dissertation sur l'incertitude des cinq premiers siècles de l'Histoire romaine*, publicado en 1738 por Louis de Beaufort, también autor de *La République romaine, ou Plan de l'ancien gouvernement de Rome* (1766).

<<

[61] *La Mothe le Vayer*. François de La Mothe Le Vayer (1588-1672), autor, entre otras obras, de *Jugements sur les anciens et principaux historiens grecs et latins* (1646). <<

[62] *Dumouchel* [...] los tres sistemas de *Allévy*, de *Pâris* y de *Feinaigle*. Diversos especialistas en la pseudociencia de la mnemotécnica, muy en boga en tiempos de Flaubert. *Dumouchel* es un invento del autor: no existe ni tal hombre ni tal obra. *Allévy* es el autor de un *Chronomètre français*, de un *Cadran perpétuel*, de un *Conjugateur qui réduit les verbes français à une seule conjugation* y de un *Lévier intellectuel, dédié aux peuples du XIXe siècle, nouvel enseignement applicable à toutes les sciences*. Los títulos ofrecen una idea suficiente de la estupidez de estas tentativas, algo que sin duda debió de admirar a Flaubert, a las que solía aplicar el calificativo de «Hénaurme» [sic]. En 1839 apareció un *Mémoire au cours de M. Aimé Pâris*, en diez lecciones, Lyon, 1838, que F. usó para la redacción de este pasaje de BP. *Fenaigle* fue un hombre singular que, con su discípulo *Guivard*, desembarcó en París en 1806, fue un desconocido durante mucho tiempo, luego trabó amistad con un tal *Monsieur Blanc*, creador de la oquigrafía, que sintió admiración por la mnemónica, y que permitió a *Fenaigle* hacer un experimento relacionado con esta técnica con nueve muchachos de la escuela primaria. Los resultados, al parecer, fueron sorprendentes, y *Fenaigle* alcanzó una súbita fama. <<

[63] *cinco años antes de lo que se sitúa*. No conocemos la fuente exacta por la que F. llegó a esta conclusión, pero la historiografía del siglo XIX ya había observado que, si los padres de Jesús emigraron a Egipto para sortear la persecución de los inocentes en tiempos de Herodes el Grande, por fuerza Jesús tuvo que nacer antes de la muerte de aquél, que se produjo en el año 4 a. C. <<

[64] *el curso de Daunou. Cours d'études historiques*, en 20 volúmenes, que resume las lecciones de Pierre-Claude-François Daunou (1761-1840) en el Collège de France.

<<

[65] *la vida del duque de Angulema*. Para la historia y la ridiculización del duque de Angulema que Bouvard y Pécuchet abordan en este pasaje, F. utilizó principalmente estas dos obras: 1) *La Vie civile, politique et militaire de S.A.R. Mgr le Duc d'Angoulême*, escrita por un antiguo voluntario del ejército del príncipe, libro en el que se halla el texto de la proclamación que F. redacta un poco más abajo, en boca del Delfín: «¡Aquí me tenéis! ¡Soy hijo de vuestros reyes! ¡Vosotros sois franceses!», así como la respuesta a una diputación de bordeleses que le visitaron en París: «¡Lo que me consuela de no ser de Burdeos es encontrarme entre vosotros!», y 2) *La Vie anecdotique de S.A.R. Mgr le Dauphin depuis sa naissance jusqu'à ce jour*. <<

[66] *Belisario*. Tanto puede tratarse de la novela homónima que Marmontel publicó en 1767 —que fue condenada por el arzobispo de París en enero de 1768—, como del *Belisario* (1808), de madame de Genlis, como de la tragedia de Jouy, que también fue víctima de la censura, en este caso por razones políticas. La obra de Jouy se publicó en 1818 y, después de una enorme polémica, se representó sin éxito en 1825. <<

[67] Numa Pompilio, *de Marchangy y del vizconde de Arlincourt*. *Numa Pompilius [sic]* es un poema en prosa verdaderamente latoso, en doce cantos, escrito por Jean-Pierre-Claris Florian (1755-1794) bajo la influencia de Las aventuras de *Telémaco*, de Fénelon. Louis-Antoine-François de Marchangy (1782-1826), magistrado y hombre de letras próximo a la dinastía borbónica, fue autor de unas *Mémoires historiques pour l'ordre souverain de saint Jean de Jérusalem* (1816) y de *La Gaule poétique, ou Histoire des Français considérée dans ses rapports avec la poésie, l'éloquence et les beaux-arts* (1813), escrita bajo la influencia de Chateaubriand. Charles-Victor Prévot d'Arlincourt (1789-1856), fue autor de un largo poema, *La Caroléide* (1818), de una veintena de novelas, entre ellas *Le Solitaire* (1821) e *Ipsiboé* (1823), de trabajos del género histórico en los que mostró su desdén hacia el régimen posterior a 1830, y de una tragedia, *Le Siège de Paris* (1827). <<

[68] *Frédéric Soulié*. Melchior-Frédéric Soulié (1800-1847), autor de la novela *Le Lion amoureux*, y de novelas históricas como *Le Comte de Toulouse* o *Le Vicomte de Béziers* (1834). <<

[69] *bibliófilo Jacob*. Pseudónimo de Paul Lacroix (1807-1884), autor de obras de erudición y de novelas históricas como *Les Deux fous* (1830), *Le Roi des ribauds* (1831), *La Danse macabre* (1832), o *Pignerol, histories du temps de Louis XIV* (1835-1836). <<

[70] *Biografía universal*. El título completo de esta obra, publicada en 45 volúmenes entre 1811 y 1846, es *Biographie universelle ancienne et moderne, par ordre alphabétique, de la vie publique et privée de tous les hommes qui se sont fait remarquer par leurs écrits, leurs actions, leurs talents, leurs vertus ou leurs crimes*, editado por Louis-Gabriel Michaud (París, Michaud Jeune, 1773-1858). <<

[71] *George Sand*. (1804-1876), amiga íntima de Flaubert, y confidente de este, partícipe principal de los avatares de la redacción de BP —como en su día Louise Colet lo fue de las circunstancias y trabajos durante la redacción de *Madame Bovary*— y destinataria de las más elocuentes cartas de F. acerca de su pensamiento político posterior a los hechos de la Comuna. Solo el hecho de que George Sand falleciera antes de que F. alcanzara este punto de la novela permite entender que critique su obra con cierta acritud —aunque sea en boca de sus dos personajes—, como se verá en las líneas que siguen: «casi todas [las tragedias de George Sand] les parecieron más bobas aún que las novelas». <<

[72] *Ourika*. Novela de Claire Lechat de Kersaint, duquesa de Duras (1779-1828), que narra la historia de una joven negra educada en Francia desde la infancia, en el seno de una familia de la alta sociedad. Se enamora del nieto de la casa, Charles, que solo llega a sentir amistad por ella. Charles se casa con una muchacha blanca, y la negrita decide entrar en un convento. La novela fue sufragada por la casa real, y obtuvo un éxito considerable, muy superior a algunas obras de F. que casi pasaron inadvertidas en sus años de vida. <<

[73] *Paul de Kock*. Charles-Paul de Kock (1793-1871) fue autor de decenas de novelas completamente anodinas, muchas de las cuales fueron traducidas al castellano, y que se encuentran todavía en las librerías de lance de las grandes ciudades del continente. Es otro de los novelistas que obligaron a F. a considerar que la más grande mediocridad es a menudo más apreciada que el genio. <<

[74] Filoctetes, de *La Harpe*. Tragedia en cinco actos, en verso, representada en el Théâtre Français el 16 de junio de 1783. Se trata de una adaptación más que sosa de la tragedia homónima de Sófocles <<

[75] *Gabrielle de Vergy*. Tragedia en cinco actos y en verso de Pierre-Laurent Buiette, llamado de Belloy (1727-1775), impresa en 1770 y representada en el Théâtre Français el 12 de julio de 1777, dos años después de la muerte del autor. Su argumento se basa en la leyenda según la cual Raoul de Coucy, que viajó a Palestina con el séquito de Ricardo Corazón de León, herido de muerte, ordena a su escudero que lleve el corazón de aquél a su amante, Gabrielle de Vergy; pero el marido de esta intercepta el mensaje y obliga a su esposa a comerse el corazón de su amante. Véase, respecto a este motivo, muy extendido en la literatura europea medieval y moderna, Isabel de Riquer, *El corazón devorado*, Madrid, Siruela, 2007. <<

[76] *Dionisio, tirano de Siracusa*. Se refiere a una tragedia de Marmontel, representada en 1748. <<

[77] *Bouchardey*. Joseph Bouchardey (1810-1870), autor dramático cuyas principales obras, de una intriga extremadamente complicada —*Gasparde le pêcheur* (1837), *Le Sonneur de Saint-Paul* (1838), *Lazare le Pâtre* (1840), *Pâris le Bohémien* (1842), *Les Orphelines d'Anvers* (1844), o *La Croix de Saint-Jacques* (1850)— alcanzaron, en verdad, un notable éxito. <<

[78] *Robert el Diablo*... El joven marido... La carretilla del vinagrero. *Robert-le-Diable*, ópera de Meyerbeer representada por primera vez en la Académie Royale de Musique, en noviembre de 1831. *Le Jeune Mari*, comedia de Alexandre Duval, representada en 1821. *La Brouette du Vinaigrier*, drama en tres actos de Louis-Sébastien Mercier (1740-1814), representada en el Théâtre des Italiens en 1797. Mercier es, con diferencia, uno de los literatos más notables citados por F. en este capítulo, autor del esencial *Tableau de Paris* (1.^a ed., 1781-1789), todavía muy útil para conocer las costumbres y la vida cotidiana en la capital francesa a finales del siglo XVIII: véase la reedición de esta obra, en 2 vols., París, Mercure de France, 1994.

<<

[79] «*una cabeza a lo Béranger*». Tras asistir, en diciembre de 1847, a un banquete reformista, F. le había escrito a Louise Colet: «Han elogiado a Béranger en casi todos los discursos. ¡Qué abuso se ha hecho de ese Béranger! Siento rencor por el culto que le profesan los espíritus burgueses. Hay personas con mucho talento que tienen la mala suerte de ser admiradas por seres mezquinos... Béranger es el caldo de la poesía moderna: puede comerlo todo el mundo, y a todo el mundo le parece bueno». La *Correspondencia* de F. abunda en este tipo de consideraciones hacia la persona de Béranger. En una ocasión, según relata René Dumesnil en su edición de BP, una muchacha, señalando a F. ante una de sus compañeras, le dijo: «¡Cómo se parece este a Béranger!», cosa que le hizo bastante gracia a nuestro autor. La «cara redonda y la calvicie de Bouvard», que, en esta página, le permiten a este «dejarse una cabeza a lo Béranger» es posiblemente una alusión a la anécdota citada. <<

[80] *la Práctica del teatro de D'Aubignac*. François Hédelin, párroco de Aubignac (1604-1676), sobrino de Richelieu, fue autor de una *Pratique du Théâtre* en la que formulaba las reglas del género, recuperando, al estilo clásico, las instrucciones de Aristóteles contenidas en su *Poética*. Luis II de Borbón-Condé, llamado el Grand Condé dijo, a este respecto: «Me parece muy bien que D'Aubignac haya seguido las reglas de Aristóteles, pero no le perdono a las reglas de Aristóteles que hayan sido las responsables de que D'Aubignac haya escrito una tragedia tan mala». <<

[81] *Ducange, Picard*. Victor-Henri-Joseph Brahain-Ducange (1783-1833), novelista y autor dramático cuyas primeras obras —las novelas *Agathe*, o *Valentine*— provocaron cierto escándalo, y cuyas obras dramáticas —como *Trente ans, ou la vie d'un joueur*, 1827— alcanzaron mucha fama y consiguieron durante mucho tiempo el favor del público. Louis-Benoît Picard (1769-1828), dramaturgo, director del Odéon y luego de la Ópera de París, escribió más de veinte novelas y más de cincuenta comedias, dramas y bodeviles; muchas de ellas permanecieron en cartel varias temporadas. <<

[82] *Ménage*. Gilles Ménage (1613-1692), autor de unas *Observations sur la langue française* (1673), donde se lee: «Il faut dire de la poirée et nentilles avec les Parisiens, et non pas des bettes et des lentilles, avec les Angevins», algo que F. recoge en este pasaje. <<

[83] *Bouhours*. Dominique Bouhours (1628-1702), jesuita, dice lo mismo que F. en este pasaje, en sus *Doutes sur la Langue française, proposés à MM. de l'Académie* (1674). <<

[84] *Chapsal*. Charles-Pierre Chapsal (1788-1858), coautor de una *Grammaire française* (1828) cuyo prestigio duró decenios en Francia. <<

[85] *Génin*. François Génin (1803-1856), filólogo, amigo de Littré, autor de *Variations du Langage français depuis le XIIe siècle* (1845), y de *Lexique comparé de la langue de Molière et des écrivains du XVIIe siècle* (1846), entre otras obras de esta especialidad. <<

[86] *Bouhours*. Véase la nota 83. <<

[87] *Blair*. Hugh Blair (1718-1800), ministro de la Iglesia presbiteriana en Edimburgo, lugar en el que profesó y publicó sus *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1783) que se tradujeron enseguida a varias lenguas del continente; así, en castellano, *Lecciones de Retórica y Bellas Letras*, 4 vols., Madrid, Imprenta Real, 1804, y Madrid, Ibarra, 1816-1817. <<

[88] *Lamotte*. Antoine Houdar (o Houdart) de Lamotte (1672-1731), poeta y dramaturgo francés, escribe lo que le atribuye este pasaje de BP en su *Discours sur Homère* (1714), como prólogo a su versión en verso de la *Ilíada*. <<

[89] *Vida*. Marco Girolamo Vida (1490-1566), poeta en lengua latina y humanista italiano, autor de una muy celebrada, traducida e influyente *De arte poetica libri III* (1527). Hay traducción contemporánea (versión bilingüe latín-inglés), a cargo de Ralph G. Williams, Nueva York, Columbia University Press, 1976. <<

[90] *Memorias del diablo*. Novela en ocho volúmenes del ya citado Frédéric Soulié; véase la nota 68. <<

[91] *el caso Pritchard*. El *affaire* Pritchard toma su nombre de un misionero inglés en Tahití que, en febrero de 1844, movió a los indígenas y a la reina Pomaré, o Pomare, a la insurrección contra el protectorado francés. Fue inmediatamente expulsado de este territorio por el almirante Dupetit-Thouars, y la reina Pomaré fue destituida. Inglaterra acogió a Pritchard como a un verdadero mártir, aunque la realidad era que franceses e ingleses no hacían más que disputarse la hegemonía colonial sobre este territorio. El ministro de Asuntos Extranjeros, Guizot, desautorizó a su vez a Dupetit-Thouars, y la oposición parlamentaria acusó a aquél de haber cedido a las pretensiones de los ingleses. Lord Aberdeen pidió en el Parlamento inglés el regreso de Pritchard a Tahití, y la expulsión de los oficiales franceses. Pero en septiembre de 1844 se acordó, para pacificar la cuestión, y teniendo en cuenta el frente militar abierto en Argelia, que Pritchard recibiera una sustanciosa indemnización del gobierno francés. Esto volvió a despertar las discusiones, protagonizadas por Thiers, en el seno de la Asamblea. La prensa publicó el nombre de los 213 diputados favorables a la indemnización de Pritchard y la de los 205 que habían votado en contra. Todavía fue necesario que nueve ministros apoyaran a Guizot para que la crisis se diera finalmente por resuelta, por lo menos provisionalmente. Flaubert habla también de este *affaire* en ES. <<

[92] *Casimir Delavigne*. Jean-François-Casimir Delavigne (1793-1843), poeta y dramaturgo francés nacido en Le Havre, que escribió dos poemas grandiosos inspirados en la batalla de Waterloo y «salvó» el teatro del Odéon, en París, en 1819, con su obra *Les Vêpres Siciliennes*. <<

[93] *al marqués de Foudras*. Théodore-Louis-Auguste, marqués de Foudras (1800-1872), novelista fecundo que hizo su debut en 1839 y retrató, en sus novelas, las costumbres de la «sociedad elegante» de Francia, en especial las de los *gentilshommes chasseurs* (título de uno de sus mejores libros). <<

[94] *el sufragio universal*. Véase la nota 18. La acción de este pasaje debe situarse a las puertas de la Revolución de 1848, que llevaría a la proclamación de la Segunda República, presidida por Luis Napoleón Bonaparte. Flaubert tenía desde hacía muchos años enormes dudas sobre la eficacia del sufragio universal, pero este pasaje acusa más bien su reacción a la cuestión suscitada después de los hechos de la Comuna de París. Efectivamente, ya en una carta a Louise Colet del 15-16 de mayo de 1852, F. había escrito: «Desde 1830, Francia sufre un delirio de realismo idiota; la infalibilidad del sufragio universal está a punto de convertirse en un dogma que va a suceder al de la infalibilidad del Papa.» Pero F. carga todavía más las tintas a partir de los hechos de 1870-1871, y, en la *Correspondencia* con George Sand y otros correspondientes de este periodo, escribe palabras tan radicales como: «Odio la democracia (por lo menos tal como la entienden en Francia), es decir, la exaltación de la gracia en detrimento de la justicia, la negación del derecho» (a George Sand, 29 de abril de 1871); «Lo que nos falta por encima de todo es una aristocracia natural, es decir, legítima. Nada puede hacerse sin cabeza, y el sufragio universal, tal como existe ahora, es todavía más estúpido que el derecho divino. ¡Las cosas que llegaréis a ver, si este sufragio permanece! La masa, el número, siempre es idiota» (a George Sand, 4 o 5 de octubre de 1871). <<

[95] *monsieur de la Rochejacquelein*. Henri-Auguste-Georges du Vergier, marqués de La Rochejacquelein (1805-1867), fue miembro de la Cámara de los Diputados de París y condenado a muerte en 1830 por lesa traición a causa del levantamiento de La Vendée, pero fue absuelto más tarde. Quiso conciliar la monarquía con la soberanía del pueblo francés, y en 1848 se adhirió a la República. A pesar de sus firmes convicciones republicanas, tras el golpe de Estado de diciembre de 1851 se puso del lado de Napoleón III y de la proclamación del Segundo Imperio. <<

[96] *tuvo por objeto Polonia*. Era agua pasada, en este momento de la novela. La oposición no había cesado de reprocharle a Luis Felipe de Orleáns el no haber socorrido a los polacos a raíz de la insurrección de Varsovia del 29 de noviembre de 1830, en la que se hallaban implicados intereses prusianos, austriacos y belgas. Hubo en Francia, durante el invierno de 1830-1831, una viva campaña en favor de los polacos: Delavigne escribió *Les Varsoviennes*, y Béranger hizo un poema sobre «Polonia y su pueblo fiel». Luis Felipe jugó un doble juego en este conflicto, y su ministro de Asuntos Exteriores, Sébastiani, pronunció estas palabras: «El orden reina en Varsovia», cuando, en realidad, el 7 de septiembre las fuerzas del zar de Rusia habían tomado la ciudad a sangre y fuego. La cuestión se debatió durante todo el reinado de Luis Felipe, y F. habló también de ella en ES. <<

[97] *la invasión de la Cámara*. Se produjo el 15 de mayo de 1848, cuando se convocó a la ciudadanía de París a concentrarse en La Bastilla. Sobrier y Huber marchaban al frente de esta manifestación, que las fuerzas de orden público se vieron incapaces de contener. La Cámara de los Diputados fue asaltada, pero la Asamblea no llegó a disolverse. Los responsables de dicha «invasión» fueron juzgados y condenados a perpetuidad. <<

[98] *las Jornadas de Junio*. Alusión a los disturbios que asolaron muchas regiones de Francia durante el mes de junio de 1848, y que culminaron los días 23 a 25 de ese mismo mes, con motivo de la disolución de los llamados Ateliers Nationaux. Episodios de estos disturbios se encuentran también en ES. <<

[99] *sufragio universal*. Véase la nota 94. <<

[100] *la Revalesscière... la pomada Dupuytren. La Revalesscière*: mezcla de harina de lentejas, guisantes, maíz, judías y sorgo, con aditamento de sal marina, sémola de avena y cebada, coloreada con tinte de cochinilla. El doctor Du Barry, que lanzó este producto, le puso el nombre de «Revalesscière» del latín *revalescere*, «restablecerse», «recuperar la salud», y, haciendo creer a la gente que se trataba de una esencia casi mágica extraída de una planta angoleña que preservaba a los indígenas de todo tipo de enfermedad, consiguió un éxito comercial extraordinario. *La pomada Dupuytren*: pomada a base de acetato de plomo con tintura extraída de las cantáridas, contra la caída del cabello. No es necesario recordar al lector que los remedios contra la caída del cabello son una de las modalidades de la estafa más universales y más extendidas en el tiempo. <<

[101] *la expedición de Roma*. En Roma, el 15 de noviembre de 1848, el jurisconsulto liberal Rossi —que Pío IX acababa de nombrar ministro con el fin de que se reconciliara con los liberales— fue asesinado, y su crimen fue aplaudido por los republicanos italianos. El Papa, invitado por Cavignac a refugiarse en Francia, prefirió entregarse a Gaeta, y la flota francesa, que estaba a punto de hacerse a la mar, permaneció en Toulon. Sin embargo, Pío IX rechazó la idea de volver a Roma, pues el pueblo reclamaba la proclamación de la República (febrero de 1849). Napoleón III, con el deseo de mantener el prestigio de Francia y de arrebatarle a Austria el papel de protectora de la Santa Sede, pero no queriendo, tampoco, confesar a la mayoría republicana de Francia su proyecto de atacar a otra república, envió a Italia a un cuerpo expedicionario con el pretexto de que el Piamonte se hallaba amenazado. Pío IX exigió, sin embargo, que su poder fuera restablecido en términos absolutos, algo que complicó los planes ya de por sí contradictorios de Luis Napoleón. Oudinot desembarcó en Civitavecchia el 25 de abril, cuando Roma estaba ya ocupada por las fuerzas republicanas italianas. Luego de varias actuaciones en las que se vio involucrada la diplomacia romana, austriaca y francesa, Garibaldi abandonó Roma el 1º de julio, y los franceses ocuparon formalmente la ciudad. En abril de 1850, Pío IX regresó finalmente a Roma, con el consentimiento de Gaeta, y protegido por una guarnición francesa, sin que en Roma llegara a proclamarse la República. <<

[102] *Calvo, Martens, Vattel*. Carlos Calvo (1824-1906), diplomático argentino, autor de obras, como *Droit international*, que no fueron publicadas hasta después de la fecha que corresponde a este episodio de BP. Georges-Frédéric de Martens (1756-1821), jurisconsulto alemán, profesor de Derecho en Gotinga, autor de un *Cours diplomatique* (1801). Sin embargo, la obra a la que remite BP en este contexto debe de ser la del hijo de aquél, Charles de Martens (1790-1863), *Précis de Droit des gens moderne de l'Europe*, publicado en francés en 1821. Emmerich de Vattel (1714-1767), jurisconsulto y diplomático alemán, autor de una obra sobre *Le Droit des gens, ou Principe de la Loi naturelle appliquée à la conduite et aux affaires des nations et des souverains*, publicada por vez primera en 1758, y muchas veces reeditada. <<

[103] *Maximilien*. Por el contexto —«con un dictador a la cabeza, un hombre fuerte que gestionase todo con decisión»—, tiene que tratarse de Maximilien Robespierre (1758-1794), uno de los más importantes líderes de la Revolución francesa, protagonista del llamado Reinado del Terror (1793-1794). <<

[104] *desembarco en Inglaterra*. Por parte de las tropas de Carlos X, nieto de Luis XV, en 1814, durante la Restauración. <<

[105] «*¡Que empiecen los señores asesinos!*» La frase completa —«Si l'on veut abolir la peine de mort, en ce cas, que Messieurs les assassins commencent»—, la escribió en un artículo famoso Alphonse Karr (1808-1890), periodista y escritor francés, director de *Le Figaro*, refiriéndose a los diputados franceses a raíz de un debate en la Asamblea sobre la abolición de la pena de muerte. <<

[106] *L'Univers... del Charivari*. *L'Univers* fue una revista fundada en 1836, con Louis Veuillot como redactor jefe, sumamente reaccionaria y ultramontana. En 1848 aplaudió a la República porque le pareció providencial en comparación con los disturbios de los años precedentes, y luego, tras el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, apoyó sin reservas a Luis Napoleón. *Le Charivari* fue una revista satírica fundada por Charles Philipon en 1832. La revista apoyó la candidatura de Chavignac y, tras las elecciones a la Presidencia, continuó su campaña de oposición al Gobierno de Francia con unos epigramas con un tono ligeramente más moderado que antes. <<

[107] *Examen del socialismo, de Morand*. No hay rastro alguno de este libro, ni de su autor, en los manuscritos de Flaubert ni en la lista de libros que tomó prestados de distintas bibliotecas para la redacción de BP. <<

[108] *la doctrina saint-simoniana... el fourierismo*. La doctrina saint-simoniana, es decir, la doctrina de Claude-Henry de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), uno de los precursores de la sociología contemporánea y colaborador de Auguste Comte. Sus principales obras propugnaron una sociedad sin clases, en la que los industriales (patronos y obreros), los artistas y los sabios desplazarían a las clases ociosas (nobleza, clérigos y militares). Aunque defendió la propiedad privada, creyó en una sociedad igualitaria, con las mismas oportunidades para todos. Marx lo calificó, como a algunos de los autores que son citados a continuación, de «socialista utópico», y forma parte, por consiguiente, de la larga historia del utopismo decimonónico europeo. El fourierismo es la doctrina de Charles Fourier (1772-1837), filósofo y economista francés que rechazó igualmente la estructura irracional del mundo industrial y mercantil de su época y propugnó un socialismo al que todos llegarían mediante la fundación de comunidades («falansterios») en las que se compartiría toda propiedad y se practicaría, también, el libre concubinato. <<

[109] *el bayaderismo*. Del francés *bayadèrisme*, derivado de *bayadère*, y esta palabra, a su vez, del portugués *bailadeira*, es decir, «bailarina». En francés, la palabra se otorga a cierto tipo de bailarinas en determinados rituales sagrados de India. Como doctrina para los hombres solteros (a ello alude aquí la novela), se entendía por «bayaderismo» la libre relación de los hombres con las mujeres que juzgaran oportuno, siguiendo el programa utopista de Fourier (véase la nota anterior). <<

[110] *Louis Blanc*. (1811-1882), historiador, periodista y político socialista francés. En sus opúsculos *L'Organisation du travail* y *Le Droit au travail* formuló su principio: «a cada uno según sus habilidades; a cada uno según sus necesidades», con la que Marx simpatizó. Criticó la monarquía de Luis Felipe y fue miembro del gobierno provisional de 1848. No será ocioso recordar que el segundo de los opúsculos citados de Louis Blanc dio pie a la redacción del librito de Paul Lafargue, yerno precisamente de Karl Marx, *El derecho a la pereza*. <<

[111] *icarianos... Cabet... Pierre Leroux*. Icarianos: partidarios de la Icaria propugnada, por no decir profetizada al modo utópico, con ribetes apocalípticos, por Étienne Cabet (1788-1856), político y escritor socialista francés. En su *Voyage en Icarie* (1839) y *Le Vrai Christianisme* propugnó un comunismo integral, más radical que el de sus contemporáneos utopistas franceses e ingleses. Pierre Leroux (1797-1871), socialista francés, fundador de *Le Globe*, órgano del saint-simonismo. Por incomodar a Napoleón III, tuvo que exiliarse en Inglaterra. <<

[112] *la cuestión del Progreso*. Una de las grandes cuestiones de debate ideológico en Europa en el siglo XIX, especialmente en Francia, protagonizada por sus defensores —los amigos del desarrollo industrial, comercial y mercantil de las nuevas sociedades— y sus detractores —F., entre ellos—, y todos quienes fueron partidarios del regreso a los grandes hitos de la civilización que supusieron, en sus respectivos momentos, la cultura del Humanismo, la Ilustración e incluso los ideales fundadores de la Revolución francesa. En cuanto a la complicada relación entre los intelectuales, las masas y el poder a lo largo de los siglos XIX y XX, véanse: Walter Struve, *Elites against Democracy. Leadership Ideals in Bourgeois Political Thought in Germany, 1890-1933*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1973; John Carey, *The Intellectual and the Masses. Pride and Prejudice among the Literary Intelligentsia, 1880-1939*, Londres y Boston, Faber and Faber, 1992, y Paul Lidsky, *Les écrivains contre la Commune*, París, La Découverte, 1999. *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, no es más que una réplica ulterior de estos debates, muy divulgados por la intelectualidad europea durante toda la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. <<

[113] *la disolución de la Cámara, el encarcelamiento de los diputados*. Es decir, la disolución de la Asamblea y el encarcelamiento de sus miembros electos después del golpe de Estado protagonizado por Luis Napoleón Bonaparte y sus seguidores, el 2 de diciembre de 1851. <<

[114] *el manual de Amorós*. Se trata del manual de gimnasia del militar español afrancesado Francisco Amorós y Ondeano (Valencia, 1770-París, 1848), uno de los grandes impulsores de la cultura gimnástica contemporánea, *Nouvel manuel d'éducation physique, gymnastique et morale*, 2.^a ed., París, Roret, 1848. <<

[115] *moda de las mesas giratorias*. Propia de la moda espiritista que se abatió sobre Europa ya en el siglo XVIII —recuérdese la aparición de la mágica piedra de «calamita» en *Così fan tutte*, de Mozart—, llegó a su cénit en la segunda mitad del siglo XIX, y no ha desaparecido, sino aumentado en nuestros días, bajo la forma de diversos sucedáneos —recuérdese, a este respecto, las escenas de espiritismo que Federico Fellini presentó en su película *E la nave va* (1983), aunque los hechos se sitúen en torno al estallido de la Primera Guerra Mundial. Flaubert obtuvo información sobre este asunto, entre otras fuentes, en el libro de Louis Figuier, *Histoire du Merveilleux, dans les temps modernes*, 4 vols., París, L. Hachette, 1860.

<<

[116] *Ségouin*. También nos consta que Flaubert utilizó el libro de A. Ségouin, *Les Mystères de la magie, ou les Secrets du magnétisme dévoilés, suivis d'un aperçu sur la magie de M. Dupotet et la danse des tables*, París, Moreau, 1853. <<

[117] Guía del magnetizador, *de Montcabère*. El libro no aparece en el censo de Alberto Cento sobre los volúmenes consultados por F., ni en pasaje alguno de su *Correspondencia*. Debe de tratarse de una invención. <<

[118] *el sistema de Puységur*. Armand-Marie-Jacques de Chastenet, marqués de Puységur (1751-1825), aristócrata francés, hoy reconocido como uno de los fundadores precientíficos del hipnotismo —aunque el término no se acuñó hasta 1842—, en una época en que la hipnosis se confundía todavía con el mesmerismo y el magnetismo, como demuestra este pasaje de BP. <<

[119] *album graecum*. Así designada, en la antigua farmacopea, la parte blanca de los excrementos de los perros, que contiene fosfatos de calcio a los que se atribuían, entonces, propiedades terapéuticas extraordinarias. <<

[120] *la cena de Cazotte*. Según un informe de La Harpe y una narración de Gérard de Nerval (prefacio a *Le Diable amoureux*), en el año 1788, una cena reunió a los políticos, periodistas y hombres de letras Cazotte, Bailly, Chamfort, Condorcet y Roury. Jacques Cazotte habló de la revolución de 1789 en el transcurso de esta velada, y habría relatado a todos los comensales el destino que les esperaba. <<

[121] *Allan Kardec*. Hippolyte Rivail, llamado Allan Kardec (1803-1869), se dedicó al estudio del espiritismo y fundó, en 1858, la Société parisine des études spirites y la *Revue spirite*. Publicó, en 1857, *Le Livre des esprits*, luego *Le Livre des Médioms*, y, en 1864, *L'Imitation de l'Évangile selon le spiritisme*. La referencia de F. en este pasaje también es anacrónica, atendiendo al año de edición del libro de Rivail. <<

[122] *el od*. Charles de Reichenbach (1788-1869), naturalista alemán a quien se debe el descubrimiento de la parafina, atribuía a una fuerza natural que denominaba *od* (palabra con la que el Corán designa al Espíritu Universal) la causa primera de nuestras sensaciones; y le pareció que la observaba en una especie de esplendor que emanaría, en determinadas circunstancias, de las puntas de los dedos. <<

[123] *el señor Dupotet*. Jean Dupotet de Sennevoy, barón de Dupotet (1796-1881), adepto al mesmerismo, hizo en el Hôtel-Dieu de París una serie de experimentos, a consecuencia de los cuales la Academia de Medicina designó, en 1826, una comisión para el examen de su posible carácter científico. Como algunos autores citados anteriormente, publicó diversas obras dedicadas al magnetismo y a los magnetizadores entre 1834 y 1863. <<

[124] *Béchet... Ethaniel, Amazin, Ischyros*. Nombres diversos, de una serie heteróclita, atribuidos al demonio, ángeles y otras criaturas de las religiones hebrea y ortodoxa (*Agios Ischiros*), que F. sacaría del *Dictionnaire infernal*, de Coolin de Plancy, editado por el Abbé Migne en su *Dictionnaire des sciences occultes*, tomado prestado de la Biblioteca Municipal de Ruán. <<

[125] *Ischyros, Athanatos, Adonai, Saday, Eloy, Messias*. Dando un paso más, F. convoca aquí a una mezcla de heterónimos, otra vez en griego y en hebreo, del Dios judaico, y también cristiano, pues estos nombres, y otros, forman parte del *Verus Jesuitarum Libellus (Conjuratio I)*, texto usado ritualmente para la conjura de los espíritus en los poseídos. <<

[126] *un tal Pierre Garnier*. El nombre parece invención de F., aunque es enormemente común en Francia. Sin embargo, en sus cartas aparece citado un Garnier (*Correspondance*, cit., V, p. 64), también sin nombre de pila, hombre de negocios y amigo de Ernest Commanville, marido de su sobrina, quien, como es sabido, estaba arruinando a F., hacia estos años, a causa de una bancarrota. También es posible, por el contexto en que aparece este nombre, que F. se refiriera a Adolphe Garnier, autor de un *Traité des facultés de l'âme, comprenant l'histoire des principales théories psychologiques*, Paris, Hachette, 1852, libro consultado por el autor en la época en que redactaba BP. <<

[127] *el sempiterno elogio de Dugald-Stewart*. (1753-1828), filósofo escocés, autor de *Filosofía del espíritu humano* (1814-1827), de *Filosofía de las facultades activas y morales del hombre* (1828), y editor de las obras completas de Adam Smith. <<

[128] *Cudworth*. Ralph Cudworth (1617-1688), profesor en Cambridge desde 1645, autor de *The Thru Intellectual System of the Universe* (1678). El «mediador» o «naturaleza plástica» sería, según Cudworth, una substancia intermediaria gracias a la que se opera la unión entre el alma y el cuerpo. <<

[129] *la* Imitación. Es decir, *La imitación de Cristo*, obra fundamental de Thomas Hermeken, llamado Tomás de Kempis, escritor ascético alemán (1379-1471). La *Imitatio Christi* fue uno de los libros más traducidos y divulgados en la Europa moderna y contemporánea. <<

[130] *Délivrande*. Comuna del cantón de Douvres, a 16 kilómetros al norte de Caen <<

[131] Examen del cristianismo, de *Louis Hervieu*. Jean-Louis-François Hervieu (1764-1847), sacerdote y capellán del Hôtel-Dieu de Falaise, publicó en esta ciudad, en 1847, un *Précis des preuves qui établissent la divinité de la religion catholique*; pero resulta extraño, de acuerdo con este pasaje de BP, que F. se refiera a esta obra; y no consta que ningún Hervieu escribiera jamás un *Examen du Christianisme*. <<

[132] el Catecismo del *padre Gaume*. Es el *Abrégé du cathécisme de persévérance, ou Exposé historique, dogmatique, moral et liturgique de la religion du monde jusqu'à nos jours*, París, Gaume frères, 30.^a ed., 1872. <<

[133] *el homa de los persas*. El *homa*, o *haoma*, es el sacrificio védico, ofrecido a Agni, dios del fuego, dios de la lumbre y sol, intercesor misericordioso de los hombres. El sacrificio consiste en mantequilla y semillas de cereales esparcidas sobre el fuego en circunstancias solemnes, bodas, funerales, etcétera. <<

[134] *Xithuros*. Error de Flaubert, por *Xisuthros*, análogo caldeo de la figura de Noé.

<<

[135] *Policarpo*. San Policarpo (ca. 69-167), obispo y mártir de Esmirna. Flaubert sintió toda su vida una irrefrenable seducción por la figura de san Policarpo a quien la *Patrología* de Migne atribuye la expresión: «¡Dios mío, en qué siglo me habéis hecho nacer!», relativa a las dificultades del santo para implantar la religión cristiana en Asia Menor entre gentiles y judíos. Es posible que Flaubert tuviera también noticia de este santo a partir de las *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, de Le Nain de Tillemont (1637-1698), y de la *Histoire critique du gnosticisme et de son influence sur les sectes religieuses et philosophiques des six premiers siècles de l'ère chrétienne* (1828), de Jacques Matter (1791-1864), además de otras fuentes históricas, como la *Historia Eclesiástica*, de Eusebio de Cesarea (hay edición española bilingüe, a cargo de Argimiro Velasco-Delgado, O.P., Madrid. B.a. C., 2.ª ed., 2002), libros, todos ellos, que F. ya había consultado para la redacción de *Las tentaciones de san Antonio*. En cuanto se enteró de esta lamentación, F. la adoptó como propia, pensando en su propio tiempo. Ya en una carta del 21-22 de agosto de 1853 a Louise Colet, F. comentaba: «He aquí la ralea común de los que están a la cabeza de la Sociedad. ¡En qué lodazal chapoteamos! ¡Qué nivel! ¡Qué anarquía! La mediocridad se disfraza de inteligencia... ¡Y qué discursos! ¡Qué lenguaje! ¡Cuánta ordinareiz! Por Dios, ¿dónde voy a tener que irme a vivir? San Policarpo solía decir, tapándose los oídos y huyendo de los lugares que visitaba: "¡Dios mío! ¡En qué siglo me habéis hecho nacer!"» Me estoy volviendo como san Policarpo.» En otra carta a la misma Colet, del 2-3 de marzo de 1854, escribía: «Todo esto me da náuseas. En nuestros días, la literatura se parece a una gran empresa de inodoros. ¡A esto es a lo que olerá la gente, más que a nada! Siempre estoy tentado de exclamar, como san Policarpo: «¡Ah, Dios mío! ¡En qué siglo me habéis hecho nacer!"». Muchos años más tarde, en una carta dirigida a George Sand de marzo de 1872, cuando F. ya tenía el firme propósito de empezar a redactar BP, escribía: «Vuestro viejo trovador, siempre agitado, siempre HHHindignado [sic], como san Policarpo!». F. llegó incluso a firmar más de una carta con este nombre, asumiéndolo como verdadero pseudónimo. Sabemos que, por lo menos en dos ocasiones, en 1879 y 1880 (por lo tanto, ahora sí, en plena redacción de BP), sus vecinos y amigos en Croisset, los señores Lapierre, lo invitaron a celebrar el día de san Policarpo, y que lo hicieron con la intención de convertir esta juerga en una celebración anual de la persona del escritor, de su manera de concebir el mundo, y de su desprecio descomunal por la estupidez humana. Se disfrazaban, comían, bebían, bailaban, y Flaubert vociferaba como solía, hecho por el que, ya en vida, se le conoció como «el oso de Normandía».

<<

[136] *El párroco Meslier*. Jean Meslier, o Mellier (1664-1729), párroco de Étrépigny y de But, en la Champagne, dejó a su muerte el manuscrito de un testamento en el que hacía profesión de incredulidad. Voltaire escribió su *Extrait des sentiments de Jean Meslier* a partir de la copia que el propio párroco había depositado en sus manos. D'Holbach, por su lado, lo utilizó para escribir *Le Bon sens, ou Idées naturelles opposés aux idées surnaturelles* (1772), reimpreso con el título de *Cathécisme du Curé Meslier*. El libro fue responsable de un cierto auge de la incredulidad, el agnosticismo y el ateísmo a finales del siglo XVIII y principios del XIX. <<

[137] *el cura de Ars*. Jean Marie Vianney (1786-1859) fue nombrado en 1818 párroco de la iglesia de Ars, en la región de Dombes, cargo que ocupó hasta su muerte. Su fe y su caridad extremas movieron a mucha gente a la conversión al catolicismo, por lo que fue propuesto por Pío X, a toda la clase parroquial, como modelo. Fue beatificado en 1905 y canonizado en 1925. <<

[138] *rosoli*. También llamado *rossoglio* y *rossolis*, licor que se obtiene por maceración de pétalos de rosas rojas en alcohol y un poco de canela, alhelí y flor de naranjo. Es un destilado bastante más fácil de encontrar en los diccionarios que el vespéto, término que no hemos anotado en su lugar (véase p. 106), que es un licor carminativo hecho con aguardiente azucarado en el que se han macerado ingredientes como la angélica, el anís o el hinojo. La etimología, enormemente curiosa, de esta segunda voz procede de las tres primeras sílabas de las palabras que designan las virtudes del licor: *vesser*, *péter*, *roter* (es decir: tragar, tirarse un pedo y eructar). <<

[139] *la guerra de Italia*. En este caso, la guerra de 1859. El emperador Napoleón III, interesado en contrarrestar la influencia de Austria en Italia (véase la nota 101) y simpatizando con los movimientos nacionalistas, se alió, en 1858, con el conde de Cavour, primer ministro del Piamonte, contra los austriacos, que fueron derrotados en Magenta y Solferino (1859) y tuvieron que ceder la Lombardía a los piemonteses. Napoleón III se anexionó la Alta Saboya, de acuerdo con los términos de la alianza. Cavour, partidario de la unificación de Italia, promovió revueltas en los pequeños estados italianos del norte (Parma, Módena, etcétera), que de este modo fueron incorporándose al reino de Saboya-Piamonte-Lombardía; y en 1859 consiguió que el gran duque abandonara la Toscana, que pasó a ser gobernada por un comisario de Víctor Manuel II hasta que un plebiscito la dejó en sus manos. Los Estados Pontificios siguieron tutelados por Napoleón III, a causa de su significación religiosa, como ya se había demostrado en la crisis de 1848-1850. Pero después de un fracaso de Garibaldi (1867) y de la derrota de Francia en la última guerra franco-prusiana (1870-1871), Roma fue ocupada por los nacionalistas (1870) y se convirtió finalmente en capital del reino de Italia. <<

[140] *Debetur pueris...* Véase Juvenal, *Sátiras*, XIV, 47, que cita la máxima en singular: *Maxima puero reuerentia debetur*, es decir, «Todo niño es merecedor del mayor respeto». <<

[141] *monseñor Bouvier*. Jean-Baptiste Bouvier (1783-1834), obispo de Le Mans, autor de *Institutiones theologicae*, *Institutiones philosophicae*, de un *Cours de Philosophie* y de un *Traité des Indulgences*, entre otras obras. <<

[142] *El cocinero francés*. Libro no identificado. Posiblemente, uno de tantos manuales de cocina editados en Francia desde tiempos inmemoriales, como en todos los lugares del mundo en los que se come sofisticadamente. <<

[143] *el Cisne de Cambrai*. Nombre con el que se denominó a Fénelon (1651-1715) por haber nacido y haber sido obispo en esta ciudad. Fue autor, entre otras obras, de *Las aventuras de Telémaco*, pero es posible que, en este contexto, F. estuviera pensando, y hasta sacando documentación, del ensayo pedagógico de Fénelon, *Traité de l'éducation des filles* (1687), una de sus primeras obras. <<

[144] *Dupont de Nemours*. Pierre-Samuel du Pont de Nemours (1739-1817), economista y colaborador de Turgot que, además de unas obras dedicadas a la economía política (*La Physiocratie*, 1768) escribió una *Philosophie de l'Univers* (1795) en la que fundaba la ley de la existencia de las sociedades en el amor universal: algo que no acaba de cuadrar con lo que F. escribe en este pasaje de BP. <<

[145] *y el naufragio* de El Vengador. Toda la enumeración que se lee en las líneas precedentes lo es de tópicos y lugares comunes del saber popular francés de la época: no son más que un avance, o una analogía, de lo que, en el segundo volumen de BP, Flaubert separaría bajo el epígrafe de *Diccionario de ideas corrientes*. <<

[146] *en Le Redouté des Dames*. Pierre-Joseph Redouté (1759-1840) fue un pintor prolífico, a quien María Antonieta nombró pintor y dibujante de su gabinete. Un álbum elaborado a partir de sus acuarelas, muchas de ellas con motivos florales, fue publicado con el nombre de *Le Redouté des Dames* para la enseñanza artística de las chicas. <<

[147] *shérarde*. Planta herbácea de tallos formando matas espesas y más o menos inclinadas, de la familia de las rubiáceas. La come el ganado con placer. <<

[148] *Belzunce, Franklin, Jacquard*. Monsieur de Belzunce, en realidad Beljunce, obispo de Marsella y ejemplo de caridad cristiana, citado con respeto por el propio Voltaire. Benjamin Franklin (1706-1790), político, memorialista y panfletista americano, aficionado a las ciencias aplicadas, como demostró su descubrimiento, anterior a Faraday, del papel de los aislantes en los fenómenos eléctricos. Joseph-Marie Jacquard (1752-1834), inventor francés conocido por haber automatizado, mediante el uso de tarjetas perforadas, el llamado «telar de Jacquard». <<

[149] *Bentham*. Jeremy Bentham (1748-1832), jurisconsulto y filósofo inglés, autor de *Introduction to Principles of Morals and Legislation* (1789), en el que desarrolló la teoría del utilitarismo. Según Bentham, la moralidad de las acciones está determinada por su utilidad, y el fin de toda legislación es proporcionar la mayor felicidad al mayor número posible de personas. <<

[150] *Pestalozzi... Melancton*. Jehan-Henri Pestalozzi (1746-1827), pedagogo suizo que publicó, a principios del siglo XIX, numerosas obras sobre educación. Divulgó en especial las teorías de Rousseau, corregidas por una sabia y cauta reflexión, alejándolas del espíritu romántico-idealista que aquéllas poseían. Philipp Schwarzzerd, llamado Melancton (1497-1560), profesor de griego en la universidad de Wittenberg —lugar en el que Lutero fundó la Reforma protestante—, fue autor de *Apologia pro Lutero* (1531), contra el pensamiento teológico de La Sorbona, y uno de los principales educadores del movimiento luterano. Sus *Loci communes rerum theologicarum seu hypotheses theologicae* (1521) constituyen el primer tratado dogmático del protestantismo. <<

[151] *Locke*. John Locke (1632-1704), filósofo inglés, una de las figuras más representativas del empirismo inglés junto a sus coetáneos Berkeley y Hume. Además de ser el autor del fundamental *An Essay Concerning Human Understanding*, cuya doctrina influyó en la formación del liberalismo moderno, Locke escribió unas interesantes reflexiones sobre la educación, recogidas en *Some Thoughts Concerning Education* (1693), razón por la cual F. lo toma en consideración en este pasaje. <<

[152] *la obra de la señora Campan*. Jeanne-Louise-Henriette Genet, madame Campan (1752-1822) fue preceptora de las hijas de Luis XV, primera dama de cámara de María Antonieta y, después de haber dirigido un pensionado en Saint-Germain, directora de la Maison d'Écouen. Escribió, entre otras cosas, unas *Mémoires de la vie privée de Marie-Antoinette* y, de modo análogo a lo que había escrito Fénelon, un *Traité de l'éducation des femmes*. <<

[153] *Jean-Baptiste Rousseau*. (1670-1741), poeta francés, dramaturgo, epigramatista y compositor de escaso éxito, amigo de Voltaire en 1722, con quien luego se enemistó seriamente, y autor, entre otras, de las obras musicales —a ellas concierne el presente pasaje de BP— *Jason ou le Toison d'or* (1696), o *Venus et Adonis* (1697).

<<

[154] *Clarisse Harlowe*. De hecho, *Clarissa*, novela epistolar de Samuel Richardson (1689-1761), libro que gustó enormemente a Rousseau e incluso a Diderot (véase su *Éloge de Richardson*), pero que denigraron especialmente los grandes novelistas ingleses satíricos contemporáneos, como Henry Fielding y Laurence Sterne. <<

[155] El padre de familia de miss Opie. De hecho, Opy, autora citada por *madame* Campan (véase nota 152). El catálogo del British Museum indica 1801 como año de la segunda edición de su libro *The Father and Daughter*, que Flaubert cita, tanto en el primer volumen de BP como en los apuntes preparatorios para el segundo, como *Le Père et la fille*. <<

[156] *la Biografía de Michaud*. Véase la nota 70. <<

[157] *El filósofo Basedow.* Jean-Bernard Basedow o Basedau (1723-1790), pedagogo alemán, fundador, en Dassau, de un establecimiento que se hizo célebre bajo el nombre de *Philantropie*. Publicó, en 1774, un *Traité élémentaire, ou Recueil méthodique des connaissances nécessaires à l'instruction de la jeunesse*, cuyo método deriva, como bien apunta F., del Emilio, de Jean-Jacques Rousseau, obra en la que se postula una instrucción activa de los niños, conforme a las leyes de la naturaleza. <<

[158] *hacerle leer a Tissot*. Simon-André Tissot (1728-1797), médico suizo, publicó en 1760 un libro sobre *El onanismo*, traducido enseguida a muchas lenguas por el enorme interés de la cuestión. <<

[159] Aimé Martin. (1762-1847), autor de *Lettres à Sophie sur la Physique, la Chimie et l'Histoire naturelle* (1811), *Étrennes à la Jeunesse* (1809-1812), o *De l'Éducation des mères de familles, ou de la Civilisation par les femmes* (1834). <<

[160] *Este espectáculo*. En este punto de la acción de la novela, nos encontramos en el año 1861, es decir, cuando Francia ya había superado aquellos momentos enormemente convulsos de su política que pasaron por las figuras de Napoleón I («sin diadema»), Luis XVIII («con un frac con charreteras»), Carlos X («reconocible por su labio caído») y Luis Felipe de Orléans («con las cejas arqueadas y un tupé piramidal»). Todo ello son ridiculizaciones de estos personajes históricos en el momento en que Francia vivía bajo el reinado de Napoleón III, es decir en la época del Segundo Imperio. Para las relaciones de los intelectuales franceses con el Segundo Imperio, véase Walter Benjamin, «El París del Segundo Imperio en Baudelaire», en *Iluminaciones 2 (Baudelaire)*, prólogo y traducción de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 1972. <<

[161] *Hausmann*. Georges-Eugène Hausmann (1809-1891), político francés y prefecto del Departamento del Sena entre 1853 y 1869. Durante este periodo se llevaron a cabo los grandes trabajos de reestructuración urbanística y sventramento en la ciudad de París. El proyecto fue fruto de una nueva ciudad industrial, de las necesidades de orden público experimentadas a raíz de las revoluciones de 1830 y 1848 y de las nuevas condiciones higiénicas. A Pécuchet «no le deja dormir» Hausmann, por el hecho de que, exactamente en la fecha en que acaba la parte narrativa de BP (1861), París ya se hallaba inmersa en esa enorme reforma urbanística; la misma que despertaría la sólida melancolía que se lee en algunos poemas de *Les Fleurs du Mal*, de Baudelaire, como «*Le Cygne*»: «Paris change! Mais rien dans ma mélancolie / N'a bougé! Palais neufs, échafaudages, blocs, / Vieux faubourgs, tout pour moi devient allégorie, / et mes chers souvenirs son plus lourds que des rocs.» <<

[162] [...] Esta nota, que dejamos entre claudátores y en letra cursiva, no corresponde, obviamente, a Flaubert; es de la mano de la primera editora de la novela, su sobrina Caroline Commanville. Suele incluirse en todas las ediciones de BP. Flaubert murió pocos días antes de dejar concluida la parte narrativa de BP, pero dejó, entre sus notas, un plan para la conclusión de la obra, es decir, para la continuación y final del primer volumen de *Bouvard et Pécuchet*, plan que se abre con la «Conferencia» que sigue.

<<

[163] *Razones de Robin*. Aquí F. habría utilizado la lectura preparatoria que hizo del libro de Charles Robin, *L'Instruction et l'éducation*, París, Décaux, 1877. <<

[164] Buchner. Aquí F. habría utilizado la lectura preparatoria del libro de Louis Buchner, *Science et nature. Essais de philosophie et de science naturelle, traduits de l'allemand avec l'autorisation de l'auteur par Auguste Delondre*, 2 vols., París, Germer Baillière, 1866. <<

[165] *Paletismo universal*. En francés: *pignouflisme universel*. A este respecto, es conveniente citar a continuación la reflexión de F. contenida en la última página de su *Lettre au Conseil Municipal de Rouen*, a propósito del rechazo, por parte de dicho consejo, del proyecto de monumento en memoria de su amigo Louis Bouilhet, en 1872: «Este *affaire* es, en sí mismo, poca cosa. Pero puede ser considerado un signo de nuestro tiempo, como un rasgo característico de vuestra clase; y no es a ustedes, señores, a quien me dirijo, sino a todos los burgueses. Así, pues, les digo: Conservadores que no conserváis nada, ya es hora de emprender otro camino, y puesto que hablamos de regeneración y de descentralización, ¡cambiad de espíritu! ¡Tened, por fin, alguna iniciativa! La nobleza francesa se ha perdido por haber poseído, durante dos siglos, los sentimientos propios de un lacayo. El final de la burguesía empieza porque posee los sentimientos del populacho. No veo que lea otros periódicos que este, ni que se obsequie con otro tipo de música, ni que se entregue a placeres más refinados. ¡Tanto en el caso de la burguesía como en el del populacho, existe el mismo afán por el dinero, el mismo respeto por los hechos consumados, la misma necesidad de ídolos para que luego sean destruidos, el mismo odio hacia toda superioridad, el mismo espíritu de denigración, la misma crasa ignorancia!... El Municipio de Ruán que ha negado, en peso, el mérito de un poeta, ¿acaso ignora las leyes de la versificación? Tampoco es que tenga necesidad de conocerlas, en la medida en que no alterna en absoluto con los versos... Antes de enviar vuestros hijos a la escuela, ¡id vosotros a ella primero! Clases ilustradas, ¡ilustraos! A causa de este desprecio por la inteligencia, ¡os creéis llenos de sentido común, positivos, prácticos! Pero no se es verdaderamente práctico más que a condición de ser un poco más... No disfrutaríais de todos los beneficios de la industria si vuestros antepasados del siglo XVIII no hubieran tenido mayores ideales que la utilidad material... ¿Prácticos, vosotros? ¡Vamos, hombre! No sabéis ni sostener una pluma ni un fusil. ¡Os dejáis desollar, aprisionar y degollar por forzados! No poseéis ni siquiera el espíritu de la bestia, que consiste en defenderse; y cuando se trata no solamente de vuestro pellejo, sino de vuestro bolsillo, que debería importaros más, os falta energía para depositar un trozo de papel en una urna! ¡A pesar de todo vuestro capital y de vuestra sabiduría, no haréis jamás una asociación comparable con la *Internacional*! Vuestro esfuerzo intelectual se limita a temblar ante el futuro. ¡Imaginad algo más! ¡Daos prisa, si no queréis que Francia se precipite cada vez más en una demagogia odiosa y una burguesía estúpida». Lo cierto era que Louis Bouilhet nunca fue un autor de primera categoría, ni mucho menos, pero Flaubert, que tenía un enorme sentido de la amistad y de la lealtad, hizo todo lo posible para que este monumento se erigiera. Sobre la crítica del espíritu burgués en Europa, y en Francia especialmente, véanse: A. Bardoux, *La Bourgeoisie française*, 1789-1848, París, Calmann Lévy, 1886; Peter

Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1992; Bernard Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia en el siglo XVIII*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981 (reimp.); Régine Pernoud, *Histoire de la bourgeoisie en France*, 2 vols., París, Seuil, 1960-1962; Wilhelm Heinrich Riel, *La sociedad burguesa*, Barcelona, Península, 1985. Una respuesta a las ideas antiburguesas tan extendidas en la Francia del siglo XIX puede leerse en: René Johannet, *Éloge du bourgeois français*, París, Grasset, 1924 (14.^a ed.). <<

[166] *submarino con cristales*. F. escribió este plan entre 1872 y 1880, fecha de su muerte, por lo que el submarino del que habla por fuerza tuvo que haberse inspirado en los dos *Ictíneos* que inventó el catalán Narcís Monturiol, flotados en 1859 y 1864.

<<

[167] «*si hay que encerrarles*» Hay en este plan para la conclusión del primer volumen de BP algunas cosas que son de la mano de la editora del libro a título póstumo, Caroline Commanville, sobrina de F. Así, los dos párrafos incluidos aquí en la página 374, «Vaucorbeil (atraído por el ruido)... «*si hay que encerrarles*»», corresponden a dos notas distintas, manuscritas, que F. escribió al pie de la última página del presente plan, y no en el lugar en que figuran aquí. <<

[168] *copiar*. En su edición, primera, de BP, Caroline Commanville añade: «comme autrefois», «como en otros tiempos», algo que, en el fondo, demuestra una cierta perspicacia por parte de esta, pues es muy cierto que F., con este final del primer volumen de BP, pretendía cerrar un círculo verdaderamente vicioso, que empezó con el abandono del trabajo de copistas por parte de los dos personajes y su emigración al campo, y termina con su vuelta al oficio que ejercían en la ciudad. <<

[169] Mss. g. 226, 1-8. <<

[170] La muerte de Molière tuvo lugar en 1674; la revocación del Edicto de Nantes en 1685. <<

[171] Fue emasculado por el tío de Eloísa. <<

[172] El término francés *agent* (el que actúa), tiene aquí la acepción, referida a los sodomitas, de contrario a «pasivo» (Alfred Delvau, *Dictionnaire érotique moderne*, 1864). <<

[173] El saludo de Napoleón a la Vieja Guardia, que tuvo lugar en el patio de armas del castillo, tras la firma del acta de abdicación, el 4 de abril de 1814. <<

[174] La primera cita está tomada de *Fedra*, de Racine (IV, VI, 1325-1326), pero Flaubert sustituye «reyes» por «humanos». La segunda proviene de la fábula «El cuervo y la zorra», de La Fontaine. <<

[175] En español diríamos «caer chuzos de punta». <<

[176] Cuenta Plutarco que Alcibíades hizo cortar la cola a su perro para despertar la curiosidad sobre él y desviar la atención de su persona. <<

[177] *Filles du joie*, literalmente «hijas de la alegría», significa en francés «mujeres públicas». <<

[178] La región de la Seine-Inférieure era sede de muchas industrias textiles. <<

[179] «Matar las moscas a quince pasos» era una expresión para designar un mal aliento (Robert, *Dictionnaire des expressions et locutions figurées*). <<

[180] El jugo del áloe es un purgante. <<

[181] Casanova no es aquí el célebre libertino, sino el autor de *Les premiers pas dans l'Agriculture* (1866). Flaubert incluye un pasaje suyo en el *Estupidario* que quizá pensaba utilizar en esta entrada. <<

[182] Un esclavo fugitivo se topa con un león herido y se cuida de él. Apresado y condenado a morir en el circo, se encuentra al león que salvó, el cual le reconoce y se postra a sus pies. <<

[183] Renan había publicado *El Anticristo* en 1873, pero ya su *Vida de Jesús* (1863), obra que discutía la divinidad de Cristo, era vista con horror por los biempensantes.

<<

[184] El tornillo de Arquímedes era una máquina utilizada para la elevación de agua, harina o cereales. <<

[185] Alusión a un caso que había apasionado a la opinión pública, el de la señora Lafarge, que fue procesada y condenada por envenenar a su marido en 1840. <<

[186] A propósito de esta anécdota se encuentra una nota explicativa en el manuscrito: «Napoleón III pregunta cuál es la diferencia entre las bellas artes y las artes industriales a una comisión de la que formaba parte Séchan, el decorador». <<

[187] Alusión a la canción popular «El ciego de Bagnolet», de Béranger. <<

[188] Es un célebre verso de Nicolas Gilbert (1751-1780), tomado de la *Ode imitée de plusieurs psaumes*. <<

[189] Que se convirtió en consejero del rey. <<

[190] Literalmente «medias azules», que llevaban los miembros del círculo de madame Montague. Se volvió sinónimo de «marisabidilla». <<

[191] «Una mujer no siempre sabe lo bastante cuando sus facultades mentales aumentan hasta ser capaz de distinguir un jubón de unos calzones» (Molière, *Las mujeres sabias*, acto II, esc. 7). <<

[192] La expresión francesa *courir comme un dératé* remite a la creencia de que los animales y los seres humanos a los que se extirpaba el bazo corrían más velozmente.

<<

[193] *Bêtes-aux-veines* se pronuncia como Beethoven. Se trata de una adivinanza: P.: ¿Quién es el animal más dotado para la música clásica? R.: La sanguijuela, porque es el único animal en lograr las oberturas de las «bestias en las venas». <<

[194] *Baiser*, desde el siglo XVIII, significa «tener relaciones sexuales», por ello se aconseja sustituirlo por *embrasser*, dar un beso. <<

[195] Alusión al proverbio «las ofensas se escriben en bronce y los favores en la arena», para expresar que uno se acuerda de las ofensas, mientras que se olvida fácilmente de los favores recibidos. <<

[196] Es la imagen de un escritor y sabio visto a través de su leyenda. «Buffon vivía retirado en su castillo de Montbard. Se decía que no trabajaba si no era con una vestimenta magnífica, camisa con chorreras y mangas bordadas, tras haberse hecho peinar con esmero y empolvar» (Larousse). <<

[197] En un discurso a los alumnos de la academia militar de Saint-Cyr, Luis XVIII pronunció la histórica frase: «Recordad que todos vosotros tenéis en la cartuchera el bastón de mariscal...». Pero se convirtió en una locución proverbial para expresar que, con la desaparición de los privilegios nobiliarios con la Revolución, todo valeroso soldado podía alcanzar los más altos grados de la carrera militar. <<

[198] *Marron* es sinónimo masculino de *châtaigne* en francés. <<

[199] Nemrod es un personaje bíblico, «valeroso cazador ante el Altísimo». <<

[200] Cuenta el Larousse que, en 1734, Bernard de Jussien había traído del Jardín Botánico de Kew, en Inglaterra, dos pequeños cedros del Líbano en unos tiestos. Uno de ellos se rompió. Jussien puso entonces en su sombrero el joven cedro con su tierra, y lo llevó hasta el Jardin des Plantes. <<

[201] Es una frase atribuida a Pasteur. <<

[202] Empleado aquí en el sentido de «asociación política». <<

[203] «Corrige las costumbres riendo.» <<

[204] Alude a la expresión *avoir le compas dans l'oeil*, «tener la capacidad visual de juzgar con exactitud las dimensiones de los objetos sin la ayuda de instrumentos de medición» (*Littre*). <<

[205] Juego de palabras con «pretil, antepecho», algo que sirve de protección, que en francés es *garde-fous*, literalmente «guardalocos». <<

[206] Bálsamo para curar la sífilis. <<

[207] Los cosacos eran el estereotipo de las hordas bárbaras. <<

[208] En el *Littré*, *fumiste* (cuentista) es también sinónimo de «burlón grosero»; se trata por tanto de una antífrasis. <<

[209] Otros versos tomados de una canción de Béranger, detestado por Flaubert, *La caza doble*. <<

[210] Jacques Cujas (1522-1590), jurista francés, exponente de la escuela «histórica» que se opuso a las interpretaciones del Derecho Romano propuestas por Bartolo da Sassoferrato (1322-1357), defensor del criterio de aplicación empírica, adaptada a las necesidades de su época. Por eso en las discusiones doctrinarias los dos nombres van siempre asociados. <<

[211] El plural de *chacal*, *chacaux*, suena en francés como *shakos* (chacó) <<

[212] La expresión designaba a las prostitutas en espera de recibir a los clientes. <<

[213] Entre las anotaciones de los manuscritos que componen el *Diccionario*, hay una que dice: «Defraudar, en estilo conyugal, significa buscar equivalentes». <<

[214] «Bálsamo de acero» es la expresión popular que designa el instrumento del dentista (Littré). <<

[215] «Execrable fama del dinero», cita de la *Eneida* (III, 57). <<

[216] Espíritu, generalmente maléfico, de las leyendas árabes. <<

[217] Guillaume Dupuytren (1777-1835) fue uno de los fundadores de la anatomía patológica. Le fue dedicado el Museo de Anatomía de la École de Médecine de París.

<<

[218] Lafitte, célebre banquero, comenzó como empleado de Perregaux y terminó por sucederle a la cabeza del banco en 1830. <<

[219] La referencia es a los aristócratas emigrados durante la Revolución y obligados a vivir del cuento. <<

[220] Tom Pounce, enano lanzado a la fama por Barnum, que obtuvo un gran éxito en París. <<

[221] La edad de la luna a primeros de enero, es decir, el número de días transcurridos desde el último plenilunio del año anterior; se emplea en el cómputo del calendario eclesiástico para fijar la Pascua. <<

[222] Eróstrato incendió el templo de Diana en Éfeso para transmitir su nombre a la posteridad. <<

[223] El mariscal Mac Mahon (1808-1893), que derrotó a la Comuna en mayo de 1871. <<

[224] Saint-Gobain tenía en el siglo XVIII el monopolio de los espejos de Francia. La manufactura vidriera había sido creada por el ministro Colbert para embellecer Versalles, principalmente la Sala de los Espejos. <<

[225] Estantería independiente o que forma parte de otro mueble. <<

[226] Felicité es el nombre de la criada de Emma Bovary en Tostes, el de la de madame Aubain en el cuento *Un alma de Dios*, y el de la de Gruchet en la obra teatral *El candidato*. <<

[227] Alusión a un verso de la *Andrómaca* de Racine (I, 1): «Puesto que por fin encuentro a un amigo tan fiel, quizá ahora mi suerte me será favorable». <<

[228] La modelo preferida de Rafael. <<

[229] «La Fortuna ayuda a los audaces.» <<

[230] *Gagne-petit* significa literalmente «pequeña ganancia», pero tiene también la acepción de «amolador de cuchillos, navajas, etc.». <<

[231] *Chat* (gato) y *châtrer* (castrar). Pero el juego de palabras se basa en el corte de la «cola» (*queue*), que en lenguaje coloquial designa el miembro. <<

[232] Juego de palabras entre *Gênes* (Génova) y *gêne* (embarazo, fastidio, dificultad económica). <<

[233] Génovéfain era canónigo de la iglesia de Sainte-Genéviève, patrona de París. <<

[234] Era el cartel fijado en la entrada de la Academia de Platón. <<

[235] *Giaour* significa «infiel», desde un punto de vista musulmán <<

[236] Un *gloria* en francés no es solo una oración, sino también un carajillo. <<

[237] Alusión al célebre pasaje de *El matrimonio de Fígaro*, de Beaumarchais, en el que el protagonista ilustra cómicamente los fundamentos de la lengua inglesa, según él basados únicamente en esta imprecación «a la que, a decir verdad, los ingleses añaden a veces alguna palabra en la conversación» (III, V). <<

[238] *Garde-côte* en francés, donde *côte* significa tanto «costa» como «costilla», de ahí la chanza. <<

[239] Es otro caso de definición errónea; se trata obviamente de la corriente del Golfo.

<<

[240] Teatro subvencionado por el Estado, al igual que la Comédie Française. <<

[241] Jaca grande, pero menor que el caballo, y muy apreciada. En época medieval era la montura de las damas y de los eclesiásticos. Fuera de uso en francés desde el siglo XVI, el término sirve para evocar la Edad Media. <<

[242] Picadillo de carne, de pescado, etc. <<

[243] Originariamente «heiduco» indicaba un integrante de un cuerpo militar húngaro, pero el término pasó a designar a los criados que llevaban el traje húngaro como librea. <<

[244] El *fiacre* es el coche de punto; los viajes demasiado largos favorecieron la enfermedad. <<

[245] La Biblia no da ninguna indicación sobre su edad. En español diríamos «como Matusalén». <<

[246] El encuentro de dos vocales, prohibido por las reglas de la versificación francesa. <<

[247] Alusión al relato de la muerte de Hipólito en *Fedra*, de Racine (V, VI), que es un típico fragmento de antología, hueso de generaciones de estudiantes. <<

[248] El régimen hipotecario instituido por el Código Civil era vivamente criticado. Bajo la Monarquía de Julio habían sido discutidos varios proyectos de reforma. Esta es uno de los deseos de Bouvard, y el banquero Dambreuse, en *La educación sentimental*, echa rayos contra «el proyecto de una banca hipotecaria». <<

[249] La cita está tomada de la Sátira X de Boileau, *Sobre las mujeres*, vv. 167-168. <<

[250] Versos de la *Dame blanche*, de Scribe. <<

[251] Aquí «ilotas» es sinónimo de todo aquel que es reducido en una sociedad al último grado de abyección e ignorancia, y comparado al obrero moderno. <<

[252] Alusión a la «dosis infinitesimal», que no puede ser pesada. <<

[253] En este caso, en español diríamos suscripción, no inscripción. <<

[254] Bajo esta denominación se reagrupaban las mayores instituciones académicas de Francia. <<

[255] Virgilio, *Eneida*, III, 523. <<

[256] No hay que hablar de la «batalla de los jesuitas» porque la expresión designa el vicio solitario. <<

[257] *John Bull* es la personificación del inglés medio. <<

[258] Los versos son de Alessandro Guarini (c. 1565-1636), literato italiano. <<

[259] Álbum lujoso, el *keepsake*, moda llegada de Inglaterra, era una colección de poemas, fragmentos de prosa, entremezclados de dibujos y grabados, que se regalaba por Navidad o Año Nuevo. <<

[260] En ruso, «látigo, fusta». <<

[261] Los espartanos, habitantes de Laconia, sentían predilección por el habla concisa.

<<

[262] En realidad, la legua mide cerca de cuatro kilómetros. <<

[263] Frase de *El sueño de una noche de verano* (V, I), de Shakespeare. <<

[264] La primera cita reproduce las últimas palabras de madame Roland antes de ser guillotizada en 1793; la segunda, unos versos de un poema de Auguste Barbier (1805-1882), *La curée*. <<

[265] Émile Littré (1801-1881), el famoso autor del *Dictionnaire de la langue française* (1863-1872), refundió, provocando un gran escándalo en el momento de su ingreso en la Academia, el *Dictionnaire de médecine* de P. H. Nysten, donde se encontraba esta definición del hombre: «Animal mamífero del orden de los primates, familia de los bimanos, caracterizado taxonómicamente por una piel con vello o escasamente peluda». <<

[266] El macadán es un tipo de asfaltado que toma su nombre de su inventor, John Mc Adam (1756-1836). <<

[267] James Mackintosh (1765-1832) fue, con Thomas Hancock, el inventor del tejido impermeable, del que toma su nombre. <<

[268] Las *tables d'hôtes* (mesas redondas) eran, en las pensiones, las mesas comunes en las que se comía a precio fijo. La expresión *major de table d'hôtes* significaba, en la jerga de la época, «estafador» o «rufián». <<

[269] El *Dictionnaire de l'Académie*, célebre por su purismo, reza en su edición de 1835: «Género de polución que defrauda las expectativas de la naturaleza y tiene generalmente las consecuencias más funestas». <<

[270] Son los libelos y las canciones publicados por la Fronda contra Mazarino y que tuvieron su auge posteriormente en una reedición del siglo XIX. <<

[271] Eugène Rouher, varias veces ministro de Napoleón III, había apoyado la expedición a México. La indicación entre paréntesis hace pensar que la entrada estaba destinada al *Estupidario*. <<

[272] «¡Niño, espanta las moscas!», cita del *De oratore*, de Cicerón. <<

[273] «La turba se lanza» o «la turba se precipitó», ejemplos de la gramática latina de entonces. <<

[274] El *petit-nègre* es un francés de sintaxis simplificada (con los verbos en infinitivo), hablado por los indígenas de las antiguas colonias francesas. De ahí el símil con el estilo telegráfico. <<

[275] La locución francesa correcta es *noir comme du jais*. <<

[276] Era el juicio expresado por Sainte-Beuve sobre *Madame Bovary*. <<

[277] El Teatro del Odéon, en París, había sido construido en 1782, en su emplazamiento actual, cerca del Luxemburgo. El lugar estaba un poco apartado y sobre todo lejos del barrio de los teatros, situado en la orilla derecha, cerca de los bulevares. <<

[278] Antepasados del autobús, los ómnibus (del latín, «para todos») aparecieron en el siglo XIX. Habían tenido un precedente en el siglo XVII en las carrozas de a cinco sueldos que circulaban en París entre 1672 y 1678. Pero estos coches eran semipúblicos. <<

[279] Era el nombre que el público daba tradicionalmente a los osos pardos del Jardin des Plantes de París. <<

[280] En el argot del pueblo y de los burgueses, desdeñosos casi por igual del hecho artístico, «un paisaje pintado» era un «plato de espinacas» (*Dictionnaire de la langue verte*, de A. Delvau). <<

[281] Estatua de madera de Palas, considerada la prueba de la conservación de Troya.

<<

[282] «Piojo de los testículos, piojo del pubis», en un latín aproximativo. <<

[283] Urbain Leverrier (1811-1877) estuvo, con sus cálculos, en el origen del descubrimiento del planeta Neptuno, que llevó a cabo el alemán Galle (1846). <<

[284] Enfermedad de los cabellos, que enredados unos con otros no se pueden desenredar ni cortar sin que echen sangre. Se decía que se había extendido en otros tiempos en Polonia. <<

[285] François Ponsard (1814-1867), escritor. Para reaccionar contra los excesos del Romanticismo intentó, con sus tragedias, una vuelta a las reglas clásicas. Fue por ello definido como «el jefe de la escuela del sentido común». <<

[286] El cónsul romano Popilio, mandado a Siria en 173 a. C., durante unas negociaciones con el rey Antíoco, que trataba de ganar tiempo, trazó un círculo en el suelo, invitándole a no salir de él hasta no haber tomado una decisión. De ahí la expresión «trazar el círculo de Popilio» para significar que se quiere invitar a alguien a una decisión rápida. <<

[287] Jacques Pradon (1632-1698) escribió a instigación del grupo hostil a Boileau y Racine una *Fedra e Hipólito* que fue representada simultáneamente con *Fedra*, de Racine, en enero de 1677. <<

[288] El cónsul romano Popilio, mandado a Siria en 173 a. C., durante unas negociaciones con el rey Antíoco, que trataba de ganar tiempo, trazó un círculo en el suelo, invitándole a no salir de él hasta no haber tomado una decisión. De ahí la expresión «trazar el círculo de Popilio» para significar que se quiere invitar a alguien a una decisión rápida. <<

[289] Probable alusión a los escarceos amorosos de juventud de Racine, que, educado en la fe jansenista, rompió clamorosamente con sus maestros y se dedicó al teatro, manteniendo algunas relaciones con famosas actrices de la época. <<

[290] Es uno de los preceptos fundamentales del *Arte poética*, de Boileau, el acordar siempre la rima con el buen sentido. Pero en francés existe también la locución *sans rime ni raison* para definir una cosa incomprensible y absurda. <<

[291] Favorita y luego mujer del sultán Solimán II, protagonista de un cuento de Marmontel. Su nariz, durante un cierto periodo, se hizo tan célebre que dio nombre a una tipología de nariz respingona. <<

[292] Alusión a la célebre «cena del Viernes Santo» (10 de abril de 1868) a la que asistieron, entre otros, el príncipe Napoleón, Flaubert, Renan y Taine. <<

[293] Los Scudéry escritores fueron dos: George de Scudéry (1601-1667), autor teatral, y su hermana Madeleine (1607-1701), novelista. <<

[294] Alusión a la fama de inmensas riquezas de Séneca, que contrasta con el discurso de austeridad de sus escritos. <<

[295] Thiers, en su *Historia de la Revolución francesa*, cuenta que la hija de Sombreuil aceptó beber la sangre de los aristócratas que le fue ofrecida a cambio de la salvación de su padre. <<

[296] En francés la distinción es más clara, porque *thème* es el ejercicio de traducción de un texto en francés a una lengua extranjera, mientras que *version* es la traducción directa de un texto al francés. *Fort en thème* es el «empollón». <<

[297] Como es sabido, la trufa es considerada de antiguo como un afrodisíaco. <<

[298] *Baudruche*, en francés, es la película de tripa que se saca del intestino del buey y con la que se hacían los globos. En sentido figurado, vale por «hinchado, engreído», persona fatua pagada de sí misma. <<

[299] Político romano famoso por el proceso al que le sometió Cicerón por su venalidad, crueldad, codicia e inmoralidad administrativa. <<

[300] En francés, el *cordón* es el símbolo de una distinción, pero al mismo tiempo la cuerda utilizada para estrangular a los condenados. <<

[301] Frase tomada de una comedia de Labiche y Michel, *Un chapeau de paille d'Italie*. <<

[302] Grassot era un actor cómico. <<

[303] Durante el Primer Imperio, este pequeño centro normando, con su sencilla vida campestre, fue opuesto burlescamente al fasto de la Corte napoleónica en una famosa canción satírica. <<

[304] Frase latina equivalente a «zapatero, a tus zapatos». <<

[305] Como haciendo juego con el *Diccionario de ideas corrientes*, las máximas de Prud'homme y la *teoría del burlón* = paradojas a la moda, ideas chic. <<

[306] Mss. gg. 10. <<

[307] Dar como verdaderas las indicaciones bibliográficas falsas. (*N. del A.*) <<

[308] *Y el Catálogo de las ideas chic. (N. del A.)* <<

[309] Pero como a menudo dos textos de la misma categoría (que han copiado previamente) se contradicen, los vuelven a copiar uno a continuación del otro >xx< en el mismo libro. (N. del A.) <<